BV4217
T4
v.12
1871-93
008544

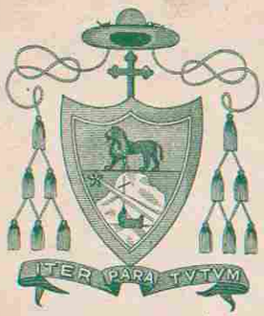
XII

SAGI

do.—(E

sus afligidos p
cos, tios, tias, s
gos y conocidos
us oraciones y
2.º, 3.º, 1.ª, ho
ñar el cadáver
allí al Cement

No se invita




EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

1080015282

# TESORO

DE

# ORATORIA SAGRADA.

PRIMERA PARTE.

**TOMO XII.**

*Capilla Alfonsina*
*Biblioteca Universitaria*

## DIVISION DE LA OBRA.

CUATRO COLECCIONES, CADA UNA DE LAS QUE CONSTITUYE UN COPIOSÍSIMO REPERTORIO, FORMAN ESTA GRANDIOSA OBRA: EL TESORO DE ORATORIA SAGRADA. LAS CUATRO COLECCIONES, Ó PARTES DE LA OBRA, INDEPENDIENTES ENTRE SÍ, SON LAS SIGUIENTES:

1.ª DICCIONARIO APOSTÓLICO MORAL. Comprende de **500 à 600 SERMONES COMPLETOS**, y dispuestos de modo que, con ayuda de los Títulos, Planes, Divisiones, Pasajes y Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el Índice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios íntegros para **CUARESMA, ADVIENTOS**, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un **THESAURUS BIBLICUS**, y un **FLORES DOCTORUM**, más completo que todos los conocidos hasta el dia.

2.ª VARIEDAD completísima de **PANEGÍRICOS DE LA SMA. VÍRGEN**, relativos á todos sus **MISTERIOS**, sus **VIRTUDES**, los **HECHOS** todos de su vida, y á los principales **TÍTULOS** y **ADVOCACIONES** con que la honran los fieles; distinguiéndose por el gran número de **Sermones propios para el mes de MAYO**, y acomodados á las diferentes clases de auditorios y demás consideraciones locales ó accesorias que convenga tomarse en cuenta.

3.ª SERMONES panegíricos y doctrinales sobre los **MISTERIOS DE LA VIDA, PASION Y MUERTE DE N. S. JESUCRISTO**; sobre la **EUCARISTÍA, SAGRADO CORAZON DE JESÚS**, festividades principales del Año Cristiano, Octavarios y Novenas, dedicadas á las más notables advocaciones de N. S. Jesús.

4.ª SERMONES morales; **EJERCICIOS ESPIRITUALES** para Religiosas y diferentes clases y categorías sociales; **MISIONES** dispuestas al alcance de todas las inteligencias; **NOVENARIOS DE ÁNIMAS**, y demás séries de índole análoga.

# TESORO
DE
# ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA,
BIBLIOTECA SELECTA
DE
# PREDICADORES;

**COLECCION ESCOGIDA**

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados, sacados de los mas sobresalientes autores nacionales y extrangeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermon, Divisiones, Pasages, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

**2.ª EDICION**

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

bajo la direccion

del R. P. Ramon Buldú,

*Lector franciscano.*

Comede volumen istud, et vadens loquere ad filios Israel. EZECH. III, 1.

**PRIMERA PARTE.**

**Tomo XII.**

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:

LIBRERÍA CATÓLICA de los editores Pons y C.ª, Archs, y Capellans, 3.

**1878.**

CON RESERVA DE TODOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD.

45175

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

BV4217
T4
V.12
1871-93

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

# TESORO
DE
# ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA
BIBLIOTECA SELECTA
DE
# PREDICADORES.

PRIMERA PARTE.

## DICCIONARIO APOSTÓLICO:

Comprende de 500 á 600 Sermones completos, y dispuestos de modo, que, con ayuda de los títulos, Planes de Sermon, Divisiones, Pasajes, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el índice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios íntegros para la Cuaresma, Adviento, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un THESURUS BIBLICUS y un FLORES DOCTORUM.

2.ª EDICION
CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA
POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,
bajo la direccion
del R. P. Ramon Buldú,
Lector franciscano.

Prædicate Evangelium omni creaturæ. MARCH. XVI, 15.

**Tomo XII.**

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

LOS EDITORES SE RESERVAN LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA,
CON ARREGLO Á LA LEY.

Imprenta de Luis Tasso, hijo, calle del Arco del Teatro, núm. 21 y 23.

# VANAGLORIA.

*Omnis qui se exaltat, humiliabitur.*
Todo aquel que se ensalza, será humillado.
(Luc. xviii, 14.)

La virtud no se aviene con la ostentacion; ni merece el dictado de bueno el que se vanagloria de serlo. ¿Quién puede parecer más digno de alabanza por la pureza de sus costumbres y la excelencia de sus dotes, que el Fariseo del Evangelio? No es incontinente, ni avaro, ni injusto, y siendo estos vicios tan frecuentes en el mundo, dá rendidas gracias á Dios por haberle librado de ellos: *Deus gratias ago tibi quia non sum sicut ceteri hominum: raptores, injusti, adulteri* (Luc. xviii. 21). Mas no consiste en esto todo su mérito. A la fuga del vicio añade la práctica de la virtud. Permanece largas horas en el templo orando con el mayor recogimiento: ¡qué devocion! Mortifica su carne ayunando dos veces cada semana: ¡qué penitencia! Paga con puntualidad al altar el diezmo de todos los frutos que le produce la tierra: ¡qué fiel observancia de la ley! A pesar, empero, de todas estas eminentes cualidades, el Fariseo no es tan acepto á los ojos de Dios como el Publicano que, avergonzado y confundido, llora sus pecados; ántes al contrario, miéntras éste es objeto de la complacencia divina, aquél atrae sobre sí la divina reprobacion, por el mero hecho de hacer vana ostentacion de sus virtudes y buenas obras. ¡Gran enseñanza, provechoso ejemplo para los que desean comparecer provistos de abundantes méritos ante el tribunal de Dios! La virtud que se envanece deja de ser virtud; y el que en vida pretende ser ensalzado en el mundo por sus dones de la naturaleza ó de la gracia, en la hora de la muerte será humillado delante de Dios: *Omnis qui se exaltat, humiliabitur*. Y con razon, con muchísima razon, oyentes mios; pues si bien la vanagloria por ser natutral en el hombre, ó universal en el mundo, no suele causarnos gran temor; la verdad es que debemos temerla y evitarla por tres poderosísimos motivos: 1.° Porque es un vicio deformísimo en sí mismo; primer punto. 2.° Porque es un vicio injuriosísimo á Dios; segundo punto. 3.° Porque es un vicio perniciosísimo á nosotros mismos; tercer punto. A. M,

008344

LOS EDITORES SE RESERVAN LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA,
CON ARREGLO Á LA LEY.

Imprenta de Luis Tasso, hijo, calle del Arco del Teatro, núm. 21 y 23.

# VANAGLORIA.

*Omnis qui se exaltat, humiliabitur.*
Todo aquel que se ensalza, será humillado.
(Luc. xviii, 14.)

La virtud no se aviene con la ostentacion; ni merece el dictado de bueno el que se vanagloria de serlo. ¿Quién puede parecer más digno de alabanza por la pureza de sus costumbres y la excelencia de sus dotes, que el Fariseo del Evangelio? No es incontinente, ni avaro, ni injusto, y siendo estos vicios tan frecuentes en el mundo, dá rendidas gracias á Dios por haberle librado de ellos: *Deus gratias ago tibi quia non sum sicut ceteri hominum: raptores, injusti, adulteri* (Luc. xviii. 21). Mas no consiste en esto todo su mérito. A la fuga del vicio añade la práctica de la virtud. Permanece largas horas en el templo orando con el mayor recogimiento: ¡qué devocion! Mortifica su carne ayunando dos veces cada semana: ¡qué penitencia! Paga con puntualidad al altar el diezmo de todos los frutos que le produce la tierra: ¡qué fiel observancia de la ley! A pesar, empero, de todas estas eminentes cualidades, el Fariseo no es tan acepto á los ojos de Dios como el Publicano que, avergonzado y confundido, llora sus pecados; ántes al contrario, miéntras éste es objeto de la complacencia divina, aquél atrae sobre sí la divina reprobacion, por el mero hecho de hacer vana ostentacion de sus virtudes y buenas obras. ¡Gran enseñanza, provechoso ejemplo para los que desean comparecer provistos de abundantes méritos ante el tribunal de Dios! La virtud que se envanece deja de ser virtud; y el que en vida pretende ser ensalzado en el mundo por sus dones de la naturaleza ó de la gracia, en la hora de la muerte será humillado delante de Dios: *Omnis qui se exaltat, humiliabitur*. Y con razon, con muchísima razon, oyentes mios; pues si bien la vanagloria por ser natutral en el hombre, ó universal en el mundo, no suele causarnos gran temor; la verdad es que debemos temerla y evitarla por tres poderosísimos motivos: 1.° Porque es un vicio deformísimo en sí mismo; primer punto. 2.° Porque es un vicio injuriosísimo á Dios; segundo punto. 3.° Porque es un vicio perniciosísimo á nosotros mismos; tercer punto. A. M,

008344

1. Entre los pecadores que Dios mira con más implacable aversion, cuéntase, como nos lo asegura el Eclesiástico, el pobre soberbio. Esta amalgama de vileza y altanería, de miseria y ostentacion, tiene á los ojos de Dios un aspecto tan deforme y torpe, que no puede ménos de mirarlo con abominacion y horror. Pues esta odiosa mezcla de pobreza y soberbia es precisamente la deformidad propia del corazon vanaglorioso. ¿Quiénes somos nosotros, hermanos mios, para albergar en nuestra mente un solo pensamiento de vanidad? Si consideramos el fango de que estamos formados, los males á que estamos sujetos, la ceguedad de nuestro entendimiento, la flaqueza de nuestras fuerzas, la inconstancia de nuestro ánimo; ¿podremos llegar á concebir un orígen más vil, un estado más infeliz, una condicion más miserable que la nuestra? Necesitados de todo, tenemos que mendigar de la tierra el alimento con que saciar nuestra hambre; del agua, el refrigerio con que apagar nuestra sed; del fuego, el calor con que guardarnos del rigor del frio; de los animales, los vestidos con que cubrir la desnudez de nuestro cuerpo; y ¡ay de nosotros, si en medio de nuestra indigencia nos negase el aire el alimento necesario para la respiracion, el cielo la lluvia precisa para la germinacion y desarrollo de las plantas, los planetas el influjo que ejercen sobre toda nuestra economía! ¿Dónde estábamos ántes de ser concebidos? en el profundo abismo de la nada. ¿Dónde estamos ahora, miéntras vivimos? en un valle de amarguísimas lágrimas. ¿Dónde estaremos despues de muertos? en el recinto estrecho y oscuro de un sepulcro lleno de gusanos y de podre. Esto supuesto, decidme: ¿no es un pobre soberbio el que se envanece en medio de tantas y tales miserias?

Pero precisamente nuestro polvo se envanece de lo que no es, sea porque realmente crea ser lo que no es, como aquel obispo de Laodícea á quien escribió el evangelista S. Juan en tono de reprension: *Dicis: quòd dives sum* (Apoc. III, 17); te precias de ser rico en virtudes, y no ves cuán pobre eres de méritos, cuán destituido de luz, cuán desnudo de santas obras, por lo cual eres miserable y necesitado en cuanto cabe: *Et nescis quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cœcus, et nudus*; ó sea porque pretende aparentar lo que no es, como aquel que, queriendo pecar por liberal, disfraza su avaricia con un escasa limosna hecha públicamente; ó como el que para captarse la opinion de devoto, oculta sus licenciosas costumbres asistiendo á las funciones de iglesia más concurridas. Y ¿no es esto, hermanos mios, una mezcla de pobreza y soberbia sumas? ¡Qué monstruosa deformidad!

Supongamos que las perfecciones de que se precia el vanaglorioso



sean reales y positivas: ¿dejará por esto de incurrir en la vergonzosa nota de pobre soberbio? No, en verdad; pues por grandes y puros que sean los dones de la naturaleza ó de la gracia de que esté provisto, ¿podrá negar que todos ellos sean una simple limosna que Dios le ha hecho gratuitamente? Nobleza de cuna, perspicacia de entendimiento, elocuencia de la palabra, robustez de fuerzas, hermosura del cuerpo, ¿no son por ventura otros tantos bienes que Dios nos dispensa sin mérito alguno de nuestra parte? Los honores, las riquezas, el sosiego y bienestar domésticos; los buenos sentimientos é inclinaciones; el amor á la virtud, la aversion al vicio, son puros y gratuitos dones de la Providencia. No tenemos aquí bajo bien alguno que no nos venga del cielo. Nosotros, como observa S. Pablo, por nosotros solos no tenemos fuerza bastante, no digo para mover una mano ó articular una palabra, pero ni aún para formar un solo pensamiento: *Non quòd sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est* (II Cor. III, 5). Esto supuesto, quisiera saber que responderiais, oyentes mios, á esta pregunta del Apóstol: *Si accepisti, quid gloriaris, quasi non acceperis?* Si todo cuanto sois, si todo cuanto teneis es una pura limosna de Dios; ¿como podeis envaneceros de lo que sois ó teneis, como si Dios no os lo hubiera dado? Si vierais que un pobre se envaneciera de haber recibido una limosna, ¡qué locura! ¡qué monstruosidad! exclamariais; ¡envanecerse de lo que forma la señal más clara de la propia miseria! ¡Ah! ¿y no hacemos nosotros lo mismo, hermanos mios, cuando nos envanecemos de los dones que la divina misericordia nos ha dispensado? Si queremos envanecernos, envanezcámonos de lo que puede llamarse verdaderamente nuestro, de nuestra ignorancia, de nuestra debilidad, de nuestra malicia, de nuestros pecados: pero ¿qué pobre llegó nunca hasta el extremo de gloriarse de su hambre, de su sed, de su desnudez y de su miseria? Sin embargo, por absurdo é incomprensible que sea, es una verdad ¡ojalá no lo fuera! que los hombres movidos de un infernal orgullo llegan hasta á hacer gala de sus mismos pecados. Unos ponderan sus actos de venganza, otros sus atentados contra la honestidad, otros la dureza de sus sentimientos, estos su impudencia, aquellos su incredulidad. ¡Oh! esto es lo sumo de la deformidad, porque verdaderamente no puede darse pobreza más soberbia. ¿Qué desenfrenada arrogancia es esta? ¡hacer alarde de la misma ignominia! Pero ¡ay de los pobres soberbios! desgraciados de ellos cuando llegue el dia en que Dios convertirá su jactancia en confusion! Entónces les hará ver la horrenda fealdad de su soberbia; y ellos, confundidos y consternados, se arrepentirán en vano de su loca temeridad.

¡Oh Jesus mio! ¡cuánto mejor es que reconozcamos ahora nuestra nada, y vivamos con la humildad que corresponde á nuestra pobreza! No permitais que la vanidad me ponga, cual vil esclavo, bajo sus piés; ántes bien por las llagas que adoro de vuestros piés sacratísimos, os ruego que me deis gracia para que pueda dominar y supeditar mi vanidad, á fin de que de ahora en adelante, no me envanezca del mal, que es todo mio, ni del bien, que procede de vos.

2. Es una verdad de fe, que Dios es el principio y fin de todas las cosas; de donde se infiere, que no solo debemos reconocerle como orígen de todo cuanto poseemos, sinó que debemos tambien referirlo todo á él como á su último fin: *Universa propter semetipsum*, dice el Sábio, *operatus est Dominus* (Prov. xvi, 4). Dios lo ha hecho todo en órden á sí mismo, queriendo que de los bienes que nos dispensa sea todo el provecho para nosotros, y la gloria toda para él. De ahí la injuria que hace á Dios el vanaglorioso. No contento de las ventajas que reporta de su talento y de sus obras, quiere tambien apropiarse la gloria que solo corresponde á Dios; y por más que el Apóstol le recuerde que Dios quiere ser exclusivamente glorificado por la riqueza del opulento, por las distinciones del noble, por las prerogativas del dignatario, y por la ciencia del letrado: *soli Deo honor, et gloria* (II Tim. i); él, con todo esto, no se acuerda más que de sí, solo en sí mismo se complace, y pretende atribuirse la gloria de todo cuanto es y tiene. ¿Y no es esto arrebatar con mano sacrílega á Dios la gloria que le pertenece? En efecto, cuantas veces nos envanecemos ó alabamos de nuestras perfecciones ó de nuestras obras, ó nos complacemos en ellas cual si fuesen cosa nuestra, cometemos un hurto, un injuriosísimo hurto de gloria contra Dios. Pues siendo esto así ¿cuántos hurtos de esta especie cometen diariamente los hombres, ora haciendo vano alarde de su nobleza y de sus títulos, en vez de dar por ellos humildes gracias á Dios; ora engriéndose de su sabiduría, en lugar de glorificar á Dios que les dió la perspicacia de entendimiento; ora haciendo vana ostentacion de sus riquezas, en vez de honrar y alabar á Dios que se las ha dispensado? Tú, apuesto jóven, de generoso corazon, de carácter afable, de amena conversacion, de entendimiento claro y despejado; ¿cuán grande hurto de gloria estás haciendo á aquel Dios que tan benéfico se ha mostrado contigo, miéntras que, enamorado de tí mismo, te envaneces de tus buenas dotes? Y tú, ¡oh mujer! que con la belleza del alma pudieras dar gran realce á la hermosura de tu cuerpo, ¿no adviertes cuanta gloria hurtas á Dios contemplándote y pavoneándote horas enteras delante de un espejo, para captarte despues la admiracion y los obsequios de los demás en las casas, en los teatros y en las iglesias?



Es tan grande la injuria que con semejante hurto se hace á Dios, que el santo Job la llama: *iniquitas maxima, et negatio contra Deum altissimum*, maldad grandísima, y negacion del Dios altísimo; porque el que se envanece de su talento y pretende ser alabado y ensalzado por razon de él, prueba que no reconoce por autor á su Dios. De aquí el grande horror que Job tenia á este detestable vicio, horror que expresaba con las siguientes palabras: Señor, vos sabeis si mi corazon ha alimentado alguna secreta complacencia, ó si mi lengua ha pronunciado alguna palabra en alabanza de mis obras: *Si lætatum est cor meum in abscondito, et osculatus sum manum meam ore meo*; conociendo que cuantas veces la criatura se alaba á sí misma, ultraja á su Criador, y se hace por lo tanto culpable de una maldad grandísima, y hasta de infidelidad.

Con efecto; increpando Jesucristo á los judíos, llenos de orgullo, les decia: ¿Cómo es posible, que me creais, vosotros, sedientos como estais de gloria mundana y olvidados de la gloria celestial? *Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis, et gloriam, quæ à solo Deo est, non quæritis* (Joann. v, 44)? Con cuyas palabras venia á decir á los judíos, lo mismo que á nosotros: ¿cómo puede tener fe el que procura agradar á los hombres ántes que á Dios? Si creyerais que la única alabanza verdadera y la sola estimacion justa son las que vienen de Dios, ¿antepondriais á ellas la vana alabanza y la falsa estimacion de los hombres? ¿Seremos por ventura en la hora de la muerte juzgados por Dios, segun el vano juicio que en vida habremos formado de nosotros mismos? ¿Confirmará Dios en su tribunal las alabanzas que háyamos hecho de nosotros mismos, ó que los demás nos hayan tributado? ¿Podremos presentarle como prenda de la gloria que nos tiene preparada en el cielo, la que háyamos buscado en este mundo? No, en verdad: Dios nos juzgará, no segun nuestro concepto, ó el de los otros hombres, sinó segun su propio é infalible juicio, es decir, no segun nosotros creemos ser, sinó segun somos en realidad: ¿cómo pues han de poder unirse la fe y la vanagloria? Si Dios no nos ama, ¿de qué nos servirá el amor de los hombres? Si Dios no nos alaba, ¿de qué nos aprovecharán nuestras alabanzas? *Non enim*, dice el Apóstol, *qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat* (II Cor. x, 18). Por tanto, guardémonos, hermanos mios, de este abominable vicio, que imprimiéndonos la doble mancha de injusticia é infidelidad, nos hace dos veces odiosos á los ojos de Dios; é imitemos á Jesús nuestro Salvador, que nunca

buscó su propia gloria, sinó la de su Padre celestial. Ved cuán extraño se mostró siempre á las alabanzas, á la estimacion y á los aplausos del mundo. Si en el Tabor se reviste de esplendorosísima divina luz, manda á los apóstoles que guarden silencio acerca de su transfiguracion. Si con supremo poder restituye la vista á los ciegos, el oido á los sordos, el movimiento á los paralíticos, les encarga que no descubran á su bienhechor. Si con documentos llenos de celestial sabiduría excita la admiracion de los pueblos, protesta que no es suya, sinó de su divino Padre la doctrina que enseña. Si las turbas, penetradas de su extraordinario mérito, quieren entronizarle, corre á esconderse en una soledad: en suma, quiere que su perfeccion, su sabiduría y sus milagros permanezcan secretos, porque, como él mismo nos lo dice, no busca su propia gloria: *Ego non quæro gloriam meam* (Joann. vii, 30). ¿Y la buscaremos nosotros, hermanos mios? Comparémonos con él; comparemos nuestras virtudes con las suyas, nuestros méritos con sus méritos, nuestros...

¡Ah! esta comparacion me espanta, Jesús mio. Vos, colmado de infinitos méritos, de infinita santidad, durante vuestra vida nunca jamás buscasteis vuestra gloria, á pesar de seros sumamente merecida; y yo, miserable gusano, colmado de pecados, ¿me atreveré todavía á buscar y solicitar la gloria mundana? ¡Oh, Jesús mio! por las llagas que adoro de vuestro sacratísimo cuerpo, os suplico que desterreis de mi corazon un tan vano deseo, y me hagais la gracia de que, siguiendo vuestro ejemplo, no busque nunca otra gloria que la de vuestro divino Padre. Iluminadme, Salvador mio, para que conozca y me persuada de que la verdadera gloria de un cristiano ha de cifrarse en glorificar á Dios.

Terrible es la amenaza que, segun leemos en el libro cuarto de los Reyes, hizo el profeta Isaías á Ezequías rey de Judá. Este príncipe habia hecho ostentacion de sus tesoros ante los embajadores de Baladan, rey de Babilonia; y apénas lo supo el profeta, presentose á él, y díjole: Sabe ¡oh rey! que en pena de la vana ostentacion en que has incurrido, tus tesoros pasarán á poder de los babilonios, y juntamente con tus tesoros, tus hijos, los cuales, despojados del reino, sufrirán en tierra extraña una durísima esclavitud. Así lo predijo Isaías, y así se cumplió. Tal es el gravísimo daño que infiere al alma la vanagloria: pérdida de los tesoros, privacion del reino, ominosa esclavitud. Méritos acumulados con la santidad de las obras, frutos recogidos con el ejercicio de la virtud, gracias atesoradas con las prácticas piadosas, todo se pierde y pasa á poder del maligno enemigo desde el momento que se hace ostentacion de ello. No creais, no,



oyentes mios, que el demonio para reducirnos á un estado de deplorable pobreza, procure siempre impedir nuestras buenas obras. Sabe que no siempre puede privarnos de frecuentar la iglesia y los sacramentos y de oir la palabra de Dios; sabe que por mucho que se esfuerce, no puede oponerse á que hagamos de vez en cuando alguna oracion, algun ayuno, alguna limosna; mas no desiste por esto de su empeño. Dase por contento de que con el bien que hacemos, mezclemos un poco de vanagloria; pues esto le basta para despojarnos paulatinamente de toda nuestra riqueza espiritual. Con un poco de vanidad que pongamos en la oracion, con un poco de orgullo que abriguemos en el corazon, con un poco de alabanza ó estimacion mundana que busquemos, tiene más que suficiente para hacerse dueño de los bienes de nuestra alma.

Y si por desgracia consigue el demonio arrebatarnos el mérito de nuestras buenas obras ¿qué esperanza nos queda entónces? Ninguna, hermanos mios, ninguna absolutamente, pues somos entónces totalmente desposeidos de nuestros tesoros y de nuestro reino. *Amen dico vobis*, decia Jesucristo hablando de los fariseos, que con sus obras piadosas procuraban captarse la consideracion de los hombres: *receperunt mercedem suam* (Matth. vi, 2). En verdad os digo, que éstos ya recibieron su recompensa. Pues lo mismo dirá desde su tribunal á todos aquellos que obran bien para merecer y alcanzar los aplausos del mundo. Verdad es, les dirá, que frecuentasteis mis templos, pero fué las más veces para aparentar devocion: *recepistis mercedem vestram*. Verdad es que os pusisteis por mediadores entre algunas familias desunidas y restablecisteis entre ellas la paz y la amistad; pero no lo es ménos que con harta frecuencia os preciasteis públicamente de ello: *recepistis mercedem vestram*. Es verdad que hicisteis ricos dones á mis altares; pero ¿qué de lápidas, inscripciones y escudos de armas no pusisteis en ellos para pregonar vuestra generosidad? *recepistis mercedem vestram*. Verdad es que hicisteis limosnas espléndidas y grandes obras de caridad; pero fué para conquistaros el aplauso y la admiracion de los hombres. Idos, que ya estais suficientemente recompensados: *recepistis mercedem vestram*. Ahora bien; ¿puede darse mayor desgracia para nuestra alma, que la de perder el mérito y el premio de las buenas obras? ¡Cuán loco es el que pudiendo ganar con sus obras la gloria del cielo, prefiere la gloria vana y efímera del mundo!

Y lo peor es, hermanos mios, que la vanagloria, añadiendo á la privacion del reino la esclavitud; á más de quitarnos el premio, nos hace merecedores de castigo. S. Juan Crisóstomo la llama con razon

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez.

madre del infierno : *Mater gehennæ est inanis gloria* (Hom. xvii, in ep. ad. Rom.), porque al principio de los tiempos lo abrió á una multitud de espíritus rebeldes, y aún ahora lo está contínuamente poblando de almas cristianas. No quiero decir con esto, que todo acto de vanagloria sea un pecado tal, que merezca ser castigado con las penas eternas: sé que comunmente solo constituye un pecado venial; pero de tal naturaleza, que nos dispone á las más mortales caidas ; por lo que S. Bernardo la llamaba muy acertadamente, peste del alma, orígen funesto de todos los vicios, veneno mortífero de la virtud, gusano roedor de la santidad, madre de la hipocresía, raiz del pecado. Y sin embargo (¡ oh ceguedad humana !), no hay en los presentes tiempos vicio más general que el de la vanagloria. ¿Cuál es el corazon, cuál el lugar en que no se alberga? Casas y claustros, cabañas y palacios, teatros é iglesias, todo lo invade y contamina. La opulencia y la pobreza, la sensualidad y la mortificacion, la humildad y la soberbia, todos los estados, todos los vicios y todas las virtudes están igualmente sujetos á su imperio. Hasta en el mismo desprecio de la vanagloria tiene muchas veces cabida la vanagloria. ¡Oh, hermanos mios! abramos los ojos y huyamos de un enemigo que de tal modo nos persigue y daña; y para huirlo con seguridad, sigamos el consejo de Jesucristo: Por buenas, grandes y santas que nos parezcan nuestras obras, tengámonos siempre por siervos inútiles y despreciables : *Cum feceritis omnia, quæ præcepta sunt vobis, dicite : servi inutiles sumus* (Luc. xvii, 10). Y á la verdad; ¿qué es todo lo que hacemos y podemos hacer, en comparacion de lo que Dios merece, en comparacion de los beneficios que nos ha dispensado, y de la gloria que nos tiene prometida? ¿No es poco, no es poquísimo en comparacion de lo que debemos padecer por nuestros pecados? Y sobre todo ¿no es poco, poquísimo, en comparacion de lo que vos, ¡oh Jesús mio! habeis hecho y padecido por nosotros?

Vos nos habeis consagrado toda vuestra vida, vos habeis derramado toda vuestra sangre y habeis muerto por nosotros en un infame patíbulo. Y nosotros, que tan poca cosa hacemos por vos, ¿ creeremos ser algo más que inútiles siervos? ¿Llevaremos nuestro orgullo hasta el extremo de vanagloriarnos del poquísimo bien que hacemos? ¡ Ah! no, Jesus mio, no queremos incurrir en tan monstruoso y abominable error. Somos siervos inútiles, lo confesamos : no merecemos ni buscamos gloria alguna en este mundo : sea toda para vuestro santísimo nombre : *Non nobis, Domine, non nobis ; sed nomini tuo da gloriam* (Psalm. cxiii, 1). La única gloria que deseamos es la de la otra vida. Dádnosla ¡ Jesús mio ! os lo rogamos encarecidamente por las adorables llagas de vuestro sacratísimo cuerpo. Amen.



## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Nolite multiplicare loqui sublimia, gloriantes.* I Reg. ii, 3.

Cesad pues de hablar con soberbia y jactancia.

*Superbiam numquam in tuo sensu, aut in tuo verbo dominari permittas.* Tob. iv, 14.

No permitas jamás que la soberbia domine en tu corazon, ó en tus palabras.

*Vir vanus in superbiam erigitur.* Job. xi, 12.

El hombre necio se engrie con altanería.

*Filii hominum, ut quid diligitis vanitatem et quæritis mendacium?* Psal. iv, 3.

¡Oh hijos de los hombres! ¿por qué amais la vanidad, y vais en pos de la mentira?

*Laudet te alienus, et non os tuum; extraneus, et non labia tua.* Prov. xxvii, 2.

La boca de otro, no la tuya, sea la que te alabe ; el extraño, y no tus propios lábios.

*In vestitu ne glorieris umquam, nec in die honoris tui extollaris.* Eccli. xi, 4.

No te glories jamás por el traje *de distincion* que llevas ; y no te engrias cuando te veas ensalzado en alto puesto.

*Omnis caro fænum, et omnis gloria ejus quasi flos agri.* Isai. xl, 6.

Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del prado.

*Non glorietur sapiens in sapientia sua, et non glorietur fortis in fortitudine sua, et non glorietur dives in divitiis suis; sed in hoc glorietur, qui gloriatur, scire et nosse me, quia ego sum Dominus.* Jerem. ix, 23.

No se glorie el sábio en su saber, ni se glorie el valeroso en su valentía, ni el rico se glorie en sus riquezas ; mas el que quiera gloriarse, gloríese en conocerme y saber que yo soy el Señor.

*Ponite corda vestra super vias vestras; seminastis multum et intulistis parum.* Aggæi i, 5 et 6.

Poneos á considerar seriamente vuestros procederes : habeis sembrado mucho, y recogido poco.

*Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis; alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in cœlis est.* Matth. vi, 1.

Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres, con el fin de que os vean ; de otra manera no recibireis su galardon de vuestro Padre, que está en los cielos.

*Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis; et gloriam, quæ à solo Deo est, non quæ-*

¿Cómo es posible que me *recibais* y creais, vosotros que andais mendigando alabanzas unos de

*ritis?* Joann. v, 44.

*Evanuerunt in cogitationibus suis; dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt.* Rom. i, 21 et 22.

*Non qui seipsum commendat, ille probatus: est: sed quem Deus commendat.* II Cor. x, 18.

*Sufficientia nostra ex Deo est.* Idem iii, 5.

otros; y no procurais aquella gloria que de solo Dios procede?

Devanearon en sus discursos, y miéntras que se jactaban de sábios, pararon en ser unos nécios.

No es aprobado quien se abona á sí mismo; sinó aquel á quien Dios abona *ó alaba.*

Nuestra suficiencia *ó capacidad* viene de Dios.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Los honores y dignidades suelen ser causa de vanagloria, la cual puede llegar á obrar nuestra ruina temporal y eterna. Así lo vemos en Saul, muy modesto y humilde ántes de ser consagrado rey; pero, apénas levantado á tan alto puesto, no puede sufrir el más insignificante menoscabo de su dignidad, ni que se tribute á otro la gloria, aunque merecida, que toda pretende para él. (I Reg. a cap. x. usq. ad 31).

David nunca se glorió de sus hazañas, sinó que todo lo atribuyó á la diestra de Dios omnipotente; y aunque exaltado á la dignidad real, amado de su pueblo, y temido de todos sus enemigos, siempre fué humilde. Léase el cántico que pronunció en accion de gracias á Dios, el cual viene á ser un resúmen de sus sentimientos humildes, y una prueba del modo con que venció la vanagloria. (I Paralip. xxviii, 10 et seq.).

Aunque las más de las veces la vanagloria no se extienda sinó á cosas leves, no obstante Dios suele castigarla ejemplarmente. La complacencia que tuvo David por el resultado asombroso que arrojó su empadronamiento, fué castigada con tres dias de cruel peste, de la cual sucumbieron setenta mil hombres (II Reg. xxiv). Ezequías, aunque tan virtuoso, por haber mostrado sus tesoros con cierta complacencia á los embajadores de Siria, mereció oir de Isaías la siguiente amenaza: «Tiempo vendrá en que todas esas cosas que hay en tu casa y cuantas han atesorado tus padres hasta el dia presente, serán trasportadas á Babilonia: no quedará cosa alguna, dice el Señor» (IV Reg. xx). El orgulloso Holofernes, despues de haber despreciado al pueblo de Dios y gloriádose en la fuerza de su ejército, fué decapitado por mano de una débil mujer (Judith cap. vi, et xiii). Pasemos por alto á Nabucodonosor (Dan. iv), á Baltasar (Idem v), á Senaquerib y Rabsaces (IV Reg. cap. xviii, et xix). Nicanor (I Machab. vii), Antíoco (II Machab. ix). Herodes Agrippa y otros, cuyas desgracias y muerte no pueden leerse sin horror.



Por esto nuestro Salvador Jesús nos enseñó con palabras y ejemplos la humildad, y la importante doctrina de que todo lo que hay de bueno en nosotros proviene de Dios, al cual solamente es debido el honor y gloria: y no obstante de ser él Dios, la santidad misma, protestó contra la acusacion de los fariseos, diciendo: *Ego non quæro gloriam meam, sed ejus, qui misit me* (Joann. viii). Imitemos esta conducta.

Véase, además: *Humildad.*

---

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Si opera virtutum foras exierint, rarus est qui hominum judicia conspuat, et laudes humanas contemnat.* S. Cyprian.

*Inanis gloria, cum mentem vani hominis impleverit, in illa arrogantiam, hypocrisim, impietatem gignit.* S. Ambros.

*Martyrium, si ideo fiat, ut admirationi et laudi habeamur à fratribus, frustra sanguis effusus est.* S. Hieron. in ep. ad Gal.

*Non potest gloriæ servus homo, non omnium servus esse, et ipsis servilior mancipiis.* S. Chrysost. Hom. 43, ad Popul.

*Ut tinea et vermes corrumpunt, ita et inanis gloria.* Idem. Hom. 42, in Genes.

*Plerique in suis lapsibus gloriantur, et putant laudis esse, quæ criminis sunt.* S. Greg. Nazian. Orat. 1.

*Vanitas morbus est, quo seipsos homines seducunt, et videntur se esse*

Cuando las obras buenas son visibles, es muy difícil no hacer caso de los juicios humanos y despreciar las alabanzas de los otros.

La vanagloria, una vez se ha apoderado del entendimiento, le comunica la arrogancia, la hipocresía y la impiedad.

Inútilmente vierte uno su sangre, si sufre el martirio con el fin de ser alabado ó admirado de sus hermanos.

El hombre esclavo de la vanagloria no puede dejar de ser esclavo de todos, y más vil que los mismos esclavos.

La vanagloria destruye las virtudes del alma al igual que los gusanos y la polilla destruyen los vestidos.

Muchos hay que se glorian de sus pecados, sin pensar que léjos de merecer alabanza, merecen vituperio.

La vanidad es una enfermedad que seduce á los hombres, ha-

*aliquid, cum nihil sint.* S. Aug. in Psalm. 121.

*Qui de vanitate gloriantur, hæc non est gloria, sed vera miseria.* Idem. in soliloq.

*Inanis gloria est dulcis spiritualium operum spoliatrix, jucundus animarum nostrarum hostis, blandissima bonorum nostrorum depræ-datrix.* S. Basil Const. Monial. cap. 10.

*Sæpe bono operi dum laus humana obviat, mentem operantis immutat, quæ quamvis quæsita non fuerit, tamen oblata delectat.* S. Gregor. in Moral.

*Nemo vestrum velit laudari in vita ista, quia quidquid hic favoris captas, quod ad Deum non retuleris, ipsi furaris.* S. Bern. serm. 13, in Cant.

ciéndoles creer que son alguna cosa, cuando nada son.

Los que se glorian de ser vanos no disfrutan de ninguna gloria, antes bien padecen una verdadera miseria.

La vanagloria es una halagüeña usurpadora de nuestros bienes espirituales, un enemigo agradable de nuestras almas, un ladron muy fino de todos nuestros méritos.

No pocas veces hacen cambiar nuestra intencion las alabanzas que hacen los hombres de nuestras buenas obras, cuyas alabanzas, por más que no sean buscadas, fácilmente deleitan siendo espontáneas.

Ninguno de vosotros permita ser alabado en esta vida; porque toda la alabanza que recibirá sin referirla á Dios, se la roba.

VALOR; véase: FORTALEZA.

VANIDAD DE LAS COSAS DEL MUNDO; véase: MUNDO.

VANIDAD DE LAS GRANDEZAS; véase: GRANDEZA VERDADERA y HONOR.

VEJEZ; véase: ANCIANIDAD.

---

# VENGANZA.

*Non vosmetipsos defendentes, charissimi, sed date locum iræ.*

No os vengueis vosotros mismos, querido mios, sino dad lugar á que se pase la ira.

(Rom. xii, 19.)

Nada interesa tanto á los fieles como el amarse mútuamente, disimulándose unos á otros las ofensas y perdonándose los agravios. La caridad es el alma de la vida cristiana; porque estando todos nosotros llenos de mil imperfecciones y defectos, siendo opuestas nuestras inclinaciones y encontrados nuestros intereses, viviríamos en una perpétua guerra, si no olvidásemos las ofensas que mútuamente nos hacemos. La sociedad actual se ve amenazada por los rencores que entre sí guardan los hombres: los ódios se perpetúan; las venganzas se ejercen en inmensa escala; y si Dios no lo remedia, el siglo ilustrado, el siglo culto, el siglo de las grandes asociaciones, el siglo que dice aspira á realizar la unidad, verá la sociedad convertida en un campo de batalla donde el prójimo acechará al prójimo, y el hermano al hermano, esperando el oportuno instante para sacrificarlo.

A tanto mal es preciso tratar de aplicarle un pronto remedio. El orador cristiano debe hoy levantar con frecuencia su enérgica voz contra la venganza, cuyos excesos son tan grandes que pueden considerarse como la deshonra y el oprobio de los cristianos. Su principal mision, como ministro de Aquel que en la cruz imploró para sus crucifixores la venia de su gran culpa, es la de trabajar para conseguir que los cristianos olviden las ofensas que mútuamente se infieren, y se disimulen unos á otros sus respectivas faltas. Voy pues á clamar hoy contra las venganzas. El Apóstol nos dice: «No os vengueis vosotros mismos, queridos mios, sinó dad lugar á que se pase la ira;» pero algunos, léjos de esperar á que se calme la ira, desean vengar en el intante mismo la ofensa ó daño que creen se les ha inferido. No quieren esperar que se lo vengue el Señor, que es á quien toca hacerlo, ni á que se lo vengue la ley, que es la encargada de la justicia; meditan al punto planes de venganza, y los realizan, como si no

*aliquid, cum nihil sint.* S. Aug. in Psalm. 121.

*Qui de vanitate gloriantur, hæc non est gloria, sed vera miseria.* Idem. in soliloq.

*Inanis gloria est dulcis spiritualium operum spoliatrix, jucundus animarum nostrarum hostis, blandissima bonorum nostrorum depræ-datrix.* S. Basil Const. Monial. cap. 10.

*Sæpe bono operi dum laus humana obviat, mentem operantis immutat, quæ quamvis quæsita non fuerit, tamen oblata delectat.* S. Gregor. in Moral.

*Nemo vestrum velit laudari in vita ista, quia quidquid hic favoris captas, quod ad Deum non retuleris, ipsi furaris.* S. Bern. serm. 13, in Cant.

ciéndoles creer que son alguna cosa, cuando nada son.

Los que se glorian de ser vanos no disfrutan de ninguna gloria, antes bien padecen una verdadera miseria.

La vanagloria es una halagüeña usurpadora de nuestros bienes espirituales, un enemigo agradable de nuestras almas, un ladron muy fino de todos nuestros méritos.

No pocas veces hacen cambiar nuestra intencion las alabanzas que hacen los hombres de nuestras buenas obras, cuyas alabanzas, por más que no sean buscadas, fácilmente deleitan siendo espontáneas.

Ninguno de vosotros permita ser alabado en esta vida; porque toda la alabanza que recibirá sin referirla á Dios, se la roba.

VALOR; véase: FORTALEZA.

VANIDAD DE LAS COSAS DEL MUNDO; véase: MUNDO.

VANIDAD DE LAS GRANDEZAS; véase: GRANDEZA VERDADERA y HONOR.

VEJEZ; véase: ANCIANIDAD.

---

# VENGANZA.

*Non vosmetipsos defendentes, charissimi, sed date locum iræ.*

No os vengueis vosotros mismos, querido mios, sino dad lugar á que se pase la ira.

(Rom. xii, 19.)

Nada interesa tanto á los fieles como el amarse mútuamente, disimulándose unos á otros las ofensas y perdonándose los agravios. La caridad es el alma de la vida cristiana; porque estando todos nosotros llenos de mil imperfecciones y defectos, siendo opuestas nuestras inclinaciones y encontrados nuestros intereses, viviríamos en una perpétua guerra, si no olvidásemos las ofensas que mútuamente nos hacemos. La sociedad actual se ve amenazada por los rencores que entre sí guardan los hombres: los ódios se perpetúan; las venganzas se ejercen en inmensa escala; y si Dios no lo remedia, el siglo ilustrado, el siglo culto, el siglo de las grandes asociaciones, el siglo que dice aspira á realizar la unidad, verá la sociedad convertida en un campo de batalla donde el prójimo acechará al prójimo, y el hermano al hermano, esperando el oportuno instante para sacrificarlo.

A tanto mal es preciso tratar de aplicarle un pronto remedio. El orador cristiano debe hoy levantar con frecuencia su enérgica voz contra la venganza, cuyos excesos son tan grandes que pueden considerarse como la deshonra y el oprobio de los cristianos. Su principal mision, como ministro de Aquel que en la cruz imploró para sus crucifixores la venia de su gran culpa, es la de trabajar para conseguir que los cristianos olviden las ofensas que mútuamente se infieren, y se disimulen unos á otros sus respectivas faltas. Voy pues á clamar hoy contra las venganzas. El Apóstol nos dice: «No os vengueis vosotros mismos, queridos mios, sinó dad lugar á que se pase la ira;» pero algunos, léjos de esperar á que se calme la ira, desean vengar en el intante mismo la ofensa ó daño que creen se les ha inferido. No quieren esperar que se lo vengue el Señor, que es á quien toca hacerlo, ni á que se lo vengue la ley, que es la encargada de la justicia; meditan al punto planes de venganza, y los realizan, como si no

tuviésemos más ley por donde regir nos que nuestros injustos ódios ó nuestras bajas envidias. ¡Infelices! no reflexionan que para ellos no hay salvacion, no hay misericordia, no hay más que eternas penas; pues la venganza excluye irremediablemente del reino de los cielos. Os lo demostraré claramente, y espero que no saldreis de este templo sin deponer vuestros rencores, apagar vuestras iras, renunciar para siempre á la venganza, y perdonar los agravios que se os hayan hecho. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Vírgen. A. M.

1. Muy grandes son las deudas que todos tenemos con Dios. El nos ha dado la existencia y la vida, y nos conserva y enriquece con dones, así naturales como sobrenaturales, para que nada nos falte para llegar á nuestro último fin. Los beneficios que recibimos de la mano de Dios son diarios, contínuos, perpétuos, inestimables, y, por lo tanto, las ofensas que hacemos á tan generoso bienhechor son inexcusables, y no podemos absolutamente expiarlas. Sin embargo, traspasamos sus preceptos, y contraemos con él la deuda de una gran satisfaccion que hace necesaria el pecado cometido contra tan alta majestad; pero no bien nos humillamos, y resueltos á no ofenderle jamás, le pedimos que nos perdone nuestras deudas, cuando ya nos las perdona. Quiere, empero, que hagamos lo propio con los que nos han ofendido, y que nos compadezcamos de ellos como él se compadece de nosotros. ¿Qué hará pues con los corazones duros, insensibles y vengativos? Vosotros, les dirá, que ni quereis perdonar á vuestros semejantes sus deudas, ni les disimulais sus defectos, ni olvidais sus ofensas, ni borrais de vuestros corazones los agravios recibidos, ¿pretendeis alcanzar el perdon de vuestras deudas? Vosotros, mortales miserables, no quereis perdonar á vuestros hermanos, á vuestros iguales, las faltas que cometen, los agravios que os causan y las ofensas que os infieren, ¿y quereis que yo, que soy vuestro Dios y Criador, os perdone á vosotros, pobres gusanillos, las culpas que os constituyen deudores mios? Las faltas de vuestro prójimo son pequeñas, porque vosotros, contra quienes pecan, sois muy pequeños; pero, por el contrario, las ofensas que me habeis hecho son muy grandes, tienen una malicia en cierto modo infinita, porque habeis pecado contra mí, que soy infinitamente grande; y no queriendo vosotros perdonar una deuda pequeña ¿habria yo de perdonaros una deuda infinita? Os equivocais; de vuestra misericordia hácia vuestros deudores ú ofensores depende el que obtengais para siempre la mia. Si perdonais, os perdonaré; si disimulais al prójimo sus faltas, disimularé las vuestras; si olvidais sus ofensas, no haré de las vuestras



memoria; pero si aborreceis á los que os han inferido alguna injuria, tambien yo os aborreceré, y aunque por otra parte hagais esfuerzos ó practiqueis obras buenas para alcanzar la felicidad eterna, no la conseguireis, porque con vuestro odio y vuestro deseo de venganza os cerrareis á vosotros mismos la puerta de los cielos.

Tal vez creereis que estas son palabras que yo, por mi capricho, he pronunciado, dándoles un colorido de exageracion que se aviene muy mal con la idea que tenemos formada de la misericordia divina; pero fácil será desengañaros. Verdad es que todos los pecados nos cierran las puertas del cielo; pero no es ménos cierto que miéntras con nuestros pecados dejamos intacto el derecho de Dios para juzgar, podemos esperar que, atendiendo á los méritos infinitos del Salvador y á la flaqueza de nuestra carne, se nos juzgue con misericordia. Ahora bien; en los demás pecados dejamos á Dios exclusivamente el derecho de juzgarnos y podemos, por consiguiente, esperar en el fondo de nuestro corazon una generosa clemencia: pero en la venganza, por el contrario, prevenimos el juicio de Dios, anticipamos la sentencia, nos juzgamos á nosotros mismos en el hecho de juzgar á nuestros hermanos; y como no somos nosotros los que á nosotros mismos hemos de dispensarnos la misericordia, resultará que no habrá misericordia para los vengativos. Dios quiere ser el vengador de los agravios que se nos hacen, dándonos gloria por las ofensas recibidas, y dando castigo al ofensor; pero como nos tiene dicho que seremos medidos con la misma medida que midamos nosotros, desde el momento que por nosotros mismos nos tomamos la venganza, nos constituimos en jueces, juzgando no solo á nuestro ofensor, sinó juzgándonos á nosotros mismos, sujetando las manos á Dios para que no use con nosotros de clemencia, y obligándole á tratarnos sin misericordia. Aún más; hasta le pedimos que nos castigue sin piedad. ¿Qué le pedimos en la más santa y sublime de las oraciones? Que nos perdone así como nosotros perdonamos á nuestros ofensores. Luego, tomándonos nosotros mismos la venganza, nuestra peticion se reduce á que Dios se vengue de nosotros sin piedad ni misericordia.

No digas: Yo me vengaré, nos amonesta el Espíritu Santo; no lo digas, sinó espera en el Señor, y él te librará. *Ne dicas: reddam malum: expecta Dominum et liberabit te* (Prov. xx, 22). Tampoco digas: como mi prójimo me trató á mí, así le trataré yo á él: pagaré á cada uno segun sus obras. *Ne dicas: quomodo fecit mihi, sic faciam ei: reddam unicuique secundum opus suum* (Ibid. xxiv, 29). ¿Sabeis por qué el Señor trató con tanto rigor á los idumeos y filisteos? Escuchad lo que dice el profeta Ezequiel: «Por cuanto la Idumea ejerció siempre

su odio inveterado para vengarse de los hijos de Judá, y ha pecado desfogando sin medida sus deseos de vengarse; por tanto, esto dice el Señor: Yo descargaré mi mano sobre la Idumea, y exterminaré de ella hombres y bestias, y la dejaré hecha un desierto por el lado del mediodía; y los que se hallan en Dedan ó hácia el norte, serán pasados á cuchillo. Por cuanto los filisteos han tomado venganza, y lo han hecho con el mayor encono: por tanto, esto dice el Señor: Hé aquí que yo descargaré mi mano sobre los filisteos y tomaré de ellos una terrible venganza, castigándolos con furor (Ezeq xxv, 12 et seq.)». Si queremos pues que Dios no nos trate con severidad, guardémonos de ser desapiadados con nuestros hermanos. Os rogamos, nos dice S. Pablo, que seais sufridos con todos. Procurad que ninguno vuelva á otro mal por mal; sinó tratad de hacer siempre bien unos á otros. *Rogamus vos... patientes estote ad omnes. Videte ne quis malum pro malo alicui reddat; sed semper quod bonum est sectamini in invicem* (I Thessal. v, 14 et 15). Sed todos compasivos, añade S. Pedro, amantes de los hermanos, misericordiosos: no volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion; ántes al contrario, bienes ó bendiciones; porque á esto sois llamados, á fin de que poseais la herencia de la bendicion celestial (I Petr. iii, 8).

2. Dichosos los corazones generosos que, olvidando las injurias, vuelven bien por mal y bendicion por maldicion, pues ellos alcanzarán una corona más preciosa que la que se ciñen los guerreros y conquistadores; porque, como dice el Espíritu Santo, mejor es el varon sufrido, que domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades (Prov. xvi, 32). Una de las más bellas y grandes figuras que se distinguen en la historia del mundo es la de José, hijo de Jacob; ¿y sabeis cómo llegó á la altura de tanta gloria? Es indudable le realzó mucho el haber resistido á una dama que, dejándose llevar de una pasion detestable, tuvo la flaqueza de cobrarle un afecto desordenado, que del corazon pasó á las palabras, de estas á las solicitaciones, que degeneraron por fin en una violencia declarada. Tambien se adquirió parte de esta gloria interpretando los misteriosos sueños de Faraon, y con su sabiduría y prudencia libró el Egipto y sus comarcas de una tribulacion angustiosa. Pero su mayor gloria está en que léjos de tomar venganza de sus desapiadados hermanos, que devorados de envidia habian resuelto quitarle la vida, y por último le vendieron á unos mercaderes ismaelitas, excusó los muchos agravios que le habian hecho, procuró disipar la confusion de que su perfidia les llenaba, y los colmó de beneficios. José es más grande dando á sus hermanos las demostraciones más expresivas de ternura, pudiendo fácilmente vengarse de ellos, que recorriendo las calles de la ciudad en régia carroza, y siendo aclamado salvador de Egipto.



David es tambien una magnífica figura entre los personajes del antiguo Testamento; pero la accion que más le enaltece, la que le atrae indeleble gloria, es el no haberse vengado de Saul, su terrible adversario. Perseguíale éste con tanto encono, que por perderle tenia en agitacion todo su reino. Podia David quitarle la vida en la cueva de Engaddi, y los suyos se lo aconsejaban; pero se contentó con tomarle la orla del manto para poder probar que en su mano habia estado el quitarle la vida, y aún de haber hecho esto se arrepintió, y dijo á Saul: «Ya ves que el Señor te ha puesto en mis manos. Me asaltó el pensamiento de matarte; pero me he abstenido de hacerlo. Observa y reconoce si es la orla de tu manto la que tengo en la mano, y como al cortar el extremo de tu vestido no he querido extender mi mano contra tí. Considera ahora tú mismo, y persuádete de que no soy culpable en nada, ni de injusticia, ni de pecado contra tí: tú, por el contrario, andas poniendo asechanzas á mi vida para quitármela. Juzgue el Señor entre los dos, y hágame justicia respecto de tí; pero yo jamás pondré la mano en tu persona. Sea juez el Señor; examine y juzgue mi causa, y me libre de tus manos (I Reg. xxiv, 11 et seq.).» Tan heróica fué esta accion, que el mismo Saul casi no se determinaba á creerla aunque la veia, y no pudo menos de decirle: «Más justo eres tú que yo; porque no me has hecho más que bienes, y yo te he pagado con males. Porque ¿quién es el que hallando á su enemigo desprevenido le deja ir por pacífico camino? El Señor te dé la recompensa por lo que hoy has hecho conmigo. Ahora comprendo que has de reinar en Israel (Ibid, 18 et seq.).» No basta; habiendo olvidado Saul la generosidad de David le persiguió otra vez con más furor. Estando cierta noche durmiendo en el desierto de Zif, David, alentado con el valor que Dios le infundió, penetró hasta la tienda de Saul, llevando solo en su compañía á Abisai; y vió que no solo Saul sinó Abner, capitan de su guardia, y todos los demás oficiales dormian profundamente, como que no tenian que perseguir sinó á un enemigo, que léjos de intimidarles, debia estar amedrentado. Abisai representó á David, que el mismo Dios le ponia en las manos á su contrario, y que en un momento podia librarse de todos sus trabajos; pero David no solo rehusó poner las manos en Saul, sinó que ni absolutamente quiso permitir que Abisai lo hiciese. Contentóse con llevarse la lanza y la copa de Saul; y habiéndose alejado un poco, para evitar que en la tienda del rey, su enemigo, se verificase, por descuido de los que le custodiaban, alguna sorpresa, despertó á vo-

ces á Abner, le echó en rostro la negligencia con que custodiaba á su príncipe, y le dijo que aquel descuido le hacia digno de muerte. Preguntóle dónde estaba la lanza y la copa de Saul; éste despertó á las voces, y no pudo dejar de reconocer su culpa y necedad. Entónces le dijo David: « Aquí está tu lanza; pase acá uno de tus criados, y llévela. Por lo demás, el Señor remunerará á cada cual conforme á su justicia y fidelidad. Así como tu vida ha sido hoy tan estimada á mis ojos, así lo sea tambien la mia á los ojos del Señor, y me libre él de cualquiera tribulacion (Ibid, xxvi, 22) » Aún fué mayor el heroismo de David; cuando supo la muerte de Saul, la lloró de corazon, y condenó á muerte al amalecita que le dió la noticia de haber acabado de matar á aquel desgraciado monarca.

¡Qué confusion para los cristianos! Aún no habia padecido Jesucristo; aún no habia oido el mundo la sublime enseñanza que le dió desde la cruz, al pedir perdon por los que le habian crucificado; aún no se habia dicho: haced bien á los que os aborrecen y persiguen; y ya se daban tan sublimes ejemplos. ¡Y los cristianos no saben resolverse á perdonar los agravios! Por dó quiera no se ven más que venganzas; venganzas del rico contra el pobre; venganzas del pobre contra el rico; venganzas del hermano contra el hermano, y hasta de los padres contra los hijos. Hasta en las pequeñas aldeas, donde ántes se trasmitian con la sangre las más bellas virtudes que formaban el carácter de sus moradores, ha penetrado el fuego abrasador de las recíprocas venganzas. Al vecino que ha causado un daño á otro, se le hace un daño mayor; y cuando no se le hace, es porque no se puede. ¡Santo Dios! ¿Hemos de creer que están ya reprobadas nuestras ciudades, nuestros pueblos, nuestras familias? ¿Habrá ya caido sobre nosotros un anatema de condenacion? ¿Hemos de pensar que, dejándonos entregados á nuestros ódios y rencores, nos teneis preparados los castigos que nos hagan expiar nuestra falta de caridad y de misericordia? Hermanos mios, mirad lo que haceis. Como midais, sereis medidos. Dios no ha de atenerse, en esta parte, más que al modo con que juzguemos á los demás, para juzgarnos á nosotros. Perdonemos pues á nuestros prójimos, como queremos que nos perdone á nosotros el Señor. No nos dejemos vencer por el mal, ántes bien procuremos vencer el mal por medio del bien. Si nuestro enemigo tiene hambre, démosle de comer; y si tiene sed, démosle de beber, que así le obligaremos á que nos ame, amándole nosotros; pero si á pesar de perdonarle, no nos amase tanto, peor para él, porque la venganza queda entónces á cuenta de Dios, que la tomará completísima. No permitamos nunca que se oculte el sol dejándonos con



algun resentimiento ó ira: *Sol non occidat super iracundiam vestram* (Eph. iv, 26). La víbora y el áspid no nos harian tanto daño si los llevásemos en nuestro pecho como el que nos haria la ira. Turbado el uso de la razon, no hay vicio, exceso, delito, ni crímen á que el hombre no esté muy inmediato; y la ira cubre con un velo la razon y la ahoga. No permitamos pues que se apodere de nuestro corazon; perdonemos á nuestros ofensores, y perdonémoslos de corazon como nos manda Jesucristo, para que su Padre celestial no nos entregue á los infernales verdugos que nos hagan expiar eternamente nuestra ira y nuestro rencor. De nada nos serviria el no habernos vengado, si en el corazon conservásemos la ira. Es preciso dejar de aborrecer, amar de veras, y estar dispuestos á hacer cualquier sacrificio por el bien de nuestros semejantes que nos han ofendido, y hacerlos efectivamente cuando sus necesidades espirituales ó corporales lo requieran. Si no lo hacemos así, no perdonamos de corazon, y por consiguiente no alcanzaremos el perdon de nuestros pecados.

¡Gran Dios! haced que todos los fieles comprendan, que vengándose de sus hermanos, demuestran carecer de grandeza de alma, tener un espíritu mezquino, y pensamientos muy pobres, y no ser, no diré cristianos, pero ni siquiera hombres Que todos se persuadan de que con la venganza causan su perdicion, y se cierran para siempre las puertas del cielo; no olviden que una vez fomentado el odio á nuestros enemigos, echa hondas raices en el corazon, y es muy difícil olvidarlo ó abandonarlo; no salga nadie de este templo sin dejar aquí sepultado todo resentimiento y deseo de venganza, y que todos perdonen de corazon, sin límite ni reserva, para que todos alcancen el perdon de sus culpas. Dadnos, Dios mio, un corazon tierno y compasivo. Ablandadlos con vuestra gracia, para que reinen entre nosotros la paz y la caridad, que nos conduzcan á la gloria, que os deseo.

### DIVISIONES.

VENGANZA.—La venganza de los hombres es una venganza que hay que despreciar.

La venganza de Dios en el tiempo es una venganza que hay que amar.

La venganza eterna es una venganza que hay que prevenir.

VENGANZA.—No hay un placer más brutal que el placer de la venganza.

No hay inquietud más importuna que la inquietud de la venganza.

No hay triunfo mas imaginario que el triunfo de la venganza.

*Pasajes y figuras de la Sagrada Escritura y autoridades de los Santos Padres.*

*Véase*: AMOR Á LOS ENEMIGOS y ODIO.

---

# VERDAD.

*Facta est veritas in oblivionem.*
La verdad fué puesta en olvido,
(ISAI. LIX, 15.)

La verdad es la única cosa que hay en la tierra digna de los cuidados y atenciones del hombre. Es la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazon, la raiz de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la suavidad de nuestros males, y el remedio de todas nuestras penas. Ella sola es la seguridad de la buena conciencia, y el terror de la mala; la pena secreta del vicio, y la recompensa interior de la virtud; ella sola inmortaliza á los que la han amado; ilustra las cadenas de los que padecen por ella; adquiere los honores públicos á las cenizas de los mártires y de sus defensores, y hace respetable el desprecio y pobreza de los que todo lo dejaron por seguirla. Finalmente, ella sola inspira pensamientos magníficos, forma hombres heróicos, almas de quienes no es digno el mundo, y sábios merecedores de este nombre: todos nuestros cuidados debieran, pues, limitarse á conocerla, nuestros talentos á manifestarla, nuestro celo á defenderla. No debiéramos buscar en los hombres más que la verdad, no querer agradarles sinó por la verdad, no estimar en ellos más que la verdad, y no permitir que ellos quisiesen agradarnos sinó por la verdad: en una palabra, parece que debiera bastar el que se nos manifestase para amarla, y enseñarnos á conocernos.

No obstante, son dignas de admiracion las diferentes impresiones que hace la verdad en los hombres cuando se les manifiesta: para unos es una luz que los alumbra, que los liberta, y que manifestándoles su obligacion se la hace amable; para otros es una luz importuna y oscura, que los entristece y molesta; finalmente, para muchos es una nube espesa, que los irrita, que arma su furor y acaba de cegarlos. Manifiéstase á todos; pero, ¿cuántas son las almas obstinadas que la desprecian? ¿Cuántos los corazones flacos y tímidos que la disimulan? ¿Cuántos los corazones obstinados que la oprimen y persiguen? Recojamos estos tres caractéres que, nos instruirán en todas nuestras obligaciones para con la verdad: la verdad recibida; la verdad disimulada; la verdad perseguida. ¡Espíritu Santo, espíritu de verdad! aniquilad en nosotros el espíritu del mundo, este espíritu de error, de disimulo, de horror á la verdad; y hacednos dignos de amar la verdad, de manifestarla á los que la ignoran, y de sufrirlo todo por ella. A. M.



1. Verdad llamo á aquella regla eterna, á aquella luz interior, continuamente presente dentro de nosotros, que nos manifiesta en cada accion lo que se debe abrazar ó huir; que aclara nuestras dudas y juzga nuestros juicios; que nos aprueba ó condena interiormente, segun que nuestras costumbres se conforman ó contradicen á su luz. Esto supuesto, digo, que el primer uso que debemos hacer de la verdad es para nosotros mismos. Pocas almas hay por más sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran algunas veces para conocer la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican, y la indignidad de la vida que hacen. Pero, ¡oh! no se abren sus ojos á la luz sinó para volverse á cerrar inmediatamente; y todo el fruto que sacan de la verdad que se les manifiesta y los ilustra, consiste en añadir á la desgracia de haberla ignorado hasta entónces, el delito de haberla despues inútilmente conocido. Unos se contentan con hablar de la luz que los hiere, y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana filosofía; otros, sin acabar de resolverse, desean, al parecer, el conocerla; pero no la buscan como se debe, porque en la realidad se enfadarian de haberla hallado; finalmente, algunos más dóciles se dejan vencer de su evidencia, pero espantados con las dificultades y violencias que les presenta, no la reciben con aquella alegría y agradecimiento que inspira cuando una vez se ha conocido.

¡Cuántas almas hay en el mundo fluctuantes en la fe, ó por mejor decir, arrastradas de sus pasiones, que tienen por dudosa la verdad que las condena! cuántas almas que fluctuando de este modo, ven claramente que el no creer nada es un partido aún más incomprensible para la razon que los mismos misterios que la asustan: sienten el gusano de la conciencia, que continuamente les reprende su desca-

*Pasajes y figuras de la Sagrada Escritura y autoridades de los Santos Padres.*

*Véase*: AMOR Á LOS ENEMIGOS y ODIO.

---

# VERDAD.

*Facta est veritas in oblivionem.*
La verdad fué puesta en olvido,
(ISAI. LIX, 15.)

La verdad es la única cosa que hay en la tierra digna de los cuidados y atenciones del hombre. Es la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazon, la raiz de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la suavidad de nuestros males, y el remedio de todas nuestras penas. Ella sola es la seguridad de la buena conciencia, y el terror de la mala; la pena secreta del vicio, y la recompensa interior de la virtud; ella sola inmortaliza á los que la han amado; ilustra las cadenas de los que padecen por ella; adquiere los honores públicos á las cenizas de los mártires y de sus defensores, y hace respetable el desprecio y pobreza de los que todo lo dejaron por seguirla. Finalmente, ella sola inspira pensamientos magníficos, forma hombres heróicos, almas de quienes no es digno el mundo, y sábios merecedores de este nombre: todos nuestros cuidados debieran, pues, limitarse á conocerla, nuestros talentos á manifestarla, nuestro celo á defenderla. No debiéramos buscar en los hombres más que la verdad, no querer agradarles sinó por la verdad, no estimar en ellos más que la verdad, y no permitir que ellos quisiesen agradarnos sinó por la verdad: en una palabra, parece que debiera bastar el que se nos manifestase para amarla, y enseñarnos á conocernos.

No obstante, son dignas de admiracion las diferentes impresiones que hace la verdad en los hombres cuando se les manifiesta: para unos es una luz que los alumbra, que los liberta, y que manifestándoles su obligacion se la hace amable; para otros es una luz importuna y oscura, que los entristece y molesta; finalmente, para muchos es una nube espesa, que los irrita, que arma su furor y acaba de cegarlos. Manifiéstase á todos; pero, ¿cuántas son las almas obstinadas que la desprecian? ¿Cuántos los corazones flacos y tímidos que la disimulan? ¿Cuántos los corazones obstinados que la oprimen y persiguen? Recojamos estos tres caractéres que, nos instruirán en todas nuestras obligaciones para con la verdad: la verdad recibida; la verdad disimulada; la verdad perseguida. ¡Espíritu Santo, espíritu de verdad! aniquilad en nosotros el espíritu del mundo, este espíritu de error, de disimulo, de horror á la verdad; y hacednos dignos de amar la verdad, de manifestarla á los que la ignoran, y de sufrirlo todo por ella. A. M.



1. Verdad llamo á aquella regla eterna, á aquella luz interior, continuamente presente dentro de nosotros, que nos manifiesta en cada accion lo que se debe abrazar ó huir; que aclara nuestras dudas y juzga nuestros juicios; que nos aprueba ó condena interiormente, segun que nuestras costumbres se conforman ó contradicen á su luz. Esto supuesto, digo, que el primer uso que debemos hacer de la verdad es para nosotros mismos. Pocas almas hay por más sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran algunas veces para conocer la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican, y la indignidad de la vida que hacen. Pero, ¡oh! no se abren sus ojos á la luz sinó para volverse á cerrar inmediatamente; y todo el fruto que sacan de la verdad que se les manifiesta y los ilustra, consiste en añadir á la desgracia de haberla ignorado hasta entónces, el delito de haberla despues inútilmente conocido. Unos se contentan con hablar de la luz que los hiere, y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana filosofía; otros, sin acabar de resolverse, desean, al parecer, el conocerla; pero no la buscan como se debe, porque en la realidad se enfadarian de haberla hallado; finalmente, algunos más dóciles se dejan vencer de su evidencia, pero espantados con las dificultades y violencias que les presenta, no la reciben con aquella alegría y agradecimiento que inspira cuando una vez se ha conocido.

¡Cuántas almas hay en el mundo fluctuantes en la fe, ó por mejor decir, arrastradas de sus pasiones, que tienen por dudosa la verdad que las condena! cuántas almas que fluctuando de este modo, ven claramente que el no creer nada es un partido aún más incomprensible para la razon que los mismos misterios que la asustan: sienten el gusano de la conciencia, que continuamente les reprende su desca-

mino y locura, y procuran adormecerle con continuas disputas: que con el pretexto de ilustrarse, resisten á la verdad que se les manifiesta en lo íntimo de su corazon; que solo consultan para poderse decir á sí mismos, que no han podido satisfacer á sus dudas; que no consultan á los más hábiles, sinó por tener un nuevo motivo de incredulidad, por haberles consultado en vano! Parece que la religion no es más que para discursos; no se mira como un negocio sério en que no debemos perder un instante; es una simple materia de conversacion, como antiguamente en el Areopago; es un descanso del ócio, y una de las cuestiones inútiles que llenan el vacío de las conversaciones, y mantienen el enfado y vanidad de las relaciones. Pero *el reino de Dios no viene con aparato* (Luc. xvii, 20). La verdad no es fruto de las contiendas y disputas, sinó de las lágrimas y suspiros; solamente purificando nuestro corazon en el silencio y en la oracion debemos esperar la luz del cielo, para hacernos dignos de discernirla y conocerla. Un corazon corrompido puede ver la verdad, pero no podrá gustarla, ni tenerla por amable. Por más que os ilustreis é instruyais, vuestras dudas están en vuestras pasiones. La religion será clara luego que vosotros seais castos, templados y equitativos; y tendreis fe luego que dejeis de tener vicios. No tengais interés en que sea falsa la religion, y la hallareis incontrastable; no aborrezcais sus máximas, y no disputareis sus misterios.

San Agustin, convencido ya de la verdad del Evangelio, hallaba aún en el amor á los deleites, dudas y ansiedades que le detenian. El solo pensamiento de que era preciso renunciar sus vergonzosas pasiones, haciéndose discípulo de la fe, se la hacia aún sospechosa. Fluctuando siempre sin querer fijarse, consultando sin cesar, y temiendo ser ilustrado, arrastraba su cadena, como dice él mismo, temiendo la libertad: seguia proponiendo dudas para dar largas á sus pasiones; queria ser más ilustrado, porque temia el serlo demasiado: *Trahebam catenam meam, solvi timens* (S. Aug. in conf.); y más esclavo de sus pasiones que de sus errores, solo repugnaba la verdad que se le manifestaba, porque la miraba como una mano victoriosa, que venia á romper por último los lazos que aún amaba: *Repellens verba bene suadentis, tanquam manum solventis.*

No quiero decir que no haya muchas veces necesidad de añadir á la luz que nos alumbra, los votos de los que están destinados á discernir si es bueno el espíritu que nos mueve; es la ilusion tan parecida á la verdad, que muchas veces es difícil no engañarse. Debemos buscar la verdad; pero buscarla sinceramente. Nosotros no la hallamos, porque no la buscamos con corazon recto y sincero; esparcimos sobre



todos los pasos que damos para buscarla, unas nubes que la ocultan á nuestra vista; consultamos, pero damos un colorido tan favorable á nuestras pasiones, las exponemos con unos colores tan parecidos á la verdad, que hacemos que nos respondan que es ella; no queremos ser instruidos; queremos ser engañados, y añadir á la pasion que nos cautiva, una autoridad que nos sosiegue. Esta es la ilusion de la mayor parte de los hombres. No obstante, si se nos oye, nosotros amamos la verdad; queremos que nos la den á conocer; pero la prueba de que esto no es más que un vano discurso, es que en todo lo que mira á esta pasion favorita, que hemos como salvado entre las ruinas de las otras, cuantos nos tratan guardan un profundo silencio. Nuestros amigos callan; nuestros superiores se ven precisados á disimular; todos la ven, y nadie se atreve á manifestárnosla; todos conocen que no buscamos la verdad de buena fe, y que la mano que nos descubriese nuestra herida, en vez de curarnos, no conseguiria más que hacer una nueva llaga.

David no conoció ni respetó la santidad de Natan, hasta despues que este profeta le habló sinceramente acerca del escándalo de su conducta. Desde este dia hasta el fin, le miró como á su libertador y padre; y con nosotros pierde todo el mérito el que intenta hacer que nos conozcamos. Tenemos su celo por mal humor, su caridad por ostentacion, ó por gana de censurarlo y contradecirlo todo; su piedad por imprudencia ó ilusion con que ocultan su soberbia; su verdad por una fantasma que toma su figura; por eso convencidos muchas veces en secreto de la injusticia de nuestras pasiones, quisiéramos que los demás la aprobasen; y obligados con el testimonio interior de la verdad á echárnoslas en cara á nosotros mismos, no podemos sufrir que nos las manifiesten: sentimos el que los demás se unan á nosotros contra nosotros mismos: semejantes á Saul, queremos que Samuel apruebe en público lo que nosotros condenamos en secreto. Luego con razon decia yo, que todos nos preciamos de amar la verdad, pero que son pocos los que la buscan con un corazon recto y sincero.

Busquémosla con sinceridad y buena fe, y cuando la háyamos encontrado, examinemos despacio y por menor las obligaciones que nos impone, las separaciones dolorosas que nos manda, el retiro, la oracion, las maceraciones y las violencias que nos manifiesta como indispensables; la vida séria, ocupada, interior en que nos empeña. Pero ¡ay! ¡cuán pocos son los que despues de haber conocido la verdad, no quieren ver más que á ella! ¡Dios mio! el mundo, sus deleites, sus esperanzas, sus grandezas parecen vanas, pueriles, enfadosas á una alma que os ha conocido, y que ha conocido la verdad de

vuestras eternas promesas. Nada puede consolarla sinó lo que la manifiesta los bienes verdaderos: nada la parece digno de su atencion sinó lo que ha de durar eternamente: nada puede agradarla sinó lo que siempre ha de agradar. Despues de habernos instruido en el uso que debemos hacer de la verdad respecto de nosotros, veamos el que hemos de hacer de la misma respecto á los demás.

2. La primera obligacion que nos impone la ley de la caridad para con nuestros hermanos es la obligacion de la verdad. Somos deudores de ella, tanto á los grandes como á los pequeños; tanto á nuestros criados como á nuestros amos; tanto á los que la aman como á los que la aborrecen. La verdad no es nuestra; nosotros no somos más que sus testigos, sus defensores y sus depositarios: es la luz de Dios infusa en el hombre, que debe ilustrar á todo el mundo; y cuando la disumulamos hacemos injusticia á nuestros hermanos, á quienes pertenece como á nosotros, y somos ingratos al Padre de las luces, que las ha derramado en nuestra alma. Con todo eso, el mundo está lleno de disimuladores de la verdad; parece que no vivimos más que para engañarnos unos á otros; y la sociedad, cuyo primer lazo debiera ser la verdad, no es más que un comercio de ficcion, de engaño y de artificio.

Hay en el mundo pocas personas, aún de aquellas que viven en la piedad, que no se hagan culpables para con la verdad disimulándola. Les parece á muchos haber cumplido con cuanto deben á la verdad, con solo nó declararse contra ella; oyen continuamente á los mundanos desacreditar la virtud, defender la doctrina del mundo, justificar sus abusos y sus máximas, debilitar ó combatir las del Evangelio, blasfemar muchas veces lo que ignoran, hacerse muchas veces jueces de la misma fe que los ha de juzgar; óyenlos, y aunque no suscriben á su impiedad, no la reprueban abiertamente, contentándose con no autorizar con su voto sus blasfemias ó sus preocupaciones. Tocándonos á cada uno en particular los intereses de la verdad, el callarla cuando abiertamente la impugnan en nuestra presencia, es hacernos sus perseguidores y contrarios; y aquellos principalmente á quienes Dios ha ilustrado, faltan entónces al amor que deben á sus hermanos, pues la obligacion para con ellos se aumenta á proporcion de las gracias que Dios les ha hecho, y así son para con Dios culpables de ingratitud.

Bien sé que hay tiempo de hablar, y tiempo de callar, y que el celo de la verdad tiene sus reglas y medidas; pero no quisiera que las almas que conocen á Dios y que le sirven, oyesen continuamente trastornar las máximas de la religion, herir la reputacion de sus hermanos, justificar los infames abusos del mundo, sin atreverse á defender los intereses de la verdad ultrajada; no quisiera que el mundo tuviera sus apasionados declarados, y que Jesucristo no pudiese hallar los suyos; no quisiera que los justos se formasen una falsa cortesía para disimular los desórdenes de los pecadores, de que continuamente son testigos, cuando al mismo tiempo los pecadores hacen gala de proponerlos y defenderlos en su presencia; quisiera que llevase sobre su frente el noble valor que inspira la gracia; el candor heróico que produce el desprecio del mundo y de toda su gloria; la libertad generosa y cristiana que no considera más que los bienes eternos, que no espera más que á Dios, que á nada teme sinó á su propia conciencia; quisiera que la sola presencia de una alma justa hiciese callar á los enemigos de la virtud; que éstos respetasen al carácter de la verdad, que debe llevar grabado en su frente; que temiesen su santa generosidad, y que á lo ménos honrasen con su silencio y con su confusion á la virtud que ocultamente desprecian.



No solo se disimula la verdad, se la ofende con ciertas mitigaciones y condescendencias. Examinad vuestras obligaciones y vuestras conversaciones, vereis que todos vuestros discursos y todos vuestros pasos no son más que mitigaciones de la verdad, y arbitrios para conciliarla con las preocupaciones ó pasiones de aquellos con quienes teneis que vivir; nunca les manifestamos la verdad, sinó por aquella parte por donde puede agradarles; siempre hallamos algo bueno, aún en sus más deplorables vicios; y como todas las pasiones se parecen á alguna virtud, siempre las salvamos á favor de esta semejanza. Por eso en presencia de un ambicioso hablamos siempre del amor á la gloria, y del deseo de conseguirla, como de las únicas inclinaciones que forman los hombres grandes; lisonjeamos su soberbia, encendemos sus deseos con esperanzas y pronósticos lisonjeros y quiméricos; mantenemos el error de su imaginacion, representándole fantasmas con que él mismo se sustenta continuamente. En presencia de un pródigo, calificamos las profusiones de generosidad y magnificencia. En presencia de un avaro, su dureza y mezquindad no son más que una sábia moderacion y una economía doméstica. De este modo perpetuamos el error entre los hombres, autorizamos todos los abusos, justificamos sus falsas máximas, damos un colorido de inocencia á todos los vicios, mantenemos el reino del mundo y su doctrina contra el de Jesucristo, y corrompemos la sociedad, cuyo primer vínculo debiera ser la verdad.

No condeno por esto las condescendencias de una sábia prudencia, que parece concede alguna cosa á las preocupaciones de los hombres,

solamente por atraerlos con más seguridad á la regla y á la obligacion. Bien sé que la verdad no quiere defensores indiscretos y que todos los rodeos que solo se dirigen á establecer la verdad, no son flaquezas, sinó arbitrios, y que la regla más segura del celo de la verdad es la caridad y la prudencia; pero no es esto lo que se intenta, cuando se la debilita con condescendencias indignas y lisonjeras; se quiere agradar; no se intenta edificar; nos ponemos nosotros en el lugar de la verdad, y queremos granjearnos los votos que solo á ella se deben.

Y de aquí proviene el que no solo se disfraza la verdad, sinó que públicamente se la hace traicion. A fuerza de condescender con las pasiones de los hombres, y de querer agradarlos á costa de la verdad, por último la abandonamos á las claras: la sacrificamos con cobardía y sin rodeo á nuestros intereses, á nuestra fortuna y á nuestra gloria; hacemos traicion á nuestra conciencia, á nuestra obligacion y á nuestras luces; por eso, luego que la verdad nos incomoda, nos daña, ó nos hace molestos; la negamos, la despreciamos, la entregamos á la opresion y á la injusticia: negamos como Pedro el que se nos haya visto ser sus discípulos; de este modo nos formamos un corazon cobarde y vil, á quien nada cuesta una mentira útil; un corazon lleno de doblez y artificio, que toma todas las figuras sin tener jamás ninguna fija; un corazon flaco y lisonjero, que no se atreve á negar su voto sinó á la virtud inútil y desgraciada; un corazon corrompido é interesado, que hace servir á sus fines la religion, la verdad, la justicia, y cuanto hay de más sagrado entre los hombres: en una palabra, un corazon capaz de todo, ménos de ser verdadero, generoso y sincero.

¡Oh Dios mio! derramad en mi alma aquel amor humilde y generoso de la verdad con que se sustentan vuestros escogidos en el cielo, y que es el que constituye el carácter de los justos en la tierra. Destruid en mi corazon estos temores humanos, esta prudencia de la carne, que concilia los errores y los vicios con las personas. No permitais que jamás me avergüence de llevar sobre mi frente la verdad, como el más honroso título de que puede gloriarse una criatura vuestra, y como la más gloriosa señal de vuestras misericordias para con mi alma: *Et ne auferas de oro meo verbum veritatis usquequaque* (PSALM. CXVIII, 43). A la verdad, hermanos, no basta el ser su testigo y depositario, es necesario tambien ser su defensor.

3. Si es delito el resistir á la verdad cuando ella nos ilustra, el retenerla injustamente cuando somos deudores de ella á los demás, es lo último de la iniquidad; y el combatirla y perseguirla es la más



segura señal de reprobacion. No obstante, no hay cosa más comun que esta persecucion de la verdad. Porque, primeramente, ¿quién puede preciarse de no ser del número de los que persiguen á la verdad con sus escándalos? No hablo de aquellas almas desenfrenadas que han levantado el estandarte de la culpa y del libertinaje, sin tener casi respeto alguno al público: los escándalos más ruidosos no son siempre los más temibles. Hablo de aquellas almas entregadas á los placeres, á las vanidades, á todos los abusos del siglo, cuya conducta, regular en lo demás, no solo es irreprensible á los ojos del mundo, sinó que tambien se granjea la estimacion y alabanza de los hombres: y digo, que éstos persiguen á la verdad con solo su ejemplo; que aniquilan, en cuanto está de su parte, en todos los corazones las máximas del Evangelio y las reglas de la verdad: que gritan á todos los hombres, que el huir de los deleites es una preocupacion inútil. Hablo tambien de aquellos justos, que no cumplen enteramente con las obligaciones de la piedad, y que conservan aún reliquias demasiado públicas de las pasiones del mundo y de sus máximas; y digo, que persiguen á la verdad con estas tristes reliquias de infidelidad y flaqueza, que hacen que los impíos y pecadores la blasfemen. El mundo se cree seguro cuando ve, que las almas que hacen profesion de la piedad, le acompañan en sus placeres y vanidades; que se mueven como los demás hombres, con la fortuna, con el favor, con las preferencias, con las injurias; que desean sus fines, gustan aún de agradar, buscan con ansia las distinciones y gracias, y aún alguna vez, de la misma virtud se hacen camino para llegar á ellas con más seguridad. Cerremos la boca con el espectáculo de una vida irreprensible á los enemigos de la virtud; honremos la piedad para que ella nos honre; hagámosla respetable, si queremos que tenga quien la siga; demos al mundo ejemplos que le condenen, y no censuras que le justifiquen.

A esta persecucion de escándalo se añade una persecucion de seduccion. Primeramente, debilitamos la piedad de las almas justas, tachando de exceso su fervor, y esforzándonos á persuadirlas que se exceden: procuramos que sean semejantes á nosotros, ya que nosotros no queremos parecernos á ellas. En segundo lugar, acaso tentamos tambien su fidelidad y su inocencia, haciéndolas vivas pinturas de los placeres de que huyen; reprendemos, como la mujer de Job, su simplicidad y flaqueza, y damos á entender la inutilidad de sus violencias por la incertidumbre de sus promesas. En tercer lugar, corrompemos con nuestra autoridad el celo y la piedad de aquellas personas que dependen de nosotros; las pedimos unas obligaciones, ó incompatibles con su conciencia, ó peligrosas á su virtud; las po-

nemos en unas circunstancias, ó trabajosas, ó peligrosas á su fe; las prohibimos los ejercicios y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad, ó útiles para adelantar en ella: en una palabra, somos sus tentadores domésticos, no pudiendo ni gustar del bien para nosotros, ni sufrirle en los demás.

Hay, además, la persecucion de fuerza y de violencia, que es la más funesta para la verdad. Estos discursos que tan fácilmente usais contra la piedad de los siervos de Dios; aquella severidad que usais con ellos, sin perdonarles nada, y aún mudando en vicios sus mismas virtudes; aquel estilo blasfemo y satírico que impíamente ridiculiza la seriedad de su compuncion, que impone nombres de ironía y de desprecio á los más respetables ejercicios de su piedad; que hace titubear su fe, que detiene sus santas resoluciones, que desanima su flaqueza, que les hace avergonzar de la virtud, que muchas veces los vuelve á arrastrar al vicio; esto es lo que llamo, con los santos Padres, persecucion abierta y declarada de la verdad. Perseguís en vuestro hermano lo que ni aún los tiranos se atrevieran á perseguir; éstos no les quitaron más que la vida, vosotros quereis quitarles la inocencia y la virtud; éstos solo dirigieron sus golpes contra su cuerpo, vosotros los dirigís á su alma. ¿No basta el que no sirvais al Dios para quien fuisteis hechos? ¿Habeis tambien de perseguir á los que le sirven?

¿Será posible que hayais de ser el instrumento de que se vale el demonio para tentar á los escogidos, y encadenarlos, si fuese posible, en el error? ¿Será posible que en defecto de los tiranos y de los suplicios, el Evangelio halle aún en vosotros solos su escollo y su escándalo? Uníos, en tal caso con aquellos pueblos bárbaros, ó con aquellos hombres impíos que blasfeman de su gloria y de su divinidad, si es que el vivir bajo de sus leyes y el observar sus máximas os parece digno de irrision. Respetemos, pues, la virtud, honremos los dones de Dios y las maravillas de su gracia en sus siervos; merezcamos con nuestros respetos y con estimar la piedad, el beneficio de la piedad misma; miremos á los justos como á los únicos que atraen todavía las gracias del cielo sobre la tierra. Alentemos con nuestros elogios á las almas que se vuelven á él, si es que no podemos alentarlas con nuestro ejemplo; alabemos su mudanza, si es que no creemos podernos mudar nosotros mismos; preciémonos á lo ménos de defenderlos, si es que nuestras pasiones no nos permiten aún el imitarlos. Demos gloria á la verdad; y para que ella nos liberte, recibámosla con religion luego que se nos manifieste; no la disimulemos cuando somos deudores de ella á nuestros prójimos; no nos declaremos contra ella



cuando no nos la podemos disimular á nosotros mismos, para que,

*y Comunion. Trat. VI.* 323.

se acusarán los que han sido causa de qne otros murmuren, provocándolos à que descubran algo en descrédito ageno. Y tambien de haberse holgado mucho de estos males de su prójimo. Tambien se acusará si abrió cartas entendiendo que contenia algo de descrédito. Y si descubrió algo que se le habia fiado en secreto natural, de que se siguió daño ó infamia al prójimo. Tambien se acusará si ha consentido en muchos movimientos de vanidad ó complasencia de si mismo, y de sus acciones ó habilidades, ó sangre &c. Y si ha hecho algun desprecio interior á su prójimo; ó lo ha mostrado á fin de ser estimado mas que los otros, procurando abatir el parecer ageno con cuestiones y porfias.

*Noveno décimo Mandamiento.*

Todo lo que toca al *noveno* mandamiento està incluido en el *sexto;* y lo que pertenece al *décimo* se incluye en el *séptimo.* Pero se ponen allí con expresion especial estos dos mandamientos para que adviertan y hagan reflexion que en el *sexto y séptimo mandamiento* se peca asísmismo con el pensamiento ó deseo; pues hay muchos que hacen poco caso de pecados de pensamiento, ya sean dishonestos, y ya sean de hurtos en que suele haber mucho exceso, y ningun examen y escrúpulo. Y asi, quedando ya en su lugar declarado es superfluo repetirlo aqui.

Concluida la acusacion por los diez mandamientos referida, dirá así: de esto y de todo lo demás con que he ofendido á Dios por pensa-

apoyo de la verdad.

(I. Timot. iii, 15.)

En el mundo, carísimos hermanos, existe una cosa que encierra todos los bienes, todas las luces y todas las virtudes, todas las armo-

nemos en unas circunstancias, ó trabajosas, ó peligrosas á su fe; las prohibimos los ejercicios y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad, ó útiles para adelantar en ella: en una palabra, so-

324. *De la Confesion*

miento, palabra y obra, olvidado ó ignorado desde que tuve uso de razon hasta la hora presente, me acuso. Y para mayor confusion mia y mas determinada materia de este santo Sacramento me acuso de tal y tal pecado de la vida pasada ya confesado en esta ó en aquella materia. *Aqui se acusará cada uno, segun hallare su conciencia, de alguna culpa especial que cometió, aunque esté confesada, y arrepentirse de nuevo para asegurar mas el dolor; y despues continuará diciendo.* Y de esto y de todos los demás me pesa, por ser Dios el ofendido. Pido á su Magestad perdon. Propongo firmemente la enmienda, y ahora pido penitencia.

NOTA.

Hasta aquí la cusacion por los mandamientos, así para la Confesion particular como para la general; y no dudo habrás reparado en todo este libro alguna superfluidad ó repeticion de doctrinas, ó no tan ajustado en el lenguaje a reglas de retórica ó concisa narracion; pero si adviertes que esto se escribe principalmente para instruir á la sencilla ignorancia, no te parecerà superfluo, pues si para unos basta una palabra, para otros quiera Dios que basten cuatro; y asi mas quiero, aprendiéndolo del gran padre y doctor S. Agustin, el cual se acomodaba á la sencillez ó ignorancia de sus oyentes, que me comprehendan ó noten los gramáticos y retóricos, que no que acaso por diminuto y lacónico no me entiendan los ignorantes: *malo ut me reprehendat grammatici, cuam ut populus non intelligat*, decia el santo.

gloria á la verdad; y para que ella nos libere, recibamosla con religion luego que se nos manifieste; no la disimulemos cuando somos deudores de ella á nuestros prójimos; no nos declaremos contra ella



cuando no nos la podemos disimular á nosotros mismos, para que, despues de haber seguido en la tierra los caminos de la verdad, seamos algun dia todos juntos santificados en la verdad, y consumados en la caridad. Así sea.

DIVISIONES.

VERDAD.—Hay que buscarla con amor.
Hay que recibirla con gozo.
Hay que comunicarla con prudencia.

VERDAD.—Hay que amarla cuando nuestros amigos la emplean para corregirnos.
No hay que desecharla cuando nuestros enemigos la emplean para humillarnos.

VERDAD.—La buena vida de los que la predican nos la hace venerable.
Las malas costumbres de los que la predican no deben por esto hacérnosla sospechosa.

VERDAD.—La ceguedad es el castigo de aquellos que quieren ignorarla.
La inquietud es el suplicio de aquellos que la escuchan para despreciarla.
El endurecimiento es el suplicio de aquellos que persisten en desearla.

---

# VERDAD DIVINA.

*Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis.*
La Iglesia de Dios vivo es la columna y el apoyo de la verdad.
(I. Timot. iii, 15.)

En el mundo, carísimos hermanos, existe una cosa que encierra todos los bienes, todas las luces y todas las virtudes, todas las armo-

nemos en unas circunstancias, ó trabajosas, ó peligrosas á su fe; las prohibimos los ejercicios y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad, ó útiles para adelantar en ella: en una palabra, so-

324. *De la Confesion*

miento, palabra y obra, olvidado ó ignorado desde que tuve uso de razon hasta la hora presente, me acuso. Y para mayor confusion mia y mas determinada materia de este santo Sacramento me acuso de tal y tal pecado de la vida pasada ya confesado en esta ó en aquella materia. *Aqui se acusará cada uno, segun hallare su conciencia, de alguna culpa especial que cometió, aunque esté confesada, y arrepentirse de nuevo para asegurar mas el dolor; y despues continuará diciendo.* Y de esto y de todos los demás me pesa, por ser Dios el ofendido. Pido á su Magestad perdon. Propongo firmemente la enmienda, y ahora pido penitencia.

NOTA.

Hasta aquí la cusacion por los mandamientos, así para la Confesion particular como para la general; y no dudo habrás reparado en todo este libro alguna superfluidad ó repeticion de doctrinas, ó no tan ajustado en el lenguaje a reglas de retórica ó concisa narracion; pero si adviertes que esto se escribe principalmente para instruir á la sencilla ignorancia, no te parecerà superfluo, pues si para unos basta una palabra, para otros quiera Dios que basten cuatro; y asi mas quiero, aprendiéndolo del gran padre y doctor S. Agustin, el cual se acomodaba á la sencillez ó ignorancia de sus oyentes, que me comprehendan ó noten los gramáticos y retóricos, que no que acaso por diminuto y lacónico no me entiendan los ignorantes: *malo ut me reprehendat grammatici, cuam ut populus non intelligat*, decia el santo.

gloria á la verdad; y para que ella nos libere, recibamosla con religion luego que se nos manifieste; no la disimulemos cuando somos deudores de ella á nuestros prójimos; no nos declaremos contra ella



cuando no nos la podemos disimular á nosotros mismos, para que, despues de haber seguido en la tierra los caminos de la verdad, seamos algun dia todos juntos santificados en la verdad, y consumados en la caridad. Así sea.

DIVISIONES.

VERDAD.—Hay que buscarla con amor.
Hay que recibirla con gozo.
Hay que comunicarla con prudencia.

VERDAD.—Hay que amarla cuando nuestros amigos la emplean para corregirnos.
No hay que desecharla cuando nuestros enemigos la emplean para humillarnos.

VERDAD.—La buena vida de los que la predican nos la hace venerable.
Las malas costumbres de los que la predican no deben por esto hacérnosla sospechosa.

VERDAD.—La ceguedad es el castigo de aquellos que quieren ignorarla.
La inquietud es el suplicio de aquellos que la escuchan para despreciarla.
El endurecimiento es el suplicio de aquellos que persisten en desearla.

---

# VERDAD DIVINA.

*Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis.*
La Iglesia de Dios vivo es la columna y el apoyo de la verdad.
(I. Timot. iii, 15.)

En el mundo, carísimos hermanos, existe una cosa que encierra todos los bienes, todas las luces y todas las virtudes, todas las armo-

nías y todas las alegrías: una cosa superior á todo, y que por sí sola lo reanima todo; la Verdad.

Lo verdadero es bueno siempre, á lo ménos por este lado. Lo que es falso, siempre es malo, cualesquiera que sean sus cualidades. Así lo comprendemos todos, aún en los asuntos meramente humanos.

Ahora bien; este elevado y superior aprecio que hacemos de la verdad, en general, y hasta de la verdad contingente, es decir, de la que podria no serlo, y no tiene relacion sinó con hechos accidentales y momentáneos; ¿cuánto más no debemos hacerlo y profesarlo exteriormente de la Verdad absoluta y sustancial, que permanece siempre la misma, á pesar del cambio perpétuo de todas las cosas, y por cuyo motivo la llamamos la Verdad divina?

De esta Verdad, pues, quiero hablaros hoy, carísimos hermanos: he escogido este asunto y me apresuro á exponéroslo para fijar bien las ideas y disipar muchos errores. Imploremos ántes los auxilios de la gracia.

1. Sin que pretenda engolfaros en consideraciones demasiado abstractas, tengo necesidad de deciros, amados hermanos mios, que la Verdad es lo que es, y que la Verdad primitiva es lo que siempre ha sido, lo que será siempre, lo que no puede dejar de ser (Aug. de Joann. Ev. c. iii). Por manera, que la Verdad esencial se define como se define á sí mismo el Señor, el único que ha podido pronunciar esta gran palabra: Yo soy el que soy; *Ego sum qui sum* (Exod. iii, 14). Yo soy Aquel que Soy, es decir: yo existo por mí mismo, yo poseo en mí, como en su único orígen, la plenitud del Sér.

Así, pues, no se incurre en exageracion alguna diciendo con San Agustin: que la Verdad es Dios mismo: *Ipsa veritas Deus est* (De lib. arb. lib. ii, c. xv).

Podemos, sin embargo, considerarla aparte, y entónces la Verdad es el órden eterno que Dios concibió ántes de los tiempos, relativamente á su propia sustancia en sus perfecciones infinitas y relativamente á la disposicion de los séres que por su omnipotencia debian ó podian salir de la nada.

Considerándola más directamente con respecto á nosotros, la Verdad es aquella Sabiduría con la cual, segun los sagrados libros, Dios hablaba desde el orígen de las cosas, y con la cual formaba nuestro universo como un juego de su mano (Prov. viii, 23-31). La Verdad es el conjunto de las leyes físicas que rigen á todos los séres materiales en el cielo y en la tierra, y el conjunto de las leyes morales que ha de observar libremente otro mundo más grande, más bello, más duradero que el primero, y que se llama el corazon del hombre. Esta Verdad primera, es, para nosotros, en el órden moral, el orígen, el tipo y la consagracion de todas las demás verdades, las cuales no merecen este nombre sinó en cuanto están con ella conformes.



Lo que así se llama en las instituciones humanas, frecuentemente no es más que una combinacion de conveniencias arbitrarias, que cambian y pasan con las circunstancias de que son hijas; pero, que la Verdad, propiamente dicha, domina siempre, porque es eterna y no cambia jamás, porque es el mismo Dios, como dice el mismo gran Doctor: *Veritatem, quæ æterna est, omnibus præminens, ipsum Deum esse* (De vera relig. xxxi, 57).

Por elevada que sea esta doctrina, al tratar de juzgarla, no nos dirigimos á la ciencia teológica, ni tan siquiera á las ideas elementales de la fe, sinó á la recta razon humana, y le preguntamos: si nos es posible formarnos una idea de Dios criador, sin representarnos las verdades primitivas que constituyen su sér inefable, y que, lo mismo dentro que fuera, rigen sus adorables operaciones. Existe, pues, una Verdad suprema, infalible, inmutable y absoluta.

2. A esta primera enseñanza, añadimos otra, no ménos cierta, y es, que Dios dió al hombre la inteligencia que tanto le eleva sobre las demás criaturas para que conociera esta verdad, cuanto le es necesario, para llegar á su último fin, y para la regla de su conducta. Acerca de este punto, todas las tradiciones están de acuerdo. Las ideas de sabiduría, de justicia, de piedad, de virtud, que en nuestras sagradas Escrituras se remontan hasta los primeros dias, encuéntranse igualmente entre los sábios del paganismo, bajo el nombre de ley natural, que es precisamente lo que, con relacion á nosotros, constituye la Verdad divina, *veritas lex æterna*, dice siempre San Agustin (De Civit. Dei, xvi, 6); porque semejantes ideas no pueden venir sinó de Dios, que, desde el orígen, las impuso al género humano.

Empero, no por esto dejó el hombre de quedar plenamente libre sobre la mayor parte de los actos que debian llenar su existencia, y acerca del uso que podia hacer de las criaturas sometidas á su imperio. El cielo empíreo es para el Señor, dice el Profeta; mas la tierra la dió á los hijos de los hombres (Ps. cxiii, 16); y cuando el Espíritu Santo nos enseña, que el Criador entregó el mundo á las vanas disputas de los hombres (Eccl. iii, 11), no habla solamente del mundo material, sometido hoy más que nunca á exploraciones lícitas y á experiencias utilísimas de la ciencia, sinó tambien del mundo so-

cial, en sus variados sistemas sobre la forma de los Gobiernos y sobre el ejercicio del poder. Como estos diferentes géneros de asociaciones, tienen todos su bondad relativa, la Verdad divina no los reprueba, porque ella nada condena de lo que en sí es indiferente. Solo reprueba lo que es falso, porque lo falso le es esencialmente incompatible; y no condena sinó lo que es malo, porque, en el órden moral, es tambien falso.

No perdais nunca de vista, hermanos mios, esta observacion fundamental. Dios ha dado al hombre, desde el principio, ciertas nociones primeras, esenciales, superiores á todas las voluntades humanas; púsolas á su vista como faros, para que al mismo tiempo que se le dejaba libre su navegacion por el agitado mar de la vida, viera los escollos y conociera el verdadero camino, principalmente bajo el punto de vista de su vocacion suprema. Confió estas nociones á los patriarcas, para que las trasmitiesen fiel y religiosamente á su numerosa posteridad. Hizo depender de su observancia la señal de sus escogidos; y las sagradas Escrituras nos dicen, que el santo varon Tobías, aún cautivo entre los infieles, nunca perdió de vista el camino de la verdad: *In captivitate viam veritatis non descruit* (I, 2). Para recordar á los hombres las puras enseñanzas de la Verdad divina, suscitó profetas que, como dice Jeremias (XXVI, 15), siempre se presentaban á los pueblos en nombre de la Verdad, no solo porque, segun Isaias (LIX, 15), la Verdad habia caido en olvido, y como añade el Libro de la Sabiduría, los hombres iban descarriados del camino de la Verdad (V, 6), sinó porque Jerusalen, figura de la Iglesia, debia ser llamada la ciudad de la Verdad (ZAC. VIII, 3).

Y observadlo bien; los profetas servíanse siempre del mismo lenguaje; nunca hablaban de distintas verdades, sinó de la Verdad universal, que todo lo comprende en su unidad, por la razon indicada, de que la Verdad es Dios: *Ipsa veritas Deus est.* La Verdad es, con relacion á Dios, lo que son los rayos con respecto al sol: *Veritas tua in circuitu tuo* (PS. LXXXVIII, 9). Por ella irradía sobre sus criaturas, en especial sobre la única que acá abajo está llamada á conocerla, que debe conservarla; pero, que no tiene derecho alguno para cambiarla, ni alterarla en lo más mínimo, puesto que es inmutable como Dios mismo.

Finalmente; queriendo Dios renovar y perfeccionar el conocimiento de la Verdad, envió en el gran dia de su misericordia, no intérpretes inspirados por su Verdad suprema, sinó á su misma Verdad substancial, personal, á su Verbo, á su Hijo, que se hizo carne y habitó entre nosotros; y nosotros lo hemos visto, dice el Apóstol, lleno



de gracia y de verdad (JOANN. I). Entónces el Hijo de Dios dijo al mundo: Así conocereis la Verdad, y la Verdad, os salvará (JOANN. VIII, 32), y enseñó el camino de Dios conforme á la Verdad (MATH. XXII, 16), y afirmó de sí mismo: Yo soy la Verdad y la Vida; y rogando por sus escogidos en los últimos dias de su vida mortal, proclamó: que no se santificarian sinó en la Verdad (JOANN. XVII, 17); y queriendo, por fin, conservar sobre la tierra esta Verdad, que con más abundancia y eficacia habia venido á traer de nuevo, fundó su Iglesia, para que fuese de ella el custodio incorruptible, intimándola que no dejase perecer ni una sola gota de ella (MATTH. V, 18); y añadiendo, con una seguridad enteramente divina: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán (ID. XXIV, 35).

3. Hé aquí, pues, restablecida la Verdad entre los hombres, héla aquí en la Iglesia confiada á los Apóstoles, y sobre todo, á Pedro, cabeza de esta Iglesia llamada columna y fundamento de la Verdad (I. TIM. III, 15). Ahora lo que importa estudiar, hermanos carísimos, es el cuidado atento, animoso y perseverante con que la Iglesia, dirigida por un Pastor supremo, ha guardado fielmente en su pureza, en su integridad primitiva, este sagrado depósito.

Cuando esta Verdad santa que, bajo la ley antigua, habia permanecido, por decirlo así, en su crepúsculo, comenzó á irradiar sobre el mundo entero con todo el brillo de su magnificencia, las malas pasiones y todas las potestades enemigas se coaligaron para extinguirla, si hubiera sido posible, ó á lo ménos oscurecerla. Desde un principio, encontró tres clases de adversarios, que se han perpetuado hasta nuestros dias para hacerle constantemente la guerra: los impíos, los indiferentes y los cobardes.

Los impíos, hombres que han jurado audazmente ódio á Dios; y secuaces de aquel de quien dijo el Salvador, que fué homicida desde el principio, y no permaneció en la Verdad (JOANN. VIII, 44); aquellos de quienes está escrito, que se gozan en el mal que han hecho y hacen gala de su maldad (PROV. III, 14); esos son los que continuan diciendo al Dios de Verdad: No te queremos por nuestro rey (LUC. XIX, 14).

Son indiferentes aquellos que de todo se ocupan, excepto de las enseñanzas de la Verdad divina; que hallando esas cuestiones demasiado sérias, se persuaden neciamente, que dejarán de existir desde el momento que no piensen en ellas, como si bastase cerrar los ojos para apagar el sol. A esta clase de indiferentes pertenecian aquellos atenienses que S. Pablo encontró en el Areópago, y que despues de haberle oido hablar de la resurreccion de los muertos y del juicio

futuro en un lenguaje lleno de elocuencia y de celo, le dirigieron por toda respuesta estas glaciales palabras : Te volveremos á oir otra vez (Act. xvii, 32).

Finalmente, los cobardes, aquellos á cuya inteligencia no se escapan los esplendores de la Verdad divina ; aquellos que la ven á pesar suyo, la comprenden, y, en el fondo, la aman ; pero, que ántes de profesarla, tratan de saber lo que de ella se piensa, y miran á que lado se inclinan los más fuertes ; resueltos á tomar partido por la Verdad el dia en que el público se declare en su favor, y pronunciarse contra ella miéntras esté en desgracia : hombres sin dignidad, ni conciencia, ni pudor, que no piensan por sí mismos, sinó que aceptan el pensamiento de los demás, que no tienen otras convicciones que las que se dejan imponer, y que no reparan, cuando les conviene, en desmentirse á sí mismos á la faz del mundo entero. Almas de lodo, decia Rauzan, célebre misionero francés, sobre quienes los hombres pasan y vuelven á pasar, y que llevan siempre impresa en su frente la huella del último pié que los ha pisado; raza degenerada á la cual pertenecian aquellos que en la pasion del Salvador decian al juez : *Si hunc dimittis, non est amicus Cæsaris.*

Esas tres clases de enemigos formaron bien pronto un ejército comun contra los predicadores y adoradores de la Verdad; ejército formidable, compuesto de todas las potencias del Imperio, es decir, casi de todo el género humano, y que, por el espacio de trescientos años, empuñó su desapiadada espada contra la pequeña cohorte de apóstoles y fieles inofensivos y desarmados que componian la Iglesia naciente. Ahora bien ; ¿ qué hizo entónces la Iglesia, tan débil y perseguida ? A imitacion de su divino Maestro, dió testimonio de la Verdad (Joann. xviii, 37) ; y rodeóse de una tan grande nube de testigos, dice S. Pablo (Heb. xii, 1), que formaron acá abajo su más brillante é imperecedera gloria.

Soportando por la Verdad todas las privaciones, todos los dolores, todas las torturas, todo género de muertes, sus millones de mártires mostraron al mundo, que la Verdad es un bien de tal precio que nunca se compra demasiado caro, y que debe ser preferida á todo, cueste lo que cueste : *Supereminens omnibus veritas est* (Aug. in B. xxxiii, Enarr. 2). Burlándose de las amenazas y promesas de los que daban leyes al mundo, demostraron que la Verdad triunfa de todo poder. No creais, empero, que los fieles hayan jamás, ni siquiera para vengarse de la injusticia, ó para debilitar á sus perseguidores, fomentado complots, turbado el órden público, ó desconocido el respeto debido á la autoridad reinante, no : carísimos hermanos; nada de esto hicieron;



la Iglesia no lo permitió, ni aún en medio de sus pruebas más duras, porque la Verdad divina lo ha siempre prohibido; y si, algunas veces, en el discurso de los siglos, ciertas querellas políticas se han mezclado con los intereses religiosos, la Iglesia lo ha desaprobado siempre.

Si, pues, la santa Iglesia, frente á frente de los príncipes paganos, odiosos y feroces, no cesó de pedir á Dios la prosperidad de su reino (I Tim. ii, 1 et 2) ; ¿ cómo creer que quiera perjudicar á los Gobiernos cuya alianza ha procurado y cuya benevolencia le es tan preciosa? Lo único que puede decirse es, que ni á éstos, ni á aquéllos ha subordinado nunca la Verdad divina: *Omnes supereminens.* Y bajo este respecto, ¿ no ha hecho en todo tiempo lo que se le vió hacer desde el principio? Ella ha hablado cuantas veces lo ha creido necesario á los intereses de la Verdad siempre viviente : *Credidi propter quod locutus sum* (Ps. cxv, 10). Y cuando las potestades de este mundo han intentado desviarla, les ha contestado como los apóstoles San Pedro y San Juan : Juzgad vosotros si es justo el obedeceros á vosotros ántes que á Dios (Act. iv, 19). Esta palabra tan sencilla tiene necesidad, no obstante, de ser meditada. Deseo que se me entienda bien. Los ministros de la Iglesia no son libres de callar, no porque ninguna fuerza humana les haga violencia, sinó porque la Verdad divina, de la cual son servidores, les obliga á hablar ; sobre todo el Pastor supremo de la Iglesia, oye esta palabra que resonaba en el fondo de la conciencia de San Pablo: ¡Desventurado de mí si no predicare el Evangelio! *Væ mihi si non evangelizavero* (I Cor. xiii, 16). Por eso predica el Evangelio, y sus palabras llegan hasta las extremidades del mundo.

4. A veces, algunos hombres importantes juzgan, harto lo sabemos, que, atendida la disposicion de los espíritus y la naturaleza de las circunstancias, puede ofrecer inconvenientes la manifestacion de la Verdad. La Iglesia sabe que el mayor de los inconvenientes seria la alteracion de la Verdad divina por una concesion cualquiera, y por esto profesa y practica, desde más de mil ochocientos años há, estas palabras del Apóstol : *Non possumus aliquid contra veritatem sed pro veritate* (II Cor. xiii, 8) ; Nada podemos contra la Verdad, sinó á favor de la Verdad.

Ved, en efecto, carísimos hermanos, cuanto ha sufrido en todo tiempo la Iglesia por no consentir que se alterara un solo punto de su símbolo. Hemos hablado de nuestros mártires. Cierto que cuando la Iglesia los veia sobre los potros y las parrillas candentes, bajo las uñas de hierro y entre los dientes de las bestias feroces ; cuando miraba á sus vírgenes entregadas al oprobio, y á sus Pontífices encar-

celados, las circunstancias eran malas y los espíritus malévolos; no obstante; ¿se prestó nunca, tratándose de doctrina, á los acomodamientos ó á las reticencias? Nunca, hermanos carísimos; por el contrario, repitió siempre con el Apóstol: Me aguardan cadenas y tribulaciones, pero yo ninguna de estas cosas temo, siempre que cumpla el ministerio que he recibido para predicar la Verdad (Act. xx, 23-24).

Empero, no fueron estas sus principales angustias. Dejemos á los mártires, que serán siempre la fuerza y el honor de su testimonio á la Verdad; y hablemos, bien que temblando, de los pueblos que la Iglesia arrojó de su seno por haber prevaricado de la Verdad divina. Sin recordar los inumerables pueblos que la Iglesia repudió en los tiempos antiguos, con los Arrios, Nestorios, Eutiques, y demas antiguos heresiarcas; sin mencionar tampoco á estos pueblos modernos de Alemania, Inglaterra, países del Norte, que la Iglesia ha rechazado con las heregías de los últimos tiempos, digamos solamente una palabra del Oriente. ¡Ah! el Oriente, de donde recibimos nosotros la primera luz; el Oriente, conducido á la fe evangélica ántes que la misma Roma; el Oriente ha sido desechado por la Iglesia; y ¿por qué? Por una palabra no conforme á la verdad divina, por una sola palabra, la palabra *filioque*, que el Oriente suprime del Símbolo; por estas cuatro sílabas la Iglesia ha separado al Oriente de su comunion.

¡Oh Iglesia divina! esos pueblos te eran caros; ellos formaban una magnífica parte del patrimonio que los profetas te habian prometido: *Dabo tibi gentes hæreditatem tuam* (Ps. II, 8). Todos esos millares de almas habian sido engendradas con el sudor de tus apóstoles, por las virtudes y los padecimientos de tus confesores, por los méritos de tus santos; y tú los rechazas lejos de tí, y debiste hacerlo, porque no podias conservarlos sin sacrificar la Verdad; y si bien es cierto, que una sola palabra de esas almas es más preciosa que millares de mundos, no lo es ménos, que una sola palabra de la Verdad divina es más preciosa que millares de almas.

¡Ah! hermanos carísimos, comprendedlo bien; la Iglesia está dispuesta á sacrificarlo todo, excepto la Verdad divina; y cuando se le pide que borre una palabra de la Verdad eterna, contesta que no puede. Si por este motivo ve perseguidos á sus hijos, se conmueven sus entrañas maternales, pero su amor de madre queda vencido. Llora, sufre, ruega; mas no cede, porque no puede. *Non possumus aliquid contra veritatem.*

A veces se le dice: No olvides las imperiosas circunstancias que exigen una transaccion: potencias amigas tuyas la solicitan con empeño; ¿qué desgracias puedes evitar? ¿No vés profanados tus templos, desterrados tus sacerdotes, devastados los conventos, las almas en riesgo, abandonadas, extraviadas? Amiga de la paz y de la salvacion; ¡ah! evita tamaños males, otorgando lo que se te pide. Y la Iglesia, si bien expresa todo el dolor que siente, va repitiendo: Nada puedo que sea contrario á la Verdad divina. *Non possumus aliquid contra veritatem.*



Han trascurrido ya mil ochocientos años, y las potestades de este mundo no han podido arrancarle una palabra contra la Verdad. Se ha visto, ora la anarquía popular, ora el despotismo vencedor, aterrarla, por decirlo así, á la vista del universo, y poniendo sobre su pecho virginal su pié triunfante; exigirle una palabra de mentira, ó al ménos, un silencio de adhesion á sus injustos proyectos; pero ella, libre ú oprimida, ha contestado siempre: no lo haré; no puedo hacerlo; me es imposible desmentir ó callar la Verdad divina: *Non possumus aliquid contra veritatem.*

¡Oh sublime impotencia de la Iglesia mi madre! ¡Oh! en tu impotencia consiste especialmente tu poder y tu perfeccion la más maravillosa. Tú no eres, por tanto, la obra del hombre, puesto que no puedes mentir, y el hombre es falaz (Ps. cxv, 2). Tú estás, por lo mismo, inseparablemente unida á Dios, puesto que no puedes separarte de la Verdad, y que la Verdad es Dios: *Ipsa veritas Deus est.* Bienaventurados, pues, los que permanecen en tí por su íntima union con tu Cabeza suprema, en quien tú te identificas, y de quien podriamos decir todo cuanto hemos dicho de tí, porque donde está Pedro, allí está la Iglesia: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia* (Amb. in Ps. xi, n. 20).

Por lo tanto, carísimos hermanos, permaneced adheridos de corazon y de espíritu á todas las enseñanzas de la Santa Sede apostólica, porque en esta cátedra es donde Dios ha colocado la doctrina de la Verdad (Ep. V, ad man. Ep. n. 16), que debe un dia hacernos perfectamente dichosos en el cielo, que os deseo.

---

# VERDAD DE LA OTRA VIDA.

*Ibant hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.*

Estos irán al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna.

(MATTH. XXV, 46.)

Ved aquí en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved aquí, finalmente, el término de las vanas reflexiones de los sábios y de los entendimientos rebeldes; de las dudas é incertidumbres eternas de los incrédulos; de los vastos proyectos de los conquistadores; de los monumentos de la gloria humana; de los cuidados de la ambicion; de las distinciones de los talentos; de las inquietudes de la fortuna; de la prosperidad de los imperios, y de todas las frívolas revoluciones de la tierra. Esta será la terrible solucion que nos manifestará, por último, los misterios de la Providencia en órden á los diversos destinos de los hijos de Adan, y que justificará su conducta en el gobierno del universo. Esta vida no es más que un rápido instante y el principio de otra vida eterna; la suerte de todos los hombres se dividirá en unos tormentos que nunca se han de acabar, ó en las delicias de una felicidad inmortal: y nuestro destino ha de ser uno de estos dos extremos.

Con todo eso, la imágen de este grande espectáculo, que en otro tiempo fué suficiente para asustar la ferocidad de los tiranos, para hacer temblar la constancia de los filósofos, para turbar las delicias y el regalo de los césares, para domesticar á los pueblos más bárbaros, para formar tantos mártires, para poblar los desiertos, y sujetar todo el universo al yugo de la cruz; esta imágen tan terrible, hoy ya casi no está destinada más que para asustar la timidez del pueblo sencillo; aquellos grandes objetos han venido á ser pinturas vulgares, que casi no nos atrevemos á exponer á la falsa delicadeza de los poderosos y de los sábios del mundo; y el fruto que regularmente sacamos de este género de discursos, es el que al salir de ellos pregunten, si todo sucederá como lo hemos dicho.



Porque vivimos en un tiempo, en que ha naufragado la fe de muchos.

Y á la verdad, no me admiro de que unos hombres disolutos duden de la eternidad, y procuren combatir y debilitar una verdad tan propia para turbar sus pecaminosas delicias. Terrible cosa es el esperar una infelicidad eterna. El mundo no tiene placer que dure á vista de un pensamiento tan triste, y por eso ha procurado siempre borrarle del corazon y del espíritu de los hombres.

Quitemos, pues, á la corrupcion del corazon humano un apoyo tan débil y tan monstruoso. Hagamos ver á las almas disolutas, que han de sobrevivir á sus desórdenes, que no todo muere con el cuerpo, que esta vida acabará sus delitos, pero no sus desgracias; y para mejor confundir la impiedad, impugnemos los vanos pretextos en que se funda. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Sin duda que es cosa terrible, el haber de justificar en presencia de unos fieles la verdad de mayor consuelo que tiene la fe; el haber de probar á unos hombres á quienes se les ha anunciado á Jesucristo, que su alma, al salir de esta casa terrestre, ha de volver al seno de Dios, de donde habia salido, y ha de ir á habitar á la region eterna de los vivos, en donde á cada uno se le ha de dar segun sus obras. La falsa incertidumbre de la otra vida es el primer fundamento de la seguridad de las almas incrédulas. Nadie sabe lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan, suelen decir. Ningun muerto nos lo ha venido á contar, y puede ser que todo se acabe con la muerte; gocemos de lo presente, y dejemos al acaso lo porvenir, ó lo que no existe, ó á lo ménos, lo que no quisiéramos conocer. Demostrémosles, pues, que esta incertidumbre es sospechosa, por razon del principio de que procede; es insensata, por las razones en que se funda; y terrible por sus consecuencias.

Es sospechosa por razon del principio de que procede; porque ¿cómo se ha formado en el espíritu del impío esta incertidumbre de lo porvenir? Para averiguar si una opinion se ha formado en la tierra por los intereses de la verdad, ó por los de las pasiones, basta averiguar su orígen. El impío nació con los principios de religion natural, comunes á todos los hombres; halló escrita en su corazon una ley que prohibia la violencia, la injusticia, la perfidia, y todo cuanto él no quisiera padecer en sí mismo: la educacion fortificó estos dictámenes de la naturaleza; le enseñaron á conocer á un Dios, á amarle y á temerle; le enseñaron la virtud en los preceptos, se la hicieron amable con los ejemplos. ¿De qué proviene, pues, que ya

no conoce á Dios, que los delitos le parezcan prohibiciones de la política humana, el infierno una preocupacion, la otra vida una quimera, y el alma un aliento que perece con el cuerpo? ¿Por qué grados ha llegado á estos conocimientos tan nuevos y extraordinarios? ¿Ha consultado? ¿Se ha valido de todas aquellas sérias precauciones que pide el negocio más importante de su vida? ¿Se ha retirado del comercio de los hombres para dar más lugar á las reflexiones y al estudio? ¿Ha purificado su corazon temiendo que le engañasen las pasiones? ¡Qué cuidados no se necesitan para desvanecer las primeras ideas de que ha sido imbuida el alma desde el principio! Escuchadlos, y admirad aquí la justicia de Dios para con los hombres corrompidos, que entrega á la vanidad de sus discursos. A proporcion que se han ido desarreglando sus costumbres, les han ido pareciendo sospechosas las reglas; para hacerse impío ha cerrado todos los caminos que podian guiarle á la verdad, no mirando la religion como un negocio sério, no examinándola sinó para deshonrarla con blasfemias y graciosidades sacrílegas; no ha llegado á ser impío sinó procurando obstinarse contra los gritos de su conciencia, y entregándose á los más infames deleites.

El desórden del corazon es la raíz de la incredulidad. Enseñadme, si podeis, unos hombres prudentes, veraces, castos, arreglados, sóbrios, que no crean en Dios, que no esperen la eternidad, que tengan á los adulterios, á las abominaciones, á los incestos, por inclinaciones y juegos de una naturaleza inocente; si ha habido en el mundo algunos impíos que parecian prudentes y sóbrios, era, ó porque ocultaban mejor sus desórdenes para dar más crédito á su impiedad, ó porque saciados de los deleites habian llegado á esta falsa templanza. Los excesos fueron siempre la primera raíz de su irreligion. Ya estaba corrompido su corazon ántes que naufragase su fe: tenian interés en creer que todo muere con el cuerpo ántes de habérselo llegado á persuadir; y aunque el demasiado uso de los deleites pudo disgustarlos de la culpa, no pudo hacerles amable la virtud. ¡Oh, qué consuelo para nosotros que creemos, el saber que es preciso renunciar á las buenas costumbres, á la probidad, al pudor y á todos los pensamientos de humanidad, ántes de renunciar á la fe, y dejar de ser hombre para no ser cristiano!

Ved ya la incertidumbre del impío, sospechosa en su principio. Pero, en segundo lugar, es insensata por las razones en que se funda. Porque para abrazar el funesto partido de no creer cosa alguna, y vivir tranquilos en órden á todo lo que nos dicen de la futura eternidad, se necesitan sin duda unas razones muy decisivas y convincentes. No es cosa natural que el hombre aventure un interés tan sério como es el de su eternidad, fundado en pruebas leves y frívolas; aún ménos natural es el que en este asunto abandone el comun dictámen, la fe de sus padres, la religion de todos los siglos, el consentimiento de todos los pueblos, las instrucciones de su educacion, si no se hallara como precisado por la evidencia de la verdad. Si el impío no está bien asegurado de que todo muere con el cuerpo, no hay cosa igual á su locura y extravagancia; ¿y podrá estar bien asegurado de esto? ¿Cuáles son las poderosas razones que le han determinado á tomar este fatal partido? No sabemos, dice, lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. El justo muere como el impío, el hombre como la bestia, y ninguno vuelve de allá para decirnos cual de los dos se engañó. Apurad aún más, os espantareis de ver la flaqueza de la incredulidad, los discursos vagos, las dudas despreciables, las incertidumbres eternas y las suposiciones quiméricas, que no serian suficientes para arriesgar la felicidad ó desgracia de uno de sus dias; y se atreve, fundado en ellas, á aventurar una eternidad toda entera. Ved aquí las invencibles razones que opone el impío á la fe de todo el universo; ved aquí aquella evidencia que excede en su entendimiento á lo más evidente y mejor fundado que hay en la tierra. ¡No sabemos lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan! ¡Oh hombre! abre aquí los ojos. Una sola duda basta para hacerte impío; ¿y no han de bastar todas las pruebas de la religion para hacerte fiel? ¿Dudas si hay otra vida, y, no obstante, vives como si no la hubiese? ¿No tienes más fundamento de tu opinion que tu propia incertidumbre, y reprendes nuestra fe como una credulidad vulgar?



Pero yo os suplico que me digais de parte de quién está la credulidad en este punto, si está de parte del impío, ó del fiel. El fiel cree en la eternidad, fundado en la autoridad de las divinas Escrituras, esto es, en el libro que sin contradiccion merece la mayor creencia; en el testimonio de los hombres apostólicos, esto es, de unos hombres justos, sencillos, milagrosos, que derramaron su sangre por dar gloria á la verdad, y á cuya doctrina ha dado la conversion del universo un testimonio que hasta el fin de los siglos se levantará contra el impío; en el cumplimiento de las profecías, esto es, en la única señal de verdad que no puede imitar la impostura; en la tradicion de todos los siglos, esto es, en unos hechos que han tenido por ciertos los mayores hombres que ha habido en el mundo desde su creacion, y que han confesado los justos y los pueblos más sábios y políticos; en una palabra, en unas pruebas que, aún cuando no fueran ciertas, á lo ménos son verosímiles. El impío niega la eternidad, fundado en

una simple duda, ó en una pura sospecha: ¿ quién hizo esta eternidad, nos dice? ¿Quién ha vuelto de allá? No tiene razon alguna sólida ni decisiva para impugnar la verdad de lo porvenir, y si no, díga-la, y nos daremos por vencidos. No hace más que desconfiar de que haya otra vida despues de ésta, y lo cree así sin más fundamento que su desconfianza. Ahora os pregunto: ¿ cuál de los dos es el crédulo? ¿Es acaso el que funda su creencia en lo que, por lo ménos, tiene más verosimilitud entre los hombres y es más conforme á la razon, ó el que fundado en la debilidad de una simple duda, se determina á creer que no hay eternidad? Con todo eso, al impío le parece que se aprovecha más de su razon que el fiel. Nos mira como á hombres flacos y crédulos; se considera á sí mismo como un espíritu superior á las preocupaciones vulgares, y solo cede á la razon, y no á la opinion comun. ¡ Oh Dios! ¡ qué terrible sois cuando entregais el pecador á su ceguedad, y cómo sabeis sacar vuestra gloria de los mismos esfuerzos que hacen vuestros enemigos para combatirla!

Pero quiero pasar más adelante: aún cuando hubiere algun fundamento para la duda que se forma el impío de lo porvenir, y aún cuando las vanas incertidumbres que le hacen incrédulo, contrapesasen á las sólidas y evidentes verdades que nos prometen la inmortalidad; digo, que aún cuando esta igualdad fuera cierta, debiera á lo ménos desear que fuese verdadero lo que propone la fe en órden á la inmortalidad de nuestras almas, una creencia que tanto honor hace al hombre, que le enseña que su orígen es celestial y eternas sus esperanzas; debiera desear que la doctrina de la impiedad fuese falsa; una doctrina tan funesta y de tanto abatimiento para el hombre, que le confunde con las bestias, que le hace vivir solo para el cuerpo; que no le dá ni fin, ni destino, ni esperanza; que limita su suerte al corto número de dias rápidos, inquietos y dolorosos que vive en la tierra. Aún en iguales circunstancias, un entendimiento sublime quisiera más engañarse honrándose, que abrazando un partido ignominioso á su sér. Además de esto, no solamente es insensato el impío, porque en iguales circunstancias debieran su corazon y su gloria decidir en favor de la fe; porque ¿qué aventura el impío en creer? Lo más que perderia serian algunos placeres sensuales y rápidos, que muy presto, ó le cansan con el disgusto que se subsigue, ó le tiranizan con los nuevos deseos que despiertan; perderia la funesta satisfaccion de ser, para un instante que ha vivido en la tierra, cruel, desnaturalizado, sensual, sin fe, sin buenas costumbres, sin conciencia, y aún acaso despreciado y deshonrado en su pueblo. Pero, si hay una vida eterna, y si se engaña, no queriendo creerla, ¿á qué



no se expone? á la pérdida de los eternos bienes y de la posesion de vuestra gloria ¡ oh Dios mio! con la que habia de ser eternamente dichoso. Pero esto no es más que el principio de sus desgracias: hallará un fuego abrasador, un suplicio sin fin y sin medida, una eternidad de horror y de desesperacion. Comparad, pues, estas dos suertes, y ved que partido debe tomar el impío. ¿ Deberá arriesgar la corta duracion de algunos dias, ó una eternidad toda entera? ¿ Se fiará de lo presente, que se ha de acabar mañana, y con lo que no puede ser feliz, ó temerá lo porvenir, que no tiene otros límites que la eternidad, y que ha de durar tanto como el mismo Dios? ¿Qué hombre prudente, aún cuando fuera igual la incertidumbre, se atreverá á dudar en este punto?

Pero, permitidme aquí que deje por ahora las poderosas razones de la doctrina, y que hable solamente con la conciencia del incrédulo, valiéndome para prueba de lo que siente en su interior. Ahora bien, si todo se ha de acabar con nosotros; si el hombre nada debe esperar despues de esta vida; si esta es nuestra pátria, nuestro orígen y la única felicidad que podemos prometernos; ¿ por qué no somos felices en ella? Si no nacemos más que para los deleites de los sentidos, ¿cómo no pueden éstos satisfacernos, y dejan siempre molestias y tristezas en nuestro corazon? Si el hombre en nada excede á la bestia, ¿ por qué no pasa sus dias como ella, sin cuidado, sin inquietud, sin disgusto y sin tristeza, en la felicidad de los sentidos y de la carne? Si el hombre no tiene que esperar más felicidad que la temporal, ¿cómo no la halla en cosa alguna de la tierra? ¿De qué proviene esto? ¡ Oh hombre! ¿no consiste en que la tierra no es tu propio lugar; en que fuiste hecho para el cielo; en que tu corazon es mayor que el mundo; en que la tierra no es tu pátria, y en que todo lo que no es Dios, es nada para tí? Responded, si teneis qué, ó por mejor decir, preguntad á vuestro corazon, y sereis fiel. En segundo lugar; si todo muere con el cuerpo, ¿ quién pudo persuadir á todos los hombres, en todos los siglos, y en todos los países, que su alma era inmortal? ¿ De dónde le pudo venir al género humano esta extraña idea de inmortalidad? Registrad todos los siglos desde su nacimiento; recorred todas las naciones; leed la historia de los reinos y de los imperios; escuchad á los que vienen de las islas más remotas; todos los pueblos del universo han creido siempre, y aún hoy creen, la inmortalidad del alma. Esto no ha sido por una secreta inteligencia: porque ¿quién podrá hacer que todos los hombres de todos los países conviniesen entre sí en un mismo pensamiento? Tampoco puede consistir en una preocupacion de la educacion, porque los usos, las cos-

tumbres, el culto, que por lo comun son efectos de las preocupaciones, no son los mismos en todos los pueblos; pero la opinion de la inmortalidad es comun á todos. Tampoco puede consistir en que esta opinion sea una secta, porque además de ser la religion universal del mundo, este dogma nunca tuvo protector ni cabeza. Los hombres se le han persuadido ellos mismos, ó por mejor decir, la naturaleza se le ha enseñado sin socorro de maestro; y es el único que desde el principio del mundo ha pasado de padres á hijos, y se ha mantenido siempre en la tierra. Oh tú, cualquiera que creas ser un conjunto de barro, sal del mundo en donde eres solo de esta opinion. Vé á buscar en otra tierra hombres de otra especie y semejantes á las bestias; ó por mejor decir, horrorízate de tí mismo al verte como solo en el universo, rebelde contra toda la naturaleza, y desconocido á tu propio corazon, ó acaba de conocer en la comun opinion de todos los hombres, la impresion comun del Autor que los formó á todos. Tenemos, pues, que la incertidumbre del impío es sospechosa en su principio; insensata por las razones en que se funda, y funesta por sus consecuencias; y despues de haberos manifestado que no hay cosa más opuesta á la recta razon que la duda que forma el impío de la eternidad, acabaré de confundir sus pretextos probando, que no hay cosa más opuesta á la idea de un Dios sábio y al dictámen de la propia conciencia.

2. Sin duda que admira el que el impío busque en la misma grandeza de Dios la proteccion de sus delitos; y que no hallando en su interior cosa alguna que pueda justificar los horrores de su alma, quiera hallar en la terrible majestad del Sér supremo, una indulgencia que no puede hallar en la misma corrupcion de su corazon. Y á la verdad; ¿puede convenir á la grandeza de Dios, dice el impío, el ocuparse en lo que pasa entre los hombres, el contar sus vicios ó sus virtudes, el estudiar hasta sus pensamientos y sus infinitos y frívolos deseos? El dar á un Dios, que nos dicen ser tan grande, una ocupacion que no sería digna ni aún de un hombre, ¿no es pensar de él con demasiada bajeza? Pero ántes de aclarar toda la extravagancia de esta blasfemia, os suplico que advirtais, que el mismo impío es quien en esto degrada la grandeza de Dios y le hace semejante al hombre. Porque ¿necesita Dios acaso acercarse á observar á los hombres para conocer sus acciones y pensamientos? ¿Necesita de cuidado y observaciou para ver lo que pasa en la tierra? ¿No vivimos, no nos movemos y no estamos en él? ¿Podemos nosotros evitar el que nos vea, ó puede él dejar de ver nuestros delitos? La única ocupacion de Dios es el conocerse y gozar de sí mismo.



Supuesta esta reflexion, respondo primeramente: si fuera conveniente á la grandeza de Dios dejar á los buenos y á los malos sin castigo y sin recompensa, lo mismo importaria el ser justo, sincero, amable y caritativo, que cruel, falaz, pérfido y desnaturalizado: Dios, en tal caso, no amaria más la virtud, la vergüenza, la rectitud y la religion, que la deshonestidad, la mala fe, la impureza y el perjurio; pues el justo y el injusto, el puro y el impuro, tendrian la misma suerte, y la eterna aniquilacion los igualaria y confundiria muy presto para siempre en el horror del sepulcro. Pero ¡qué digo! Acá en la tierra, parece que el mismo Dios se declara contra el justo en favor del impío; eleva á éste como al cedro del Líbano, le llena de honores y riquezas, favorece sus deseos y facilita sus proyectos, porque los impíos casi siempre son felices en la tierra; por el contrario, parece que se olvida del justo, le abate, le aflige, le entrega á la calumnia y al poder de sus enemigos, porque en la tierra la afliccion y el oprobio son regularmente el patrimonio de los justos. ¡Qué mónstruo sería la divinidad si todo se acabara con el hombre, y si no hubiera más bienes ni más males que esperar que los de esta vida! En este caso, la divinidad seria la protectora de los adulterios, de los sacrilegios y de los más horribles delitos; la perseguidora de la inocencia, del pudor, de la piedad y de las más puras virtudes; sus favores serian premio del delito, y sus castigos la única recompensa de la virtud. ¡Oh Dios mio! si este fuera el carácter de vuestro Sér supremo; si os hubiéramos de adorar, formando de vos unas ideas tan infames, yo no os reconoceria por mi padre, por mi protector, por consolador de mis trabajos, por alivio de mi flaqueza y remunerador de mi fidelidad.

Por último, si no hubiera eternidad, ¿qué fin hubiera podido proponerse, que fuese digno de su sabiduría, en criar á los hombres? ¿No habia de haber tenido más fin en formarlos, que en formar las bestias? El hombre, este sér tan noble, que halla en sí tan altos pensamientos, tan vastos deseos, ideas tan grandes, capaces de amor, de verdad y de justicia; ¿no habia de haber sido hecho más que para la tierra, para pasar un corto número de dias, como las bestias, en ocupaciones frívolas, ó en deleites sensuales? ¿Se habia de reducir su suerte á hacer una figura tan ridícula? ¿No habia de haber venido á la tierra más que para servir de irrision y ser tan digno de lástima? Y despues de esto, ¿habia de volver á caer en la nada, sin haber hecho uso alguno del vasto entendimiento y del gran corazon que le dió el autor de su sér? ¡Oh, Dios mio! ¿qué seria de vuestra sabiduría, si no hubiera hecho una tan grande obra más que para un poco de tiempo; si no hubiera criado á los hombres más que para servir de

juguete á vuestro poder, y divertiros con la variedad de estos espectáculos? Luego, el Dios que se forman los impíos, solo es grande por ser más injusto, más inconstante y más despreciable que el hombre. Seguid estas ideas, si podeis conformaros con su extravagancia.

¿Qué cosa, pues, hay más digna de Dios, que velar sobre el universo, gobernar los hombres que ha criado con leyes de justicia, de verdad, de caridad, de inocencia, y hacer de la razon y de la virtud el vínculo y el fundamento de la sociedad humana? ¿Qué cosa más digna de Dios, que amar en sus criaturas las virtudes que á él mismo le hacen amable; el aborrecer en ellas los vicios con que desfiguran su imágen; el no confundir para siempre al justo con el impío; el hacer felices en su compañía á las almas que solamente han vivido para él; el entregar á su propia desgracia á las que han creido hallar fuera de él su felicidad?

Pero, supuesto que este Dios es tan justo, dice el impío, ¿cómo ha de castigar como delitos unas inclinaciones al deleite que nacieron con nosotros y que él mismo nos dió? Última blasfemia de la impiedad, y última parte de este discurso. Primeramente, seais quien fueres los que hablais tan neciamente, si quereis justificar todas vuestras obras con las inclinaciones que os mueven á ellas; si todo lo que deseamos es lícito, si nuestras inclinaciones deben ser la única regla de nuestra obligacion, fundados en este principio, no teneis más que hacer que envidiar la fortuna de vuestro prójimo para que os sea permitido el despojarle de ella; desear su mujer con un corazon corrompido, para autorizar la transgresion, violando la santidad del lecho nupcial, sin que á esto puedan oponerse los más sagrados derechos de la sociedad y de la naturaleza; en una palabra, no teneis más que hacer que tener en vosotros las inclinaciones á todos los vicios, para que todos os sean lícitos; y como cada uno halla en sí estas funestas raices, ninguno estará exento de este horrible privilegio. Necesita, pues, el hombre de otras leyes para gobernarse más que sus pasiones, y otra regla más que sus deseos. Aún en los siglos paganos, se reconoció la necesidad de una luz superior á los sentidos, que arreglase las costumbres é hiciese de la razon freno para las pasiones humanas. Sola la naturaleza les guiaba al conocimiento de esta verdad, y les enseñaba que el ciego instinto no debia ser la única guia de las acciones del hombre. Por otra parte: hagamos justicia al hombre, ó por mejor decir, al autor que le formó. Así como hay en nosotros inclinaciones al vicio, ¿no las hay tambien á la virtud, al pudor y á la inocencia? Si la ley de los miembros nos lleva hácia los deleites de los sentidos, ¿nó tenemos otra ley escrita en nuestros corazones, que nos llama á la castidad y á la templanza? ¿Por qué ha de decidir el impío entre estas dos inclinaciones, que la que nos inclina á los sentidos es más conforme á la naturaleza del hombre? Finalmente, si todos los hombres estuvieran corrompidos, y si todos se entregaran ciegamente, como los animales irracionales, á su brutal instinto y al imperio de los sentidos y de las pasiones, acaso tendríais razon para decirnos que estas eran unas inclinaciones inseparables de la naturaleza, y hallaríais en el comun ejemplo, excusa á vuestros desórdenes. Pero, miradlo bien: ¿no hallais algunos justos en la tierra? ¿no hay algunas almas fieles, castas, timoratas, que viven en el temor del Señor y en la observancia de su santa ley? Pues ¿por qué vosotros no habeis de tener el mismo imperio que estos justos sobre vuestras pasiones? ¡Oh hombre, imputas á Dios una flaqueza que es obra de tus propios desórdenes! ¡Acusas al Autor de la naturaleza de los desórdenes de tu voluntad! ¡No te basta el ultrajarle, sinó que quieres hacerle responsable de los ultrajes que le haces!



¿Y qué debemos inferir de este discurso? Que es digno de lástima el impío por buscar en una funesta incertidumbre acerca de las verdades de la fe, la más suave esperanza de su suerte. Que es digno de lástima por no poder vivir tranquilo, sinó viviendo sin fe, sin culto, sin Dios y sin confianza. Que es digno de lástima, si para que no sea eternamente feliz, es menester que el Evangelio sea una fábula, la fe de todos los siglos una credulidad, el dictámen de todos los hombres un error vulgar, los primeros principios de la naturaleza y de la razon, preocupaciones de la niñez, la sangre de tantos mártires, á los que la esperanza de la otra vida mantenia en los tormentos, un juego concertado para engañar á los hombres, la conversion del universo una empresa humana, el cumplimiento de las profecías una casualidad; y por decirlo de una vez, si para que no sea eternamente desgraciado, es preciso que sea falsa toda la doctrina más bien fundada del mundo. ¡Qué locura es el aspirar á vivir tranquilos entre tantas suposiciones insensatas! ¡Oh hombres, yo os manifestaré un camino más seguro para que vivais sosegados! Temed la eternidad, que tantos esfuerzos haceis para no creer. No nos pregunteis ya, que es lo que pasa en la otra vida de que hablamos; sinó preguntaos á vosotros mismos; ¿qué es lo que haceis en ésta en que vivís? Sosegad vuestra conciencia con la inocencia de vuestras costumbres, y no con la impiedad de vuestros pensamientos; sosegad vuestro corazon llamando á Dios, y no dudando que os mira; la paz del impío no es más que una funesta desesperacion; buscad vuestra felicidad, no sacudiendo el yugo de la fe, sinó experimentando su suavidad; practicad

las máximas que os ordena, y no rehusará vuestro entendimiento el someterse á los misterios que ella manda creer, luego que dejeis de vivir como los que limitan toda su felicidad al corto espacio de esta vida, dejará de pareceros increible la eternidad: entónces, léjos de temerla, la deseareis; suspirareis por aquel dia feliz en que el Hijo del hombre, el Padre del futuro siglo, ha de venir á castigar á los incrédulos, y á llevar á su reino á todos los que hubieren vivido con la esperanza de la feliz inmortalidad, que á todos os deseo. Amen.

---

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* Genes. I, 26.

Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra.

*Non derelinques animam meam in inferno; nec dabis sanctum tuum videre corruptionem.* Psalm. XV, 10.

Yo sé que no has de abandonar tú, *oh Señor*, mi alma en el sepulcro; ni permitirás que tu santo experimente la corrupcion.

*Ego in justitia apparebo conspectui tuo: satiabor cum apparuerit gloria tua.* Psalm. XVI, 15.

Yo compareceré en tu presencia con la justicia *de mis obras*; y quedaré *plenamente* saciado, cuando se *me* manifestará tu gloria.

*In malitia sua expelletur impius: sperat autem justus in morte sua.* Prov. XIV, 32.

Desechado *de Dios* será el impío por causa de su malicia; mas el justo *aún* en su muerte conserva la esperanza.

*Vidi sub sole in loco judicii impietatem, et in loco justitiæ iniquitatem. Et dixi in corde meo: Justum et impium judicabit Deus, et tempus omnis rei tunc erit.* Eccles. III, 16, 17.

He visto debajo del sol la impiedad en el lugar del juicio, y la iniquidad en el puesto de la justicia. Y he dicho *luego* en mi corazon: Dios ha de juzgar *algun dia* al justo y al impío: y entónces será el tiempo *de ordenar* todas las cosas.

*Memento Creatoris tui in diebus juventutis tuæ, antequam veniat tempus afflictionis... et revertatur pulvis in terram suam unde erat, et spiritus redeat ad Deum, qui dedit illum.* Idem XII, 1, 7.

Acuérdate de tu Criador en los dias de tu juventud, ántes que *con la vejez* venga el tiempo de la afliccion... ántes que el polvo se vuelva á la tierra de donde salió, y el espíritu vuele á Dios, que le dió el sér.



*Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori; et æstimata est afflictio exitus illorum; et quod á nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est.* Sap. III, 1, 2, 3, 4.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellas el tormento de la muerte *eterna*. A los ojos de los insensatos pareció que morian; y su tránsito se miró como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos, á la verdad, reposan en paz. Y si delante de los hombres han padecido tormentos, su esperanza está llena *ó segura* de la *feliz* inmortalidad.

*Nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere.* Matth. X, 28.

Nada temais á los que matan al cuerpo, y no pueden matar al alma.

*Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.* Idem XXV, 46.

*En consecuencia* irán estos al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna.

*Ego sum resurrectio et vita; qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet; et omnis, qui vivit, et credit in me, non morietur in æternum.* Joann. XI, 25.

Yo soy la resurreccion y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive, y cree en mí, no morirá para siempre.

*Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus.* I Cor. XV, 19.

Si nosotros solo tenemos esperanza en Cristo miéntras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres.

---

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Immortalis est anima tua, et vivificat mortalem carnem tuam; immortalem dico animam tuam ad utrumque; si credit, immortalis est*

Tu alma es inmortal y vivifica tu cuerpo mortal; tu alma, digo, es inmortal para una y otra suerte: si tiene fe, es inmortal para la

008344

*ad vitam; si non credit, immortalis est ad pœnam.* S. Aug. lib. 3 de Symbol.

*Cum te Deum quæro, vitam beatam quæro. Quæram te, ut vivat anima mea: vivit enim corpus meum de anima mea, et vivit anima mea de te.* Idem lib. 10 Confess.

*Si magnæ mercedis est à morte eripere carnem, quamquam moriturum; quanti est meriti à morte liberare animam, in cœlesti patria sine fine victuram?* S. Greg. Hom. 23.

*Tres vitales spiritus creavit omnipotens Deus: unum qui carne non regitur: alium qui carne regitur, sed non cum carne moritur: tertium qui carne regitur, et cum carne moritur. Primus angelorum, secundus hominum, tertius brutorum animalium.* Idem lib. Dialog.

*Advertistis tres esse sanctorum status animarum: primum videlicet in corpore corruptibili; secundum sine corpore; tertium in corpore jam glorificato: primum in militia, secundum in requie, tertium in beatitudine consummata.* S. Bern. serm. 107.

*O anima insignita Dei imagine, decorata similitudine, desponsata in fide, redempta sanguine, deputata cum angelis, capax beatitudinis... quid tibi cum carne, qua haud aliud vilius sterquilinium invenisti?* Idem in medit.

vida eterna; si no la tiene, fe, inmortal para las penas eternas.

Cuando te busco á tí, Dios mio, busco la vida feliz. Te buscaré, pues, para que viva mi alma, pues así como mi cuerpo vive por mi alma, así mi alma vive por tí.

Si es digno de gran premio el salvar la vida del cuerpo, que al fin debe morir; ¿de cuánto mayor mérito no será librar de la muerte al alma, destinada á vivir eternamente en la pátria celestial?

Tres espíritus animados crió el omnipotente Dios: uno que no vive unido á ningun cuerpo; otro que vive unido al cuerpo, pero que no muere con él; otro que vive unido al cuerpo y muere con él. El primero es el ángel, el segundo el hombre, el tercero es el espíritu de los irracionales.

Habeis visto los tres estados en que pueden hallarse las almas santas: el primero, unidas al cuerpo corruptible; el segundo, separadas de él; y el tercero, unidas al cuerpo ya glorificado: el primer estado es el de lucha; el segundo, de descanso; el tercero, de una bienaventuranza consumada.

¡Oh alma ennoblecida con la imágen de Dios, condecorada con su semejanza, desposada con él por la fe, redimida con su sangre, destinada á vivir con los ángeles y capaz de una eterna bienaventuranza! ¿qué tienes que ver con tu carne, que es lo que hay de más inmundo?



*Opinio immortalitatis animæ fundamentum religionis et honestatis; quam quis non credit, tollit spem ulterius vitæ, et nihil restat nisi prostitutio virtutum.* Guill. Paris. lib. de immortal. animæ.

La sentencia de la inmortalidad del alma es la base de la religion y de la moral; porque el que no la cree, al perder la esperanza de otra vida mejor, solo puede presenciar la prostitucion y ruina de toda virtud.

---

# VERDAD.

## (AMOR Y TEMOR DE LA)

*Veritatem requiret Dominus.*
El Señor inquirirá la verdad.
(PSALM. XXX, 24.)

No hay cosa alguna en que los movimientos de nuestro corazon sean más equívocos, y en que el hombre parezca más contrario á sí mismo, que cuando se trata de la verdad. Él la ama y la aborrece; la busca y la huye; se regocija con ella, y por ella se aflige algunas veces; consiente con gusto en lo que le dicta, y otras las resiste con obstinacion; en muchas ocasiones triunfa por que la ha conocido, y en otras quisiera desterrarla para siempre de su espíritu; finalmente, el dejarse vencer de la verdad lo tiene á mucha honra y gloria suya muchas veces, pero en algunas ocasiones halla en eso mismo su mayor tormento. ¿Qué cosa hay, pues, que en la apariencia se acerque más á la contradiccion que estos impulsos y sentimientos, y esta conducta tan opuesta? Para concordar todo esto, distingo dos especies de verdades, que se dirigen á nosotros, y en cuyo uso consiste toda la perfeccion, ó todo el desórden de nuestra vida. Hay una verdad que nos reprende, y hay una verdad que nos lisonjea: la primera nos manifiesta lo que tenemos de defectuosos y viciosos; y la segunda nos representa lo que tenemos, ó lo que creemos tener de laudable y bueno. Esto supuesto, intento haceros ver que es fácil concordar estas contrariedades que, segun parece, dividen el corazon del hombre en

*ad vitam; si non credit, immortalis est ad pœnam.* S. Aug. lib. 3 de Symbol.

*Cum te Deum quæro, vitam beatam quæro. Quæram te, ut vivat anima mea: vivit enim corpus meum de anima mea, et vivit anima mea de te.* Idem lib. 10 Confess.

*Si magnæ mercedis est à morte eripere carnem, quamquam moriturum; quanti est meriti à morte liberare animam, in cœlesti patria sine fine victuram?* S. Greg. Hom. 23.

*Tres vitales spiritus creavit omnipotens Deus: unum qui carne non regitur: alium qui carne regitur, sed non cum carne moritur: tertium qui carne regitur, et cum carne moritur. Primus angelorum, secundus hominum, tertius brutorum animalium.* Idem lib. Dialog.

*Advertistis tres esse sanctorum status animarum: primum videlicet in corpore corruptibili; secundum sine corpore; tertium in corpore jam glorificato: primum in militia, secundum in requie, tertium in beatitudine consummata.* S. Bern. serm. 107.

*O anima insignita Dei imagine, decorata similitudine, desponsata in fide, redempta sanguine, deputata cum angelis, capax beatitudinis... quid tibi cum carne, qua haud aliud vilius sterquilinium invenisti?* Idem in medit.

vida eterna; si no la tiene, fe, inmortal para las penas eternas.

Cuando te busco á tí, Dios mio, busco la vida feliz. Te buscaré, pues, para que viva mi alma, pues así como mi cuerpo vive por mi alma, así mi alma vive por tí.

Si es digno de gran premio el salvar la vida del cuerpo, que al fin debe morir; ¿de cuánto mayor mérito no será librar de la muerte al alma, destinada á vivir eternamente en la pátria celestial?

Tres espíritus animados crió el omnipotente Dios: uno que no vive unido á ningun cuerpo; otro que vive unido al cuerpo, pero que no muere con él; otro que vive unido al cuerpo y muere con él. El primero es el ángel, el segundo el hombre, el tercero es el espíritu de los irracionales.

Habeis visto los tres estados en que pueden hallarse las almas santas: el primero, unidas al cuerpo corruptible; el segundo, separadas de él; y el tercero, unidas al cuerpo ya glorificado: el primer estado es el de lucha; el segundo, de descanso; el tercero, de una bienaventuranza consumada.

¡Oh alma ennoblecida con la imágen de Dios, condecorada con su semejanza, desposada con él por la fe, redimida con su sangre, destinada á vivir con los ángeles y capaz de una eterna bienaventuranza! ¿qué tienes que ver con tu carne, que es lo que hay de más inmundo?



*Opinio immortalitatis animæ fundamentum religionis et honestatis; quam quis non credit, tollit spem ulterius vitæ, et nihil restat nisi prostitutio virtutum.* Guill. Paris. lib. de immortal. animæ.

La sentencia de la inmortalidad del alma es la base de la religion y de la moral; porque el que no la cree, al perder la esperanza de otra vida mejor, solo puede presenciar la prostitucion y ruina de toda virtud.

---

# VERDAD.

## (AMOR Y TEMOR DE LA)

*Veritatem requiret Dominus.*
El Señor inquirirá la verdad.
(PSALM. XXX, 24.)

No hay cosa alguna en que los movimientos de nuestro corazon sean más equívocos, y en que el hombre parezca más contrario á sí mismo, que cuando se trata de la verdad. Él la ama y la aborrece; la busca y la huye; se regocija con ella, y por ella se aflige algunas veces; consiente con gusto en lo que le dicta, y otras las resiste con obstinacion; en muchas ocasiones triunfa por que la ha conocido, y en otras quisiera desterrarla para siempre de su espíritu; finalmente, el dejarse vencer de la verdad lo tiene á mucha honra y gloria suya muchas veces, pero en algunas ocasiones halla en eso mismo su mayor tormento. ¿Qué cosa hay, pues, que en la apariencia se acerque más á la contradiccion que estos impulsos y sentimientos, y esta conducta tan opuesta? Para concordar todo esto, distingo dos especies de verdades, que se dirigen á nosotros, y en cuyo uso consiste toda la perfeccion, ó todo el desórden de nuestra vida. Hay una verdad que nos reprende, y hay una verdad que nos lisonjea: la primera nos manifiesta lo que tenemos de defectuosos y viciosos; y la segunda nos representa lo que tenemos, ó lo que creemos tener de laudable y bueno. Esto supuesto, intento haceros ver que es fácil concordar estas contrariedades que, segun parece, dividen el corazon del hombre en

lo que toca á la verdad; porque bien mirado, si la amamos, es porque nos reprende. Estos dos desórdenes quiero hoy combatir y destruir, y ved lo que digo en dos palabras; que de todas las verdades, *la que debemos principalmente amar, es la que nos reprende*; esta es la primera parte; y la *verdad que debemos temer más, es la que nos lisonjea*; esta es la segunda parte. Este asunto dará motivo á reflexiones útiles. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No hay verdad alguna que debamos amar más que la que nos reprende. Las razones que á esto mueven son evidentes; porque ¿qué cosa hay más ventajosa para nosotros que conocernos á nosotros mismos, comprender que hay una virtud soberana para corregirnos y perfeccionarnos, y conocer lo que comunmente se procura ocultarnos? Y sobre todo, ¿qué cosa nos es más ventajosa que conocer con efecto lo que es más difícil de saber, y de lo que no podemos intentar instruirnos sinó por medio del celo, no solo sencillo, sí que tambien generoso y muy conforme á nuestro bien? La verdad que nos reprende tiene en sí todas estas cualidades, como voy á hacéroslo ver con la mayor claridad. Primeramente, ella hace que nos conozcamos á nosotros mismos, y sin ella no podríamos esperar el conocernos jamás. Despues de conocer á Dios, no hay cosa que más debamos desear que el conocimiento de nosotros mismos; y aún S. Agustin dudaba, si nos era más necesario conocernos á nosotros mismos que conocer á Dios; porque, hablando con propiedad, estos dos conocimientos, principalmente en el órden de la gracia y de la salvacion, no pueden estar separados, y el uno depende esencialmente del otro. Ninguno puede conocerse, si no ama la verdad que le reprende. Poned en esto toda vuestra atencion; yo no puedo conocerme si no amo la verdad que me reprende, porque debo estar persuadido de que por más cuidado que ponga en arreglar mi vida y mi conducta, y por más bueno y justo que sea el testimonio que yo me dé en este asunto, tengo todavía mil flaquezas y mil desórdenes que no advierto, pero que los demás saben muy bien observar. Aunque me ocupara sin cesar en arreglar mis acciones y en examinar mi conducta, nunca tendria las luces necesarias ni el preciso conocimiento para descubrir todas las flaquezas y todos los desórdenes que tengo; porque mi amor propio, que es como un espeso velo, me ocultaria siempre mucha parte, y me impediria el hacerme justicia exacta en todo lo demás. Es forzoso, pues, ó que renuncie enteramente el conocerme, ó que supla con los conocimientos que otros tienen de mí los que á mí me faltan; y como hay en mí un gran número de verdades que



me fortalecen y son capaces de humillarme, es preciso que apruebe el que me digan estas verdades otros, pues que yo no tengo el conocimiento que debo para decírmelas á mí mismo.

Si la verdad que nos reprende es necesaria para conocernos, es tambien eficaz para corregirnos. Las otras verdades nos instruyen, nos mueven y nos convencen, pero no nos mudan; mas ésta, sin instruccion, sin convencimiento y sin discurso, ó diciéndolo mejor, por el discurso más fuerte, por el convencimiento más eficaz, y por la instruccion más breve y más fácil, tiene poder para convertirnos; porque haciéndonos entrar en nosotros mismos por el conocimiento que nos dá, nos obliga á salir del error por la penitencia. Estos son dos movimientos y dos defectos que produce en nosotros por una consecuencia casi natural, y que hacen toda la perfeccion del hombre, porque en lugar de que la buena opinion y juicio que teníamos de nosotros mismos nos echaba á perder, y nos hacia superiores á nuestra flaqueza, por vanidad ó por ligereza; esta verdad enfadosa que nos reprende, nos llama dentro de nosotros mismos, nos recoge en nuestro interior, y nos hace poner alguna reflexion en nuestra vida, de cuyo conocimiento es casi imposible podernos separar; y como en virtud de este conocimiento no vemos en nosotros cosa que no sea imperfecta y capaz de humillarnos, no pudiendo en este estado sufrirnos á nosotros mismos, ni permanecer así, hacemos un esfuerzo para elevarnos y hacernos superiores á nosotros mismos, que es el verdadero movimiento y efecto de la penitencia; y esto es lo que nos sucede aunque seamos poco fieles, y no correspondamos, como es justo, á la gracia de Dios. Una verdad, dicha á tiempo, basta, en ciertas circunstancias, para arrancar de nuestro corazon una envejecida y viciosa costumbre y una pasion. Años enteros de reflexion no habian conseguido nada en este punto, y todos los demás medios habian sido inútiles é ineficaces á este fin; pero este consejo y aviso dado en tal tiempo, con discrecion y prudencia, es el golpe saludable que nos sana.

El asunto importante y lo que nos conviene, es hallar un hombre discreto, constante y verdadero amigo, que nos descubra esta verdad; esto es tan difícil y raro, que Salomon lo considera como un tesoro; pero esto mismo es precisamente la tercera razon que nos obliga á buscar la verdad, y lo que debe hacérnosla más preciosa y estimable; porque el conocimiento de ella es el que se procura con más esfuerzo quitarnos. Vosotros sabeis que la gran máxima, ó por mejor decir, el grande abuso de la ciencia del mundo, es; ocultarnos las verdades desagradables, principalmente á aquellos á quienes se-

ria útil é importante el conocerlas; porque para instruir á aquellos que no tienen necesidad de saberlas, y que deberian enteramente ignorarlas, el mundo en todos tiempos se ha tomado demasiada licencia y libertad; pues aunque dicen lo que es menester decir, no lo dicen á quien es necesário decirlo. Lo dicen con imprudencia, por murmuracion y por venganza, donde no es menester decirlo; y no lo dicen por obligacion y por conciencia donde era preciso; y al mismo tiempo que faltan á la caridad y su conciencia, esparciendo y publicando por todas partes una verdad odiosa, se fingen una falsa caridad, y se forman un engañoso escrúpulo y aparente obligacion de ocultar esta verdad, que ofende á aquel á quien personalmente le interesa, y á quien solo podia aprovecharse de ella.

Por esto Dios encargaba tanto á sus profetas, que se explicasen con una santa libertad cuando se trataba de reprender los vicios. Habla, le decia á Isaías, levanta la voz, y hazla resonar como una trompeta, cuyo sonido penetre hasta lo más interior de los corazones: *Clama, nè cesses, quasi tuba exalta vocem tuam* (Isai. lviii, 1). En lugar de predicar á mi pueblo verdades curiosas, verdades sutiles y agradables, cíñete solo á predicarles verdades que los confundan; hazles presentes sus iniquidades, y repréndeles todos sus escándalos y delitos: *Et anuntia populo meo scelera corum, et domui Jacob peccata eorum* (Isai, lii, 1) Por esto S. Pablo exhortaba á su discípulo Timoteo, á que amenazara, á que reprendiera y á que fulminara anatemas ántes que consolara á los fieles: y esto, que lo ejecutara sin el temor de hacerse importuno, y sin temer porque lo tuviesen á mal: *Argue, increpa, oportunè, importunè* (Timoth, iv). Los predicadores del Evangelio tienen una obligacion estrecha y precisa de decir la verdad: porque de ellos solos puede ésta esperar un testimonio fiel y constante; y todos debemos estar dispuestos á respetarla y venerarla, bien que ofenda nuestro amor propio.

Así se portó aquel desgraciado rey de Babilonia, á quién, como dice la Escritura, habló Daniel con la libertad de profeta, y le manifestó á un tiempo tres asombrosas y sensibles verdades: la primera, que habia sido puesto en peso y en balanza, y que habiendo pesado más sus delitos que sus virtudes, fué reprobado en el juicio de Dios. La segunda, que su reino seria dividido entre los persas y los medos. Y la tercera, que aquella misma noche habia de morir. No hubo persona que no temblase oyendo la libertad y energía de este discurso; todos creyeron que Daniel se habia buscado su ruina y perdicion, y no dudaron que Baltasar le sacrificase y quitase la vida al primer impulso de su cólera; pero este príncipe, que tenia



una alma grande, y que hasta en los reveses más sensibles de la fortuna habia conservado toda la moderacion de su espíritu, discurrió y pensó de un modo muy diverso; abrazó á Daniel y le llenó de favores, mandó en el momento que le vistiesen de púrpura, que le pusiesen un collar de oro, y que todo el pueblo le respetara y obedeciera, porque creyó que un hombre que era capaz de decir con generosidad y valor semejantes verdades á un príncipe, guardándole el debido respeto, y olvidando su propio interés por cumplir y desempeñar una accion tan heróica, era acreedor á toda especie de honores, merecia las mayores distinciones, y nunca podia ser premiado y elevado como era justo. Pero ¿cómo tratamos nosotros á esta verdad? ¡Ah! permitidme hacer aquí una comparacion entre nosotros y este infiel rey, y oponer su ejemplo á nuestra conducta. Bien léjos de amar esta verdad, la aborrecemos y la huimos; y cuando se nos ofrece á la vista, á pesar nuestro, nos irritamos y nos enfurecemos contra ella, teniendo por nuestros enemigos á los que nos la ponen presente, como si nos injuriaran. De aquí nacen las desazones y rencores, de aquí los ódios y las oposiciones, y de aquí tienen orígen las enemistades y las desavenencias. ¿Cuántas amistades se han visto quebrar, cuántas comunicaciones se han roto, y cuántas guerras se han declarado por habernos dicho una verdad? Pero lo que aún es más extraño, es que aborrezcamos esta verdad por la misma razon que nos la debia hacer más amable: quiero decir, porque es verdad; pues si lo que nos reprende fuera ménos cierto, no nos ofenderíamos por ello, ni nos incomodaria tanto. Amados oyentes, abramos los ojos para conocer la verdad. Amémosla cuando nos reprende, y desconfiemos de ella y temámosla cuando nos lisonjea, que es lo que voy á demostraros en la segunda parte.

2. Si nosotros tuviéramos el espíritu tan recto, y el corazon tan firme y arreglado como se debe desear por el interés de nuestra propia perfeccion, no nos hallaríamos reducidos á la infeliz necesidad de temer, no solo los errores del siglo, sinó aún la verdad, cuando no nos es agradable y ventajosa: pues la vanidad que en nosotros se registra, nos la hace perjudicial, y por una extraña corrupcion forma de nuestro propio bien la causa y materia de nuestro mal. Solo es propio de Dios (si me es permitido hablar de este modo) poder ser alabado con seguridad y sin que corra algun riesgo. Dios se alaba eternamente á sí mismo, y sin cesar está á todo momento oyendo la voz de sus criaturas que le dicen, que es grande, que es justo, que es admirable en sus consejos, y que él solo es digno de ser amado. Él recibe el testimonio que le dan de estas verdades sin perjuicio de su

infinita santidad; porque siendo en sí mismo la santidad y verdad por esencia, la verdad que en sí tiene no puede jamás alterar ni pervertir su santidad. Pero en nosotros sucede muy de otro modo; pues como no tenemos mérito alguno seguro, nuestras virtudes, aún las más sólidas y mejor fundadas, miéntras participan de nuestra nada, tienen todas un carácter de instabilidad que aún la gracia no destruye. Si reflexionamos bien las cosas, deberemos preservarnos de la verdad que nos lisonjea como de un escollo, porque nos engaña y nos pervierte.

¿Qué son por la mayor parte los elogios, segun el estilo del mundo? Vosotros sabeis muy bien, que están reducidos á unas mentiras corteses, á unas exageraciones urbanas, á unas expresiones que nacen de una aparente estimacion; no porque la razon así lo mande, ni porque el corazon á ello obligue; ántes, por lo regular, son falsedades disfrazadas y encubiertas con el velo de la cortesía. Son unos términos expresivos y de honor, que nada significan. Son imposturas con que comercian los hombres entre sí y alimentan su vanidad. Las llamo *imposturas* autorizadas, ó por una falsa política, ó por un vil interés y culpable complacencia. Se dice de nosotros lo que deberíamos ser, pero no lo que somos; y nosotros, por una lamentable facilidad, para caer en el lazo que se nos prepara, creemos en efecto ser del modo mismo que la adulacion nos supone y nos representa. Se hacen retratos de nuestras personas, en los cuales todo nos agrada, y nos parece que son muy naturales. Se nos dan elogios, que no son sinó cumplimientos y apariencias, y los juzgamos realidades. Se alaban hasta nuestros vicios y pasiones, y no dudamos despues reputarlas como virtudes. De aquí nace, que todos los dias vemos hombres naturalmente modestos, y que serian humildes si se conocieran; pero lisonjeados con este vano incienso que les tributan, juzgan tener ya un gran mérito, cuando en la realidad no le tienen; dan gracias á Dios por mil beneficios que Dios no ha querido comunicarles; reconocen en sí talentos que no han recibido; se atribuyen el feliz éxito en muchos asuntos que no han tenido parte, y se felicitan y complacen en su interior secretamente de aquello mismo por lo que en público se les desprecia. Estas son las consecuencias regulares de esta viciosa inclinacion que nos arrastra á amar y buscar la verdad que nos lisonjea y adula.

Pero, supongamos que la verdad que nos lisonjea sea tal como nosotros la creemos; desde el momento que nos lisonjea y adula, aunque no nos engañe, sostengo que nos pervierte por dos modos bien diversos. El primero, porque nos inspira un secreto orgullo, que destruye delante de Dios todo el mérito de esta verdad; y el segundo, porque disminuye en nosotros el celo de nuestra perfeccion, que si se hubiera conservado como era justo, hubiera producido en nosotros más ventajas que las que nos dimanan de esta verdad. ¡Ah, amados oyentes mios! mucho siento que el tiempo me sea corto para manifestaros este punto de moral. Yo convengo en que sea cierto que esta verdad os es gloriosa y ventajosa; pero por útil y gloriosa que sea, desde que deseais oirla, es una verdad que os envanece, que os llena de orgullo, que os hace superiores á vosotros mismos y soberbios para con los demás, y, finalmente, os hace olvidar á Dios. ¿No hubiera sido más digno de desearse, que en un todo la hubieseis ignorado, y que para vosotros hubiera estado sepultada en el silencio y la oscuridad? ¿Cuántos espíritus se han infestado por el conocimiento de sus propios méritos? ¿Cuántos, dedicados á los ejercicios de piedad y devocion, y cuántas almas puras é ilustradas, han sido corrompidas por la reflexion que se les ha hecho hacer en las mercedes y gracias de que Dios las llenaba?



Pero aún no es esto todo; esta verdad que nos lisonjea, disminuye en nosotros el celo de nuestra perfeccion; porque siendo difícil de practicarla, y consistiendo su principal ejercicio en hacer cadia nuevos progresos, en esforzarse para conseguirlos, y en vencerse á sí mismo, por grande que sea el deseo que tengamos de adquirirla, en ello trabajamos con fatiga y dificultad; y si pudiéramos dispensarnos de ello con estimacion y honor, seria éste el favorable partido que abrazaríamos con alegría. A esto nos conducen y llevan infaliblemente las alabanzas de los hombres, por justas y legítimas que sean; pues escuchándolas contínuamente, nos hacen al fin creer, que estamos ya en un elevado grado de santidad, y desde entónces nos empezamos á entibiar y aflojamos; siendo así que S. Pablo decia á los filipenses: No permita Dios que yo crea que soy ya perfecto, no, hermanos mios: aún estoy muy distante del término á que aspiro; pero camino siempre, procurando llegar á donde el Señor me ha predestinado; y á este fin, olvidando lo que ya dejo pasado, y aspirando por conseguir lo que me falta, corro incesantemente hácia el fin de la carrera para ganar el premio y merecer la corona á que Dios me llama. (Philip. iii, 13 et 14). En lugar de hacer lo que S. Pablo, nosotros, por una conducta enteramente opuesta, miramos en nosotros con complaciencia la poca bondad que hemos adquirido, y nos olvidamos de la que nos falta que conseguir. De aquí dimana, que un adulador y lisonjero es más digno de temerse que un enemigo. De aquí procedia, que David miraba como ultrajes é injurias los elogios que

recibia de la boca de los aduladores: *Et qui laudabant me, adversum me jurabant* (PSALM. CI, 9).

Amemos pues la verdad que nos reprende, y desconfiemos de la que nos halaga y nos lisonjea. Olvidemos la bondad que en nosotros puede haber, y nunca apartemos la vista de nuestros defectos. Las buenas obras nos santifican, y las malas nos corrompen; pero, por un efecto del todo contrario, la memoria de las buenas obras nos pervierte, y nada es más propio para santificarnos que el recuerdo de nuestros pecados: como si Dios, por una providencia particular, hubiera querido dar al pecador el consuelo de que pudiera hacer con la memoria de su culpa el remedio de su pecado; y como si al mismo tiempo hubiera querido dar al justo un contrapeso de su santidad, haciéndole encontrar en sus mismas buenas obras el motivo de la más peligrosa tentacion. Miremos á los que nos aplauden como á gentes contagiosas; y si es posible, sea verdad decir de cada uno de nosotros lo que decia S. Ambrosio de Teodosio: Yo he respetado y amado á este hombre, porque siendo superior á todos los demás, ha estimado más á uno que le censura, que á otro que lo elogia. Pues los aplausos lisonjeros del que nos abona, llevan siempre consigo un mortal veneno; y las sábias y cristianas reprensiones de un censor, de un confesor, de un predicador, ó de un amigo, nos apartarán de nuestros desórdenes, nos harán volver á tomar el camino por donde debemos ir y del que nos hemos extraviado, nos conducirán al puerto de salvacion, y nos harán llegar á la feliz eternidad, que os deseo.

VERGUENZA *(Sobre callar por vergüenza los pecados en la Confesion)*; véase: CONFESION.

VERGUENZA; véase: PUDOR.

VESTIDOS; véase: TRAJES.

VIA-CRUCIS; véase: CAMINO DE LA CRUZ.

VIÁTICO; véase: SACRAMENTOS (*Ultimos*).

---

# VICIO Y VIRTUD.

*Pietas ad omina utilis est, promisionem habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ.*

La virtud sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente, y de la futura.

(I. TIM. IV, 8.)

Llevado en alas de la imaginacion á elevadas regiones, y contemplando desde allí la vasta escena del mundo, veo ¡oh extraño espectáculo! por un lado, un horrendo mónstruo instalado en un verjel amenísimo; y por otro lado, una hermosa matrona relegada á la oscuridad de un fúnebre bosque; aquél vestido de oro y púrpura; ésta cubierta de miserables andrajos; el uno lozano y arrogante; la otra escuálida y macilenta; ámbos hablando en altas voces, pero cada uno en diverso tono, pues miéntras aquél entona alegres cantos, ésta profiere amargas quejas y dolorosos lamentos.—«Yo, dice el mónstruo, he nacido para gozar; la dicha y la alegría son mi patrimonio: nado en la abundancia, corro de placer en placer, de satisfaccion en satisfaccion; la naturaleza toda me sonrie y me prodiga sus dones; mi vida es una contínua série de prosperidades.»—«Yo, exclama la hermosa matrona, yo he nacido para padecer. Ando por un desierto cubierto de espinas y abrojos; como el pan de la tribulacion, y apago mi sed con las lágrimas. La tristeza, el dolor y la afliccion, me asedian por todas partes. Sigo fatigosamente el camino de la vida, el cual, á medida que voy adelantando, se me vuelve más árduo y escabroso: mas, á pesar de esto, amo los trabajos y me consuela la afliccion.» Y aquí el mónstruo y la matrona ponderan á porfía la excelencia de los objetos de su amor; ésta, alabando el cielo y aquél la tierra; la una, ensalzando la santidad de Dios; y el otro encareciendo los atractivos del pecado. ¡Ay de mí! ¿cuál de los dos en tan empeñada contienda obtendrá la palma del vencimiento? ¿Será siempre la felicidad patrimonio del malvado? ¿No obtendrá nunca el justo recompensa alguna por el bien que hizo y las penas que padeció? ¿Dónde está la sabiduría que gobierna el universo? Mi fe vacila cuando contemplo el triunfo de los malos; y al ver la triste suerte de

recibia de la boca de los aduladores: *Et qui laudabant me, adversum me jurabant* (PSALM. CI, 9).

Amemos pues la verdad que nos reprende, y desconfiemos de la que nos halaga y nos lisonjea. Olvidemos la bondad que en nosotros puede haber, y nunca apartemos la vista de nuestros defectos. Las buenas obras nos santifican, y las malas nos corrompen; pero, por un efecto del todo contrario, la memoria de las buenas obras nos pervierte, y nada es más propio para santificarnos que el recuerdo de nuestros pecados: como si Dios, por una providencia particular, hubiera querido dar al pecador el consuelo de que pudiera hacer con la memoria de su culpa el remedio de su pecado; y como si al mismo tiempo hubiera querido dar al justo un contrapeso de su santidad, haciéndole encontrar en sus mismas buenas obras el motivo de la más peligrosa tentacion. Miremos á los que nos aplauden como á gentes contagiosas; y si es posible, sea verdad decir de cada uno de nosotros lo que decia S. Ambrosio de Teodosio: Yo he respetado y amado á este hombre, porque siendo superior á todos los demás, ha estimado más á uno que le censura, que á otro que lo elogia. Pues los aplausos lisonjeros del que nos abona, llevan siempre consigo un mortal veneno; y las sábias y cristianas reprensiones de un censor, de un confesor, de un predicador, ó de un amigo, nos apartarán de nuestros desórdenes, nos harán volver á tomar el camino por donde debemos ir y del que nos hemos extraviado, nos conducirán al puerto de salvacion, y nos harán llegar á la feliz eternidad, que os deseo.

VERGUENZA *(Sobre callar por vergüenza los pecados en la Confesion)*; véase: CONFESION.

VERGUENZA; véase: PUDOR.

VESTIDOS; véase: TRAJES.

VIA-CRUCIS; véase: CAMINO DE LA CRUZ.

VIÁTICO; véase: SACRAMENTOS (*Ultimos*).

---

# VICIO Y VIRTUD.

*Pietas ad omina utilis est, promisionem habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ.*

La virtud sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente, y de la futura.

(I. TIM. IV, 8.)

Llevado en alas de la imaginacion á elevadas regiones, y contemplando desde allí la vasta escena del mundo, veo ¡oh extraño espectáculo! por un lado, un horrendo mónstruo instalado en un verjel amenísimo; y por otro lado, una hermosa matrona relegada á la oscuridad de un fúnebre bosque; aquél vestido de oro y púrpura; ésta cubierta de miserables andrajos; el uno lozano y arrogante; la otra escuálida y macilenta; ámbos hablando en altas voces, pero cada uno en diverso tono, pues miéntras aquél entona alegres cantos, ésta profiere amargas quejas y dolorosos lamentos.—«Yo, dice el mónstruo, he nacido para gozar; la dicha y la alegría son mi patrimonio: nado en la abundancia, corro de placer en placer, de satisfaccion en satisfaccion; la naturaleza toda me sonrie y me prodiga sus dones; mi vida es una contínua série de prosperidades.»—«Yo, exclama la hermosa matrona, yo he nacido para padecer. Ando por un desierto cubierto de espinas y abrojos; como el pan de la tribulacion, y apago mi sed con las lágrimas. La tristeza, el dolor y la afliccion, me asedian por todas partes. Sigo fatigosamente el camino de la vida, el cual, á medida que voy adelantando, se me vuelve más árduo y escabroso: mas, á pesar de esto, amo los trabajos y me consuela la afliccion.» Y aquí el mónstruo y la matrona ponderan á porfía la excelencia de los objetos de su amor; ésta, alabando el cielo y aquél la tierra; la una, ensalzando la santidad de Dios; y el otro encareciendo los atractivos del pecado. ¡Ay de mí! ¿cuál de los dos en tan empeñada contienda obtendrá la palma del vencimiento? ¿Será siempre la felicidad patrimonio del malvado? ¿No obtendrá nunca el justo recompensa alguna por el bien que hizo y las penas que padeció? ¿Dónde está la sabiduría que gobierna el universo? Mi fe vacila cuando contemplo el triunfo de los malos; y al ver la triste suerte de

los buenos, estoy para volver con enojo los ojos al cielo... Pero yo deliro; una fatal preocupacion oscurece y arrastra mi osado entendimiento. Caiga de una vez el túpido velo que oculta la verdad de las cosas á los hijos de Adan. Oiganme todos, buenos y malos, que yo, para consuelo de los unos y confusion de los otros, voy á demostrar: «Que Dios, siendo, como es, justo y equitativo, no puede permitir que el hombre vicioso obtenga buenos frutos de sus vicios: primer punto. Ni puede permitir tampoco, que el hombre virtuoso sea víctima de sus propias virtudes: segundo punto.» Es decir, que el malo acabará mal; que el pecado no puede hacer nuestra felicidad; y que solo la virtud puede labrar nuestra dicha aún en la vida presente. Paso á la demostracion de las dos enunciadas verdades; pero ántes pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Siendo Dios, como es, justo y equitativo, no es posible que el hombre vicioso obtenga buenos frutos de sus vicios. Dios abomina el vicio: Dios es el autor y dispensador de todo bien: luego, no puede permitir que el hombre vicioso obtenga buenos frutos de sus vicios. Sí, hermanos mios; Dios es perfectísimo, indefectible, santo é inmutablemente concorde con sus divinos atributos: pero el vicio pugna abiertamente con Dios y con sus atributos divinos; de consiguiente, Dios aborrece el vicio tanto como se ama á sí mismo. Dios se ama á sí mismo infinitamente; luego es indudable que Dios abomina infinitamente el vicio y al hombre vicioso: *Pariter odio sunt Deo impius, et impietas ejus.* Esto supuesto; ¿podreis creer, oyentes mios, que este Dios justo y equitativo, que tanto aborrece el vicio, quiera otorgar sus dones al hombre vicioso? No; porque el amor y el ódio son dos cosas tan opuestas como el bien y el mal; y así como es imposible que el mal produzca el bien, eslo igualmente que el ódio engendre el amor.

Si alguno de nosotros pone en duda estas verdades, abra los sagrados libros, registre los anales del mundo, consulte á su propia experiencia, y verá si el hombre inícuo edifica sobre bases sólidas. Dios ha dispuesto, que cuanto procede del pecado, entre por una puerta y salga por otras dos puertas, dice el Sábio, Y luego añade: Por astuto que sea el inícuo, al fin cae envuelto en sus propias redes; y si se eleva en brazos de la fortuna, es para caer al abismo con mayor estrépito. Oid ahora con qué enérgicas frases pinta el Salmista la ruina de los impíos: Ví al impío elevado hasta encima de los cedros del Líbano, y cuando pasé por allí ya no ví el menor vestigio de él. El semblante de Dios está inmóvil sobre los malos, para borrar finalmente de la tierra hasta su memoria. Se dispersarán como el humo arrastrado por el viento, y serán destruidos y pisados como el fango de las plazas. Ni siquiera verán ellos su propia desdicha; mas sus hijos, y los hijos de sus hijos, hasta la última generacion, experimentarán los efectos de la iniquidad de sus padres. Quebranta, Señor, el brazo del maligno pecador, y haz que caiga su malicia sobre su propia cabeza; y al ver el tremendo castigo de los impíos, los justos, vueltos en sí, exclamen á una voz: ¡Ved aquí á qué ha venido á parar aquel hombre que no esperó en el Señor! ¡Desgraciado del que pone su esperanza en la impiedad! ¿Puede Dios, oyentes mios, revelarnos más claramente su ódio para con los impíos? ¿puede manifestarnos con más evidencia su triste suerte y el fin tremendo que les espera?



Y cuenta que no son vanas las amenazas de Dios ni se lleva el viento sus palabras. ¡Oh hombres ciegos y perversos, que os atreveis á provocar las iras del Altísimo! tended conmigo la vista por la ancha faz del mundo. ¿Visteis alguna vez el pavoroso espectáculo que ofrece la naturaleza agitada por récia tempestad? Densas y opacas nubes, empujadas por el aquilon, cubren la bóveda celeste; una pavorosa oscuridad sucede á la luz del dia; retumban los espacios, rásgase el cielo, el fuego, el agua y el granizo caen á torrentes sobre la tierra: las aves y los ganados huyen espantados buscando un refugio contra el furor de los elementos; brama el viento, ruje el mar, trónchanse los centenarios robles, tiemblan los robustos montes, arruínanse los templos y los palacios; los campos, los prados y las selvas se convierten en una vasta soledad. Tal es el fiel retrato de los males que afligen al hombre cuando colma la medida de la misericordia divina. El hambre y las enfermedades diezman los pueblos; el hierro y el fuego devastan los campos y arruinan las ciudades; el llanto, la desolacion y la muerte se extienden por todas partes; tiembla y cuartéase la tierra, rompe el mar sus firmes vallas, ábrense las cataratas del cielo; el mundo todo parece amenazado de un próximo desquiciamiento. Levántase el Dios vengador, y todo cae al impulso de su potente brazo. Caen los soberbios gigantes bajo un diluvio de agua; cae la infame Pentápolis bajo un diluvio de fuego; caen los pérfidos egipcios bajo una multitud de plagas asoladoras; caen los rebeldes israelitas bajo el rigor de un cruel abandono; caen las más arrogantes tribus bajo el peso de inmensos desastres. Babel, un dia tan poderosa, no es más que un vasto erial; Nínive, ántes tan magnífica, vése convertida en un monton de ruinas; Menfis, la célebre Menfis, apenas ofrece vestigios de su existencia; Roma, Cartago, Esparta,

Atenas, Corinto y otras muchas ciudades famosas en otro tiempo, ó han desaparecido enteramente, ó no conservan mas que una sombra de su primitiva grandeza. ¿Qué se ha hecho el poder de los caldeos? lo destruyeron los persas; ¿y la pujanza de los persas? la aniquilaron los macedonios; ¿y el valor de los macedonios? lo quebrantaron los romanos; ¿y la altivez de los romanos? la humillaron sucesivamente los godos, los hérulos, los vándalos, los árabes y los turcos. Sesostris avasalló á los indios, Ciro á los asirios, Alejandro á los persas, Pompeyo á los armenios, César á los galos, y otros á otras poderosas naciones. Aquí llevó la guerra Kaled, allí Timur Tak, aquí y allí, Atila, Ezio, Belisario y Narsetes, penetraron con sus terribles huestes, llevando en pos de sí el hambre, la peste y la desolacion. Los campos se convierten en vastos cementerios, las ciudades erigen monumentos en memoria de los grandes desastres de la humanidad, los pueblos fundan su gloria en sus actos de violencia y tiranía, el mundo, en fin, no es más que un teatro de sangrientas escenas y de horrendas iniquidades: *Lugebit terra, et infirmabitur omnis, qui habitat in ea.*

Al contemplar este inmenso cúmulo de males, reflexiono, y digo: ¿Hay acaso un Dios maléfico? ¿Hay una Providencia que vele sobre nosotros? ¿Ha nacido el hombre para el mal?.... *Quare, quare ergo tot mala nos undique premunt?* Para responder á estas preguntas, el fatalista, el filósofo despreocupado, estudian las causas, analizan los efectos, forman teorías basadas en la influencia de los astros, en la combinacion de los movimientos, en las necesidades de la naturaleza, en los caprichos de la casualidad... ¡Vanos esfuerzos! ¡inútiles investigaciones! ¿Quién es el señor de la naturaleza? ¿quién determina su curso? ¿quién la ordena y conserva sinó el Sér supremo? Pero este Sér supremo es justo, próvido, sábio é infinitamente perfecto: luego, no puede permitir mal ni desórden alguno sinó en justo castigo de nuestros pecados. Luego, si hay males y desgracias en el mundo, es por causa del pecado; si el mal es grande, es porque el pecado es tambien grande, y si leve, porque el pecado es leve; si unos hombres son más desgraciados que otros, es porque son más culpables; si á todos les alcanza la desgracia, es porque todos son pecadores; y si alguno estuviera exento de pecado, estaria tambien libre de toda pena. Dios no ha hecho la muerte, ni permite los males, ni me aflige con ellos, sinó por mi culpa y en justo castigo de mi perversidad.

Buscad, buscad el orígen de nuestros males, y vereis que todos ellos se derivan del pecado original ó actual. ¿Por qué somos infelices desde que nacemos? porque al nacer llevamos impreso el sello de la culpa. ¿Por qué razon Adan y Eva fueron arrojados del paraíso terrenal? Porque comieron del fruto prohibido. ¿Por qué huye azorado Cain? Porque ha quitado alevosamente la vida á su hermano Abel. ¿Por qué son muertos Onan y Her? Por haber cometido abominables torpezas. ¿Por qué pierde Sanson la vista? Por haber puesto sus lascivos ojos en Dálila. ¿Por qué se suicida Judas Iscariote? Porque vendió á su divino Maestro. ¿Por qué mueren desastrosamente Lutero, Arrio, y Socino? Por haber turbado la paz de la Iglesia. ¿Por qué acaban tan infelizmente los Agatocles, los Dionisios, los Nerones y los Calígulas? Por haber tiranizado el mundo. ¿Por qué tienen tan mal fin los traidores, los impíos, los codiciosos y los prevaricadores? Porque insultan al cielo y á la tierra con sus criminales excesos. No, no hay en el mundo una culpa que no tenga el merecido castigo. Peca el afeminado asiático, y es reducido á la esclavitud. Peca el feroz africano, y padece pobreza y desnudez. Peca el altivo hispano, y cae en una humilde postracion. Peca el robusto teuton, y pierde sus fuerzas enervado por el ocio. Peca el galo liviano, y es condenado á perpétua instabilidad. Peca el sagaz italiano, y experimenta todo el rigor del infortunio. Peca el mundo todo, y la peste, la guerra, el hambre, los incendios, las inundaciones y los más crueles azotes castigan su maldad: *Miseros facit populos peccatum. Propter peccata veniunt adversa.*



Sí; pero, entre tanto, me direis, los malos prosperan y sacan provecho de sus vicios, al paso que los buenos... ¿Los malos prosperan, decís, y sacan provecho de sus vicios? ¡Ah! ¡cuán equivocados estais! ¡Cuán falsa idea teneis de la verdadera felicidad! Los malos, oid bien lo que os digo, ó no prosperan, ó su prosperidad es aparente, ó si es real, no procede del vicio. He dicho que los malos no prosperan. En efecto ¿no habeis oido la relacion que acabo de haceros de los males y calamidades que les afligen y de la triste suerte que la divina justicia les depara? Levantan el brazo, y Dios se lo quebranta; urden tramas, y Dios las desbarata; alégranse por un momento, y su alegría se convierte en perpétuo llanto. Uno trata de enriquecerse á costa del prójimo, y el fisco le despoja de todos sus bienes; otro hace traicion á su soberano, y experimenta todo el rigor de la justicia humana; este mancha el tálamo ajeno, y muere de muerte violenta; aquel proyecta venganzas, usurpaciones, violencias, y en sus proyectos halla su propia ruina: á semejanza de los israelitas, que ansiosos de comer suculentos manjares, hizo Dios que muriesen con la carne en la boca. ¿Y todavía se pondera la dichosa

suerte de los malos? ¿Y no se quiere creer que el vicio es funesto, y tarde ó temprano acarrea la perdicion del vicioso?

Pero, concedamos que la suerte sonria alguna vez al inícuo, y las riquezas, los honores y placeres le brinden con sus goces. Y ¿qué vienen á ser en sustancia todos estos bienes? S. Jerónimo los compara con los falsos frutos de Sodoma. Crecen á orillas del Asfáltide una especie de manzanas que ofrecen al que las mira el más extraño espectáculo. Por fuera están pintadas de un hermoso color de rosa, y parecen tan sazonadas y sabrosas, que casi no puede resistirse al deseo de cogerlas; mas tan pronto como se pone la mano en ellas, se desvanece la ilusion, pues se ve que están llenas de una materia fangosa, desagradable á la vista y sumamente repugnante al paladar. Otro tanto sucede con los inícuos: por fuera parecen felices y contentos, por dentro están llenos de miseria y corrupcion: ayer causaban envidia; hoy inspiran compasion: hoy nadan en la abundancia, mañana se ven reducidos á la mayor pobreza: elévanse de repente á la cumbre del poder, y en un momento caen precipitados sobre el polvo de que salieron. Ni creais que gocen tranquilamente de los bienes que poseen. Muy al contrario; ¡qué de temores, qué de sobresaltos, qué de angustias les cuesta adquirirlos, conservarlos y disfrutarlos! Por otra parte, la codicia, el rencor, la envidia, y, sobre todo, el remordimiento, gusano roedor que sin cesar les devora, no les dejan sosegar un punto. La idea de un Dios vengador, que en vano procuran apartar de la mente, amarga todos sus goces y enturbia todas sus satisfacciones. Luego, la felicidad de los impíos no es más que aparente, y lo que á primera vista parece un bien, es para ellos un verdadero mal: *Non est pax impiis, dicit Dominus.*

No quiero decir, sin embargo, que alguna vez no sean verdaderamente dichosos; pero, sí digo, y repito, que en tal caso su dicha no procede de sus vicios, sinó de sus virtudes. En efecto, el hombre, por malo que sea, tiene siempre alguna cualidad buena. Será, por ejemplo, lujurioso, pero humano; avaro, pero devoto; soberbio, pero bondadoso; incrédulo, pero equitativo: tendrá otros muchos vicios; pero al lado de ellos aparecerá tambien alguna virtud moral. Ahora bien; esta virtud moral ha de tener su recompensa, porque bajo el gobierno de un Dios justísimo todo tiene su compensacion; pero, semejante recompensa no puede ser eterna, porque falta la fe ó la caridad en quien la merece: luego ha de ser finita, como finitos son los bienes terrenales que gozan los impíos. Por esta razon, dice S. Agustin, prosperó Roma; por esto los griegos y los macedonios llegaron á tan alto grado de esplendor; por esto los infieles, los herejes y los



más grandes pecadores son algunas veces más ó ménos dichosos; las virtudes que brillan en medio de sus vicios, les hacen acreedores á esta recompensa temporal. Luego, la felicidad de los malos no es la recompensa del mal sinó el premio del bien. Por esto los inícuos solo reportan males y desgracias de sus vicios, y la virtud, si alguna tienen, no les produce más que un bien efímero. De aquí es que cuanto más felices son en este mundo, más desgraciados deben considerarse, por cuanto tras una breve satisfaccion les aguarda una eternidad de tormentos. ¿Y todavía habrá quien llame dichosos á los malos, y piense llegar á la felicidad por la senda del pecado? Guardaos, hermanos mios, de incurrir en tan deplorable error. Dios aborrece el vicio, y lo castiga tarde ó temprano con penas tremendas; la religion, la razon y la experiencia de consuno nos prueban esta verdad: luego el vicioso no puede esperar del vicio bien alguno.

2. Segundo punto. Siendo Dios infinitamente justo, el virtuoso no tiene que temer mal alguno de su virtud. La virtud y el vicio son dos cosas opuestas, y por lo tanto opuestos han de ser sus resultados, de manera, que así como el vicio acarrea desgracias, la virtud ha de traer la dicha. Y así es en realidad, hermanos mios. Dios, equitativo y justo, ama tanto la virtud como aborrece el vicio: su aversion á éste es tanta, que lo colma de desgracias; luego, su amor á la virtud es tan grande, que la colma de felicidad. ¿Y podria ser de otra manera? ¿Seria posible que un Dios, eterno amador de la virtud, no la defendiese y amparase? ¿Seria posible que la dejase sucumbir en la adversidad? Si así fuese, no me contaria yo entre los partidarios de la virtud; no me cansaria en vano corriendo en pos de una ilusion engañosa; sinó que optando desde luego por el vicio, y abrazándole estrechamente, vén, le diria, y sé mi esperanza y mi consuelo. Tú no me abandonarás en medio de la desgracia, tú me darás felicidad, y, á lo ménos, bajo tu imperio, podré vivir seguro y sosegado. ¿De qué me servirá la virtud, si no cuento con la proteccion del cielo, y si en vez de hacerme dichoso ha de causar mi infelicidad? Síganla y cultívenla cuantos quieran, que yo prefiero contarme entre los sectarios del vicio... ¿Os horroriza este lenguaje, oyentes mios? ¿Son absurdas, impías y sacrílegas semejantes palabras? ¿Sí? Luego necesariamente hemos de reconocer y confesar que por lo mismo que Dios es bueno, sábio y justo, ha de amar, proteger y recompensar la virtud.

Ni se diga que Dios solo premia la virtud en la otra vida, y que por lo tanto, el hombre virtuoso ha de ser infeliz en la vida presente: porque si bien es verdad que la virtud tiene que luchar aquí bajo con muchas contrariedades, no puede decirse, sin embargo, que haga in-

felices á los que la abrazan. ¡Pues qué! ¿por ventura Dios solo es justo en la vida futura? ¿Acaso no ama la virtud en la vida presente? ¿No le promete recompensa alguna hasta despues de la muerte, y la deja entre tanto abandonada y expuesta á sucumbir bajo el peso de la adversidad y del dolor? No, hermanos mios. Tenga en buen hora la virtud su digno y merecido premio en la eternidad; pero no es justo que ahora sea víctima de sus propios méritos y reporte mal del bien.

No ignoro que la virtud está sujeta á duras pruebas y expuesta á sufrir los rigores de la adversidad; pero esto no puede llamarse ni es verdadero mal. ¿Es por ventura verdadero mal lo que conduce al bien, ó puede llamarse nocivo lo que dá salud? El enfermo, el artesano, el soldado, ¿podrán llamar con razon homicida al hierro que cura sus llagas, ó cruel al maestro ó al capitan que les acostumbra á la fatiga, sabiendo que con esto se procura su mayor bien? Ahora, pues, Dios prueba la virtud al solo objeto de aquilatarla y ensalzarla. Tienta la fé de Abrahan con el sacrificio de Isaac, para probar su obediencia y hacerlo padre de un gran pueblo. Tienta la pobreza de Tobías con la ceguera, para probar su probidad, y para restituirle en seguida la vista, dándole juntamente con ella riquezas y felicidad. Tienta la paciencia de Job con toda suerte de adversidades, para probar su constancia y duplicar sus perdidos bienes. ¿Y todavía habrá quien llame castigo á lo que es un verdadero favor del cielo, y considere como un mal lo que conduce al bien?

Por lo demás, hermanos mios, para no dejarse alucinar por las ampulosas declamaciones de los que tanto ponderan las penas y desgracias del justo, conviene advertir que los males son de dos especies, unos naturales y otros accidentales. Los primeros son comunes á todo el género humano; los segundos afectan tan solo á algunos de sus individuos: aquéllos son insuperables, éstos pueden superarse, porque los unos nos son innatos, y los otros nos sobrevienen accidentalmente. Por lo que toca á los males naturales, todos los hombres, buenos y malos, los padecen del mismo modo, pues el frio y el calor, el hambre, las enfermedades, la muerte y otras miserias semejantes, alcanzan igualmente á todos. Ni podia ser de otra suerte, porque siendo todos reos de un mismo delito, justo es que suframos todos la misma pena. Si Adan con su pecado no nos hubiese hecho culpables, Dios hubiera sujetado las causas de nuestra corrupcion; mas habiendo pecado Adan, y habiéndonos trasmitido una naturaleza viciada, rebelde y abominable á los ojos de Dios, ningun derecho tenemos á la munificencia divina, y por lo tanto puede Dios dejarnos sujetos á los males propios de nuestra corrompida naturaleza; tanto más, cuanto que la



exencion de todo mal otorgada al hombre en el estado de inocencia, no era una condicion natural, sinó un don enteramente gratuito. Esto supuesto; ¿qué tiene de extraño que seamos todos castigados con igual rigor, siendo como somos, todos igualmente culpables? Léjos de admirarnos de esto, deberíamos extrañar que sucediese lo contrario.

En cuanto á los males accidentales, como son la opresion, la infamia, la calumnia, las persecuciones, etc., éstos, ó no los padece el justo, ó si los padece es porque su virtud es impura. Digo, en primer lugar, que su virtud es impura Con efecto ¡cuántas veces la superstición quita el mérito á la piedad! ¡cuántas veces la soberbia vicia la fortaleza! ¡cuántas veces la vanagloria empaña el brillo de la caridad! ¡Qué de buenas y santas obras dejan de ser meritorias por ir mezcladas con el fango de los afectos ó respetos humanos! Ahora bien; Dios, como hemos dicho, si por una parte ama la virtud, por otra parte aborrece el vicio; ¿qué hace pues, cuando los vé á entrambos reunidos en una misma persona? Así como el artífice, para purificar un metal, lo pone al fuego, lo hiere con el martillo, y lo vuelve y lo revuelve hasta que separada toda la escoria, queda puro y brillante; así tambien Dios envia desgracias, penas y tribulaciones á los buenos para purgar sus vicios y aquilatar sus virtudes. Envia á David la guerra, la peste, el hambre, para castigar los pecados á que le arrastró su liviandad; hace que Moisés, Oza y la mujer de Lot mueran repentinamente, para castigar la desconfianza, la vanidad, la imprudencia de que se hicieron culpables; castiga en unos la soberbia con la humillacion, en otros la ambicion con la pobreza, en otros la tiranía con la opresion. Arístides gime en el destierro, Sócrates se vé obligado á beber el mortal tósigo, Caton se quita desesperado la vida. Escipion, Fabio, Camilo sufren todo el rigor de la adversidad. Os pongo, hermanos mios, los gentiles, aunque vanos, carnales, faltos de fé y destituidos de méritos, al lado de los hijos del pueblo escogido de Dios, para que con el ejemplo de unos y otros veais que Dios no castiga la virtud, sino la malicia, la impureza, el vicio con que está mezclada; y que si la hace pasar por el crisol de la adversidad, es para sublimarla y hacerla merecedora de mayor corona; para que sepais, en fin, que Dios sabe sacar bien del mismo mal, y convertir las penas en otras tantas fuentes de celestiales gracias. ¡Oh santa, oh inefable bondad de nuestro divino Criador!

Si hay, empero, algun justo cuya virtud sea pura y exenta de toda mancha y corrupcion terrena, emprenda sin temor la senda más escabrosa, que á despecho de todo contratiempo hallará fácil y agradable el camino. Al contemplar el semblante sereno de este feliz mor-

tal, me parece que veo al pueblo de Israel rodeado todo de luz miéntras reinaba en Egipto la más absoluta oscuridad. A la voz de Dios, saliendo la noche de sus negros antros, amontona tinieblas sobre tinieblas, y siembra el horror y la confusion por toda la comarca. Salen las fieras temerosas del fondo de los bosques y atruenan los aires con sus bramidos. Los egipcios, helados de espanto, no osan respirar, ni se atreven á dar un paso. Entre tanto los alegres israelitas discurren libremente por todas partes. La luz amiga, alumbra sus pasos y muestra á sus ojos, no ya oscuras tinieblas y sombras pavorosas como á los egipcios, sinó amenos campos, risueñas colinas, un cielo sereno; y miéntras sus opresores aterrados, gimen en el mayor desconsuelo, ellos seguros, tranquilos y placenteros, cantan alabanzas á su Señor y Dios.

Lo mismo sucede con la verdadera virtud. Descargue Dios sus iras sobre el mundo: tiemble de horror el impío al oir el fragor de la tempestad que ruge sobre su cabeza: la luz divina brillará siempre por encima de los revueltos elementos y disipará las sombras al rededor del dichoso mortal para quien resplandece. Rodeado de celestial claridad, el hombre verdaderamente virtuoso verá el seguro puerto que ha de servirle de refugio contra la tempestad; cobrará fuerza y vigor para resistir á la furiosa corriente de las pasiones; parará los golpes que á ciegas le asestarán los impíos; y confiado en la proteccion del Altísimo, no temerá la infamia, que no le puede denigrar, ni al enemigo, que no le puede ofender, ni á la desgracia, que no le puede abatir, ni á la voz de la conciencia, que de nada le puede acusar. Todo para él se convertirá en objeto de imperturbable alegría; porque, protegido de Dios, inaccesible al poder de los malos, seguro de su conciencia y provisto de la divina gracia, ¿qué cosa será capaz de turbar la paz y la serenidad de su corazon? La proteccion de Dios equivale á todos los demás bienes; la defensa contra las asechanzas de los inícuos es un favor imponderable; la seguridad de conciencia no tiene con que compararse; la divina gracia es el más rico de los tesoros... Y estando el justo provisto de tales auxilios, colmado de tantos beneficios, ¿todavía hay quien se atreve á llamarle desgraciado en comparacion del inícuo? ¡Oh nécia preocupacion! ¡oh incomprensible error! Seguid, seguid, hermanos mios, las huellas de la virtud: ella os colmará de celestiales dones; ella iluminará vuestros pasos y los conducirá á la vida eterna.

Con las precedentes consideraciones quedan acallados los lamentos de los buenos, confundida la procacidad de los malos, justificada la conducta de Dios, que á primera vista parece equívoca á los ojos del



mundo, demostrado el orígen del bien y del mal, en cuya investigacion tanto disputaron y se afanaron los filósofos. Queda aniquilado el fatalismo, desvanecido el maniqueismo, convencidos los epicúreos, mudos los estóicos, confundidas las impías sectas que tantos errores introdujeron, admitiendo un ciego destino, ó fingiendo un Dios bueno y otro malo, negando la divina Providencia, ó delirando de otras mil extrañas maneras. Nosotros empero, mejor aconsejados, reconozcamos un Dios equitativo y justo, que aborrece infinitamente el vicio y ama sin fin la virtud; que castiga al inícuo y favorece al virtuoso en todo tiempo y ocasion. Si el inícuo prospera, ó es aparente su prosperidad, ó, si es verdadera, se le dá en premio de alguna virtud moral: y del mismo modo, si el virtuoso es desgraciado, ó no es verdadera su desgracia, ó, por el contrario debe considerarse como pena de algun defecto. Pero de todas maneras, la virtud y el vicio son los que determinan nuestra suerte: suerte dichosa, si somos buenos; suerte mil veces desgraciada, si somos malos. En suma, siendo Dios equitativo y justo, ni el vicioso puede ser realmente feliz, ni el virtuoso puede ser verdaderamente desgraciado.

La índole misma de la virtud y del vicio nos suministra una robusta prueba en corroboracion de esta verdad. La virtud es conforme á la naturaleza, el vicio se opone á ella: luego aquélla produce armonía, y éste causa perturbacion: pero la armonía y la perturbacion tienen opuesto destino: luego la virtud ha de ser necesariamente feliz, y desgraciado el vicio. Aquí me ocurre la comparacion entre el hombre sóbrio y el que se entrega á los excesos de la gula. Este come, bebe y se harta sin medida, no pensando más que en saciar su desordenado apetito; el sóbrio, al contrario, ayuna y se mortifica, privándose aún de una comida regular, en cuanto cree que puede serle perjudicial. Hasta aquí parece que la suerte del primero aventaja á la del segundo. Pero por poco que se reflexione, la cosa cambia de aspecto... Los humores se vician y pierden su virtud reparadora, los vasos se relajan, las secreciones se alteran, los jugos se corrompen, sucumben las fuerzas digestivas, arruínase la constitucion... y ve1 á aquel gloton, de obeso cuerpo, de obtuso entendimiento, pudiendo andar apenas y próximo á terminar prematuramente su vida desordenada. Por el contrario, el hombre sóbrio vive alegre en medio de sus privaciones, conserva inalterables las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y se mantiene robusto y lozano hasta la edad más provecta.

Tal es tambien, oyentes mios, la opuesta suerte del hombre vicioso y del que se consagra al cultivo de la virtud. A primera vista

nada parece más fácil y agradable que entregarse á la corriente de las pasiones; nada tan difícil y penoso como refrenar los apetitos; pero ¡qué de crueles sinsabores acarrea el vicio! ¡qué de puros goces proporciona la práctica de la virtud! ¿Será menester, amados oyentes, que os describa minuciosamente las humillaciones del soberbio, las angustias del avaro, los padecimientos del lujurioso, y los innumerables peligros y desgracias que afligen á los malos? ¿Qué no costó á Catilina, á Mario, á Sila, á Cromwell el inícuo proyecto de subyugar á su pátria? ¿Qué no costó á Eliogábalo, á Mesalina, á Vitelio su desenfrenada sensualidad? ¿Qué no costó á Aman, á Acab, á Atila, el cruel empeño de oprimir á los inocentes? ¿Qué no le cuesta, en fin, al disoluto mundano el goce de sus criminales placeres? Tristeza, llanto, ruina, desesperacion y muerte horrenda; ved aquí los frutos que el vicioso reporta de sus vicios.

Por el contrario, el hombre verdaderamente virtuoso está á cubierto de toda adversidad. Ni le seduce el vicio, ni le avasallan las pasiones, ni le abate la adversidad, sinó que alegre en sus horas de sosiego, fuerte y animoso en los trabajos, seguro en medio de los peligros, vive en paz con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. Tenemos una prueba patente de esto en los mártires, las vírgenes, los anacoretas y los santos todos, á quienes su misma santidad dió consuelo y alegría en medio de los mayores contratiempos y aflicciones. De ahí aquel axioma adoptado por los sábios, y certísimo, á lo ménos bajo cierto aspecto, de que «la virtud y el vicio, aún en la presente vida, son respectivamente el premio y el castigo de sí mismos: *Virtus sibi ipsi præmium, vitiumque supplicium.*»

¡Oh vosotros los que deseais evitar la desgracia y alcanzar la felicidad! en vuestras manos teneis los medios de conseguir vuestro intento. No es la impiedad, ni la injusticia, ni el pecado lo que ha de proporcionaros la verdadera dicha, sinó la honestidad, la inocencia y la virtud. No olvideis que ni el amor deshonesto conduce á un buen matrimonio, ni el fraude á la prosperidad de los negocios, ni la astucia y el engaño al aprecio de nuestros semejantes; mas tened presente que todo nuestro bien se cifra en la justicia, en la honestidad y en el santo temor de Dios. Humillaos, pues, bajo el brazo de Dios; no fundeis vuestras esperanzas en la iniquidad; sufrid con paciencia las adversidades; respetad los juicios y la voluntad del Altísimo; seguid constantemente la senda de la virtud, y sereis dichosos en la tierra y eternamente dichosos en el cielo. *Fiat, fiat.*

# VIDA.

## (INCONSTANCIA Y BREVEDAD DE LA)

*Filia mea modó defuncta est.*
Una hija mia está á punto de morir.
(MATTH. IX, 18.)

Nos dice el Evangelio, amados fieles mios, que estaba Jesucristo nuestro Señor dando saludables documentos á los fariseos y á los discípulos de S. Juan Bautista, cuando llegó un príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo, y postrándose á los piés del Señor, le rogó, más con lágrimas que con voces, se dignase ir á su casa á resucitar á una hija suya de doce años, que suponia ya difunta, pues al salir de su casa la habia ya dejado en las agonías de la muerte.

Deseoso Cristo de consolarle, se puso inmediatamente en camino, y acompañado de sus discípulos y de otra mucha gente, iba siguiendo al príncipe Jairo, á cuya sazon le salió al encuentro una mujer, llamada la Hemorroísa, por la enfermedad que padecia de flujo de sangre, hacia ya doce años, sin esperanza de remedio. Esta pues, movida de una gran fe, llegó á persuadirse que sin duda quedaria sana de su achaque, si pudiera tener la dicha de tocar la fimbria ó extremidad de la túnica del Redentor; y queriendo poner en ejecucion sus deseos, llegó disimuladamente por detrás, ya sobrecogida del empacho que le causaba su enfermedad, ó ya temerosa de que como inmunda, no le permitiese la turba ir en su compañía, segun la ley; cuando hé aquí que habiendo llegado á tocarla con mucho disimulo, de repente quedó sana. ¡Oh prodigio de la omnipotencia de nuestro Dios!

Conoció Jesucristo, como quien penetra y sabe hasta el más oculto pensamiento, que le habian tocado el vestido por detrás, y con semblante sério dijo: ¿Quién me ha tocado mi vestido? Negáronlo todos; pero S. Pedro, admirado de aquel reparo, pues ignoraba la causa porque el Señor lo preguntaba, le respondió: Maestro soberano, las turbas te siguen, te comprimen, y aún te afligen, y dices: ¿Quién me ha tocado? No hablo de este modo de tocarme, le dijo Cristo, sinó de alguno que me ha tocado á propósito, pues yo he sentido salir de

nada parece más fácil y agradable que entregarse á la corriente de las pasiones; nada tan difícil y penoso como refrenar los apetitos; pero ¡qué de crueles sinsabores acarrea el vicio! ¡qué de puros goces proporciona la práctica de la virtud! ¿Será menester, amados oyentes, que os describa minuciosamente las humillaciones del soberbio, las angustias del avaro, los padecimientos del lujurioso, y los innumerables peligros y desgracias que afligen á los malos? ¿Qué no costó á Catilina, á Mario, á Sila, á Cromwell el inícuo proyecto de subyugar á su pátria? ¿Qué no costó á Eliogábalo, á Mesalina, á Vitelio su desenfrenada sensualidad? ¿Qué no costó á Aman, á Acab, á Atila, el cruel empeño de oprimir á los inocentes? ¿Qué no le cuesta, en fin, al disoluto mundano el goce de sus criminales placeres? Tristeza, llanto, ruina, desesperacion y muerte horrenda; ved aquí los frutos que el vicioso reporta de sus vicios.

Por el contrario, el hombre verdaderamente virtuoso está á cubierto de toda adversidad. Ni le seduce el vicio, ni le avasallan las pasiones, ni le abate la adversidad, sinó que alegre en sus horas de sosiego, fuerte y animoso en los trabajos, seguro en medio de los peligros, vive en paz con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. Tenemos una prueba patente de esto en los mártires, las vírgenes, los anacoretas y los santos todos, á quienes su misma santidad dió consuelo y alegría en medio de los mayores contratiempos y aflicciones. De ahí aquel axioma adoptado por los sábios, y certísimo, á lo ménos bajo cierto aspecto, de que «la virtud y el vicio, aún en la presente vida, son respectivamente el premio y el castigo de sí mismos: *Virtus sibi ipsi præmium, vitiumque supplicium.*»

¡Oh vosotros los que deseais evitar la desgracia y alcanzar la felicidad! en vuestras manos teneis los medios de conseguir vuestro intento. No es la impiedad, ni la injusticia, ni el pecado lo que ha de proporcionaros la verdadera dicha, sinó la honestidad, la inocencia y la virtud. No olvideis que ni el amor deshonesto conduce á un buen matrimonio, ni el fraude á la prosperidad de los negocios, ni la astucia y el engaño al aprecio de nuestros semejantes; mas tened presente que todo nuestro bien se cifra en la justicia, en la honestidad y en el santo temor de Dios. Humillaos, pues, bajo el brazo de Dios; no fundeis vuestras esperanzas en la iniquidad; sufrid con paciencia las adversidades; respetad los juicios y la voluntad del Altísimo; seguid constantemente la senda de la virtud, y sereis dichosos en la tierra y eternamente dichosos en el cielo. *Fiat, fiat.*

# VIDA.

## (INCONSTANCIA Y BREVEDAD DE LA)

*Filia mea modó defuncta est.*
Una hija mia está á punto de morir.
(MATTH. IX, 18.)

Nos dice el Evangelio, amados fieles mios, que estaba Jesucristo nuestro Señor dando saludables documentos á los fariseos y á los discípulos de S. Juan Bautista, cuando llegó un príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo, y postrándose á los piés del Señor, le rogó, más con lágrimas que con voces, se dignase ir á su casa á resucitar á una hija suya de doce años, que suponia ya difunta, pues al salir de su casa la habia ya dejado en las agonías de la muerte.

Deseoso Cristo de consolarle, se puso inmediatamente en camino, y acompañado de sus discípulos y de otra mucha gente, iba siguiendo al príncipe Jairo, á cuya sazon le salió al encuentro una mujer, llamada la Hemorroísa, por la enfermedad que padecia de flujo de sangre, hacia ya doce años, sin esperanza de remedio. Esta pues, movida de una gran fe, llegó á persuadirse que sin duda quedaria sana de su achaque, si pudiera tener la dicha de tocar la fimbria ó extremidad de la túnica del Redentor; y queriendo poner en ejecucion sus deseos, llegó disimuladamente por detrás, ya sobrecogida del empacho que le causaba su enfermedad, ó ya temerosa de que como inmunda, no le permitiese la turba ir en su compañía, segun la ley; cuando hé aquí que habiendo llegado á tocarla con mucho disimulo, de repente quedó sana. ¡Oh prodigio de la omnipotencia de nuestro Dios!

Conoció Jesucristo, como quien penetra y sabe hasta el más oculto pensamiento, que le habian tocado el vestido por detrás, y con semblante sério dijo: ¿Quién me ha tocado mi vestido? Negáronlo todos; pero S. Pedro, admirado de aquel reparo, pues ignoraba la causa porque el Señor lo preguntaba, le respondió: Maestro soberano, las turbas te siguen, te comprimen, y aún te afligen, y dices: ¿Quién me ha tocado? No hablo de este modo de tocarme, le dijo Cristo, sinó de alguno que me ha tocado á propósito, pues yo he sentido salir de

mí cierta virtud milagrosa, y quiero que se publique para gloria de Dios.

Entónces la pobre mujer, viendo que no ignoraba Jesucristo lo que habia ella ejecutado en secreto, toda temblando y llena de miedo, se postró á los piés del Señor, y manifestándole, aunque con vergüenza, su enfermedad penosa, le declaró igualmente todo el suceso. Viendo Jesucristo una confesion tan humilde y un respeto tan profundo, todo cariñoso y lleno de amor, le dijo: Confía, hija, tén buen ánimo, y está ciertamente persuadida de que tu salud ha de ser estable y firme, en pago y premio de que lo ha sido tu fe. ¡Oh fe viva, y á cuánto llega tu poder!

Obrado este prodigio, prosiguió Jesucristo su viaje á casa del príncipe Jairo: llegó á ella, y viendo á unos llorando por la muerte de la niña, á otros lamentándose amargamente, y á otros tocando roncas y lamentables trompetas, segun costumbre de los judíos, les dijo: apartad de aquí tan funesto aparato, porque no está muerta la muchacha, como vosotros pensais, sinó que está durmiendo.

Llamó Cristo sueño á la muerte, porque por tal se tiene la muerte de los justos, y porque tan fácil es á Dios resucitar á un muerto, como á nosotros el despertar á un dormido; pero los circunstantes que no entendian el misterio, se echaron á reir, aunque prontamente vieron el desengaño. Mandó el Señor despejar la pieza donde estaba la difunta de todo el concurso de gente; entró en ella con el padre y la madre de la niña, y con sus tres discípulos Pedro, Juan y Diego, y tomando la mano á la muchacha, le dijo: Ea, levántate, que te lo manda tu Criador, y al punto se levantó, y para mayor prueba de su resurreccion empezó á caminar, y aún se puso á comer: con lo que todos quedaron pasmados, y sin poder reservar en su pecho tan gran maravilla, la publicaron de forma que vino á extenderse por toda la tierra de Galilea.

Esta es, fieles mios, la letra del Evangelio; y casi con su narracion sencilla me hallo introducido en mi asunto. Tenemos á la vista, como habeis oido, una niña de doce años, y sin embargo de su corta edad la vemos hecha cadáver. ¡Oh, qué desengaño! ¡Oh, qué freno para los mortales! A consecuencia de esto vengo á proponeros lo mismo que vosotros sabeis, que es la brevedad, fragilidad é inconstancia de nuestra vida: el asunto es bien sabido; pero muy mal reflexionado. Quiera la bondad de Dios, que con la eficacia de su palabra pueda yo estamparlo en vuestros pechos de tal manera, que no se aparte de vuestra memoria en todo lo que os reste de vida. Imploremos á este fin el auxilio de la divina gracia, diciendo: A. M.



1. A tanto llega la ceguedad de los hombres, que creyendo todos que han de morir, siempre miran la muerte muy distante; los jóvenes y los viejos, los robustos ó de complexion tan favorable, que no padecen achaque alguno, y los enfermos y achacosos corren iguales en esta parte. La causa es, porque no hay cosa alguna que más fuertemente nos aparte del pecado, que la consideracion de la muerte; y como el demonio interesa tanto en nuestra perdicion, procura borrarla de nuestra memoria, y persuadirnos por varios medios, no como á nuestros primeros padres, que no hemos de morir, pues la experiencia enseña lo contrario, sinó que la muerte está muy distante. A los jóvenes, fuertes y sanos los engaña con su misma robustez ó con su edad tierna; á los ancianos, figurándoles que aún les resta algun año más de vida, pues no hay viejo, por viejo que sea, que no se prometa vivir un año más: aún á los enfermos los engaña con la falsa confianza de que los médicos con sus medicinas les restituirán á su antigua salud; de lo cual resulta, lo cual seducido el pobre hombre por su enemigo infernal, llega falsamente á prometerse vivir, no solo dias y meses, sinó tambien muchos años, y aún á disponer de su vida como si fuese dueño de ella.

Mas, ¡oh locura de los hombres! jóvenes y viejos, robustos y achacosos, sabed, que habeis de morir bien presto, pues por larga que sea vuestra vida, siempre ha de ser muy corta. ¿Sabeis cuánto? El profeta Isaías la compara con el heno y con la flor del campo; el santo Job dice, que es un viento ligero que pasa con la mayor velocidad; el apóstol Santiago asegura que es un pequeño vapor, que no hace más que ponerse á la vista un instante y desaparecer inmediatamente; pero oigamos al gran padre de la Iglesia S. Agustin.

Pregunta el santo doctor (Aug. xiii, de Civ. 9 et 10), cual sea el tiempo en que propia y verdaderamente se dice que muere el hombre; y si el punto se considera, como es debido, será dificultoso hallar la verdad, porque vive el hombre, ó no vive, pues no hay medio entre uno y otro; miéntras vive, no muere; porque morir y vivir son dos cosas contrarias, y en el tiempo que no vive, no muere, sinó que está ya muerto. ¿Cuál pues será el tiempo en que muere?

Pregunta igualmente si puede un hombre vivir y morir á un tiempo mismo; lo cual parece imposible, porque no ménos contrariedad incluye vivir y morir, que ver y ser ciego: es imposible que uno tenga vista y sea ciego á un mismo tiempo; luego tambien el vivir y morir.

Trata estas cuestiones con mucha elegancia el santo doctor, alegando los fundamentos por una y otra parte, y responde suponiendo,

que sin duda se debe decir, que muere el hombre cuando vive, y que el tiempo de morir es el mismo tiempo que está destinado para vivir, y lo demuestra con razones muy poderosas. Lo primero, porque la muerte no es otra cosa que la consuncion de la vida; lo cual se verifica todo el tiempo que vive el hombre, pues en todo él se va por instantes consumiendo, y cuanto más se vive, más se consume; de donde resulta, por consiguiente, que todo aquel tiempo muere.

Aún más; nadie puede quitar cosa la más leve á la vida sinó la muerte: desde el mismo principio de la vida encuentra la muerte que quitar, y efectivamente lo quita; luego desde el mismo primer sér empieza el hombre á morir: de lo cual infiere S. Agustin, que el tiempo de morir es todo el tiempo que se vive. Esto se convence con un ejemplar palpable y muy comun.

¿Cuándo diremos que se acaba una candela? Ántes de encenderse de ningun modo, porque aún no se ha empezado; despues que el fuego la consumió, tampoco, porque entónces ya no se acaba, sinó, que está acabada: siguese pues por consecuencia legítima, que se acaba cuando empieza á arder, y que en el mismo hecho de encenderse, empieza tambien á consumirse, de modo que con toda propiedad puede decirse, que entónces se consume ó muere, cuando vive.

Con otro símil prodigioso explicó el Sábio esta verdad. Todo hombre, dice, se envejece como el heno (Eccli. xiv, 18). En el texto griego, dice, que se envejece como el vestido; y á la verdad que esto es más propio, y aún así se explica el real profeta David en el Salmo 101, pues despues de confesar que se le pasaron los dias de su vida como un humo, como una sombra, y que llegó á secarse como el heno, concluye diciendo, que solo Dios es inmutable, pero que todos los demás, hasta los mismos cielos, se envejecen como el vestido. ¿Cuándo pues se envejece un vestido? En el mismo hecho que se pone; entónces mismo es cuando empieza á envejecerse, porque desde entónces empieza á maltratarse, hasta que poco á poco llega por último á hacerse pedazos. ¿No es así? Ved pues aquí lo que pasa con nuestra vida; desde el mismo instante que tu alma se vistió del cuerpo caduco; desde el mismo instante que tuviste el primer sér en el vientre de tu madre, empezaste á dar pasos insensibles hácia la vejez, quiero decir, hácia la muerte.

Ahora entendereis aquella sentencia del Sábio, que al enseñar que todas las cosas tienen su tiempo, solo dice, que hay tiempo de nacer y tiempo de morir (Eccles. iii, 2). Parece que habla diminutivamente, porque no señala todos los tiempos del hombre, pues entre el nacer y morir resta el tiempo de la vida. Pero ¡ay! que habla como propiamente sábio, porque el principio de la vida es principio de la muerte, sin que sea posible que crezca nuestra edad, sin que al mismo tiempo se disminuya, pues no hay medio entre nacer y morir, sinó que desde el mismo instante que se tiene el primer sér en el vientre de la madre, empieza inmediatamente la muerte.



Siendo pues esto cierto, como lo es, ¿quién no conoce que no es más la vida del hombre que un instante que va corriendo? Sí, cristiano mio; un punto, un instante, un momento solo vives. Es demostracion, que sin luz de fé conocieron aún los mismos gentiles; y no lo extrañeis, porque sin salir de sí mismo, tiene el hombre dentro de sí quien le acuerde, aunque no quiera, esta verdad. Repare sinó cada uno en las edades de su vida, y lo verá prácticamente: si es anciano, ya pasó la edad viril; si aún se halla en esa edad, ya pasó la juventud; si está en la juventud, ya pasó y murió la niñez; y aún en la niñez ya pasó la infancia, que murió; pero sea la edad que fuere, pregúntese el cristiano á sí mismo: ¿vivo yo el tiempo del año precedente? Ya se vé que nó, porque ese año pasó ya. ¿Vivo los dias del mes pasado? Tampoco, porque ese mes ya pasó. ¿Vivo este mes? ¡Oh! cuántos lo empezaron á vivir, que ya no viven! ¿Vivo la hora presente? Ni aún esto vivo, porque ya no vivo los minutos pasados. ¿Vivo el tiempo venidero? Mucho ménos, porque puede ser que no llegue. Pues ¿qué vivo? Solo este presente y fugitivo instante; esta es tu vida, católico, un instante, que empuja sin detenerse al otro instante, como la ola del mar á la otra ola.

Díme pues ahora, pecador; no siendo, como no es, tu vida más que un instante, y pudiendo ser que no tengas otro, ¿qué ceguedad es la tuya en dejar pasar un instante y otro instante sin pelear varonilmente contra las pasiones y culpas? ¿Cómo respiras en culpa mortal, y aún añades pecados á pecados, pudiendo ser que sea esta la última respiracion? ¿Cómo te atreves á dar pasos hácia la venganza y torpeza, hácia las blasfemias y juramentos, si es factible que el primero sea tu último paso? *Nunc*, cristiano mio, ahora es menester disponerte, porque no hay más punto seguro que este ahora; este *nunc*, este ahora, este instante te dá la misericordia de Dios, sin asegurarte otro; pues ¿qué haces, si deseas tu salvacion? ¿Cómo lo dejas pasar sin disponerte con manifiesto riesgo de condenarte? Abre los ojos, pecador, ántes que te los abra el escarmiento; un instante, un momento es tu vida, y, por consiguiente, este instante, este momento es el que debes aprovechar, porque no sabes si tendrás otro, como ahora lo verás.

2. Si ya que es breve nuestra vida, tuviese alguna firmeza, aunque siempre es culpable el vivir mal, pudiera tener algun color de

excusa el pecador; pero es, fieles mios, tan inconstante y frágil esta brevedad momentánea de la vida, que con más razon debe llamarse una prolija muerte: cuanto más crece el heno, más se acerca á su fin, y cuanto más vive el hombre, vive ménos, porque por momentos se vá muriendo y acercando al último momento de la muerte. A esto mismo atendia el santo Job (Job. xiv, 2), cuando no solo consideraba breve la vida del hombre, sinó una vida que corre, una vida que huye; ¿quién pues quiere llamar vida á la que se compone de tantas muertes? ¿Cómo hemos de llamar vida á una vida, que toda está llena de falacia, toda está llena de tristezas, toda está llena de flaquezas, ni es más que una triste sombra y una continuada mentira? ¿Cómo hemos de llamar vida á una vida en que es otro el hombre por instantes, porque cada momento es otra la vida con que vive? Aún en las acciones mismas hallamos este desengaño, pues vemos que el hombre, ya está triste, ya está gozoso y alegre; ya desea vivir mucho, ya desea acabar con todo; ya encuentra con honras, favores, lisonjas, oficios y haciendas; ya tropieza con ódios, infamias, pesadumbres, hurtos y homicidios. Ved pues si con razon puede llamarse, no vida, sinó prolongada muerte; pero aún vedlo más claro en la Escritura sagrada.

Como correo de posta, dijo el Sábio (Sap. v, 9), que corre nuestra vida; y el santo Job añade, que anda como la nave (Job, ix, 26). ¿Sabeis por qué? Notad la diferencia que hay de un correo á un navegante; el correo camina con cuidado y apresuracion, pero se detiene algunos ratos para comer y dormir; más el que navega, que coma, que duerma, que se siente, que esté en pié, como quiera que esté, siempre camina; por eso dijo el santo Job, que anda nuestra vida como la nave, porque el hombre, ya comiendo, ya durmiendo, ya sentado, ya en pié, no pára sino que navega y camina por momentos fugitivos á la muerte. Repara en esto, cristiano, que te vas muriendo por instantes; ¿quién podrá detener el impetuoso curso de tu vida? Vea la salud más robusta, la edad más tierna, la hermosura más peregrina, la nobleza más acendrada, el poder y la riqueza mayor, si hay medio, industria ó modo para detener esta nave; pero no lo hay, cristiano, todo es caminar, todo es morir; las edades se renuevan, la figura de este mundo pasa sin cesar; los muertos y los vivos se suceden y reemplazan contínuamente; nada permanece, todo se muda, todo se destruye, todo se acaba, todo es morir.

Ahora bien, católico; si la vida del hombre no es más que una continuada muerte, ¿de qué te puede servir toda la opulencia del mundo, toda su pompa y toda su gloria? Cuando efectivamente llegue le último suspiro, ¿de qué te servirá entónces el haber obtenido los mayores puestos, las honras más eminentes y las dignidades más distinguidas? ¿De qué las galas y vanos adornos, en que idolatras; los bailes y comedias, por que suspiras; las músicas y diversiones, que te tienen embelesado; en fin, de qué todas las conveniencias, gustos y recreos del mundo? De nada más que de cruel tormento, y acaso, acaso de tu eterna condenacion. Pues si no hay momento en que no pueda llegar este golpe, y entónces quisieras haber tenido vida muy distinta, ¿qué ceguedad es la tuya en vivir como ahora vives, siendo así que puede ser esta la última respiracion? ¿En qué te fias, cuando tú mismo conoces la instabilidad é inconstancia de tu vida? ¿Hay ni siquiera un instante de seguridad en que puedas poner tu confianza? Pero ¿qué ha de haber? Por instantes se va acabando, y muchas veces aún en aquello mismo que se gradúa por medio para conservarla, experimenta su fin. Todo es riesgo, todo es peligro de morir; ¿á dónde irá el hombre que no tropiece con este peligro? ¿á dónde podrá ir en que no halle riesgos de su fragilidad? Frágil es el vidrio, mas si lo guardan con vigilancia, se conserva sin quebrarse; pero venga el hombre que más cuide de su salud; ¿podrá librarse de todos estos peligros de perder la vida? Ya se ve que nó, porque aún es más frágil que el vidrio.

¡Ea, vividores del mundo, los que cuidais vigilantemente de la salud de vuestros cuerpos con el regalo y delicadeza; los que huyendo del frio y del calor ni aún asistís á los santos ejercicios, por no salir de casa y conservar vuestra vida; en una palabra, los que procurais guardaros de todos los achaques! sabed que no hay remedio contra los decretos de Dios; sabed que hay enfermedades contra vuestro cuidado de vivir, y que ese mismo cuidado se os convertirá muchas veces en enfermedad, como la experiencia nos lo enseña, pues vemos morir á quien estaba bueno, porque se curó en salud por estar mejor. Acuérdate, cristiano, de tantas muertes repentinas, como en tu tiempo has oido y acaso visto. El otro y la otra, quizá tu vecina ó tu parienta, que parecia, como suele decirse, que vendian salud, en un instante desaparecieron, y primero se supo su muerte que su achaque; y ¿cuántos, sin que se supiese el achaque de que murieron? ¿y cuántos, cuando ménos lo pensaban? Entra en aquel palacio del rey sacrílego Baltasar; mira su opulencia, su fausto y su majestad: mírale en un salon con un majestuoso banquete. ¡Qué abundancia de servicios! ¡qué puntualidad en los sirvientes! ¡qué brindis! ¡qué aplausos! Todo es grandeza y soberanía, todo es alegria, fiesta y regocijo; pero levanta los ojos y verás una mano escribiendo en la pa-

red una mano, que sin saberse por dónde entró, está escribiendo la sentencia de muerte contra el mismo Baltasar. ¿Quién se lo diria? lo cierto es que no pensaba en ello.

Pues ¿qué sabes, pecador, si contigo sucederá lo mismo? ¿Qué sabes, si en aquella hora que guardas para tus deleites, para tus recreos y diversiones, escribirá la invisible mano de Dios en la pared de tu corazon la sentencia de tu repentina muerte? ¿Qué sabes si lo hará, usando de su altísima providencia, en esta misma hora en que me oyes? No hay duda en que puede ser. Pues ¿qué haces que no recoges hácia este punto todas tus atenciones? Mira que ahí mismo, donde estás ahora, puedes quedarte muerto sin poder decir Jesús. Puede ser que esa gala, ese vestido con que ostentas tu vanidad, solicitando acaso la ruina de las almas, sea dentro de un cuarto de hora, ó en el espacio de un instante, paño de tumba para tu cuerpo muerto; ¿cómo pues no te confundes? ¡Posible, y no das un paso para corregir tus desórdenes! ¡Ay Dios, y qué locura! La misma instabilidad de nuestra vida, deberia obligarnos á vivir con tanto cuidado, que jamás hubiese hora en que la muerte nos hallase despreyenidos; pero ¿qué sucede? ¡Oh dolor el más funesto! tan léjos están los mundanos de querer pensar en su miseria y en la velocidad de la muerte, que ántes huyen de todo lo que les pudiera obligar á pensar en ella. Esta vista, que les haria sin remedio abrazar la santidad y aborrecer las cosas del siglo, solo sirve comunmente para inquietarlos, para desconsolarlos, para hacerles perder el ánimo, y á veces aún para irritarlos, si les hablan, aunque sea muy ligeramente, de tan importante verdad, ó les dan la menor luz del peligro en que se hallan.

Pero ¡ay, fieles mios! penseis ó no penseis en la muerte, ella va llegando por instantes. Cada esfuerzo que haceis para separar de vosotros su memoria, se viene acercando más, y sin remedio ha de llegar á la hora señalada. Pues ¿qué adelantais con apartarla del pensamiento? No minorais el peligro, sinó que lo aumentais, y el golpe es inevitable. Si pensaseis con más frecuencia en la muerte, vuestro espíritu flaco y tímido se acostumbraria insensiblemente á su memoria; poco á poco iriais fijando en ella vuestra vista, y la mirariais sin horror, ó á lo ménos con resignacion humilde: no perderiais el juicio por eso, como soleis decir, sinó que lo aumentariais, porque mirariais al mundo como un destierro, á los deleites como una feísima embriaguez, al pecado como la mayor de las desgracias, á los puestos, á los honores, al favor y á la fortuna como sueños, y á la salvacion como el único y más importante negocio. Hablen sinó tantas almas justas, que acompañan todas sus acciones con la memoria de



la muerte, como freno el más poderoso para reprimir sus pasiones; hablen tantos ilustres penitentes, que se encierran en los claustros, para no perder de vista este desengaño tan importante; hablen finalmente los santos, que morian todos los dias para no morir eternamente.

Pues, católicos oyentes, ¿qué resolucion es la vuestra? El pensamiento de la muerte, que hace tanto eco en vuestra imaginacion para horrorizaros, es una gracia especial que Dios usa con vosotros. Se puede asegurar con mucha verosimilitud, que es el camino por donde quiere llevaros á su reino. ¿Por qué pues os privais del único socorro que puede facilitar vuestra conversion? ¿Por qué inutilizais una gracia tan especial, por decirlo así, de que Dios nuestro Señor os favorezca con ella?

Fieles de mi corazon, aprovechaos de tan saludables temores, miéntras el Señor os los concede, porque este es el medio más poderoso para turbar la falsa paz y arreglar vuestra conducta: esto es lo que os importa, pues á la verdad, estar un instante sin esta disposicion y vigilancia cristiana, es obrar contra todos los principios y contra todas las luces de la razon, porque es aventurar la eternidad á un instante. Bien sé que obrando así, os parecerá que llevais una vida triste: vengo en que lo sea, aunque tambien os lo podria negar; pero ¡ay, fieles mios! á esa vida triste se sigue una muerte llena de consuelo, y, sobre todo, una muerte de un predestinado; y una muerte santa vale tanto, que no podemos apreciarla bastantemente, ni es cara, por elevado que sea el precio á que se compre.

Decidme sinó por vuestra vida, ¿qué no dariais en aquella hora de las verdades por tener el consuelo, la disposicion, el sosiego, la paz y alegría interior de una alma justa? ¿Os pareceria mal entónces su vida triste? ¡Ay, Dios mio, y cuán al contrario! Entónces piensan los hombres de distinto modo que ahora, aunque las más veces sin remedio; entónces sí que se ve con la luz de la candela, que solo es vivir el vivir en este mundo, como si no se viviera; entónces sí que se conoce, que los gustos, los recreos, las músicas, los pasatiempos, las honras y dignidades, en fin, todo lo que nos embelesa en este mundo, no es más que una representacion que, cuando nos tiene más divertidos, se retira, cuando más nos embelesa, se acaba.

¿Pues qué ceguedad es la vuestra? ¡que conociendo estas verdades no penseis en aprender á morir! Que sabiendo ha de llegar aquel dia último de todos vuestros dias, en que todo se ha de acabar, ¡así vivais, como si hubierais de ser eternos en el mundo! Más que locura es esta; y así no sé cómo nombrarla. Pues, alma cristiana, alma se-

llada con la imágen de todo un Dios, que borraste; alma rescatada con la sangre de Jesucristo, que tan insolentemente has pisado; alma lavada con la gracia de la regeneracion, que tantas veces has manchado; alma ilustrada con las luces de la fe, que con tanto vilipendio has despreciado; alma, en fin, llena de todas las misericordias del cielo, que tan indignamente has profanado; forzosamente has de llegar á este dia de que tanto huyes, y que no quieres tener en tu memoria. Pues ¿á qué aguardas para disponerte, si no hay momento seguro? ¿Cómo no abres ya los ojos á vista del desengaño? Ya quedas convencida de la instabilidad de la vida, que para tu bien te recuerda Jesucristo en el Evangelio; ya quedas desengañada de que es tu vida breve, momentánea, inconstante y frágil, cercada de riesgos de perderla; ¿hasta cuándo pues, has de vivir perdida, ciega y obstinada? ¿Es posible que siendo tan breve la vida, solo el pecar ha de tener duracion? ¿Es posible que siendo tan inconstante, solo ha de ser constante el vivir mal, y sin hacer caso de la cruz, de la mortificacion y penitencia? ¿Es posible que siendo tan frágil, solo el ofender á Dios ha de ser tan firme, como si no hubiera peligro? ¿Dónde cabe tal desvarío? ¿Dónde sinó en un corazon obstinado, en quien no hacen mella los desengaños? ¡Que pendiendo de un hilo tu vida, tengas valor para buscar los recreos del mundo, y mucho más para estar en culpa mortal ni aún solo un instante! ¿Quién no se asombra? ¿quién no se estremece? Pecador, pecadora, que me oyes, ¡ay de tí, si desde este mismo punto no te resuelves á entablar una vida muy distinta! ¡Ay de tí, si no dejas y lloras inmediatamente las blasfemias y juramentos, los ódios y las venganzas, las torpezas y desenvolturas! ¡Ay de tí, pues justamente puedes temer, que Dios te acorte la vida, y que te precipite ahora mismo á lo profundo del abismo! ¿Pues á qué aguardas? vuelvo á repetir. ¿Cómo no te caes muerto al considerar, que te puede suceder tragedia tan lastimosa?

Baste ya de culpas, baste ya de pecados; escarmienta en cabeza ajena, que no ha sido casualidad el predicar sobre este importantísimo punto, ni tampoco el que tú lo hayas oido: mira que es muy posible que no pase tu vida de esta noche; ¿pero qué te digo de esta noche? Mira, que es muy posible que no pase de este instante; ¿seriás acaso el primer pecador arrebatado de repente y en medio de sus deplorables pasiones? ¡Oh, cuántos podria referir, que murieron de esta suerte! ¿Cómo pues no son fuentes tus ojos, viendo un riesgo tan inminente? ¿Cómo no tiemblas y te estremeces al considerar, que en este instante y momento puedes pasar nada ménos que á las eternas llamas?



Aprovecha, pecador, esta ocasion, que te franquea la piedad de Jesucristo: no la mereces, segun lo estragado de tu vida, no hay duda en ello; pero tal es su bondad, que aún no se ha cansado de sufrirte; aún te aguarda compasivo, si con verdad te arrepientes. Llega pues, cristiano mio, á sus piés sacratísimos con el más profundo sentimiento; llega con fe viva, como el príncipe del Evangelio, si quieres hallar consuelo. Con este fin te ha conservado piadosamente la vida; y aún acaso, acaso te la habrá prolongado tambien; pues ¿á qué esperas despues de un beneficio tan singular? ¡Que pudiendo haberte precipitado al infierno, te haya esperado el Señor con tanto amor y clemencia! ¡Oh, alábente, Dios mio, tus misericordias admirables! ¿Quién á vista de tal fineza no ha de entablar una vida santa? ¿quién no ha de llorar sus devaneos, dureza y ceguedad? ¿quién no se ha de confundir á vista de sus desacatos contra la bondad de un Dios? ¡Ea, fieles mios! aunque no hubiera cielo que esperar, aunque no hubiera infierno que temer, esa suma bondad es digna de ser amada y estimada sobre todo: ámale pues, cristiano, en lo que te reste de vida, que con este fin te la concede. Ya ves que es breve, y que, sin embargo de su brevedad, la has empleado indignamente en ofensas y maldades por seguir tus apetitos: sigue pues en adelante á Jesús; supla el resto de tu corta vida los enormes delitos de la pasada, amando á tu Dios firmemente y con todas las veras del corazon.

Pero, ¡ay Jesús! ¡ay amor mio! no está mi corazon para amaros, pues el peso de mis culpas lo detiene y acobarda: ¡tal ha sido la relajacion de mi vida, tanta la ceguedad de mi juicio tanta la rebeldía de mi corazon y mi pecho! Mas, ¡oh padre amorosísimo! ¡oh bien único de mi vida, ¡oh vida única de mi alma! ¡oh alma de mi corazon y potencias! recibid el sacrificio de mis deseos y el dolor que me traspasa. Protesto, Señor, que os amo y os quiero amar con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis potencias, sentidos y facultades. Tarde lo ejecutamos, Dios mio; pero nunca es tarde para quien se arrepiente de veras; ya nos pesa con el más vivo sentimiento de haber empleado tan mal la vida; ya nos pesa con la mayor amargura de haber pecado; una y mil veces nos pesa de no haber amado á un Dios tan bueno. Vos sabeis, Señor, que es así, y que mejor que lo dice la lengua, lo siente nuestro corazon: esforzadnos pues, Dios mio, para que solo pensemos en amar á vuestra bondad infinita; esforzadnos, Señor, para que lloremos nuestros desacatos con amargura y dolor. Esta es la única gracia que os pedimos, y esta la que todos esperamos de vuestra soberana piedad.

# VIDA CIVIL.

## (DEBERES DE LA)

*Reddite quæ sunt Cæsari, Cæsaris, et quæ sunt Dei Deo.*

Dad á César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

(MATTH. XXII 21.)

La sociedad, hermanos mios, no es una obra de arte, una obra convencional, ó de capricho, como algunos lo han imaginado; sinó una obra que reconoce por autor al mismo Dios.

Bajo la ley de la naturaleza, su providencia juntaba á los hombres, y los unia por los vínculos poderosos de las necesidades, y los sentimientos indelebles de la justicia y de la humanidad.

En la ley escrita, Dios hizo marchar juntas la religion y la sociedad, y, en cierta manera, las confundia. Al establecer nuestras obligaciones para con él, estableció igualmente nuestros mútuos compromisos; y en esta division parece olvidarse de su gloria, para no ocuparse sinó de nuestros propios intereses. Todos los preceptos del Catálogo tienden á la utilidad general de los hombres. El Señor no se reserva para sí más que tres mandamientos, que prescriben la adoracion y el amor. De las doce tribus de Israel una sola está destinada á las ceremonias de su culto; de los frutos de la tierra no exige más que las primicias; entre los dias de la semana el único que se reserva es el sábado, y abandona todo lo demás á las necesidades y á la felicidad de su pueblo.

Mucho más admirable se muestra esta atencion misericordiosa en la ley de gracia. El Evangelio tiene por objeto hacer de todos los habitantes del mundo un solo pueblo; de este pueblo, una sola familia; de esta familia, un solo corazon. Haced, Padre mio, que no sean más que uno como uno somos nosotros. Tal fué la súplica de Jesucristo: y esta súplica es una expresion compendiada del cristianismo. Podemos, pues, decir de Jesucristo, con respecto á la sociedad, lo que él mismo decia acerca de la antigua Ley: que no habia venido á destruirla sino á perfeccionarla.

Efectivamente; de nuestras relaciones con nuestros semejantes na-



cen tres clases de deberes, cuya práctica no puede llegar á ser general sino por el espíritu de Jesucristo: deberes de estado, que son como el fundamento de la sociedad; deberes de justicia, que aseguran la vida civil; y deberes de caridad, que forman sus vínculos y sus dulzuras. Hé ahí lo que me propongo demostraros despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

1. Digo, en primer lugar, que los deberes de estado son el fundamento de la sociedad. Puede compararse la sociedad á un inmenso edificio. Ahora bien; ¿qué es un edificio, sinó un conjunto de materiales colocados cada uno en su lugar? Dios, al formar la sociedad, crió diversas aptitudes, para que de esa diversidad naciesen los estados, y de éstos la vida comun.

Es un error bastante acreditado, que la variedad de condiciones proviene del acaso, ó de la necesidad, y que independientemente de toda providencia, es la naturaleza la que ha hecho á los padres de familia; la fuerza, á los reyes; la adulacion, á los grandes; la seguridad pública, á los jueces, y la necesidad de nuestra blandura, á todas las artes.

¿Cabe persuadirse, dice San Agustin, de que nuestro Dios bienhechor, que tiene cuidado del más vil insecto, y que atavía con tanto brillo los lirios del campo, descuida la suerte de los hombres para quienes todo lo crió?

Léjos de nosotros tal idea, hermanos mios: la Providencia está atenta á suministrar con abundancia lo necesario para nuestras necesidades y hasta para nuestras delicias. ¿Y por qué medio? Por medio de esa multiplicidad de estados de que él es el único autor. Solo una inteligencia infinita podia encerrar en un mismo plan de administracion todas las necesidades, todos los socorros, todos los tiempos, todos los lugares, todos los hombres. ¿Quién otro que él, que de la discordia de los elementos hace nacer la armonía del universo, habria podido confundir tantas voluntades opuestas y dirigidas á un mismo fin?

¡Disposicion maravillosa que obligó á Salomon á exclamar, que Dios dispone las cosas humanas con respeto! *Cum magna reverentia disponi nos.* Él nos asocia al ministerio de su misericordia haciéndonos agradables unos á otros. Él subordinó todas nuestras operaciones al fin principal que se propuso; y todos los hombres, sin excepcion alguna, están en sus manos, no como instrumentos serviles, sino en calidad de ministros que él emplea para la ejecucion de sus designios y la consumacion de la comun felicidad.

Los diversos estados sociales son, pues, la obra de Dios; todos por una vocacion universal estamos encargados de velar por la felicidad de nuestro prójimo: *Mandavit unicuique de proximo suo*. De estos principios se sigue, en primer lugar, que en el mismo instante que nos dá la vida, nos empeña irrevocablemente á la sociedad; que nunca somos dueños de nosotros mismos, sinó que pertenecemos á la pátria y al universo; y que bajo este concepto, nadie nace libre, ni aún los soberanos; que los unos tenemos sobre los otros derechos imprescriptibles; y que nadie sin injusticia, puede sustraerse á esta recíproca dependencia.

De donde se sigue, en segundo lugar, que todo estado contrario á la ley del Señor, es necesariamente contrario á la sociedad; y este anatema cae sobre aquellas artes inventadas para servir de lujo y fomentar la sensualidad; artes corruptoras y desorganizadoras que perjudican extraordinariamente á las artes útiles.

Se sigue tambien, en tercer lugar, que Dios, en la distribucion del talento y de las mercedes temporales, atiende ménos á aquellos á quienes otorga tales favores, que á la universalidad de los hombres, en cuyo favor los concede; y que estos talentos y estas mercedes son como un tesoro público, siempre abierto á las necesidades de los pueblos.

Síguese, además, en cuarto lugar, que todos los estados, considerados bajo cierto punto de vista, son más bien diferentes que desiguales; que todos somos ministros de la Providencia y servidores de nuestros hermanos, y que el Padre de familia nos llama á todos á cultivar una misma viña.

De donde se sigue, en quinto lugar, que es una falta, y falta con frecuencia irreparable, meterse en un ministerio sin ser á él llamado. Los hombres, en vez de estudiarse á sí mismos, y examinar escrupulosamente de lo que son capaces, para poder ser útiles no escuchan sinó á la fantasía ó á la ambicion. ¡Y luego declaman contra el desórden y el mal estar social! La causa no es otra sinó que pocas personas están en su lugar. Las dignidades, los empleos, los honores se consideran en general como una presa de que todos pueden apoderarse, miéntras que debieran ser objeto de una vocacion especial.

El orgullo, la sensualidad, y, sobre todo, la repugnancia al trabajo, hacen desertar á los hombres de las humildes funciones á las cuales está llamada la inmensa mayoría. ¿Hay que admirarse, pues, de la corrupcion que reina? Los placeres ocupan el lugar de los deberes, las diversiones el de las ocupaciones. El gran deseo hoy dia es, llegar á una posicion en la cual poco ó nada se tenga que hacer, es decir, en la que no sea útil á nadie. Por esto no se ve otra cosa en las ciudades que oleadas de ociosos paseando su fastuosa indolencia; piedras separadas del edificio á cuya solidez deberian contribuir, y que en vez de ser un recurso, son para el Estado un estorbo ó un obstáculo.



A tales hombres pudiéramos muy bien decirles: ¿acaso no sois ciudadanos? ¿Es justo que vosotros devoreis el fruto del trabajo de los demás sin tomar parte alguna en esos mismos trabajos? ¿Cuáles son los títulos que os dispensan de la ley general? Sabed que vuestra inutilidad os degrada, y que, además, es una violais escandalosamente los deberes de justicia, de los cuales ningun miembro del cuerpo social puede dispensarse.

2. La religion no se limita á echar los fundamentos de la sociedad ordenando los deberes de cada estado; ella provee además á la seguridad de la vida civil, ordenando los deberes de justicia. Y considerado esto á la luz de la conveniencia social ¿hasta qué punto lleva su rigidez en esta materia? Ella toma al prójimo bajo su proteccion, lo confia al cuidado de los más favorecidos de talento ó de fortuna; lo pone bajo su proteccion como una cosa sagrada, como un pupilo, de quien les establece tutores; prohibe tocar á su persona, perjudicar á sus bienes y lastimar su reputacion. Hágase cuanto se quiera, ella exige reparaciones prontas y proporcionadas, restituciones plenas y enteras. Finalmente; nos dice la religion, que el excudriñador de los corazones examina todas nuestras obras, declarándonos que será el vengador de nuestras injusticias, hasta de las más secretas.

Indudablemente las leyes humanas velan por el bien de la sociedad; pero carecen de la extension necesaria, y son débiles por sí mismas. En efecto, ¿dónde está la uniformidad de las leyes? Ellas difieren entre sí segun la diversidad de los países donde rigen. ¿Dónde están las leyes que no sean interpretadas á capricho por los hombres que administran? ¿Dónde están las leyes que supriman ó modifiquen los vicios? ¿En qué tribunal se juzga á los envidiosos, á los ingratos, á los detractores, á los maldicientes, esas plagas secretas de la sociedad? La religion no reprime solamente lo que es público, sino hasta lo que solo Dios ve. El Evangelio erige su tribunal en el alma; pensamientos, deseos, intenciones, motivos, todo es de su jurisdiccion. Las leyes humanas no la extienden ni pueden extenderla hasta el corazon; las cosas exteriores son las únicas que le competen, y, por consiguiente, dejan intacta la raíz del mal. Las leyes, son, á lo más, un freno para contener á los malvados con el temor del castigo; no poseen empero aquella virtud secreta que penetra en lo íntimo del hombre, lo conmueve y lo mejora.

¿Nos inspirarán mayor confianza los sentimientos de honor de que tanto se jacta el mundo? Nó; con todos esos sentimientos, el mundo no es ni más verdadero en sus palabras, ni más fiel en sus compromisos, ni más caritativo en sus discursos, ni más misericordioso para con los pobres. ¡Ah! confesémoslo, el mundo no tiene mas que la máscara del honor: solo la religion puede inspirarlo en realidad.

¿Nos inspirará mayor confianza la probidad mundana? Además de muy rara, es de suyo muy imperfecta; ella no cambia nuestra naturaleza; nos deja nuestras pasiones, nuestros vicios, ménos groseros, quizá, pero que no dejan de ser vicios y pasiones, y, por consiguiente siempre injustos.

Además de que, su imperfeccion es sumamente frágil: tiene necesidad de espectadores; faltando éstos, pierde todo el valor. Que se le ofrezca la ocasion de cometer una injusticia, y si está segura de no tener otro testigo que á sí misma, es de presumir que la consumará. Media un interés positivo en pasar por hombre honrado; mas no siempre interesa serlo en realidad, y de ahí el orígen de tantos hipócritas en punto de probidad.

Resulta pues, que solo la religion, por su fuerza persuasiva, proteje eficazmente la justicia de las relaciones entre los hombres. Paso ahora á tratar de los deberes de la caridad.

3. En la sociedad, no solo hay hombres que trabajan, compran y venden; hay tambien relaciones puramente amistosas de vecindad, de conocimiento y parentesco. Si la vida social, por punto general, parece poco atractiva, árida, y llega hasta el punto de lastimar á muchas almas, precisamente las más tiernas, es porque los hombres, ménos que una sociedad, forman una aglomeracion de individuos, que solo tratan de engañarse y explotarse recíprocamente. Una sociedad no es digna de este nombre sinó cuando sus miembros están unidos por los vínculos de una mútua estimacion y de una cordial y franca amistad. Y hé aquí porqué la religion, anhelando siempre por la felicidad de los hombres, procura por todos los medios alejar de ellos toda causa de division. Miéntras que el mundo dice: Venid, satisfaced vuestras pasiones á cualesquiera precio; sacrificadlo todo á vuestros intereses particulares; el Evangelio, por el contrario, va repitiendo: Perdonad; reprimid todo deseo ambicioso; corregid vuestro genio; no seais tercos; soportad con paciencia los defectos de vuestros hermanos; conservad la union en cuanto os sea posible.

Hé ahí, carísimos hermanos, los verdaderos principios de la civilizacion; principios que no pueden ménos de hacer verdaderamente perfecta y feliz á la sociedad que sepa regirse por ellos. La sociedad



cristiana naciente dió ese espectáculo al mundo, y este espectáculo fué otra de las causas que más contribuyeron á la conversion del mundo á Jesucristo. Todos sus miembros no formaban más que un corazon y una alma; y se les conocia tanto por el amor que mútuamente se profesaban, como por la inocencia de su vida y la pureza de sus costumbres Habia entre ellos riquezas y pobreza, mas no existian ricos ni pobres. La caridad lo hacia todo comun, bienes, comidas y hasta los deseos; reinaba una sola voluntad, la voluntad de Dios; un solo espíritu, el espíritu de Dios; un solo interés, el interés de todos. La sociedad actual no debe perder de vista ese modelo; porque solo trabajando en imitarle, es como podrá llegar á ser la sociedad verdadera; la sociedad unida, perfecta y feliz que Jesucristo quiso fundar.

Me detengo aquí, carísimos hermanos; vosotros acabad en vosotros mismos el cuadro que me he limitado á bosquejar. Todos hemos de esforzarnos en preparar este porvenir segun nuestras fuerzas, por un espíritu de órden, de dulzura y de justicia, tributando á cado uno lo que le pertenece: á Dios, la adoracion y el amor; á César, el tributo y la obediencia; á todos, nuestra ayuda y nuestros servicios. Así es como, despues de haber formado acá abajo una sociedad dulce, aunque fugaz, mereceremos gozar algun dia de la sociedad eterna de los escogidos. Amen.

---

# VIDA CRISTIANA EN EL MUNDO.

*Unusquisque inquo vocatus est, fratres, in hor permanent apud Deum.*

Cada uno, hermanos, permanezca para con Dios en el estado en que fué llamado.

(1.ª Corint. vii, 24.)

Dios no se contenta con el tributo de nuestra admiracion y reconocimiento, exije además de nosotros la obediencia del corazon; ó sea, el amor y la práctica de su ley. Jesucristo reclamaba de sus discípulos la fe más entera. A santo Tomás, que despues de haber sido incrédulo, se arrojó al fin á sus piés, exclamando: «¡Señor mio, y Dios

¿Nos inspirarán mayor confianza los sentimientos de honor de que tanto se jacta el mundo? Nó; con todos esos sentimientos, el mundo no es ni más verdadero en sus palabras, ni más fiel en sus compromisos, ni más caritativo en sus discursos, ni más misericordioso para con los pobres. ¡Ah! confesémoslo, el mundo no tiene mas que la máscara del honor: solo la religion puede inspirarlo en realidad.

¿Nos inspirará mayor confianza la probidad mundana? Además de muy rara, es de suyo muy imperfecta; ella no cambia nuestra naturaleza; nos deja nuestras pasiones, nuestros vicios, ménos groseros, quizá, pero que no dejan de ser vicios y pasiones, y, por consiguiente siempre injustos.

Además de que, su imperfeccion es sumamente frágil: tiene necesidad de espectadores; faltando éstos, pierde todo el valor. Que se le ofrezca la ocasion de cometer una injusticia, y si está segura de no tener otro testigo que á sí misma, es de presumir que la consumará. Media un interés positivo en pasar por hombre honrado; mas no siempre interesa serlo en realidad, y de ahí el orígen de tantos hipócritas en punto de probidad.

Resulta pues, que solo la religion, por su fuerza persuasiva, proteje eficazmente la justicia de las relaciones entre los hombres. Paso ahora á tratar de los deberes de la caridad.

3. En la sociedad, no solo hay hombres que trabajan, compran y venden; hay tambien relaciones puramente amistosas de vecindad, de conocimiento y parentesco. Si la vida social, por punto general, parece poco atractiva, árida, y llega hasta el punto de lastimar á muchas almas, precisamente las más tiernas, es porque los hombres, ménos que una sociedad, forman una aglomeracion de individuos, que solo tratan de engañarse y explotarse recíprocamente. Una sociedad no es digna de este nombre sinó cuando sus miembros están unidos por los vínculos de una mútua estimacion y de una cordial y franca amistad. Y hé aquí porqué la religion, anhelando siempre por la felicidad de los hombres, procura por todos los medios alejar de ellos toda causa de division. Miéntras que el mundo dice: Venid, satisfaced vuestras pasiones á cualesquiera precio; sacrificadlo todo á vuestros intereses particulares; el Evangelio, por el contrario, va repitiendo: Perdonad; reprimid todo deseo ambicioso; corregid vuestro genio; no seais tercos; soportad con paciencia los defectos de vuestros hermanos; conservad la union en cuanto os sea posible.

Hé ahí, carísimos hermanos, los verdaderos principios de la civilizacion; principios que no pueden ménos de hacer verdaderamente perfecta y feliz á la sociedad que sepa regirse por ellos. La sociedad



cristiana naciente dió ese espectáculo al mundo, y este espectáculo fué otra de las causas que más contribuyeron á la conversion del mundo á Jesucristo. Todos sus miembros no formaban más que un corazon y una alma; y se les conocia tanto por el amor que mútuamente se profesaban, como por la inocencia de su vida y la pureza de sus costumbres Habia entre ellos riquezas y pobreza, mas no existian ricos ni pobres. La caridad lo hacia todo comun, bienes, comidas y hasta los deseos; reinaba una sola voluntad, la voluntad de Dios; un solo espíritu, el espíritu de Dios; un solo interés, el interés de todos. La sociedad actual no debe perder de vista ese modelo; porque solo trabajando en imitarle, es como podrá llegar á ser la sociedad verdadera; la sociedad unida, perfecta y feliz que Jesucristo quiso fundar.

Me detengo aquí, carísimos hermanos; vosotros acabad en vosotros mismos el cuadro que me he limitado á bosquejar. Todos hemos de esforzarnos en preparar este porvenir segun nuestras fuerzas, por un espíritu de órden, de dulzura y de justicia, tributando á cado uno lo que le pertenece: á Dios, la adoracion y el amor; á César, el tributo y la obediencia; á todos, nuestra ayuda y nuestros servicios. Así es como, despues de haber formado acá abajo una sociedad dulce, aunque fugaz, mereceremos gozar algun dia de la sociedad eterna de los escogidos. Amen.

---

# VIDA CRISTIANA EN EL MUNDO.

*Unusquisque inquo vocatus est, fratres, in hor permanent apud Deum.*

Cada uno, hermanos, permanezca para con Dios en el estado en que fué llamado.

(1.ª Corint. vii, 24.)

Dios no se contenta con el tributo de nuestra admiracion y reconocimiento, exije además de nosotros la obediencia del corazon; ó sea, el amor y la práctica de su ley. Jesucristo reclamaba de sus discípulos la fe más entera. A santo Tomás, que despues de haber sido incrédulo, se arrojó al fin á sus piés, exclamando: «¡Señor mio, y Dios

mio!» (XX, 28), le dijo: — «Tú has creido, ¡oh Tomás! porque me has visto: bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creido.» Y á nosotros todos nos hizo esta declaracion solemne: «No todo aquel que me dice, ¡Oh Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos, sinó aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial. (MATH. VII, 21.)»

A la manera que un hombre cuerdo, que quiere construir un edificio, excava el terreno hasta encontrar para el cimiento un terreno cuya solidez sea proporcionada á la grandeza é importancia del monumento que se propone levantar; así Jesucristo, para asentar sólidamente el edificio de nuestra santificacion, tuvo cuidado de proporcionarle las bases inquebrantables de la fe. Empezó por dirigir á la tierra estas admirables palabras, cuyo resúmen, no ménos sencillo que breve, puede ser aprendido y repetido por el niño del campo, así como su magnificencia y profundidad ha ejercitado los más sublimes génios. Pero, ¿cuál es el coronamiento de este edificio? Este coronamiento se reasume en las siguientes palabras: «Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.» (MATTH. VI, 48.)—«Si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.» (ID. XX). «Porque vosotros sois el linaje escojido, una clase de sacerdotes reyes, gente santa; para publicar las grandezas de Aquel que os sacó de las tinieblas á su luz admirable.» (I. PET. II, 9).

Las palabras que de los lábios de Jesucristo descienden á nuestro corazon, son palabras de vida que han de producir fruto; son un tesoro del cual pedirá rigorosa cuenta á cuantos las hayan recibido. ¡Ay del servidor negligente y perezoso que hubiere escondido este tesoro sin hacerle producir nada! este será tratado al igual del siervo malo é infiel, y arrojado á las tinieblas de á fuera, allí será el llorar y el crujir de dientes (MATTH. XXV, 30). Para que á vosotros no os suceda semejante desgracia, voy á demostraros que todos somos llamados á la perfeccion, y que todos podemos alcanzarla en el estado en que nos ha colocado la Providencia. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Todos vosotros, amados hermanos mios, conoceis las verdades enseñadas por Jesucristo: se os han dicho y repetido con frecuencia. Todos sabeis que la vocacion al cristianismo es una vocacion á la santidad. Pero cuando nosotros, en nombre del Señor, os recomendamos la práctica de una vida santa y cristiana, ¿somos escuchados? ¿No vemos renovarse todos los dias la parábola del festin del Evangelio? «Cuando todo estaba dispuesto, nos dice Jesucristo, el amo envió sus criados á decir á los convidados: Venid, el festin está preparado. Y todos empezaron como de concierto á excusarse, alegando, este, que acababa de comprar una granja, y necesitaba verla; aquel, que acababa de casarse; el otro, que habia comprado cinco yuntas de bueyes y debia ir á probarlas.» (LUC. XIV, 18, 19, 20.) Lo mismo acontece con nosotros, carísimos hermanos; uno de los escollos más habituales con que tropieza nuestro celo, cuando os invitamos á llevar una vida conforme al Evangelio, y digna del carácter sagrado con que habeis sido marcados en el dia de vuestro bautismo, ¿no es por ventura el que encontramos en las necesidades y en los apremios de vuestra vida habitual? como si fuera imposible conciliar las exigencias de vuestra posicion con los deberes de la vida cristiana.



¿No veis, se nos dice de todas partes, cuántos cuidados y atenciones nos invaden? Ignorais acaso, nos dice el artesano, ó quien trabaja penosamente la tierra, ¿ignorais que para proveer á las necesidades de mi familia, debo siempre levantarme antes de salir el sol para entregarme á un rudo trabajo, que con frecuencia no he podido concluir cuando por la tarde él se retira del horizonte para ir á iluminar otro hemisferio? ¿No sabeis, añade el hombre de negocios, y el que está al frente de una casa de comercio, qué graves riesgos se corren en una empresa cualquiera? Ella reclama toda nuestra atencion, todo nuestro cuidado, y no nos deja tiempo para pensar en otra cosa. ¡Qué de precauciones no necesitamos para combinar todos los detalles de un negocio! ¡qué de vigilancia para superar los obstáculos que podrian comprometerlo! ¡qué perseverancia para no estrellarse aún dentro del puerto! No os admireis, pues, si aplazamos para otra época el cuidado de nuestros asuntos espirituales. Léjos estamos de querer renunciar los derechos y prerogativas de nuestra vocacion; sabemos muy bien que el título de cristiano nos impone ciertos deberes, y dia vendrá en que procuraremos satisfacer estas sagradas obligaciones. Aguardad que llegue para nosotros la hora del descanso; aguardad que hayamos redondeado nuestra posicion mercantil y asegurado el porvenir de nuestra familia; vereis entónces cuán dóciles nos hallareis á vuestros consejos, y aún dispuestos á reparar el tiempo perdido.

¡Triste y funesta ilusion, hermanos mios! ¿Qué seguridad teneis de alcanzar ese término que fijais á vuestros trabajos? Miéntras sea lisonjero el resultado de vuestras especulaciones, ¿resistireis al deseo de aumentar vuestra fortuna? ¿Y si un revés inesperado llega á comprometer esta fortuna, ¿no os dedicareis con ardor febril á reparar

por medio de nuevas tentativas la brecha abierta á vuestro crédito y á restablecer vuestra posicion? Y creeis acaso que podreis dominar á vuestro gusto este torrente de negocios que os arrebata? Cuanto más metidos os veais en ellos, más lazos tendreis que romper. Los servicios que habreis prestado, serán para vuestros clientes y amigos, y quizás para la patria, otras tantas prendas de los que esperan de nuevo de vosotros.

Y vosotros, los que en una esfera más humilde, os figurais que al fin llegará el dia de vuestro descanso, y, con él, podreis libremente ocuparos en el servicio de Dios, ¿no os formais tambien una peligrosa ilusion? ¿Creeis acaso que despuntará para vosotros la aurora de semejante dia?

¿Quién puede, pues, garantirnos que Dios nos aguardará hasta el término que á nosotros nos place fijar? Y si en medio de las mayores prosperidades nada hemos hecho por él, las terribles luces de la eternidad nos harán comprender demasiado tarde ¡ay! las ilusiones de nuestra vida, y la abrumadora verdad de este oráculo de Jesucristo: «¿De qué le servirá al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?» (Matth. xvi, 26.)

¿Por qué, hermanos mios, hemos de dividir en dos partes nuestra vida, la una para la naturaleza y el mundo, y la otra para el cuidado de nuestra alma y el servicio de Dios? ¿Qué hay de inconciliable entre las exigencias de nuestra posicion en el mundo, y el cumplimiento de los preceptos de la religion? ¿Dónde hemos hallado que la vida cristiana, el cuidado de nuestra salvacion y la obediencia á la ley de Dios, constituyan una vida aparte, durante la cual no debemos marchar por la carrera que la Providencia divina ha abierto ante nosotros? El sentimiento religioso y la práctica de los deberes que él nos impone, ¿no son de todas las edades y de todas las condiciones de la vida? Sí, hermanos mios, y estos deberes bastan para hacer excelentes y dignas de Dios todas las profesiones que no son contrarias al honor y á la conciencia.

Indudablemente habrá siempre en la Iglesia almas magnánimas destinadas por Dios á seguir vocaciones excepcionales. Habrá siempre corazones dispuestos á escuchar con placer estas palabras de abnegacion y de sacrificio, que nos dirige Jesucristo: «Anda, y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres: vén despues, y sígueme.» (Matth. xix, 21). Mas, como dice el mismo Salvador: «No todos son capaces de esta resolucion.» (Matth. xix, 11). Y sin embargo todos son llamados á la salvacion; y todos pueden salvarse sin abandonar la vida comun, con tal que penetre en ella el elemento divino, y de suerte que todas sus operaciones vayan dirigidas por el pensamiento y el amor de Dios.



Esto es lo que Dios enseñó al pueblo antiguo cuando le dijo por boca de Moisés: «El precepto que yo te intimo hoy, no está sobre tí, ni puesto léjos de tí, ni situado en el cielo, de suerte que puedas decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo para que nos traiga ese mandamiento? Ni está situado á la otra parte de los mares, para que te excuses y digas: ¿Quién de nosotros podrá atravesar los mares, y traérnosle de allá? Sinó que el dicho mandamiento está muy cerca de tí, en tu boca está, y en tu corazon para que le cumplas.» (Deut. xxx).

Esto mismo predicaba el santo Precursor á la muchedumbre que acudia á oirle en el desierto, y á pedirle sus consejos, dispuesta á seguirlos con valor. No les decia: Abandonad vuestro estado; sea vuestra vida semejante á la que yo llevo, cerca de treinta años há, en la soledad; sinó que les decia: «Cumplid desde hoy religiosamente los deberes que vuestro respectivo estado os impone; vosotros, publicanos, continuad en el banco de las alcabalas, si así os parece, pero no exijais más de lo que os está ordenado. Vosotros, soldados, conservad vuestra espada para la defensa de la pátria, pero no hagais extorsiones á nadie, ni useis de fraude: y contentaos con vuestras pagas.» Finalmente, decia á todos: «Sed generosos y caritativos; el que pueda, vista y alimente á su hermano que se halla en necesidad.» (Luc. iii, 13 et 14).

Por último, hé aquí lo que San Pablo, el doctor de las naciones, decia y repetia á los primitivos cristianos. Estos, en el fervor de su conversion, parece temian que los deberes del estado en que se hallaban siendo paganos, no era digna de su nueva vida y de la santidad de su vocacion; y consultaban con el Apóstol acerca de lo que debian practicar para corresponder más perfectamente al glorioso título de hijos de Dios que habian recibido en el bautismo: «Desterrad toda inquietud,» escribia á los fieles de Corinto, que le habian consultado sobre el particular, ó más bien á los fieles de todas las Iglesias, puesto que contestaba á todos en idénticos términos (I. Cor. vii, 17): «Manténgase cada uno en el estado que tenia cuando Dios le llamó.» (Id. 20.) «¿Estais ligados á una mujer con los lazos del matrimonio? No busqueis desligaros: estos lazos son sobrenaturales y sagrados en Jesucristo y en su Iglesia; servirán para que marido y mujer os ayudeis mútuamente en la obra de vuestra santificacion interior, y, bajo la influencia de vuestros ejemplos, vuestros hijos sean santos. ¿Os hallais en la triste condicion de la esclavitud? No os turbeis: si Dios rompe vuestras cadenas, le bendecireis; sinó, recordad que, li-

bres ó esclavos, todos somos siervos de Jesucristo, redimidos con sangre divina. ¿Sois ricos? No os dejeis dominar por el orgullo; no fundeis vuestras esperanzas en las riquezas caducas, sinó en Dios, que tan pródigo ha sido con vosotros. Obrad bien, enriqueceos de buenas obras, repartid liberalmente vuestros bienes, y así atesorareis un buen fondo para lo venidero, á fin de alcanzar la vida eterna, la única verdadera.» (I Timot. vi, 17, 18, 19.)

2. Las obligaciones inherentes al estado civil en que la divina Providencia le plugo colocaros, no os sirvan, hermanos mios, de falso pretexto contra Dios y contra vosotros mismos; porque, sin perjuicio de vuestros deberes y sin tener que renunciar á ninguna de vuestras legítimas aspiraciones, encontrareis en este estado los elementos, y hasta la perfeccion de la vida cristiana á que habeis sido llamados. (I Cor. vii, 24.) El medio para alcanzarla no consiste en el tiempo más ó ménos largo de que podais disponer para los ejercicios religiosos, sinó en las disposiciones habituales del corazon y en la tendencia de la voluntad.

Sí; la vida de cuantos ganais vuestro pan con el sudor de vuestra frente, será verdaderamente cristiana, si empezais cada dia vuestro trabajo invocando á Dios, y despues de haberle adorado como á vuestro soberano Señor, é invocado como al más tierno y generoso de los padres, emprendeis vuestros trabajos con conciencia y valor; y al regresar á vuestra casa buscais el descanso, dulce y agradable en compañía de vuestra mujer y de vuestros hijos; si consagrais á las necesidades de vuestra familia el fruto de vuestros sudores; si el domingo, despues de haber satisfecho á Dios vuestra deuda de reconocimiento y de amor, dedicais lo restante de este dia á los goces de la vida interior y del hogar doméstico, ejerciendo en él la bienhechora influencia de que la religion y la naturaleza han investido al padre de familia. De esta suerte vuestra vida será una vida cristiana. Decidme ahora, para conseguir todo eso, ¿cuánto tiempo tendreis que sustraer á las exigencias de vuestro estado? Haced la experiencia, y ganareis mucho, yo os lo aseguro. Vuestras fuerzas y vuestra salud doblarán vuestra energía; vuestra alma será más ardorosa, más ingeniosa para el trabajo, y vuestra existencia más tranquila. ¡Qué elementos tan preciosos para el cielo y la fecundidad del trabajo!

Lo que he dicho del artesano, lo digo tambien de todas las demás condiciones de la sociedad. Proseguid, carísimos hermanos, en vuestros negocios con la perseverancia que os dicta el corazon; trabajad en consolidar vuestra fortuna y en procurar el establecimiento de vuestra familia; servid noblemente al Estado ó á la pátria en la carrera que Dios os ha abierto, y en la cual esperais serle útil. Esas diversas vocaciones entran en el órden general de la divina Providencia. Ella es la que distribuye á cada uno las facultades y las aptitudes que le permiten esperar el resultado de sus esfuerzos. Llenando los deberes de vuestro estado, marchais por un camino seguro, y que os conducirá ciertamente á Dios, con tal que, al atender á vuestros intereses temporales, permanezcais fieles á las leyes sagradas del honor, de la justicia, de la caridad; veleis sobre vuestra alma para que con el cuidado de las cosas de la tierra no pierda de vista los bienes eternos, y busqueis cada dia, por algunos instantes siquiera, en la oracion y en la meditacion de la ley de Dios, y de tiempo en tiempo, en la participacion de los divinos sacramentos, el descanso y refrigerio necesarios á vuestro espíritu y á vuestro corazon, para reanimar sus fuerzas y robustecerlas contra las decepciones harto comunes en el manejo de los negocios, la embriaguez de la fortuna.



Espero, carísimos hermanos, que recibireis con docilidad de corazon las exhortaciones que acabo de dirigiros. Porque, finalmente, ¿qué os pido? No que abandoneis vuestras legítimas esperanzas, ni que trastorneis vuestro sistema de vida; sinó que lo perfeccioneis. ¿Somos tan solo hijos de la tierra? Además de los bienes de acá abajo, ¿no tenemos otros que esperar? Dignándose el Hijo de Dios hacerse hijo del hombre, los hijos de los hombres han pasado á ser hijos de Dios; y ¿pueden éstos sin cometer un crímen, separar sus destinos de la tierra de sus destinos celestiales? Aún cuando fuese preciso descuidar los unos en detrimento de los otros, la eleccion del hombre prudente no podria ser dudosa: el tiempo deberia ser sacrificado á la eternidad; mas no nos hallamos en esta alternativa. La pureza del corazon y la rectitud de las intenciones ennoblecen y santifican las acciones del cristiano. Si los actos de la vida material pueden ser dirigidos á la gloria de Dios, como dice el Apóstol á los Corintios (I, x, 31); ¿cuánto más lo podrán ser esas relaciones mercantiles, esos cuidados incesantes que dedicais á vuestros negocios, esos deberes interiores que á cada instante ejercen vuestra solicitud para asegurar vuestra mútua felicidad y dirigir la educacion de vuestros hijos? ¡Ah, carísimos hermanos! presida siempre el amor de Dios á todos esos actos, y sin perder ni una sola de las ventajas á que podeis aspirar en la tierra, acumulareis copiosos méritos para el cielo. Grabad en vuestro corazon esta sentencia de Jesucristo: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura» (Matth, vi, 33); y estotra del Apóstol: «La piedad sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente y de la futura» (I. Tim. iv,

8), y con vuestras mismas ocupaciones os labrareis una corona inmortal, que os deseo á todos.

---

# VIDA CRISTIANA.

## (PRÁCTICAS DE UNA)

*Ambula coram me, et esto perfectus.*
Camina *como siervo fiel* delante de mí, y sé perfecto.
(GEN. XVII, 1.)

La vida cristiana consiste, carísimos hermanos, no en obras raras y extraordinarias, sinó en el *puntual cumplimiento de los deberes de cada dia*. Así es como el niño Jesús, *ocupado sin cesar en lo que su Padre queria de él, crecia en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres* (LUC. II, 49, 52).

*Caminad delante de mí y sereis perfectos.* Caminareis delante de Dios, si teneis á Dios presente en todo lo que practicais, y si vuestro pensamiento y corazon se elevan constantemente á él. Sereis perfectos, hermanos mios, si imitais la vida de Jesucristo; si ofreciéndole todas vuestras acciones, las unís á las suyas, en espíritu de fe, de obediencia y de amor.

Sí, hermanos mios; hemos de ser santos: ó lo somos, ó nos perdemos para siempre. Cuando el Hijo de Dios venga á juzgar la tierra, el género humano se dividirá en dos partes; á su derecha los santos, y á su izquierda los réprobos: no habrá lugar intermedio, y sobre esto hemos de decidirnos.

Pidamos hoy á Jesucristo que nos santifique con su gracia, que nos afirme en su amor y nos haga suaves y fáciles los deberes que su ley nos impone; deberes que voy á exponer uno á uno para grabarlos bien en vuestros corazones á fin de que en toda vuestra vida seais fieles á ellos.

Estos deberes son: 1.° *la Oracion; la asistencia al Oficio divino, y al santo sacrificio de la Misa;* 2.° *frecuentar los Sacramentos, y practicar buenas obras.*



1. La oracion es una de las principales obligaciones del cristiano. Conviene orar perseverantemente, dice Jesús (LUC. XVIII, 5). *Todo lo que pidiereis en mi nombre, mi Padre os lo dará* (JOANN. X, 30). *La oracion del humilde penetra en los cielos* (ECCLI. XXXV, 21). *Orad pues, orad sin cesar*, añade S. Pablo (I. THESS. V, 16).

La oracion, carísimos hermanos, es el fundamento de las virtudes, el lazo del cielo y de la tierra, el acto de la voluntad que se vuelve á su Dios; es como el latido del corazon que anuncia la vida y la sostiene. El que no ora es muerto. Por eso os digo con Jesucristo: *Conviene orar perseverantemente*; y con S. Pablo: *Orad sin cesar*. Orad por la mañana al despertar y durante el dia, á fin de atraer la bendicion de Dios sobre todo lo que obrais, y por la noche, ántes del descanso, pues la noche tambien pertenece al Señor (PSALM. LXXIII, 16), y debemos ofrecerle el sueño.

Algunos *honran* á Dios con los *lábios* (MARC. VII, 6); le invocan, pero sin fe, sin deseo, sin amor, con un espíritu distraido y lleno de pensamientos extraños. Esos no oran, pues no hay más oracion que la del alma. *Vosotros, cuando hubiereis de orar*, dice Jesús á sus apóstoles, *entrad en vuestro aposento, y cerrada la puerta, orad en secreto á vuestro Padre, y vuestro Padre, que ve lo más secreto, os premiará en público* (MATTH. VI, 6). Habladle confiados, *como un amigo hábla á su amigo* (EXOD. XXIII, 11). Si teneis necesidades, decídselas; si penas, vertedlas en su corazon. ¿Quién os ama tanto como Dios, y quién como él puede consolaros?

Os recomiendo tambien para toda vuestra vida, pues es un deber riguroso, la asistencia á los oficios divinos, es decir, á la oracion pública y comun, que es la más eficaz, segun estas palabras: *Cuando están reunidos dos ó tres en mi nombre, estoy en medio de ellos* (MATTH. XVIII, 20). Allí anuncian la palabra de Dios aquellos á quienes se ha dicho: *Id, y enseñad á todas las naciones* (IBID. XXVIII, 19). Allí, sobre todo, tomais parte en el formidable sacrificio que se consuma invisiblemente en el altar.

Y cada vez que oís la santa Misa, hermanos mios, ¿sabeis lo que pasa á vuestros ojos?

El mundo estaba perdido; Dios habia pronunciado la sentencia de muerte contra todos los hombres. Entónces el Hijo de Dios, el Hijo eterno del Padre, su Sabiduría, su Verbo, resolvió unirse á la naturaleza humana, hacerse hombre como ellos para salvarles. Debíase á Dios una víctima de infinito precio. El Verbo dijo: *Aquí estoy* (PSALM. CXXXIX, 8). Todos los dolores del alma y del cuerpo, todas las angustias de la muerte, el Salvador Jesús quiso sufrirlas. De lo alto de la

cruz su sangre corrió sobre el género humano, y el gran sacrificio quedó consumado.

Este sacrificio, como lo predijeran los profetas, reproducido cada dia de un modo incruento, se perpetuará hasta el fin de los siglos. *Desde levante á poniente se ofrece al Señor una ofrenda pura* (MALACH. I, 11); y esta ofrenda es su cuerpo, su sangre, toda su humanidad unida al Verbo, y realmente presente bajo las apariencias de pan y vino. Cuando el sacerdote sube al altar, investido de su potestad, ejerce el oficio del sumo pontífice, *segun el órden de Melquisedech* (HEBR. V, 10). Mediador como él y en él, interpone entre el hombre culpable y la eterna justicia la hostia propiciatoria, el Cordero inmolado en el Calvario, á fin de aplicar y derramar el fruto de su redencion; pronuncia las palabras sagradas, y al punto desaparecen los símbolos: el pan y el vino se trasforman en su cuerpo y su sangre, y él está allí, como en la cruz, en estado de víctima. Dios mira y se aplaca; los ángeles adoran temblando, y una virtud secreta reanima en toda la creacion las fuentes de la vida.

¡Oh maravilloso poder de Dios! ¡oh bondad encantadora! Mi espíritu se abisma, oh Salvador Jesús, en este misterio de misericordia y de ternura, el cual asombra y confunde mi débil inteligencia, y, sin embargo, creo sin vacilar, creo *en el amor que nos tienes* (I. JOAN. IV, 16). No seria el amor de un Dios, si la criatura pudiese medir su extension y concebir sus prodigios. ¡Oh Jesús! ¡oh Redentor nuestro! ¡con qué recogimiento, con qué respeto profundo debemos asistir al divino sacrificio! Destierra pues, destierra de nuestro espíritu cuanto pudiera distraerle, y haz que te adoremos como los ángeles, con un corazon humilde y puro, olvidados absolutamente de todo lo que es extraño á tí.

2. Debe además el cristiano frecuentar los sacramentos y practicar buenas obras. Empezemos por el sacramento de la penitencia. ¿Qué hacen los más de los hombres, sinó cerrar los oidos á la voz de Dios, luchar contra su misericordia y buscar pretextos para perderse? Algunos se rien altamente de su Salvador y de su Juez; otros dicen: No hemos de creer todo lo que cree el pueblo. ¿A qué confesarse?

¿Qué debeis contestar, hermanos mios, á los que hablan en términos tan impíos? Nada; dejad que responda su propia conciencia. Los que así hablan son sus lábios, pero la verdad grita interiormente en el fondo de esos rebeldes corazones. Les atormenta de dia y de noche. Tienen á *Moisés y los profetas* (LUC. XVI, 29); tienen la Iglesia, divinamente inspirada, y su testimonio universal por espacio de diez y ocho siglos. ¿Y á quién escucharán, si no la escuchan?



Todo hombre es pecador, y para que sus pecados le sean perdonados, es necesario que se confiese á los que han recibido de Dios el poder de retener y remitir los pecados. Tal es tambien nuestra ley, hermanos mios; tal es nuestro yugo cuando hemos pecado. Resolveos desde hoy. El orgullo, la vergüenza querrán en vano conteneros: los vencereis con valor. ¿Por qué ha de avergonzarse la criatura de humillarse ante Dios, y el pecador de decir á su Dios: *Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí* (LUC. XV, 21)? Y aunque esta humilde confesion costase algo más á la naturaleza humana, ¿qué es la saludable confusion de un momento al lado del eterno oprobio del infierno? Amad la confesion, carísimos hermanos, considerándola como *la tabla de salvacion despues del naufragio*, y dando las gracias á Dios por haber instituido este sacramento de su misericordia.

Amad tambien la frecuente recepcion del sacramento de la Eucaristía, que es el mayor escudo de la pureza de la vida, al par que la mejor preparacion para la muerte. A los que poseen á Jesucristo no les queda más deseo que continuar poseyéndole; y este deseo, siempre creciente, aumenta sin cesar su horror al pecado, que puede apartarles de él, miéntras los hijos del siglo *arrastran con dolor hasta el sepulcro una larga cadena de esperanzas frustradas*. Los que ponen toda su esperanza en el cielo no son tentados por los bienes de la tierra, ni atormentados por sus males; su alma está en otra parte, por lo cual atraviesan en paz *el valle de lágrimas*, guiados por la luz de Jesucristo, que les muestra en lontananza la pátria verdadera. Y si algunas veces cede su naturaleza extenuada; si al parecer sucumben á la fatiga y dicen al Salvador: *Deja que me refresque un poco antes de irme, y ya no existiré* (PSALM. XXVIII, 14), entónces se sienta junto á ellos y les hace descansar en su seno, como en él descansó el discípulo muy amado en la última cena; y este descanso es la imágen y como las santas primicias del descanso eterno que les espera.

Son necesarias, por último, las obras buenas, sin las cuales la fe está muerta. Todos somos plantas del jardin de la Iglesia, y el Salvador nos dice, que la planta infructuosa será arrojada al fuego.

*Para llenar este punto véanse los tratados:* OBRAS BUENAS, *y* OBRAS DE MISERICORDIA; *así como para ampliar los puntos precedentes pueden consultarse los diferentes tratados á que se refieren sus títulos.*

VIDA INÚTIL; véase: OCIOSIDAD.

VIDA MUNDANA; véase: RICO AVARIENTO.

VIEJOS; véase: ANCIANIDAD.

---

# VIGILANCIA.

*Cum dormirent homines, venit inimicus ejus, et super seminavit zizania in medio tritici.*

Al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo, y sembró zizaña en medio del trigo.

(MATTH. XIII, 25.)

En este lugar, como en otros varios, el Evangelio nos habla del campo y del trigo, pero de trigo mezclado con zizaña. El dueño del campo sembró en la estacion más propicia trigo escogido, y destinó algunos hombres á guardar el sembrado: mas los guardas, cansados de velar, se durmieron. Esto bastó para que el enemigo, aprovechando la ocasion, se introdujese en el campo y sembrase encima del trigo abundante zizaña: *Cum dormirent homines, venit inimicus ejus, et super seminavit zizania in medio tritici.* Este campo, segun dice el mismo Jesucristo, es el mundo, donde hay hombres buenos y hombres malos. Los buenos son representados por el trigo, y los malos por la zizaña. Dios no cesa nunca de derramar sobre este místico campo la preciosa semilla de su gracia para que dé frutos de justicia y santidad; pero al mismo tiempo el enemigo de nuestra alma procura derramar sobre él la perniciosa semilla de la zizaña, para que produzca frutos de iniquidad. Es evidente que con esta parábola, Jesucristo se propuso inculcarnos el deber que tenemos de velar atentamente por la seguridad de nuestra alma, que Dios ha puesto bajo nuestra vigilancia. La necesidad de la vigilancia cristiana, ved aquí, pues, oyentes mios, el importante asunto que me propongo tratar en el presente discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No me atreveré á decir si los guardas del campo evangélico sabian que hubiese en las inmediaciones algun enemigo, y que durmiéndose, pudiesen darle favorable ocasion de ejecutar sus perversos designios en perjuicio del amo. Si lo sabian, merecian, en verdad, las más severas reprensiones y el castigo más riguroso por haberse dormido. Pero á mí no me importa, oh cristianos, investigar la conducta de aquellos hombres, sinó examinar y poneros de manifiesto la vuestra, para que veais si en la custodia de vuestra alma procedeis ó nó con el celo y la solicitud que os recomienda el divino Maestro. Vosotros no podeis ignorar que teneis á vuestro alrededor muchos y temibles enemigos, y que vuestro campo está situado en medio de espesos y sombríos bosques, guarida de infames raptores que están aguardando la noche y la hora del sueño para salir de sus madrigueras y causaros gravísimos daños. Mas, sin embargo, cuando veo que pasais tantas horas descansando tranquilamente, me inclino á creer, que pensais que vuestros enemigos están léjos de vosotros, siendo así que os están sumamente cercanos. Pues sabed que cuantas cosas sensibles veis al rededor vuestro, pueden ser otros tantos traidores enemigos y sembradores de zizaña. Y miéntras que éstos desde sus escondrijos están acechando la ocasion de echárseos encima, ¿se la facilitareis vosotros mismos con vuestro culpable descuido? Estos terribles adversarios los tenemos con frecuencia en nuestras mismas casas y entre las personas más allegadas; pues como dijo Jesucristo, en confirmacion de una sentencia profética, los enemigos del hombre son los de su casa: *Inimici hominis domestici ejus* (MATTH, X). Las personas unidas con los más estrechos vínculos de la sangre se hacen muchas veces una guerra cruel; y bajo la mentida apariencia de la amistad, se ocultan las más grandes felonías. ¡Cuántas veces, decia San Juan Crisóstomo, la mujer puso lazos á su marido, y los amigos y los hijos se arruinaron mútuamente! *Sæpe uxor ipsa non advertentibus laqueus facta est, sæpe filii, amici sæpe.* La casa de David ofreció una tristísima prueba de esto en la persona del incestuoso Amnon, cuando con inaudita osadía violó á su hermana Tamar. Además, tenemos nosotros un grande enemigo en nuestra rebelde carne, que, corrompida por el pecado, nos inclina contínuamente al mal: *Hic hostis*, escribia San Jerónimo, *hic hostis in nobis inclusus est, quocumque pergimus, portamus inimicum.* Y lo peor es, que nos vemos obligados á sustentar á este enemigo con los mismos alimentos que tomamos para nuestra subsistencia, viniendo de este modo á darle mayor fuerza y vigor para combatirnos. Ni podemos esperar nunca paz ni tregua alguna de su parte; porque nace con nosotros y no nos abandona hasta la muerte. Hay en nuestro mismo cuerpo varias puertas, por las cuales, si no las tenemos bien custodiadas, entra el enemigo y causa gravísimos y tal vez mortales daños al alma. Puede entrar por los ojos, por medio de

VIDA MUNDANA; véase: RICO AVARIENTO.

VIEJOS; véase: ANCIANIDAD.

---

# VIGILANCIA.

*Cum dormirent homines, venit inimicus ejus, et super seminavit zizania in medio tritici.*

Al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo, y sembró zizaña en medio del trigo.

(MATTH. XIII, 25.)

En este lugar, como en otros varios, el Evangelio nos habla del campo y del trigo, pero de trigo mezclado con zizaña. El dueño del campo sembró en la estacion más propicia trigo escogido, y destinó algunos hombres á guardar el sembrado: mas los guardas, cansados de velar, se durmieron. Esto bastó para que el enemigo, aprovechando la ocasion, se introdujese en el campo y sembrase encima del trigo abundante zizaña: *Cum dormirent homines, venit inimicus ejus, et super seminavit zizania in medio tritici.* Este campo, segun dice el mismo Jesucristo, es el mundo, donde hay hombres buenos y hombres malos. Los buenos son representados por el trigo, y los malos por la zizaña. Dios no cesa nunca de derramar sobre este místico campo la preciosa semilla de su gracia para que dé frutos de justicia y santidad; pero al mismo tiempo el enemigo de nuestra alma procura derramar sobre él la perniciosa semilla de la zizaña, para que produzca frutos de iniquidad. Es evidente que con esta parábola, Jesucristo se propuso inculcarnos el deber que tenemos de velar atentamente por la seguridad de nuestra alma, que Dios ha puesto bajo nuestra vigilancia. La necesidad de la vigilancia cristiana, ved aquí, pues, oyentes mios, el importante asunto que me propongo tratar en el presente discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No me atreveré á decir si los guardas del campo evangélico sabian que hubiese en las inmediaciones algun enemigo, y que durmiéndose, pudiesen darle favorable ocasion de ejecutar sus perversos designios en perjuicio del amo. Si lo sabian, merecian, en verdad, las más severas reprensiones y el castigo más riguroso por haberse dormido. Pero á mí no me importa, oh cristianos, investigar la conducta de aquellos hombres, sinó examinar y poneros de manifiesto la vuestra, para que veais si en la custodia de vuestra alma procedeis ó nó con el celo y la solicitud que os recomienda el divino Maestro. Vosotros no podeis ignorar que teneis á vuestro alrededor muchos y temibles enemigos, y que vuestro campo está situado en medio de espesos y sombríos bosques, guarida de infames raptores que están aguardando la noche y la hora del sueño para salir de sus madrigueras y causaros gravísimos daños. Mas, sin embargo, cuando veo que pasais tantas horas descansando tranquilamente, me inclino á creer, que pensais que vuestros enemigos están léjos de vosotros, siendo así que os están sumamente cercanos. Pues sabed que cuantas cosas sensibles veis al rededor vuestro, pueden ser otros tantos traidores enemigos y sembradores de zizaña. Y miéntras que éstos desde sus escondrijos están acechando la ocasion de echárseos encima, ¿se la facilitareis vosotros mismos con vuestro culpable descuido? Estos terribles adversarios los tenemos con frecuencia en nuestras mismas casas y entre las personas más allegadas; pues como dijo Jesucristo, en confirmacion de una sentencia profética, los enemigos del hombre son los de su casa: *Inimici hominis domestici ejus* (MATTH, X). Las personas unidas con los más estrechos vínculos de la sangre se hacen muchas veces una guerra cruel; y bajo la mentida apariencia de la amistad, se ocultan las más grandes felonías. ¡Cuántas veces, decia San Juan Crisóstomo, la mujer puso lazos á su marido, y los amigos y los hijos se arruinaron mútuamente! *Sæpe uxor ipsa non advertentibus laqueus facta est, sæpe filii, amici sæpe.* La casa de David ofreció una tristísima prueba de esto en la persona del incestuoso Amnon, cuando con inaudita osadía violó á su hermana Tamar. Además, tenemos nosotros un grande enemigo en nuestra rebelde carne, que, corrompida por el pecado, nos inclina contínuamente al mal: *Hic hostis*, escribia San Jerónimo, *hic hostis in nobis inclusus est, quocumque pergimus, portamus inimicum.* Y lo peor es, que nos vemos obligados á sustentar á este enemigo con los mismos alimentos que tomamos para nuestra subsistencia, viniendo de este modo á darle mayor fuerza y vigor para combatirnos. Ni podemos esperar nunca paz ni tregua alguna de su parte; porque nace con nosotros y no nos abandona hasta la muerte. Hay en nuestro mismo cuerpo varias puertas, por las cuales, si no las tenemos bien custodiadas, entra el enemigo y causa gravísimos y tal vez mortales daños al alma. Puede entrar por los ojos, por medio de

las miradas; y ¡ay de mí! ¡qué de estampas y pinturas lascivas, qué de libros obscenos, qué de objetos injuriosos vemos hoy por todas partes con riesgo inminente de nuestra honestidad! Puede entrar por los oidos, con los discursos maliciosos, con los grandes errores que hoy dia se propalan en materias de religion, con los vocablos equívocos, con las máximas impías, con las tiernas palabras proferidas para inspirar esperanzas pecaminosas. Puede entrar por medio de la lengua con la murmuracion y las malas conversaciones; puede entrar en fin, por todos los sentidos, si no custodiais atentamente estas puertas del alma, poniéndoles guardas vigilantes y no soñolientos como aquellos de que nos habla el Evangelio.

Vuestras pasiones, vuestras malas inclinaciones, vuestras perniciosas costumbres, que se ocultan dentro de vosotros, son otros tantos malignos sembradores de zizaña. Teneis que luchar con enemigos astutos y maliciosos, que se cubren con mil diversos disfraces para no ser conocidos y realizar así más fácilmente sus perversos intentos. Vosotros decís, que el ódio que teneis á determinadas personas no es más que una natural antipatía ó contraposicion de caractéres; pero yo os digo, que semejante aversion es un enemigo que ha sembrado ya en vuestro corazon la semilla de la enemistad. Y sinó ¿por qué cuando las veis os hierve la sangre en las venas? ¿por qué evitais su encuentro y no las devolveis el saludo? ¿No es verdad que os alegrais cuando les acontece alguna desgracia, y experimentais un verdadero sentimiento cuando son dichosas? ¿No es cierto que cuando oís hablar mal de ellas, tomais al punto la palabra para aumentar su descrédito? Ahí teneis, pues, un enemigo, un traidor, un sembrador de zizaña, que ha infestado vuestro corazon con el veneno de la ira, del ódio y del rencor. Si no lo veis, será menester decir que estais, no ya dormidos, sinó profundamente aletargados. Llamais natural simpatía y pura amistad al amor que profesais á tal ó cual persona de distinto sexo. Pero si es así, decidme: ¿por qué pensais tanto en ella? ¿por qué hablais de ella con tanta frecuencia, y pasais tantas horas á su lado? Por otra parte, ni las miradas que le dirigís son las más castas, ni el lenguaje ni el trato que con ella usais tienen nada de reservados. No pensais más que en agradarla; sus deseos son para vosotros leyes imperiosas; sus mandatos, señalados favores. Para vosotros no es más que honesta y necesaria parsimonia la que otros llaman codiciosa avaricia. Pero pregunto: ¿qué viene á ser ese afan contínuo que mostrais por aumentar vuestro caudal, esa sed inextinguible de riquezas? Nunca estais contentos con lo que teneis, y no pensais más que en aumentar la suma de vuestros bienes. Vuestras esposas y vuestros



hijos se quejan de la grande estrechez con que les haceis vivir; vuestros acreedores y operarios se vén en mil apuros para lograr el percibo de sus créditos; los pobres de Jesucristo, á duras penas y muy de tarde en tarde obtienen de vuestras avaras manos una miserable limosna: cuando dais un óbolo, parece que os lo arrancan de las entrañas. Pues yo os digo que estos y otros muchos defectos vuestros son otros tantos enemigos, que, aprovechándose de vuestro sueño, se han introducido ya en vuestro campo y han sembrado en él á manos llenas la funesta zizaña. Vosotros no lo advertís, porque estais dormidos; mas si Dios algun dia os hace la gracia de despertaros, ¡cuál será vuestro dolor, cuál vuestro arrepentimiento, cuando veais el campo todo cubierto de malas yerbas! cuando veais vuestra alma llena de vicios y pecados, y vacía de virtudes y buenas obras! ¡Oh hermanos mios! abrid ahora los ojos y estad en vela, porque teneis que pugnar con enemigos maliciosos, que escogen precisamente la hora del reposo para llevar á cabo sus traidores intentos. ¡Desgraciados campos, es decir, desgraciada la mente y desgraciado el corazon de aquellos cristianos que de todo se fian, que nada temen ni sospechan, y por esto se entregan al sueño! Campos miserables, que aún más que al del Evangelio se parecen al de aquel perezoso, que nos describe el Espíritu Santo, sembrado todo de ortigas y maleza! Pues semejante á éste será tambien el vuestro, hermanos carísimos, aunque ahora, por la gracia de Dios, germine en él el buen grano y prometa abundante cosecha, si cesais de vigilar y os dejais sorprender por el sueño, como los soñolientos guardas de la parábola evangélica. Por tanto, vigilad, repito, y estad atentos, porque un solo momento de descuido basta al enemigo para realizar los inícuos proyectos que sin cesar está meditando contra vosotros. Pero volvamos á nuestro asunto.

2. La zizaña que crece ufana y soberbia en el campo evangélico, impidiendo la germinacion del grano que tiene al lado, ¿á quién debe su pujanza y ufanía? ¿A la fuerza, al valor del enemigo que la sembró, ó á la felonía de los guardas del campo? No, sinó al sueño á que éstos se entregaron, cansados de velar: *Cum dormirent homines, venit inimicus.* ¡Tan cierto es, que un pequeño descuido causa muchas veces la ruina del campo, es decir, la perdicion del alma! El demonio, figurado por el hombre enemigo de que habla el Evangelio, no pide ni necesita mucho, pues con poco tiene bastante para enseñorearse de vuestra alma y colmarla de vicios. No os pide el alma, nó; porque sabe que os horrorizariais al oir semejante peticion y la rechazariais indignados. Ni tampoco juzga conveniente valerse de la fuer-

za, porque prevé que le opondriais una vigorosa resistencia y le obligariais á retirarse avergonzado. No pide ni necesita tanto: bástale que se duerman un poco los guardas que deben velar por la seguridad del alma, tales como la mortificacion de las pasiones, la custodia de los sentidos, la frecuencia de los sacramentos, la asistencia á la predicacion, el retiro del mundo, y las prácticas de devocion. Más claro: le basta que disminuyais un poco vuestro fervor, que descuideis la práctica del bien, que seais algo tibios y remisos en el servicio de Dios, para introducirse en vuestro espíritu y hacerse dueño absoluto de él. Tenemos repetidos ejemplos de esto en las sagradas Escrituras. Una sola mirada indiscreta bastó al demonio para introducir en el corazon de David la tentacion de la deshonestidad, que no tardó en producir aquel nefando adulterio con que el infeliz monarca provocó contra sí el enojo de Dios. Una pequeña y no corregida inclinacion á las mujeres extrañas, bastó tambien al maligno espíritu para infundir en el corazon de Salomon aquel criminal amor, que en breve le condujo á negar el Dios de sus padres, y á doblar sacrílego las rodillas ante los falsos dioses gentílicos. Un pequeño y descuidado apego al dinero bastó igualmente al infernal enemigo para llenar el corazon de Judas de aquella desenfrenada avaricia, que le arrastró hasta el extremo de vender por unas pocas monedas á su divino Maestro.

Pero ¿qué necesidad tenemos de aprender con los ejemplos ajenos lo que podemos aprender con nuestra propia experiencia? ¿No puedo yo, por ventura, decir á muchos de vosotros, como los guardas al dueño del campo evangélico, *nonne bonum semen seminasti in agro tuo?* ¿no sembrasteis buen trigo en vuestro campo? ¿No recibisteis una cristiana educacion, que llenó vuestro entendimiento de santas máximas, y vuestro corazon de virtuosos afectos? Por otra parte, la laudable frecuencia con que recibisteis los sacramentos, la consideracion de las cosas santas, el ejercicio de la oracion, la asistencia á la predicacion, á la doctrina cristiana y otras piadosas prácticas, ¿no vinieron despues á fecundizar las semillas que tan lozanamente empezaron á germinar, prometiendo abundante cosecha de buen grano? ¿Cómo, pues, ha venido á cubrirse vuestro campo de zizaña? *Unde ergo habet zizania?* Esto es obra de la insidiosa mano del enemigo: *Inimicus homo hoc fecit*. Pero ¿cómo, cuándo ha podido causar tanto daño? ¿Os acordais de aquel tiempo en que os entregasteis al sueño, es decir, de aquel tiempo en que dejasteis de mortificar vuestros sentidos y pasiones, y fuisteis remisos en la práctica del bien? Pues entónces fué cuando el enemigo entró en vuestro místico campo y sembró en él la mala semilla, esto es, las tentaciones, las cuales produje-



ron en breve por frutos abundantes vicios y pecados. Sí; aquellos momentos de tibieza y negligencia fueron la ocasion propicia para el enemigo y fatal para vosotros. Una simple curiosidad de ver ó de oir, la momentánea omision de las prácticas piadosas, la asistencia á un baile ó á una funcion de teatro, no os parecian cosas muy malas, ni lo eran quizás por sí mismas, pero viniéronlo á ser por sus funestas consecuencias. Y es, que al astuto tentador del género humano le basta con poco para obtener mucho; de manera que para no ser víctimas de sus asechanzas, es menester que vivamos con suma vigilancia. El demonio es maligno por naturaleza; mas si somos vigilantes, es incapaz de causarnos mal alguno.

Sobre todo os encargo, que veleis muy particularmente en tiempo de loca alegría, cuando el mundo os brinda con diversiones y pasatiempos, y de esta manera os excita al sueño, dando así al demonio tiempo y ocasion para apoderarse de vuestras almas. Sí, carísimos hermanos; los placeres y diversiones tienen la fatal propiedad de embriagarnos y adormecernos: son para el alma un poderoso narcótico que debilita sus fuerzas y la sepulta en el sueño, poniéndola de este modo á merced de su mortal enemigo. Sísara, el infortunado Sísara, famoso capitan, terror de los enemigos, pereció á manos de una débil mujer. ¿Y sabeis cuál fué la cuasa de su desgracia? El profundo sueño á que voluntariamente se entregó. Si hubiese estado despierto, léjos de temer á su agresora, se hubiera burlado de ella. Pero Jael, supliendo con su astucia las fuerzas de que carece, escoge el momento oportuno y seguro para la ejecucion de su intento. Recibe obsequiosa en su tienda al incauto Sísara, el cual, rendido por las fatigas de un largo viaje, se tiende en el lecho. Cúbrelo con un manto, y so pretesto de templar su ardiente sed, dále una taza de leche para mejor conciliarle el sueño. En efecto, duérmese el guerrero profundamente, y entónces coje Jael un gran clavo y le atraviesa con él la cabeza, dejándole muerto instantáneamente. Guardaos, carísimos hermanos, de aplicar los labios á la copa fatal, llena de soporífera leche, que el mundo os ofrece; porque si la bebeis, caereis en un funesto letargo que os hará esclavos de Satanás, el cual os quitará la vida espiritual y os dispondrá á incurrir en la muerte eterna. Estando en vela, podreis prevenir y rechazar sus acometimientos; mas ¿cómo os será esto posible si estais dormidos? De nada os servirá entónces vuestra destreza y maestría en el manejo de las armas espirituales; porque por diestros y animosos que sean los guardas, bástale al demonio que se duerman un poco, para entrar en el campo y sembrarlo de zizaña.

Algunos dicen: si el demonio consigue ahora sembrar la zizaña en mi campo, la extirparé. Pero decidme, los que así hablais; ¿es prudente que os expongais á caer en las manos del eterno enemigo de vuestra alma, por más que os propongais sacudir dentro de un plazo más ó ménos largo el yugo de tan ominosa esclavitud? Supongamos que tuvierais en vuestro poder un bálsamo eficacísimo para la curacion de toda especie de heridas; ¿os heririais de intento para experimentar su virtud? No, decís, esta seria la mayor de las locuras. Pues ¿por qué dejais de ser cuerdos solamente cuando se trata de los intereses del alma? ¡Extirparé los vicios!... ¡Ah! nada es tan fácil como prometer, nada tan difícil y raro como cumplir lo prometido. ¿Quiénes son los que en tiempo de cuaresma se consagran á la penitencia y á la santificacion? Los que en lo restante del año vivieron más apartados del estrépito y de las locas diversiones del mundo; miéntras que los que más desenfrenadamente se entregaron á los desórdenes del carnaval, son los mayores profanadores del ayuno, de la penitencia, del recogimiento y de todas las santas prácticas de austeridad que la Iglesia nos prescribe entónces para nuestra conversion. En la cuaresma purificaré mi alma de toda mancha pecaminosa... Pero ¿no sabeis que para esto necesitais el auxilio de la divina gracia, y un auxilio vigoroso, eficaz y particular? ¿Y es de esperar que Dios, habiéndoos mostrado indiferentes é ingratos para con él, os abra los tesoros de su gracia y os permita disponer libremente de ellos? ¡Ah, hermanos mios! es más fácil impedir que nazca la zizaña en el campo, que extirparla despues de haber nacido.

El Evangelio no nos dice qué fué de los soñolientos guardas del campo, ni si fueron reprendidos y castigados por su falta de vigilancia; pero sí nos dice lo que se hizo con la zizaña. Se la dejó en el campo hasta el tiempo de la siega, y entónces fué arrojada al fuego. ¿Quereis, dijeron los siervos al amo, quereis que vayamos á arrancar la zizaña: *Vis, imus, et colligimus ea?* No, respondió el amo, dejadla crecer: cuando llegue el tiempo de la cosecha mandaré á los segadores que la aten en manojos y la echen al fuego. ¡Ay de mí! ¡cuántas veces vemos realizada en la práctica esa terrible parábola! Dios, en sus inexcrutables y tremendos juicios, deja á veces que la zizaña crezca y se multiplique hasta el tiempo de la siega; esto es, permite que muchos pecadores se vicien y corrompan, vivan y mueran obstinados y duros en sus pecados: ¡castigo horrendo, y más frecuente de lo que algunos piensan! Quisiera poderos conducir, hermanos mios, al campo de semejantes cristianos, para que vierais como la zizaña sembrada por el enemigo se desarrolla y crece con maravillosa pujanza; para que vierais cuán difícil es reparar los excesos cometidos.



De lo dicho podeis inferir, oyentes mios, la necesidad grandísima que teneis de velar atentamente. La multitud de los enemigos que os acechan y la facilidad con que pueden dañaros, hacen que debais considerar la vigilancia cristiana como uno de vuestros más imperiosos deberes. No os diré: huid; porque en vano huiriais de unos enemigos, que estando dentro de vosotros mismos, os siguen y acompañan á todas partes. Velad, pues, velad, amados hermanos. Si quereis conservar intacto el campo confiado á vuestra solicitud, y coger á su tiempo ópimos frutos, sed vigilantes, y guárdeos Dios de dejaros sorprender por el sueño. Velad sobre las personas con quienes habeis de tratar por necesidad ó por conveniencia; porque muchas de ellas son sembradoras de zizaña, que tienen las manos llenas de mala simiente y esperan que os durmais para sembrarla en vuestro corazon. Velad sobre vuestros pensamientos, no sea que haya tambien entre ellos algun sembrador de zizaña. Velad muy particularmente sobre los afectos de vuestro corazon; porque ¡cuántos de ellos pueden convertirse en enemigos vuestros y llenar vuestro campo de mala yerba! Vigilad siempre, para que el dia de la cosecha, es decir, en la hora de la muerte, no seais atados en manojos como la zizaña, y arrojados para siempre al horrendo fuego del infierno.

VIGILIA; *véanse los tratados:* ABSTINENCIA *y* AYUNO.

VÍRGEN: Véase: VIRGINIDAD;—MUJER considerada como doncella, y DONCELLAS.

---

# VIRGINIDAD.

*O quàm pulchra est casta generatio cum claritate! immortalis est enim memoria illius.*

¡Oh cuán bella es la generacion casta con esclarecida *virtud*! Inmortal es su memoria.

(SAP. IV, 1.)

¡Cuán gloriosas son las prerogativas de la virginidad! Parece que Roma las habia entrevisto al confiar á sus vestales, que debian ser vírgenes, el cuidado de mantener el fuegó sagrado; y el respeto que les tributaba indica que veia en ellas algo divino, pues el romano más distinguido, aunque fuese emperador ó triunfador, se apresuraba á bajar de su carro si encontraba á una vestal!

Y no obstante, en aquellos siglos de corrupcion y de paganismo ¿qué era la virginidad honrada con tales prerogativas? ¡Una virtud de orgullo! Ella encubria en las vestales vicios groseros. ¡Una virtud efímera! Apreciada primero, se la ultrajaba en seguida. No, no; esa hermosa virtud, en aquellas supuestas vírgenes, no despedia el brillo que despiden las almas generosas que para agradar al verdadero Dios se privan de los placeres, renuncian al mundo y huyen de cuanto fomenta las inclinaciones de la carne. ¡Solo tú, santa religion, podias mostrarnos tan sorprendente prodigio. A tí sola estaba reservada la gloria de presentarnos unas almas brillantes y puras, redimidas de la tierra para ser las primicias del Cordero, seguirle á donde quiera que encamine sus pasos, y entonar el nuevo cántico que á otro cualquiera está prohibido pronunciar! A tí sola era dado enseñarnos ese dón celestial, esa virtud que nos asimila á los ángeles y nos une estrechamente con Dios. Y ved ahí, hermanos mios, lo que constituye la excelencia de la virginidad: su naturaleza, sus efectos en nosotros. Ocupémonos de ella; pero ántes pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La naturaleza de la virginidad la hallo en el cielo, en el seno de Dios, de quien emana todo dón perfecto, toda gracia excelente: *Omne donum optimum, et omne donum perfectum, desursum est, descen-*



*dens á Patre luminum* (JAC. I, 17). Allí es donde contemplo el orígen de la virginidad; y cuando la considero estrechamente unida con Dios, amada de quien es el Señor de todas las cosas, estoy convencido de su excelencia, y confieso que no podemos poseerla si Dios no nos la concede.

Y esta confesion nada tiene de humillante para nuestro corazon. Antes que nosotros, el rey Salomon la consignó en el libro sagrado que refiere su sabiduría primera y sus vergonzosos pecados. Como yo sabia, dice aquel príncipe, que no podia tener la continencia necesaria para conservar la pureza (y era ya un efecto de la sabiduría conocer de quien debia yo recibir este dón), dirigíme al Señor para obtener una gracia tan preciosa: *Et ut scivi quoniam aliter non possum esse continens, nisi Deus det, adii dominum et deprecatus sum* (SAP. VIII, 21).

Bastan esas palabras para decirnos que la virginidad es un dón del Señor. Sí; sin Dios, vírgenes del Señor, nunca hubierais podido echar el fundamento de ese hermoso edificio, ó bien lo hubierais visto, construido por vuestra sola mano, caer pronto en ruinas. ¡Cuántas y cuán fervorosas plegarias se han elevado de vuestro corazon para obtenerlo! ¡Qué de suspiros, qué de lágrimas al ver que Dios tardaba en oir vuestros votos, en admitiros entre sus esposas muy amadas! Pero ¡qué alegría, cuando el Señor os ha dicho: Desde hoy serás mi esposa: *Sponsabo te in sempiternum!* ¡Oh! conoced el precio del dón que se os ha dispensado. Ni el oro, ni las piedras preciosas pueden igualarlo. «Yo he visto la virginidad, decia una santa á otra para fortalecerla en su propósito de no tener más esposo que el Rey del cielo; la he visto bajo la forma de un jóven de celestial hermosura, de deslumbrante esplendor; su cabeza estaba coronada con una rica diadema; iba vestido de púrpura y cubierto de pedrería. ¡Oh! si se supiera, me ha dicho con aire tierno y risueño, el precio, la hermosura y las ventajas de la divina virginidad, todo se sacrificaria para adquirir esta piedra preciosa, y á pesar de este sacrificio, se confesaria que se ha obtenido á corto precio este inestimable tesoro.»

Vosotras, carísimas hermanas, habeis hecho generosamente este sacrificio; vuestro corazon ha sabido descubrir este tesoro; esta piedra preciosa embellece para siempre vuestra alma. ¡Cuánto debeis alegraros de haber conocido *el dón de Dios!* Disfrutad, pues, de vuestra dicha, esposas del Cordero, y no espereis de nosotros más pormenores sobre la naturaleza de esta bella virtud. «Jesucristo, decia santa Magdalena de Pazzi, me ha dado tan alta idea de la virginidad, que no puedo expresarla con mis palabras;» y si nunca, añado yo,

se ha podido con razon copiar el lenguaje de un profeta, aquí, hermanas mias, debo exclamar: Niño soy, y no hago más que balbucear sobre tan sublime asunto: *Nescio loqui, quia puer ego sum* (JEREM. I, 6).

¿Y cómo daros á conocer tambien el grado de gloria á que os ha levantado la virginidad? Con ella os habeis hecho semejantes á los ángeles: sois ángeles de la tierra. En efecto, esta virtud os hace puras, incorruptibles, inmateriales como los ángeles. «Que no hay ninguna, ha dicho el célebre Casiano, que nos espiritualize y deifique, en cierta manera, más que la castidad, por cuyo medio nos despojamos de todo lo terreno, corruptible y material que tenemos, y nos tornamos del todo celestes, espirituales, divinos.» Hermosas prerogativas, que deben estimularos, hermanas mias, á querer una virtud que os asocia á las supremas inteligencias, ó mejor, que os eleva sobre los ángeles; pues la castidad del ángel es inherente á su misma esencia, al paso que en el hombre la posesion de la entereza virginal es efecto de la virtud. Tal era el pensamiento del piadoso Rodriguez, cuyos sabios tratados serán siempre la escuela de la perfeccion cristiana, como de la religiosa; de aquel buen padre que, inculcando la virtud á los jóvenes novicios, les decia con S. Cipriano: «Con el voto de castidad empezareis á gozar del bien que un dia poseereis en la gloria. Sí; mientras persistais en la castidad y en la pureza, sois semejantes á los ángeles... Hasta aventajais á los ángeles, añadia; como no tienen cuerpo, no es maravilla que sean puros; pero que el hombre, en una carne mortal, que hace una guerra continua al espíritu, viva como si no tuviese carne, eso es sin duda mucho más admirable (TRATADO IV. DE LA CASTIDAD). ¡Cuán gloriosa es, pues, la suerte de la esposa, de la esposa vírgen! Con un cuerpo mortal, ya no pertenece á la tierra; sus funciones son del todo celestiales; sus ojos, cerrados á las pomposas maravillas de las cosas criadas, no ven más que las cosas del cielo; sus orejas no oyen mas que la voz del esposo; su lengua sólo sabe pronunciar sus alabanzas, y su corazon arder de amor por Jesús, quien, prendado de los atractivos de la virginidad, no vaciló en dejar la mansion de la gloria para venir á la tierra á preconizar la dicha de los que viven en la pureza: *Beati mundo corde.*

¿Son esas las únicas prerogativas que nos proporciona la virginidad? No, hermanas mias; tambien nos une con Dios. ¡Qué nuevo grado de gloria! Ya lo sabeis. Dios es espíritu, se eleva con toda la plenitud de su esencia sobre la materia, y no tiene comercio con los sentidos. Y ¿qué criatura más desembarazada de la materia, más desceñida de los sentidos, que aquella cuyo corazon es puro y el alma virgen, que no respira más que santidad y pureza, cuyas afecciones son todas para Dios, y que, por valerme de las expresiones de los santos Padres, es como una mesa nueva en que está grabada con todas las bellezas y perfecciones la imágen de la divinidad? Por eso el Señor ama á esta criatura: el divino Esposo, *que se complace entre los lirios*, se une estrechamente con ella, y la hace paladear interiormente un placer que sobrepuja á lo más voluptuoso que hay en el mundo. ¡Oh dicha! por una suerte infinitamente más gloriosa que la de una reina ó de una princesa, tiene por esposo al Rey de los reyes, al Príncipe de los príncipes, dice Tertuliano. Unida con él, constitúyese entre ellos una como sociedad de personas, una comunidad de intereses en que el alma vírgen tiene por dote sus oraciones, sus abstinencias, sus piadosas afecciones, todas sus buenas obras, y en que Dios la dá, por derechos matrimoniales, su benevolencia, su proteccion, sus mercedes, sus comunicaciones interiores, con la sólida esperanza de mostrarla un dia su cara, y de hacerla bienaventurada eternamente consigo. ¡Grata union! ¡No me pregunteis cómo se verifica! Podemos saborear su dulzura, pero expresarla, darla á conocer, nunca. Y el alma, llamada á beber de aquel torrente de delicias, dice con S. Agustin: Al mismo tiempo que me has desprendido de la tierra, me has elevado hasta el cielo, llenado con tu espíritu, y te he hallado infinitamente más dulce, más delicioso que todas las dulzuras y delicias por mí abandonadas. ¡Mundo profano! prosigue ella, no vengas á hablarme de las dulzuras de tus uniones sosas é insípidas, que no merecen mis suspiros ni excitan mi sentimiento: he conocido su vanidad y presentido las aflicciones que las siguen; no trates, pues, de separar lo que Dios ha unido, lo que está unido con él: *Quod Deus conjunxit homo non separat.* Héme consagrado para siempre al Señor, y en mis transportes, exclamo con el rey profeta: Mi suerte me ha cabido de un modo muy ventajoso; mi herencia es excelente, pues que es Dios mismo. ¡Oh! yo bendeciré sin cesar á ese Dios bondadoso, por haberme dado la inteligencia necesaria para conocer esta herencia divina, é instruido de lo que debia hacer para asegurarme su posesion: *Funes ceciderunt mihi in proclaris: et enim hæreditas mea proclara est mihi* (PSALM. XV, 6).



2. Pero ¿qué ventajas proporciona la virginidad? Mercedes divinas, paz perfecta; prendas de resurreccion y de inmortalidad: tales son las gloriosas ventajas que la virginidad proporciona.

¡Mercedes divinas! Aquel, dice el Espíritu Santo, tendrá al rey por amigo, que posee y ama la virginidad: *Qui diligit cordis munditiam, propter gratiam labiorum suorum habebit amicum regem* (PROV.

XXII, 11). Pero ¿qué rey? ¿un rey de la tierra, un mortal sujeto como nosotros á todas las humillaciones de la naturaleza humana? No, hermanos mios, la amistad de un rey de este mundo, por más preciosa y honorífica que sea, no es una merced divina... ¡Ah! los que en el tiempo han podido gloriarse de tener por amigo á un rey de la tierra, saben cuán inconstante es semejante amistad, cuán peligrosos son los caprichos que conviene adular para no perderla, y la sujecion que impone, y cuán poco descansa en el corazon! Nada parecido se halla en la amistad del rey de que quiere hablar el Espíritu Santo. Este rey es el Rey inmortal, el Rey de todos los siglos, el Rey de los reyes, único Señor supremo, único que sabe amar, porque es todo caridad. ¡Ved el amor que profesa á las almas bastante generosas para consagrarle su virginidad! ¡Con qué ternura las convida, con el nombre de esposas, á saborear las mercedes que les destina! No quiere llevarlas á un lugar de pasajeras delicias; quiere, sí, que duerman con un sueño misterioso sobre su sagrado pecho; quiere inundarlas con un torrente de placeres celestiales en su adorable corazon. Gratas comunicaciones, uniones íntimas, castos abrazos, inefables arrobamientos, gracias de predileccion, todo inunda al alma vírgen. Y en cambio ¡qué agradecimiento en su corazon! Paréceme que la oigo entonar un cántico de accion de gracias y exclamar con aquella hija de Judá que levantó primero el estandarte de la virginidad: ¡Oh alma mia! glorifica al Señor y no ceses de bendecirle por haberse dignado mirar la bajeza de su sierva: *Magnificat anima mea, Dominum.* Esta fuerza que sostiene mi alma contra las tentaciones que la suscita su enemigo; estas vivas llamas de amor que me consumen el corazon, todos estos bienes los he recibido de Dios, que quiere ser mi esposo. Puedo, pues, decirle como la esposa de los Cánticos: Mi muy amado es mio y yo soy toda suya: *Dilectus meus mihi et ego illi* (CANT. II, 16). ¡Oh! sí, poseo al que mi corazon ama; se halla en los lazos de mi amor, y nunca podré separarme de él: *Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam.* Descanso en su corazon amable, donde quiero habitar todos los dias de mi vida; desde esta arca de salvacion veré las tempestades del mundo, y sus agitaciones y borrascas no podrán turbar la paz que me da la virginidad.

Y en efecto, cristianos; el corazon de una vírgen no es como el de aquel que, segun dice el Apóstol, no teme hacer de los miembros de su cuerpo, templo del Espíritu Santo, los miembros de una prostituta: *Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis Absit* (COR. VI, 15). Este,



ha dicho un profeta, está siempre inquieto como las olas de un mar alborotado: *Impii autem quasi mare fervens* (ISAI. LVII, 20). Jamás disfruta de dicha ni de sosiego. ¡Ah! los mentidos placeres que anhela son venenos devoradores que encienden en su corazon una sed que nada puede apagar; sumérgese en ellos, y en vez de hallar contento y satisfaccion, ve con amargura que encierran vanidad y afliccion de ánimo.

Pero, el corazon de una vírgen ¡cuán tierno espectáculo! Al contemplarle diriais que es la tranquilidad del mar en que bogaba Jesús con sus apóstoles, y que un momento ántes amagára tragarles. No hay duda que aquel mar conservó en su seno el gérmen de nuevas tempestades; las aguas podian agitarse en lo profundo de los abismos; pero ¿osaron ensoberbecerse de nuevo despues de oidas las órdenes de su soberano? ¡Imágen natural de lo que pasa en el alma de una vírgen! En vano la naturaleza, con sus inclinaciones, trata de hacerse oir; en vano el infierno entero se esfuerza para perderla. Firme en sus propósitos, nada puede conmoverla; la paz de que disfruta, nunca es turbada, porque su divino Esposo ha prohibido turbar el sueño místico de su amada esposa. ¡Dulce paz, que regocija al alma casta, como un rio majestuoso que con sus aguas saludables alegra y fertiliza los campos que riega! Ante ella las pasiones callan y las virtudes germinan sin obstáculo. Emancipada así de la esclavitud y de la corrupcion de los sentidos, el alma vírgen ve aumentarse en ella la certeza de su inmortalidad y de su gloriosa resurreccion. «Yo sé, decia Job, que mi Redentor está vivo y que resucitaré en el último dia. Entónces, revestido de nuevo con mi piel, veré á mi Dios en mi propia carne, le contemplaré con mis propios ojos. ¡Dulce esperanza! Ella vivirá siempre en mi corazon (JOB. XXV, 27).

Estas palabras, hermanas mias, son las de una vírgen que, con su sacrificio, ha adquirido una prenda preciosa de incorruptibilidad é inmortalidad. El mundo, parece que dice ella en su esperanza, contempla con dolor los dias que paso léjos de sus vanos placeres. Llora por mí, como en otro tiempo las santas mujeres, en vez de llorar por sí mismas y por sus hijos, lloraban por Jesús, que iba al Calvario para su glorificacion. Atrévese á creer ¡insensato! que mi corazon está cerrado á la alegría... no hay duda que nunca la poseyera, si la esperanza de una vida futura no me sostuviese en medio de mi sacrificio. ¡De mi sacrificio! ¿qué he dicho? ¿Y he de llamar *sacrificio* la práctica de una virtud que me es tan provechosa? ¡Oh! el esposo de mi alma es un esposo vivo. Un dia se levantará el velo que lo oculta á mis ojos.., ¡cuánto suspira mi amor porque llegue aquel dichoso

dia, en que me será dado contemplar cara á cara al que mi corazon adora! Tal es la prenda que la virginidad proporciona á las almas que la profesan. La esperanza de una vida futura, de estar reunidas con el Dios de su corazon, las sostiene, las anima, las enagena y forma en la tierra toda su dicha. Y si un suspiro de amor llega á romper los lazos que las retienen en un cuerpo mortal, con los ojos de la fe se las ve volar á la morada de la gloria, con el lirio en la mano, una auréola de luz sobre su cabeza, con blancas vestiduras, símbolo de su inocencia, y precedidas de los ángeles que han acudido á su encuentro para cantar la felicidad de los puros de corazon.

Y la inmortalidad y la resurreccion gloriosa de que goza su alma, tambien las posee el cuerpo. El Espíritu Santo ha dicho: Nunca será la corrupcion la suerte eterna de un cuerpo que ha sido el templo augusto de la divinidad. No hay duda que, como una semilla llena de corrupcion, ese cuerpo será enterrado; pero un dia, dice S. Pablo, resucitará incorruptible: será enterrado del todo desfigurado, pero resucitará radiante de gloria; será enterrado, privado de movimiento, y resucitará lleno de fuerza y agilidad: en fin, será enterrado como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual, sutil, ligero, exento de las necesidades comunes á todos los animales (Cor. xv, 42, 43, 44). ¡Qué dicha! Y al meditar sobre todas esas ventajas que proporciona la virginidad, ¡quién no dirá con el Esposo de las vírgenes: Dichosos los puros de corazon, porque ellos verán á Dios: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt!*

Amen los fieles esta sublime virtud; corran en pos de ella; velen para rechazar los tiros del enemigo infernal, que persigue constantemente á los que la aman; invoquen con frecuencia á la Vírgen santísima, que les dispensará la gracia necesaria para permanecer fieles á su Esposo celestial hasta que tengan la dicha de verle en el cielo, que os deseo.

Véase: DONCELLAS.

---

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Inveni quem diligit anima mea: tenui eum; nec dimittam.* Cantic. III, 4.

Encontré al que adora mi alma: asíle, y no le soltaré.

*O quám pulchra est casta generatio cum claritate! immortalis est enim memoria illius: quoniam et apud Deum nota est, et apud homines.* Sap. IV, 1.

¡Oh cuán bella es la generacion casta con esclarecida *virtud!* Inmortal es su memoria, y en honor delante de Dios y de los hombres.

*Incorruptio facit esse proximum Deo.* Sap. VI, 20.

La perfecta pureza une con Dios.

*Et ut scivi quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det... adii Dominum, et deprecatus sum illum.* Sap. VIII, 21.

Y luego que llegué á entender que no podria ser continente, si Dios no me lo otorgaba... acudí al Señor, y se lo pedí con fervor.

*Omnis autem ponderatio non est digna continentis animæ.* Eccli. XXVI, 20.

No hay cosa de tanto valor que pueda equivaler á una alma casta.

*Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est.* Matth, XIX, 11.

No todos son capaces de esta resolucion, sinó aquellos á quienes se les ha concedido *de lo alto.*

*Venit sponsus, et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias.* Idem XXV, 10.

Vino el esposo, y las que estaban preparadas, entraron con él á las bodas.

*Mulier inupta, et virgo, cogitat quæ Domini sunt; ut sit sancta corpore, et spiritu.* I Cor. VII, 34.

La mujer no casada, y una vírgen, piensa en las cosas de Dios; para ser santa en cuerpo y alma.

*Qui matrimonio jungit virginem suam, benè facit; et qui non jungit, melius facit .. Beatior autem erit si sic permanserit secundum meum consilium.* I Cor. VII, 38, 40.

El que dá su hija en matrimonio, obra bien: mas el que no la dá, obra mejor... Mucho más dichosa será (ella) si permaneciere así, segun mi consejo.

*Hi sunt, qui cum mulieribus non sunt coinquinati: Virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quòcumque erit.* Apoc. XIV, 4.

Estos son los que no se amancillaron con mujeres: Porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero do quiera que vaya.



FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Por más que en opinion del pueblo israelítico fuese mirada como una infamia la esterilidad, no fué lo mismo la virginidad. Esta virtud fué siempre muy apreciada y mirada con santo respeto. Cuando Finees hubo derrotado á los madianitas, cumplió el precepto de Moisés, degollando á todos, hombres, mujeres y animales, pero reservando las vírgenes (Núm. 31).

Otra prueba del respeto con que se ha mirado siempre la virginidad es, que á solas las vírgenes les era lícito comer los panes de la proposicion, mandando á los demás que para comer de esos panes estuvieran limpios hasta del débito conyugal (I Reg. 21).

Los pocos santos que en el antiguo Testamento guardaron la virginidad, tuvieron tanta estima de esta bella virtud, que se valian de todos los medios para custodiarla y conservarla intacta. Así leemos que Eliseo, hospedado en casa de Sunamitis, cuando esta mujer queria hablarle, el profeta le mandaba su compañero para saber lo que ella queria, evitando así el coloquio con mujeres (IV Reg. 4).

La bienaventurada Vírgen María, aunque saludada con tanto respeto, apénas oyó que de ella naceria el Hijo del Altísimo, acordándose del voto perpétuo de virginidad que habia hecho á Dios, ántes de dar el consentimiento, quiso asegurarse de que su pureza no padeceria detrimento alguno (Luc. 1).

San Estéban brillaba mucho por su pureza, pues mereció ser elegido por los apóstoles para el ministerio y custodia de las mujeres (Actor. 6).

Los tres personajes que en el antiguo Testamento encontramos más privilegiados son los que vivieron vírgenes: Elías fué arrebatado al cielo en una misteriosa carroza de fuego (IV Reg. 1); Eliseo posee el espíritu doble de su maestro, y vivo y muerto obra los más estupendos milagros (Ibid. cap. 1 et seq.): Jeremías es santificado en el vientre de su madre (Jerem. 1).

Si queremos conocer el aprecio que hace Dios de la virginidad, nos lo atestiguan las disposiciones que su sabiduría toma para el gran misterio de la encarnacion de su Hijo, naciendo de una vírgen, teniendo por padre putativo á José, vírgen, eligiendo para heraldo ó precursor de su venida á Juan Bautista, vírgen, y para secretario de su amor y custodio de su madre al apóstol Juan, vírgen, deshaciéndose, en fin, en alabanzas de la virginidad.

---

### SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Virginitas est soror angelorum, victoria libidinum, regina virtutum, possesio omnium bonorum.* S. Cyprian. lib. de Vírg.

La virginidad es hermana genuina de los ángeles, la victoria contra la lujuria, la reina de las virtudes, la posesion de todos los bienes.



*Hi profecto, qui continentiam servant, angeli sunt, qui viventes in carne corruptibili mortalium vitam illustrando tuentur; sunt autem angeli, non ex infimo quovis ordine, sed certe illustrissimi ac nobilissimi.* S. Basil. apud Platum. lib 2.

Sin duda los que guardan continencia son como ángeles, que viviendo en este cuerpo corruptible ilustran y ennoblecen esta vida mortal: pero son ángeles, no de la más ínfima jerarquía, sinó de los más notables y elevados.

*Hi enim carneis nexibus liberi integritatem suam in cœlis servant.. ; at vero illi in terra carnis illecebris et voluptatibus diu reluctantes, incorruptionem angelicæ puritati parem custodierunt.* Idem ibid.

Estos (los ángeles) no teniendo cuerpo, no es extraño conserven su integridad en el cielo... pero aquellos (los continentes), aunque peleando siempre contra el deleite y los halagos de la carne, se conservaron tan puros como los ángeles.

*Quanta est virginitatis gratia, quæ meruit a Christo eligi, ut esset corporale Dei templum! Virgo genuit mundi salutem, virgo peperit vitam universorum.* S. Ambros. lib. de offic.

¡Cuán grande es la hermosura de la virginidad, que mereció ser elegida para templo corporal del mismo Dios! Una vírgen nos trajo la salvacion del mundo, la vida de todos los hombres.

*O castitas, quæ possidentes te lætificas, et animæ ad cœlestia alas adjungis! O castitas, quæ passiones minuis, et animum á perturbatione liberas!* S. Ephr. serm. 1 de castit.

¡Oh castidad, que regocijas á los que te poseen, y das alas al alma para elevarse al cielo! ¡Oh castidad, que acallas las pasiones y libras al alma de tantas tribulaciones!

*Virginitas in eo facilior est, qui carnis incentiva non novit.* S. Hieron. Epist. ad Eugen.

La virginidad es mucho más fácil en aquellos que jamás experimentaron el incentivo de la carne.

*Quæ est virginitas mentis? Integra fides, solida spes, sincera charitas.* S. Aug. in Psalm. 17.

¿En qué consiste la virginidad del alma? En una viva fe, en una esperanza firme y en una caridad sincera.

*Flos est virginitas, flos martirium, flos actio bona. In horto virginitas, in campo martirium, bonum opus in thalamo.* S. Gregor. in Ezech.

Flor es la virginidad, flor el martirio, flor otra buena obra; pero la flor de la virginidad se conserva en el jardin del retiro, la del martirio se obtiene en el campo, la de las demás obras buenas tambien se encuentran en el tálamo.

*Virgo carne, non mente, nullum præmium habet in repromissione.* S. Isidor. de summ. bon. lib. 2.

El que es vírgen de cuerpo, pero no de alma, ningun premio debe esperar por su virginidad en la otra vida.

*Magnus ille est, qui nulla ex tactu passione movetur; mayor vero qui nullo aspectu vulneratus est, atque cogitatione supernæ pulchritudinis ignem passionum vincit.* San Joann. Clim. Grat. 15.

Grande es el que no se siente excitado á la pasion por medio del tacto; pero es mayor el que no queda herido de mirada alguna, y apaga el fuego de las pasiones con la meditacion de las delicias celestiales.

---

# VIRTUD.

## (SUS VENTAJAS TEMPORALES Y ESPIRITUALES)

*Accepit Jesus panes... distribuit discumbentibus: similiter et ex piscibus quantum volebant.*

Jesús tomó los panes y... los repartió entre los que estaban sentados; y lo mismo hizo con los peces, dando á todos cuanto querian. (JOANN. VI, 11.)

Los tiranos y enemigos de la religion cristiana se burlaban de los mártires y discípulos de Jesucristo, porque se ofrecian á los tormentos y se despojaban de todos los bienes, conveniencias y regalos de este mundo por la vana esperanza, segun ellos, de las promesas del otro. Vosotros, les decian, sois ó muy nécios, ó muy fanáticos, pues que servís y adorais á un Dios que nada os dá en la vida presente, y no sabemos qué os dará en la venidera. Servís á un Dios olvidadizo é ingrato, desapiadado y cruel, que ni os libra de las tribulaciones, ni os socorre en las necesidades. Estas reconvenciones de los paganos, son las mismas que hacen los impíos en Isaías contra la Providencia divina en los justos y observantes de la ley: grandes premios, brillantes coronas, magníficas recompensas á la virtud; pero todos hablan de léjos, y en la hora presente no hay más que trabajos, sufrimientos, desdichas y miserias. De modo, que aquellos gentiles del paganismo, y estos libertinos de la Escritura, forman su argumento contra Dios y su providencia porque no acude al socorro de los suyos, sinó que los deja y abandona, y los entrega al azar y á la fortuna, casi siempre ciega y fatal para ellos. En suma, que si Dios hubiese vinculado á su ley conveniencias temporales, como vinculó premios eternos, desde luego seguirian este partido y militarian en las banderas de un jefe generoso y liberal, que no retarda la paga de los afanes y sudores. Cerremos ya estas bocas blasfemas que escupen contra el cielo; rebatamos los tiros de la calumnia y de la maledicencia; vindiquemos el honor de nuestro Dios, y pongamos en claro más que la luz del medio dia la amorosa conducta del Señor con sus siervos y escogidos, que el mundo tanto desacredita. No sólo hay para los justos y virtuosos un premio inefable en los eternos destinos, que ni los ojos vieron, ni oyeron los oidos, ni cupo en pensamiento humano; sí que aún en este mundo los mira Dios con muy particular cariño y jamás los pierde de vista. De modo, que la virtud y observancia de la ley, no sólo será galardonada en el país de la inmortalidad, sí que de presente se lleva las atenciones divinas y puede contar con la mayor felicidad de la tierra. Sírvanos de apoyo y fundamento para estas aserciones, el famoso pasaje del Evangelio de hoy.



Una multitud de gentes de todas clases y condiciones, seguian á Jesucristo pendientes de las palabras que salian de aquella divina boca. Como unos cinco mil hombres eran los oyentes del Maestro soberano, sin contar mujeres y niños, que serian otros tantos. Tres dias iban ya en su seguimiento, sin cansarse de oir la alteza de su doctrina y sin acordarse de comer ni descansar: tal hechizo tenia aquella predicacion celestial en los lábios del eterno Verbo. Bien conoció el Salvador la necesidad de aquellas gentes, y queriendo abastecerlos á todos y darles de comer en abundancia, le preguntó á san Felipe por via de exploracion y de tentativa: Felipe, ¿dónde compraremos pan para que coman éstos? Señor, le respondió el apóstol: doscientos denarios de pan no bastarian para que cada uno de ellos tomase un pedazo: lo mejor seria despacharlos á sus casas y que allá se proveyesen. Mal lo piensas, Felipe; ¿con qué me van siguiendo tres dias contínuos sin probar bocado, y ahora habia de despedirlos ayunos y transidos de hambre? Eso nó; no dice bien esto con mi providencia. ¿Teneis por ahí algo que coman? Aquí hay en un canastillo cinco panes y dos peces: pero ¿qué es esto para tantos? Si se reparte, ¿á qué les ha de tocar? Basta eso, dijo el Señor; haced que se sienten por órden, y vengan acá esos panes, que yo los haré cundir, crecer y

multiplicarse sobre las hojas de los árboles. Toma Jesucristo en sus manos aquella corta porcion, dá gracias, y manda repartir á las turbas: lo mismo hizo con los peces, y todos quedaron saciados y repletos, y aún de las reliquias y fragmentos se recogieron doce espuertas ó doce grandes canastas. ¡Qué tal! El convite de Baltasar ó de Asuero, ¿se podria cotejar con este de Jesucristo? ¿Tendrian motivo de murmurar los maldicientes, si es que habia alguno entre ellos, de que el Salvador no cuidaba de los suyos y los abandonaba al azar y á la ventura, á la desesperacion ó á la muerte? Ciérrese toda lengua blasfema y detractora de la Providencia, y sepa que los que siguen á Cristo tienen asegurado un patrimonio indefectible en el poder y beneficencia divina, y que no les faltará ni en el cuerpo, ni en el alma. De las ventajas temporales seguidas á la virtud, os hablaré en la primera parte del discurso; y de las espirituales, en la segunda. Bienes y asistencias de la tierra, consuelos y placeres del espíritu, todos son frutos de la justicia y observancia de la ley. Estos serán los dos puntos. Imploremos los divinos auxilios por la mediacion de la Vírgen santísima. A. M.

1. Aunque Dios sea universal provisor de todas las criaturas, sin que haya estrellita en el cielo, ni avecita en el aire, ni pececito en el agua, ni sabandija en la tierra, que no dependa de sus cuidados; es innegable que tiene sobre el hombre una providencia especial por ser la mayor obra de sus manos y hecho á su imágen y semejanza. Pero, como entre los mismos hombres hay buenos y malos, virtuosos y malvados, predestinados y réprobos, ovejas y cabritos, trigo y zizaña, vasos de honor y vasos de contumelia; su providencia no puede ser igual para con todos: en órden á los buenos, es una providencia de amor y de regalo; y en órden á los malos, es una providencia de paciencia y tolerancia. *Sustinuit in multa patientia vasa iræ*, que dijo el Apóstol. A los malos los conserva solamente por los buenos, y cuando se cumpla el número de los escogidos, se acabará el mundo y cuanto en él existe, como asegura San Juan en el Apocalipsis. Todas las cosas, decia San Pablo, son para los escogidos: *omnia propter electos*; y en la primera intencion del Criador, este mundo no fué hecho sino para los buenos, segun el testimonio de Esdras: *Propter nos fecisti sæculum*. De modo, que el cielo con sus lumbreras, la tierra con sus producciones, los árboles con sus frutos, las flores con su fragancia, las minas con sus riquezas, todo fué hecho directamente para los escogidos, y ellos son los legítimos herederos de todos los bienes criados, porque solos ellos son los hijos del Padre celestial.



Ahora, pues; ¿habrá alguno que pueda concebir que este amantísimo Padre provea con tanta largueza á los esclavos rebeldes, y se niegue al socorro de los hijos queridos, que son las niñas de sus ojos? ¿Hay alguno que pueda concebir que Dios sea torre de fortaleza, escudo de proteccion para los malos, que no hacen más que ofenderle, y se olvide de los buenos, que no tratan sinó de servirle? ¿No fuera el mayor desórden y el mayor trastorno de ideas que pueden caber en entendimiento, que los pecadores se llevasen todas las atenciones de Dios y los justos no mereciesen una ligera expresion de su cariño? Luego es preciso concluir de todas estas razones, que estando los buenos bajo la proteccion del Dios del cielo, no hay que temer que les falte su asistencia en los más estrechos apuros. Arroja tu corazon en Dios, dice el Profeta, que él te nutrirá y cuidará de tí. En la tribulacion él será tu consolador; en la persecucion él será tu amparo y tu defensa; en la enfermedad y en el dolor él será tu esperanza y tu salud; en las tormentas de esta vida él será la voz imperiosa que tranquilice el furor de la marea; y en la estrechez de tu casa él será el tesoro que abastezca tu indigencia. Catalina, le decia Dios á esta santa; Catalina, cuida tú de mí, que yo cuidaré de tí: cela tú el honor y la gloria de mi nombre, que yo me encargaré de tus cosas para que nada te falte. ¿Será Dios tan pobre que no tenga que dar á sus siervos, ó tan mezquino que le duela alargar la mano para mantenerlos, cuando lo hace con tanta profusion con las aves del cielo, con las fieras del bosque y con sus mismos enemigos? ¿Qué rey se sirve de sus tropas y las deja defraudadas de su sueldo? ¿Qué amo tiene unos criados fieles y los envia por salario y por sustento en casa del vecino?

Yo he sido jóven, decia David, y ahora me veo viejo y cargado de años; pero ni en mi mocedad, ni en mi vejez he visto jamás al justo desamparado, ni que sus hijos perezcan por falta de pan ni de sustento. Al contrario, he visto algunas veces al impío prosperado, elevado sobre los cedros del Líbano; pero su gloria se desvaneció como el humo, se arruinó su fortuna, sus riquezas se deshicieron como la sal en el agua, y llegó á un estado lamentable en que apénas le quedaba sér sobre la tierra. Yo quiero hacer un pacto con vosotros, les decia Dios á los hebreos. Escuchad los que quereis ser ricos y poderosos, y no perdais una sola de mis palabras: si guardais mis preceptos, ellos os guardarán; si me servís, yo os serviré; si bendecís mi nombre, yo os llenaré de bendiciones; bendiciones sobre vuestras heredades, bendiciones sobre vuestra fortuna, bendiciones sobre vuestra familia y bendiciones sobre todo aquello en que pusierais la mano. Si á pesar de estas promesas os desviareis de mi ley, lloverán

sobre vosotros las maldiciones del cielo, maldiciones sobre vuestras campiñas, maldiciones sobre vuestros sembrados, maldiciones sobre vuestros hijos y casa, y maldiciones sobre cuanto intentareis. ¿Qué os parece, hermanos? Estas protestas de Dios ¿serán mentiras y falsedades, ó habrá su majestad mudado de condicion de algun tiempo á esta parte? Esto fuera la más horrenda blasfemia: *Non est Deus quasi homo, ut mentiatur, neque ut filius hominis, ut mutetur.*

Miéntras los israelitas permanecieron fieles, la fortuna se les reia y les mostraba un semblante próspero y lisonjero; la tierra daba sus frutos en abundancia; el cielo sus rocíos oportunos; las estrellas enviaban benignos aspectos y suaves influencias; las victorias eran iguales al número de combates; y no empezaron á ser infelices sinó cuando empezaron á ser prevaricadores: *Non fuit qui insultaret populo isti, nisi quando recesit á cultu Domini.* ¡Qué clamores no se oyen continuamente sobre las desdichas públicas y privadas! Años estériles, tiempos calamitosos, enfermedades contagiosas, muertes repentinas, divorcios escandalosos, guerras intestinas entre maridos y mujeres, entre padres é hijos; ¿qué hay que extrañar si no reina más que el crímen, el vicio y el pecado? Cercó á Betulia el capitan Holofernes con un ejército tan numeroso como las arenas del mar, les cortó las aguas á los cercados, les impidió la introduccion de víveres y bastimentos, y lleno de orgullo y de soberbia, resolvió en su corazon pasarlos á todos por el filo de la espada, y no dejar hombre á vida ni piedra sobre piedra á la ciudad. Pero un soldado ammonita llamado Aquior, le dijo con libertad generosa: Valeroso general, óyeme una palabra que redundará en tu loor y en tu provecho. Yo no soy israelita; pero sé muy bien sus condiciones, sus ritos, sus ceremonias y el Dios á quien adoran. Este Dios es tan poderoso y tan benéfico para ellos, que como le sirvan de corazon y de alma, no hay fuerza en los asirios para vencerlos; como ellos le sean fieles, todo el poder de tu brazo se convertirá en humo y en oprobio sempiterno. De los peñascos les brotarán fuentes, las yerbas se convertirán en panes, las espinas se les transformarán en rosas, y del mismo cielo bajarán llamas de fuego que abrasarán tus reales y los reducirán á cenizas. Créeme, no ha habido jamás quien insultase á este pueblo ni pudiese subyugarle sinó cuando se apartó del culto de su Dios: *Non fuit qui insulturet populo isti, nisi cuando recesit á cultu Domini Dei sui.* Averigua primero, si el Dios á quien adoran está irritado contra ellos, y ya los tienes rendidos: *Pesquire si est iniquitas.* El hecho, que es bien sabido, comprobó á la letra todos los dichos del ammonita. Y ¿no podré yo decir á cada uno de vosotros lo que Aquior al general Holofernes?



Registra el libro de tu conciencia y mira si hallas escrita alguna partida de iniquidad, por la cual haya Dios retirado de tí sus mercedes y favores: *Pesquire si est iniquitas.* Has tenido bastantes bienes en otro tiempo y ahora te ves reducido á pobreza; ántes obsequiado de muchos, ahora abandonado de todos; averigua los senos de tu corazon, mira si tienes alguna iniquidad: *Pesquire si est iniquitas.* Has disfrutado de salud perfecta, has gozado de dias alegres, y ahora te ves cercado de achaques y dolores, cubierto de luto y de tristeza ó postrado en una dura cama; mira si tienes alguna iniquidad oculta, si has quebrantado la ley: *Pesquire si est iniquitas.* No puedes corresponder á tus acreedores, porque se han menoscabado tus caudales, se han engrosado las deudas, te han faltado las cosechas, te han movido mil litigios y mil pleitos, y no experimentas más que reveses de la fortuna; indaga la verdadera causa de tu decadencia, averigua si has provocado contra tí la ira del Señor por tus iniquidades: *Pesquire si est iniquitas.* No pienses que la ruina temporal nace de otra fuente sinó del pecado.

Yo soy el dueño absoluto, dice el Señor en cada página de la sagrada Escritura; yo soy el dueño absoluto de todo lo criado; el oro, la plata y las riquezas están conmigo; yo gobierno el tiempo y la eternidad, las causas libres y las necesarias, la vida y la muerte: mi imperio es sobre el imperio de los príncipes y de los reyes, y todos los bienes salen de mi mano como de un caudaloso rio; pero ¿á quién miraré yo en la distribucion de estos mismos bienes sinó á las almas fieles que me sirven y celan mi santa ley? ¿Por ventura se olvidará la doncella del más hermoso de sus atavíos y de su rico Señor? Pues ¿cómo me olvidaré yo del hombre justo que hace todas mis delicias y es el imán de mi corazon? Genios desconfiados, almas pusilánimes, corazones apretados y tímidos, y ¡cuánto desacreditais con vuestros temores y recelos la providencia de Dios que tanto vela sobre sus escogidos! El retentor injusto de lo ajeno, que piensa le ha de faltar el mundo si se desprende de lo que no es suyo y paga lo que debe; la mujer perdida y mal aconsejada, que piensa se ha de morir de necesidad y de hambre, si rompe la cadena de los negros amores de aquel su verdadero enemigo que la mantiene; el rico avariento y miserable, que piensa se le han de volar sus caudales si saca una peseta para una familia vergonzante, para una doncella pobre, ó para celebrar una misa por los mismos que tal vez le dejaron sus fincas y posesiones; ¡qué injuria no hacen todos estos á la Providencia divina! ¿Se acordarán que el Señor da ciento por uno aún en este mundo mismo? ¿Se acordarán que la observancia de la ley es una mina in-

agotable que siempre está rindiendo riquezas á los que cavan en ella? ¿Se acordarán que los israelitas, en número de más de seiscientos mil, caminaron cuarenta años por el desierto sin otro sustento que el que les daba la larga mano del Criador? ¿Se acordarán de aquellas palabras del Salvador, más firmes que el cielo y la tierra: No esteis solícitos y ansiosos de la comida y vestido; ya sabe vuestro Padre celestial que necesitais de estos socorros: buscad el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará de añadidura? ¿Se acordarán de los prodigios de su omnipotencia en favor de sus amigos los Elías, los Danieles, los Pablos y los Antonios y millares de sus siervos, alimentados por las aves, por los brutos y por los mismos ángeles? Sirve á Dios, que no te faltará asistencia en las necesidades del cuerpo, y mucho ménos te faltarán dulzuras y regalos en el alma muy superiores á todos los de la tierra.

2. No están vinculadas para la pátria todas las delicias prometidas á la virtud; tambien en este mundo gozan un destello de estos mismos gustos los hijos de dileccion y de amor. Como la vida ajustada, inocente ó penitente es una incoacion de la gloria y como un noviciado del cielo, participa algunas prendas de aquel estado feliz, á pesar de las amarguras y cruces que le acompañan y que son inseparables de este valle de miserias. Consultemos la Escritura. La buena conciencia y la limpieza del alma es un contínuo convite en que se disfruta de todo género de placeres, de gustos y de regalos: conserva en tu corazon la rectitud y la justicia, y tu sueño será dulce, suave, tranquilo, sin que te conturben los temores de las tinieblas, ni te agiten los espectros de la noche: el consuelo, la esperanza y la paz son propios y privativos de los que aman la ley, y sólo en la casa de Dios se encuentran las riquezas y la gloria. Todos estos son oráculos del Espíritu Santo, que no pueden contrastarse sin impiedad manifiesta. Yo lo he probado todo, decia el más sábio de los hombres, y solamente las obras de santidad y virtud han llenado el vacío de mi espíritu. Yo he hecho mil reflexiones, decia el grande Agustino, sobre la fruicion de los bienes, y sólo los verdaderos han tranquilizado mi alma: todas las criaturas juntas y todos los recreos de la tierra no me han alegrado tanto como mi propia conciencia cuando no ha sido remordida de la culpa. Yo he echado de ¡ver, decia San Antonino de Florencia, por una experiencia de muchos años, que sólo el servir á Dios es verdadero reinar y señorearlo todo; lo contrario es servidumbre, esclavitud y un yugo insoportable. Y la razon es clara y evidente, porque al hombre no le hace feliz lo que está por la parte de afuera, ni saraos, ni festines, ni teatros, ni honores, ni aplausos, ni riquezas, ni todo el mundo alambicado en placeres; la felicidad la tiene dentro de sí mismo, en la union de su voluntad con la divina y en la conformidad de su conducta con la regla de sus operaciones. Concertado de esta suerte el reloj de su vida, no tendrá movimiento que no sea deleitable, ya por la raíz de la esperanza que produce los más dulces frutos, ya por la uncion de la divina gracia que rectifica el paladar del alma y hace que gustado el espíritu sea insípida toda carne. Y no hablo de las almas privilegiadas que han tocado la raya del heroismo y en quienes Dios derrama torrentes de delicias que las inundan, porque á éstas les da á gustar tales favores y regalos á cuya descripcion no basta la rudeza de la lengua: aún las almas ordinarias, ó de una virtud regular, participan de un consuelo interior, de un rocío celestial, de una libertad y desahogo y de un contento que es propio de la justicia, y en que el pecador, el criminal, el impío, el libertino no pueden comunicar ni tener parte.



Hombres sin rienda, sin freno, sin Dios y sin ley, no busqueis satisfaccion ni gusto verdadero en el vicio y el pecado; que será trabajo en vano. ¿No habeis visto un huracan subterráneo que corriendo por los senos de la tierra, agitado de una fuerza oculta y de un impulso violento, la hace temblar como si fuera una paja, derroca los edificios más firmes, sacude los montes y los hace tambalear, causa una consternacion universal en todos los vivientes y obliga á los hombres á desamparar sus casas; pero, que en campo raso, no deja de amenazar estragos funestísimos, y á cualquier parte que se conviertan, les presenta fatalidades, terrores y sobresaltos? Pues ved aquí el huracan horrible del pecado discurriendo por las entrañas del alma: impelido de una secreta violencia, conmueve hasta los fundamentos del espíritu y bate por tierra las bases más sólidas de esta misteriosa máquina; remuerde la conciencia y la asusta por una acusacion criminal; infunde terrores en el corazon y violentas convulsiones; á donde quiera que vuelve el hombre la vista, ve funestos precipicios y lamentables estragos; dentro del más recóndito gabinete tiembla como una caña; en el mismo bullicio del mundo siente los ecos y el ruido de este terremoto interior, y no puede librarse de sustos y de congojas porque no puede librarse de sí mismo. Los delitos que comete con más gusto son cordeles que le ahogan, palos que le crucifican, clavos que le taladran, espinas que le punzan, y angustias mortales que le acaban por puntos.

Yo veo á Cain, al alevoso y homicida Cain, con el corazon despedazado por los remordimientos crueles de su conciencia, no hallar quietud, ni reposo, huir el trato y comercio de los hombres, andar

vago y fugitivo como una fiera, temer de su misma sombra y no poder sufrir el peso enorme de su delito. Yo veo á Saul, al prevaricador Saul, poseido de ódio y de mortal envidia, desgarradas sus entrañas con el cuchillo de la emulacion y del encono, no tener un momento de paz y tranquilidad, acometido de espectros y fantasmas horribles, ahogado con los duros cordeles de sus pecados, pasar una vida miserable y reprobada y experimentar una muerte desdichada y funestísima. Yo veo á Antioco, al orgulloso Antioco, cercado de los dolores del infierno y mordido de las serpientes voraces, de tantos latrocinios, sacrilegios y profanaciones, hacerse aborrecible á los hombres, intolerable á sí mismo, llevar dentro del pecho un veneno rabioso que le roe las entrañas y exhalar su abominable alma entre desesperaciones y mortales congojas. Yo veo á un Neron cruel, á un Calígula sanguinario, á un Tiberio voluptuoso, á un Alejandro soberbio, á un Dionisio avariento; pero ¿para qué me canso? Yo veo á todos los pecadores arrastrando las pesadísimas cadenas de sus culpas, llenos de tristeza y de opresion, de temores y zozobras, sin que el dia los alegre, ni la noche los consuele, ni la comida los nutra, ni el sueño los tranquilice, ni los amigos los complazcan, ni los juegos los diviertan, ni cosa alguna temple la amargura de su oprimido corazon.

Nadie me abone el partido del vicio ni me venga con apologías á favor de los deleites que ofrece; que le desmentiré cara á cara y le negaré redondamente todos sus alegatos. Deleites verdaderos, vosotros sois frutos peculiares de la virtud. Placeres inocentes, vosotros no habitais sinó en la casa de Dios. Dulzuras sencillas y reales, vosotras no teneis que ver con los amadores del mundo, sólo pertenecen á los primogénitos del rey de los cielos. ¿Quién goza en su corazon aquella paz dichosa que, segun el Apóstol, sobrepuja todo sentido, sinó los justos y virtuosos? ¿Quién duerme sosegado en medio de las borrascas y mareas de este golfo proceloso que todos navegamos, sinó los justos y virtuosos? ¿Quién lleva consigo las cartas credenciales y el sello de seguridad en el camino que guia á la pátria, sinó los justos y virtuosos? Pues estos bienes comunicados al justo no pueden dejar de darle alegría, placer, deleite y contentamiento lleno, segun lo sufre el estado de esta miserable vida. Convertíos á mí, clama el Señor por Malaquías, y vereis la diferencia que hay entre el bueno y el malo, entre el que sirve á Dios y el que sirve á sus vicios, á sus deleites y á sus pasiones.

¡Oh Dios mio! ¡cuán cierto es que en solo tí se encuentran todos los bienes! En tí se encuentran tesoros, porque eres el Dios de las riquezas. En tí se encuentran honores, porque eres el Dios de la gloria. En tí se encuentran deleites, porque eres el Dios de las dulzuras. Pero, aunque no comunicases estas ventajas á los que te sirven y aman, bastara el ser tú quien eres, para servirte y amarte sobre todo lo criado. Danos gracia para hacerlo dignamente en esta vida y continuarlo despues en la eternidad de la gloria. Amen.



VIRTUD; véanse los tratados: VICIO y VIRTUD, y DEVOCION (LA VERDADERA Y FALSA).

---

# VISITAS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

*Jam non dicam vos servos... Vos autem dixi amicos.*

Ya no os llamaré siervos... Mas á vosotros os he llamado amigos.

(JOANN. XV, 15.)

Despues de la santa Misa, la oracion por excelencia, la que más se le parece, es aquella oracion silenciosa y muda que se hace al pié del altar; ó más bien, aquella conversacion piadosa, aquella expansion del corazon que se entabla entre Jesucristo y el alma fiel, cuando salida del templo la multitud, y apagadas las luces, arde solitaria la lámpara, símbolo del misterio que se consuma en la sombra y en la dulce intimidad de dos amigos; ya comprendereis que me refiero á las Visitas al Santísimo Sacramento. De estas Visitas voy á ocuparme en el presente discurso. Imploremos los auxilios de la gracia: A. M.

1. Nosotros podemos y debemos visitar á Jesucristo, que habita en nuestros tabernáculos; pero distingamos, hermanos mios, tres clases de visitas, como en tres clases dividimos las que se hacen en el mundo: esto es, visitas de etiqueta, visitas de ceremonia y visitas de amistad. En el mundo llámanse visitas de etiqueta aquellas que se hacen por fuerza, por deber, por posicion social; tales son las que se deben á los superiores. A estas visitas pueden compararse las que á Jesucristo hacen los fieles cuando en los domingos y las fiestas asisten á la

vago y fugitivo como una fiera, temer de su misma sombra y no poder sufrir el peso enorme de su delito. Yo veo á Saul, al prevaricador Saul, poseido de ódio y de mortal envidia, desgarradas sus entrañas con el cuchillo de la emulacion y del encono, no tener un momento de paz y tranquilidad, acometido de espectros y fantasmas horribles, ahogado con los duros cordeles de sus pecados, pasar una vida miserable y reprobada y experimentar una muerte desdichada y funestísima. Yo veo á Antioco, al orgulloso Antioco, cercado de los dolores del infierno y mordido de las serpientes voraces, de tantos latrocinios, sacrilegios y profanaciones, hacerse aborrecible á los hombres, intolerable á sí mismo, llevar dentro del pecho un veneno rabioso que le roe las entrañas y exhalar su abominable alma entre desesperaciones y mortales congojas. Yo veo á un Neron cruel, á un Calígula sanguinario, á un Tiberio voluptuoso, á un Alejandro soberbio, á un Dionisio avariento; pero ¿para qué me canso? Yo veo á todos los pecadores arrastrando las pesadísimas cadenas de sus culpas, llenos de tristeza y de opresion, de temores y zozobras, sin que el dia los alegre, ni la noche los consuele, ni la comida los nutra, ni el sueño los tranquilice, ni los amigos los complazcan, ni los juegos los diviertan, ni cosa alguna temple la amargura de su oprimido corazon.

Nadie me abone el partido del vicio ni me venga con apologías á favor de los deleites que ofrece; que le desmentiré cara á cara y le negaré redondamente todos sus alegatos. Deleites verdaderos, vosotros sois frutos peculiares de la virtud. Placeres inocentes, vosotros no habitais sinó en la casa de Dios. Dulzuras sencillas y reales, vosotras no teneis que ver con los amadores del mundo, sólo pertenecen á los primogénitos del rey de los cielos. ¿Quién goza en su corazon aquella paz dichosa que, segun el Apóstol, sobrepuja todo sentido, sinó los justos y virtuosos? ¿Quién duerme sosegado en medio de las borrascas y mareas de este golfo proceloso que todos navegamos, sinó los justos y virtuosos? ¿Quién lleva consigo las cartas credenciales y el sello de seguridad en el camino que guia á la pátria, sinó los justos y virtuosos? Pues estos bienes comunicados al justo no pueden dejar de darle alegría, placer, deleite y contentamiento lleno, segun lo sufre el estado de esta miserable vida. Convertíos á mí, clama el Señor por Malaquías, y vereis la diferencia que hay entre el bueno y el malo, entre el que sirve á Dios y el que sirve á sus vicios, á sus deleites y á sus pasiones.

¡Oh Dios mio! ¡cuán cierto es que en solo tí se encuentran todos los bienes! En tí se encuentran tesoros, porque eres el Dios de las riquezas. En tí se encuentran honores, porque eres el Dios de la gloria. En tí se encuentran deleites, porque eres el Dios de las dulzuras. Pero, aunque no comunicases estas ventajas á los que te sirven y aman, bastara el ser tú quien eres, para servirte y amarte sobre todo lo criado. Danos gracia para hacerlo dignamente en esta vida y continuarlo despues en la eternidad de la gloria. Amen.



VIRTUD; véanse los tratados: VICIO y VIRTUD, y DEVOCION (LA VERDADERA Y FALSA).

---

# VISITAS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

*Jam non dicam vos servos... Vos autem dixi amicos.*

Ya no os llamaré siervos... Mas á vosotros os he llamado amigos.

(JOANN. XV, 15.)

Despues de la santa Misa, la oracion por excelencia, la que más se le parece, es aquella oracion silenciosa y muda que se hace al pié del altar; ó más bien, aquella conversacion piadosa, aquella expansion del corazon que se entabla entre Jesucristo y el alma fiel, cuando salida del templo la multitud, y apagadas las luces, arde solitaria la lámpara, símbolo del misterio que se consuma en la sombra y en la dulce intimidad de dos amigos; ya comprendereis que me refiero á las Visitas al Santísimo Sacramento. De estas Visitas voy á ocuparme en el presente discurso. Imploremos los auxilios de la gracia: A. M.

1. Nosotros podemos y debemos visitar á Jesucristo, que habita en nuestros tabernáculos; pero distingamos, hermanos mios, tres clases de visitas, como en tres clases dividimos las que se hacen en el mundo: esto es, visitas de etiqueta, visitas de ceremonia y visitas de amistad. En el mundo llámanse visitas de etiqueta aquellas que se hacen por fuerza, por deber, por posicion social; tales son las que se deben á los superiores. A estas visitas pueden compararse las que á Jesucristo hacen los fieles cuando en los domingos y las fiestas asisten á la

misa, obligados por el precepto de la Iglesia, que nos convoca en sus templos en dia fijo y horas determinadas, para tributar á Dios la adoracion y los homenajes que todas las criaturas le deben; y, en especial, para atestiguar á Jesucristo, que va á descender sobre el altar, nuestro reconocimiento por la grande obra de la redencion humana, cuyo beneficio recibe todo cristiano en su bautismo, y cuya memoria se renueva durante el santo sacrificio. Confieso, hermanos carísimos, que la mayor parte de los fieles hacen esta visita de muy buena voluntad; pero tambien es preciso confesar que la hacen por fuerza, puesto que hay una ley que á ello les obliga.

Las visitas de ceremonia son aquellas que en el mundo se hacen por pura conveniencia, ó buen tono, y suelen ir acompañadas de todo el lujo y aparato de las pompas del siglo. Si se me permite una comparacion, quizás algo profana, pero que explica todo mi pensamiento, os diré, carísimos hermanos, que estas visitas corresponden á nuestras fiestas, á nuestras grandes solemnidades, á nuestras piadosas reuniones, en las cuales la santa Iglesia acostumbra desplegar todo el lujo y todas sus pompas: el resplandor de las luces, la armonía de los cánticos, la riqueza de los ornamentos sagrados, la elocuencia de los oradores sagrados, todo lo que tiene ella de más brillante y pomposo. No cabe duda que por estas fiestas mostramos una predileccion especial, y con nuestra piadosa presencia acrecentamos el número de los que á ellas asisten, y contribuimos por nuestra parte y en lo que de nosotros depende, á glorificar y honrar al huésped divino que con su gracia nos invita. Confesemos, empero, que si asistimos á tales fiestas con puntualidad, y hasta con regocijo, no es por obligacion, sinó por un acto libre de nuestra voluntad; aunque pudiese y hasta mereciese ser calificado de acto en sumo grado inconveniente el dejar de hacerlo muchas veces sin justificado motivo. Estas son las visitas que en el sagrado recinto calificamos de visitas de conveniencia.

Réstanos saber ahora, hermanos mios, si debemos hacer á nuestro divino Salvador visitas de amigo, y si las que hacemos al Santísimo Sacramento pueden corresponder á este tercer género de visitas.

Por de pronto; ¿nos atreveríamos nosotros á tratar con la llaneza de amigo al Hijo de Dios, quien, aunque revestido de nuestra pobre naturaleza humana, conserva no obstante todas las perfecciones adorables, todos los atributos infinitos, todas las grandes prerogativas de la magestad suprema? Sí; podemos y debemos atrevernos á hacérlo, puesto que él mismo quiso tratarnos como amigos. Con efecto; los tres años de su vida pública los pasó con sus discípulos en la intimidad más perfecta, conversando, comiendo y viajando familiar-



mente con ellos, acostándose debajo del mismo techo y dividiendo con ellos las fatigas y los trabajos de cada dia.

Pero la más fuerte y convincente prueba de su amistad con los hombres es el dulce nombre de amigo que brota constantemente de sus lábios, y el dejarse llamar amigo de los pecadores y de los publicanos: *amicus publicanorum et peccatorum* (Luc. VII, 34). Y para que nadie sospeche que toma por injuria este dictado de amigo de los pecadores, declara terminantemente, que no ha descendido del cielo á la tierra para los justos, sinó para los pecadores, y que los enfermos son los que tienen necesidad de médico, y no los que gozan de perfecta salud. Lázaro acababa de morir; y al participarle este infausto suceso, su corazon de *amigo* se estremeció y se le arrasaron los ojos en lágrimas: *lacrymatus est Jesus*; enjugando, empero, inmediatamente las lágrimas, dijo á sus discípulos: Lázaro, *nuestro amigo*, duerme; voy á dispertarle de su sueño: *Lazarus amicus noster dormit....* Entónces fué cuando dirigiéndose al sepulcro, y mandando quitar la piedra que lo cubria, otorgó á la amistad uno de los más estrepitosos milagros de la omnipotencia divina, quiero decir, la resurreccion de un cadáver amortajado cuatro dias hacia, y que ya empezaba á corromperse (Joann., XI, 11-39).

Citemos, empero, otro hecho que dá todavía más fuerza á mi pensamiento. Jesucristo, en el Huerto de las olivas, exhortó á los tres discípulos que le habian acompañado al santo monte que orasen, y en seguida se entregó á una sangrienta agonía. Vino luego otro discípulo suyo á interrumpirle en aquel sublime preludio de su dolorosa pasion, y el Salvador le dijo: *¿Amice, ad quid venisti?...* ¿Amigo, á qué vienes? ¿Y sabeis á quién se dirige? ¿Por ventura á Pedro, á Juan ó al otro hijo del Zebedeo, que con él oraban? Nó; se dirige á Judas que le ha hecho traicion. ¡Y á este traidor llama su amigo! *¿Amice, ad quid venisti?...* (Matth. XXVI, 50).

Finalmente, para que nadie crea que en boca de nuestro Salvador el dulce nombre de amigo es una locucion habitual que no expresa sentimiento alguno de su corazon, póngase atencion en otra circunstancia que juzgo á propósito recordar. En una de aquellas suaves y deliciosas expansiones de su alma, en que solia manifestar á sus discípulos todo el afecto que les profesaba, aseguróles que les amaba como él era amado de su Padre; y con esta ocasion, les exhorta á que se amen entre sí como él los ha amado; declarándoles formalmente en seguida, que ellos son sus *amigos*: *vos mici amei estis*; y añadiendo en prueba de este amor, que nada les ha ocultado nunca, sinó que, por el contrario, les ha comunicado abierta y cordialmente

los secretos profundos de su eterno Padre; y que no fueron ellos los que escogieron á Dios por su amigo, sinó que él, Hijo de Dios, y Dios verdadero, se dignó adoptarles como tales; por cuyo motivo de allí en adelante, ya no les dará otro nombre que el dulce de amigos: *jam non dicam servos... vos autem dixi amicos* (JOANN. XV, 14, et 15).

Si pues Jesucristo es nuestro amigo, preciso es confesar, que tenemos en él un amigo excelentísimo; un amigo el más noble, más poderoso, más seguro y más fiel.

Es nuestro amigo más noble, puesto que siendo Dios, no hay quien le iguale; es nuestro amigo más rico y más poderoso, porque tiene todas las cosas en sus manos divinas, y puede ponerlo todo á disposicion nuestra; es nuestro amigo más seguro, es decir, el más inteligente y discreto, que no puede hacernos traicion ni por debilidad ni por necedad; que en caso necesario sabe decirnos interiormente la verdad, por amarga que sea, y rehusarnos las gracias que nos serian perjudiciales; es nuestro amigo el más fiel, pues no cambia segun el viento de la fortuna, ni se retira juntamente con el poder ó la prosperidad; sinó que, por el contrario, ama al pobre lo mismo que al rico; á los débiles, pequeños é ignorantes, no ménos que á los grandes y á las personas instruidas; y que dirige á los desgraciados á los afligidos de toda clase, estas palabras de las más franca amistad: «Venid á mí sin excepcion todos los que andais agobiados con los trabajos, y cargas, que yo os aliviaré: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos* (MATTH. XI, 28.)

Finalmente, para volver á mi asunto, del cual, preocupado con la idea de demostraros que podemos con derecho tratar de amigo á nuestro divino Salvador, me habia separado algun tanto; digo: que es un amigo que está siempre dispuesto á recibirnos, y que por lo mismo, las visitas al Santísimo Sacramento, son las únicas que responden á ese tercer género de visitas, que llamamos de amistad.

La amistad se conserva con el trato frecuente, con las conversaciones familiares; y desde que largas distancias separan á los amigos, y sólo raras veces pueden verse, y cesa la intimidad de relaciones, su amistad se enfria, si es que no llegan á olvidarse uno de otro. Ahora bien; ¿cómo podremos conservar y fomentar esa amistad verdadera con que se ha dignado honrarnos nuestro Salvador, sinó visitándole en el Santísimo Sacramento? ¿Pretenderíamos sostener esta amistad con el decoro conveniente, hablando con él en nuestras casas, por lo mismo que, siendo Dios, está presente en todas partes? Téngase presente que en cuanto Dios, es nuestro soberano dueño, nuestro padre, si quereis; pero, no es nuestro amigo; este glorioso título nos



lo dá tan sólo como Dios Hombre, como Salvador. Pues bien, como Dios Hombre, reside únicamente en el cielo y en nuestros tabernáculos. ¿Escogeríamos, por ventura, para nuestra amistosa conversacion con Jesucristo, el tiempo de la misa ó de las piadosas reuniones y de las brillantes y religiosas ceremonias? No; porque la multitud es considerable, y no sólo el ruido, sinó el mismo brillo, distrae la atencion, haciendo imposible toda conversacion de intimidad. Luego, las piadosas y solitarias visitas son indispensables para conservar con Jesucristo las relaciones íntimas, afectuosas y tiernas que exige la amistad; y sólo en estas expansiones inefables y divinas, podemos apoyar, como San Juan, nuestra frente sobre su pecho sagrado para percibir los latidos de su corazon adorable, con el dulce y suave calor de la más delicada de todas las amistades. Tan sólo al pié del tabernáculo, es donde verdaderamente podemos nosotros tratar á Jesucristo con la entera familiaridad de un amigo.

¡Oh, hermanos mios! ¿quién podria referir lo que se pasa al pié del tabernáculo, entre Jesucristo y el alma cristiana? Más fácil es sentirlo que expresarlo; pues no hay palabras para encarecer ni para enumerar todas las gracias, todas las mercedes espirituales, todos los dones que el amigo divino derrama sobre las almas fieles desde los sagrados tabernáculos.

2. Se refiere en el antiguo Testamento, que estando el santo rey Ezequías sitiado en Jerusalen por el formidable ejército de Senaquerib, envióle este rey de los asirios algunos embajadores con una carta llena de insultos y blasfemias contra Dios verdadero, el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, á quien comparaba con los falsos dioses de las naciones que no habian podido salvar á sus adoradores. Apénas hubo Ezequías leido la carta, se dirigió al templo, oró con fervor, pidiendo al Señor confundiese á aquel orgulloso monarca, y salvase á Jerusalen; la noche siguiente, los cadáveres de ciento ochenta mil guerreros del ejército asirio cubrian los campos de Judá (IV, REG. XIX, 14).

Carísimos hermanos; ¿quién hay en este valle de lágrimas que no se halle frecuentemente en la triste situacion del rey de Judá, asaltado por numerosos enemigos, y sin esperanza de humano socorro? ¿Qué hacer en tan críticas circunstancias? Lo que hizo Ezequías, ir al templo, prosternarse al pié del sagrado tabernáculo, manifestar á Jesús todos los apuros en que nos encontramos, todas nuestras penas, todos nuestros dolores, las pasiones que hemos de domar, los enemigos que debemos vencer, y reconociendo nuestra propia flaqueza, pedir al que todo lo puede y nos honra con el título de amigos, se

digne concedernos el triunfo. El cristiano que acude á Jesús sacramentado con toda confianza y sencillez de corazon, puede estar seguro de que vencerá á sus enemigos, y los verá abatidos, aunque éstos fueran en mayor número que los soldados del orgulloso rey de Asiria. Ezequías se prosternó ante un tabernáculo que no contenia sinó sombras y figuras; en el tabernáculo cerca del cual os convocamos, y hácia el cual os recomendamos que dirijais vuestros pasos, encierra al mismo Hijo de Dios, al que por nosotros murió en el Calvario, al que nos alimenta con su sagrado cuerpo y su preciosísima sangre; ¿cómo podemos dudar que nos hará triunfar de los enemigos de nuestra salvacion, que lo son tambien de su gloria?

Vosotros, hermanos carísimos, vendreis á aumentar el número de las almas fervorosas que nos regocijan y edifican, y que ponen un especial empeño en que Jesucristo no permanezca en el fondo del santuario solo y sin adoradores. Sé muy bien que algunos de los que me escuchais no podeis hacerle frecuentes visitas; léjos de censurar á estas personas, las compadezco de que no tengan tiempo ni facilidad de cumplir con sus piadosos deseos. Pero hagamos todas las que nos sean posibles, sin faltar á los deberes de nuestro estado; habituémonos, cada uno en la proporcion de sus facultades, á vivir en la tierra lo más frecuente y más familiarmente posible, con un Dios que no se desdeña de llamarnos hermanos (Heb. ii, 11) y amigos, y con quien esperamos vivir eternamente en el cielo, que á todos deseo. Amen.

VISITAS; véase: CONVERSACIONES.

VISITAS DE CARIDAD; véanse los tratados: CARIDAD PARA CON LOS PRESOS y CONFERENCIAS DE S. VICENTE DE PAUL.

---

# VOCACION.

*Unusquisque in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat.*

Manténgase cada uno en el estado que tenia cuando fué llamado.

(I Cor. vii, 20.)

Nuestra salvacion depende en gran parte de la eleccion del estado en que debemos vivir; pues es cierto que casi todos los pecados de los hombres nacen de las obligaciones de su estado. Es necesario, pues, proceder con tino en un asunto tan importante; porque ¿qué seria del hombre si tomase otro camino que aquel en que Dios le ha preparado gracias para obrar su salvacion? Solamente Dios, que ve nuestros corazones, y que desde el principio ha señalado el camino por donde quiere conducirnos, es quien puede inspirarnos la eleccion; á él solo pertenece llamarnos al estado en que nos ha preparado en sus eternos consejos los medios para nuestra salvacion; á él sólo debemos consultar en un negocio en que él sólo nos puede iluminar y guiar. Las costumbres, las pasiones, las circunstancias de la riqueza, del puesto, del nacimiento, que son las que regularmente tienen más parte en la eleccion de estado, son unas guias falaces, que casi siempre son causa de que nos engañemos; y como el engaño en esta materia es el más irreparable de todos, os quiero manifestar hoy las reglas de la fé en un punto tan importante de la doctrina cristiana.

Es verdad, que la mayor parte de los que me oyen han hecho ya eleccion de estado, por lo que no les es permitido elegir otro nuevo; pero me parece que no será inútil el manifestarles en el defecto de la vocacion, la primera raíz de sus infidelidades á las obligaciones de su estado, ó para que enmienden con abundantes lágrimas la imprudencia de su eleccion, ó para que, respetando el órden de Dios en los diversos caminos que ha señalado á los hombres, no se hagan árbitros de la suerte de sus hijos, porque ésta está en las manos del Señor.

Este, pues, es todo el asunto de mi discurso. La eleccion de estado es, entre todas las circunstancias de la vida, en la que con más frecuencia se introduce el engaño. La eleccion de estado es, entre todas las circunstancias de la vida, en la que más debe temerse el engaño.

digne concedernos el triunfo. El cristiano que acude á Jesús sacramentado con toda confianza y sencillez de corazon, puede estar seguro de que vencerá á sus enemigos, y los verá abatidos, aunque éstos fueran en mayor número que los soldados del orgulloso rey de Asiria. Ezequías se prosternó ante un tabernáculo que no contenia sinó sombras y figuras; en el tabernáculo cerca del cual os convocamos, y hácia el cual os recomendamos que dirijais vuestros pasos, encierra al mismo Hijo de Dios, al que por nosotros murió en el Calvario, al que nos alimenta con su sagrado cuerpo y su preciosísima sangre; ¿cómo podemos dudar que nos hará triunfar de los enemigos de nuestra salvacion, que lo son tambien de su gloria?

Vosotros, hermanos carísimos, vendreis á aumentar el número de las almas fervorosas que nos regocijan y edifican, y que ponen un especial empeño en que Jesucristo no permanezca en el fondo del santuario solo y sin adoradores. Sé muy bien que algunos de los que me escuchais no podeis hacerle frecuentes visitas; léjos de censurar á estas personas, las compadezco de que no tengan tiempo ni facilidad de cumplir con sus piadosos deseos. Pero hagamos todas las que nos sean posibles, sin faltar á los deberes de nuestro estado; habituémonos, cada uno en la proporcion de sus facultades, á vivir en la tierra lo más frecuente y más familiarmente posible, con un Dios que no se desdeña de llamarnos hermanos (Heb. ii, 11) y amigos, y con quien esperamos vivir eternamente en el cielo, que á todos deseo. Amen.

VISITAS; véase: CONVERSACIONES.

VISITAS DE CARIDAD; véanse los tratados: CARIDAD PARA CON LOS PRESOS y CONFERENCIAS DE S. VICENTE DE PAUL.

---

# VOCACION.

*Unusquisque in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat.*

Manténgase cada uno en el estado que tenia cuando fué llamado.

(I Cor. vii, 20.)

Nuestra salvacion depende en gran parte de la eleccion del estado en que debemos vivir; pues es cierto que casi todos los pecados de los hombres nacen de las obligaciones de su estado. Es necesario, pues, proceder con tino en un asunto tan importante; porque ¿qué seria del hombre si tomase otro camino que aquel en que Dios le ha preparado gracias para obrar su salvacion? Solamente Dios, que ve nuestros corazones, y que desde el principio ha señalado el camino por donde quiere conducirnos, es quien puede inspirarnos la eleccion; á él solo pertenece llamarnos al estado en que nos ha preparado en sus eternos consejos los medios para nuestra salvacion; á él sólo debemos consultar en un negocio en que él sólo nos puede iluminar y guiar. Las costumbres, las pasiones, las circunstancias de la riqueza, del puesto, del nacimiento, que son las que regularmente tienen más parte en la eleccion de estado, son unas guias falaces, que casi siempre son causa de que nos engañemos; y como el engaño en esta materia es el más irreparable de todos, os quiero manifestar hoy las reglas de la fé en un punto tan importante de la doctrina cristiana.

Es verdad, que la mayor parte de los que me oyen han hecho ya eleccion de estado, por lo que no les es permitido elegir otro nuevo; pero me parece que no será inútil el manifestarles en el defecto de la vocacion, la primera raíz de sus infidelidades á las obligaciones de su estado, ó para que enmienden con abundantes lágrimas la imprudencia de su eleccion, ó para que, respetando el órden de Dios en los diversos caminos que ha señalado á los hombres, no se hagan árbitros de la suerte de sus hijos, porque ésta está en las manos del Señor.

Este, pues, es todo el asunto de mi discurso. La eleccion de estado es, entre todas las circunstancias de la vida, en la que con más frecuencia se introduce el engaño. La eleccion de estado es, entre todas las circunstancias de la vida, en la que más debe temerse el engaño.

Lo raro de una vocacion verdadera, y los peligros de una vocacion falsa, son los puntos en que pretendo instruiros. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La santidad es la general vocacion de todos los fieles; y el Señor nos ha llamado á todos, hablando con el Apóstol, para que seamos santos y puros en su presencia. No obstante, el camino para llegar á este feliz término, no es uno mismo respecto de todos los hombres; esta vida es una tierra extraña, en donde hay diferentes é infinitas sendas, por las que caminamos todos nosotros como pasajeros hácia la celestial pátria; pero no podemos caminar con seguridad, sinó cuando la mano de Dios nos ha colocado en ellas. Y á la verdad, amados oyentes, la razon y la fé nos prohiben igualmente el pensar que el Señor, despues de habernos llamado á la luz del Evangelio, haciéndonos nacer de padres fieles, no ha querido mezclarse, por decirlo así, en nuestra suerte; y que sin determinar cosa alguna en órden al género de vida y al estado en que queria que obrásemos nuestra salvacion, nos ha dejado de tal modo en manos de nuestro consejo, que haya fiado únicamente á nuestro capricho una eleccion tan decisiva para nuestra eternidad. Dije primeramente, que es contra la razon, porque esto seria figurarnos una divinidad insensible, que deja al acaso y á la ventura él cuidado de las cosas de la tierra. Seria quitarla aquella atenta providencia y aquella universal sabiduría que dispone de todo desde el uno hasta el otro extremo de la tierra, con peso, con número y con medida. Dije en segundo lugar, que es contra la fe; porque la eleccion de los justos no es más que la eterna disposicion de los medios que deben infaliblemente libertarlos; y siendo el principal de éstos la eleccion de estado, debió sin duda incluirse en aquella voluntad misericordiosa que les ha preparado los caminos seguros para la salvacion. Es, pues, indudable, que ántes que naciésemos habia señalado el Señor para cada uno de nosotros el plan de nuestra suerte, y el camino de nuestra eternidad, por decirlo así; que entre los muchos caminos que forman las diversas condiciones de la sociedad, no hay más que uno para nosotros, y que aquel es por donde Dios quiere salvarnos.

No obstante lo cierto de estas verdades, es indubitable que las más veces no es el camino que nosotros nos escogemos el que Dios nos habia preparado desde el principio, y que entre todas las circustancias de la vida, en ninguna es el engaño más frecuente que en la eleccion de estado. Vosotros, amados oyentes, sereis de este mismo dictámen, si quereis considerar la naturaleza de esta eleccion y las esenciales circunstancias que deben acompañarla. Primeramente, las pasiones y la preocupacion hacen que en este punto sean más frecuentes los engaños, y nunca pueden ser excesivas la circunspeccion y madurez en este particular. En segundo lugar, esta eleccion depende de los fines de Dios para con nosotros, y así no debe decidir de ella el órden de la naturaleza. En tercer lugar, tambien depende de ella la felicidad y descanso de nuestra vida, y así es preciso atender en esta eleccion á nuestro gusto, más que al ajeno, y nunca contar con el respeto humano. Finalmente, es el único camino que nos guia á la salvacion; y así, el principal cuidado de esta eleccion deben ser las felicidades y provechos que nos pueden resultar en órden á nuestros eternos intereses. Ahora bien; ¿dónde están los que en la eleccion de estado observan todas estas condiciones? Pues inferid qué engaños no habrá en ella. La inconsideracion, la costumbre, el respeto humano y la concupiscencia, son el peso que hace inclinar la balanza en los diversos destinos de los hombres; y si queremos registrar los primeros fines que decidieron de nuestra vocacion, acaso no habrá entre los presentes quien no halle su principio en alguna de estas venenosas raíces.



Y primeramente; ¿hay asunto en toda nuestra vida en que se necesite de más madurez, de más cuidado, de más atencion, que en esta eleccion de que hablamos? ¿Qué conocimiento no debe tener uno de sí mismo, para que las inclinaciones no desaprueben despues la resolucion? ¿Qué contínuas y fervorosas oraciones no deberian preceder á esta grande accion, para que el Señor se dignase manifestarnos sus caminos? No obstante, esta eleccion suele hacerse en una edad, en la que apénas se halla la razon capaz de conocer, y, por consiguiente, mucho ménos de elegir. Un punto en que la más atenta circunspeccion deberia temer el engañarse, siempre es obra de las diversiones y de los gustos pueriles de la infancia. Y aún cuando se espere á una edad más madura para elegir estado, tampoco son más sérios los cuidados que en esto se ponen, sinó que regularmente la ocasion ó la casualidad deciden la eleccion.

Vosotros, á quienes Dios ha constituido cabezas de vuestras familias, en esto no teneis excusa. ¿Enseñais á vuestros hijos á que desde su tierna edad hagan al Señor aquella oracion del Profeta: *Señor, enseñadme vuestros caminos, y manifestadme las sendas por donde me quereis guiar?* (Psalm. xxiv, 4.) ¿Pedís al cielo contínuamente que se explique en órden á su destino? ¿Decís al Señor, como en otro tiempo los apóstoles: Señor, vos que conoceis el corazon de todos los hombres, manifestadme cuál de estos hijos habeis elegido? *Ostende quem*

*elegeris* (Act, I, 24). ¿Haceis que su tierno entendimiento se dedique á contemplar lo importante de esta eleccion? ¿Les dais suficientemente á conocer que de ella depende su salvacion eterna, y que nunca pueden ser demasiadas las precauciones en un asunto en que son irreparables las faltas? ¿Les enseñais á que juzguen de la vocacion del cielo, no por las locas costumbres del mundo, sinó por las reglas de la fe, por aquella inclinacion á cierto estado, que nace con nosotros mismos, y que parece nos la imprimió el autor de la naturaleza; por los talentos que parece nos destinan á él; por las impresiones de la gracia, que no cesa de aficionarnos á él secretamente; por la pureza de los motivos que nos determinan á abrazarle; por la naturaleza de nuestras inclinaciones, que nos minoran en él los peligros; y, finalmente, por el consejo de aquellos á quienes confiamos nuestra conciencia, y que conociendo lo íntimo de nuestra alma, se hallan con más proporcion para poder conocer los caminos que nos convienen? ¿Qué padres hay que se ocupen en unos cuidados tan cristianos é indispensables? ¡Ah! ántes procuran no dar á sus hijos unas instrucciones de las que les pesaria que se aprovechasen: procuran apartarlos de los lugares y de las personas donde pudieran recibirlas; siempre les están exagerando los inconvenientes del estado que se opone á los intereses de su casa, y ponderando las utilidades y contentos de aquel á que los destinan; y solamente se valen de sus pasiones para inspirarles una eleccion que les debiera servir para vencerlas. Dejad vuestros hijos en la mano de Dios, porque no hay para nosotros estado seguro, ni en órden al mundo, ni en órden á la eternidad, sinó aquel en que el mismo Señor nos coloca.

Otro principio de nuestros engaños hay en la eleccion de estado. Este es para nosotros el único camino de salvacion que Dios nos ha preparado; y así, en su eleccion, solamente debemos atender á las utilidades que nos pueden resultar para nuestra salud eterna; esto es, que entre todos los caminos, la religion y la razon quieren que escojamos aquel que, atendidas las calidades de nuestras inclinaciones y de nuestras flaquezas, nos proporcione más medios para nuestra salvacion. No quiero decir que sea preciso retirarse á las soledades, huir de los empleos que mantienen la tranquilidad de los pueblos y la felicidad de los imperios, y negarse á las necesidades del Estado, despreciar aquellas públicas profesiones que son útiles para mantener la sociedad, y de las que se forma su órden y armonía; huir como un escollo del sagrado lazo del matrimonio, al que la religion llama santo y digno de honor, so pretexto de que hay estados más seguros para la salvacion: el silencio, el retiro, y aún la austeridad de los claustros, no son para



todos: la seguridad no consiste en el estado, sinó en la vocacion del cielo. Lot permanece fiel en medio de Sodoma, en donde le habia colocado el Señor para confundir con el ejemplo de un justo los desórdenes de una ciudad pecaminosa; y cae en el monte, donde se detuvo contra la órden del ángel, que le queria llevar más adelante. El retiro os servirá de escollo, si no os lleva á él el espíritu de Dios; y la córte, de lugar de gracia y santificacion, si os llama á ella la órden del cielo. Lo que quiero decir es, que siendo el principal negocio el llegar á un término feliz, seria necedad el dar preferencia al camino que se elige, solamente por ser de más comodidad y lucimiento, y no por hallarse en él más socorros y proporciones para concluir con felicidad la carrera. Pues si atendemos á este principio, ¿cuántas vocaciones veremos defectuosas? Y si no, vamos á la raíz: ¿de qué proviene que aquel haya seguido la carrera de la toga? Porque le pareció que haria mejor fortuna por el camino de la magistratura que por el de los empleos militares. ¿Por qué sigue el otro el camino de las armas? Porque su nombre y los servicios de sus mayores le permiten el aspirar á todo, y cualquiera otro partido que tomase, le dejaria en la oscuridad de una vida privada.

Solamente la avaricia es la que regularmente decide de la variedad de nuestros destinos; porque además de que el espíritu de Dios no puede ser autor de estos motivos humanos, una eleccion que es obra de la concupiscencia, no puede ménos de ser favorable al amor propio: si los fines de la fortuna, de elevacion, de deleite, os han abierto el camino por donde vais, es preciso que en él halleis ocasiones de soberbia, de ambicion, de pereza y de sensualidad, tanto más inevitables para vosotros, cuanto más vuestra eleccion declara vuestras desgraciadas inclinaciones á estos vicios; y así sereis un mundano sensual, un soldado impío, un magistrado injusto, pues solamente habeis elegido el mundo por sus deleites, las armas por la libertad, la toga por los vanos distintivos. Dios castigará tambien el desórden de vuestra eleccion, favoreciendo en ella las pasiones que os la inspiraron. Sereis distinguidos con todos los honores, pero estos favores temporales serán dones que os concederá Dios en su indignacion; y como han sido obra de vuestra concupiscencia, serán tambien instrumentos del más justo castigo.

Pero, si es cierto que no debe un gusto desarreglado decidir de la eleccion de nuestro destino, tambien lo es que tampoco debe decidir de esta eleccion el respeto humano que violenta el gusto, y las más inocentes y naturales inclinaciones que nacieron con nosotros, y que precisamente son obra del autor de la naturaleza; última causa de

nuestro engaño en la eleccion de estado. Y á la verdad, como de esta eleccion depende todo el sosiego y felicidad de nuestra vida, las condescendencias que violentan el corazon en este asunto son peligrosas; aquellas determinaciones en que tienen más parte el respeto y el temor de los sugetos de quienes dependemos, que nuestras propias inclinaciones, siempre traen consigo el arrepentimiento y la amargura; todo lo que se determina en este particular sin nuestra inclinacion, y como contra nuestra voluntad, no puede tardar mucho en ser desaprobado por nosotros mismos. Ahora bien; ¿no es este respeto humano el que preside casi siempre á la decision de nuestro destino, y el que nos esfuerza á unas resoluciones que desaprueba nuestro corazon? Uno toma el partido de las armas, y sigue un camino de que le apartan mil razones de temperamento, de gusto, de conciencia, y aún de interés, solamente porque siendo de distinguido nacimiento le parece cosa impropia el ceñirse á los cuidados domésticos, y porque el mundo tendria este sosiego por una indigna cobardía. Otro prefiere un peligroso celibato á un matrimonio que le degradaria de su honor en el mundo, y quiere más exponerse á todas las resultas de su fragilidad, que afrontar su nombre con una alianza desigual. Casi ninguno decide de su suerte segun su corazon; el que es dueño de sí mismo decide de su estado gobernándose por el temor del mundo y de sus juicios. Por eso nadie es feliz en el mundo, porque casi ninguno se halla en el lugar que le corresponde; pero si entre todas las circunstancias de la vida la eleccion de estado es en la que es más frecuente el engaño, tambien es en la que este engaño más debe temerse.

2. Entre todas las circunstancias de la vida, la eleccion de estado es en la que es más de temer el engaño, ya se considere por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos, ya por parte de las gracias y de los socorros de que nos priva; ó finalmente, por parte de las resultas casi siempre irreparables que trae consigo. Por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos: aunque su Magestad nos ha dado el ser y la libertad, no por eso ha cedido los derechos que tiene sobre su obra. Nosotros no debemos disponer de nosotros mismos: él solo es quien debe emplearnos, segun los fines que se propuso cuando nos formó, y quien debe regiar el uso de los talentos que de él hemos recibido. Apénas salió el primer hombre de entre sus manos, cuando le aplicó á cultivar aquel lugar de delicias que habia de ser su morada; y con dedicarle á esta ocupacion, parece quiso dar á entender á todos sus descendientes, que á él pertenecia el darnos empleo y ocupacion en este universo en que nos ha colocado. Pero, aún cuando su soberanía no le diera este derecho sobre la criatura, por su sabiduría debiera ser el único árbitro de nuestro destino: porque conociendo él solo las más secretas inclinaciones de nuestro corazon, descubriendo ya en los primeros principios de nuestras pasiones todo cuanto podemos ser, juzgando de nosotros mismos por las diversas relaciones de vicio, ó de virtud, que tienen los infinitos estados en que puede colocarnos, con las cualidades naturales de nuestra alma, viendo en nosotros mil disposiciones ocultas, que nosotros no conocemos, y que solamente esperan la ocasion para manifestarse, habiendo sido él solo quien sacó de la nada y quien dió á todas las criaturas aquel órden admirable y aquel curso armonioso que no ha podido alterar la duracion de los tiempos; él solo puede prever cuáles son, en este conjunto tan bien ordenado, las circunstancias del siglo, de la nacion, del país, del nacimiento, de los talentos, del estado más favorables á nuestra salvacion, y juntándolas todas, por un efecto de su misericordia, formar como el hilo y sucesion de nuestro destino.



A la verdad, amados oyentes, sólo Dios es quien nos conoce, y nosotros no nos conocemos á nosotros mismos. Nuestras inclinaciones nos engañan, nuestras preocupaciones nos arrastran, la confusion de los sentidos hace que nos perdamos de vista; cuanto nos rodea nos representa nuestra imágen, ó confusa, ó mudada, y es evidente que nosotros no podemos hacer la eleccion de nuestro estado sin engañarnos, porque no nos conocemos suficientemente para poder decidir cuál es el que nos conviene: nos apartamos de las manos de la soberanía y ciencia divina, queremos ser nuestra guia y nuestra confianza; semejantes al Pródigo del Evangelio, obligando al padre de familias á que deje á nuestra disposicion y á nuestro capricho los dones y talentos, cuyo uso queria arreglar él mismo, rompemos todos los lazos de dependencia con que aún estamos unidos á él; y así, en vez de vivir bajo la proteccion de su brazo, nos deja andar extraviados, léjos de su presencia, siguiendo el impulso de nuestras pasiones en regiones extrañas.

Si es tan de temer el engaño en la eleccion de estado, es principalmente por razon de las gracias y socorros de que nos priva. Sí, amados oyentes; así como son distintos los ministerios en el cuerpo de Jesucristo, lo son tambien los dones y las gracias. Como en todos los estados hay sus peligros y sus dificultades particulares, en todos se necesita de particulares socorros para vencer estos obstáculos y evitar estos peligros; en los tesoros de la divina misericordia hay, por decirlo así, gracias de magistratura, de sacerdocio, de mando militar, de padre de familias, de hombre de república, y de persona pri-

vada; gracias de matrimonio, de celibato, de córte y de retiro; y como Dios nunca intenta el fin sin disponer ántes los medios para conseguirle, al mismo tiempo que en sus eternos decretos señaló á cada uno de nosotros el estado en que queria que obrásemos nuestra salud eterna, vinculó á esta eleccion los socorros propios y singulares con que pudiésemos cumplir sus obligaciones. Pero, para participar de las gracias de un estado es necesario que Dios nos haya llamado á él; si sois vosotros mismos los que os habeis colocado en él, vosotros debeis buscar los medios para manteneros: si el Señor no os preparó el camino en que habeis entrado, tampoco os alargará su mano misericordiosa, y tendreis que caminar solos por él. El Señor no ha de cambiar por nosotros el órden inmutable de sus eternos consejos; vosotros os habeis apartado del plan de su providencia, y no ha de retractar la inmutabilidad de sus designios por acomodarse á vuestro antojo, sinó que os entregará á vuestra propia desgracia. Vosotros no habeis elegido el estado y ministerio que os destinaba en el cuerpo místico de su Hijo, y así tampoco os mirará sinó como un miembro monstruoso, que está fuera de su lugar, y no es capaz de recibir el influjo y el espíritu que anima á lo restante del cuerpo. ¡Ah! si todos los dias perecen tantas almas, no obstante las gracias vinculadas á su estado, ¿cuál podrá ser el destino de aquellos que privados de estos socorros están expuestos á los mismos peligros? Si la flaqueza del hombre muchas veces no se puede mantener aún en los caminos por donde le guia la mano de Dios, ¿caerá acaso ménos veces cuando camine sola?

¡Y despues de esto nos admiramos de que hayan degenerado tanto las costumbres de los cristianos! Solemos preguntar: ¿de qué proviene que nuestros siglos sean tan diferentes de los de nuestros padres; que todos los estados hayan corrompido sus caminos? Pero es muy fácil hallar la razon; todo está corrompido porque casi nadie ocupa el lugar que le corresponde. Esta es la raiz de la depravacion de todos los estados, la falta de vocacion; y ¿qué consecuencias tan irremediables no tiene este desórden y esta falta de vocacion?

No es mi intento infundir vanos temores en las conciencias; la verdad solamente asusta para instruir y consolar. Por eso, amados oyentes mios, si todavía no habeis hecho esta importante eleccion, evitad los escollos, orad mucho, consultad vuestros talentos, vuestras inclinaciones, vuestras fuerzas, vuestras flaquezas y los intereses de vuestra salvacion; desterrad todos los fines humanos; disponeos para la gracia de una buena eleccion con la inocencia de vuestra vida, poned en esto toda vuestra atencion, y haced que el Señor se intere-



se en vuestra suerte, de tal modo que nunca la deje en vuestras manos. Si ya habeis hecho la eleccion, y dudais de si han tenido en ella más parte los motivos humanos que los fines de la gracia, haced cierta vuestra vocacion con vuestras buenas obras; considerad que la fidelidad á las obligaciones de vuestro estado es la más segura señal de que habeis sido llamados á él; poned el remedio que podeis por vuestra parte, y aprovechaos de los remordimientos; mudad la peligrosa tibieza en que vivís en una santa diligencia; la vida absolutamente natural que haceis en una vida de fé: las negligencias culpables en rigurosos cuidados; el desprecio de vuestras obligaciones en una fidelidad que os haga respetar todo lo que debeis amar, y nunca esteis tranquilos acerca de la verdad de vuestra vocacion, hasta que cumplais con todas sus obligaciones. Pero si fuere cierto que el Señor no ha tenido parte en vuestra eleccion de estado; si la imprudencia, el respeto humano y las pasiones son las que os han formado el estado en que vivís, confieso que vuestra suerte es digna de lástima, mas no por eso es desesperada; es verdad que estais léjos del reino de los cielos, pero aún podeis aspirar á él; miéntras nos hallamos en estado de podernos arrepentir, podemos esperar; Dios puede conceder al dolor de una eleccion injusta las mismas gracias que hubiera concedido á la legítima. Es verdad que ocupais un lugar que no os habia señalado el Señor, pero una fe viva, un amor fervoroso, un arrepentimiento sincero, santifican todos los estados; y si amamos y servimos á Dios, siempre estamos en nuestro propio estado. Os habeis expuesto contra su órden á un mar borrascoso: pero aún hay remedio; clamad al Señor, y decidle: Señor, aunque con una eleccion injusta me he apartado de vuestra mano adorable, que debia conducirme, clamo á vos desde lo profundo del abismo que me habeis abierto para que me trague: *De ventre inferi clamavi* (Jon. II, 3, et seq). Es verdad que no hay cosa que pueda igualar al extremo peligro en que me hallo; un mónstruo formidable me tiene cautivo y me cerca por todas partes: *Abissus vallavit me*; la profundidad de las aguas, como la de mis delitos, se ha levantado sobre mi cabeza: *Pelagus operuit caput meum*. Parece que la tierra ha formado nuevos abismos para aprisionarme eternamente: *Terræ vectes concluserunt me*. Con todo eso ¡oh Dios de mis padres! vos que los llevasteis sobre vuestras alas, atravesando las olas del mar, atended á que por desesperada que parezca mi suerte, no dejo por eso de esperar en vos; vos podreis sacarme, cuando gustáreis, de la profundidad en que me he precipitado. El abismo oye vuestra voz; y luego que le mandeis que me arroje de sí, me pondré en vuestras manos. ¡Ah, Señor! que

los que despues de haberse apartado de vos se obstinan en huir de vuestra presencia, y que de la soberbia desesperacion del exceso de su miseria forman razones para no desear su libertad, que éstos sean abandonados de vuestra misericordia, pues la abandonan ellos mismos, parece justo; pero yo, Señor, por más funestas que sean las tinieblas de la muerte en que vivo sepultado, siempre esperaré miéntras me permitais invocaros. Vereis que soy mucho más fiel que ántes en seguir vuestros santos caminos, si vuestra misericordiosa mano me saca del peligro. Lo restante de mi vida no será más que un amargo pesar de haberos ofendido y de haberme apartado de vuestras órdenes, y un continuo cuidado de merecer con la exacta observancia de vuestros preceptos la recompensa que prometeis á vuestros siervos fieles, y que os deseo á todos.

### DIVISIONES.

VOCACION.—La vocacion de un cristiano no debe de ser una vocacion ciega.

La vocacion de un cristiano no debe de ser una vocacion precipitada.

La vocacion de un cristiano no debe de ser una vocacion forzada.

VOCACION.—Es necesaria la prudencia para seguir la vocacion.

Es necesaria la fidelidad para caminar dignamente en su vocacion.

Es necesaria la perseverancia para morir en la vocacion.

---

### PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Dominus pars hæreditatis meæ, et calicis mei: tu es, qui restitues hæreditatem meam mihi.* Psalm. XV, 5.

El Señor es la parte que me ha tocado en herencia, y la porcion destinada para mí. Tú eres, *oh Señor*, el que me restituirás *y conservarás* mi heredad.

*Unam petii à Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ.* Psalm. XXVI, 4,

Una sola cosa he pedido al Señor, esta solicitaré: *y es*, el que yo pueda vivir en la casa del Señor todos los dias de mi vida.

*Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam: et obliviscere populum tuum, et domum patris tui.* Psalm. XLIV, 11.

Escucha, oh hija, y considera, y presta *atento* oido, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre.



*Melior est dies una in atriis tuis super millia. Elegi abjectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.* Psalm. LXXXIII, 11.

Mas vale un solo dia de estar en los atrios de tu templo, que millares fuera de ellos. He escogido ser el ínfimo en la casa de Dios, más bien que habitar en la morada de los impíos.

*Intrate per angustam portam: quia lata porta, et spatiosa via est, quæ ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam.* Matth. VII, 13.

Entrad por la puerta angosta: porque la puerta ancha, y el camino espacioso son los que conducen á la perdicion, y son muchos los que entran por él.

*Omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores... aut filios, aut agros propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.* Idem, XIX, 29.

Cualquiera que habrá dejado casa, ó hermanos, ó hermanas... ó hijos ó heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces más *en bienes más sólidos*, y poseerá *despues* la vida eterna.

*Non veni pacem mittere, sed gladium: veni enim separare hominem adversus patrem suum, et filiam adversus matrem suam.* Idem, X, 34.

No he venido á traer la paz, sinó la guerra: pues he venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre.

*Jam non estis hospites, et advenæ: sed estis cives sanctorum, et domestici Dei: superædificati super fundamentum Apostolorum, et Prophetarum, ipso summo angulari lapide Christo Jesu.* Ephes. II, 19.

Ya no sois extraños ni advenedizos; sinó conciudadanos de los santos, y domésticos *ó familiares de la casa* de Dios; pues estais edificados sobre el fundamento de los Apóstoles, y Profetas, y *unidos* en Jesucristo, el cual es la principal piedra angular *de la nueva Jerusalen.*

### FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Siendo el negocio de nuestra vocacion el más importante en esta vida, no debemos admirarnos de que los justos, así los del antiguo como del nuevo Testamento, hayan sido muy solícitos y dóciles para conocer la voluntad de Dios y seguirla. Así, Samuel, aunque consa-

grado á Dios desde su concepcion, no obstante, toda su vida guardó impresas en su corazon y repitió con la más completa docilidad, aquellas palabras que siendo niño dijo por inspiracion de Helí: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus* (I. Reg. 3). No es ménos digna de imitacion la conducta que observó para ungir á David por rey, conforme Dios se lo habia mandado. Viendo delante de sí á tantos hijos de Isaí, pidió las luces de lo alto para acertar en la eleccion, diciendo: *Num coram Domino est Christus ejus?* (Idem 16.)

David, que no ignorabà cuanto importa saber la voluntad de Dios respecto á nosotros, le decia repetidas veces: *Notam fac mihi viam. in qua ambulem; quia ad te levavi animam meam* (Psalm. 142).

El cristiano debe ser muy parco en sus deseos terrenos, cuya satisfaccion á veces es más dañosa que ventajosa; y debe tener presente, que sólo pueden poseerse con alguna confianza aquellos honores á los cuales Dios nos llama, como hizo con Moisés, con José, con David y otros.

Puestos á la presencia de Dios para pedirle acierto en la eleccion de estado, debemos guardarnos de imitar á la madre de Santiago y Juan, la cual sólo pidió para sus hijos honras terrenas: *dic, ut sedeant hi duo filii mei unus ad dexteram*, etc. (Matth. 20); sinó que le debemos pedir lo que sea de su divino agrado. Debemos exclamar con las mismas palabras y la misma sumision que Saulo en el acto de su conversion: *Domine, quid me vis facere?* (Actor. 9).

Esta misma doctrina enseñó despues el Apóstol á sus discípulos: *Unumquemque sicut vocavit Deus, ita ambulet* (I Cor. 7).

Los que han errado en la eleccion de su estado, aunque están en mayor peligro de perderse que los demás, no por esto deben desesperarse: éstos deben hacer con Dios, lo que Esaú hizo con su padre. Al oir que su hermano se habia llevado la bendicion, triste y pesaroso, exclamó: *Num unam tantum benedictionem habes, pater?* (Génes. 27.) Clame pues tambien al Padre de las misericordias el que erró en su vocacion, y pídale su bendicion; puesto que siendo inagotable el tesoro de sus gracias é infinita su misericordia, se complace en compadecerse de una alma arrepentida.

---

### SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Lubrica spes est, quæ inter fomenta peccati salvari se posse sperat, incerta est victoria inter hostilia arma pugnare, et impossibilis liberatio est flammis circumdari, nec ardere*: S. Cyprian, apud Lanciz.

Vive de una esperanza muy vana el que espera salvarse en medio de los peligros del pecado; es muy incierta la victoria del que pelea rodeado de armas enemigas; así como no es posible verse rodeado de llamas sin quemarse.

*Una ibi voluptas, una jucunditas, unæ deliciæ, unum desiderium, una spes omnibus inest,... nulla ibi inæqualitas; cæterum ordo summus et moderatio, et ineffabilis concordiæ servandæ diligentia.* S. Chrys. in Apolog. vitæ Monach.

Allí (en el claustro) uno mismo es el deleite de todos, una misma la satisfaccion, una la delicia, uno el deseo que á todos anima... y por más que no exista ninguna desigualdad, no deja de haber un órden inalterable, una suma prudencia, una inexplicable solicitud en conservar la buena armonía.

*Attendamus nobismetipsis, ne forte dum angustam et arduam viam nos pergere asserimus, latam et spatiosam viam teneamus, nosque ipsos seducamus.* S. Joann. Clim. Grad, 2 et 23.

Examinemos detenidamente, no sea que al afirmar que vamos por el camino árduo y estrecho, tillemos el ancho y espacioso, engañándonos á nosotros mismos sin remedio.

*Religionem et professionem tuam habitu et incessu demonstra, ut sit in ingressu tuo simplicitas, in motu puritas, in gestu gravitas, in incessu honestas.* S. Isidor. in Synonym.

Tu religion y profesion debe ser confirmada con el traje y la conducta, siendo sencillo en tus principios, puro en tus movimientos, grave en tus gestos y honesto en tu modo de andar.

*Nemo proculdubio explicare valet quanto repleatur gaudio, quanta potiatur pace, quibus spiritualibus reficiatur deliciis, et quot divinis quotidie illustretur splendoribus, qui deliberato animo, et cœlesti inspiratione affectus renuntiat sæculo, secedit in claustro, et militat Deo.* S. Laur. Just. lib. de Obed.

Ninguno es capaz de explicar el gozo que siente, la paz de que disfruta, las delicias espirituales de que se siente animado, ni las luces sobrenaturales de que se ve asistido todos los dias, aquel hombre que, con toda deliberacion y siguiendo el impulso de la vocacion divina, se retira al claustro para servir á Dios.

*O sacer status religiosi famulatus, qui hominem angelis reddit æqualem, Deo placabilem, dæmonibus terribilem, et cunctis fidelibus commendabilem!* Imit. Christi, III, 10.

¡Oh estado santo el del servicio de Dios en la religion, que eleva al hombre al nivel del ángel, lo hace agradable á Dios, terrible á los demonios, y apreciable á todos los fieles!

VOCACION; *véase*: PADRES *(Deberes de los padres en órden á la vocacion de sus hijos).*

VOLUNTAD (Buena); *véase*: HOMBRE.

---

# VOLUPTUOSIDAD.

*Erunt homines seipsos amantes, voluptatum amatores, et virtutem abnegantes.*
Levantaránse hombres amadores *ó pagados* de sí mismos... amadores de deleites, y que renunciaron á la piedad.
(II Tim. III, 2, 4, 5.)

No soy, hermanos mios, de la opinion de aquellos hombres, tan mal avenidos con la presente época, que no encuentran palabras bastante duras para calificarla; de manera que, á juzgar por sus contínuas declamaciones, cualquiera creeria que la malicia es una cualidad exclusivamente propia de nuestros tiempos. Segun ellos, jamás se vió llegar á tal extremo la corrupcion de las costumbres; nunca se vió, como ahora, pasear triunfante á la infame mujer de Babilonia, símbolo de la disolucion. Muy otros eran los antiguos tiempos; los hombres no eran entónces tan frágiles; y dado caso que lo fueran, sabian guardar intacto en vasos de barro el tesoro de la inocencia. No participo, oyentes mios, de esta opinion; pues sé que la malicia es muy anterior á nuestra época, y que desde que el mundo fué puesto en un suelo maligno, produjo siempre malos frutos. ¿Por ventura no leemos en los libros santos, que cuando aún era niño, toda carne habia corrompido su camino? ¿No sabemos tambien, que llegado á la edad de la adolescencia, se vió inundado por una multitud de vicios tal, que llenó de horror al profeta Oseas? Desengáñense, pues, los genios socráticos y descontentadizos; ó se ha de ignorar la historia del mundo, ó se ha de confesar que ha sido siempre corrompido y malo. Sin embargo, lo diré francamente: no sé si en los tiempos antiguos hubo, ó fué tan comun, un género de vida que San Pablo predijo se introduciria en los últimos tiempos, esto es, una



vida voluptuosa y afeminada, consagrada enteramente al ocio, á los placeres, á la voluptuosidad: *Erunt homines seipsos amantes, voluptatum amatores, et virtutem abnegantes.* Ciertamente, ó no hubo jamás semejante plaga, ó nunca se extendió tanto como ahora. Por tanto, permitidme que con la libertad propia del sagrado ministerio que ejerzo, clame contra esta especie de vida, manifestándoos la raíz de que procede, los perniciosos efectos que produce, y el fin lastimoso á que conduce. La raíz es el amor desordenado de sí mismo: *Erunt homines seipsos amantes;* los efectos son los placeres sensuales: *voluptatum amatores;* el fin es renegar de la religion que se profesa: *virtutem abnegantes.* ¡Ojalá que temerosos de este fatal contagio, huyais de él antes que logre aproximárseos! Pidámoslo por la intercesion de la Vírgen, saludándola con las palabras del Angel. A. M.

1. No sé si he explicado con bastante claridad qué es lo que yo entiendo por vida voluptuosa. No entiendo por tal una vida dedicada á las torpezas sensuales, vida sórdida y animal, que sumergiendo al hombre en el fango de la materia, lo pone al nivel de los mismos brutos; cuya especie de vida es propia únicamente de algunos pocos hombres, que menospreciando las leyes de la honestidad y del decoro, se abandonan en cuerpo y alma á la más desenfrenada concupiscencia. Entiendo una vida blanda, cómoda, desidiosa, dada á la pereza y al regalo, y que se pasa toda entre juegos, visitas, paseos, bailes y diversiones; vida, que absorbiendo enteramente los dias y las horas, no deja tiempo para atender á las obligaciones propias del estado de cada cual, ni, lo que es más, para cumplir con los deberes religiosos, á no ser aquel breve rato que en los dias festivos se destina á oir una misa precipitadamente y con distraccion.

Para conocer cuan impropia es esta especie de vida de un verdadero cristiano, y cuán perjudicial á la salud del alma, basta examinar su raíz. ¡Santo Dios! ¿puede ser más infecta y pestilente? Es el amor desordenado de sí mismo, calificado por el Apóstol con el nombre de pecado, porque, si no tiene toda la malicia de éste, tiene á lo ménos todas sus fatales tendencias: *Erunt homines seipsos amantes.* Este es el que la produce, la alimenta y le dá fuerza y vigor, así como el pecado original dá vida y vigor á la concupiscencia. En efecto, ¿cuál es la causa de que tantos jóvenes de ilustre cuna, vivan en una contínua ociosidad, como si el ejercicio de las artes y de las ciencias, fuera exclusivamente propio de personas pobres y humildes? ¿De dónde procede la repugnancia que tienen muchas mujeres á todo cuanto ofende en algun modo á la delicadeza de sus gustos é inclinaciones?

VOCACION; *véase*: PADRES *(Deberes de los padres en órden á la vocacion de sus hijos).*

VOLUNTAD (Buena); *véase*: HOMBRE.

---

# VOLUPTUOSIDAD.

*Erunt homines seipsos amantes, voluptatum amatores, et virtutem abnegantes.*
Levantaránse hombres amadores *ó pagados* de sí mismos... amadores de deleites, y que renunciaron á la piedad.
(II Tim. III, 2, 4, 5.)

No soy, hermanos mios, de la opinion de aquellos hombres, tan mal avenidos con la presente época, que no encuentran palabras bastante duras para calificarla; de manera que, á juzgar por sus contínuas declamaciones, cualquiera creeria que la malicia es una cualidad exclusivamente propia de nuestros tiempos. Segun ellos, jamás se vió llegar á tal extremo la corrupcion de las costumbres; nunca se vió, como ahora, pasear triunfante á la infame mujer de Babilonia, símbolo de la disolucion. Muy otros eran los antiguos tiempos; los hombres no eran entónces tan frágiles; y dado caso que lo fueran, sabian guardar intacto en vasos de barro el tesoro de la inocencia. No participo, oyentes mios, de esta opinion; pues sé que la malicia es muy anterior á nuestra época, y que desde que el mundo fué puesto en un suelo maligno, produjo siempre malos frutos. ¿Por ventura no leemos en los libros santos, que cuando aún era niño, toda carne habia corrompido su camino? ¿No sabemos tambien, que llegado á la edad de la adolescencia, se vió inundado por una multitud de vicios tal, que llenó de horror al profeta Oseas? Desengáñense, pues, los genios socráticos y descontentadizos; ó se ha de ignorar la historia del mundo, ó se ha de confesar que ha sido siempre corrompido y malo. Sin embargo, lo diré francamente: no sé si en los tiempos antiguos hubo, ó fué tan comun, un género de vida que San Pablo predijo se introduciria en los últimos tiempos, esto es, una



vida voluptuosa y afeminada, consagrada enteramente al ocio, á los placeres, á la voluptuosidad: *Erunt homines seipsos amantes, voluptatum amatores, et virtutem abnegantes.* Ciertamente, ó no hubo jamás semejante plaga, ó nunca se extendió tanto como ahora. Por tanto, permitidme que con la libertad propia del sagrado ministerio que ejerzo, clame contra esta especie de vida, manifestándoos la raíz de que procede, los perniciosos efectos que produce, y el fin lastimoso á que conduce. La raíz es el amor desordenado de sí mismo: *Erunt homines seipsos amantes;* los efectos son los placeres sensuales: *voluptatum amatores;* el fin es renegar de la religion que se profesa: *virtutem abnegantes.* ¡Ojalá que temerosos de este fatal contagio, huyais de él antes que logre aproximárseos! Pidámoslo por la intercesion de la Vírgen, saludándola con las palabras del Angel. A. M.

1. No sé si he explicado con bastante claridad qué es lo que yo entiendo por vida voluptuosa. No entiendo por tal una vida dedicada á las torpezas sensuales, vida sórdida y animal, que sumergiendo al hombre en el fango de la materia, lo pone al nivel de los mismos brutos; cuya especie de vida es propia únicamente de algunos pocos hombres, que menospreciando las leyes de la honestidad y del decoro, se abandonan en cuerpo y alma á la más desenfrenada concupiscencia. Entiendo una vida blanda, cómoda, desidiosa, dada á la pereza y al regalo, y que se pasa toda entre juegos, visitas, paseos, bailes y diversiones; vida, que absorbiendo enteramente los dias y las horas, no deja tiempo para atender á las obligaciones propias del estado de cada cual, ni, lo que es más, para cumplir con los deberes religiosos, á no ser aquel breve rato que en los dias festivos se destina á oir una misa precipitadamente y con distraccion.

Para conocer cuan impropia es esta especie de vida de un verdadero cristiano, y cuán perjudicial á la salud del alma, basta examinar su raíz. ¡Santo Dios! ¿puede ser más infecta y pestilente? Es el amor desordenado de sí mismo, calificado por el Apóstol con el nombre de pecado, porque, si no tiene toda la malicia de éste, tiene á lo ménos todas sus fatales tendencias: *Erunt homines seipsos amantes.* Este es el que la produce, la alimenta y le dá fuerza y vigor, así como el pecado original dá vida y vigor á la concupiscencia. En efecto, ¿cuál es la causa de que tantos jóvenes de ilustre cuna, vivan en una contínua ociosidad, como si el ejercicio de las artes y de las ciencias, fuera exclusivamente propio de personas pobres y humildes? ¿De dónde procede la repugnancia que tienen muchas mujeres á todo cuanto ofende en algun modo á la delicadeza de sus gustos é inclinaciones?

Del amor que unos y otros se profesan á sí propios, del apego á la comodidad y al regalo en que han sido criados.

Tenemos acerca de esto un ejemplo en el libro de los Jueces, donde aquel santo espíritu, que, bajo el velo de misteriosas parábolas, suele ocultar divinos misterios, describe elegantemente el congreso de las plantas para la eleccion de un rey. Dos fueron las propuestas en primer lugar para la dignidad del principado, el olivo y la higuera; pero ambas, con diversos pretextos, se excusaron de aceptar el poder real. ¿Puedo yo acaso, dijo el olivo, dejar mi grosura, y tomar sobre mis hombros el peso enormísimo del gobierno? (Judic. ix, 9.) ¿Y puedo yo, añadió la higuera, dejar mi dulzura y mis frutos delicadísimos, para exponerme á los sinsabores y angustias que acarrea el cuidado de los negocios ajenos? No, no; preferimos mil veces seguir disfrutando de nuestra tranquila y cómoda vida, que ceñir nuestras sienes con una pesada corona.

Pues ¿no es este mismo, amados oyentes, el lenguaje que usan los hombres voluptuosos y sensuales? ¿puedo yo, dice el noble, macerarme con manjares ingratos y poco suculentos? ¿puedo yo, dice la dama, tender mis delicados miembros sobre un lecho ménos blando? En verdad, nadie aborrece su carne, sino los locos ó los salvajes. Ved aquí, hermanos carísimos, como los voluptuosos, por no mortificar su cuerpo, que forma todas sus delicias, renuncian á aquel eterno reino que la fe les ofrece y la esperanza les promete.

Este es, á mi parecer, el medio que para arrastrar las almas al infierno, ha sustituido ahora el demonio á la persecucion que antiguamente suscitó contra los fieles de Jesucristo. En los primeros siglos de la Iglesia, procuraba vencerlos con el horror de los suplicios; ahora los vence con el amor de sí mismos; entónces laceraba la carne, ahora la halaga y acaricia; entónces la atemorizaba, ahora la corrompe. ¡Ah! hermanos mios, ¡cuán terrible y funesta es para los fieles de Cristo esta especie de persecucion! ¡Cuánto más crueles y mortíferos son para ellos, aunque no lo parezcan, el lujo de los adornos, el perfume de las esencias, la blandura de las camas, que el rigor de los potros, de las tenazas y de los azotes con que eran martirizados los primitivos cristianos! Jamás el cielo recibió en su seno un número tan grande de almas como cuando la sangre de los mártires bañaba aquellos instrumentos de muerte, y sus carnes eran destrozadas por mano de los verdugos. Por uno que cediese á la fuerza de los tormentos, habia mil que iban en busca de ellos con tanto afan, que á no ser por la celestial serenidad que brillaba en su semblante, cualquiera los hubiera tomado por locos ó fanáticos. Así es, que entraban



contínuamente en aquella santa ciudad falanges enteras de fieles triunfantes con palmas en las manos; de manera que en aquellos tiempos, que parecian de universal desolacion, lo eran para el cielo de inefable alegría y de abundantísima cosecha. De este modo el amor de Dios, llevado hasta el desprecio de la vida, edificó la celestial Jerusalen, y los tiranos, que en su infernal delirio se propusieron destruir la viña del Señor, creyendo arrancar sus raíces y hacerla secar, no hicieron más que aumentar su ya prodigiosa fecundidad. Mas ahora el amor de sí mismo edifica la Babilonia infernal, y el regalo, el lujo y la afeminacion, no hacen más, por decirlo así, que llevar materiales al grande edificio para que se levante soberbio con más presteza, y para que á medida de los deleites que gozan los mundanos, crezcan los tormentos que se les preparan.

Sin embargo, yo no digo, oyentes mios, que toda comodidad ó satisfaccion mundana, tomada separadamente, sea por sí sola un pecado. No digo que sea un pecado el uso de los manjares delicados, ni la asistencia á las visitas ó reuniones, ni las partidas de campo, ni otras semejantes cosas; porque Dios se complace de nuestra debilidad, y concede de cuando en cuando algun solaz á nuestro fatigado espíritu: pero, sí, digo, que esa desordenada aficion á los placeres sensuales, ese lujo deslumbrador, esa sed de pasatiempos y diversiones que hoy dia se observa entre nosotros, forman una vida viciosa que conduce á los suplicios eternos.

Así lo predijo Dios por boca del profeta Amós á los ricos de Sion y de Samaria. ¡Ay de vosotros! dijo, ¡ay de vosotros los que magnificamente ataviados, ocupais la anchura de las calles con la pomposidad de vuestros vestidos! ¡ay de vosotros los que dormís en lechos de marfil y de ébano! ¡ay de vosotros los que os envolveis en finísimas telas y os acostais sobre blandas plumas! ¡ay de vosotros los que escogeis el cordero más tierno del rebaño y el becerro más gordo de la vacada! ¡ay de vosotros los que os perfumais con olorosos ungüentos y bebeis vinos exquisitos en colmadas copas de oro! *Separati estis in diem malum*: sois otras tantas ovejas que se dejan engordar retozando libremente por el prado, para sacrificarlas á la justicia divina en el terrible dia de las venganzas.

Jesucristo nos confirma á cada paso esta verdad. Con efecto; ¿hay cosa más frecuente en su Evangelio, que la eterna maldicion de los que abundan en riquezas y viven en la abundancia y el regalo? ¿No se llama en sus sagradas páginas infelices á los que rien alegres en medio de los placeres, y creen gozar por dilatados años los muchos bienes que han allegado? ¿Y no se dice claramente, que quien ama su

cuerpo lo perderá para siempre? Y no creo que Jesucristo haya dictado para vosotros otro Evangelio, ni que haya reformado la doctrina evangélica para adaptarla en obsequio vuestro á la corrompida naturaleza humana. Para vosotros han sido tambien escritas sus máximas de mortificacion, de penitencia y rigidez; y si lo contrario creeis, si creeis que Jesucristo las ha escrito solamente para las personas piadosas, habeis de creer igualmente que sólo á ellas ha prometido la gloria del cielo. Desengañaos, no es amor el que mostrais hácia vosotros mismos, tratando á vuestro cuerpo con excesiva blandura; es un ódio disfrazado de amor. Porque así como fueron más fatales para Sanson los halagos de la fementida Dálila, que la enemistad y el rencor de los filisteos; así tambien es más perjudicial para vosotros este amor de vosotros mismos, que cuantos enemigos invisibles os asedian y maquinan vuestra ruina.

Pues si tal es, hermanos mios, la raíz de la voluptuosidad, ¿cuáles serán sus efectos? ¿Es posible que una planta tan mala deje de producir malos frutos? Los produce, sí, y de tal naturaleza, que su solo nombre es ya ingrato á las almas inocentes y á las culpables; á las inocentes, porque les causa rubor, y á las culpables, porque las llena de confusion. Los placeres sensuales son ignominiosos para el cuerpo y corruptores para el alma: *Erunt homines voluptatum amatores.* Y ¿qué tiene esto de extraño, si bien se considera? ¿No sabemos por experiencia que las aguas estancadas son cenagosas y fétidas? Pues ¿qué otra cosa es la vida ociosa y sensual, sinó una agua estancada, como decia el profeta Jeremías, en el camino de Egipto y en la senda de los asirios? Por tanto, preciso es que esta vida sea inclinada al vicio y dé frutos de corrupcion.

Las ideas agradables con que se procura recrear el entendimiento, los objetos placenteros con que se halaga la vista, los delicados manjares con que se sustenta el cuerpo, y los placeres y comodidades que contínuamente se le ofrecen, son otras tantas seducciones que provocan el desórden y la rebelion de los sentidos. Y si éstos son ya rebeldes de suyo é inclinados á la corrupcion, ¿qué será cuando con tales medios se fomenta su natural perversidad? ¿No arderá el fuego con más viveza si lo rociamos con aceite? ¿y no se levantará la llama á mayor altura si la alimentamos con ardiente pez? A este propósito, os recordaré el notorio cuanto triste ejemplo de David. Levántase del lecho el monarca despues de medio dia, siendo así que antes solia interrumpir el sueño á media noche para alabar al Señor. Paséase tranquilamente por el terrado de su palacio, miéntras que sus fieles vasallos, cargados con el peso de las armas y de las cotas de malla, pelean en los campos de batalla por la honra de su rey y de su pátria. ¿Y cuál fué el resultado de esta ociosidad, de esta molicie? Bien lo sabeis, hermanos mios; un vergonzoso pecado de adulterio con la mujer de un leal y esforzado capitan. ¡Ah! muy crédulos seriais, si pensarais que una pasion tan fogosa é insaciable como la concupiscencia, se contuviera dentro de ciertos límites cuando se le sueltan las riendas, dejándola vagar libremente á merced de sus voluptuosos instintos. No se contenta con visitas, conversaciones y miradas, ni bastan á satisfacer sus deseos los pomposos vestidos, ni los espectáculos profanos, ni las mesas suntuosas; necesita otros mayores deleites, que aunque incapaces de saciarla, son, sin embargo, su más apetecido pasto. Estos son los que anhela, en pos de ellos va loca y desenfrenada cual caballo en celo, hasta que sucumbe bajo el peso de sus mismos excesos.



Fijad la atencion en aquellos que se corrompieron con los deleites de la carne, y vereis que la causa de su abominable corrupcion fué la intemperancia en el comer, la lectura de malos libros, la vista de objetos peligrosos, la asistencia á los espectáculos teatrales. Estas fueron las cuatro ruedas del carro de Faraon, que los precipitaron en el mar Rojo, donde el que cae, queda sumergido para siempre. Ni podia ser de otra manera; porque si la concupiscencia es, como dice el Eclesiástico, un fuego que nunca se apaga, ¿cómo no habia de arder, alimentado por tanto combustible, hasta reducirlo todo á cenizas? Si el corazon del hombre es cual estopa secada á los ardientes rayos del sol, ¿cabe en la esfera de lo posible que el corazon del voluptuoso deje de arder y consumirse, rodeado como está de las abrasadoras llamas de la concupiscencia? Acaso os lisonjeais de que no os sucederá á vosotros lo que ha sucedido á los demás; pero yo temo mucho que se repita en vosotros el ejemplo de aquellos desdichados, á quienes, como leemos en los libros santos, nació la lepra encima de las llagas que los cubrian: *Plaga lepræ orta in ulcere* (Levit, xiii,20): es decir, temo que vuestra conciencia se haya aletargado hasta el punto de volverse estúpida, y que la voluptuosidad haya producido en vosotros los mismos efectos que suele causar el estupor á un hombre de limitado entendimiento, como sucedió á aquellos impíos de que nos habla el Sábio, los cuales, habiéndose entregado á toda suerte de licencias y placeres, perdieron la luz de la razon, y llenos de loca alegría, no pensaron más que en buscar nuevos goces y satisfacciones.

Si así fuese, hermanos mios, preciso seria poner pronto remedio á tan grave mal. *Ejice ancillam,* dijo Dios á Abrahan, *et filium ejus*

(Gén. xxi, 10); echa de tu casa á la imperiosa esclava y á su vicioso hijo. Hermosa figura, dice el Apóstol, por cuyo medio somos todos instruidos en Abrahan. Esta esclava es la concupiscencia, y su corrompido hijo es el desordenado amor de nosotros mismos: *Ejice ancillam et filium ejus*. Léjos, pues, de nosotros esta esclava y su hijo: la crueldad para con ellos es una especie de piedad, toda vez que su compañía corrompe nuestras costumbres é inficiona nuestra alma.

Mas ya que miéntras estamos unidos á esta carne y sujetos á sus flaquezas, no podemos desprendernos de ellas, y tenemos que albergarlas bajo nuestro techo; á lo ménos mortifiquémoslas con la privacion de los placeres y comodidades, y tratémoslas como esclavas que son; pues de esta manera no oprimirán á la razon, que es la dueña de nuestra casa, ni la extraviarán con sus perversos consejos é instigaciones. ¿Qué hace el diestro domador con la fiera que se propone amansar? Castígala con el palo, con el hambre y con el fuego, y de este modo le va quitando poco á poco su natural fiereza hasta convertirla en un manso y obediente animal. Pues lo mismo debeis hacer vosotros con la concupiscencia y el amor de vosotros mismos; quitadles todos aquellos alicientes con los cuales halagan los sentidos y los ponen en rebelion contra el espíritu.

3. Si fea y torpe os parece la voluptuosidad por la fiel pintura que de ella acabo de haceros, más deforme y aborrecible os parecerá cuando sepais el triste fin á que nos conduce. ¿Sabeis á dónde nos conduce, hermanos mios? á renegar de nuestra religion: *Erunt homines virtutem abnegantes*. Esta proposicion se funda en un principio del papa S. Leon, el cual observa que el hombre que no obra como cristiano, renuncia interiormente á su fe y reniega de su religion. Porque, como dice el santo, hay dos especies de renuncia, una de palabra y otra de hecho: renuncian de palabra á la fe los que, nacidos en el seno de esta buena madre, huyen de sus brazos para echarse en los de una infame meretriz; renúncianla de hecho los que no observan sus máximas, ni arreglan por ellas sus costumbres.

¿Sabeis, hermanos mios, qué quiere decir *cristiano*? ¿Creeis acaso que quiere decir hombre divertido, hombre de mundo, como vosotros decís, hombre, en fin, á quien es lícito coger la más hermosa flor de los placeres donde quiera que la encuentre, sea campo abierto, ó cerrado? En tal caso estais muy equivocados. *Cristiano* quiere decir, hombre que huye de los deleites, hombre casto, puro, aborrecedor del pecado y de los pecadores. Quiere decir, hombre mortificado, hombre penitente, que refrena los apetitos desordenados y crucifica la carne y sus concupiscencias. Quiere decir, por último, un



hombre, que sabiendo que tiene un cuerpo inclinado naturalmente al pecado, lo ofrece á Dios, purificado con los rigores de una contínua mortificacion, como hostia viva, santa y agradable. Esto es lo que quiere decir *cristiano*, y no lo que se figura una imaginacion perversa, ó lo que quisiera que significase una voluntad depravada.

Esto supuesto; ¿paréceos que convenga semejante nombre al que oye con más gusto á los histriones que á los ministros de Dios; al que quiere más pasearse distraido por las calles y plazas, que asistir devoto á las iglesias; al que no obstante la benignidad con que el Vicario de Jesucristo procura atenuar el rigor de la penitencia prescrita durante la cuaresma, busca mil pretextos para eximirse de ella? ¿Convendrá este nombre al que no encuentra manjares bastante buenos y bien condimentados, telas bastante finas, ni camas bastante mullidas? ¿Os convendrá á vosotras, oh mujeres nobles, tan sensibles y delicadas, ó á vosotros, jóvenes afeminados, que en el refinamiento de vuestros gustos y en la molicie de vuestras costumbres superais á las mujeres mismas?

No, no; Jesucristo no reconoce por discípulos suyos á los hombres y á las mujeres de semejante condicion. Miéntras llega aquel tiempo en que separará la paja del grano, separa los cristianos de mero nombre, de los cristianos de hecho, como su eterno Padre mandó á Gedeon que lo hiciera con sus soldados. Oye, oh capitan, le dijo, mis supremos mandatos. Tú tienes bajo tus órdenes una gran multitud de tropas; pero éstas, en su mayor parte, más que de soldados, se componen de niños imberbes y débiles mujeres. Separa á los cobardes de los valientes, á los débiles de los fuertes; y conservando bajo tus banderas á los que resisten al rigor del sol, del viento, del hambre y de la adversidad, despide á los que tiemblan al menor peligro y sucumben al primer embate (Judic. vii, 3). Pues lo mismo hace Jesucristo con una gran multitud de hombres que se tienen y son tenidos por cristianos: separa á los verdaderos de los falsos, y quedándose con los primeros, echa léjos de sí á los otros, que son los voluptuosos, los afeminados, los amigos del placer y enemigos de la mortificacion.

Pero esta es una renuncia, por decirlo así, negativa; y aunque los que la hacen no conformen sus costumbres con la fe que profesan, puede, sin embargo, decirse con verdad, que conservan esta fe. Hay empero otra especie de renuncia, que puede llamarse positiva, á la que nos conduce poco á poco la voluptuosidad. ¿Y sabeis cómo? del mismo modo que en otro tiempo las mujeres extranjeras hicieron renegar de su fe al gran Salomon. Parece imposible que un rey tan

iluminado, tan sábio, perdiese de tal manera la luz de Dios y de la razon, que sacrílegamente postrado á los piés de Astarte, diosa de los sidonios, de Camos, dios de los moabitas, de Moloc, ídolo de los amonitas, les ofreciese víctimas y sacrificios; pero desde el momento que las mujeres idumeas, heteas y moabitas ablandaron y corrompieron su espíritu, ya no fué difícil su apostasía. Porque la voluptuosidad suele conducir á la idolatría; y cuando el corazon está corrompido por la molicie, el error extravía fácilmente el espíritu. Las mujeres extranjeras representan la vida voluptuosa, y Salomon figura el que la sigue. Los que nacieron en el seno de la verdadera fe, y en quienes ésta echó profundas raíces á favor de una cristiana educacion, miran como una cosa muy difícil el dejarse arrastrar por el viento de las malas doctrinas. Mas, para persuadirse de lo contrario, basta considerar que la fe llena de inquietud y temor á los que quieren entregarse sin recelo á la vida voluptuosa, y que por tanto, éstos, para no verse turbados en sus punibles goces, hacen los mayores esfuerzos por desterrar la fe de su corazon. Empiezan por desear que su alma sea mortal, luego dudan que sea inmortal, y últimamente dan por sentado que es mortal; y roto ya todo freno de religion, siguen el ejemplo de aquellos impíos que se excitaban mútuamente á la más infame voluptuosidad: *Venite, fruamur bonis quæ sunt, non enim est reversio finis nostri, et æqua conditio est hominis jumentorum* (Eccles. III, 19).

¡Ojalá, hermanos mios, que no fuera cierto lo que digo! mas, por mucho que cueste creerlo, las máximas, los discursos y la conducta de muchos hombres, nos hacen abrir á pesar nuestro los ojos á la luz de la verdad. ¿Quiénes son, en efecto, los que propalan ciertas escandalosas máximas sobre el fuego del infierno, los tormentos de los condenados y la futura eternidad? ¿Quiénes los que ponen en ridículo la monstruosa figura de los espíritus infernales, y hacen burla de las apariciones? Comunmente aquellos que queriendo dormir tranquilos en el blando lecho de la voluptuosidad, procuran no creer para no temer. No tienen valor para negar abiertamente la verdad de la fe, para entrar repentinamente en aquellas profundas aguas y enturbiarlas con sus inmundos piés; pero van escarbando tanto la arena que las circuye, y tanto las van sondeando, que no se necesita mucha penetracion para adivinar que no creen.

Por tanto, cristianos carísimos, ántes de llegar á este fatal extremo, revestíos de varonil valor para arrojar léjos de vosotros la voluptuosidad. Tratad á esta infame meretriz, que tan seductora se presenta á vuestros ojos, como Jehú trató á la orgullosa Jezabel cuando la vió asomarse á la ventana, pintado el rostro y adornada la cabeza; arrojadla de lo alto, y hacedle entender que sus atractivos y seducciones solo hacen mella en los espíritus débiles, y si algun efecto causan en los fuertes, es tan solo el de hacerse aborrecer de ellos. Y si quereis vivir en este mundo una vida dulce y tranquila, buscad esa dulzura y esa tranquilidad en el Señor; porque los goces del espíritu son inmensamente superiores á los de la carne, y la paz del alma supera infinitamente á los placeres del cuerpo.



DIVISIONES.

VOLUPTUOSIDAD.—Es enemiga de la naturaleza.
Es enemiga de la gracia.
Es enemiga de la gloria.

VOLUPTUOSIDAD.—Es un mónstruo que debe ser ahogado en su orígen.
Es un mónstruo que se oculta cuando se quiere destruir.
Es un mónstruo que de ordinario no turba á los pecadores sinó cuando están á punto de morir.

VOLUPTUOSIDAD.—Los cristianos no viven como cristianos cuando son esclavos de la voluptuosidad.
Los hombres no viven como hombres cuando son esclavos de la voluptuosidad.
Las mujeres no viven como mujeres cuando son esclavas de la voluptuosidad.

VOLUPTUOSIDAD.—Nos hace encontrar dulzura allí donde no hay más que amargura.
Nos hace encontrar amargura allí donde no hay sinó dulzura.

VOLUPTUOSIDAD; *véanse los tratados*: RICO AVARIENTO, SENSUALISMO y SENTIDO DEPRAVADO.

---

# VOTOS.

*Vovete, et reddite Domino Deo vestro.*
Ofreced y cumplid votos al Señor Dios vuestro.
(PSALM. LXXV, 12.)

El voto forma una parte esencial de nuestras relaciones más íntimas con aquel que solo nos ha criado para que le amemos, sirvamos y adoremos. En el voto se halla, por decirlo así, la quinta esencia del amor que debemos á nuestro Dios y Señor, del servicio que estamos obligados á prestarle de todo corazon, y de la adoracion que le debemos como majestad infinita. Sin embargo, por agradable que sea á nuestro Señor el que por el voto fijemos y consagremos nuestra voluntad en la necesidad de un bien mayor, en una obra más perfecta á honra y gloria suya, es necesaria gran precaucion en hacer votos de alguna importancia, para no exponernos á su violacion, y á los severos castigos con que amenaza Dios á los que no los cumplen. Antes de contraer empeños sagrados, es preciso meditarlo sériamente. Voy á hablaros, oyentes, de una materia tan interesante. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. No quedeis sorprendidos, amados mios en el Señor, de que el profeta rey, inspirado por el espíritu de Dios, exhorte á los hombres á hacer votos al Todopoderoso y á cumplirlos con el mayor esmero, porque lo que se hace por voto es mucho más loable y meritorio delante de Dios, que lo que se practica sin estar á ello obligado por tal condicion. Sto. Tomás de Aquino nos dá tres razones muy poderosas y convincentes: la primera, porque siendo la religion la más excelente de todas las obras morales, y siendo el voto un acto de religion, esto es, una cosa santa y ya consagrada á Dios, lo que se hace por voto adquiere un mérito muy superior. La segunda, porque en las acciones que se hacen por voto, se dá y ofrece mucho más á Dios, porque no solamente se le ofrece lo que se obra ó hace, sinó mucho más; porque se le ofrece además la imposibilidad en la que nos ponemos de hacer otra cosa, esto es, de no dejar de hacer lo prometido sin exponernos á un gran daño espiritual; y porque se le ofrece su



propia libertad, que es la ofrenda mayor, el mayor sacrificio que se le puede hacer. En una palabra, por servirme de la comparacion de San Anselmo y de Sto. Tomás, en las demás obras libres, damos el fruto; pero, en el voto, damos el árbol y su fruto. La razon tercera es, porque la bondad de todas las acciones exteriores nace principalmente de la voluntad; por manera, que cuanto más perfecta es la voluntad, más perfectas son sus obras. Ahora bien; es muy cierto que cuánto más constante y firme sea la voluntad, es tanto más perfecta; porque está tanto más alejada del defecto que reprende el Sábio en los tibios: de que *quieren y no quieren*. Por consiguiente, es muy loable y meritorio empeñarse en hacer alguna cosa por Dios con interposicion del voto. Sin embargo, no debiéndose contraer ligeramente ningun empeño trascendental, es muy á propósito estar instruido en la naturaleza del voto, en las obligaciones que impone, en las condiciones que le han de acompañar, y en la gravedad del crímen de que nos hacemos reos cuando lo quebrantamos.

Voto es una promesa de cosa mejor, ó de mayor bien, hecha á Dios con libertad, conocimiento y perfecta deliberacion. 1.° El voto ha de ser hecho con libre movimiento de la voluntad, y despues de haber reflexionado sériamente y examinado á lo que nos obliga el voto. Porque para empeñarse, es necesario saber á qué se empeña el hombre, pensarlo, examinarlo, y tener entera libertad moral de cumplir con su promesa ó compromiso. Y así los votos hechos con ligereza, y con tanta precipitacion y tan poca reflexion que no ha podido el hombre conocer á lo que se empeña, no son propiamente votos, por falta de conocimiento y deliberacion. Un voto del cual nos arrepintiéramos casi tan pronto como lo hemos hecho, no es por eso nulo. Si el hombre es harto inconstante y veleidoso para avergonzarse de sus mejores disposiciones, un momento despues que las prometió; no es ménos seguro y cierto que basta un solo instante, un solo momento para formar con plena deliberacion los proyectos más santos, así como los más diabólicos. Y así la cólera, la vivacidad del genio, el aprieto de una circunstancia, ó las pasiones, nos pueden en verdad sugerir hacer un voto imprudente; pero no será nulo cuando estas circunstancias no absorben el uso de la razon y la libertad de espíritu.

No se puede hacer voto de una cosa que es necesaria *con necesidad absoluta*, y que, por consiguiente, no se puede evitar; y en efecto, en tal caso fuera ridícula la promesa, si se obligase uno á morir, por ejemplo, como los demás hombres. Es, sí, una virtud el resignarse á la sentencia de muerte decretada contra nosotros; pero esta resigna-

cion no es un *voto*. Se puede hacer voto de una cosa que solo es necesaria *con necesidad de medio*, para alcanzar ó llegar á un fin. Y así, aunque no se prometen ordinariamente en los votos sinó las obras de *supererogacion*, á las cuales no estamos obligados, sin embargo, nos podemos empeñar por voto en hacer aún las cosas que nos están mandadas. Tal fué el voto de Jacob yendo á Mesopotamia. Porque invocando la proteccion divina, prometió una inviolable fidelidad: *votum vovit* (GEN. XXXVIII. 20), y que el Señor seria siempre su Dios, y que no reconoceria ni tendria otro Dos por Señor y Dios suyo: *Erit mihi Dominus in Deum.*

Se puede hacer voto de dos maneras por las cosas que nos están mandadas y á las que ya estamos obligados. Primera: haciéndole con intencion de empeñarnos de nuevo, como por segundo vínculo, á hacer estas cosas: en este caso, resulta doble obligacion de cumplirlas; la obligacion de precepto, y la de consejo, ó voto, que es ya como un nuevo precepto. Y de tal modo, que el que faltare á su cumplimiento cometeria doble pecado, y quedaría obligado á declararlo en la confesion. Segunda manera: haciendo el voto sin voluntad decidida de imponerse nueva obligacion, sinó sólo con el ánimo de declarar que se reconoce estar obligado á hacer esta ú otra cosa, y que quiere cumplirla.

Tres condiciones se requieren en los que se ligan con votos para que sean válidos: conocimiento, libertad, y poder disponer de la cosa que se ofrece en voto. Siendo necesario el conocimiento para obligarse á alguna cosa, es de necesidad tengan uso de razon los que contraen ó hacen voto. Son, por consiguiente, nulos é inválidos los que se hacen por los que no tienen cabal juicio y uso completo de su razon: tales como el niño, el demente, el simple. Se consideran tambien como nulos por defecto de conocimiento, los votos que se hacen por error ó por ignorancia: 1.° Cuando tal error ó ignorancia son tan groseros, que el que hace un voto no es capaz de conocer su naturaleza ni fuerza: como si no supiera á qué le obliga el voto. 2.° Cuando estos defectos versan sobre la sustancia del voto ó sus condiciones esenciales: como si se hiciera voto de entrar en una órden cuyos principales estatutos se ignoran. Este voto seria nulo, á ménos que el que lo hiciera tuviera intencion de sujetarse á todo lo que mandaran los estatutos. 3.° Cuando tales defectos versan sobre condiciones accidentales, pero de tanta importancia, que pudieran considerarse, respecto del votante, como esenciales. 4.° Cuando el fin principal para que se ha hecho un voto es muy diferente del que resulta de la naturaleza del mismo voto: como, por ejemplo, si un hijo ausente, habiendo creido su padre ó madre á las puertas de la muerte, ó en peligro muy inminente, hubiera hecho un voto por la salud de su padre ó madre, quienes, sin embargo, gozaban en realidad de cabal salud; ó por el contrario, habian muerto ya cuando supo el tal peligro.



La libertad es necesaria tambien para la validez del voto; por manera, que los que estuvieren verdaderamente forzados ó determinados por un temor grave é injusto, no quedarian obligados á cumplir los votos hechos en tales circunstancias. La Iglesia reprueba los votos hechos por fuerza, y Dios no acepta los votos que reprueba la Iglesia. Sin embargo, un temor aunque grave, cuya causa fuera meramente natural é interior, no anularia por sí solo un voto: y así, un enfermo que por temor de la muerte prometiera á Dios hacerse religioso si recobraba la salud, estaria obligado á entrar en religion una vez sano. Lo mismo sucederia con los votos hechos por temor de naufragio, de un acontecimiento mortal inminente en realidad, etc. En estos casos el voto es válido; y el naufragio ó acontecimiento serian, no la causa, sinó la ocasion del voto. Ultimamente, es necesario que la cosa prometida en voto esté en poder del que lo hace, que penda de su voluntad; ó cuando ménos, que tenga el consentimiento de aquellos de quienes depende bajo este respecto. Síguese de aquí, que ciertos votos hechos por los frailes ó monjas, por los niños, por los casados, no pueden surtir efecto sin consentimiento de los superiores, consortes ó padres.

Hemos dicho que el voto es *una promesa*, para distinguirlo de las simples resoluciones; porque el voto no consiste en el simple propósito de hacer una cosa, sinó en una promesa ó acto eficaz de la voluntad con que ante Dios nos obligamos á hacer alguna buena obra. La *resolucion*, es un acto con que sólo intentamos hacer una cosa, pero sin obligarnos. Por esta razon, la simple resolucion no engendra obligacion de hacerla, á ménos que no vaya seguida de promesa formal.

Aunque el voto sea una promesa, toda promesa no es voto. La promesa es la resolucion de una cosa buena, que se hace á Dios con ánimo de cumplirla. Se diferencia de la simple resolucion, en que ésta no puede ser de cosa mejor, sinó de cosa indiferente y meramente temporal: mas la promesa, ha de ser de cosa buena y más agradable á Dios que su contrario; esto es, que Dios sea más servido en cumplir lo que se promete, que si nada se prometiera ó no se hiciera la promesa. Se diferencia ésta del voto, en que la promesa sólo se hace de obras de supererogacion, y á las cuales no se está obligado: el voto puede hacerse aún de cosas de obligacion y mandadas por Dios. Para

que una promesa sea válida, basta que lo que se promete sea bueno; pero el voto exige un *bien mayor: de meliori bono*. La promesa es un acto ménos solemne, y, por consiguiente, ménos grave que el voto: la obligacion resultante de éste, es mucho mayor que la de la promesa.

El voto es, ó *simple*, ó *solemne*. Es voto solemne el que se hace en la entrada de una órden ó religion aprobada por la Iglesia, esto es, por el Sumo Pontífice. Todos los demás votos, sean públicos ó privados, son votos simples. Toda promesa hecha en público, es voto simple; porque la publicidad la constituye acto solemne; y en este caso, pasa de promesa á voto. No hay más votos solemnes que los que se hacen en la profesion religiosa.

El *voto*, en general, en cuanto es un acto de *latria* y de religion propiamente dicha, no se puede hacer sinó á Dios solo. Porque aunque se pueden hacer y se hacen votos en honra de la Santísima Vírgen y de los Santos, la promesa se hace siempre á Dios, como principal objeto de nuestra religion. La invocacion ú ofrecimiento á la Santísima Vírgen y á los Santos, no se hace sinó para alcanzar más fácilmente de la bondad y misericordia de Dios, las gracias que se piden.

Hemos dicho que el voto es *promesa de un bien mayor*, es decir, de un bien más agradable á Dios haciéndolo que omitiéndolo, una cosa más perfecta haciéndola que no haciéndola. Por manera que: 1.° Es menester que la materia del voto sea desde luego buena en sí misma, como lo son todas las acciones virtuosas. Porque siendo el voto una especie de consagracion á Dios de una cosa para honra suya, es menester le sea agradable la materia del voto; y como no puede serlo si no es buena, todo voto que recayera sobre una accion ó cosa criminal, seria una blasfemia. Tal fué el voto que hicieron los judíos de matar á San Pablo y de no comer nada hasta su ejecucion. 2.° Es menester que la cosa ofrecida en el voto sea mejor que la opuesta á ella; que sea un bien mayor que lo que de ordinario se hace, tal como un consejo evangélico, una obra de perfeccion, aún lo que es de obligacion, etc. 3.° Un voto cuyo fin es malo, es malo de por sí. 4.° No puede ser materia de voto una cosa vana, inútil, ó absolutamente indiferente. Porque fuera una loca promesa hecha á Dios, y le desagradaria en extremo (Eccl. v, 3).

2. Aunque el voto sea una cosa muy del agrado del Señor, y que nadie ha de arrepentirse de haber fijado y consagrado su voluntad en la necesidad de un bien mayor, una obra más perfecta á honra y gloria de Dios, con todo, como por una parte resulta del voto una estrecha y grave obligacion de cumplirlo, y de otra la flaqueza de la edad, la extenuacion de fuerzas físicas ó morales, pongan á los que hacen un voto en la imposibilidad de cumplirlo, ó les hacen cambiar de voluntad, no serán por demás toda la posible discrecion, y todas las prudentes precauciones en hacer votos de alguna importancia ó trascendencia: tales son el de castidad perpétua, ó el de entrar en religion. Ha de experimentar antes la firmeza de su espíritu y virtud durante algun tiempo; han de hacerse maduras reflexiones acerca de las obligaciones que se quieren contraer, y, sobre todo, no debe hacerse nada árduo sin consultar al confesor ó director, y tomar su aviso y parecer. Saquemos de todo esto, amados mios, el sumo interés que debemos tomar por una materia tan delicada como sublime, y el gran cuidado en contraer empeños sagrados, para no exponernos á su violacion, al arrepentimiento nuestro, y, sobre todo, á las maldiciones tan severas que amenazan á los que no los cumplen. Haced votos, en buen hora, si el Señor os los inspira, y si vuestros confesores os los aprueban: *vovete*.



Pero cumplamos fiel y exactamente cuanto hemos prometido: *Et reddite Domino Deo vestro*. Cada uno es libre de hacer votos, ó no hacerlos; pero una vez hechos, ya no quedamos libres de cumplirlos ó no, sinó que contraemos una obligacion muy sagrada, como vamos á ver muy en breve. Señor, dice el Profeta, yo cumpliré exacta y fielmente para con vos los votos que profirió mi lengua: *Reddam tibi vota mea quæ distinxerunt tibi labia mea* (Ps. xv, 64). La excelencia de los votos que se hacen al Señor, sea considerada en la honra que recibe su divina Majestad, sea respecto de las grandes ventajas espirituales y temporales que nos acarrean, parece desde luego un poderoso motivo para movernos á mostrarle con ellos señales inequívocas de nuestro celo por su gloria, y de nuestra más séria atencion para todo lo que toca á nuestra salvacion; pero, el peligro que hay de no ser fieles á su cumplimiento, debe retraer de hacerlos á los espíritus ligeros, para no hacer inconsideradamente lo de que con sobrada frecuencia se arrepienten de haber hecho los hombres. Y efectivamente, es siempre un bien grande hacer obras buenas sin necesidad de comprometerse con votos, pues que ninguna buena obra queda sin recompensa ante Dios. Mas, practicarlas en virtud de un voto, es doblemente ventajoso, pues que al mérito de la accion buena en sí, se añade el sacrificio de su libertad. Sin embargo, hacer votos por movimiento inconsiderado del corazon, sin consultarse á sí mismo ni á los que la divina Providencia nos ha puesto como tutores de nuestras almas, y no sentirse con valor para cumplir la promesa, es uno de los mayores males; porque la ira del Señor se enciende en presencia de nuestra infidelidad y cobardía, y le deshonramos por esa incons-

tancia, que supone un alto menosprecio de su divina Majestad. Creemos, pues, necesario, amados hermanos mios, haceros ver las peligrosas consecuencias de la sobrada liviandad ó ligereza en hacer un voto, y la necesidad de cumplirlo, por la fealdad de su violacion.

Acabamos de deciros que somos libres de hacer ó no un voto; pero, una vez hecho, nos liga y obliga; y lo que al principio sólo era efecto de nuestra mera y simple libertad, se convierte en sagrada obligacion. Es pecado muy grave quebrantar los votos hechos á Dios. Si el honor y la justicia no permiten entre los hombres que se falte al cumplimiento de los contratos hechos libremente y de buena fe, con mayor razon la fidelidad que debemos á Dios nos obliga á guardar las promesas que le hemos hecho. La violacion de los votos, siendo un sacrilegio contra la virtud de la religion, es de suyo pecado mortal: y se comete éste tantas veces como se infringe voluntariamente aquél. El que ha hecho un voto *absoluto*, sin señalarse tiempo fijo, está obligado á cumplirlo así que pueda. Si lo dilata sobrado sin justa causa, y siendo de materia grave, peca muy gravemente. Así lo expresa terminantemente el Deuteronomio: *Si moratus fueris, reputabitur tibi in peccatum*. El que ha hecho voto condicional, está obligado, bajo pena de pecado mortal, á cumplirlo así que le conste haberse cumplido ó verificado la condicion.

Cesa la obligacion de los votos: 1.° por cambio de la materia; 2.°, por anulacion ó irritacion del voto; 3.°, por dispensa ó conmutacion. El cambio ó trasmutacion sustancial de la materia del voto, dispensa de la obligacion de cumplirlo: pues que, ó hay imposibilidad de parte de la cosa que se vota, ó de parte del que hace el voto. Lo mismo sucede cuando cesa la causa final del voto. Y así, el que siendo rico ha hecho voto de hacer una limosna á un pobre, queda dispensado del voto, ó cuando el pobre se hace rico por alguna circunstancia, ó cuando el rico, votante, se hace pobre por pérdida de fortuna, etc. Lo mismo sucede en mil casos semejantes. La irritacion ó anulacion de los votos, es otra causa de quedar dispensados de su cumplimiento. Este derecho de anular, pertenece á los superiores respecto de sus inferiores: prelados, padres, esposos, respecto de sus súbditos, hijos ó esposas. La tercera causa de cesacion del voto, es cuando lo dispensa la Iglesia: porque ésta ha recibido de nuestro Señor Jesucristo todo poder de atar y desatar. Sin embargo, hay que reflexionar mucho ántes de pedir una dispensa, y sólo puede ser lícita cuando haya causa suficiente, justa, verdadera: tal es, por ejemplo, la necesidad pública ó privada, etc., etc.

Hay mucha diferencia entre *dispensa* y *conmutacion* de votos. En la *dispensa*, el superior eclesiástico quita enteramente, por alguna justa causa, la obligacion del voto; pero en la *conmutacion*, la primera obligacion se cambia en otra por justas causas alegadas, y aceptadas como justas por el superior eclesiástico. Sólo éste puede *dispensar* y *conmutar* votos.



Amados hermanos mios; acabais de ver la excelencia del voto, la honra inmensa que con su cumplimiento tributamos á Dios. Reflexionad en lo más íntimo de vuestro corazon todo cuanto encierra de grande, de provechoso y de sublime para con Dios, para con la Iglesia y para con vosotros mismos, la doctrina divina acerca del voto: sed exactos en cumplir los que hayais hecho. Dios os lo agradecerá; y por premio de vuestra constancia recibireis la gloria eterna. Amen.

VOTOS.—Cuando se trata de hacer votos, hay que consultar los más prudentes.

Cuando se trata de cumplir votos, hay que imitar á los más fieles.

Cuando se trata de sustituir los votos, no hay que consultar á los que son demasiado complacientes.

VOTOS.—Cuando es el amor el que dicta votos á los cristianos, éstos manifiestan la grandeza de su alma.

Cuando es la prudencia la que dicta votos á los cristianos, éstos manifiestan los deseos que tienen por su salvacion.

Cuando es la imprudencia la que dicta votos á los cristianos, éstos manifiestan la ligereza de su espíritu.

VOTOS RELIGIOSOS; *véase*: RELIGIOSA.

---

# ZAQUEO.

## (SU CONVERSION.)

*Zachæe, festinans descende: quia hodie in domo tua oportet me manere.*

Zaqueo, baja luego: porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa

(Luc. XIX, 5.)

Todos tenemos necesidad de reformar nuestras costumbres, todos tenemos más o ménos necesidad de convertirnos, y, sin embargo, ni nos reformamos, ni nos convertimos. Parece increible que siendo nuestra vida tan corta, tan incierto el tiempo de la muerte, tan preciosos los instantes, tan raras las conversiones, tan frecuentes los ejemplos de los que mueren arrebatadamente, y tan terrible la idea de lo porvenir, nos formemos siempre frívolos pretextos para dilatar la mudanza de nuestra vida. En los demás peligros que la amenazan á ella, á nuestra honra, ó á nuestra fortuna, usamos de precauciones prontas y aceleradas, aún cuando sea dudoso el peligro; y en este asunto, en que el peligro es cierto y presente, las precauciones siempre son inciertas y distantes. Parece, ó que la salvacion es una cosa arbitraria, ó que nuestra vida está en nuestras manos, ó que se nos ha prometido el tiempo de la penitencia, ó que es pequeño mal el morir sin haberla hecho, pues vemos á los pecadores vivir tranquilos con la esperanza de que se convertirán algun dia, sin que nunca llegue el caso de poner en ejecucion este deseo: y lo que hay más incomprensible en la dilatacion de su penitencia, es el que todos convienen en la necesidad que tienen de convertirse, todos mirarian como la mayor de las desgracias el morir en el triste estado de sus conciencias, y, no obstante, dilatan la conversion con pueriles pretextos.

Hoy, hermanos mios, para estimularnos todos á reformar cuanto ántes nuestras costumbres, y á la conversion que Dios y la Iglesia esperan de nosotros, voy á poneros á la vista uno de los ejemplos más hermosos de conversion que nos presenta el Evangelio en la persona de Zaqueo. Nada más propio, hermanos mios, para ilustrar nuestro



espíritu, para mover nuestros corazones, que esta conversion. Antes de explicarla, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los publicanos, entre los judíos, eran los colectores de los impuestos públicos; el pueblo los apellidaba ladrones, á causa de su irritante injusticia, de sus usuras, de sus extorsiones. En la época de que hablamos, en la ciudad de Jericó, el principal ó jefe de esta raza detestada por el pueblo, era llamado Zaqueo, cuya mala vida é infamia, por consiguiente, segun el Evangelista, se hallaba á la altura de su riqueza: *Peccator* (Luc. XIX, 2) *et ipse dives* (Luc. XIX, 7). El amor al oro y á las riquezas, hermanos mios, es la más poderosa y la más funesta de nuestras pasiones. Es la primera pasion que se desarrolla en el corazon del hombre, y la última que le abandona; permanece aún bajo los hielos de la vejez, y no le abandona ni aún á la aproximacion de la muerte. Yo he conocido á uno de esos ricos que, hallándose al punto de morir, exclamaba: ¡Cómo, con tantas riquezas he de morir! nó, no moriré. San Pablo llama el amor al oro, á la avaricia, una especie de idolatría.

¿Deseais saber, pues, hermanos mios, por qué al trazar la historia de la conversion de Zaqueo, ha comenzado el Evangelista por representárnosle con tan odiosos colores? Para que todos nosotros, al observar la facilidad con que este hombre, que no vivia más que de la injusticia y del fraude, llegó á alcanzar la gracia, nadie desespere de participar de la misma felicidad, sea cual fuere la antigüedad de sus malas costumbres, la tenacidad de sus vicios, la miseria de su alma.

Y no obstante, habia algo bueno, hermanos mios, en este usurero. La pasion por el oro no habia extinguido en él completamente el sentimiento religioso. Aunque absorbido en parte por el cuidado de aumentar sus riquezas, no habia olvidado del todo su alma; la prueba de ello es, que desde largo tiempo anhelaba ver á Jesucristo, conocerle, y saber si era el Mesías, dispuesto á creer en él para salvarse por mediacion de él; *Quærebat videre Jesum, quis esset.* Este deseo tan puro, tan sincero, tan desinteresado, no podia dejar de dar resultado cerca del Señor de bondad, de quien el Profeta ha dicho: Dios es bueno para el alma que lo busca. ¡Ah, hermanos mios! el Dios de bondad no se oculta, no se hace inaccesible é impenetrable sinó á los falsos sábios, cuyo espíritu no es otra cosa que vanidad, cuyo corazon no es más que lodo; á los falsos sábios, que nada tienen de grandes sinó el orgullo, nada de profundo sinó la ignorancia, nada de cierto sinó la duda, nada de real sinó la hipocresía, nada de sorprendente

sinó el absurdo, ni de verdadero más que el remordimiento y la desesperacion; á los falsos sábios, que no buscan á Dios más que para blasfemar de él, que no discuten acerca de sus atributos sinó para combatirle. Para éstos, ciertamente, Dios es inaccesible; pero en cuanto á los pequeñuelos, segun el mundo, y que son los verdaderos grandes en presencia de Dios, es decir, en cuanto á las almas humildes, sinceras, piadosas, dóciles, que buscan á Dios para servirle y adorarle, el Dios de bondad se revela por sí mismo á esas almas, y sale á su encuentro, como una tierna madre pone su felicidad y su alegría en llamar á su hijo hácia ella, y le tiende los brazos para llenarle de caricias y oprimirle contra su corazon. *Quasi mater honorificata.*

Zaqueo, pues, no quiere dejar de ver al Señor; pero como era de muy pequeña estatura, dice el Evangelista, el gentío ocultaba siempre á su mirada la adorable figura del Salvador del mundo: *Et non poterat præ turba quia statura pusillus erat.* ¡Oh gentío importuno, que impides á este hombre valeroso que vea á su Salvador! Retírate por un instante, no te opongas á ese deseo sincero, haz lugar á la humilde súplica, haz lugar á la buena fe, únicas qu merecen acercarse al Señor, verle, conocerle y poseerle. Mas, ¿qué digo? La multitud que impedia á Zaqueo que viese al Señor, no era tanto la muchedumbre de los hombres, como la muchedumbre de sus vicios. No se puede, hermanos mios, en medio de la atmósfera sofocante del mundo, no se puede ver á Jesucristo; es decir, no se puede conocer la importancia, la verdad, la grandeza de la religion, el encanto y el mérito de la gracia. Hay que salir de la multitud, á ejemplo de Zaqueo. Zaqueo, que abandona la multitud, es Zaqueo que empieza á desembarazarse ya de sus vicios y á ponerse en estado de ver á Jesucristo.

Desear es amar; y cuando el amor es sincero y grande, se hace diligente, se hace eficaz. ¿Qué hace, pues, Zaqueo para conseguir su objeto? Una muchedumbre de niños cantando el *hosanna* del hijo de David, precedian siempre al Salvador. Este coro de ángeles terrestres era muy digno, hermanos mios, de preceder y regocijar al Señor; la inocencia es la más bella córte de la divinidad. Advertido por este alegre coro de la direccion que llevaba el Señor, se adelanta corriendo Zaqueo y trepa esforzadamente sobre un cabrahigo ó higuera silvestre, árbol que se encontraba en el camino. Permaneciendo allí inmóvil, buscaba con los ojos al Señor: ¡ah! debe pasar por aquí, hoy lo veré, hoy no se me escapará, y podré contemplarlo á mi sabor. *Et præcurrens, ascendit in arborem sycomorum ut videret Dominum: quia inde erat transiturus.* Con efecto, le distingue en medio de la



multitud. ¡Ah! es él, se decia, no puede ser otro que él, el Mesías, el Salvador del mundo! ¡Ah! ¡qué hermoso, qué sublime! ¡Qué majestad en su frente! ¡Cuánta luz en sus ojos, cuánta piedad en su mirada, qué tranquilidad en su figura, cuánta gracia se desprende de sus labios, cuánta dignidad, cuánto esplendor rodea su persona! Fuera de sí mismo, en un éxtasis de arrobamiento, no se saciaba de mirarle. ¡Y qué no hubiera dado, hermanos mios, por obtener una sola de sus divinas miradas, por escuchar una sola de sus palabras! ¡Dichoso Zaqueo, que vas á tener una y otra felicidad! Porque habiéndose detenido el Señor al pié del árbol, al que se habia subido Zaqueo, y alzando los ojos, le vió: *Suspiciens Jesus vidit illum.* Y los ojos de la misericordia y de la miseria, los ojos del médico y los del hombre, los ojos, en fin, de Zaqueo y de Jesucristo, se encuentran así bien como sus corazones. Jesús ha mirado á Zaqueo; ¡oh afortunado Zaqueo! Jesús te ha mirado, te ha salvado, porque Jesús que mira es Jesús que perdona, es Jesús que concede la gracia, es Jesús que llama á la vida, es Jesús que concede la salvacion. Pero el divino Salvador no se contenta en mirar á Zaqueo con afecto, con el acento más amable y llamándole por su nombre: Zaqueo, le dice, baja luego, baja de ese árbol; porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa: *Zachæ, festinans descende: quia hodie in domo tua oportet me manere.*

Imposible de explicar, más imposible todavía de darse cuenta del tumulto de sentimientos que hizo nacer esta expresion, que descendió al alma de Zaqueo como un delicioso bálsamo. Era la confusion y el reconocimiento, era el temor y el amor. ¡Cómo, se decia, me ha llamado por mi nombre, como si fuera el más fiel de sus discípulos; ¡es esto posible! ¡Quiere venir á habitar conmigo, á hospedarse en mi casa, á la casa de un pecador tan grande, á una casa teatro de tantas injusticias, de tantas obras de abominacion! ¡Oh! yo no soy digno de ello, yo le diré lo que le ha dicho el Centurion; yo le diré: Señor, yo te daré cuanto quieras, pero no vengas á mi casa, porque yo no soy digno de que habites bajo de mi techo. Pero si él quiere venir, con su gracia hará que mi casa no sea enteramente indigna de él; la divinidad trae consigo las tapicerías, los adornos con que deben estar adornadas las almas donde se digna habitar. Así diciendo, baja á toda priesa del árbol, vuela, corre á su casa, y va á dar las órdenes para que el Señor sea recibido con todos los honores posibles; despues, regresando, vuelve al encuentro del Salvador, le acompaña á su casa y le recibe, dice el Evangelio, con demostraciones de la mayor humildad, del mayor respeto y de la mayor alegría: *Et festinans descendit, et excepit illum gaudens.* ¿Qué es lo que pasa en esa casa? Vamos

á verlo; pero ántes conviene explicar el hermoso y tierno misterio que se halla encerrado en las circunstancias de la narracion que acabais de oir.

No hay en todo el Evangelio ni una palabra supérflua, ni circunstancia alguna indiferente En el libro divino, todas las palabras tienen suma importancia, todas las circunstancias encierran un misterio No sin razon, pues, dicen los Padres de la Iglesia, nos ha trasmitido el Evangelista esos detalles de la ascension de Zaqueo al árbol, y nos ha conservado el nombre mismo del árbol, diciéndonos que era un sicomoro: *Ascendit in arborem sycomorum.* El sicomoro de los orientales, era el cabrahigo ó higuera silvestre, *ficus fatua* de los latinos. Y la santa Escritura nos atestigua que con hojas entrelazadas de una planta de esta especie, es con las que ruborizados Adán y Eva de su desnudez, formaron sus ceñidores. ¡Oh! ¡cuán bello es este misterio, cuán tierno! Al mismo árbol recurrió Adan para cubrir la desnudez de su cuerpo, al mismo viene Zaqueo tambien para cubrir la desnudez de su alma. Pero ¿cómo ha cubierto Zaqueo la desnudez de su alma al subir al cabrahigo? Escuchad; en primer lugar, es por antífrasis el que el sicomoro se llama la higuera loca, *ficus fatua*, puesto que produce su flor y su fruto en la misma noche, y por este medio pone uno y otro al abrigo de las intemperies de la estacion. ¿Quién no vé, pues, en esto, dicen los apóstoles, la figura muy expresiva de la augusta cruz de nuestro divino Salvador, de esa cruz de quien ha dicho San Pablo que es un árbol loco? Sí, es un árbol de locura para el orgullo de los filósofos y de los gentiles, miéntras que para el cristianismo es la obra maestra de la sabiduría y del poder de Dios.

En segundo lugar, aún siendo llamado higuera *fatua*, no por eso deja de producir un sabrosísimo fruto; y aún por esto, dice el venerable Beda, es la verdadera imágen de la cruz que, rechazada, puesta en ridículo por la incredulidad, no por eso alimenta ménos las almas de los fieles, no los alegra ménos con las inefables dulzuras de sus misterios y de sus gracias. Si el cabrahigo, pues, segun estas doctrinas, es figura de la cruz, Zaqueo, que abraza el cabrahigo, que se apoya en él, es Zaqueo que abraza la cruz en figura, la cruz en profecía, y, por consiguiente, es Zaqueo que de antemano participa de todos los méritos, de todas las gracias, de todas las virtudes de la cruz. Así es como cubre la desnudez de su alma. Zaqueo, pues, que no puede ver á Jesucristo, á ménos de subir al cabrahigo, nos dice que, no en los liceos, ni en los pórticos, sinó en el Calvario; que, no al rededor de las cátedras de los filósofos, sinó al rededor de la cátedra



del Hijo de Dios enseñando al mundo; que, no al pié del árbol de la ciencia humana, que si no es error, vanidad y nada, es incompleta, incierta, fria y estéril; sinó en el árbol de la vida, al pié de la cruz, es donde puede aprenderse todo lo que se necesita saber para conocer á Dios, al alma y la salvacion. Zaqueo era de muy pequeña estatura; subiendo al árbol se hizo grande; subiendo al árbol domina el gentío; y por el mismo hecho nos enseña, que el cristiano que abraza la cruz, que se mantiene unido á la cruz, se eleva sobre la tierra, se eleva sobre sí mismo, y puede tener á sus piés al mundo, sin temor á sus sarcasmos, ni á sus complacencias; sus elogios y sus persecuciones, sus deleites y sus amenazas, le son de todo punto indiferentes. El cristiano que se eleva sobre sí mismo, es el que establece tambien en sí mismo esas misteriosas ascensiones de que habla el Profeta, por medio de las cuales, subiendo, subiendo siempre, llega hasta el cielo (PSALM. LXXXIII, 6).

En fin, Zaqueo tranquilo, dichoso sobre el árbol, ya no se ocupa de los pecados de su vida, sus pecados no le turban; con lo cual nos enseña, hermanos mios, que por extraordinario que sea el número de nuestras faltas, si nos unimos á la cruz por medio de la fe, de la esperanza y de la caridad, y por la práctica de los sacramentos, participamos de la virtud de este árbol divino, y nada tendremos que temer por los pecados que hubiéremos cometido. Este misterio de esperanza y de perdon, ha sido anunciado al mundo desde su orígen; porque no hay que creer, dice Orígenes, que fuese por efecto de un aturdimiento, sin darse cuenta de lo que hacia, bajo la impresion de la imaginacion destrozada por el temor, por lo que Adan, espantado al escuchar la voz de Dios que le llamaba, fué con su compañera á ocultarse detrás de a higuera. No; sinó que fué por instinto profético por lo que Adan, cabeza del género humano, anunciaba por este acto desde entónces á toda la posteridad, que no hay más que un solo lugar de asilo, un solo lugar de refugio para los pecadores; la cruz. !Cuánto reanima esta idea al alma del pecador! Somos pecadores, hemos provocado la justicia de Dios. Pues bien, si participamos de los méritos de la cruz por la penitencia, ya nada hay que temer de esa justicia divina que tanto hemos irritado. ¡Justicia divina, justicia eterna! no os temo desde que abrazo estrechamente la cruz de mi Salvador. Escudado de esta cruz, no podrán herirme vuestros golpes, y nada podeis ya contra mí; mi Salvador me asegura de ello por su Profeta; detrás de la cruz de mi Salvador, encuentro el escudo contra los golpes de la cólera celestial: *Scuto circumdabit te veritas ejus.* Al ocultarme tras de las desgarradas espaldas de mi divino Sal-

valor, nada temo, porque encuentro proteccion: *Scapulis suis obumbrabit tibi* (Psalm. xc, 4, 5). Habiendo extendido sus brazos sobre la cruz, ha hecho de las ramas de este árbol como alas de su misericordia. Pues bien, yo me amparo bajo la sombra de esas alas, y entónces nada tengo que temer, y todo lo tengo que esperar: *Et sub pennis ejus sperabis*. Hermanos mios, reunámonos todos al pié de esta cruz, para que todos podamos ser amparados por ella como la niña de los ojos, con el fin de que estemos en seguridad, en paz, debajo de las alas de su proteccion y de su amor: *Sub umbra alarum tuarum* (Psalm. xvi, 8).

Entre tanto, Jesucristo se halla en camino de la casa de Zaqueo. Los apóstoles, sus amigos, le dicen en voz baja: ¿qué vais á hacer, pues? ¿á dón le vais? ¿vais á entrar en la casa de ese hombre? ¿no sabeis quién es ese Zaqueo? Es un usurero, un avaro cruel, que ha engordado con la sangre del pobre; es un miserable, el objeto del ódio y del desprecio del pueblo; vais á comprometer vuestra persona y vuestra reputacion. Jesucristo nada les responde: *Et murmurabant omnes, dicentes quod ad hominem peccatorem divertisset*. Mas, ¡oh ciegos apóstoles, oh amigos estúpidos! ¡Cómo! ¡Zaqueo es un pecador! Enhorabuena; y ¿es esta una razon bastante para que Jesucristo no entre en su casa? ¿Acaso el médico, dice San Pedro Crisólogo, no ha de ir á buscar ó visitar al enfermo para curar sus llagas? ¿No ha de ir el pastor á buscar á la oveja que se ha extraviado para conducirla de nuevo al redil? ¿Acaso la madre no ha de arrojarse al hijo que acaba de caer para levantarle? ¡Cómo, pues, acusais vosotros á Jesucristo de ir á casa de Zaqueo para convertirle, para salvarle! ¡Zaqueo pecador! Lo era, en efecto, hace un instante; al presente ya no lo es. Vais á ver, vais á ver cuán grande es el alma que Zaqueo abriga en su pequeño cuerpo.

Con efecto, apénas se ha sentado el Señor en casa de Zaqueo, cuando este hombre generoso se le presenta, y con aire de humildad y de confianza á un mismo tiempo, le dice: Señor, comprendo el objeto de vuestra visita; sé muy bien que no habeis venido á mi casa por asistir á mi mesa, sino para salvar mi alma; sé muy bien que no apeteceis mis manjares, sino que yo deponga mis vicios. Nada me habeis dicho de esto. Señor, aún no se ha dejado oir vuestra palabra en mis oidos; pero vuestro corazon ha hablado al mio, y mi corazon ha comprendido el vuestro. Pues bien, aquí me teneis á vuestra disposicion; me rindo, obedezco. Desde ahora, voy á distribuir mi fortuna en dos partes; la primera será destinada á la justicia, la segunda, á la caridad. Daré la mitad de mis bienes á los pobres, y la otra mitad la emplearé en reparar las injusticias que he cometido; volveré cuatro veces más de lo que he robado.



2. ¡Oh, cuán hermosa conversion! hermanos mios; observad, en primer lugar, nos dice Teofilacto, observad, en primer lugar, que Zaqueo al decir: me hallo dispuesto á reparar todas las injusticias que he cometido, daré cuatro veces más que he robado, él mismo se confiesa ladron, se confiesa él mismo en público, él mismo se juzga, él mismo se condena. Observad tambien que al decir: doy la mitad de mis bienes á los pobres, y la otra mitad para reparar las injusticias, nada se reserva y se despoja de todo. Observad, en fin, que en materia de restitucion, todo lo que no se hace en el mismo dia de la conversion, no se hace jamás. Así que Zaqueo no dice: distribuiré mis bienes; no dice: haré; dice: hago; dice: distribuyo; dice: entrego; no hace promesas, cumple. Ved, pues, una hermosa conversion; conversion humilde, conversion generosa, conversion sincera y eficaz. Ese es el hermoso carácter, las bellas condiciones de una verdadera y sincera conversion. El Evangelio, hermanos mios, es un libro en que las doctrinas siempre se ven confirmadas y realizadas por los hechos. Así que, Jesucristo, habia dicho otra vez: es más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja, que al rico entrar en el reino de los cielos; pero añadió luego á esta expresion desesperadora para el rico, añadió una expresion de consuelo: pero lo que es imposible al hombre entregado á sí mismo, es posible al hombre asistido por la gracia de Dios. La historia de Zaqueo no es, hermanos mios, más que la realidad de esa doctrina del Salvador. Así el venerable Beda, ha dicho: veis ese camello que se adelgaza y comienza ya á pasar por el ojo de una aguja; sus jorobas no le impiden entrar por ese ojo tan pequeño; mirad ese rico que, auxiliado por la gracia de Dios, entra en el estrecho santuario, y pasa por la puerta angosta que conduce á la vida eterna. ¡Qué gloria para Jesucristo! ¡Qué confusion para sus enemigos! No habia hablado, no habia hecho largos discursos; por un secreto rasgo de su gracia, por la uncion secreta de su gracia sobre el corazon de Zaqueo, cambió á ese mónstruo de codicia en hombre, al hombre en ángel, al gran pecador en santo. Acordaos tambien de esto. Jesucristo habia dicho en otra ocasion á los apóstoles: el alimento en cuanto á mí, es hacer la voluntad de mi Padre y cumplir su obra, la conversion. Este es el alimento delicioso al corazon de Jesucristo, este es el único alimento agradable á un huésped que es Dios, este alimento es el que Zaqueo sirvió en su casa al Señor con la mayor esplendidez, con la mayor generosidad, ofreciéndole todas las virtudes de un alma sinceramente convertida; le ofreció la viveza

de la fe, el fervor de la piedad, la humildad de la oracion, el valor de la abnegacion, la victoria del respeto humano, y la expansion de la caridad. ¡Oh hermoso dia el que pasó Jesucristo en casa de Zaqueo! ¡oh qué hermoso banquete el que Zaqueo le sirvió! ¡Cuán saciado quedó el corazon de Jesucristo! Su espíritu se llenó de alegría. En efecto, oid exclamar al divino Salvador en el exceso de felicidad que experimenta al ver convertido á Zaqueo, escuchadle cómo exclama: Ciertamente que el dia de hoy ha sido dia de salvacion para esta casa; bienaventurado el jefe de esta casa, porque aunque pagano y gentil, y por consiguiente extranjero en la raza de Abrahan, ha venido á convertirse en hijo de Abrahan por medio de la fe y de la caridad: y yo he tenido ocasion de cumplir un acto de mi mision, porque yo no he venido sinó para salvar las almas extraviadas que marchan por el sendero de la perdicion: *Hodie salus domui huic facta est.*

Hay una pequeña dificultad: ¿cómo comprenderemos esas palabras tan decisivas del Señor, diciendo á Zaqueo: Conviene que yo me hospede hoy en tu casa, cuando sabemos que Jesucristo no pasó más que algunas horas en casa de Zaqueo? Por estas palabras, quiso dar á entender el Hijo de Dios, no á la casa material de Zaqueo, donde Jesucristo se encontró con su cuerpo, sinó á la casa espiritual del alma de Zaqueo, donde Jesucristo queria ir por medio de su gracia. Y en este sentido, Jesucristo permaneció siempre en la casa de Zaqueo, porque apénas se retiró Jesucristo de ella, apénas Zaqueo arregló sus negocios é hizo la distribucion de sus bienes como habia prometido, apénas vendió sus bienes para satisfacer á la justicia, á la caridad, cuando va á reunirse al Señor en la Judea, sigue sus pasos, y llega á ser uno de los setenta y dos discípulos del Señor; y San Clemente, Papa, discípulo y apóstol de San Pedro, nos atestigua que Zaqueo, despues de la Ascension, se unió al príncipe de los apóstoles, que le ordenó en primer lugar de sacerdote, y despues como primer obispo de la ciudad de Cesarea en Palestina, donde vivió como santo en el ejercicio del apostolado más laborioso y más fecundo. Por consiguiente, Zaqueo vió cumplirse en sí mismo la palabra del Señor, que subsistió siempre en su alma por medio de su gracia: *In domo tua oportet me manere.*

De esta misma suerte, hermanos mios, es cómo Jesucristo quiere venir á hospedarse en nuestra casa; á nosotros tambien es á quienes dice hoy por órgano de la Iglesia: *festinans descende.* ¡Oh desdichado Zaqueo, tan adherido al mundo, á sus bienes y á sus pasiones! baja luego de las peligrosas alturas del orgullo, donde se desvanece el entendimiento y donde hay riesgo de ar lamentables caidas; baja luego al valle de la humildad, desciende á las bajas regiones de la penitencia cristiana, á donde se encuentran la gracia y la felicidad; baja luego, hoy, en este mismo instante, no lo difieras para mañana; el mañana no está en tu mano. Dios, que ha prometido el perdon al arrepentimiento, no ha prometido largos años á la obstinacion. No aplaces, pues, indefinidamente tu regreso al Señor; una muerte repentina, puede impedirte cumplirla hoy: *Hodie, hodie in domo tua oportet me manere.* Considerad bien esta expresion, hermanos mios, considerad la palabra *oportet;* es preciso que Jesucristo venga á hospedarse en nuestra casa, porque es una necesidad para su corazon divino derramar en nuestros corazones la abundancia de sus gracias y su misericordia. *Oportet,* es preciso, porque no hay gracia, no hay luz, no hay tranquilidad, no hay felicidad, no hay salud, sinó con la condicion de que el alma esté en Dios y con Dios, y Dios en ella y con ella. Es preciso, porque desdichada el alma de que Dios se ha separado; es una alma vacía de Dios, viuda de Dios, aislada de Dios, y nada es más horrible que esa soledad, ese vacío del alma, durante la vida y despues de la muerte.



Comencemos, pues, á imitacion de Zaqueo, por el deseo de conocer y ver á Jesucristo, es decir, comencemos por decidir nuestro regreso al Señor, á venir, por medio de la oracion, en ayuda de nuestra debilidad y de la inconstancia de nuestra voluntad. Luego es preciso que adornemos esta casa del corazon, por el diligente exámen de las faltas de nuestra pasada vida. Luego es preciso desembarazar esta misma casa de los ídolos que se adoran en ella; es preciso desembarazarla de todas las iniquidades y de todas las pasiones que la tienen llena de escombros, que están adheridos á ella desde hace largos años, y esto se verifica por la humilde confesion de nuestras faltas. Luego es preciso lavar tambien esta casa; esto se hace con las lágrimas del arrepentimiento, con las lágrimas de la contricion y del amor. Hay tambien que adornarla con el oro de la caridad, poner en su arreglo el órden de la justicia; y pues que Jesucristo es la flor nazarena que ama las flores, es preciso tambien que encuentre flores agradables á su corazon; es preciso que ofrezcais en vuestra alma á este huésped divino, la violeta de la humildad, la rosa del amor. Así vendrá á hospedarse á nuestra casa, y permanecerá siempre en ella; y nuestros amigos, nuestras familias, la Iglesia, los fieles, el mismo Dios, nos aplaudirán diciendo, que ciertamente ha sido el dia de hoy dia de salvacion para nuestra alma. Permanecerá siempre en nosotros y con nosotros; y en galardon de haberle hospedado en la casa de nuestro corazon en el tiempo, él nos hospedará á su vez en la casa de su paraíso por toda la eternidad. Así sea.

# APÉNDICE.

## CATOLICISMO.

### SU NECESIDAD PARA LA PERFECTA FELICIDAD PÚBLICA.

*Pietas ad omina utilis est, promisionem habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ.*

La virtud sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente, y de la futura.

(I Tim. IV, 8.)

De nada serviria llorar algunas veces los desastres y las calamidades que han asolado la Europa, si ésta no abjurara los perversos sistemas que podrian acarrear nuevas desgracias. Las malas doctrinas, fueron las que todo lo conmovieron; sean, pues, las buenas las que todo lo consoliden. Penetrado de esta idea, voy á exponer algunas consideraciones acerca del espíritu irreligioso de nuestros tiempos modernos, para que se conozca cuanto debe temerse que destruya el reposo y la libertad de los pueblos, y cuanto importa para la felicidad pública contener sus funestos progresos. Vosotros deseais, sin duda, diremos á los enemigos de la religion, ver establecerse en nuestra pátria unas instituciones durables que afiancen la tranquilidad pública, que preparen en lo presente un porvenir feliz, y precavan las disensiones, las turbulencias civiles, la anarquía y los males que á ésta se siguen; en una palabra, deseais ver fundarse el órden público: pues bien; sin la verdadera Religion, no puede haber órden público; primera reflexion. Vosotros no querreis medidas arbitrarias, sinó el imperio de la ley, y que bajo de su égida disponga cada uno libre-

mente de su persona, y use de sus bienes y de sus derechos; en una palabra, deseais ver fundarse la libertad para todos: pues bien; sin la verdadera Religion, no puede haber libertad pública; segunda reflexion. Tal es la division de este discurso, sobre la necesidad de la Religion para la felicidad social; materia importante, que yo me complazco en tratar ante aquellos mismos que pueden ejercer una influencia tan favorable sobre lo futuro como sobre lo presente. El que no emplea sus conocimientos en hacer triunfar la verdad y la virtud, desconoce su vocacion, y profana los dones que ha recibido del autor de todo bien; debe tener siempre presente que el talento, así como el poder, no ha sido dado al hombre sinó para el bien de sus semejantes, y que tan prohibido le está abusar del primero para corromper, como del segundo para oprimir. Imploremos ante todo los auxilios de la gracia, por la mediacion de la Vírgen santísima. A. M.

1. Si hubiéramos de dar oidos á ciertos novadores modernos, que han impugnado con un éxito deplorable las creencias más arraigadas en las naciones cristianas, y muy frecuentemente hasta aquellas verdades primarias que todos los pueblos han mirado como sagradas, creeríamos que ellos solos han conocido el secreto de perfeccionar el mundo social, y de establecer la libertad pública. Pero caminemos á la luz de la antorcha de la razon y de la experiencia, y veremos que es imposible que en una nacion prevalezca el espíritu irreligioso de que semejantes novadores han tenido la desgracia de hacerse apóstoles, sin que cause la ruina del órden público y de la libertad. Procuremos aclarar esta verdad de modo que sea perceptible á todos.

Yo convengo en que los estragos de la irreligion son poco notables cuando sólo la profesa un pequeño número de hombres, ó se halla confinada en algunas obras poco comunes; es una levadura funesta que no ha fermentado aún bastante para viciarlo y corromperlo todo; sucede tambien que muchas veces los hombres irreligiosos se ven contenidos en sus malas opiniones por antiguos hábitos, y que, dominados sin advertirlo por la impresion de las ideas cristianas, recibidas en la primera edad, son, por una feliz inconsecuencia, ménos malos que sus sistemas. Pero supongamos que esas doctrinas de la impiedad, salen de entre las nubes que las cubrian para manifestarse al público; que, consignadas en libros extendidos entre toda clase de lectores, llegan á ser la opinion dominante del mundo sábio y literario, de los ricos y de los grandes; que alcanzan á inficionar á los padres de familia, á los maestros de la juventud, á los magistrados, á los depositarios del poder, y que, por medio de progresos insensibles, pasan desde las ciudades á las cabañas, haciéndose así más ó ménos populares. ¿Será posible no concebir entónces vivos temores y no temblar por el reposo de la sociedad? La irreligion, con sus máximas atrevidas y cómodas, remueve en el corazon de los pueblos todas las pasiones desordenadas, los hace más inquietos y más indóciles, los irrita contra el yugo de las leyes y de la autoridad, relaja todos los vínculos domésticos, y de este modo prepara la discordia y el desórden en las familias y en la sociedad. Es una verdad reconocida por los buenos ingenios de todos los tiempos, consagrada por la experiencia de los siglos y por la autoridad de todos los legisladores, y ya trivial en cierto modo á fuerza de repetirse, que la sociedad se funda en la ley, la ley en la moral, y la moral en la Religion; ¿y cómo no amenazará ruina el edificio social, cuando están conmovidos sus mismos cimientos?



¡Qué! señores; si aún en aquellos pueblos donde la Religion ejerce más su imperio saludable para el bien de la humanidad, y en donde por su feliz ascendiente sobre las almas, precave mayor número de injusticias y atentados, aplaca más ódios y afianza más el respeto á las leyes y á la autoridad; si aún en éstos causan las pasiones demasiados estragos; ¿qué seria si se les quitase la Religion, que es la barrera más fuerte que se les puede oponer? Entónces, á todos los excesos que la Religion no evita á causa de la malicia de los hombres, se reunirian los excesos aún más numerosos que efectivamente impide por su divina y secreta influencia; se harian más comunes en todas las edades y en todas las clases los desórdenes de todo género, y, corroido el cuerpo social por esta levadura de corrupcion y de impiedad sediciosa, amenazaria una disolucion universal. Es fácil hacer en un libro una enumeracion minuciosa de todos los males á que la Religion ha podido servir de ocasion ó pretexto por el orgullo ó la ambicion de los hombres; pero ¿por qué se ha de echar un velo sobre los bienes inmensos de que ella es orígen por sus máximas y su espíritu? La sociedad goza de sus beneficios casi sin advertirlo. Los buenos sentimientos que introduce en las almas, la compasion y la generosidad que inspira, los consuelos que derrama, son cosas que se escapan á nuestra vista; pero su accion no es ménos real porque sea secreta: es como ese calor vivificante que, sin hacer perceptible su influencia, anima la naturaleza y hace germinar las plantas y madurar los frutos. Se dice muchas veces lo que ha llegado á ser un pueblo por el abuso que en él se ha podido hacer de la Religion; pero es preciso conocer tambien lo que el mundo social llegaria á ser sin ella. Diré, pues, valiéndome aquí de las palabras de un orador ilustre: «La Reli-

gion es la vida del cuerpo político; no le queda más alternativa que conservarse con ella, ó disolverse sin ella.»

No lo dudeis, sin la Religion, veríamos ahora más que nunca turbadas las familias por la discordia y el libertinaje, los esposos sin union, los hijos sin respeto y los criados sin fidelidad; veríamos más que nunca esos séres desnaturalizados, que, libres del freno de una educacion religiosa, aprenderian desde su más tierna juventud los ardides y la audacia del crímen, y presentarian á los tribunales horrorizados el más espantoso de todos los espectáculos, el espectáculo de los crímenes en la edad misma del candor y de la inocencia; veríamos á unos malhechores que, deponiendo el temor á la justicia divina, y calculando á sangre fria la corta duracion del suplicio, marcharian al patíbulo, llevando sobre su frente, no la palidez y la vergüenza del crímen, sinó casi la calma de la virtud, y dando así al pueblo el horroroso ejemplo de un culpable que muere sin terror y sin remordimientos; veríamos á unos hombres que se arrojarian á los proyectos más inícuos, más insensatos y acaso más desastrosos para su pátria, con la idea de que todo termina en el sepulcro, y que, en caso necesario, podrian sustraerse al castigo y al oprobio por medio del suicidio. En fin, sin la Religion, se verian más que nunca por todas partes egoistas, que, apartando su vista de los bienes de la vida futura, apetecerian con mayor ardor los de la vida presente, serian más devorados de deseos ambiciosos, ménos sensibles á los males ajenos, ménos capaces de sacrificios generosos, y más inclinados á todos los desórdenes, que son la plaga de los Estados como de las familias. ¡Ojalá que yo no hiciese aquí más que una pintura de males imaginarios, y que de ningun modo se hubiese realizado entre nosotros! ¿Pero no podré apelar al observador, al hombre público, al magistrado, á los que están armados de la espada de la ley contra los malhechores, y preguntarles si no es cierto, que la decadencia de los sentimientos religiosos ha hecho más comunes y precoces toda suerte de desórdenes y de delitos? Y para llamar las cosas por su nombre, ¿no es cierto que se han visto aumentarse de una manera horrorosa los escándalos del suicidio, del infanticidio, del concubinato, de los hijos ilegítimos, y de aquel crímen que tanto se resiste á la naturaleza, que un legislador de la antigüedad creyó deber suponerle imposible?

Vosotros los que, á mediados del último siglo, levantabais la voz con el estruendo de la trompeta para predicar el ódio y el desprecio de la Religion, vosotros habeis reclamado como vuestra la gloria de haber curado el cuerpo social de una enfermedad violenta, de los



excesos del falso celo, en una palabra, del fanatismo; y ¡no veiais que depositabais en su seno gérmenes de ruina y de muerte! Con vuestros sistemas no habria ya fanatismo religioso, convengo en ello, pero habria los desórdenes más monstruosos, los vicios más innobles y más viles, el egoismo más roedor, y la depravacion más refinada, hasta que sueltos, en fin, todos los vínculos sociales, se viese estallar el fanatismo de todas las pasiones desencadenadas. El fanatismo religioso turba la sociedad, la impiedad la mata: el primero, es un huracan que agita, mutila y arranca las ramas del árbol más vigoroso; la segunda, una llaga secreta que corroe hasta sus raíces; y se puede decir bien, con un famoso escritor, que la indiferencia filosófica, es la tranquilidad de los sepulcros, más destructora que la guerra misma.

Y no por esto creamos (haré de paso esta observacion) que el ateismo se manifieste sólo por la indiferencia, el desprecio ó el olvido de la Religion, nó; tambien tiene sus furores y sus persecuciones. Juan Jacobo Rousseau, á quien nada costaban las paradojas más inconsideradas, ha creido poder decir que el ateismo no hace derramar sangre; pero á nuestra misma vista ha desmentido bien palpablemente la experiencia esta asercion. Jamás la sangre humana ha corrido con más abundancia que bajo el reinado del ateismo. No lo extrañemos: cuando apénas se mira á la especie humana sinó como á una familia de plantas ó una raza particular de animales, ¿deberá sorprendernos que se la trate con desprecio, y se consideren sus dolores y su muerte sólo como un juguete? Asemejando el hombre á los brutos, es natural acostumbrarse á tratarle como á ellos; y este hábito de barbarie será tanto más sistemático, cuanto que, exento del temor de la justicia divina, no conoce los remordimientos: por esto es ciertamente á los ateos á quienes con particularidad se aplican más literalmente estas palabras del Sábio (Proverb. xii, v. 10): «Las »entrañas de los impíos son crueles.» *Viscera impiorum crudelia.* El mismo Voltaire lo habia presentido cuando decia: «Si el mundo es»tuviese gobernado por ateos, seria lo mismo que estar bajo el im»perio inmediato de aquellos séres infernales que nos pintan cebán»dose en sus víctimas.»

Yo bien sé, que el mayor número de incrédulos retroceden despavoridos á la vista de los horrores del ateismo, y que se glorían de reconocer un Dios y aún de celebrar sus grandezas; éstos son los deistas. Pero, señores, de buena fé, ¿creeis que el deismo, aunque ménos funesto si se quiere que el ateismo, sea suficiente para mantener el órden público? Decidme, ¿qué idea se forma el deista acerca

de Dios y de su providencia, de su bondad y de su justicia, de sus castigos y de sus recompensas en la vida futura? Sus nociones acerca de esto ¿no son vagas é inciertas, y dependientes de sus pasiones y caprichos? ¿Qué reglas de conducta pueden derivarse de su opinion, ni qué apoyo pueden hallar en ella la moral y la sociedad? ¿Qué diferencia advertís entre el ateo y el deista? Si comparais su conducta habitual, ¿no es acaso cierto que el deismo en su teoría se asemeja demasiado al ateismo práctico, y que en ambos existe casi el mismo olvido de la Divinidad, de todo deber y de todo homenaje para con ella, así como de todo esfuerzo y de todo sacrificio para agradarle? ¿Y no tenia Bossuet fundamento para decir, que el deismo no es más que un ateismo disfrazado? Es preciso, señores, observar que siempre ha presidido á todas las sociedades civilizadas una Religion cualquiera, más ó ménos perfecta: esta es una regla invariable, que no ha padecido ni una sóla excepcion desde que el sol ilumina al mundo; y á la verdad, que no nos pertenece á nosotros desmentir la sabiduría de los siglos. Pero por Religion han entendido siempre los pueblos, no algunas opiniones especulativas y estériles sobre la Divinidad, sinó un conjunto de creencias, de deberes y de homenajes piadosos, y de esto se componen las cadenas invisibles, pero poderosas, que no unen á los hombres con Dios su padre comun, sinó para unirlos más estrechamente unos con otros. Confesemos, pues, que el deismo no es más que un fundamento ruinoso para el órden social: es una opinion, y no una religion.

2. Pero para hacer conocer más y más la necesidad de la Religion para la felicidad pública, establezcamos de una manera más especial, que, sin la Religion, es imposible fundar la libertad de una nacion.

¿En qué consiste que ciertos espíritus de nuestros dias miran con serenidad la decadencia del cristianismo en Europa, y parecen profetizar con tanta alegría como confianza su entera y próxima ruina? A mí se me figuran unos hijos que se alegran de los progresos de un incendio cuyas llamas amenazan reducir á cenizas la casa paternal. Cual haya de ser la suerte de la Religion en Europa, es un secreto de Dios, que no nos está concedido penetrar. Pero, en todo caso, no temamos por ella, temamos por nosotros mismos; la venganza más terrible que podria tomar de nuestros insultos y desprecios, seria la de huir léjos de nuestras comarcas, llevándose consigo las prendas más seguras de la paz y de la prosperidad pública, y dejándonos entregados á las tinieblas y á los vicios de la barbarie, á esos desórdenes y excesos que, envileciendo las almas, las amoldan á la esclavitud, y á



aquella anarquía á la que sigue el despotismo. Yo supongo que el cristianismo llegase á extinguirse entre nosotros; que, en lugar de esta Religion positiva, que fija y reune los entendimientos en una creencia comun, señala á todos reglas terminantes para conducirse, y se apodera del hombre todo entero por la fuerza de su verdad, no quedase más que un *espiritualismo* vago é incierto, y casi sin ninguna influencia sobre los sentimientos y las acciones. ¿Cuál seria el resultado? Privados entónces los gobiernos del medio más poderoso de contener á los pueblos en la sumision y el deber, tendrian necesidad de oponer á males extremos, remedios no ménos extremos. Cuanto ménos reprime la Religion, tanto más tienen que reprimir las leyes civiles. Sí, señores; si desapareciese la Religion, se desenfrenarian con mayor furia todas las pasiones; y para reprimirlas seria preciso recurrir á los medios más violentos, porque sólo ellos serian eficaces: entónces la justicia consistiria sólo en la fuerza, la tranquilidad no se hallaria sino en la esclavitud, y las naciones irreligiosas vendrian por último á expiar en las cadenas su atrevida rebelion contra la Divinidad.

Para dar más extension á nuestro pensamiento, comparemos por un instante los felices efectos del cristianismo con los resultados inevitables que tendria el triunfo de la impiedad. Antes que la luz del Evangelio disipase las tinieblas del paganismo, ¿qué espectáculo presentaba aún el pueblo más civilizado? ¿No es evidente que la esclavitud era la condicion comun del género humano, y que sólo un pequeño número de personas disfrutaba de libertad? En ninguna parte, en efecto, vemos que los antiguos legisladores hayan concebido el pensamiento de conciliar la libertad de todos con la felicidad de todos: en Esparta, en Atenas y en Roma, se veia al lado mismo de la libertad una esclavitud espantosa. Yo no sé que los filósofos antiguos hayan reclamado nunca contra un desórden en cierto modo legal, aunque tan escandaloso: sólo, pues, al cristianismo estaba reservado contenerle, hacerle por fin desaparecer, y realizar la alianza de dos cosas que parecian inconciliables, la tranquilidad pública y la libertad universal.

Es cierto que Jesucristo no vino á dar á los hombres lecciones directas de política, ni á trazar á los pueblos una forma determinada de gobierno. El Evangelio ha ilustrado y santificado las repúblicas lo mismo que las monarquías; pero, por sus máximas y su espíritu, aproxima unas á otras las clases más desiguales, inspira los sentimientos más tiernos y generosos, consuela la desgracia, reprime fuertemente todos los vicios, y consagra todas las obligaciones domésticas y civi-

les. Por esto sólo la Religion llegó á ser para los Gobiernos un medio nuevo, tan eficaz como blando, para mantener los pueblos en la obediencia; la persuasion reemplazó al temor, y las dulces insinuaciones del cristianismo hicieron sin violencia en los pueblos lo que la fuerza no hacia sinó muy imperfectamente. La Religion dió á la moral mayor imperio sobre las almas; desde entónces las leyes pudieron perder sin peligro una parte de su rigor, y al fin se conoció, gracias al Evangelio, que se podia gobernar á los hombres sin tenerlos esclavizados. Para mejor asegurar la tranquilidad de los pueblos, dió la Religion más peso á la autoridad, dándole un orígen sagrado, y afirmó el trono de los reyes, colocándole, como se ha dicho con tanta razon, donde el mismo Dios tiene el suyo, en las conciencias; pero igualmente distante de la tiranía que de la licencia, no prescribe ménos á los soberanos la justicia que á los pueblos la sumision; y de este modo pertenece al cristianismo la gloria de haber dado á un mismo tiempo más estabilidad á los gobiernos y más libertad á los pueblos: esto es lo que no han querido ver sus inconsiderados detractores, pero lo que no se ocultó al autor del *Espíritu de las leyes*.

¿Se quiere ahora que por un triunfo para siempre execrable, consiga la impiedad destruir la fé de los pueblos, que la Religion pierda su imperio, y que no sea más que un arma gastada y sin fuerza contra las pasiones desordenadas? Preparaos entónces á ver renacer los males que ha curado el cristianismo. Por un lado, los vicios serian más atrevidos y los excesos de toda clase más multiplicados; por otro, los medios represivos y conservadores no se hallarian más que en las leyes humanas: seria, pues, necesario, poner leyes de hierro para sujetar á un pueblo sin religion. Calabozos en lugar de altares, soldados en lugar de sacerdotes, un código de suplicios espantosos en lugar del Evangelio, y un régimen de terror en lugar de un régimen paternal; ved lo que exigiria imperiosamente el mantenimiento del órden público; y ved como ciertos novadores harian con sus sistemas de irreligion retrogradar el mundo social hácia la barbarie, y como ellos mismos son los mayores enemigos de esa libertad de que se declaran apóstoles fogosos. No hay duda, señores, un pueblo sin Religion seria indisciplinable, no podria haber para él verdadera libertad, y por querer sustraerse del dominio de Dios, se haria esclavo del hombre: sí, precisamente para los pueblos impíos han sido hechos los tiranos.

Podrá quizás suceder, que, confiados los pueblos modernos en el estudio más generalizado en el dia, de las letras, de las ciencias y de las artes, crean poder evitar por medio de ellas los peligros que les



amenazan, y aún suplir con su influencia la de la Religion misma: ¡vana esperanza! Yo estoy muy léjos de adoptar la paradoja del novelero Juan Jacobo Rousseau sobre las ciencias y las letras, y diré, al contrario, con mucho gusto, sirviéndome de los mismos términos de Bossuet, que los que las cultivan con fruto, son uno *de los más bellos ornamentos del mundo*. Pero sepamos libertarnos de un entusiasmo que pudiera ser tan funesto como fuera de razon. El verdadero sábio podrá ciertamente ver en las letras y en las artes las decoraciones ó algunas columnas del edificio; pero no las mirará como su cimiento. Lo que da á la moral su más firme apoyo y asegura más la estabilidad de las instituciones humanas; lo que consuela y alivia más eficazmente las clases más numerosas de la sociedad, á los desgraciados y á los indigentes; lo que ilustra á los ignorantes sin corromperlos; lo que sin cortar su vuelo al talento le contiene en justos límites; esto es el verdadero fundamento del órden y de la justicia sobre la tierra, esto es lo que reclaman con preferencia la felicidad y la libertad pública, y esto precisamente lo que se halla en la Religion. ¿De qué sirven las lecciones de nuestras sábias escuelas para la multitud que no puede comprenderlas? ¿Y se creerá acaso tampoco que las luces sean la virtud? No, señores; si la ignorancia tiene sus vicios, tambien el saber tiene los suyos; y el entendimiento tiene su intemperancia, así como el corazon. Todas esas cosas tan alabadas, pueden llegar á ser un nuevo instrumento de corrupcion, contribuir á fomentar las pasiones en lugar de precaver sus descarríos, y hacer el mal tanto más incurable, cuanto quizás se abusará de los conocimientos adquiridos para llamarle un bien. En los tiempos felices en que se honra la Religion, el talento está contenido y dirigido por su divina autoridad; hasta los espíritus más independientes se glorían de humillarse ante ella; y entre los homenajes de la multitud, apénas se perciben los insultos de algunos pocos. Pero cuando, por una degradacion, insensible al principio, y bien pronto más rápida y más manifiesta, se llega á estas épocas deplorables en que la Religion no es más que un objeto de escarnio y de desprecio, muchos de aquellos mismos á quienes la naturaleza destinaba á ilustrar á sus semejantes, se inficionarán del contagio universal; serán hijos de su siglo: extraviados por las malas doctrinas en que han sido criados y educados, se harán á su vez sus propagadores, y abusarán de su talento para acreditar errores funestos, hermoseándolos con apariencias seductoras. Entónces se forma una mezcla de ateismo y de presuncion de ingenio, de ciencia y de barbarie, de urbanidad en las palabras y de depravacion en las cosas; entónces todas las verdades son alteradas, y todas las paradojas eri-

gidas en sistemas; las creencias son sustituidas por opiniones; y de aquí ese excepticismo, esa incertidumbre, esa anarquía de los espíritus, que prepara el camino á todo género de seduccion y de tiranía. Sin ir á buscar ejemplos de esto en la antigüedad, ¿no conocemos nosotros épocas en que lo que se llama las luces, no puede salvar las naciones de los más horribles excesos, y en que el más alto grado de perfeccion en las ciencias se junta con el último grado de la perversidad humana? Concluyamos, pues, que pretender reemplazar la Religion con el saber, es abandonar lo necesario por correr tras de lo útil: no separemos lo que debe estar unido para el bien de la humanidad.

En lugar de contemplar la Religion por el lado más sublime, es decir, en sus relaciones con nuestros destinos eternos, sólo la he mirado por la parte ménos importante á los ojos del cristiano, es decir, en sus relaciones con los intereses humanos. No permita Dios, que yo me avergüenze del Evangelio. *Non erubesco Evangelium* (Rom. I, 16). Pero ¿por qué el espíritu del siglo nos ha de obligar á deprimir así nuestro ministerio? ¡Ah! existe en el dia un gran número de hombres que á todo se acomodarian con tal que hallasen en la tierra la fortuna y el reposo; pues bien: es preciso decirles primeramente, que sin la Religion, que tanto desprecian, ni aún conseguirán lo único que buscan; que ella es la que principalmente vela en mantener las costumbres, las leyes y la libertad, la seguridad de las personas y la conservacion de sus bienes; y que, miéntras ellos quizá la insultan, ella los defiende con su poderosa proteccion: en una palabra, es necesario decirles, que si este mundo social, al que tienen la desgracia de limitar todos sus pensamientos, no estuviese vivificado por la Religion, vendria á disolverse en la anarquía ó á embrutecerse en la esclavitud; y el Rey profeta no hacia más que expresar, bajo una imágen viva y popular, una idea eminentemente política, cuando hace tres mil años decia: «Si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda.» *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam* (Ps. CXXIV, 1).

Yo no ignoro, señores, que cuando el ministro de la Religion deplora alguna vez los estragos de las perversas doctrinas; cuando expresa el deseo de ver al fin detenerse los entendimientos en la carrera de la incredulidad; y cuando hace conocer cuánto ésta amenaza al reposo y á la libertad de los pueblos, como que se mira en sus lamentos y deseos cierta cosa de indiscreto y supersticioso, se le acusa de querer hacer retrogradar la generacion presente, y se cree haberlo dicho todo, alegando que es preciso caminar con su siglo: máxima



vaga y cómoda, verdadera bajo más de un respecto, pero que, á fuerza de ser aplicada sin discernimiento, puede llegar á ser muy funesta y precipitarnos en un abismo. Procuremos, señores, aclarar bien la verdad en esto; y que el uso legítimo de una máxima, tan comun en el dia, no nos impida ver los males que podrian acarrear sus falsas aplicaciones.

En efecto, en las cosas indiferentes que el tiempo hace nacer y morir, en aquellas cosas abandonadas á las investigaciones, á las combinaciones, y, en cierto modo, á los caprichos del entendimiento humano, marchemos con el siglo; convengo en ello. En aquellas, por ejemplo, en que descubrimientos brillantes hayan engrandecido el imperio de los conocimientos humanos, derramado una luz más viva sobre los diferentes ramos de las ciencias naturales, y desterrado las antiguas teorías para fundar otras nuevas, no nos obstinemos contra la experiencia, ni disputemos á nuestros contemporáneos la gloria que les pertenece; marchemos con el siglo. En lo respectivo á los nuevos usos, á las nuevas necesidades y á las nuevas relaciones de familia á familia y de pueblo á pueblo, que hayan podido introducir los progresos de las artes, de la industria y del comercio, dando, digámoslo así, al mundo una faz ántes desconocida; en lo respectivo á aquellas variaciones más ó ménos grandes que el imperio del tiempo, que gasta y destruye todo lo que es humano, haya podido introducir en las leyes y en las instituciones, no insultemos la memoria de nuestros padres que habrán podido muy bien ser tan sábios como nosotros, pero tampoco tomemos á la Edad media sus costumbres y su legislacion; en esto marchemos tambien con el siglo. Pero cuando las doctrinas perversas, ocultándose bajo un hermoso nombre, continúan corrompiendo las generaciones nacientes; cuando se afecta hablar de moral para ultrajar mejor la Religion, que es su apoyo más firme; cuando con solo no ser cristiano se cree ser filósofo; cuando se llaman luces las que no son más que tinieblas, y cuando se tiene por progresos de la razon lo que no es más que su delirio, marchar entónces con el siglo, léjos de ser sabiduría, es debilidad de alma ó de carácter. Aquí es donde el ministro de los altares, donde el padre de familias, el maestro de la juventud, el literato y el sábio, deben formar una santa liga contra los sofistas. ¡Ah, señores! El camino hácia el mal es tan rápido, y el hombre sufre tan mal todo freno, que si aquellos que, por su carácter, por sus dignidades, su edad y sus conocimientos, están naturalmente destinados á la conservacion de las buenas doctrinas y de las buenas costumbres, no las defienden con valor, bien pronto caerá toda la sociedad en el desórden y en la confusion.

Traed á vuestra memoria, no esos hombres célebres que, embriagados de una falsa gloria, han hecho resonar su nombre en todo el universo llenándole de desastres y de calamidades, sinó esos hombres verdaderamente grandes y que más han honrado á la especie humana por sus virtudes ó por su ingenio, y vereis que, en lugar de marchar ciegamente en todo con sus contemporáneos, han empleado casi siempre todos sus esfuerzos en detenerlos en su insensata carrera. ¿Qué hacian antiguamente Focion en la tribuna, Sócrates por medio de sus lecciones, Caton en medio del senado, y Ciceron en sus obras filosóficas? Luchaban contra los que adulaban al pueblo, contra los corruptores de la moral, contra los despreciadores de las antiguas máximas y contra los enemigos de las doctrinas religiosas. ¿Qué hacian tambien en la antigüedad los Licurgos y los Numas, en la Edad media un Carlomagno y San Fernando, y en tiempos más modernos los Jimenez y los Sully? Luchaban para contener, por medio de las leyes, los vicios y la ferocidad de la multitud, para desarraigar los abusos y las malas costumbres, y para comprimir la licencia y la rebelion. ¿Y qué han hecho los santos é ilustres personajes de que se honra la Iglesia cristiana, desde los Benitos hasta los Vicentes de Paul, y desde los Augustinos hasta los Ligorios? ¿Estudiaron acaso los errores de su tiempo sólo para profesarlos, la corrupcion pública sólo para lisonjearla, la ignorancia sólo para respetar sus tinieblas, y la relajacion de costumbres y de la moral sólo para dejarse arrebatar por ella? No, ciertamente, sinó al contrario, con sus escritos, con saludables reformas y con sábias instituciones, se opusieron al torrente de las malas doctrinas como de las malas costumbres, y la historia atestigua el buen éxito como los esfuerzos de su noble valor.

Así, pues, señores, demos al siglo lo que tiene derecho á reclamar; pero sepamos rehusarle lo que no podria obtener sinó para su ruina y la de las edades siguientes. Si aún los espíritus de un órden superior deben en ciertas cosas acomodarse á su siglo, tambien en otras muchas deben dominarle, sujetarle, detenerle en sus extravíos y hacerle marchar por las sendas de la sabiduría y de la verdad. A las clases elevadas é ilustradas de la sociedad pertenece hacer triunfar las buenas doctrinas: este es su destino, este es el vuestro, señores; la pátria y la Religion os llaman á cumplirle, y fieles á su voz no defraudareis sus esperanzas. No hay salvacion para nosotros, sinó en esas doctrinas sanas y conservadoras del órden y de la justicia; y la Religion es la que todas las guarda y las enseña. Reine ella en los corazones para apagar los ódios y las disensiones; reine en las familias para mantener en ellas la paz y las buenas costumbres; promueva



la humanidad en el rico, la resignacion en el pobre, la integridad en el magistrado, la obediencia en los pueblos y en todos la probidad, y entónces, sólo entónces, podrá la autoridad ser tutelar sin ser violenta, y la seguridad pública podrá hermanarse con la libertad de todos. Sí; por la sabiduría, que no es otra cosa que una religion ilustrada y sincera, nos vendrán todos los bienes á un tiempo, como dicen nuestros libros santos (Sap. vii, 11), y nuestra nacion, á pesar de sus desgracias, volverá á ser lo que debe ser, la primera de las naciones civilizadas.

Si mi voz es demasiado débil para hacer prevalecer estas grandes verdades, puedo, al concluir, apoyarme en los ejemplos y en la autoridad del santo rey Fernando. ¡Cuánto imperio no ejerció sobre su siglo y sobre los siguientes! Puede verdaderamente decirse que su reinado fué el reinado de la Religion misma. Ella fué la que le inspiró tantas reformas atrevidas, tantas leyes llenas de sabiduría y de fuerza, tantas fundaciones tan preciosas para la humanidad, ó tan favorables á los progresos de los conocimientos humanos; y ella la que, dirigiendo sus acciones, tanto en la paz como en la guerra, le hizo el padre de su pueblo, y la admiracion de los infieles. ¡Cómo se manifiesta toda su alma regia y cristiana en las instrucciones que dió al heredero de su corona! En ellas le recomendó este buen rey dedicarse á la felicidad de su pueblo; pero, para hacerlas más inviolables y sagradas sus obligaciones, le presentó la Religion como su regla suprema, y puso á la cabeza de sus deberes los que le estaban impuestos para con el Señor soberano de los reyes y de los vasallos. Esta augusta leccion estaba impresa en el alma del monarca que el cielo tenia como de reserva para sondear y curar todos nuestros males, y que tendria en cierto modo en nada ser sucesor de San Fernando, si no representase en su persona sus reales virtudes. Viva tanto como lo desea nuestro amor; y merezca más y más la gloria de ser llamado en la posteridad más remota el restaurador de la Religion, de las buenas costumbres, y por ellas de la monarquía. Así sea.

---

# CONCIENCIA.

## (EDUCACION DE LA)

*Eduate illos in disciplina, et correptione Domini.*

Educad á vuestros hijos, corrigiéndolos é instruyéndolos segun el Señor.

(EPHES. VI, 4)

Se ha hecho casi vulgar, por tan generalmente admitida, la verdad que en los cuidados que exige la tierna infancia, su cultivo no debe ocupar más que el segundo órden, porque la prenda de capacidad é inteligencia enteramente es inferior á la virtud, y, segun sentir de un escritor del siglo pasado, «el talento sin la virtud no es otra cosa que un presente funesto, propio únicamente para poner más visibles nuestros vicios.»

La ciencia que con preferencia y más que las demás otras debe cultivarse, es la ciencia que tiene la virtud por objeto. Pero aún así, la ciencia sola por sí misma ¿no es de todo punto estéril cuando se ciñe á la simple y teórica estimacion de aquello que los retóricos llaman lo agradable y grande en las costumbres?

Lleno está el mundo de esos entes que sobre puntos de moral disertan científicamente, aunque permanezcan ligados por algun vicio habitual de inmoralidad, inciensan y bendicen la virtud que entristecen á sangre fria, y despedazan con sus actos todos los dias. Muchas veces hombres tal vez más engañados ó seducidos que culpables, se creen sinceramente virtuosos, porque en ocasiones se enternecen por ó con la virtud. Están persuadidos que tienen bastante religion, porque tienen consideracion y miramiento por todo lo que es religioso, y verdaderamente podrian ser santos, si ejerciera la santidad sus maravillosos efectos en las distracciones que ofuscan la inteligencia.

Mas no se conserva la virtud en la inteligencia ni juicio, como tampoco en lo sensible del corazon, en el que se forma, madura y alimenta la verdadera, y ésta solo se halla en la conciencia. Son, á no dudar, poderoso auxiliar de la conciencia virtuosa las luces del entendimiento, rectitud de juicio y bondad del corazon, pero siempre no son más que tributarios obligados de esta suprema facultad que representa un poeta latino como sentado sobre el sólio del alma para dirigir sus actos y designar sus deberes.



De aquí, señores, sacamos esta rigurosa conclusion: la primera obligacion de los que tienen á su cargo la direccion de la juventud es aquella que tiene por principio la conciencia. Esto es lo que me propongo demostraros despues de implorar la gracia necesaria: A. M.

1. ¡La educacion de la conciencia! Quizá la union de estas dos palabras os parece extraña, señores; no obstante, me propongo hacer ver que nada hay más natural, más íntimo y más necesario que esta union.

A pesar de la degradacion de nuestra naturaleza por la caida primitiva, el niño nacido en el seno del cristianismo desde luego tiene en su conciencia rectitud, ó diré mejor, discernimiento del bien y del mal, que pocas veces le engaña, cuando apénas algun interés ha tenido en engañarse á sí mismo. Esto es lo que hace que en general se puede considerar como infalible el concepto de una reunion de jóvenes cristianos y puros acerca de las circunstancias ó defectos de sus iguales, de la justicia ó errores de los maestros, y estimacion moral de todos los hechos ofrecidos á su vista. Pero, si almas tan tiernas no se ponen á cubierto de la seduccion, mentira y engaño de la pervertida naturaleza, inmediatamente se deprava la rectitud de su sentido, cuando ménos respecto de su propia conducta.

Como todos tienen en el corazon el gérmen de la concupiscencia que les precipita en las más ó ménos reprensibles acciones, buscan como disfrazar su malicia por seguir en ella más á su voluntad. Llegado á tal punto, si no está alumbrada su conciencia, bien sostenida y fortificada por los envites y ataques sin descanso de sus culpables inclinaciones, no se desenvuelve en proporcion de las potencias del alma y facultades del cuerpo; esta luz, débil y flaca como todo lo que es de la infancia, se oscurece; l adelicadeza del tacto moral se enerva; se desvirtua, por la misma práctica de sus actos, la repugnancia espontánea de los que se le prohiben, y sucumbe la conciencia bajo el peso de la costumbre que viola sus leyes. A la par de esta conciencia recta, franca y sensible, se forma otra astuta, simulada y perversa.

Semejantes jóvenes cometen el mal, y para continuarlo despues, se ocultan, mienten para ocultarlo mejor, se endurecen cuanto más mienten, y acaban por animarse unos á otros y más obstinarse. No lo disimulemos. Tal será el estado de la infancia, y tal seria sobre todo el de la juventud en el seno de toda institucion en donde la educacion de la conciencia no ocupe con preferencia la solicitud de sus

directores, y en órden á los deberes la suprema atencion que le es debida.

Aquellos, pues, que se persuaden que todo está hecho respecto de la juventud que se les ha confiado, cuando observan con exactitud una disciplina conforme, no comprenden ni entienden cuales son los primeros elementos de la educacion. Sin dificultad es indispensable la disciplina, especialmente en la educacion pública. Es indispensable á los directores y maestros á quienes facilita su accion, del mismo modo que á los discípulos, para enseñarles el órden, obediencia y puntualidad. Pero por sí mismo no es más que un mecanismo al estado de autómata, cuando todas las partes que le mueven no tienen actividad por sí mismas, y que no obedecen á la causa motriz sinó forzadamente lo que les estrega, cierra y remueve.

La conciencia es la vida del alma, porque solamente en ella se forma la espontaneidad de sus actos, y de ella tambien sale el mérito de ellos. Cuando la observancia de tal disciplina no es sinó efecto material de la violencia y afectacion, probará la fuerza ó habilidad de aquellos que la imponen, y no probará nada en los que la observan. La imposibilidad de un jóven para abandonar la situacion elegida por la voluntad paternal, puede en algun modo y temporalmente contenerle para no caer en extravíos groseros, ó ser comprometido y revoltoso, porque no se sufriria ni aún en las casas de educacion más tolerantes; pero para el jóven siempre es un freno que roe con impaciencia, como una cadena que contiene en apariencia sus visibles acciones, que no placiendo de modo alguno sus sentimientos interiores, le permite dentro del círculo de actos imperceptibles á la disciplina, seguir sus inclinaciones réprobas. Cuando la ocasion no le permita lo que ambiciona, se reintegrará con la esperanza de más tarde satisfacer su deseo.

Tanto como las leyes locales le tolerarán, atemperará á los desórdenes que se promete por aquellos que ya le son posibles. Con tal aspecto de cosas, fácilmente hallará condiscípulos que participarán de sus temerarias inclinaciones y deseos ardientes y criminales. Por este medio el pestífero gérmen llegará, como desgraciadamente llega, á corromper una juventud numerosa y brillante, y que digna de mejor suerte, se encontrará en poco tiempo marchitada y acaso perdida para siempre.

Visitad, señores, ese mundo industrial, vereis establecimientos preciosos en donde el plantel de ambos sexos está sometido á la disciplina con tanta exactitud como si fueran máquinas de las que no son sinó como una parte accesoria. Entrad por esos hermosos talleres; examinad de cerca cuanto se llama prosperidad material de las naciones, y decidme si á esta disciplina tan organizada no está unida bien á menudo la inmoralidad más profunda, deplorable y degradante.



Luego no es moral la disciplina; luego la disciplina puede existir con su lujo imponente y demás minuciosas exigencias, sin que en el fondo haya la menor moral. Hay más. La disciplina, siendo sola, aún puede ser funesta á la moral por el hecho mismo que parece suplirla, y que alucinado y contentándose con una exterioridad irreprensible las personas de luces superficiales, que son la mayor parte de los del dia, permite que el mal reine en paz para devorar sin oposicion ni resistencia los más preciosos dones de la naturaleza, muchas veces con los tesoros señalados de una maternal educacion.

Una institucion esencialmente moral es aquella en que se cuida de formar á los discípulos á la virtud con las más íntimas disposiciones del alma, más que de arreglar la conducta exterior, por la que se trata de embellecer el cuerpo y mancillar el corazon para delante de Dios; y más todavía que de aquello que honra ó compromete á los hombres. Aquella en que los discípulos aprendan á temer el vicio de cualquier color que sea, y mucho más por lo que en sí tiene de odioso, que por la correccion y castigos de institucion que ciertos actos tienen ya señalados. En donde, por último, el órden exterior y material bien establecido, no es más que producto y como un reflejo del órden que rige las almas más por una sumision dócil de la voluntad al cumplimiento de la ley del deber, que el de hacer lo que Dios nos manda. Luego, semejante institucion ¿cómo se ha formado así sinó por la educacion de la conciencia?

Por esto no se deben limitar á estas consideraciones puramente espirituales los otros motivos de emulacion é inclinacion para hacer el bien. No es ángel el hombre, y para gobernar su conciencia, y cautivar tanto como le sea posible las demás potencias del alma, es necesario llegar á ella y pasar por sus sentidos. Así pues, las inocentes glorias unidas al suceso, las plazas distinguidas acordadas al mérito, las recompensas distribuidas en prueba de satisfaccion, deben por su oposicion con las penas aplicadas á la pereza, y los castigos á la disciplina, servir de ayuda á las sérias consideraciones y directas exhortaciones que conducen á la virtud.

Prueban bastante estas coronas que no despreciamos tan preciosos auxiliares; pero deseamos que estos movimientos exteriores contribuyan siempre, indirectamente cuando ménos, á la educacion de la conciencia, y no tememos decir que, dirigidas en contrario sentido,

serian funestas. Nada hay á propósito que más deprave el concepto moral, que los premios ó castigos, la correccion ó incitaciones, aplicados de otro modo que el que determina el mérito real y los otros actos que son sus corolarios.

Por lo tanto, un preceptor que se indigne de alguna expresion de poco respeto para con él, y tímido para reprender severamente las palabras blasfemas contra Dios; que castigue inconsideradamente los pueriles movimientos de una juventud sin reflexion, y al mismo tiempo cierre los ojos sobre una conducta simulada y depravada; que desplegue energía en cosas pequeñas por la regularidad material, al paso que una criminal indiferencia sobre el cumplimiento de los deberes réligiosos, ¿no destruirá en un todo el órden que indica las reglas de una sana y recta conciencia, en particular de aquellas almas cristianas ciertamente?

Nos atrevemos á decir que la ternura filial no está siempre á cubierto de estos sensibles extravíos, aplaudiendo mucho más las acciones materiales, que el mérito de una sólida virtud. Con facilidad se consuelan de la afliccion que sufre la inocencia ó la fe, con tal que en esto mismo vean lo que alimenta la vanidad y la sonrisa de esperanzas de enriquecer y de fortuna.

Señores, no disimulemos que aquí van envueltos graves errores; y cuando se propagan hasta contaminar con ellos todo un pueblo, acarrean más tarde dolorosas convulsiones, de las que hoy dia somos testigos nosotros mismos y justamente cuidadosos. Tambien hay otra prueba de verdad, que lo que se siembra en la juventud es lo que se recoge en más madura edad; y por el movimiento impreso en la generacion adolescente, se determina el carácter de ésta cuando llega á la edad viril.

Luego, pues, ¿dónde estamos, señores? ¿En dónde está aquí el mundo social? ¿no oimos todos un prolongado gemido, especie de grito que atemoriza, de esa profunda inmoralidad que casi parece increible se ha propagado á todas las clases, y que aún se ha hecho el móvil universal para las más de las operaciones de alguna consideracion? ¿Cuál es precisamente el punto de tan profunda é incómoda moralidad? Este es, señores; que en todos los grados de la gerarquía social, y acaso en los más elevados, el único y solo interés consiste en un egoismo desmesurado y suceso material del suelo, que equivale á hacerse rico.

Hay, sin duda, hechos y proyectos loables, tan puros por sí mismos, como el fin á que se encaminan, y á nuestro alrededor habrá ejemplares que podríamos citar; pero, en general, que sean ó no legítimos y legales, premio de un verdadero mérito, ó que se violen sagrados derechos que contribuyan al bien público ó acarreen alguna calamidad, consiguiendo lo que se proponen, todo es bueno y nada les importa, suceda lo que quiera. Se olvidan de todo, de medios empleados, promesas aseguradas, y lo peor, se quebranta el juramento prestado sin temor ni pudor. Sobre puntos de moral no se tiene el menor cuidado, remordimiento, ni apariencia de inquietud. Se consigue lo que se pretende, y aquí se encierra todo.



¿Es posible que así se comprenda y se acepte por la mayor parte de las gentes del mundo? Hay, sí, mas en corto número, que sirven al Señor y se niegan á dar incienso á este nuevo Baal que llaman ÉXITO, gimen y se compadecen de este culto profano del derecho al hecho; pero tambien es cierto, que aquellos que componen el gran número, no ven, ni desean, ni prosiguen, ni adoran sinó una sola cosa, esto es, satisfacer y saciarse con los personales y materiales intereses.

Siempre fué el egoismo la grande tentacion de la frágil y humana naturaleza; pero tentacion de las personas y no tendencia general de la sociedad arrebatada y toda furiosa, que se mueve por una fuerza de inevitable disolucion. Hoy mismo, ¿no se ve que tiende hasta naturalizarse con las costumbres públicas? ¿No se le ve que sin empacho ni rubor domina é influye en las más graves cuestiones, intereses generales, y en la decision de la suerte futura del país? Aquellos mismos que más le afean, con frecuencia son los más arrojados á autorizarle y legitimarle con hechos escandalosos. Y con un pueblo tan concienzudo como es el nuestro, que debiera encontrar su tranquilidad y seguridad en sus instituciones; ¿no es de ellas de dónde sale este movimiento ascendiente que le causan los más profundos y dolorosos trastornos? Sobre todo, ¿no es por aquí por donde recibe el pestífero tósigo del egoismo que circula por todas sus venas, y conforme á la palabra de la Escritura, le tienen enfermo y doliente, desde el vértice de la cabeza á la extremidad de los piés? *A planta pedis usque ad verticem, non est in eo sanitas* (ISAI. I, 6).

Señores, no abusaremos de la ventaja triste que nos ofrece en nuestras opiniones conocidas ese lamentable estado de los pueblos. Tampoco indagaremos en saber si esta depravacion profunda de la generacion que hoy reina sobre las familias y toda la sociedad, será ó no el desarrollo simple del gérmen depositado en la educacion que se ha recibido; pero, hablando en general y rechazando toda idea de aplicacion particular, diré solamente, que sea lo que sea, una educacion en la que la conciencia no esté constantemente en primer lugar, ó que solo las cualidades que distinguen y lisonjean serán las esti-

madas, estimuladas y recompensadas; que la virtud que, por lo mismo que santifica, moraliza, no alcance más que desden y olvido, ó se disfrace quizá con el aparato de algun elogio y cuidado de pura forma, diré, repito, que semejante educacion, si llegase á generalizarse en la nacion, seria indispensablemente como la sociedad de que acabo de trazar, aunque imperfectamente el bosquejo amenazador, y en la que no hay pudor, ni vergüenza, ni remordimiento, porque no hay conciencia y tampoco principio que sirva de base.

Para nosotros tiene una conviccion de tal manera profunda, y á nuestro modo de ver, la sociedad una necesidad tan grande, que todos nuestros esfuerzos los dirigimos á que esta verdad se inculque y haga prevalecer por todas partes en donde nuestra influencia pueda y deba ejercer. Cualquiera que sea el respeto y la aficion que profesamos á las ciencias, letras y artes, desaparece en presencia del mérito de las sanas costumbres, y el premio debido á la virtud. Cuando se trata de purificar, fortificar y preservar las conciencias, no hay sacrificio á que no estemos dispuestos, por grande que sea.

En nuestras casas de enseñanza, se ven frecuentemente individuos distinguidos, y son virtuosos al mismo tiempo, porque nada hay más ventajoso á la inteligencia que la calma interior de un alma pura. Si sucediera que un jóven meritorio en sus cursos no estuviese seguro en su conducta, y por otra parte muy exacto en lo general de la disciplina, diese sérias inquietudes por sus actos privados y secretas relaciones, y que no obstante el mucho cuidado de paciencia y paternidad, no volviera á la práctica que exigen la conciencia y vida virtuosa, fuese un prodigio de inteligencia y capacidad, leereis en las memorias de esta tal casa, que un discípulo como el que acabais de oir su panegírico, no puede continuar en ella; y teniendo en consideracion el respeto que se debe á su familia, ó á él mismo por su porvenir, le despedimos para siempre de este modesto recinto, y sin sentimiento de su ausencia se reserva á los otros el goce de complacerse de sus talentos, y procurarse sus ventajas dadas á la sociedad. Por lo demás, es menester no forjarse ilusiones. No es este género de sacrificio el que solo exige la séria educacion y la sinceridad de la conciencia. Humanamente, nada hay para este ministerio que sea ni más ingrato ni más espinoso.

2. No es mi intencion por esto de perjudicar en lo más mínimo al mérito de aquellos que se dedican á la instruccion; estoy muy léjos de eso, sobre todo teniendo tanto motivo de congratularme del celo y talento de los distinguidos profesores que nos rodean. Es menester confesar, sin embargo, que no dirigiéndose un profesor más que á la



inteligencia, no tiene otro cuidado que el de fijar y llamar la atencion de la juventud curiosa por casos que, por lo comun, son de naturaleza para cautivarla. Su leccion ó clase concluye, queda sin responsabilidad en su vida privada, disfrutando de las delicias de un estudio pacífico y solitario. No así para el director á quien incumbe la obligacion de vigilar y celar la conducta de discípulos y otros, y como tal, su tarea es contínua y no tiene término. Nada se hace ni pasa que sobre é no pese la responsabilidad. El silencio, estudio, agitacion indispensable de la ruidosa recreacion, los desahogos alegres en los paseos, la quietud y peligros de la noche, y otras mil atenciones, están sujetas á sus funciones.

Aquí no se habla sinó de los cuidados generales, y éstos están distantes aún de bastar para la educacion de la conciencia. Cada discípulo necesita una atencion particular; avivar la dejadez de unos, moderar la vivacidad de otros, animar á los indiferentes, y dar energía á los de alma sensitiva, y todo por modos en sí distintos. Se debe alcanzar el respeto de todos y ganar la confianza de cada uno, á fin de añadir á las recomendaciones ciertos avisos personales, que despues de íntimas confidencias se comunican en secreto, y sin estragar, humillar ni intimidar el alma, penetran y la depositan como un preservativo poderoso contra las inclinaciones temibles de la naturaleza ó costumbre adquirida.

Pregunto ahora, señores, ¿quién querrá resignarse, sacrificarse y sujetarse, no de palabra, sinó por obra; no por un solo dia, sinó para siempre, á tan increible trabajo, no siendo el que conoce, comprende y aprecia el premio de las conciencias? Mucho más porque es un ministerio tan ingrato como penoso, dejando aparte uno de los mayores cumplido. No hay socorro en este cargo, ni por los alumnos que se contristan viéndose atacados en sus inclinaciones dominantes, ni de parte de las familias, porque se cuidan poco de esta perfeccion interior, ni del mundo, porque ignora cuanto cuesta conservar la inocencia en el corazon de los jóvenes.

Hagámosles, pues, justicia. Realmente no hay más que los hombres concienzudos que quieren y pueden ocuparse de las conciencias; y en este punto apénas si hay más que aquellos de una fe viva, porque en ella está el precio efectivo, segun dice S. Pablo: un valor sustancial á las cosas invisibles. *Fides est sperandarum susbtantia rerum, argumentum non apparentium* (Hebr. xi, 1). Y en efecto; ¿qué hay sobre la tierra fuera de la fe católica que no sea bienes perecederos, motivos insignificantes y consideraciones de poca importancia? ¿Qué haria un maestro sin el auxilio firme de una fe clara y predo-

minante? Se reduciria á lo exterior, y como ya se ha dicho, haria, no la educacion, sinó la disciplina. Se ha conocido que en último caso, con la energía y destreza, bastaria la disciplina para dar á una institucion aquel aspecto imponente que le grangearia felicitaciones, estimacion y crédito honroso. Pero de nuevo repito, que nosotros no entendemos así los deberes respecto á la juventud.

Conoceis, señores, la definicion del hombre justo, que atrajo á Euclides, poeta, los aplausos de toda la asamblea ateniense: «No quiere parecer justo: quiere serlo.» Es Arístides á quien aludia el actor bajo el velo de un figurado personaje, que todo el pueblo comprendió al momento.

Señores, triste mérito de los cristianos el ponerle en paralelo con la moral pagana. Sin tener la menor vanidad podemos, pues, aplicar á nuestras obras de educacion católica la máxima que el poeta Eleusis proclamó, hace más de dos mil años en un teatro profano, si queremos, no que nuestros alumnos parezcan virtuosos, sinó que lo sean realmente. Y ciertamente, ¿no tenemos tambien en el simple querer así motivos más poderosos que los del mundo?

Sin la menor duda, la interior y real virtud, y virtud de conciencia, es la primera necesidad y deber del hombre considerado en su misma y pasajera vida sobre la tierra. Si no tiene virtud más que en apariencia, está en guerra abierta consigo mismo, sin estarlo totalmente con todo el género humano. ¿Esta presente vida encierra toda nuestra suerte? ¿Es más que como una avenida de la vida verdadera? Como dice la Escritura, ¿no somos los hijos y coherederos de los santos? Luego no es la apariencia de la virtud, sinó solo su realidad que hace los santos. ¿Por qué, pues, admirarse de nuestros principios absolutos por la educacion de la conciencia, y de la repugnancia invencible de todo sistema de educacion que no tenga por base y fundamento la conciencia?

¿Es porque es vana la fe cristiana, ó porque su sacerdocio es un impostor? Qué! ¿la vida eterna no es el objeto único de nuestros desvelos, y el de nuestro santo ministerio la salvacion de las almas? Y este soberano bien ¿puede alcanzarse de otro modo distinto que por una conciencia pura y la simplicidad de la verdadera virtud?

Se dice que los hombres ven lo que parece material, pero Dios ve los corazones: *Homo videt ea quæ parent, Deus autem intuitur cor* (I Reg. xvi, 7); y así, despues de esta mirada con que excudriña las almas, distribuye sus gracias en esta vida y la gloria en la otra. Pues bien, tambien nosotros, en cuanto nos permite hacer nuestra flaca naturaleza, con el auxilio divino observamos los corazones, dirigimos



las almas y establecemos en ellas el gusto recto, las sanas costumbres y el imperio de la virtud. Si por simple excepcion se cometiese algun acto vicioso en un asilo de inocencia, entre cuantos le habitan no se veria sinó que un movimiento espontáneo, y se oiria una voz general de vituperio para afearle y detestarle. Algunas veces se ha elogiado imprudentemente á no sé qué empeño solidario, por el cual los alumnos de un mismo establecimiento se prometian sostener recíprocamente cualquiera que fuese su falta, y á esta conducta han querido distinguirla con el título de lealtad y delicadeza.

No tememos decirlo: hay en esto una inmoralidad muy culpable; y una institucion en la que se mantenga en vigor un acto tan criminal á Dios, se perderá la educacion y se perderá la casa. Jamás debe estimularse la delacion; al contrario, es preciso prohibirla y castigarla, y enseñar á los jóvenes á no juzgar de los defectos de sus condiscípulos sinó con prudencia é indulgencia. No quiere decir esto que pueda y deba juzgar bien de cuanto vea hacer indistintamente, y que confunda por la misma razon la franqueza con la mentira, el desórden con la disciplina subordinada, la inocencia con el delito y la virtud con el vicio.

Señores, no nos abstendremos de calificar esta conducta con la severidad que merece. Bastará repetir por tercera vez, que no es así como entendemos la educacion. Sépase por todo el mundo: si en cualquier tiempo nos sorprendiera el menor incidente de semejantes hechos, inmediatamente se destruyeran, porque sin titubear ni vacilar se despediria de la casa aquel que osara propagar principios tan detestables. Queremos que la cara juventud no tenga ni conozca más amistad que aquella cuyo principio es el amor de Dios, su divina ley la regla, y la santa union su último fin. Queremos que, léjos de ligarse á personas hasta el punto de desconocer sus defectos, se esfuercen en resistir á la influencia que pueden ejercer sobre ellos sus malos ejemplos, de cualquiera especie que sean, y más tarde puedan distinguir de cerca el cuadro triste del mundo sin conmoverse ni contaminarse por sus escándalos, seducidos con sus discursos, ni dejarse arrastrar por el torrente de las malas costumbres.

Con efecto, para precaverse y que no se arrojen á tan sensibles caos, es menester que en sí mismos tengan un contrapeso más poderoso, y que el amor propio de su deber sea más eficaz en su voluntad que los atractivos ilícitos y los incentivos del humano interés. Para esto, señores, basta que la vista divina que penetra en lo más íntimo, obre en ellos con más fuerza que las miras de las criaturas y otras consideraciones, que viene á ser lo mismo, que tener una sana y

buena conciencia. Y esto es justamente, caros jóvenes, lo que con fervor pedimos al Autor de todo bien para vuestro presente y venidero. No queda duda: todos os alistareis en esta milicia santa, en la que se está siempre en guerra permanente contra los enemigos de la conciencia. En donde quiera que la divina Providencia os coloque, sea cualquiera vuestra profesion y estado, tened una conciencia pura, sencillez y realidad todo interior, á fin de no aparentar exteriormente la virtud que no poseeis, y así os asegurareis la eterna salvacion; y despues de vivir felices en la tierra, lo sereis igualmente en la otra vida, gozando de una vida y gloria inmortal.

Persuadios además, que para manteneros con fidelidad y perseverar, os costará combatir sin un momento de reposo. No sucede como en lo mundano, que se premia el fraude y se ve desgraciadamente triunfante la tranquilidad en una paz aparente. Si constantes y firmes en los sanos principios y rectas costumbres que os han sido comunicados con la educacion cristiana, preferireis en efecto perseverar en la conciencia arreglada, que está íntimamente unida á las dulzuras deliciosas de infalible y santa esperanza, despreciando con cristiano desdén esas compañías vergonzosas, de quienes su galardon siempre es la culpa y su paz engañosa, incierta y de apariencia. Para nosotros, hijos mios, y no lo repetiremos bastante, aquí está cimentado el bien sólido á que se dirigen nuestros esfuerzos para asegurárosle. Si somos tan dichosos en participaros tanto y tan gran beneficio en medio de una época medrosa de su misma corrupcion, que formemos tantos católicos sinceros como tenemos de discípulos, nos convenceremos de que servimos con celo la religion, y de que á la pátria prestamos un servicio sin comparacion el mayor que podemos hacerla.

---

# COSTUMBRES.

## (LA CORRUPCION DE LAS)

*Videte itaque, fratres, quomodo cauté ambulatis..... quoniam dies mali sunt.*

Mirad, pues, hermanos, que andeis con gran circunspeccion..... porque los dias son malos.

(EPHES. v, 15, 16.)

Si hubo jamás un siglo al que pudiesen aplicarse con toda propiedad las palabras del Apóstol, ese es sin duda el nuestro. Porque ¡qué relajacion! ¡qué corrupcion! ¡qué escándalos por todas partes! El Cristianismo parece haber desaparecido con los cristianos que nos han precedido. Contamos ya diez y ocho siglos desde su establecimiento hasta nosotros, y podemos decir que han sido otros tantos escalones por los que han venido descendiendo los cristianos de la virtud y fervor de nuestros padres. Una fe casi extinguida, y una caridad resfriada ó apagada, no ofrecen á nuestros ojos más que cristianos sin alma y sin vida. Los dias están oscurecidos por los nublados del vicio y por las tinieblas del error. Son dias malos. *Dies mali sunt.*

Toda carne ha corrompido su camino, y apénas hay quien no lleve sobre su frente la palidez de la maldad y del crímen. Las calles y las plazas no resuenan sinó los elogios del placer, ni presentan á la vista más que espectáculos de lujo y lujuria. La bondad, que fué en otro tiempo el carácter y el mérito de nuestros antepasados, es mirada hoy como flaqueza de espíritu; el candor como estupidez; la verdad como imprudencia, y la piedad como supersticion. La malicia, creciendo con la edad, corrompe todas las condiciones y todas las personas. Son dias malos. *Dies mali sunt.*

En vista de tantos vicios, ¿en qué escalon, en qué hondura de corrupcion nos encontramos en el dia? Yo lo diré, y esto será todo el asunto de mi discurso. Compararé los primeros tiempos del Cristianismo con los nuestros, y esta comparacion nos hará conocer el escalon y la hondura en que nos hallamos y el peligro que corremos de anegarnos. Podrá ser que esa multitud de cristianos, que con tanta serenidad esperan ser admitidos en el cielo, despues de una vida tan

buena conciencia. Y esto es justamente, caros jóvenes, lo que con fervor pedimos al Autor de todo bien para vuestro presente y venidero. No queda duda: todos os alistareis en esta milicia santa, en la que se está siempre en guerra permanente contra los enemigos de la conciencia. En donde quiera que la divina Providencia os coloque, sea cualquiera vuestra profesion y estado, tened una conciencia pura, sencillez y realidad todo interior, á fin de no aparentar exteriormente la virtud que no poseeis, y así os asegurareis la eterna salvacion; y despues de vivir felices en la tierra, lo sereis igualmente en la otra vida, gozando de una vida y gloria inmortal.

Persuadios además, que para manteneros con fidelidad y perseverar, os costará combatir sin un momento de reposo. No sucede como en lo mundano, que se premia el fraude y se ve desgraciadamente triunfante la tranquilidad en una paz aparente. Si constantes y firmes en los sanos principios y rectas costumbres que os han sido comunicados con la educacion cristiana, preferireis en efecto perseverar en la conciencia arreglada, que está íntimamente unida á las dulzuras deliciosas de infalible y santa esperanza, despreciando con cristiano desdén esas compañías vergonzosas, de quienes su galardon siempre es la culpa y su paz engañosa, incierta y de apariencia. Para nosotros, hijos mios, y no lo repetiremos bastante, aquí está cimentado el bien sólido á que se dirigen nuestros esfuerzos para asegurárosle. Si somos tan dichosos en participaros tanto y tan gran beneficio en medio de una época medrosa de su misma corrupcion, que formemos tantos católicos sinceros como tenemos de discípulos, nos convenceremos de que servimos con celo la religion, y de que á la pátria prestamos un servicio sin comparacion el mayor que podemos hacerla.

---

# COSTUMBRES.

## (LA CORRUPCION DE LAS)

*Videte itaque, fratres, quomodo cauté ambulatis..... quoniam dies mali sunt.*

Mirad, pues, hermanos, que andeis con gran circunspeccion..... porque los dias son malos.

(EPHES. v, 15, 16.)

Si hubo jamás un siglo al que pudiesen aplicarse con toda propiedad las palabras del Apóstol, ese es sin duda el nuestro. Porque ¡qué relajacion! ¡qué corrupcion! ¡qué escándalos por todas partes! El Cristianismo parece haber desaparecido con los cristianos que nos han precedido. Contamos ya diez y ocho siglos desde su establecimiento hasta nosotros, y podemos decir que han sido otros tantos escalones por los que han venido descendiendo los cristianos de la virtud y fervor de nuestros padres. Una fe casi extinguida, y una caridad resfriada ó apagada, no ofrecen á nuestros ojos más que cristianos sin alma y sin vida. Los dias están oscurecidos por los nublados del vicio y por las tinieblas del error. Son dias malos. *Dies mali sunt.*

Toda carne ha corrompido su camino, y apénas hay quien no lleve sobre su frente la palidez de la maldad y del crímen. Las calles y las plazas no resuenan sinó los elogios del placer, ni presentan á la vista más que espectáculos de lujo y lujuria. La bondad, que fué en otro tiempo el carácter y el mérito de nuestros antepasados, es mirada hoy como flaqueza de espíritu; el candor como estupidez; la verdad como imprudencia, y la piedad como supersticion. La malicia, creciendo con la edad, corrompe todas las condiciones y todas las personas. Son dias malos. *Dies mali sunt.*

En vista de tantos vicios, ¿en qué escalon, en qué hondura de corrupcion nos encontramos en el dia? Yo lo diré, y esto será todo el asunto de mi discurso. Compararé los primeros tiempos del Cristianismo con los nuestros, y esta comparacion nos hará conocer el escalon y la hondura en que nos hallamos y el peligro que corremos de anegarnos. Podrá ser que esa multitud de cristianos, que con tanta serenidad esperan ser admitidos en el cielo, despues de una vida tan

perdida; podrá ser, repito, que al ver el camino que han llevado los justos y compararle con el que llevan ellos, salgan de su funesto error y muden de vida. Este es todo mi intento y mi deseo. Si no lo consigo, á lo ménos lograré que se vea reprobada en esta cátedra del Espíritu Santo esa corrupcion, que, á fuer de general, parece que quiere prescribir contra los preceptos y las virtudes, y aún contra la religion misma.

Señor, comunicad tal energía y eficacia á mis palabras que, presentando nuestro lastimoso estado con los colores que le son propios, hagan que le detestemos, y emprendamos una vida verdaderamente cristiana. Este es el favor que os pedimos por la intercesion de la Santísima Vírgen. A. M.

1. Cristianos, es por desgracia una verdad, que nosotros deshonramos el Cristianismo con nuestras malas costumbres, y que, semejantes á aquellas plantas que con el trascurso del tiempo han degenerado, no producimos sinó frutos amargos de corrupcion. Es una verdad, que todos los siglos que han corrido desde los hermosos dias de la Iglesia hasta nosotros, han venido á producir esta generacion perversa, de la que nosotros formamos parte, y que el misterio de la iniquidad, pronosticado por S. Pablo, se ve cumplido en nosotros de una manera espantosa. Es, en fin, una verdad, que nosotros, segun nuestras costumbres, no somos cristianos sinó en el nombre; cristianos que á los ojos del mundo parece que vivimos, y que á los ojos de Dios estamos realmente muertos, siendo nuestra situacion tanto más peligrosa y sensible, cuanto ménos la sentimos. No, católicos, no hay porque disimularlo. Nuestras costumbres son tan diferentes de las de los primitivos cristianos, que podria pensarse al verlas, que nosotros seguimos una religion distinta de la suya, ó que ellos tuvieron una religion distinta de la nuestra. Sí, cristianos, vosotros no podriais dejar de confesar esto, si un mundo que os atolondra, y algunas obras exteriores de piedad que os consuelan, no os adormeciesen en una seguridad funesta.

Mas para convenceros de la diferencia de sus costumbres y sentimientos de religion, acordaos de sus tiempos y comparadlos con los nuestros. *Rememoramini pristinos dies.* Acordaos de aquellos dias felices, en que la fe, aún récien nacida, formaba tantos valerosos mártires, tantos penitentes austeros, tantas vírgenes puras, tantos pastores celosos, tantos ministros fieles... *Rememoramini.* Acordaos de aquellos hermosos siglos, en que la Iglesia, inflamada por el fuego del Espíritu Santo, brillaba con un resplandor celestial y era, en medio de las persecuciones, las hogueras y los cadalsos, un espectáculo de admiracion para el mundo, para los ángeles y para los hombres. *Rememoramini.* Acordaos de aquellos dias gloriosos, en que el Cristianismo no contaba sinó santos en su número, en que sus más frágiles vasos eran más fuertes que toda la fuerza del siglo, y en que la fe de los sencillos formaba aquellos verdaderos sábios, que toda la filosofía del mundo no habia podido más que idear y prometer. *Rememoramini.* Acordaos de aquellos tiempos, en que la santidad de las costumbres era la señal por donde se distinguen los cristianos de todos los demás hombres. Acordaos, mis amados, de aquellos felices tiempos, en que la fe de los cristianos se sobreponia á todos los reveses de la vida, y les hacia desear con ansia el martirio. Acordaos de aquellos dichosos tiempos, y venid á compararlos con los nuestros. ¡Oh Dios mio! ¡Qué comparacion tan lastimosa y terrible!



Subid sobre las alturas que dominan nuestras poblaciones y echad una ojeada sobre los cristianos que las ocupan. Pero ¡qué vereis en ellas! Vereis *cristianos activos*, que se mueven, que se cruzan por todas partes, que se saludan, que tratan de todos los negocios, excepto el de su salvacion, que es su único negocio. Vereis *cristianos ociosos*, que gastan en su enfadoso círculo de visitas, cumplimientos, adulaciones... en bagatelas, si ya no es en cosas peores, un tiempo preciosísimo, que solo se les ha concedido para merecer el reino de los cielos. Vereis *cristianos avarientos*, que no cuentan con otros bienes, que los materiales de este mundo, ni tienen otro Dios que su tesoro. Vereis *cristianos ambiciosos*, que cometen las mayores ruindades y vilezas, y se valen de los medios más indignos para abalanzarse á un puesto ó un empleo que jamás deben ocupar. Vereis *cristianos escandalosos*, que pueblan al aire de maldiciones, juramentos, desvergüenzas y de horrorosas blasfemias. Vereis *cristianos libertinos*, que no contentos con su corrupcion, buscan por todas partes ocasiones de corromper á los demás, haciendo en esto un comercio de abominacion, como dice San Cipriano, y un oficio de demonios. Vereis... ¡pero qué no vereis en tiempos tan corrompidos! Vereis como el profeta Oseas en los dias malos de Israel, que la maldicion, la mentira, el homicidio, el hurto y el adulterio todo lo han inundado. *Maledictum, et mendacium, et homicidium, et furtum, et adulterium inundaverunt.*

Comparad, ahora, católicos, aquella santidad del Cristianismo con esta corrupcion del Cristianismo. Comparad tiempos con tiempos y no podreis dejar de afligiros; no podreis dejar de llorar sobre la corrupcion de nuestros dias; no podreis dejar de temer vuestra perdicion viviendo en tiempos tan perdidos; porque no ocupan ya (vosotros

veis y lo palpais) no ocupan ya á los cristianos aquellas conversaciones, aquellas relaciones tiernas que, recordando las misericordias de un Dios, humillado hasta la muerte para darnos la vida, les hacian derramar copiosas lágrimas de ternura y agradecimiento: ocúpanles, al contrario, conversaciones amargas y relaciones criminales que derraman la deshonra y la infamia sobre las familias. No son ya discursos inocentes los que ocupan á los cristianos y hacen amables las reuniones: son murmuraciones sangrientas; son odios envejecidos; son calumnias meditadas que, en expresion de S. Jerónimo, matan á los que las dicen y á los que las escuchan: no son ya diversiones saludables que la aplicacion al trabajo ó al estudio hacen necesarias: son juegos perniciosos que roban el tiempo á las obligaciones: son juegos escandalosos que destierran la paz de las casas, que arruinan las familias y que ocasionan más de una vez el homicidio, el suicidio y tambien el parricidio: no son ya comidas sencillas y caritativas en las que tiene su parte la indigencia: son comidas delicadas y costosas con las que se regala el rico, miéntras que el pobre muere de hambre, y pasa á la eternidad á quejarse de sus desapiadadas entrañas: no son ya lecturas piadosas las que ocupan á los cristianos: no son aquellas lecturas que ilustran el entendimiento y purifican el corazon; son lecturas impías; son lecturas paganas; son lecturas abominables, que extinguen la fe, que ultrajan la divinidad y que derraman sobre las almas un soplo de muerte.

¡Oh Dios mio! ¡No era bastante desgracia, que hubiésemos caido del fervor de los primitivos cristianos, sin pasar á entregarnos á una conducta pagana, irreligiosa é impía! ¡No era bastante desgracia que fuésemos malos cristianos, sin venir á ser los más perversos de cuantos nos han precedido! Porque, católicos; ¿cuándo se vió en el Cristianismo esa inmoralidad pública, esa desvergüenza general, ese impudor sorprendente que estamos viendo en el dia? ¿Cuándo se oyó jamás en él, un lenguaje tan soez, tan asqueroso y obsceno? Cuantas palabras torpes ha inventado la lujuria ó encontrado la lascivia, tantas se oyen sin cesar por todas partes; y aquellos dichos escandalosos, que en otros tiempos apénas salian de la boca de un rufian ó una ramera, se han hecho ya comunes hasta á los niños. ¿Cuándo se oyeron, ni aún entre las naciones que adoraban dioses falsos, esas horribles blasfemias, á las que nada puede añadirse ya de más horrible; esas blasfemias, que erizan los cabellos, que hacen retemblar los oidos, que estremecen el corazon y espantan el alma? ¿Esas blasfemias, que son el anuncio más terrible de la extincion de la fe y de la ausencia de una religion cuya santidad no puede sufrirlas?



Ministros del Señor, cristiano y piadoso auditorio, redoblad, multiplicad vuestras súplicas para alcanzar del Señor que disipe este torrente de delitos que todo lo inunda, y que remedie esta inmensidad de males, que todo lo destruye, acaba y consume; porque, amados de mi alma, ¿á dónde vamos á parar si Dios no lo remedia? En el dia, la impiedad ha dejado ya caer la máscara, los libertinos dan el tono y la ley, los jóvenes blasfeman de lo que ignoran, y en las concurrencias de un mundo tan corrompido, hasta los buenos cristianos se avergüenzan de parecerlo. En el dia, la modestia, esta virtud tan alabada en los libros santos, es un objeto de burla entre la turba de los impíos; y la castidad, que fué siempre la virtud de los sábios, es un objeto de oprobio para una multitud de nécios que la prostituyen á sus infames pasiones. En el dia, ¡qué asombro de corrupcion! En el dia, se estudia la voluptuosidad por principios, y cristianos desalmados se entregan á ella con un género de delirio. En el dia, no se aprenden con empeño sinó las que llaman bellas lletras y bellas artes, cuyo abuso contribuye tan terriblemente á fomentar el lujo y á corromper las costumbres. En el dia, los signos del paganismo se sustituyen á los de la religion, y las estátuas y pinturas de los dioses ocupan los lugares de la Cruz y del Crucificado. En el dia, no se estudian sinó esas ciencias naturales, que no piden Cristianismo, y que se componen muy bien con el estado de pagano. En el dia, la ciencia del hombre Dios crucificado, que es toda la ciencia del cristiano, se mira como una ciencia vieja y gótica que no es del dia. ¡Qué blasfemia! ¿Y á dónde pueden conducirnos tan funestos antecedentes, sinó á la extincion de la fe y á la pérdida de la religion? ¡Qué desgracia! ¡Qué abismo!

2. Pero lo que pone el colmo á la corrupcion de nuestro siglo es su carácter de *incorregible*. En los siglos pasados habia corrupcion, y, á la vez, grande corrupcion, pero generalmente era solo en la voluntad, porque el entendimiento no se habia corrompido; mas en nuestro desdichado siglo tambien el entendimiento se ha corrompido, y siendo el orgullo el hijo predilecto de un entendimiento corrompido, el orgullo se ha hecho el vicio dominante de nuestro siglo. Así es que jamás se vió entre nosotros tanta altanería y fiereza como en el dia. Nosotros hemos saltado las barreras de la sencillez cristiana, y de aquí nace ese espíritu de soberbia que nos domina, y esa resistencia á someternos al santo yugo del Evangelio. En el dia, las prácticas de la religion parece que no convienen á ciertas personas, y que arrodillarse á los piés de un confesor implorando la misericordia de Dios, y recibir el Cuerpo adorable de Jesucristo es una vulgaridad. ¡Qué blasfemia!

Pero no hay que admirarse. Son productos naturales del orgullo. Es preciso, pues, confesar, que entre los vicios que se oponen á las prácticas del Cristianismo no le hay más terrible que el orgullo, ni más difícil de remediar. Como el orgullo excita contínuamente la rebeldía del espíritu, hace rebelde é indócil á todo lo que él domina. Por eso las instrucciones cristianas nada pueden sobre el orgulloso. El las desprecia, las rechaza y persevera en su orgullo.

Y ved aquí, católicos, lo que pone el colmo á la corrupcion de nuestro siglo; ved aquí lo que le hace incorregible. Por más que nosotros, los predicadores, tronando desde los púlpitos, hagamos resonar las terribles amenazas de un Dios vengador, todo lo que decimos no hace impresion alguna en los espíritus orgullosos. Mas tened entendido, almas soberbias, que en tanto es uno cristiano, en cuanto es humilde.

San Agustin, despues de haber preguntado muchas veces cuál es la virtud fundamental del Cristianismo, responde siempre: que es la humildad, porque, en efecto, no hay virtud en el hombre que no es humilde. Jesucristo se gloría, dice S. Bernardo, de ser humilde y manso de corazon para enseñarnos, que el cristiano no debe conocer otra gloria que la de ser humilde; pero nuestro desdichado siglo, por un refinamiento de orgullo, ha trastornado todas las ideas. No se trata ya sinó de admirar y alabar todo lo que favorece á la vanidad, y de despreciar y burlarse de todo lo que respira humildad. En el dia hay un fausto en el corazon como en el vestido, y en los pensamientos como en las palabras; y el lujo que vemos exteriormente por todas partes, no es sinó la señal del orgullo que reina interiormente en todos los espíritus.

En vista de esto, no nos admiremos ya, católicos, de que la pobreza sea mirada como un objeto que espanta, de que el hermano rico se avergüenze de ver ó encontrar con su hermano pobre... No nos admiremos de que la riqueza sea el Dios que se adora, y por la que se sacrifica el tiempo, el reposo y el alma. No nos admiremos de que se hagan tantos esfuerzos por presentar á la vista todo lo que puede deslumbrar el entendimiento y fascinar los sentidos, por procurarse hombres de valer que les consigan empleos, por venir á ser en medio de sus conciudadanos un personaje importante... No nos admiremos, en fin, de que se procuren así en las ciudades como en las granjas las habitaciones más voluptuosas y magníficas, ni de que se cubran y carguen las mesas de los manjares más raros y costosos, y de los licores y vinos más exquisitos, porque el orgullo conduce á todos estos excesos y desórdenes; y lo más terrible aquí, es que el orgullo-



so no los tiene por tales; porque el orgullo se parece á esas enfermedades que no se pueden curar á causa de que los enfermos se creen con perfecta salud.

Yo todo lo espero, dice S. Cipriano, de un pecador que se humilla, pero nada espero de un pecador orgulloso. Nabucodonosor no fué convertido en bestia sinó para que aprendiese que el Señor detesta al hombre soberbio; y Jesucristo, que perdonó á la humilde mujer sorprendida en adulterio, no perdonó, ántes maldijo á los Escribas y Fariseos como á una raza de orgullosos. La vanidad que se apodera del hombre es tanto más criminal, dice S. Agustin, cuanto nada hay en nosotros que nos la pueda inspirar. La bajeza de nuestro orígen, la corrupcion de nuestro corazon, la flaqueza de nuestro espíritu, la incertidumbre de nuestro destino eterno, son otras tantas miserias que deben humillarnos, abatirnos y anonadarnos. Esto no obstante, somos vanos y soberbios, y consiste en que nuestro amor propio no nos deja conocernos; pues á poco que reflexionásemos, nos veríamos colocados, en cualidad de pecadores, más abajo de las bestias.

¿Qué tienes tú que no hayas recibido? dice S. Pablo, y si lo has recibido ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? Esta verdad que hacia tan humildes y agradecidos á los primeros cristianos, ninguna impresion hace en el dia. El siglo es tan perverso y el mundo se halla tan poseido de la soberbia y el orgullo, que no es posible atraerle á sus deberes. Si se le habla de la sencillez de nuestros padres, la trata de rusticidad. Si se le recomienda la humildad, la mira como una virtud que no conviene á los espíritus fuertes. Si se le predica que haga penitencia, responde: ó que no la necesita, ó que eso no está con los usos del siglo. ¡Tiempos perversos! ¡Siglo incorregible! ¡Siglo, cuya corrupcion, por su carácter de incorregible, pone el colmo á la corrupcion de todos los siglos del Cristianismo que le han precedido!

¡Cristianos de los primeros tiempos! vosotros que no sabiais otra ciencia que Jesucristo crucificado, ni teniais otro placer que meditar su Evangelio y cumplirle, levantaos contra esta generacion perversa que se atreve á usurpar vuestro venerable nombre y á vivir sin vuestra ciencia y costumbres. ¡Apóstoles de Jesucristo! venid á encender de nuevo aquel fuego divino que vuestro soberano Maestro vino á traer á la tierra y en el que quiso que ardiera. Venid á predicar otra vez el Evangelio eterno á un Cristianismo pagano. Venid á derribar otra vez los ídolos, no ya de madera ó de piedra, sinó de carne y de sangre. Venid á derribar los ídolos que adoran las pasiones. Venid á mudar las costumbres corrompidas de los cristianos; porque en el dia no bastan

predicadores ordinarios; en el dia se necesitan predicadores extraordinarios; se necesitan predicadores de quienes se haya apoderado el Espíritu del Cenáculo; se necesitan apóstoles; se necesitan Pedros, que asombren con sus discursos y conviertan con sus prodigios á la multitud de paganos y malos cristianos que ocupan nuestras ciudades y pueblos. Se necesitan Pablos, que con la vehemencia de su celo obliguen á los cristianos del dia, como en otro tiempo á los de Efeso, á presentar en plaza pública esa multitud de libros abominables que han trastornado y trastornan la fe de muchos, y corrompido y corrompen las costumbres de casi todos. ¡Ah! Una hoguera, mil hogueras, formadas de ellos en medio de las plazas y cuyas llamas subiesen hasta el cielo, llevarian á la presencia del Altísimo un olor de suavidad que aplacaria su ira tan justamente irritada contra nosotros, y nos atraerian mil riquezas de fe y de religion, y mil bendiciones de paz y de consuelo. En el dia, repito, se necesitan predicadores extraordinarios, se necesitan Boanerges, hijos del trueno, que llenen de terror y de espanto á esas almas insensatas que caminan, como víctimas engalanadas y con los ojos vendados, á sepultarse en el infierno: porque, católicos, nos hemos alejado ya tanto del camino que llevaron los primitivos cristianos, hemos bajado tantos escalones y dado tantos pasos en el camino de la relajacion, y nos hallamos tan sumergidos en el cenagoso y corrompido mar de los vicios, que solamente apóstoles, ó predicadores, poseidos del espíritu de los apóstoles, parece que pueden sacarnos de este podrido abismo.

Terrible es, cristianos, el estado en que nos hallamos, espantosa la corrupcion de nuestro siglo. Lo habeis oido y por desgracia no sobran sinó hechos para probarlo. ¿Qué nos resta pues que hacer, mis amados? Eso es muy claro. Que cada uno de nosotros enmendemos nuestra vida. Los que se hayan arrojado al espantoso mar de los errores, acogiéndose á la nave de la Iglesia, fuera de la cual no hay vida eterna; y los que se hayan dejado arrastrar del asqueroso torrente de los vicios, asiéndose para salir y librarse de él á la tabla de la penitencia, sin la cual tampoco hay para ellos vida eterna.

¡Dios de las misericordias! Vos, Señor, veis nuestro lastimoso estado; compadeceos de nosotros. Enviad sobre los ministros de vuestra Esposa la Iglesia aquel espíritu de poderío y de celo que derramasteis sobre los apóstoles para la reconquista del universo. No es hoy ménos necesario para la reforma del Cristianismo. Enviad, Señor, vuestro espíritu de santidad, y el Cristianismo se reformará, y las costumbres recobrarán su pureza, y nosotros volveremos á presentar al



universo los hermosos dias de nuestros padres; y despues de pasar en virtud nuestra vida sobre la tierra, iremos á recibir su premio eternamente en el cielo, donde vivís y reinais por los siglos de los siglos. Amen.

---

# EDUCACION CRISTIANA.

*Patres, educate filios vestros in disciplina Domini.*

Padres, educad á vuestros hijos instruyéndolos segun la doctrina del Señor.

(EPHES. VI, 4.)

Sin fijarnos en las influencias particulares que ejerce el matrimonio en la educacion, principio este discurso sentando esta verdad: Que todos los matrimonios deben de ser puros y religiosos, y que así es como se experimenta la realizacion de la dicha entre los esposos, y entre éstos y sus hijos. La educacion está en gérmen en el matrimonio, y es muy justo bendecir al Salvador por haber elevado á la dignidad de sacramento el compromiso más solemne é importante de la vida humana.

Oigamos al grave Tertuliano celebrar con las expresiones sublimes que le son familiares la grandeza del matrimonio católico: «¿Cómo mi boca, exclama, podrá demostrar suficientemente cuanta gloria y felicidad se encierra en esta santa alianza que la Iglesia anuda, que la oblacion del sacrificio confirma, que el sello de la bendicion consagra, que los ángeles publican como testigos, y que Dios Padre ratifica en los cielos? Dos fieles sobrellevan el mismo yugo, oran juntos, y unidos ayunan, van á la iglesia y á la mesa Eucarística, así en las turbulencias como en la paz.»

Es deplorable, muy amados hermanos nuestros, que un materialismo enteramente pagano quite tan á menudo al matrimonio ese carácter de gravedad santa y dulce armonía que le ha impreso el Cristianismo. Se consulta á los sentidos y no á las almas, á la fortuna y no á los corazones; los intereses temporales arrojan al olvido los de

predicadores ordinarios; en el dia se necesitan predicadores extraordinarios; se necesitan predicadores de quienes se haya apoderado el Espíritu del Cenáculo; se necesitan apóstoles; se necesitan Pedros, que asombren con sus discursos y conviertan con sus prodigios á la multitud de paganos y malos cristianos que ocupan nuestras ciudades y pueblos. Se necesitan Pablos, que con la vehemencia de su celo obliguen á los cristianos del dia, como en otro tiempo á los de Efeso, á presentar en plaza pública esa multitud de libros abominables que han trastornado y trastornan la fe de muchos, y corrompido y corrompen las costumbres de casi todos. ¡Ah! Una hoguera, mil hogueras, formadas de ellos en medio de las plazas y cuyas llamas subiesen hasta el cielo, llevarian á la presencia del Altísimo un olor de suavidad que aplacaria su ira tan justamente irritada contra nosotros, y nos atraerian mil riquezas de fe y de religion, y mil bendiciones de paz y de consuelo. En el dia, repito, se necesitan predicadores extraordinarios, se necesitan Boanerges, hijos del trueno, que llenen de terror y de espanto á esas almas insensatas que caminan, como víctimas engalanadas y con los ojos vendados, á sepultarse en el infierno: porque, católicos, nos hemos alejado ya tanto del camino que llevaron los primitivos cristianos, hemos bajado tantos escalones y dado tantos pasos en el camino de la relajacion, y nos hallamos tan sumergidos en el cenagoso y corrompido mar de los vicios, que solamente apóstoles, ó predicadores, poseidos del espíritu de los apóstoles, parece que pueden sacarnos de este podrido abismo.

Terrible es, cristianos, el estado en que nos hallamos, espantosa la corrupcion de nuestro siglo. Lo habeis oido y por desgracia no sobran sinó hechos para probarlo. ¿Qué nos resta pues que hacer, mis amados? Eso es muy claro. Que cada uno de nosotros enmendemos nuestra vida. Los que se hayan arrojado al espantoso mar de los errores, acogiéndose á la nave de la Iglesia, fuera de la cual no hay vida eterna; y los que se hayan dejado arrastrar del asqueroso torrente de los vicios, asiéndose para salir y librarse de él á la tabla de la penitencia, sin la cual tampoco hay para ellos vida eterna.

¡Dios de las misericordias! Vos, Señor, veis nuestro lastimoso estado; compadeceos de nosotros. Enviad sobre los ministros de vuestra Esposa la Iglesia aquel espíritu de poderío y de celo que derramasteis sobre los apóstoles para la reconquista del universo. No es hoy ménos necesario para la reforma del Cristianismo. Enviad, Señor, vuestro espíritu de santidad, y el Cristianismo se reformará, y las costumbres recobrarán su pureza, y nosotros volveremos á presentar al



universo los hermosos dias de nuestros padres; y despues de pasar en virtud nuestra vida sobre la tierra, iremos á recibir su premio eternamente en el cielo, donde vivís y reinais por los siglos de los siglos. Amen.

---

# EDUCACION CRISTIANA.

*Patres, educate filios vestros in disciplina Domini.*

Padres, educad á vuestros hijos instruyéndolos segun la doctrina del Señor.

(EPHES. VI, 4.)

Sin fijarnos en las influencias particulares que ejerce el matrimonio en la educacion, principio este discurso sentando esta verdad: Que todos los matrimonios deben de ser puros y religiosos, y que así es como se experimenta la realizacion de la dicha entre los esposos, y entre éstos y sus hijos. La educacion está en gérmen en el matrimonio, y es muy justo bendecir al Salvador por haber elevado á la dignidad de sacramento el compromiso más solemne é importante de la vida humana.

Oigamos al grave Tertuliano celebrar con las expresiones sublimes que le son familiares la grandeza del matrimonio católico: «¿Cómo mi boca, exclama, podrá demostrar suficientemente cuanta gloria y felicidad se encierra en esta santa alianza que la Iglesia anuda, que la oblacion del sacrificio confirma, que el sello de la bendicion consagra, que los ángeles publican como testigos, y que Dios Padre ratifica en los cielos? Dos fieles sobrellevan el mismo yugo, oran juntos, y unidos ayunan, van á la iglesia y á la mesa Eucarística, así en las turbulencias como en la paz.»

Es deplorable, muy amados hermanos nuestros, que un materialismo enteramente pagano quite tan á menudo al matrimonio ese carácter de gravedad santa y dulce armonía que le ha impreso el Cristianismo. Se consulta á los sentidos y no á las almas, á la fortuna y no á los corazones; los intereses temporales arrojan al olvido los de

la eternidad: profanada la bendicion, se convierte en un tesoro de cólera, y el santuario de la familia se colma de prevaricaciones; y como en los esposos todo se hace hereditario, resulta, por consiguiente, que el bien ó el mal no es solo para ellos, y que los pobres hijos están condenados á sufrir la pena debida á los vicios de sus culpables padres. Despues se espanta uno de la tempestad que amenaza, de las separaciones que se efectuan, de los escándalos que se hacen eternos; y uno se cree autorizado á ocuparse de todo ménos de sí mismo: ¡ tan difícil es á la ceguedad del hombre el discernimiento de la justicia divina, aún en aquellos acontecimientos en que resplandece de la manera más terrible!

Una vez constituida la familia, es como la atmósfera moral del hijo, en medio de la cual respira su alma, y el campo en que vá á crecer y á desarrollarse. El niño es una planta tierna y delicada que exige mucha atencion y sabiduría para que, por cuidados inoportunos, no se entorpezca su vegetacion, para apartar de ella yerbas parásitas y venenosas que se apresuran á disputarle los jugos de la tierra y el rocío del cielo, para no encorvarla, en fin, cediendo fuera de tiempo al deseo de dirigirla.

Padres cristianos: que la decencia de vuestro lenguaje, la regularidad de vuestras costumbres, la elevacion de vuestra alma y la alegría serena que rodea toda vuestra persona, sean el primer libro puesto á la vista de vuestros hijos, y vosotros los vereis florecer como plantas jóvenes de olivo que circuirán de una corona bendita la mesa y el hogar domésticos.» Vuestra casa «se cubrirá de una auréola de gloria, y vuestras alabanzas saldrán de boca de cuantos os rodeen.» Esto es lo que me propongo demostraros, despues de pedir los auxilios de la gracia: A. M.

1. Fijada la atencion en la mayor parte de las familias, en todo aquello que tiende á preservar los cuerpos de los menores peligros que pueden amenazarles, se olvida con demasiada frecuencia que la casa paterna es la estancia moral de los hijos, y que bajo este punto de vista, ella contiene su ambiente vital ó contagioso, su cielo empañado ó sereno, su régimen funesto ó saludable. La familia se refleja en el alma del niño. Si el espíritu de la familia es grosero ó frívolo, material ó mundano, empapado enteramente en el deseo de riquezas ó infatuado por futilidades, extasiándose con los placeres, las modas, los teatros y las novelas, estad seguros de que el carácter del niño experimentará poco á poco la influencia.

Creeis tal vez, que esas conversaciones en que os manifestais sin violencia, no las escucha vuestro hijo, ó que apénas las comprende; pues dejad correr el tiempo, y vereis en él más tarde con dolor, bien un natural torpe y trivial sin resolucion para seguir las grandes inspiraciones de la inteligencia y del corazon, ó bien un espíritu ligero y ávido de goces, que rechazará el trabajo y las ideas juiciosas, y que sucumbirá con la facilidad más deplorable á las fatigas del estudio ó á los combates de la virtud.



Tened presente que hay en el alma de un niño una lógica inflexible, que le lleva casi sin conocerlo á sacar consecuencias prácticas de todo cuanto ve y cuanto oye. Por un instinto invencible, por una insaciable curiosidad, descenderá hasta lo más profundo de la conciencia de sus mayores para buscar sus vicios ó sus virtudes y apropiárselos. Cada una de sus infracciones á la divina ley será como una mancha original, que insinuándose hasta en los más ocultos senos de su sér, corromperá en su orígen las más felices inclinaciones. Así pues, si se le enseña á que crea, y uno es incrédulo ó indiferente, no tardará en conocerlo, y muy luego de las lecciones de su madre acudirá á los ejemplos de su padre. Nadie se burla de Dios impunemente: siempre y por todas partes se le encuentra; y si tan á menudo recompensa la piedad de las madres con la piedad de los hijos, ¿ no podrá considerarse como castigo de la irreligiosidad de algunos padres los errores y disgustos causados por los desórdenes de sus hijos?

Un sábio del último siglo dijo: «Mi juventud la he pasado respetando los ancianos; es preciso que pase mi vejez respetando los niños.» Esta palabra tan religiosa y tan llena de sensibilidad, habia sido ya pronunciada por la filosofía en boca de uno de sus poetas. ¡ Qué no nos sea dado de hacerles comprender á todos aquellos que han despojado á la familia de estas costumbres tan impregnadas de fe y de decoro, que ellas son su ornamento y su felicidad! Sí: respetad á vuestros hijos, les diremos nosotros: respetad á su inocencia, respetad á su edad tan impresionable. Vuestras tertulias, vuestros libros, vuestros folletines, vuestros cantares, vuestros cuadros, vuestros adornos; todo ese lujo debilitante y anticristiano que ostentais á su vista, los predispone para esos desórdenes que estallan más tarde con aparente instantaneidad cuando han sido fomentados por esas costumbres afeminadas y voluptuosas de la casa paterna.

¡ Oh jefes de familia! no seais los sacrificadores de la inocencia, precipitándola en medio de los peligros que acompañan siempre á las numerosas reuniones. El ojo del sábio se detiene dolorosamente ante esas concurrencias estrepitosas en que las virtudes están aisladas y todos los vicios puestos en comun.

¡Felices, al contrario, los hijos, cuando el espíritu general de la familia no conoce otras reglas que las de la sabiduría cristiana! Esas consideraciones recíprocas, esa sobriedad en los gustos y en los deseos, el amor de los pobres, la asistencia á los oficios divinos del domingo, la frecuente participacion de la confesion y de la comunion católica, las oraciones de la noche en comun, y la amable piedad de la madre y las animadas virtudes del padre: estas dulces y religiosas imágenes dejan en los corazones jóvenes impresiones que no borran ni aún la pérdida de aquellos de quienes de ellas somos deudores.

Muchas veces nos hemos preguntado con terror: ¿cómo á veces de padres virtuosos nace un hijo perverso? No es este el lugar á propósito para resolver una cuestion que toca á uno de los misterios más impenetrables del órden moral; pero cualesquiera que sean las excepciones, reconozcamos como una ley general y providencial, que la virtud se comunica como la vida y con la vida misma; que los padres pueden desarrollar el gérmen en sus hijos con santos ejemplos, ó sofocarlos con una conducta opuesta; y que la voluntad firme de propagar la virtud produce más grandiosos efectos de lo que ordinariamente se cree. Si David, homicida, se vió precisado á huir para eludir los golpes de un hijo parricida, Jacob y Tobías encontraron en el hijo de su predileccion, no solamente el báculo de su vejez y la luz de sus ojos, sinó al salvador de su familia y la gloria de su nacion.

2. Veamos ahora la accion del padre y de la madre concurriendo cada uno por su parte especial á la educacion doméstica.

En la edad primera, la preponderancia pertenece á la madre; dedicado el padre á los negocios, á la sociedad, á la pátria, la madre lo está enteramente á su hijo: le sacrifica su reposo, su sueño, sus placeres y su propia sustancia: se consagra á él: le tiene siempre en sus brazos ó á su vista: le enseña á pronunciar y dirige sus primeros pasos. Si el niño es exigente, la madre es tolerante; y todo cuanto el niño debe recibir lo recibe de manos de su madre. De este cambio armonioso resulta que la madre ejerce una influencia íntima y profunda, siendo ella realmente la primera directora del infante.

De aquí es, que la experiencia y la historia atestiguan siempre la influencia materna sobre el carácter y el genio especial de cada individuo. ¿Quién no admira en el Antiguo Testamento el valor heróico y la sublime dignidad de la madre de los Macabeos, resistiendo de frente la tiranía salvage de Antíoco? Pues bien, esta mujer fuerte crió siete hijos tan fuertes como ella, que prefirieron la muerte en el martirio al quebrantamiento de su fe.



El natural ardiente de S. Agustin le arrastró por largo tiempo como una nave extraviada á los abismos del vicio y del error; pero él llevaba en el fondo de aquella alma perdida una imágen que conservaba la pureza, una memoria que le llamaba á Dios y al cielo, una oracion que le vituperaba el envilecimiento de su dignidad. Estas eran la oracion, la memoria y la imágen de su madre.

Los nombres famosos que la posteridad ha infamado ó ensalzado, revelan casi siempre la idea de una madre, culpable ó virtuosa, con quien comparten su vergüenza ó su gloria. Así es como el génio disoluto y sanguinario de Neron recuerda los comportamientos de Agripina y odios homicidas, y así es como el alma hermosa de san Luis sale de la reina Blanca cual una dulce y radiante flor de un tronco fragante y bendito. Se ha dicho que la madre de Bossuet era de alma grande, de espíritu elevado y de costumbres austeras: la de Fenelon llevaba en sí un tesoro inagotable de dulzura y de misericordia; y la de Vicente de Paul debió ser, en la oscuridad de su humilde condicion, una de esas excelentes y juiciosas mujeres de alma piadosa y de corazon atractivo, prontas siempre á prestarse á todo género de servicio.

Un historiador, que ha sido como la personificacion de la gloria en los últimos tiempos, hablando del hombre, ha sentado esta proposicion que admira en su boca: «El porvenir de un niño es siempre la obra de su madre»

Cuando se piensa, en efecto, que las caricias de nuestra madre son nuestros primeros goces; que ella es la que muy temprano pone en nuestros lábios el nombre del Padre que tenemos en los cielos; habitúa nuestros oidos á los cánticos piadosos de la Iglesia y nuestros ojos á la augusta magnificencia de sus solemnidades: cuando se pesa esta influencia de todos los dias, de todos los momentos y las impresiones inefables que de ello resultan, no puede negarse la verdad de esta otra proposicion de un moralista inglés: «Con la madre ha escrito la naturaleza en el corazon del niño.» ¿Y quién no sabe que el corazon del niño se convierte despues en corazon de hombre?

A medida que nosotros tocamos las tristes realidades de este mundo, perdemos, en verdad, la hermosura de nuestras impresiones de la infancia, las dulces emociones, las inocentes alegrías del hogar paterno, esa expansion de afectos que no conocen ni la perfidia ni la ingratitud: olvidamos, puede, las últimas prevenciones, los piadosos ejemplos de la familia: sentimos debilitarse ese feliz natural, ese instinto de virtud, esos arranques generosos hácia todo lo bueno, noble y servicial; este es el amargo grano unido á todo humano destino,

el pensamiento que obra un dia nuestro desencanto, y las flores más bellas del alma marchitas y desecadas por el borrascoso soplo de la vida.

Y sin embargo, existe aún en el sér una íntima region donde pueden respirarse los perfumes, y en que cada uno puede encontrar algunos de los tiernos y arrobadores recuerdos de la infancia: santuario delicioso, en el cual, para sentirnos revivir, buscamos algo de entusiasmo, algo de arrepentimiento, un poco de divina poesía, una lágrima en el infortunio, un impulso hácia Dios, un esfuerzo generoso para volver á él, y esa quimera de tristeza y de amor que nos predice nuestro destino. Pues bien, esta porcion inviolable de nuestra alma que sobrevive á todas las decepciones, ese bello y religioso lado de nosotros mismos, ¿no es nuestra madre, de la que Dios se ha servido para formarla? Puede hallarse oculta á nuestra vista y permanecer inerte dentro de nosotros mismos; pero el nombre y la memoria de nuestra madre la resucitan y resplandecen; y en este caso ¿quién puede decir á dónde llegará la energía de nuestra virtud y de nuestra conversion?

¡Oh madres! no lo olvideis jamás: en vuestras manos descansan con el porvenir de vuestros hijos, el espíritu de los pueblos, sus preocupaciones y sus virtudes; porque si los hombres dictan las leyes, las mujeres forman las costumbres, que gozan de más influencia que aquéllas en los destinos del mundo.

Guardémonos no obstante, muy queridos hermanos nuestros, de desconocer la parte que le toca al padre en la educacion doméstica. No puede ser todo deferencia y dulzura en la educacion de los hijos, porque no es todo virtud en su naturaleza. El hombre nace exigente y violentamente inclinado hácia el amor exclusivo y predominante de sí propio: es naturalmente perezoso, colérico, terco, é inclinado á cuanto ofrece el goce de sus instintos originales: de aquí, la idolatría de la razon y de los sentidos; de aquí, ese ardor desenfrenado por todo lo que mantiene en él ese doble atractivo. Ved, pues, el niño; ved ahí el hombre de naturaleza decaida.

¿Quién sujetará pues, las tendencias de su voluntad y las inclinaciones de su alma? ¿Quién comprimirá esos arranques de perversidad? ¿Quién corregirá oportunamente esas manifestaciones á fin de imprimir fuertemente en el alma del niño las nociones del deber? Evidentemente es necesario que á la direccion de la madre se junte una razon más circunspecta, una voluntad más firme. Al padre le toca llenar esta funcion de autoridad y de justicia, así como tambien la de compensar con su dignidad y su fuerza lo que la ternura maternal podria tener de blando; y por último, provocar y garantir el respeto, la subordinacion, el trabajo, el valor para vencerse y sufrir, y todas esas virtudes vigorosas y fuertes que constituyen los caractéres magnánimos y los hombres de alta probidad.



Se deplora, muy queridos hermanos nuestros, la desaparicion de esas costumbres graves y antiguas de que habreis podido encontrar aún algunos restos nobles en vuestro alrededor. Basta echar una ojeada sobre el mundo moderno, para conocer la poca consistencia de las ideas en que está sostenido. El poder carece de autoridad; la obediencia, de amor; la ambicion vende y compra las conciencias á cielo raso; y se ve una generacion entera sumida en el más incurable materialismo, que se manifiesta en esa idolatría exclusiva por el oro, y en la indiferencia más completa por cuanto tiene relacion con los grandes intereses de nuestra eternidad. De esto es causa sin duda la ausencia de la ley, que es la que suministra las fuertes convicciones; mas tambien lo es la debilidad de la autoridad paterna. Despierta y poderosa en las costumbres de nuestros abuelos, comunicaba á la educacion una tendencia formal, disciplinada y varonil, que templaba vigorosamente las almas y aumentaba su energía, impidiéndolas que se abriesen demasiado pronto y demasiado fácilmente. Se ha creido, por desgracia, que en este imperio de la autoridad paterna todo era falso y exagerado, y se le ha casi destruido en vez de dulcificarlo.

Todos esos usos venerandos que hacian del padre el rey del hogar doméstico, y todas esas formas de respeto y de deferencia que le colocaban en una esfera superior é inviolable, se han abolido casi enteramente. El padre ha cesado de ser señor de su hijo; se ha hecho su igual y á veces su súbdito. El niño le tutea y le manda; toma parte en sus diversiones; es admitido en todas sus conversaciones, y bien pronto es el depositario de sus confidencias: ya no queda distancia entre él y su padre; y ved aquí lo que se nos presenta como el triunfo de las luces, la reforma de la época; y se le califica de progreso. Nosotros le llamamos desventura, no pudiendo olvidar estas palabras del Espíritu de la verdad: «No os riais demasiado con vuestro hijo, si no quereis que os obligue despues á derramar lágrimas, y á temerle tanto como le hayais amado.»

Que en las costumbres de la familia se haya verificado un cambio análogo á las de la sociedad, y que se encuentre en lo sucesivo la gerarquía ménos dividida y ménos solemnizado el respeto, lo comprendemos; y con tal que los términos santos establecidos por la naturaleza y por la religion no sean conmovidos, no veremos en ello más

que una extension natural del espíritu cristiano, que es todo amor, indulgencia y bondad; pero de esto á ese radicalismo doméstico, á ese nivelamiento de la familia que hemos anotado, hay un abismo, y deploramos que ese abismo se salve con tanta facilidad.

Ved los resultados en esa multitud de jóvenes envejecidos ántes de tiempo, exaltados con su propia estima, espíritus descaminados, imaginaciones perdidas, corazones marchitos y pacientes. Se juzga al mirarlos, y el corazon se parte con esa imágen dolorosa, que son una aparicion repentina de esas generaciones soberbias y arrogantes de que habla la Escritura: hijos demasiado culpables, que despues de haber hecho correr las lágrimas de los ojos de sus madres, amenazan precipitar á la familia y á la sociedad en horrorosos abismos.

¡Oh padres! vuestra tarea y vuestra obligacion es la de evitar esas desgracias: os pertenece el apostolado de la autoridad y del ejemplo: vuestra parte es, pues, necesaria, grande y preciosa en la educacion de la familia; pero guardaos de olvidar que trabajareis en vano, si Dios y la religion santa no trabajan con vosotros. «El hombre planta, riega con sudor la tierra que cultiva; pero solo Dios obra su acrecentamiento.»

Por eso es necesario, muy queridos hermanos nuestros, acudir siempre á la religion, así en órden á la educacion como en todo. Hija del cielo, atravesó los malos tiempos, recogiendo los restos de la ciencia y de las letras. Asió á nuestra patria en su cuna, y la comunicó una virilidad que debia un dia colocarla en primer rango entre todas las naciones de la tierra. Ahora, como entónces, el cristianismo continua siendo el primer manantial de la civilizacion, el horizonte de la humanidad. Arrebatar á la juventud este horizonte es aprisionarla dentro de un círculo de movimientos sin grandeza y de agitacion sin término. Si, como se ha dicho, Dios no es el fin á donde se camina, ¿de qué sirve caminar? La religion y la verdadera ciencia son consanguíneas: deben nacer y crecer juntas. ¡Que no intente nunca el hombre separar aquello que Dios ha unido! La España pertenece al cristianismo por su nacimiento, por su génio, por su carácter, por sus obras: no es fuerte ni tiene vida sinó por la fe; y además, siempre ha tenido preces, siempre limosnas, siempre ciencia, siempre sangre y siempre mártires que ofrecerla.

¡Ah! si ayudados de esas luces y de esa fuerza consentís, padres cristianos, en dedicaros séria y completamente á la educacion de vuestros hijos, ¡qué dichoso porvenir os preparais! ¡Cuán dulce os será dirigir los ojos de vuestro amor hácia esos séres queridos á quienes habeis dispensado de tanto trabajo y tanto afecto! ¡Cuán



ámpliamente compensados sereis entónces de la paciencia afectuosa, vigilante, infatigable con que habeis sabido llevar con resignacion las aflicciones, las inquietudes y los disgustos que acompañaron los primeros cuidados que tuvísteis con ellos!

¡Puedan estas verdades llegar hasta todos vosotros, muy queridos hermanos nuestros, y ser el objeto de vuestras sérias y contínuas meditaciones! ¡Puedan convertir cada una de vuestras familias en un centro maravilloso de ternura, de fuerza cristiana y de santos ejemplos! De vuestras casas pasará este espíritu á nuestras escuelas, de las escuelas á la sociedad, y se verán realizarse estas palabras de Leibnitz: «Siempre he pensado que el género humano se reformaria si se reformase la educacion.»

Si mi lenguaje ha podido ser incomprensible para algunos, les citaré, finalizando, las palabras que S. Juan Crisóstomo, ocupándose del mismo asunto, dirigia á los fieles de Antioquía, y en las que con un hechizo arrobador de uncion y de naturalidad, les demostraba las inefables ternezas de una paternidad fundada en la caridad apostólica:

«Vosotros me teneis, les decia, en lugar de padre, de madre, de hermano, de hermana y de hijo. Todo lo sois para mí, y yo no tengo ni placer ni dolor que me toque en comparacion de los que experimentais: no tendré que responder de vuestras almas, y no por eso quedaré menos inconsolable si llegais á perderos, así como un padre no se consuela de la pérdida de su hijo, por más que él haya hecho todo lo posible para salvarle: que os salveis todos sin ninguna excepcion, y que seais todos siempre felices; ved aquí cuanto me basta, y cuanto es necesario á mi propio bienestar. Si alguno se admira de oirme hablar de esta suerte, es sin duda porque ignora lo que es ser padre.»

San Juan Crisóstomo, pues, os ha dicho, hace quince siglos, con más elocuencia que la que podría yo deciros, cuales son mis sentimientos hácia vosotros, muy queridos hermanos mios. Continuador del mismo ministerio, tambien soy padre y sé amaros. Que seais todos salvos y siempre felices; ved aquí lo que me basta, y cuanto es necesario á mi propio bienestar.

---

# ESPÍRITU CRISTIANO

## EN LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA.

*Plenum gratiæ et veritatis.*
Lleno de gracia y de verdad.
(JOANN. I, 14.)

Costumbre es en ciertos dias exponer algunos puntos de la enseñanza, y revelar ante un auditorio siempre benévolo, que principios presiden á la formacion de las almas jóvenes que nos están confiadas. Otros más autorizados y más competentes que yo, os habrán explicado cuales sean las verdades religiosas y divinas de que debe nutrirse el corazon y el espíritu de los niños. Deciros que la palabra de Dios se les ha de dispensar con abundancia y suavidad, ya como la lactancia y las caricias de una madre, ya como el pan corroborante y los consejos de un padre, y rara vez como las austeras amonestaciones y las correcciones de un maestro; deciros que la verdad divina es para su jóven espíritu esa alba blanca y humedecida con el rocío que se extiende por los valles ántes de la completa elevacion del sol; que es un sentimiento de ternura piadosa que predispone su jóven corazon á todas las comunicaciones del mundo sobrenatural, seria repetiros lo que ya sabeis.

La parte que me toca es más humilde; mi oficio más modesto y más proporcionado á mis fuerzas. Debo exponeros cuál es el principio que vivifica entre nosotros la enseñanza literaria. Para toda enseñanza, es necesario el órden: sin armonía en los diversos elementos que la constituyen, falta la unidad de mira y de esfuerzos, y se hacen imposibles los adelantos. La enseñanza forma pues para nosotros, una síntesis de todas las verdades, cuyo fin es Dios: esta síntesis se descompone segun los diversos ramos de enseñanza, y se aplica segun la fuerza y necesidad de los genios. El árbol majestuoso plantado á orillas de las aguas, forma una admirable síntesis de gracia y de fecundidad, dividido por el movimiento de la savia que le alimenta en ramas y hojas, en flores y frutos. El rio que atraviesa los montes y lleva sus corrientes hácia el mar, nos ofrece en el caudal de sus



aguas contenidas dentro de su cauce un sistema completo; pero este sistema se descompone por la accion del sol, y se eleva en vapores, vuelve á caer en lluvias y en rocíos, y se comunica en fecunda savia por los mil canales de sus riberas. Así es la enseñanza para nosotros: está enteramente vivificada por un principio, que, á la manera de una sávia pura y generosa, penetra hasta los ramajes más delicados.

Así pues, señores, demostrándoos que el espíritu cristiano vivifica la enseñanza de la literatura, no haré más que presentaros un lado de ese vasto sistema de educacion que el niño abraza por entero, y que, por decirlo así, oculta toda su alma. Con todo, me guardaré bien de desenvolver en detalle todos los puntos del asunto que nos ocupa; sé demasiado cuánto debo á vuestra benevolencia para molestarla. No tocaré pues más que dos ó otres ideas principales, contentándome con exponeros como el espíritu del Cristianismo, que es el rayo de la luz sobrenatural y el soplo de la más pura inspiracion, revela su importancia y su dignidad á la enseñanza literaria, le muestra el supremo fin de todos sus esfuerzos, y abre á la imaginacion los horizontes más vastos y más despejados. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. La palabra reasume todos los dones de Dios para el hombre. Pensamiento vivo y articulado, es el eco del pensamiento divino, es el sonido prolongado del Verbo eterno. Dormita en lo profundo de nuestra alma rodeada de tinieblas, como nuestro jóven cuerpo yace envuelto entre pañales cuando la palabra de nuestra madre lo despierta dulcemente á la luz intelectual. Sin duda habreis visto alguna madre que teniendo su hijo en sus rodillas, le enseña á tartamudear sus primeras ideas con sus primeras palabras: estoy seguro que este recuerdo delicioso hace latir aquí más de un corazon. ¡Cuán tierna veneracion conservais hácia esta primera iniciacion de la vida, y con qué inefable emocion escuchais el zumbido de esta primera palabra! Pues bien, vuestra madre era para vosotros el ministro, el ángel de Dios enviado para abriros los labios á la palabra, y vuestra inteligencia al pensamiento; y mediante á que Dios se ha servido de un ministro tan dulce y tan venerado para enseñaros la palabra, pensad cuán respetable debe ser esta palabra, salida de las profundidades de la sabiduría divina, pasando por el corazon de vuestra madre, y cayendo de sus lábios á los vuestros aún tan tiernos, con la leche de su cariño y los besos de su amor.

La literatura es la palabra humana bruñida y regularizada, ador-

nada de gracias, ó armada de rayos, para herir mejor las almas, é insinuarse más dulcemente en los entendimientos. Desde luego debeis comprender que lo que constituye la dignidad de la palabra constituye tambien la dignidad de la literatura, y que los principios que sirven á ésta de regla, deben necesariamente regir en aquélla; pero nosotros hablamos de reglas y de leyes: ¿y debe aceptar entrambas y reconocer límites la inteligencia y el pensamiento del hombre? ¡Ay, señores! no nos dejemos degradar por una insolente filosofía. El hombre es demasiado grande para no tener leyes, su palabra es demasiado poderosa para no obedecer á la sabiduría infinita. Segun el juicio admirable de un grande doctor, Dios propuso leyes al hombre para justificar su respeto: en efecto, considera su obediencia como un homenage mil veces más precioso que el cántico de los cielos y la armonía de los serafines. Luego, pues, si el pensamiento debe tener sus leyes y contenerse dentro de la órbita de la luz y de la verdad, tambien la palabra debe tener las suyas, reconocer una autoridad y someterse á una enseñanza.

Aquí tratamos, señores, de la primera aplicacion del entendimiento cristiano á la enseñanza literaria. El entendimiento cristiano, que es un espíritu de órden y de sumision, dice á la palabra literaria, cualesquiera que sean sus prerogativas: tú no irás más allá de lo que prescribe la divina ley, y respetarás la majestad inviolable del dogma como la honestidad del alma cristiana. ¿Quién de vosotros, señores, no se acuerda de haber oido, como nosotros, á una literatura descarada, destrozando la ley é insultando el pudor, proclamar la independencia del génio y la loca libertad de la palabra? Tambien hemos oido á uno de esos poetas reformadores, tal vez sin embargo el ménos audaz, poner por epígrafe á su poema, justamente olvidado á pesar de sus hermosos versos: *La lira puede cantar todo cuanto piensa el alma.* Nó, poeta: la lira no puede cantar todo cuanto el alma piensa. Existen sublimes y piadosos misterios que debe respetar en el santuario de Dios, en el santuario de la familia y en el santuario del corazon humano. Nó: el campo de la imaginacion no es libre, ni tampoco el del pensamiento. Dios les ha puesto término y límites, así como lo ha hecho con las olas del mar y las ondas del rio.

Y ved, señores, de que modo esas leyes morales sirven tambien de preservativo. El desprecio de las leyes divinas y sagradas trae consigo el de las reglas tradicionales del buen sentido y del buen gusto, que son las que enseñan al talento y refrenan el génio. Una vez introducida en el dominio literario la palabra libre, todo es presa de los espíritus novadores, y están de más las leyes, las reglas, las



tradiciones y la enseñanza. La literatura está hoy tan despreciada, y tan desacreditada la poesía, que pocos son los hombres de buen sentido que se ejerciten en ellas, ni que sientan su pérdida. ¿Quién es pues, el que desea alimentar su imaginacion con el hálito armonioso de la poesía? Fuera de algunos hombres de gabinete, más raros á medida que la contínua ocupacion de los negocios y el amor de sus comodidades constituyen su pasion ordinaria; fuera de algunos jóvenes sustraidos á los estudios clásicos que divierten los restos de su ingenuidad poética con las estrofas de algunos poetas, no siempre los más puros: fuera de estas raras excepciones, el culto de la literatura se ha perdido entre nosotros: nuestras actuales preocupaciones y nuestras inteligencias estragadas con las obras del espíritu, no dejan ya lugar ni complacencia para esas producciones del buen sentido y del buen gusto, que eran otras veces el encanto de los entendimientos agudos y el estudio de las letras. ¿Por qué es esto, señores? ¿De dónde procede esa depreciacion contínua de nuestra literatura, y esa indiferencia con que miramos aún sus más sanas producciones? Todo viene del menosprecio de las leyes divinas. El menosprecio de las leyes divinas ha atraido el de las leyes literarias, y éste ha producido el desprecio y el hastío de la literatura. Tal es el hombre: incapaz de sostenerse por sí mismo, falto de fuerza y de consistencia, si se rompen los lazos que le unen á Dios, y que ligan su alma con la luz eterna y su corazon con el amor infinito, muy pronto se precipita sobre sí mismo rodando de caida en caida hasta lo más profundo del abismo, incurso en la degradacion moral, literaria y artística. Así nos lo enseña el espíritu cristiano en órden á la literatura: nos dice que la libertad del pensamiento engendra la libertad de la palabra, y ésta la de la libre literatura, que es la literatura exenta de todo freno y despojada de todo género de pudor, porque el libertinaje del espíritu, del corazon y de los sentidos se adhiere y se encadena como los rigurosos efectos de una misma causa: nos hace entender que el espíritu humano debe soportar noblemente el yugo de Dios, el yugo luminoso de su fe, el yugo suave de su amor; y nos manifiesta que la palabra humana debe salir de los lábios siempre circunspecta y pudorosa, pues que solo á este precio podrá crear el genio obras útiles y bellas, inmortales y dignas de ser admiradas por la posteridad.

Nos anticipamos, señores: segun que ya os lo he dicho, apenas podremos indicar superficialmente la cuestion tocando de paso algunas de las más graves consideraciones. Os hemos indicado cual sea el segundo efecto de la influencia del espíritu cristiano. La escuela

libre de la imaginacion y de la fantasía califica de buena y perfecta cualquiera obra del arte ó producto del entendimiento, cuando no se aparta de las leyes metafísicas útiles ni de las reglas tradicionales del gusto. Que encierre ó no moralidad; que instruya ó desvarie; que dogmatice ó que divague, con tal que viva de una existencia propia, que cante y que vuele con sus propias alas, es escuchada, admirada y aplaudida. En siglos más pacíficos y mejor organizados que el nuestro, hubo toda una escuela de literatos ligeros y brillantes, que se divertian con los ejercicios del espíritu y de la imaginacion. En ciertos establecimientos en que la excelencia del espíritu tenia su asiento, la sociedad elegante y civilizada consideraba el arte literario como un pasatiempo de caballero ocioso, ó como un oficio de apologistas asalariados que prometian en verso ó en prosa la inmortalidad á sus Mecenas. Miéntras que los genios sublimes de ese siglo creaban obras inmortales, á pesar de la envoltura pagana que con frecuencia entorpecia su vuelo y disminuia sus inspiraciones; y miéntras asociaban á sus concepciones el triple resplandor de la verdad, de lo útil y de lo hermoso que debe ser el sello de toda obra destinada á la posteridad, habia tambien espíritus ligeros que se divertian con las cruzadas rimas de un soneto, é imaginaciones curiosas y sutiles, sin elevacion y sin génio, aunque no sin gusto ni delicadeza, que se regocijaban con las rimas y los hemistiquios, así como sus padres lo hacian con las aventuras y la espada.

Pero esto no constituye la esencia de la grave literatura: «no es ella ni una ramilletera ni una torneadora de períodos»; Dios no ha formado para tan poca cosa el entendimiento del hombre, capaz de perfeccion y de gusto, sensible á las bellezas del lenguaje y á la armonía de los períodos y de las palabras, música misteriosa del pensamiento. No convendria sin duda condenar con demasiado rigor estos pasatiempos literarios y estas licencias de espíritu embriagadas con sus ruidos armoniosos y sus sonoras rimas. Cuando en el siglo XVI, la sociedad regularizada con firmeza parecia estar sentada sobre bases inalterables, se podian perdonar estas locas prodigalidades del sentido y del bello lenguaje; mas hoy dia en que la sociedad necesita todas sus fuerzas; en este momento en que la lucha entre el espíritu y el paganismo se agita por do quiera, semejantes recreaciones literarias serian infames; y nos pareceríamos á los griegos del Bajo-imperio, que se ocupaban en discutir sobre la naturaleza de la luz del Tabor, interín que el ariete musulman derruia los muros de Constantinopla.

El espíritu humano tiene que dar cuenta á Dios y á la sociedad del



empleo de todas sus fuerzas y de todas sus producciones, y no debe extenderse ni extrañarse á obras fútiles é inmorales, ni á discusiones ociosas sobre el número de los períodos ó la cadencia de un hemistiquio. No debe ni aún siquiera ocuparse con demasiada complacencia de la forma, ni ser excesivamente prolijo en la palidez de las palabras y de las frases. Con esta coquetería del entendimiento, que aunque ménos peligrosa, no es ménos vana que la otra, el espíritu se contrae, pierde su vigor y su arrojo hácia los grandes pensamientos: vuela pecho á tierra, y rueda sin cesar en un círculo estéril de palabras y de frases, de gramática y de prosodia, de donde ningun soplo generoso sale á inflamar sus alas, ni á elevar su vuelo hasta las regiones etéreas.

No cabe duda, señores, que es indispensable respetar la gramática y la prosodia. El espíritu cristiano, que es esencialmente un espíritu de tradicion y de autoridad, no podrá nunca menospreciar ciertamente las leyes que la experiencia y el buen sentido de nuestros mayores han impuesto á las evoluciones del entendimiento. ¿Qué sería de nosotros si fuese menester cada siglo y á cada generacion empezar nuestro idioma y nuestra educacion literaria, inventar tipos, formular leyes, trazar reglas y crear obras maestras que sirviesen de inspiracion y de ejemplo? El espíritu humano no puede reproducirse sin cesar: conservando las tradiciones que hacen á un tiempo su gloria y su patrimonio, sigue y continúa; pero, aunque debamos guardar con respeto y seguir con perseverancia las reglas que no despreciaremos miéntras no nos falten fuerzas para practicarlas, es necesario advertir que no son más que un medio y no el fin, que su oficio es el de dirigir la impetuosidad del espíritu, y no el de encadenarlos con trabas técnicas y frias conclusiones. El músico no desechará ni la caja sonora que contiene las concordancias de su instrumento, ni las llaves ingeniosas que sirven para la entonacion de los puntos; y sin embargo, le consta que su simétrica disposicion no llena el objeto de su arte, y que al soplo que él le comunique deberá la produccion de suaves melodías y de armonías deliciosas.

Entre nosotros hay no pocos que no ven en el buen lenguaje más que una música de palabras que encanta los oidos, espirando con el sonido que la produjo. Le consideran un parto del entendimiento, tal como cualquiera obra del arte y de la imaginacion: estudian sus curiosidades, detallan los más delicados rasgos de su cincel; admiran sus bellezas; saben lo que conviene á cada frase para que quede perfecta, y el caso á que debe aplicarse cada palabra; disputarán hasta el último trance sobre la propiedad de un término; se extasiarán de

gozo á la vista de una metáfora, y saltarán entusiasmados al sonido de una onomatopeya. Esta grave ocupacion es risible en sumo grado; mas ved aquí lo que hay de más sério. Entre estos literatos se encuentran muchos que no atendiendo más que á las formas, ni admirando otra cosa que la hermosura del lenguaje, dejan pasar desapercibidas las ideas más falsas y las imágenes más perniciosas, y bajo la consideracion de estar bien dicho, que son versos fluidos y armoniosos, que el turno de frases es original, y que su vuelo de espíritu contiene un sabor ático, no encuentran sinó indulgencia para la inmoralidad y la paradoja. ¿Qué digo? La paradoja presentada así, y así formulado el sofisma, tienen un gusto picante que realza su sabor ordinario para aquellos espíritus á quienes la verdad les fastidia; y las pasiones cómodas, revestidas de una gasa transparente y adornadas de primorosos encajes, tienen un encanto mayor para los sentidos quebrantados y los corazones corrompidos. El veneno no es ménos mortífero porque se administre en una copa de oro cincelada; al contrario, la brillantez del metal y la delicadeza de sus molduras divierten la vista y aproximan los lábios.

Sí, señores: nuestra literatura posee muchos hombres de gusto, de talento y aún de génio, que pervirtiendo las luces del entendimiento con los sentimientos del corazon, han insultado á la verdad y á la virtud en buen lenguaje, con talento, con entusiasmo, con malicia, con iniquidad, y á veces hasta con una elocuencia apasionada y un entusiasmo satánico. Esos hombres conservan un lugar distinguido en nuestra admiracion y en nuestros estudios: algunos se reputan como modelos del gusto literario y como las delicias del espíritu humano. ¡Ah, señores! si nuestra literatura hubiera abundado más y con más pureza del espíritu cristiano, se habrian despreciado esos hombres grandes aunque funestos, en vez de honrarlos; y en lugar de citarlos como ejemplos y de presentarlos como modelos á la admiracion sencilla de los escolares, se les habria afrentado cuales emponzoñadores públicos de nuestra literatura, y como los corruptores del buen lenguaje y de la virtud; en lugar, por último, de llevarlos en triunfo al panteon de la historia, se les habria arrojado al inmundo sumidero del oprobio público.

Pero nosotros hablamos de grandes hombres y de génios entre aquellos que han abusado de todos los poderes del pensamiento y de toda la finura de la palabra: deberíamos ser más reservados en prodigar esos soberanos títulos, y economizar los grandes honores literarios para no coronar con ellos otras que las nobles frentes. En efecto, cualesquiera que sean la extension del entendimiento y la fecundidad de la imaginacion, ningun autor se elevará jamás más arriba de una cierta region media, ni nunca alcanzará á las altas cumbres del pensamiento donde el génio religioso y solitario contempla la inalterable majestad de Dios, si su inspiracion no se remonta en alas de la luz y de la verdad.



No son los picos más elevados de las altas montañas aquellos cuya cabeza está coronada de nubes y la frente surcada por las corrientes eléctricas: lo son los que se levantan por encima de la region de las tempestades, y cuya cima majestuosa se cierne en medio de una luz resplandeciente y serena. En este sentido no hay más génio completo que el del Cristianismo. Es necesario pues alentar los nobles esfuerzos del ánimo que trabaja por la completa perfeccion, de la que la perfeccion literaria no es más que una parte. Para nosotros, el entendimiento humano forma una síntesis indisoluble, de que cada porcion, ó mejor dicho, cada faz, reflecta un rayo del mismo sol, rayo que, aunque colorado sin duda de distinta manera, desciende sin embargo del propio foco de luz y de fecundidad: es una armonía que, aunque formada de diferentes voces, se hallan acordes entre sí, y entonan el mismo cántico de adoracion y de amor. Puesto que con efecto el hombre está destinado á ver la verdad en todo su esplendor, es indispensable que á medida que su espíritu se pone en comunicacion con las sublimes regiones donde habita la luz inaccesible, participe de su resplandor y de su gloria, y que como Moisés cuando bajó del monte Sinaí, nos aparezca coronado de un reflejo de la divinidad.

Así es, señores, que aún en la perfeccion literaria no concedemos nuestra entera admiracion, sinó relativamente á aquello en que la estimamos. Es necesario ante todo proceder con una reserva delicada y una prudencia esclarecida en la enseñanza de las letras, y no presentar sinó puros modelos de virtud haciendo admirar las obras maestras del génio. Tal vez creereis que exagero, y que es posible sin peligro prestar homenaje á las obras del talento sin aplaudir el vicio ni aprobar el error. Estadme atentos: siempre que se trata de instruir jóvenes inteligencias y de abrir su imaginacion á las bellezas literarias, importa principalmente no ofrecer cosa que ofenda su vista ni contriste su modestia. Las almas jóvenes, dotadas de mayor sensibilidad que las otras, son más inocentes y candorosas, y gozan de más luz y de más gusto: además, cuando se recuerdan los terribles anatemas que lanzaba el benignísimo Salvador contra aquellos que escandalizan á esos niños, en quienes los ángeles miran el rostro del Eterno Padre que está en los cielos, entónces se pone una aten-

cion ilimitada y una contínua solicitud, que las madres sabrán apreciar bastantemente, en no alimentar su espíritu y su corazon sinó con leche racional y sin fraude, con leche pura y fortificante de amor y de verdad.

2. Esta es la enseñanza literaria que nos comunica el espíritu cristiano: lo mismo la palabra que el pensamiento han de estar contenidos dentro de los límites de la verdad y del recato cristianos; pero es necesario concluir: puesto que la perfeccion literaria no puede tener por fin y objeto ella misma; puesto que al espíritu no le es dado entretenerse con las puerilidades de lenguaje y con los refinamientos de la forma; y por último, mediante á que el génio no llega jamás por sí solo á su total florescencia ni á su completa madurez sin una mira elevada que le llame sin cesar y le lleve á las regiones puras del espíritu, ¿cuál pues será el fin supremo del arte literario?... Trabajar por la gloria, se os dice. Para que vuestro nombre, ingenioso poeta, sea repetido de boca en boca y aplaudido por todos; para que vuestra memoria se perpetúe de siglo en siglo sustrayéndose á la instabilidad del tiempo, trabajad por la gloria. Despues de haber agotado vuestros talentos y vuestras fuerzas, despues de haberos consumido en vigilias y trabajos, ¿estais bien seguros de pertenecer al número de esos dos ó tres génios privilegiados que apénas sobrenadan sobre las aguas de cada siglo? Si registrais los anales literarios de todos los pueblos, vereis cuan raros son los hombres cuyo nombre se repite corrientemente en las escuelas, sin ser por una mera curiosidad de los eruditos. Trabajad por la gloria: es decir, por un nombre que tal vez os faltará, por una ilusion que os sonrie y que os engañará. Mirad de frente la gloria; examinad esa quimera dorada que encanta á los artistas y seduce á los poetas; pesad en su justo valor ese ruido y esa humareda, y decidme si todo ello, si esa polvoreda que se lleva el viento, y ese sonido que espira en la profundidad de la tumba, es digno del hombre, digno del escritor; si todo ello puede satisfacer deseos más vastos que el mundo, colmar un corazon más hondo que los abismos, ni recompensar las fatigas del espíritu y la laboriosidad del pensamiento?

El espíritu cristiano exige de los hombres mayores y más raras ventajas que las de los aplausos y aún de las recompensas: exige que se hagan mejores. El no dice como el legislador de la musa francesa: ¡trabajad por la gloria! sinó como la voz de la sana razon, como la voz más imperiosa y más dulce de la religion: trabajad por Dios. Trabajad por Dios es como decir: no espereis de los hombres, sacrificándoos por ellos, ni el reconocimiento de vuestras obras, ni



la recompensa de vuestros trabajos. Pensad en los grandes poetas que han terminado sus dias con el pesar de no haber visto levantarse para ellos desde su lecho de muerte la aurora de la posteridad. Trabajad por la glorificacion de una idea sublime, por la defensa de una noble causa, para consolar las almas que sufren ó los corazones quebrantados, para enmendar las conductas pervertidas y castigar á los inícuos. Y aquí el espíritu cristiano no se dirige exclusivamente á los génios y á los talentos superiores: habla á todos aquellos que hacen uso de la palabra, ya sea para tratar de la verdad, ya simplemente y desnuda de los negocios, ó ya con toda la elegancia y floridez de las musas, y les dice: Cualquiera que sea la parte de entendimiento que os haya cabido en suerte, por pequeños que seais, por baja que sea vuestra voz, no creais que Dios os olvide, ni temais que su vista no os descubra, ni que su oido no os escuche. Del mismo modo mira la flor de los valles que las cadenas de los montes, y de igual manera oye el grito de la golondrina que el estampido del trueno. Frecuentemente el perfume de la flor y la aspiracion del pájaro son más gratos á su corazon, porque son más humildes y más piadosos.

Ved pues que es lo que dice el espíritu cristiano y como vigoriza todos los talentos, como consuela en los desencantos, como reanima el valor. Aún hace más, pues aleja todo peligro. Vosotros lo sabeis, señores: hay en la palabra una embriaguez irresistible. Naturalmente y por la rapidez de nuestro espíritu, amamos la palabra, y principalmente la palabra elegante y florida: ella nos embelesa, nos embriaga, y arroba nuestros oidos con la armonía de sus períodos y la música de su rima; arrebata nuestro espíritu con la belleza de sus perfecciones y el resplandor de su gloria. Hallando el hombre en la palabra la imágen del pensamiento, le parece reproducirse dentro de sí mismo la antigua fábula de Narciso, y que todas las veces que su imágen se refleja en el límpido cristal de la palabra, se siente por ella tocado de una locura de amor. Entónces experimenta interiormente un movimiento de satisfaccion y de orgullo, y como los insensatos de que hablan nuestros santos Libros, dice: *Labia nostra a nobis sunt; quis noster dominus est?* «Nuestros labios nos pertenecen; ¿quién es nuestro dueño?» De nosotros es nuestro bello lenguaje y nuestro talento: somos reyes por la palabra, reyes por la elocuencia, reyes por la poesía. ¿Quién es nuestro dueño? Nosotros llevamos el sello del talento; los pueblos se arrodillan para obedecernos y adorarnos. Tal vez encontrareis, señores, un poco forzada la fórmula de este orgullo; pero no teneis más que hojear la historia, y ella os

repetirá en lecciones sérias, en sangrientas revoluciones y en ruinas lamentables cuanto nuestros Libros santos nos dicen en algunas aunque enérgicas y concisas palabras. De la idolatría de la diccion han salido males incalculables para la sociedad. Y si quisiéramos dar aquí una leccion de filosofía remitiéndonos á lo que nos enseña la historia, veríais perfectamente que desde Babel, la embriaguez de la palabra ha producido muchos crímenes, el culto idolátrico de la forma literaria ha ocultado muchas torpezas, ha enloquecido á muchos hombres aún de talentos encumbrados, y concluiríais por último conviniendo, en que si se concediese la posibilidad de formar un pueblo con ellos, no habría ninguno más incapaz de gobierno que el que se compusiera de brillantes habladores.

Ahora vamos á exponer simplemente algunas consideraciones sobre los peligros de la palabra, y sobre los medios que emplea el espíritu cristiano para prevenirlos en la enseñanza literaria. Si los encantos del buen lenguaje son peligrosos aún para los espíritus mejor dotados, lo son mil veces más para unos niños cuya inteligencia empieza á concebir y á llevar algunas flores, primicias de una cosecha más importante y sólida. Los perfumes literarios trastornan fácilmente las cabezas jóvenes. En los primeros y hermosos dias de la primavera, hay en la atmósfera tal fermentacion de savia y de vida; hay tanta gracia y embeleso en las primeras flores y en los primeros perfumes, en las canciones de las aves de paso y en las hojas de los árboles reverdecidos; hay tal encanto en esta bella naturaleza, bien cante ó se agite, florezca ó se despliegue bajo la mirada de Dios, que uno se siente hecho presa de esta embriaguez, conmovido con estas palpitaciones, y fascinado con estas armonías. Así sucede á las jóvenes inteligencias, cuyo pensamiento se despierta al contacto de una luz fogosa y pura, y cuya imaginacion brota sus primeras hojas como los primeros dias de mayo. Entónces es cuando el espíritu cristiano templa estos ardores, sujeta estas intemperancias, y dirige este entusiasmo que nos hace sonreir con su naturalidad: entónces es cuando mezcla su enseñanza con la de la literatura, y dice á los jóvenes con su voz dulce y grave á la vez, que es necesario consagrar á Dios las primicias del pensamiento y las primeras flores de la palabra, como en otro tiempo los hijos de Israel lo hacian de las primicias de sus campos y de las primeras espigas maduras de sus mieses: que es preciso no dejarse sorprender ni desvanecerse con los hechizos de la palabra, y saber conducir el pensamiento á través de los artificios del lenguaje: que la palabra humana es demasiado preciosa para desperdiciarla en vanas frivolidades, y haciéndola resonar



en todos los tonos: que el divino Salvador la ha estimado en tanta altura, que nos pide cuenta hasta de las palabras inútiles: que la perfeccion literaria, así como todo género de perfeccion, no cabe en nuestra vocacion cristiana; pero que las flores del lenguaje y los encantos de la poesía no deben servir de adorno más que al semblante de la verdad; y en fin, que el discurso en nuestra boca debe ser como un instrumento armonioso para celebrar los encantos de la virtud y las perfecciones de Dios.

Tal es, señores, la enseñanza del espíritu cristiano. Quizá os parecerá demasiado grave esta voz, y demasiado austera esta leccion. Yo no me ofendo de ello; pero confío en que vosotros tampoco hallareis motivo para quejaros. El porvenir y el destino de la juventud son objetos demasiado sérios para que nosotros omitamos ninguna ocasion de iluminar su espíritu y de fortificar su corazon, ningun medio de armarla de todas piezas para el dia de la batalla; sin duda es culpa mia la de concluir con demasiada gravedad; pero ¿no serian demasiado frívolas las flores de la retórica, si no sirviesen para anunciar los frutos de la sabiduría? Desde luego, todo es sério, todo importante, cuando está en ello interesado el corazon. Preguntad á las madres si cuanto tiene relacion con sus hijos ¿no despierta todas las solicitudes de su espíritu, toda la ternura de su alma? ¿Si no ven sin cesár más allá del horizonte de nuestros ojos y de la vida presente, cuando se trata de su bien? Aún en sus caricias encuentran alguna cosa profunda y que las mueve á pensar; y no es peregrino que hasta en las lágrimas de alegría que derraman sobre su tierna y coronada frente, hallen una significacion misteriosa y sentimental. Estas lágrimas no se secarán jamás: los ángeles las reciben para unir en el cielo esas perlas suaves á la corona del hijo y de la madre.

3. En fin, no me es posible dejar pasar sin respuesta una objecion que se me ocurre. Censor austero y triste, me dirán acaso ciertas preocupaciones, profesor imprudente; ¿no temeis con vuestras precauciones minuciosas y vuestras exageradas críticas, secar en su gérmen el entusiasmo tan natural en los jóvenes, y apagar por falta de alimento la necesidad de admirar, que constituye el fondo de su espíritu y el encanto de su naturaleza? Demasiado lo sabemos, que es necesario abrir á los jóvenes que se ejercitan en el buen lenguaje, un horizonte bastantemente dilatado, á fin de que su imaginacion pueda desplegar con libertad sus alas nacientes: es necesario proponerles modelos que imitar, guias que seguir y obras maestras que admirar. ¡Oh! sí! guardémonos de comprimir esos arranques gene-

rosos, y de apagar ese fuego que puede iluminarles de un reflejo de génio y de santidad; al contrario, sepamos guiar los movimientos impetuosos, y poner un freno á jóvenes corceles cuyo ardor podria desperdiciarse, consumiéndose en vanos esfuerzos. No olvidemos sobre todo, que el espíritu no sabria separarse del corazon, ni el alma de los sentidos, y que es necesario en la enseñanza literaria considerar al hombre tal como él es, y no darle sinó ejemplos de virtud al proponerle modelos de buen lenguaje.

Solo podremos admirar la fuerza y la fecundidad del espíritu cristiano examinando sus delicadas atenciones y su prudente reserva respecto á los entendimientos jóvenes y á las tiernas imaginaciones. ¿Ignorais que no hay un entusiasmo más bello, más noble, ni más santamente contagioso que el de la verdad, del sacrificio y de la fe? No puedo detallaros aquí las hermosas obras de ese entusiasmo que en la Edad media produjo maravillas de arte y de piedad, y en el siglo XVI obras maestras de discrecion, de elocuencia y de poesía, que podrian hoy por sí solas reflorecer nuestra imaginacion y nuestro corazon: lo único que os diré es, que en este círculo que os parece quizá muy estrecho, y que nos ha trazado el espíritu cristiano, hemos encontrado sobrado aire y espacio para admirar génios brillantes, y lanzarnos en pos de ellos por las regiones puras de la eterna bondad.

Jóvenes, admirad, pero con mesura y precaucion, á los grandes hombres de la antigüedad pagana, tan grandes por las dotes del espíritu como por la expresion de las pasiones y las gracias del lenguaje. Dios no hizo al génio patrimonio del paganismo: quiso hacerle comprender que no se salvaria ni por sus grandes hombres, ni por sus heróicos capitanes, ni por la perfeccion del lenguaje, ni por los refinamientos del espíritu. Admirad esas almas del Parnaso antiguo: Homero, Esquilio, Platon, Demóstenes, Ciceron, Virgilio, Horacio, Tácito; pero lamentad que esas liras armoniosas no se ejercitasen frecuentemente en cantar la virtud, que esos historiadores no comprendieran la accion de la divina Providencia sobre los pueblos, que esos oradores acostumbraran mezclar los intereses de su amor propio y de su ambicion con los sagrados de la pátria, y que esos filósofos, habiendo conocido á Dios, no le prestaran un público y solemne homenaje; y ved, en fin, cuan incompletos son los ingenios más distinguidos, y cuán peligrosos los dones de los espíritus más sublimes, si no están iluminados por las luces de la Revelacion y atemperados por la gracia del Evangelio. Nosotros os hemos introducido en un mundo mejor, en medio de una luz más pura. Ved como junto á la cruz el pensamiento humano, penetrado de la gracia divina, se hace humilde y fuerte, recto y luminoso, y como enternecida la palabra con la uncion del espíritu, no brilla solamente á los ojos, sinó que se apodera de las almas y cambia los corazones. No se trata de moldurar la forma á expensas del pensamiento, ni de cubrir con las magnificencias del lenguaje las fealdades de la corrompida naturaleza: sólo, sí, de extender la luz y la caridad en las almas, y para esto todas las organizaciones son susceptibles, desde los más humildes solitarios hasta los soberanos pontífices, desde la mística simplicidad de Hermas hasta las pompas oratorias de san Juan Crisóstomo. Allí es donde podreis admirar sin peligro, si no la perfeccion irreprochable de la forma, al ménos el vigor del pensamiento, la energía de la fe, la impetuosidad del entusiasmo, el ardor de la caridad, la uncion de la oracion, y la varonil elocuencia de Tertuliano, y la amplitud enérgica de S. Cipriano, y la elegancia oratoria de S. Gregorio Nacianceno, y la vivacidad de S. Gerónimo, y la profundidad de S. Agustin, y la oleosa sensibilidad de S. Ambrosio; y trepando por las pendientes de la Edad media, la claridad dulce y profunda de S. Gregorio el Grande, la elocuencia inflamada de S. Bernardo, el luminoso resplandor de Sto. Tomás, la seráfica poesía de S. Buenaventura; y durante la misma Edad media tan turbulenta, tan llena de vida y de energía, de fe y de entusiasmo, las sencillas y piadosas leyendas, los primeros tartamudeos de nuestras lenguas modernas, los primeros acentos de nuestros trovadores, que mezclaron demasiado pronto las impurezas del paganismo clásico con los encantos naturales de su imaginacion. Saludemos el génio del Dante, solitario en las cumbres teológicas y místicas de la poesía cristiana; y descendiendo por el lado opuesto de esta montaña, admiremos al autor del libro de la *Imitacion*, que no profanaremos si le titulamos la obra maestra de la literatura mística. Descendamos de esta suerte hácia la corriente mezcla de este renacimiento tan ponderado, hácia ese movimiento fecundo y desordenado, en que el paganismo clásico hizo irrupcion en el dominio del arte y de la poesía, hasta allí cristiano. Escuchad las lecciones de Luis de Granada y de S. Pedro de Alcántara; leed las obras de Fr. Luis de Leon, de Estella, de Calderon, de Tirso de Molina, de Lope de Vega, de Moreto, donde tanto ha tenido que aprender la buena escuela dramática francesa y su literatura; recorred las historias de Mariana, de Argensola, de Ercilla, de Moncada, de Solís; consultad las producciones de Tostado, de Lugo, de Toledo y de otros profundos canonistas y teólogos.



Y si á pesar de la sublimidad de estos génios, tanto más admirables cuanto más se les estudia, despues de comparados con los produ-

cidos por nuestra literatura moderna, aún no queda satisfecha vuestra admiracion, nos subiremos más alto, y dejaremos la tierra para perdernos en los infinitos esplendores del pensamiento divino. Treparemos por las embalsamadas pendientes del Carmelo, nos detendremos en la cumbre del Líbano coronado de cedros, y contemplaremos desde allí el vuelo de los poetas inspirados meciéndose entre el cielo y la tierra. Moisés nos ha referido con la inefable y magestuosa simplicidad del Génesis la creacion del mundo y la vida de los primeros patriarcas; Job nos ha dejado oir el grito sublime de sus dolores, desenvolviendo ante nosotros el magnífico cuadro de la naturaleza; David ha vibrado en nuestros oidos las cuerdas de su lira, y le hemos escuchado cantar las perfecciones de Dios, los suspiros del alma y los esplendores de la creacion; Salomon, en sus proverbios elegantes y concisos nos ha enseñado la sabiduría, y embriagado nuestra imaginacion y nuestro corazon con los suaves y místicos perfumes del cerrado jardin de los *Cánticos*. En fin, Isaías, colocándonos sobre las alas de su entusiasmo, como el águila lo hace con sus polluelos, nos ha conducido hasta el seno de la Divinidad, nos ha mostrado la futura caida de los imperios; y elevándose al oriente desde lo profundo del desierto, nos ha hecho ver la nueva Jerusalen brillante con los resplandores evangélicos. Desde esas sublimes regiones descenderemos con el Verbo hecho carne, y por la ribera que bañan las olas del mar de Galilea, oiremos la adorable mansedumbre del Salvador que alimenta á la multitud con el pan de su palabra; nos conmoveremos con los enérgicos acentos de la elocuencia de los apóstoles; admiraremos la profundidad del espíritu de S. Pablo, y en la perspectiva lejana del porvenir, entreveremos las visiones misteriosas del Discípulo muy amado.

Jóvenes: he recordado algunos nombres gloriosos, y podria recordar mil y mil en todos los ramos de la ciencia, para demostraros que sólo hay luz donde hay fe. Los que á la fe resisten se quedan sin luz, se quedan ciegos como el mago Elimas, que resistió á la palabra de S. Pablo. Sea vuestra literatura profundamente cristiana; derramad con ella la luz, ensalzad la fe bajo cuyas profundidades se encuentran los tesoros más preciosos; y de este modo contribuireis á la salvacion de la sociedad, merecereis los aplausos de todo hombre sensato, y alcanzareis la vida eterna que os deseo.

---

# EXCUSAS DE NO VIVIR SANTAMENTE.

*Vidi turban magnam, quam denumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis, stantes ante thronum.*

Vi una gran muchedumbre que nadie podia contar, de todas las naciones y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban ante el trono (de Dios).

(Apoc. vii, 9.)

La Iglesia, esta Esposa del Cordero, esta Madre piadosa, despues de haber honrado á los Santos en el discurso del año con fiestas particulares, les honra hoy con una fiesta comun, para imitar, dice San Agustin, aquella fiesta eterna que Dios celebra con ella en el cielo. Sí, cristianos, la Iglesia corre hoy el velo de aquel santuario que vió el amado Evangelista, y nos descubre el cielo lleno de Santos de todas las gentes, tribus, pueblos y lenguas, no sólo para que admiremos las maravillas que Dios ha obrado en sus Santos, y la gloria de que gozan, sinó tambien para animarnos con la multitud de sus ejemplos, para enseñarnos con la variedad de sus virtudes, y para recordarnos que tambien nosotros hemos sido llamados á la misma santidad, y á disfrutar de la misma gloria de que ellos gozan; porque esta es la vocacion general de todos los hombres, y particular de los cristianos. Sereis santos, dice el Señor, porque santo soy. Yo *sancti eritis, quia Ego sanctus sum.*

Mas, á pesar de esta verdad fundamental, sobre la cual debe estribar la conducta de todos los hombres, y particularmente la de todos los cristianos, no hay cosa más comun, cuando se trata de santidad, que alegar excusas sobre excusas para no vivir santamente. Se alega la falta de auxilios y de gracias especiales, la violencia de las pasiones, el genio y el natural, la edad, el estado, la corrupcion del siglo: y se alegan otras muchas cosas, que seria largo referirlas y más largo refutarlas. Yo me limitaré en este dia á rebatir y destruir las que dejo apuntadas, que son las principales, y por consiguiente quedarán destruidas las demás. Haré ver, y esto será todo mi asunto, haré ver que no vivir en la santidad, á que hemos sido llamados, no consiste ni en la falta de auxilios y de gracias, ni en la violencia

cidos por nuestra literatura moderna, aún no queda satisfecha vuestra admiracion, nos subiremos más alto, y dejaremos la tierra para perdernos en los infinitos esplendores del pensamiento divino. Treparemos por las embalsamadas pendientes del Carmelo, nos detendremos en la cumbre del Líbano coronado de cedros, y contemplaremos desde allí el vuelo de los poetas inspirados meciéndose entre el cielo y la tierra. Moisés nos ha referido con la inefable y magestuosa simplicidad del Génesis la creacion del mundo y la vida de los primeros patriarcas; Job nos ha dejado oir el grito sublime de sus dolores, desenvolviendo ante nosotros el magnífico cuadro de la naturaleza; David ha vibrado en nuestros oidos las cuerdas de su lira, y le hemos escuchado cantar las perfecciones de Dios, los suspiros del alma y los esplendores de la creacion; Salomon, en sus proverbios elegantes y concisos nos ha enseñado la sabiduría, y embriagado nuestra imaginacion y nuestro corazon con los suaves y místicos perfumes del cerrado jardin de los *Cánticos*. En fin, Isaías, colocándonos sobre las alas de su entusiasmo, como el águila lo hace con sus polluelos, nos ha conducido hasta el seno de la Divinidad, nos ha mostrado la futura caida de los imperios; y elevándose al oriente desde lo profundo del desierto, nos ha hecho ver la nueva Jerusalen brillante con los resplandores evangélicos. Desde esas sublimes regiones descenderemos con el Verbo hecho carne, y por la ribera que bañan las olas del mar de Galilea, oiremos la adorable mansedumbre del Salvador que alimenta á la multitud con el pan de su palabra; nos conmoveremos con los enérgicos acentos de la elocuencia de los apóstoles; admiraremos la profundidad del espíritu de S. Pablo, y en la perspectiva lejana del porvenir, entreveremos las visiones misteriosas del Discípulo muy amado.

Jóvenes: he recordado algunos nombres gloriosos, y podria recordar mil y mil en todos los ramos de la ciencia, para demostraros que sólo hay luz donde hay fe. Los que á la fe resisten se quedan sin luz, se quedan ciegos como el mago Elimas, que resistió á la palabra de S. Pablo. Sea vuestra literatura profundamente cristiana; derramad con ella la luz, ensalzad la fe bajo cuyas profundidades se encuentran los tesoros más preciosos; y de este modo contribuireis á la salvacion de la sociedad, merecereis los aplausos de todo hombre sensato, y alcanzareis la vida eterna que os deseo.

---

# EXCUSAS DE NO VIVIR SANTAMENTE.

*Vidi turban magnam, quam denumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis, stantes ante thronum.*

Vi una gran muchedumbre que nadie podia contar, de todas las naciones y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban ante el trono (de Dios).

(Apoc. vii, 9.)

La Iglesia, esta Esposa del Cordero, esta Madre piadosa, despues de haber honrado á los Santos en el discurso del año con fiestas particulares, les honra hoy con una fiesta comun, para imitar, dice San Agustin, aquella fiesta eterna que Dios celebra con ella en el cielo. Sí, cristianos, la Iglesia corre hoy el velo de aquel santuario que vió el amado Evangelista, y nos descubre el cielo lleno de Santos de todas las gentes, tribus, pueblos y lenguas, no sólo para que admiremos las maravillas que Dios ha obrado en sus Santos, y la gloria de que gozan, sinó tambien para animarnos con la multitud de sus ejemplos, para enseñarnos con la variedad de sus virtudes, y para recordarnos que tambien nosotros hemos sido llamados á la misma santidad, y á disfrutar de la misma gloria de que ellos gozan; porque esta es la vocacion general de todos los hombres, y particular de los cristianos. Sereis santos, dice el Señor, porque santo soy. Yo *sancti eritis, quia Ego sanctus sum.*

Mas, á pesar de esta verdad fundamental, sobre la cual debe estribar la conducta de todos los hombres, y particularmente la de todos los cristianos, no hay cosa más comun, cuando se trata de santidad, que alegar excusas sobre excusas para no vivir santamente. Se alega la falta de auxilios y de gracias especiales, la violencia de las pasiones, el genio y el natural, la edad, el estado, la corrupcion del siglo: y se alegan otras muchas cosas, que seria largo referirlas y más largo refutarlas. Yo me limitaré en este dia á rebatir y destruir las que dejo apuntadas, que son las principales, y por consiguiente quedarán destruidas las demás. Haré ver, y esto será todo mi asunto, haré ver que no vivir en la santidad, á que hemos sido llamados, no consiste ni en la falta de auxilios y de gracias, ni en la violencia

de nuestras pasiones, ni en nuestro natural y genio, ni en la edad, sea la que fuere, ni en el estado, ni en la corrupcion del siglo en que vivimos, sinó en nuestra poca voluntad, y sólo en nuestra poca voluntad. Tengo propuesto.

Soberano Señor sacramentado, centro de todas las luces, y fuente de todas las gracias, alumbrad mi entendimiento, inflamad mi voluntad, dirigid mis palabras, concededme un santo celo para que pueda desempeñar con acierto y con fruto un asunto tan santo. Para conseguir estas gracias, pongamos por intercesora á la Reina de todos los Angeles y todos los Santos, saludándola con las palabras del Arcángel. A. M.

1. El ejemplo es el convencimiento más poderoso del hombre. Puede interpretarse la ley, puede darse colorido al mandamiento, puede contradecirse un razonamiento con otro razonamiento; pero al ejemplo es necesario rendirse, porque este es un hecho que lleva consigo la prueba y la evidencia. Destruyamos, pues, hoy con el ejemplo de los Santos las vanas excusas y falsos pretextos de los cristianos; esos pretextos que nos estais oponiendo contínuamente para no vivir santamente.

Decís, en *primer lugar:* que los Santos, para serlo, recibieron unos auxilios y unas gracias especiales, con las que, ni podeis, ni debeis contar vosotros; pero os engañais grandemente. Los Santos, particularmente en sus principios, no recibieron, si se exceptúa algun otro, ni más auxilios ni más gracias que vosotros. Lo que hubo fué mejor correspondencia. Celoso el Señor de nuestra salvacion, dice S. Agustin, se deja sentir en nuestro corazon de un modo admirable y oculto, y no habrá uno en mi auditorio que no haya experimentado más de una vez este sentimiento. Ilustra nuestro entendimiento, inspira santos movimientos en nuestra voluntad, infunde en ella esperanzas que la animan, deseos que la preparan, afectos que la enternecen, vivos remordimientos que la turban cuando ha caido en la culpa, y contínuos escozores que no la dejan vivir en paz con ella. ¿Y qué otra cosa hacia el Señor en el corazon de los Santos? Nos franquea, como á ellos, todos los tesoros que ha depositado en su Iglesia. Tenemos la misma fe, los mismos misterios, las mismas promesas, los mismos sacramentos... Se nos aplican, como á ellos, los méritos del Hombre-Dios, y la sangre del Cordero inmaculado corre para nosotros sobre el altar con la misma abundancia que corria para ellos. ¿Qué gracias concedió Dios á los Santos que no nos conceda á nosotros? ¿Qué auxilios, qué socorros tuvieron ellos que no tengamos nosotros? Pero



¡qué digo! Nosotros tenemos auxilios y socorros que ellos mismos no tuvieron. ¿Sabeis cuáles? los ejemplos que ellos nos dieron. Sí, cristianos. Nosotros tenemos los ejemplos de los Santos, esos hermosos reverberos que tanto aclaran el camino de la gloria. ¡Ah! ¿Qué podremos responder á esa multitud de justos que nos dicen desde el cielo, que ellos tambien hicieron el viaje á su feliz eternidad con los mismos y aún con menores auxilios y socorros que nosotros? ¿Qué podremos contestarles? ¿Sabeis qué? Que no queremos aprovecharnos de ellos.

Decís, en *segundo lugar:* que vuestras pasiones son demasiado violentas para poder sujetarlas y reducirlas al estado que pide la santidad; pero ¿qué pasiones hay tan violentas que no hayan experimentado y combatido los Santos? Acordaos de un S. Pablo. Este apóstol de las naciones, aún despues de haber estado en el tercer cielo, se ve acometido de una pasion tan violenta, que no encuentra con quien compararla, sinó con un espíritu del infierno que siempre le está aguijoneando. Acercaos á un S. Jerónimo, sumido en una gruta, y reducido á un esqueleto, y le oireis gemir y lamentarse de que no puede arrojar de sí una imaginacion inquieta, turbulenta y empeñada en representarle las delicias de Roma. Contemplad á un S. Benito, á un S. Bernardo, á un S. Francisco, revolcándose desnudo en las zarzas y en la nieve para apagar el incendio de sus fogosas pasiones. Caminad á los desiertos del Egipto y la Tebaida, y hallareis millares de solitarios que, despues de muchos años de peleas y victorias, se ven precisados á combatir hasta la muerte, si quieren completar el triunfo y conseguir la corona. Y qué! ¿vuestras pasiones son más violentas ó porfiadas que eran las suyas? Sin embargo, ellos las vencieron. ¿Por qué, pues, no podreis vencer tambien vosotros las vuestras?

Decís, en *tercer lugar*: que por desgracia os ha cabido un mal natural y un peor génio. Pero ¿qué natural hay tan malo, ni qué génio tan perverso que con el rocío de la gracia no pueda producir virtudes? No, por cierto, almas de mal natural y de peor génio; el camino de la santidad no está cerrado para vosotras; la gracia se acomoda, por decirlo así, á todos los naturales y á todos los genios. De un genio y natural fogoso la gracia formará almas inflamadas de celo por la gloria del Señor; formará Pablos y Javieres que, corriendo de region en region, llevarán la luz del Evangelio hasta las extremidades del mundo. De un genio y natural apagado la gracia formará almas recogidas, que servirán con silencio al Señor en el templo y el retiro. Formará timoratos Simeones y piadosas Profetisas. De un genio y natural dulce y amoroso la gracia formará almas fervorosas. Formará

amantes Teresas de Jesús y tiernas Magdalenas de Pazis. No, cristianos, no hay genio, no hay natural tan opuesto á la virtud, del que la gracia, correspondida, no haya formado y no pueda formar Santos y grandes Santos.

Decís, en *cuarto lugar:* que vuestra edad no es á propósito para entregaros á la santidad; pero la santidad es de todas las edades. Manasés se convierte á los treinta y cinco años, y viviendo despues santamente, es un ejemplo de gran consuelo para los pecadores; y Josias, que vive inocente desde su niñez, es, dice el Eclesiástico, dulce como la miel para los inocentes. Eleázaro, resistiendo valerosamente en la edad de noventa años las impiedades del cruel Antioco, deja un admirable ejemplo de veracidad y firmeza á todos los ancianos; y Daniel, tomando la defensa de la casta Susana en la edad de doce años, y confundiendo á los jueces envejecidos en dias malos, hace ver que el celo santo no es ajeno de la niñez. Job, cuando ya tenia nueve hijos y tres hijas, es un teatro asombroso de paciencia, y los tres jóvenes del horno de Babilonia lo son de fortaleza; y si los Sixtos y Valerios, las Mónicas y Leocadias son frutos maduros en el otoño de sus años; los Pastores y Justos, las Basilias y Eulalias son frutos que se encuentran ya sazonados en la primavera de sus dias. El mismo Jesucristo, en su vida mortal, convidaba á los niños á que se acercasen á El; y cuando multiplicó los cinco panes en el desierto, alimentó con ellos, no sólo á los hombres de todas edades, sinó tambien á las mujeres y niños para que no se creyese, dice S. Juan Crisóstomo, que habia alguna edad que no fuese propia para la virtud, habiendo podido seguirle al desierto hasta las mujeres y niños. No, católicos, no hay edad en que no podamos y debamos vivir santamente. Para los negocios del mundo es necesario esperar muchas veces la edad, mas para la santidad todas las edades son á propósito, porque la santidad no pide edades.

Decís, en *quinto lugar*: que vuestro estado es incompatible con la santidad, pero no es vuestro estado el que se opone á la santidad, sinó los desórdenes de vuestro estado. Registrad la historia de la religion y vereis santos y muchos santos en todos los estados. Leed sus vidas ¿ y qué vereis en ellas? Vereis unos hombres que en su estado fueron respectivamente buenos príncipes, buenos súbditos, buenos padres, buenos amos, buenos hijos, buenos criados, magistrados íntegros y apreciables, esposos apacibles y laboriosos y esposas fieles y amables. Vereis unos hombres que en su estado supieron servir á Dios y al rey, defender la religion y la pátria, ser la honra del siglo y del santuario, y los héroes del mundo y del Evangelio. Vereis unos



hombres que para ser santos no necesitaron más que santificar las obligaciones de su estado, arreglándolas á las leyes de la religion, y elevándolas al órden sobrenatural por la fe. Vereis, en fin, unos hombres que, en cierto modo, debieron su santidad á su estado. Abraham se santifica entre las riquezas y Lázaro en la pobreza; S. Fernando en las victorias y S. Luis en el cautiverio; los Nereos y Aquileos en los palacios y los Isidros y Crispines en la arada y los talleres; las Melanias y Sabinas en el estado de señoras y las Citas y Serapias en el de criadas; las Florentinas y Escolásticas en los monasterios y las Justas y Rufinas en las plazas. Leed, repito, la vidas de los Santos, y vereis que por eso fueron santos, porque cumplieron bien los deberes de su estado, y por eso cumplieron bien los deberes de su estado, porque fueron Santos; de modo que el buen cumplimiento de los deberes de su estado les adquirió la santidad, y la santidad hizo que cumpliesen bien los deberes de su estado. No, no hay verdadero estado que se oponga á la santidad, ni verdadera santidad que se oponga á los deberes del estado.

*Ultimamente decís;* que os ha tocado un siglo demasiado corrompido para poder vivir en él santamente; pero, en vez de acusar al siglo en que vivís, deberíais quejaros de las pasiones que os dominan, porque la santidad no pende de los siglos sinó de nuestras costumbres. Los siglos no son malos sinó á proporcion que nosotros no somos buenos, y, como decia S. Jerónimo, nuestras virtudes ó vicios hacen felices ó desgraciados los siglos. Sin embargo, yo quiero convenir con vosotros en que vivimos en un siglo inmoral, en el que se cruzan los escándalos por todas partes; en un siglo tan criminal, que la juventud y aún la niñez disputa la victoria en la carrera de los vicios á los hombres más viciosos; en un siglo en que séres degradados se han entregado á los excesos de la más honda corrupcion, poniendo espanto á todos los hombres de bien, y afligiendo profundamente á la Iglesia. Yo confesaré, traspasado mi corazon de dolor y arrasados mis ojos de lágrimas, esa corrupcion horrenda que insulta á la divinidad y ultraja la humanidad; y ¡cómo no confesarlo, cuando por desgracia somos tantos los testigos como los hombres! Mas, á pesar de todo esto, y por más que nos rodee por todas partes la corrupcion y libertinaje del siglo, nada podrá excusarnos de ser justos y virtuosos. ¿Sabeis por qué? Porque el hombre jamás puede ser forzado en su querer. El mundo entero con todos sus ejércitos no bastará para obligarle á separarse de la virtud, ni á entregarse al vicio si él no quiere. Podrán quitarle los bienes, los honores, la libertad, la salud y hasta la vida; pero él, sin embargo, morirá diciendo: no, no quie-

ro abandonar la virtud, no quiero entregarme al vicio, no quiero pecar, no; no quiero. Desengañémonos, cristianos, no hay fuerzas contra el querer, ni excusas para no obrar bien por más corrompido que sea el siglo en que vivamos.

2. Registrad sinó los tiempos, registrad los siglos, y no encontrareis uno tan perverso que no haya producido justos. Noé se conserva puro en un siglo en que toda carne habia corrompido su camino, segun la expresion de la sagrada Escritura; Abraham es el padre de la fe en medio de un mundo idólatra; Moisés se santifica en el siglo de un Faraon; Samuel en el de los sacrílegos hijos de Helí; David en el de Saul; Elías en el de Acab; Judit en el de Holofernes y Ester en el de un Asuero. El Bautista es un asombro de inocencia en el corrompido siglo de Herodes, y en este mismo siglo los pecadores y los publicanos entran en los caminos de la penitencia, al mismo tiempo que los Escribas y Fariseos permanecen obstinados en sus errores. Pero digámoslo todo de una vez. ¿En qué siglos se vieron más reunidos los vicios que en aquellos en que la Roma pagana habia reunido en su capital todos los dioses? Pues en esos mismos siglos en que los emperadores contaban el número de los idólatras casi por el de los individuos que componian su vasto imperio, la Iglesia contaba el número de los santos por el de los cristianos que abrigaba en su seno. Millones de mártires, regando la tierra con su sangre; pueblos enteros de solitarios, derramados por los desiertos; multitud de cándidas vírgenes, conservando su pureza en la casa de sus padres; tantos Pontífices, tantos Obispos, tantos Sacerdotes santos, tantas piadosas viudas, tantas honestas casadas, tantos varones fieles... Ved aquí la multitud de santos que componia la Iglesia, en aquellos mismos siglos en que la idólatra Roma reunia en su imperio todos los viciosos y todos los vicios.

Almas asustadizas, que, al ver triunfar los escándalos, todo lo juzgais perdido, bien sabeis que los escándalos no pierden á los justos, sinó á los escandalosos. Por más que se multipliquen los crímenes, la ley de Dios no se muda, ni varía, ni cede en una tilde. La justicia divina jamás sale del fiel de la balanza, y castigará á los pecadores de este siglo corrompido, como á los del siglo más justo. La multitud de los criminales podrá tal vez detener el brazo de la justicia de los hombres; pero ¡quién detendrá el brazo de la justicia de Dios! En su divina presencia la multitud, aunque se compusiese de todo el género humano, desde Adan hasta su último descendiente, es como un solo hombre, y el hombre delante de Dios es como el dia de ayer que ya pasó.



Hombres valientes para la maldad, que os gloriais en vuestras iniquidades, temblad la ira omnipotente que os espera. Vosotros podreis ser perversos un momento, porque esto es la vida más larga; pero, en el momento siguiente, entrareis en la horrenda eternidad, en la que no hay término ni momentos. El infierno tiene demasiado dilatadas sus horribles fauces para no tragar á todos los réprobos por más que se multipliquen, y demasiado firmes sus lagos de fuego para no retenerlos en ellos por toda la eternidad. ¡Pero yo me estremezco al pensar en vuestra espantosa suerte! Dejad de obrar la maldad, entregaos á obrar el bien, tratad de salvaros del naufragio eterno que os amenaza, aún hay tiempo; pero es preciso aprovechar los momentos, porque de un momento está pendiente toda vuestra eternidad. Y vosotras, almas cobardes, animaos á vista de esa multitud de justos que nos presenta hoy el cielo, y no os excuseis ya más con la corrupcion del siglo, puesto que la mayor parte de ellos se han santificado en los siglos más corrompidos.

Habeis visto, católicos, que todos estamos obligados á vivir cristiana y santamente, sin que nos sirvan de excusa, ni la falta de auxilios y de gracias, ni la violencia de nuestras pasiones, ni nuestro mal natural ó mal génio, ni nuestra edad, ni nuestro estado, ni tampoco la corrupcion de nuestro siglo, que fué lo que ofrecí probar en mi discurso.

En vano, pues, procuramos excusarnos con falsos pretextos para no seguir nuestra vocacion, que es la santidad. Esa innumerable multitud de justos, que nos presenta hoy la Iglesia, nada nos deja que responder. A su vista no podemos hacer otra cosa que confundirnos y reconvenirnos á nosotros mismos, diciendo como otro Agustino. Puesto que estos Santos fueron hombres como nosotros ¿por qué no seremos nosotros santos como ellos? Ellos tuvieron las mismas pasiones que domar, los mismos apetitos que mortificar, las mismas dificultades que vencer; pero ¡qué digo! Muchos, muchísimos se hallaron en ocasiones más peligrosas, en estados más arriesgados, en circunstancias más críticas que nosotros. Muchos, muchísimos tuvieron que romper lazos más estrechos, que sacrificar bienes más preciosos, que atropellar miramientos más respetables... y, no obstante, todo lo superaron, todo lo vencieron, todo lo allanaron y caminaron al cielo, muchas veces sobre la ruína de todos sus bienes, sobre el despojo de todos sus honores, sobre charcos de su propia sangre. A la verdad, católicos, que no se nos pide á nosotros tanto en el dia para vivir cristiana y santamente; pues ¿por qué no conseguimos nosotros á menor costa lo que á ellos costó tanto? ¿Por ventura su alma,

por quien ellos lo sacrificaron todo, era mejor que la nuestra. ¿Merecia más atenciones ó mayores sacrificios? ¿Estaba destinada á mejor pátria ó mayor gloria? Nada de eso, mis amados. Si ellos fueron convidados á las bodas del Cordero celestial, tambien lo hemos sido nosotros; si estuvieron marcados con el sello de la adopcion de hijos de Dios, tambien lo estamos nosotros. Las fuentes del Salvador no corren ahora con ménos abundancia para nosotros, que corrian entónces para ellos; las bondades y misericordias del Señor no se han abreviado en nuestros dias. Pues ¿qué nos falta para no emprender con empeño como ellos el camino de la gloria? ¿Sabeis qué? Lo que dije en mi propuesta. Nos falta la voluntad, y nada más que la voluntad, todo lo demás esta dispuesto; todo nos está preparado para este gran viaje. Ley, redencion, gracias, sacrificios, sacramentos... todo está pronto; el camino está patente; los Santos que le anduvieron nos convidan con instancia á que caminemos por él, y nos llaman desde el cielo. ¿Pues en qué nos detenemos? ¿por qué no entramos en él? exclama aquí san Cipriano: ¿por qué no andamos? por qué no corremos á ver nuestra hermosa pátria, á vivir con los Santos nuestros hermanos, á pasear entre los coros de los ángeles, á ver á Dios y gozarle eternamente? *¿Quare non properamus? ¿quare non currimus?*

Soberano Señor Sacramentado: Vos sois el camino, la luz, la fortaleza y la vida. Alumbrad nuestro entendimiento, fortaleced nuestro corazon, inflamad nuestro espíritu, dirigid nuestros pasos... Ayudadnos, Viático Soberano, Compañero Divino... ayudadnos en nuestro viaje al cielo hasta colocarnos en el templo de vuestra gloria, para que vivamos y reinemos eternamente con Vos, que vivís y reinais con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

---

# FE TRIUNFANTE

## (LA)

## EN LO PASADO Y EN LA ACTUALIDAD.

*Ecce ego vobiscum sum usque ad consumationem sæculi.*

Hé aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

(MATTH. XXVIII, 20.)

Hermanos mios, ¡admirable es el destino del Cristianismo! Despues de haber vencido al universo con el poder de Dios, que estaba con él; despues de haber brillado en el mundo por espacio de diez y ocho siglos, ahora se le llama de nuevo ante el tribunal de los hombres, y de nuevo se le exige que dé razon de su orígen y de su divinidad.

¡Hoy nos vemos obligados á hacer ante el mundo la apología de Dios!

Han pasado ya mil y ochocientos años, y aún podemos dirigir á no pocos hombres de nuestro siglo estas palabras de Tertuliano á los emperadores paganos: «Permitid que la voz de la religion se alce ante vosotros, no porque ella tenga necesidad de vuestra conmiseracion, no porque su condicion en la tierra la asombre, pues sabe que debe hallar tantos enemigos como discípulos, y su descanso y su patria están en el cielo: solo pide que ántes de que pronuncieis su sentencia, la conozcais.»

El dia de hoy se comprueba aún la verdad de estas palabras: hoy la religion cumple con su peregrinacion en medio de los dolores y de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios, y hoy tambien no pide otra cosa sinó que se la conozca.

No vengo en esta circunstancia á demostraros el poderío interior de la fe, así en nuestro tiempo como en lo pasado: vengo ahora á hacerlo de su poderío exterior; y en tanto que se la supone desfallecida, la mostraré fuerte con el poder de Dios.

La fe, victoriosa en lo pasado: ved aquí el objeto de la primera consideracion.

La fe, victoriosa en la actualidad: el de la segunda. A. M.

por quien ellos lo sacrificaron todo, era mejor que la nuestra. ¿Merecia más atenciones ó mayores sacrificios? ¿Estaba destinada á mejor pátria ó mayor gloria? Nada de eso, mis amados. Si ellos fueron convidados á las bodas del Cordero celestial, tambien lo hemos sido nosotros; si estuvieron marcados con el sello de la adopcion de hijos de Dios, tambien lo estamos nosotros. Las fuentes del Salvador no corren ahora con ménos abundancia para nosotros, que corrian entónces para ellos; las bondades y misericordias del Señor no se han abreviado en nuestros dias. Pues ¿qué nos falta para no emprender con empeño como ellos el camino de la gloria? ¿Sabeis qué? Lo que dije en mi propuesta. Nos falta la voluntad, y nada más que la voluntad, todo lo demás esta dispuesto; todo nos está preparado para este gran viaje. Ley, redencion, gracias, sacrificios, sacramentos... todo está pronto; el camino está patente; los Santos que le anduvieron nos convidan con instancia á que caminemos por él, y nos llaman desde el cielo. ¿Pues en qué nos detenemos? ¿por qué no entramos en él? exclama aquí san Cipriano: ¿por qué no andamos? por qué no corremos á ver nuestra hermosa pátria, á vivir con los Santos nuestros hermanos, á pasear entre los coros de los ángeles, á ver á Dios y gozarle eternamente? *¿Quare non properamus? ¿quare non currimus?*

Soberano Señor Sacramentado: Vos sois el camino, la luz, la fortaleza y la vida. Alumbrad nuestro entendimiento, fortaleced nuestro corazon, inflamad nuestro espíritu, dirigid nuestros pasos... Ayudadnos, Viático Soberano, Compañero Divino... ayudadnos en nuestro viaje al cielo hasta colocarnos en el templo de vuestra gloria, para que vivamos y reinemos eternamente con Vos, que vivís y reinais con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

---

# FE TRIUNFANTE

## (LA)

## EN LO PASADO Y EN LA ACTUALIDAD.

*Ecce ego vobiscum sum usque ad consumationem sæculi.*

Hé aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

(MATTH. XXVIII, 20.)

Hermanos mios, ¡admirable es el destino del Cristianismo! Despues de haber vencido al universo con el poder de Dios, que estaba con él; despues de haber brillado en el mundo por espacio de diez y ocho siglos, ahora se le llama de nuevo ante el tribunal de los hombres, y de nuevo se le exige que dé razon de su orígen y de su divinidad.

¡Hoy nos vemos obligados á hacer ante el mundo la apología de Dios!

Han pasado ya mil y ochocientos años, y aún podemos dirigir á no pocos hombres de nuestro siglo estas palabras de Tertuliano á los emperadores paganos: «Permitid que la voz de la religion se alce ante vosotros, no porque ella tenga necesidad de vuestra conmiseracion, no porque su condicion en la tierra la asombre, pues sabe que debe hallar tantos enemigos como discípulos, y su descanso y su patria están en el cielo: solo pide que ántes de que pronuncieis su sentencia, la conozcais.»

El dia de hoy se comprueba aún la verdad de estas palabras: hoy la religion cumple con su peregrinacion en medio de los dolores y de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios, y hoy tambien no pide otra cosa sinó que se la conozca.

No vengo en esta circunstancia á demostraros el poderío interior de la fe, así en nuestro tiempo como en lo pasado: vengo ahora á hacerlo de su poderío exterior; y en tanto que se la supone desfallecida, la mostraré fuerte con el poder de Dios.

La fe, victoriosa en lo pasado: ved aquí el objeto de la primera consideracion.

La fe, victoriosa en la actualidad: el de la segunda. A. M.

1. Miéntras que los romanos, señores ya del mundo, descansaban de sus victorias en el seno de la voluptuosidad, hé aquí que doce pescadores de Galilea que acababan de dejar sus redes, reunidos en un cenáculo de Jerusalen, hablaban de enseñar al universo, de convencer á los filósofos, y de hacer que los dioses y los hombres se encorvasen ante los instrumentos del suplicio que humeaba todavía con la sangre de su Maestro.

Y en seguida, sin detenerse á la vista de los inmensos obstáculos que hallarian desde sus primeros pasos y que iban á destruirlos, vedlos aquí que se esparcen por el imperio romano, armados con una cruz, su único tesoro, su ciencia, su filosofía, y el manantial de su entusiasmo.

Id, misiones sublimes de la gran Nueva, sembrad la verdad por el universo: un principio todopoderoso os impele: Dios está con vosotros.

Veinte años habian trascurrido apénas, cuando la Sinagoga vacilante y á punto de espirar, vieron la Palestina, el Egipto y la Etiopía levantarse en su seno un nuevo pueblo. Ved despues en Roma, esa reina del mundo, ved, digo, ese extranjero vestido groseramente y con una lengua bárbara, como ha establecido su morada cerca de los Césares. No ha reunido á sí sinó hombres pobres, desecho de la sociedad: ¿qué le importa? Quiere derribar del Capitolio al eterno Júpiter, y colocar en su lugar su humilde cruz. Conoce todo el peso del menosprecio que cae sobre él; sabe cuanta es la insensibilidad humana hácia su empresa; pero ¿qué importa? ¿No conoce tambien cuanto es el poder del signo que lleva en su mano? Escuchadle: habla de los destinos eternos de una religion cuyo nacimiento todos ignoran: hay en esto alguna cosa más que una concepcion sublime y desoida: la confianza del apóstol no es terrestre: Dios ha tocado sus lábios y le ha dicho: « Vé, enseña y muere.»

Y en efecto; esos hombres intrépidos fueron y colocaron el signo de la salvacion rociándolo con su sangre, felices de morir contribuyendo á la obra de la regeneracion.

Detengámonos un instante, hermanos mios, en esta época notable en que finaliza el siglo primero: cuando el Cristianismo, como un gigante se adelanta y se acrece, entónces despierta el paganismo repentinamente al ruido de las conquistas de este nuevo enemigo y reune todas sus fuerzas para destruirlo. Todo cuanto un culto que estaba identificado con la política y la legislacion, y que habia echado profundas raíces en las costumbres, podia sublevar las simpatías nacionales, todo cuanto las pasiones tenian de vengativas, y la filosofía de sofismas, se llamó al socorro de las divinidades paganas contra una doctrina sin apoyo humano, y sin oponer al aborrecimiento universal más que un amor inmenso y una paciencia inalterable.



Pero, á la cabeza de estos hombres estaba una cruz, y ella era la garantía de la victoria. En el discurso de tres siglos, el imperio romano se convirtió en un anfiteatro donde la sangre corria, y en el que la lucha se prolongaba, y parecia que el infierno habia agotado su ciencia en el arte de destruir. Mirando los verdugos sus obras, se alababan de sus esfuerzos, y hubo un dia en que proclamaron el anonadamiento del Cristianismo. ¡ Anonadado! ¡ Oh locura de los hombres! ¿ Dónde está el Cristianismo? preguntaban. Está en el circo triunfante entre los dientes de los tigres. Buscaban el Cristianismo y estaba en la cumbre del Capitolio mandando al universo. Ayer estaba pisoteado: hoy ha subido al trono, y el mundo le dobla la rodilla.

¡ Oh cruz! símbolo de locura, como ellos decian: domina hoy el universo: sé la luz que ilumine y que civilize: persecuciones te aguardan; pero, á través de todos los peligros, tú sabrás permanecer en pié.

A semejanza de su divino Autor, que no tuvo donde descansar la cabeza, ha recibido la religion una mision doble: la de gloria y la de dolor.

Mil quinientos años han pasado desde que el símbolo del Cristianismo se ha colocado sobre el Capitolio, y no ha habido dia en que no se le haya arrojado alguna palabra de ofensa y de blasfemia. ¡Qué de cismas, qué de herejías veo desarrollarse en el trascurso de los siglos! La herejía, esta grande llaga de la Iglesia, apoyada frecuentemente en lo que más poderosamente influye en los espíritus, como la autoridad del génio, la severidad, la apariencia de las buenas costumbres, el imperio de los principios, enemigo pérfido que mata depositando en el seno de la sociedad semillas del error demasiado fecundas las más veces: Manés, Pelagio, Valentino, Arrio, Macedonio y otros mil... ¡ Oh religion santa, cuántos enemigos se levantan en contra tuya y te hieren con redoblados golpes! Pero, honor sea dado á tu inmortal virtud; ellos pasan, y seria necesario hoy bajarse para percibir las señales de su paso.

¡ Qué no me sea posible remontarme hasta las antiguas edades y mostraros la continuidad de los triunfos y de los combates del Cristianismo!

En el momento marcado por la Providencia divina, los bárbaros se arrojan sobre el imperio romano: en su marcha veloz, todo lo tras-

tornan, todo lo destrozan; pero un obstáculo se les aparece, y caen á sus piés asombrados de ese poder desconocido.

El islamismo, con la gumía en una mano y el Alcorán en la otra, se adelanta desplegando sus innumerables legiones: la Europa cristiana se presenta con la cruz en el pecho, y al grito de «Dios lo quiere,» detiene en su carrera á aquel formidable enemigo en medio mismo de sus conquistas.

Los dias del oscurantismo llegaron para el mundo: la ignorancia echó su velo sobre las inteligencias, y parecia que la doctrina católica deberia entónces alterarse á medida que la corrupcion extendia sus influencias ruinosas; pero el Cristianismo sale victorioso de esta prueba formidable: una sociedad nueva, llena de fe y de caridad renace de las cenizas de lo pasado: las costumbres se regeneran por medio de vigorosas reformas; nace Gregorio VII, y los dias hermosos de la Edad media aparecen sobre el mundo.

El cisma acude en ayuda de la herejía: una parte del Oriente se separa de la silla de san Pedro: la Iglesia abre sus brazos, y nuevos pueblos se precipitan á ellos y ocupan el lugar de los tránsfugas.

Venid, príncipes de la tierra, venid y luchad con ella: á pesar de todo vuestro poder tendreis que rendir las armas, y que reconocer vuestra impotencia, así para sostenerla, como para derribarla. Si la concedeis vuestra proteccion, la acepta y os bendice; pero si la rehusais, sabe vivir sola... Y tú, que más tarde quisiste reformar la obra de Dios; tú, fruto desgraciado de la razon sublevada, ¿no querrás á tu vez probar tus fuerzas formidables? ¡Cuántas ruinas amontonas! Seducidos los pueblos, abandonan el estandarte sagrado para seguir á un monje apóstata. Pero pasa, pasa tambien. Es la Iglesia la que tú combates, ¡y la Iglesia no puede morir!

En efecto, ved que queda hoy de las doctrinas del siglo XVI: se pretende la reforma en esas mil creencias contradictorias, que no son otra cosa que una indiferencia sistemática, porque allí no hay ni religion, ni símbolo, ni union de las almas en una sola fé y en una recíproca caridad.

Adelantemos en esta historia de los triunfos de la Iglesia. La habeis visto resistiendo á la persecucion, á la herejía, al cisma, á la ignorancia: vedla ahora en lucha con un enemigo quizá más formidable.

Llega el siglo XVIII, y se levanta una tempestad furiosa contra la obra de Dios. Hombres, que habian tomado el nombre de filósofos, salieron á empezar la lucha, cuyo éxito, segun ellos, no debia ser



dudoso: fijaron la época en que la filosofía iba á sentarse triunfante sobre los restos de la cruz. Se vió entónces desplegarse toda cuanta fuerza pudiera contenerse en el hombre contra Dios: se preguntó á todas las tradiciones, se consultaron todos los monumentos, y á su placer se hizo mentir á la ciencia. Espantada la verdad, no podia reconocerse á sí misma. Y ¿dónde estaba la religion? ¿qué era de ella? Por do quiera se la encontraba, lo llenaba todo, recibia los homenajes más significativos, los respetos del odio más implacable. Los sofistas, y aún los mismos verdugos, no veian otra cosa que la religion: ella les oprimia y les atormentaba como una fantasma vengadora; reunianse para resistirle, cubrianla de cieno y de blasfemias; se encarnizaban con lo que ellos llamaban un cadáver; pero no se aborrece tanto lo que carece de vida, ni los muertos sublevan contra sí tanto encarnizamiento; tambien cada dia la víctima, firme como Dios, levantaba su mutilada cabeza siempre gloriosa. Cansados de un combate tan desesperado, en que se habian gastado los talentos, echaron mano á la cuchilla; pero cuanta más sangre derramaban, más quedaba en las venas de la religion; cuántas más cabezas hacian caer, más renacia aquélla poderosa y formidable. En fin ¿quién la llevaba? Vosotros sabeis esta historia memorable: uno de los últimos actos de los sofistas trasformados en verdugos fué una correccion honrosa que Dios les impuso. Con su dedo sangriento escribieron en todos los edificios públicos destinados al culto una inscripcion, que puedo traducir con estas palabras: *Fraternidad!... ¡El pueblo francés reconoce la necesidad de la religion para gobernar la sociedad!* La fe los habia vencido. Ved aquí, hermanos mios, algo de la historia de la fe en lo pasado. Es tal el poder de la religion, que aún en las épocas más aparentes de menoscabo, subsiste indeleble en el fondo de nuestros corazones, y amada, ó aborrecida, permanece en las entrañas de la humanidad, sin que nos sea dado arrancarla de ellas, siendo preciso reconocerse sus servidores y proclamarla señora y reina. ¡Hombres! ¡cualquiera que seais, que rehusais reconocerla; pues bien, su pié vengador os hollará: no hay otra eleccion que su amor, ó su cólera; pero no he dicho demasiado para probar lo presente y lo porvenir. ¿Seria cierto que el poder divino que ha construido y sostiene el edificio cristiano, le haya abandonado? ¡Locura é impiedad!

2. La fe, victoriosa al presente, como en lo pasado; esta es mi segunda reflexion.

Habrá cosa de unos cincuenta años, que una nueva escuela arrojó en medio de nosotros palabras extrañas. Algunos hombres, engañado

(así deseamos reconocerlo) por sentimientos generosos, vinieron á enseñar al mundo, que el Catolicismo habia espirado, y que faltaba sólo cubrir su cadáver con un poco de tierra bendita. Era cosa maravillosa aquella espléndida piedad que ellos tenian por nuestras creencias, aquel soberbio dolor, aquellos sentimientos elocuentes, aquellas lágrimas oratorias con que, decian, asistian á los funerales del gran culto. Durante diez y ocho siglos (segun ellos) el Cristianismo habia establecido el mundo social; mas hoy, terminada la educacion del mundo, su papel habia concluido; necesita la sociedad de una religion más vasta, más comprensible y más en relacion con sus necesidades; y para dar el triunfo á sus designios, se obraban grandes conmociones. ¿Las formas políticas no deberian arrastrar en sus ruinas la forma religiosa, que algunos por imprudencia se habian prestado á identificar? Tales eran sus esperanzas; pero las habian concebido con demasiada ligereza, y no sabian que los destinos de la política y los de la religion son muy diferentes; la una es variable, la otra inmutable: la una humana, la otra instituida por Dios! Mil y ochocientos años han pasado: y ¿qué ha sido de aquellos que predecian el desfallecimiento de nuestra fe? Anunciaban la muerte del Catolicismo, y éste con su brazo invencible colocaba encima de ellos la piedra que cerraba el sepulcro donde dormirán para siempre!

Sin embargo, hermanos mios: un error jamás concluye al tiempo que su autor: rara vez se arroja al mundo una idea que no produzca frutos: aún hoy, hay hombres que quieren llevar el luto del Catolicismo. El Catolicismo ha muerto, dicen ellos; el Catolicismo, decimos nosotros, presenta á la vista de todos pruebas brillantes de vida y de divinidad. Léjos de nosotros atenuar las heridas siempre sangrientas de la Iglesia. Sí: la Iglesia, bajo algunas relaciones, sufre mucho hoy, y está bien humillada. La indiferencia, enfermedad terrible, se ha posesionado de nuestros corazones. Todo se reasume en esta palabra: hay necesidad de disfrutar. La sociedad escucha estúpidamente el ruido del martillo que yende su conmovido pasado, recortándole á yo no sé cuál remedo facticio, cuando sólo la fe puede salvarla. Se han verificado defecciones, nacidas de las pasiones y del menoscabado orgullo exhumado del fango en que yacian las blasfemias del siglo XVIII. Males graves en verdad; pero ¿son capaces de aturdir á los que tienen fe? La religion, lo mismo que el hombre, debe sufrir para descansar; su descanso y su triunfo están en el cielo; pero en la tierra debe llorar, debe luchar con nosotros en la arena sangrienta: este es su destino, esta su necesidad. Ella lo sabe y no retrocede á la vista de su suerte. ¿No está escrito en nuestros Libros santos: «Vosotros



sereis prensados en el mundo; pero id con mucho valor: Yo he vencido al mundo, y el discípulo no está sobre su maestro: si se me ha perseguido, á vosotros se os perseguirá: habrá tiempos de error y de corrupcion, en que algunos arrastrarán á muchos: es menester que haya herejías para que pueda discernirse cuáles son los escogidos.» Estas palabras y otras mil no han pasado; porque ántes faltarian el cielo y la tierra que un ápice de la divina ley. Pues bien, hermanos mios, aquellos que combaten el Cristianismo cumplen con sus destinos inmortales: otros vendrán despues, y nosotros los esperamos sin temor, porque lo porvenir no está velado á los ojos de la Iglesia: ella percibe una larga cosecha de tribulaciones, y la túnica del mártir es siempre su esperanza: pero si se mira por una parte la humillacion, ¿no se ve el triunfo por la otra? Observadlo. Todo ha muerto en nuestro siglo: ya es viejo y en estado de desfallecimiento: miles de sentimientos se han marchitado en el corazon del hombre; mil pensamientos orgullosos han desaparecido despues de haber levantado una poca polvoreda. La filosofía con sus propias manos ha enterrado desde veinte años á esta parte todos los sistemas que habia engendrado. ¿Qué veis en esos hombres que se separan de todo culto positivo? ¿No oís diariamente el grito de dolor que se escapa de sus pechos cuando ven á su lado creyentes que caminan con paso firme en la vida, y exclaman: «Felices los que creen?» Y tienen razon. Aquel que viene á prosternarse á la sombra vivificadora de estos altares, y que comunica con Jesucristo, que le sostiene y consuela, es mil veces más dichoso que esos sábios rodeados en un exterior de gloria, pero que no encuentran en su alma más que un sepulcro, donde no remueven sinó cenizas frias y los restos de todo lo que hace el hombre mortal. Levantaos vosotros, entrad en la pátria celestial; allí hay lugar entre los brazos de la religion para todos los que prodigan su sangre por ella.

Ahora bien: esta fe que los sábios de la tierra no tienen, el Cristiano la posee: nada le espanta: ni las amenazas de sus enemigos ni las defecciones de sus amigos: sin medio ni ostentacion camina con paso firme hácia el punto que Dios le señala en lontananza. Este es un espectáculo que ofrece mucha sublimidad, así como la de esta Iglesia incesantemente asaltada de las más terribles borrascas, y que explica con simplicidad á sus hijos todos los dias las promesas de la inmortalidad. La duda hace fluctuar al siglo en derredor de ella; pero permanece inmóvil como la roca en medio de las olas: oye todas las predicciones de la muerte, y su fe no se altera: se ataca su símbolo, y repite amorosamente todos los artículos: se le proponen transacciones dogmáticas de que deben (dicen) reportar inmensas ventajas, y

responde con una constancia invencible: se la imponen en más de un paraje cadenas doradas, y sus lábios no se despegan; pero que se toque en algo á la fe, é inmediatamente se la ve estremecerse, y levantando su frente cicatrizada en el martirio, su mirada espanta todas las opresiones. Esta fe es tan viva, que cada dia inspira sacrificios heróicos, y para no ver un milagro, sus enemigos cierran los ojos. Ella sola en el mundo tiene diariamente el honor de la persecucion y del martirio, de suerte que en todos los siglos puede decir: «Mirad el cadalso: aún está teñido con la sangre de mis fieles.»

Pero, si la fe se halla solo en nosotros, ¿queda apagada en nuestro corazon esa llama divina de la caridad? ¿Quién se atreverá á pensarlo? ¿Quién osará meter la mano en el pecho de la Iglesia y decir: su corazon está helado? Que se me nombre una necesidad que ella no pueda satisfacer, un disgusto que no pueda consolar, una lágrima que no tenga el secreto de enjugar: que se me designe un rincon oscuro de la tierra que su influencia no haya regenerado. Sin duda que aquellos que se envuelven en su egoismo á fin de declamar una de sus palabras sobre las llagas actuales de la sociedad, lo ignoran; pero los desgraciados y los afligidos lo saben bien. Cuando una grande afliccion viene á destrozar de golpe la existencia, ¿á quién se recurre? ¿Va uno á consolarse con las teorías de la incredulidad actual? Al seno de la religion siempre palpitante para las miserias humanas. ¿Quién va al lecho del moribundo á darle palabras de esperanza y á recoger su arrepentimiento? Cuando una calamidad se extiende por el mundo, ¿quién se tiene por feliz en sacrificarse por sus hermanos? ¿No se ve todos los dias al sexo débil abandonar los goces de su familia para consagrar sus vigilias al alivio del dolor? Mirad esa porcion de obreros evangélicos que toman cada un año el báculo del viajero con una mano y la cruz con la otra. ¡Oh, no! el soplo sagrado no se ha apagado en ellos, la religion que ellos predican no es una religion muerta. Buscan almas inmortales para poder salvar; y luego, cuando sus pasos recaigan fatigados, en defecto del martirio, un poco de tierra extranjera para dormir en paz á la sombra de la cruz!

Hay pues fe, y hay caridad en el Catolicismo.

La vida, la poseemos nosotros solos. Yo paseo mis miradas hácia otra parte, y no descubro sinó corazones lánguidos y convicciones que se mienten á sí mismas. Diariamente no veo sinó muertos que se esfuerzan por sacudir sus paños mortuorios para hacer creer que viven, al ménos que la vida no consista más que en amontonar las ruinas de cuanto es sagrado, hasta que Dios aniquila al imprudente demoledor.



Pero, permítaseme ántes de concluir, echar una mirada sobre la religion en el mundo. Por todas partes la vereis adelantarse llena de fortaleza y de fecundidad. ¿Qué vemos en Europa? El Catolicismo repara las ruinas del edificio religioso, conmovido por una revolucion de tres siglos: él abre sus brazos todos los dias, y los vuelve consoladores y gloriosos; posee millones de almas que permanecen fieles, y reina en Austria, en Baviera, en Bélgica, y en España. La Inglaterra parece asombrada de lo que se obra en las inteligencias. La sangre de los mártires que la regó en otro tiempo, no ha gritado en vano. Privada la Irlanda tan largo período de sus derechos y reducida al hambre, no ha conservado más que una cosa, y esta cosa es una cruz desnuda en su pecho tambien desnudo; esta cosa es su fe, que la hace gloriosa en el universo. En un vasto imperio, en nuestro siglo, se ha encontrado un poder que no ha temido al borron impregnado en la frente de los perseguidores; pero que no se vanaglorie demasiado, pues la verdad no se encadena por largo tiempo. Bien pronto la abatanada por el miedo estallará como el licor espirituoso que quiebra el vaso que le aprisionaba.

Volved ahora vuestras miradas hácia la América. Allí tambien el símbolo católico se levanta radiante. ¿Quién podrá distinguir los tiempos reservados á la religion en las nuevas tierras de la Oceanía? Ya ha puesto su pié en tierra africana, y se adelanta paso á paso por ese suelo ardiente, para proporcionar á sus tribus salvajes la libertad espiritual y un rango entre los hombres. Dentro de su tumba de catorce siglos, S. Agustin se ha estremecido. Y despues, oid los cánticos de victoria en el seno del Asia Oriental, porque allí, como en los tiempos antiguos, la religion viste la túnica del martirio, y envia sus hijos al cadalso, y aunque muere, renace más poderosa. La sangre de los mártires es la semilla del cristiano.

No, no. La Iglesia está todavía dotada de su poderío; su influencia se ejerce por todas partes; sus enemigos lo saben bien, á despecho de sus palabras, porque al mismo tiempo que propalan su decadencia, reclaman contra ella leyes que detengan su progreso, que arranquen la infancia á su enseñanza, y que cierren la boca á sus predicadores. Si la Iglesia forma un signo, mil voces se alzan para manifestar el peligro. No nos sorprende: un signo de la Iglesia, una de sus miradas tienen más poder que todos esos sistemas de filosofía anticristianos que han muerto ya, y que aún ignoran sus contemporáneos. Sea lo que quiera, nosotros tenemos por ahora una tarea sagrada que cumplir: á saber, la de mostrar á nuestro siglo lo qué es la fe, y que consiste en reunirnos fuertemente en torno de la reli-

gion, dándole nuestros corazones y nuestras vidas si necesario fuese. Tambien os toca á vosotros un gran sacerdocio: el de dar esos sublimes ejemplos victoriosos siempre de desinterés, de pureza y de la caridad que se inmola. ¡Felices aquellos que llenen esta noble mision!

Con todo esto, hermanos mios, pensando en el triunfo externo de la religion, no olvidemos que hay uno más inmediato, más próximo. Su triunfo es vuestro corazon. Amen.

---

# FIDELIDAD EN LAS COSAS PEQUEÑAS.

*Qui fidelis est in minimo, et in magori fidelis erit.*

Quien es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho.

(LUC. XVI, 10.)

El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza sembrado en un campo. Este grano, el más pequeño de las simientes, crece y llega á ser un árbol en cuyas ramas van á descansar las aves.

Lo que es bueno progresa y es fecundo, no sólo porque produce el bien, sinó porque, segun el libro de la Vida, es acreedor á la bienaventuranza.

Lo bueno engendra el bien.

Nosotros podemos, carísimos hermanos, avanzar ó retroceder en el buen camino. Dios nos ha concedido el libre albedrío para poder añadir á los méritos de nuestro Salvador algunos méritos propios. Si nuestros actos no tuvieran mérito alguno, si nosotros no fuéramos más que unas meras máquinas, léjos de ser semejantes á Dios, nos asemejaríamos á los animales; y en este caso, el primer hombre no habria desmerecido más que una loca balanza, que un reloj descompuesto, y, por consiguiente, la reparacion del hombre por la encarnacion del Hijo de Dios seria absurda, y la ley divina inútil.

Mas, ¿hasta qué punto somos libres? Nadie puede decirlo exactamente. Sin embargo, ¿quién no recuerda la hora ó el momento de su infancia, en que se dijo á sí mismo: he obrado bien, ó mal; he merecido elogio, ó reprension; castigo, ó premio?

Si, pues, no nos es dado apreciar lo que nuestra nativa flaqueza y



nuestra organizacion corporal quitan á nuestra libertad, tampoco podemos negar nuestro libre albedrío, puesto que instintivamente lo sentimos en una edad en que los sofismas no habian todavía podido turbarnos el espíritu, y que cada dia sentimos, y hasta nos mostramos satisfechos de haber obrado bien.

Voy, pues, á hablaros hermanos mios, del ejercicio de la libertad; vereis cuan injustas son las quejas que el mundo dirije á la Iglesia, cuando la acusa de sobrado minuciosa y reglamentaria, y cuan verdadera es aquella sentencia de los santos Libros: «El que es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho.» Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Sucede, queridos hermanos, con el ejercicio de la libertad, lo mismo que con el estudio de otra facultad cualquiera. No quisiera se creyese que voy á entreteneros con un juego de palabras; empero no puedo ménos de deciros que, en la práctica, el más ámplio y fecundo ejercicio de la libertad consiste en hacer metódicamente las cosas, hasta las más pequeñas.

Digo, metódicamente; palabra árida, y por lo mismo que huele á escuela y á sabiduría humana, parece que se aplica mal al tratarse de cosas de Dios. Desengañaos, carísimos hermanos, y desconfiad del capricho, de la irreflexion y de la imaginacion en las prácticas cristianas. No presteis oidos á ciertas inspiraciones ántes de haber adquirido el hábito de conformar vuestra voluntad á la de Dios.

El método de que voy á hablaros creará este hábito, y entónces, así como el sábio que ha estudiado con perseverancia, no descuidando nada en su estudio, aplicando en toda ocasion lo que ha aprendido, examinándose, por decirlo así, cada dia, llega á poseer verdaderamente la ciencia, de suerte, que ninguna necesidad tenga de recordar textualmente los libros que ha consultado; no de otro modo el Cristiano, perfecta y metódicamente instruido en el ejercicio de su libertad en vista de la voluntad de Dios, acabará por posesionarse completamente del espíritu evangélico; todo le será fácil en la práctica del bien, que formará en él como una segunda naturaleza; y sólo entónces podrá prescindir de preguntarse á cada instante: ¿es esto bueno? ¿he obrado bien?

El método que os propongo, hermanos mios, método que puede adoptarse en cualquiera edad, por poco adelantado que se esté en la vida espiritual, consiste en tres cosas:

1.° Resolucion firme de someter en todo nuestra voluntad á la voluntad de Dios.

gion, dándole nuestros corazones y nuestras vidas si necesario fuese. Tambien os toca á vosotros un gran sacerdocio: el de dar esos sublimes ejemplos victoriosos siempre de desinterés, de pureza y de la caridad que se inmola. ¡Felices aquellos que llenen esta noble mision!

Con todo esto, hermanos mios, pensando en el triunfo externo de la religion, no olvidemos que hay uno más inmediato, más próximo. Su triunfo es vuestro corazon. Amen.

---

# FIDELIDAD EN LAS COSAS PEQUEÑAS.

*Qui fidelis est in minimo, et in magori fidelis erit.*

Quien es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho.

(LUC. XVI, 10.)

El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza sembrado en un campo. Este grano, el más pequeño de las simientes, crece y llega á ser un árbol en cuyas ramas van á descansar las aves.

Lo que es bueno progresa y es fecundo, no sólo porque produce el bien, sinó porque, segun el libro de la Vida, es acreedor á la bienaventuranza.

Lo bueno engendra el bien.

Nosotros podemos, carísimos hermanos, avanzar ó retroceder en el buen camino. Dios nos ha concedido el libre albedrío para poder añadir á los méritos de nuestro Salvador algunos méritos propios. Si nuestros actos no tuvieran mérito alguno, si nosotros no fuéramos más que unas meras máquinas, léjos de ser semejantes á Dios, nos asemejaríamos á los animales; y en este caso, el primer hombre no habria desmerecido más que una loca balanza, que un reloj descompuesto, y, por consiguiente, la reparacion del hombre por la encarnacion del Hijo de Dios seria absurda, y la ley divina inútil.

Mas, ¿hasta qué punto somos libres? Nadie puede decirlo exactamente. Sin embargo, ¿quién no recuerda la hora ó el momento de su infancia, en que se dijo á sí mismo: he obrado bien, ó mal; he merecido elogio, ó reprension; castigo, ó premio?

Si, pues, no nos es dado apreciar lo que nuestra nativa flaqueza y



nuestra organizacion corporal quitan á nuestra libertad, tampoco podemos negar nuestro libre albedrío, puesto que instintivamente lo sentimos en una edad en que los sofismas no habian todavía podido turbarnos el espíritu, y que cada dia sentimos, y hasta nos mostramos satisfechos de haber obrado bien.

Voy, pues, á hablaros hermanos mios, del ejercicio de la libertad; vereis cuan injustas son las quejas que el mundo dirije á la Iglesia, cuando la acusa de sobrado minuciosa y reglamentaria, y cuan verdadera es aquella sentencia de los santos Libros: «El que es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho.» Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Sucede, queridos hermanos, con el ejercicio de la libertad, lo mismo que con el estudio de otra facultad cualquiera. No quisiera se creyese que voy á entreteneros con un juego de palabras; empero no puedo ménos de deciros que, en la práctica, el más ámplio y fecundo ejercicio de la libertad consiste en hacer metódicamente las cosas, hasta las más pequeñas.

Digo, metódicamente; palabra árida, y por lo mismo que huele á escuela y á sabiduría humana, parece que se aplica mal al tratarse de cosas de Dios. Desengañaos, carísimos hermanos, y desconfiad del capricho, de la irreflexion y de la imaginacion en las prácticas cristianas. No presteis oidos á ciertas inspiraciones ántes de haber adquirido el hábito de conformar vuestra voluntad á la de Dios.

El método de que voy á hablaros creará este hábito, y entónces, así como el sábio que ha estudiado con perseverancia, no descuidando nada en su estudio, aplicando en toda ocasion lo que ha aprendido, examinándose, por decirlo así, cada dia, llega á poseer verdaderamente la ciencia, de suerte, que ninguna necesidad tenga de recordar textualmente los libros que ha consultado; no de otro modo el Cristiano, perfecta y metódicamente instruido en el ejercicio de su libertad en vista de la voluntad de Dios, acabará por posesionarse completamente del espíritu evangélico; todo le será fácil en la práctica del bien, que formará en él como una segunda naturaleza; y sólo entónces podrá prescindir de preguntarse á cada instante: ¿es esto bueno? ¿he obrado bien?

El método que os propongo, hermanos mios, método que puede adoptarse en cualquiera edad, por poco adelantado que se esté en la vida espiritual, consiste en tres cosas:

1.° Resolucion firme de someter en todo nuestra voluntad á la voluntad de Dios.

2.ª Preguntarnos ántes de obrar si lo que vamos á hacer es bueno ó malo, y si podríamos obrar todavía mejor, renovando con frecuencia la resolucion de someternos en todo á la voluntad divina.

3.ª Hacer todos los dias un diligente exámen de conciencia.

Muchos motivos, hermanos mios, deben determinarnos á hacer, ántes de obrar, un firme propósito general que sea como el prólogo de nuestra vida. Los tres principales son: el poder, la inteligencia y la bondad de Dios. Pocas palabras os dirigiré acerca de estos motivos.

El poder: Nosotros estamos en manos de Dios, que puede lo que quiere, y que castigará nuestra desobediencia, ó premiará nuestra sumision.

La inteligencia: Dios lo sabe todo, lo comprende todo; sabe, pues, y comprende infinitamente mejor que nosotros lo que debe conducirnos á nuestra salvacion, ó á nuestra eterna ruina.

La bondad: Dios quiere, y no puede dejar de querer nuestra salvacion.

Sí; Dios no puede dejar de querer nuestra salvacion. Inteligente, sabe cual es el camino; bueno, nos lo pone á la vista; poderoso, premia al que lo sigue, y castiga á quien de él se desvía.

El temor y la esperanza que nos inspira la idea de su poder debe hacernos obedientes á sus mandatos; la confianza, la admiracion y la fe que produce en nosotros su soberana inteligencia, ha de inducirnos á dejarnos guiar por él; y, por último, las innumerables pruebas que tenemos de su infinita bondad nos obligan á un constante agradecimiento.

2. Sentadas estas verdades, hablemos de la importancia de las cosas pequeñas. Digo, pues, que el fundamento de la salvacion de gran número de personas, es, despues de los méritos de Jesucristo, la aplicacion en conformar su conducta segun la voluntad de Dios, aún en las circunstancias más vulgares de la vida. Añado, que para habituarse á esta fidelidad, es no solo ventajoso, sinó indispensable, examinar lo que vamos á hacer ántes de obrar. Y ¿qué regla debemos seguir en este exámen? Las leyes de la Iglesia inspiradas por el Espíritu Santo, y la palabra misma de Jesucristo. Nuestra conciencia tambien nos ayudará, y puesto que nos referimos aquí á cosas comunes, no hay peligro que nos engañe, si nuestra primera educacion ha sido cristiana.

Empero; ¿cuáles son esas ocasiones vulgares y frecuentes en que podemos obrar más ó ménos bien, más ó ménos mal?

Esas ocasiones son, hermanos mios, demasiado numerosas para que pueda enumerarlas todas aquí; me limitaré, pues, á clasificarlas en ocasiones de pecar contra la humildad, la templanza y la continencia; contra la ley del trabajo, la caridad, la fe, y la esperanza; contra el culto y el honor debidos á Dios, y el respeto y la obediencia debidos á su Iglesia; contra la verdad, la justicia y los deberes del propio estado; ó en ocasiones de orgullo, de sensualidad, de pereza, de envidia y de cólera; de desconfianza, de mentira, de deslealtad, de rebeldía, etc., etc.



Padre, direis vosotros, la enumeracion que acabais de hacer comprende la vida entera; hablais de todas las virtudes y de todos los pecados; ¿por qué no nos decíais: Hermanos mios, voy á exhortaros á vivir cristianamente?

Os contestaré, carísimos hermanos: cada dia se os exhorta á vivir cristianamente, y la experiencia me ha enseñado que estas exhortaciones no bastan; por esto me ha parecido oportuno proponeros un método aplicable á todos los peligros y en todas las ocasiones. Recordad que el tentador está siempre presente, y que oculta sus asechanzas bajo las apariencias de futilidades; él os presenta como cosas indiferentes lo que tiene mucha importancia, y os induce á cometer ciertos pecados veniales en los cuales apénas fija su atencion vuestra conciencia, y que, sin embargo, reiterados, constituyen malos hábitos y pueden servir para haceros dar cada dia un paso más en el camino del mal.

Tomemos, al acaso, un ejemplo. Parece cosa indiferente el levantarse media hora más ó ménos tarde; sin embargo, si despues de haber dormido suficientemente no os levantais, os privais de grandes auxilios. ¿Cuál es la voluntad de Dios? Que venzais la pereza y la sensualidad; que utilizeis el tiempo, que cumplais con los deberes de vuestro estado; y, por último, que seais caritativos. Pues, bien, carísimos hermanos, si saltando de la cama utilizais aquella media hora, podeis emplearla en fervorosa oracion, en una buena lectura, en trabajos útiles á vuestra familia, ó á vuestro prójimo: podreis, tal vez, visitar á algun enfermo. En una media hora, ¡cuántos ahorros no pueden remitirse al tesoro del cielo! Recordad que el pretexto que á menudo alegan los cristianos tibios y egoistas para excusarse de practicar obras de caridad, ó para prescindir de las leyes de la Iglesia, es siempre la falta de tiempo; y, en realidad, les falta para obedecer á Dios, porque lo dán de sobra al mundo y al demonio. ¿Y cómo llegaron á este deplorable estado? Empezaron por ser infieles en las cosas pequeñas, y ahora lo son en las grandes. Durmieron mucho, y descuidaron la oracion de la mañana. El cuerpo se habituó á descansar más de lo que necesita, y ahora no les queda

tiempo para oir la palabra de Dios, y quizás muchos dias festivos ni siquiera asisten á todo el sacrificio de la misa. Supongamos, empero, que la oigan toda entera; ¿cómo asisten á ella? ¿Piensan al entrar en la iglesia, que van á tributar á Dios un homenaje *exterior* y otro *interior*? ¿Se preguntan cuáles han de ser en aquel acto las disposiciones de su alma? ¡Ah! si se lo preguntáran, oirian esta respuesta de Jesucristo: «Yo voy á inmolarme por tí; quiero que tú me ames, que me dés tu corazon. Yo desciendo de mi gloria, y quiero que tú me respetes y te humilles. Yo me sacrifico por tus pecados, y quiero que tú te arrepientas. Yo me sacrifico por todos los hombres, y quiero que tú ames á esos hombres, que corren los mismos peligros que tú, y abrigan en su pecho la misma esperanza. El amor y el respeto te prescriben el fervor y el recogimiento; la caridad para con el prójimo te prohibe toda idea de crítica, de censura, todo movimiento de envidia ó de impaciencia, si tus hermanos te distrajesen de atender á lo que se hace en el santo altar.» Quien haya comprendido esta respuesta no es fácil que peque, ni aún venialmente, durante el santo sacrificio. Mas aquel que entra en el templo, porque es indispensable hacerlo, y está habituado á ello, ó tal vez, para evitar las reprensiones de su confesor, este tal, aunque abrigue excelentes disposiciones de corazon, será infiel en cosas leves. Se inclinará á las distracciones, observará los movimientos del sacerdote celebrante, ó el peinado de la persona inmediata, ó fijará la atencion en otra cosa, porque el ardor de su caridad para con Dios y el respeto del santo lugar no serán en él suficientes para fijar exclusivamente su mente en el santo sacrificio. Nada le dirá su Devocionario aunque lo lea por intervalos. Y ¡quiera Dios que no califique de hipócrita á tal ó cual persona que, al parecer, ora con fervor; que no censure al rico que ha dado únicamente cuatro céntimos de real en la colecta, y á la señora que honra el santo lugar con un traje usado y casi raido! ¡Ah! hermanos mios, harto sabeis, y mucho mejor que yo, hasta que punto puede conducir la distraccion! Esta empieza siempre por una pequeña cosa, ó, más bien, por una leve insuficiencia de amor y de reflexion.

Empero, sobre todo, en punto á nuestras relaciones directas con el prójimo es donde aparecen más evidentes nuestras infidelidades, que comienzan casi siempre por cosas pequeñas.

¿Y qué os diré del modo con que se practica la caridad? Asunto inagotable es éste, porque, como dice cierto autor: «No hay en el Cristianismo una virtud cuya práctica deba ser más universal». Por donde quiera se ven miserables; y las miserias á que está expuesto el



hombre son tan numerosas, que, con razon puede decirse, alcanzan á todas las condiciones sociales; de suerte, que se puede ejercer la caridad lo mismo con los pobres, que con los ricos; con los desgraciados, que con los felices; con los ignorantes, que con los sábios; con los humildes, que con los orgullosos; con los difuntos, que con los vivos; en público y en privado; en la luz y en la claridad; en el hogar doméstico y fuera de él; en la corte y en el desierto; en el retiro y en las reuniones.

Es indispensable hacer limosna; vosotros la haceis, hermanos mios; mas ¿cómo? Hacer limosna no es una cosa insignificante; pero ¿os fijais en el modo de hacerla? ¡Quién sabe, si practicando la caridad pecais contra esta virtud! Al socorrer á un pobre, ¿pensais en la voluntad de Dios formalmente expresada por él mismo? ¿Teneis presente que en el pobre debeis ver á Jesucristo? ¡Ah! carísimos hermanos, si en esto pensaseis ¿experimentariais acaso el sentimiento de satisfaccion ó de orgullo que os domina al entregar vuestro óbolo? ¿Os enorgulleceriais por haber dado una insignificante moneda al Señor, que os dió toda su sangre? ¿Mostrariais ese aire de indiferencia y de superioridad, por no decir de disgusto, al tender la mano á Jesucristo? ¿Y por qué á veces preguntais si el pobre hará buen uso de vuestra liberalidad? Al deciros que al hacer limosna dais al mismo Jesucristo nuestro Salvador, Dios se propone más bien vuestra salvacion que el alivio del miserable, y de esta suerte ha preservado el mérito del don de las vanas y peligrosas consideraciones personales, y á vosotros de esa desconfianza y censura que desvirtua algun tanto vuestra caridad.

Habituaos, pues, hermanos mios, á tratar al pobre con afabilidad y con amistad; haciéndolo así, vuestra caridad se acrecentará, y os acostumbrareis á ver en el necesitado un hermano, y descubrireis en su mirada ménos desconfianza y mayor gratitud. Y al hacer limosna á las almas, dando buenos consejos y consolando á los tristes y afligidos, ¿no habeis alguna vez pecado en la forma? ¿No hubo en ello imprudencia por parte vuestra? La verdadera caridad hace el corazon inteligente, y, á su vez, la práctica de ciertas atenciones la acrecienta. Dios fija sus miradas en vuestros esfuerzos y en vuestro cariño, y os otorga con mayor abundancia la gracia del amor.

Procuraos, hermanos mios, esa mayor abundancia, evitando, en cuanto os sea dable, lo que podria llamarse murmuracion indirecta. Al hablar de vuestro prójimo, evitad toda palabra, toda inflexion de voz, toda reticencia, que pueda disminuir el bien que de él habeis dicho. Sea vuestra mirada benévola; y si la justicia y la verdad os

prohiben en la conversacion hablar bien de vuestro hermano, no lo deis á entender por un gesto ó movimiento de cabeza: en semejante caso, cambiad de conversacion, pero de manera que nadie perciba vuestro propósito. Algo difícil es una transicion de este género, convengo en ello; mas no por esto se ha de desmayar; la buena intencion es fecunda en recursos. Por otra parte, es muy fácil librarse de semejante peligro absteniéndose de frecuentar reuniones donde se murmura sin piedad.

No es ménos necesario, hermanos mios, hablar de los pecados, aunque leves, á que nos arrastra la imaginacion, y á los cuales uno se habitúa, por más que sean tan fatales, que, con frecuencia, pervierten á ciertas personas hasta un punto que parece increible. Tan cierto es esto, que los mismos chismógrafos concluyen por no saber ya distinguir en sus cuentos lo que en verdad ha sucedido, de lo que ellos han añadido de su cosecha. Esto se califica por algunos de agradable; á las personas sensatas les parece, cuando ménos, ridículo, pero nunca agradable, porque es imposible que un espíritu relajado sobre este punto, por el hábito de inventar mentirillas, al parecer indiferentes, demuestre elevacion de ánimo en las cosas sérias, y conserve la rectitud de corazon. La voluntad de Dios es, que se diga siempre la verdad. Antes de hablar, pensad bien lo que vais á decir.

En los ayunos, ¿observais el espíritu del ayuno? En los dias de abstinencia, ¿os mostrais sóbrios? Examinad si vuestra observancia es quizás farisáica, y por consiguiente de ningun mérito. La costumbre de vencer la gula os proporcionará fácilmente gloriosas victorias, porque en los apetitos sensuales todo tiene íntima relacion, como la tienen en el alma todas las virtudes. Así como el bien engendra la virtud, el mal es fecundo para el vicio.

Y como la virtud perfecta es producida por el amor de Dios y del prójimo, me permitireis, hermanos mios, citaros las palabras de un santo: «El pelo de cabra presentado al tabernáculo era aceptado, y las pequeñas acciones que proceden de la caridad son gratas á Dios y meritorias. En el alma caritativa, no sólo las obras excelentes por su naturaleza, si que tambien las pequeñas, participan del santo amor y despiden buen olor ante la magestad de Dios, quien, en premio de ellas, *acrecienta* la caridad. Y la acrecienta porque la caridad no crece como un árbol que extiende sus ramas y hace por su propia virtud salir las unas de las otras, sinó que se aumenta y perfecciona por la bondad divina, en la que tiene su orígen.»

Así es como brota y crece el grano de mostaza, que, sin el calor y



el rocío del cielo, permaneceria estacionario, ó desapareceria para siempre de la tierra.

«Puesto que hemos recibido la caridad de la bondad divina, debemos siempre volver y fijar la vista hácia aquel lado.» Debemos en todo obrar segun la voluntad de Dios, pues la buena intencion es premiada con la gracia que acompaña la fortaleza necesaria para pasar de las pequeñas cosas á las grandes. Por otra parte, Dios se digna aceptar las pequeñas ofrendas, tales como son en el momento mismo en que se las presentamos. «Bien así como en el tesoro del templo fueron muy aceptas las dos monedas de la pobre viuda, y por la acumulacion de pequeñas cantidades se aumentan los caudales, no de otro modo las obras más insignificantes, aunque hechas á veces con cierta tibieza, y no segun todas las fuerzas de la caridad, son agradables á Dios y tienen verdadero valor en su presencia, por cuyo motivo las recompensa ahora con el aumento de la caridad, como las premiará con grados de gloria en el cielo.»

Solo me falta, hermanos mios, deciros algunas palabras acerca del exámen de conciencia que debeis practicar ántes de acostaros. Vosotros conoceis ya las ventajas generales de este exámen; pero quizás no fijais en él toda vuestra atencion, ni lo haceis con la minuciosidad que de suyo requiere. Si estuvieseis íntimamente persuadidos de que las cosas pequeñas no son en ningun caso indiferentes, examinariais vuestras más insignificantes acciones; os fijariais en vuestros deseos, en vuestros pensamientos, y en los movimientos todos de vuestro corazon. No olvidariais nada de lo que habeis practicado durante el dia, segun los deberes de vuestro estado y de vuestra profesion; pues esos actos que se renuevan todos los dias, y que, en apariencia, son siempre los mismos, pueden ir precedidos, acompañados ó seguidos de disposiciones buenas ó malas, de ardor, de celo, ó de tedio; de esperanza, de resistencia, de sumision ó de aspereza; de malevolencia y de envidia. Y el dia siguiente recordariais el exámen de la noche anterior y las buenas resoluciones que hubieseis tomado, y entónces os diriais que siendo cristianos, debeis ruborizaros de sucumbir á la tentacion, despues de haber hecho tan firmes propósitos.

Y para acabar santamente el dia, procurad, hermanos mios, dormiros pidiendo á Dios, que al dormiros un dia en brazos de la muerte, podais comparecer tranquilos delante del Juez supremo, que lleva cuenta exacta de todas nuestras obras, pequeñas y grandes. Plegue al Señor que haciendo bien las cosas pequeñas, merezcais abundancia de gracias, que os hagan dignos de un premio eterno, que á todos os deseo. Así sea.

# GOZOS FUNESTOS.

*Plorabitis vos, mundus gaudebit... Tristitia vestra vertetur in gaudium.*

Llorareis mientras el mundo se regocijará... Pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.

(JOANN. XVI, 20.)

Las penas y aflicciones que Dios nos envia son pruebas y otros tantos medios de salvacion.

El mundo desconoce esta verdad. En vez de santificar las penas, aceptándolas de buena voluntad, las rechaza, por el contrario, murmura de ellas y hasta llega á maldecirlas; y como para combatir su destino espiritual, busca una compensacion terrenal de ellas en los placeres y en los goces fútiles, peligrosos, ó criminales: *mundus gaudebit.*

El cristiano, por el contrario, como que no busca en las consecuencias del pecado original una compensacion pasagera, tampoco huye, sinó en cierta proporcion, de las penas y de las lágrimas. Encuentra más de un motivo de afliccion desconocido al mundo, en la fragilidad de su naturaleza, en la contradiccion, en los males que pesan sobre sus hermanos, en su temor de desagradar á Dios, y, finalmente, en la meditacion de lo que padeció Jesucristo por nuestra salvacion: *plorabitis vos.*

Pues bien, hermanos mios, voy á deciros con Nuestro Señor, que vuestro llanto debe preferirse á la alegría de los mundanos, y que en el fondo de vuestras aflicciones y de vuestra tristeza, hay cierta serenidad y un gozo más verdadero, más sólido y saludable que el regocijo aparente del mundo.

El gozo del mundo es falso, frágil y peligroso: primer punto.

El gozo cristiano, acompañado de lágrimas, es verdadero, sólido y saludable: punto segundo. Imploremos los auxilios de la gracia: A. M.

1. El gozo del mundo es falso, porque no está en relacion con su objeto, unas veces por error, otras por su desproporcion. Me explicaré:



Si el gozo proviene de lo que debería producir afliccion, es á todas luces falso. Ahora bien; examinad rápidamente las cosas de que el mundo se enorgullece, ó se regocija, y casi siempre reconocereis en ellas las ocasiones de caida, ó, cuando ménos, la satisfaccion consumada de malas pasiones.

En el mundo, regocíjase el ambicioso del feliz resultado de una operacion, sin preguntarse si los medios empleados fueron la intriga, la mentira, la violencia ú otra mala pasion, que tal vez haya causado la perdicion de algunas almas.

En el mundo, la mujer que brilla y es adulada, se recocija de su belleza, de sus adornos, de sus triunfos en el baile ó en los salones, sin pensar en si ha mentido, infundiendo esperanzas que son en sí verdaderas faltas, ó bien si se ha puesto en la alternativa de un embuste tácito, ó de otro pecado mortal. No ve ella lo que es en realidad una mujer impúdica y mentirosa; pues en la mujer llamada coqueta, la castidad material no impide el que falte á la pureza.

En el mundo causa regocijo una feliz operacion de Bolsa, que al enriquecer á uno, arruina á otro.

Tambien se regocijan los mundanos por una herencia, y rien sobre el sepulcro de personas que fingian amar con ternura.

¡Ah! no es del caso exclamar aquí! *Væ vobis divitibus, væ vobis qui ridetis!*

Lo que con frecuencia debiera causar vergüenza y hacer derramar lágrimas, es, por el contrario, motivo de regocijo en el mundo.

En segundo lugar, hermanos mios, la alegría del mundo es falsa muchas veces, no por error, sinó por desproporcion, ó sea, porque los mundanos atribuyen exagerada importancia á tal ó cual cosa, que si no es mala en sí misma, expone á grandes peligros por el mero hecho de que se la toma por el soberano bien, con gran perjuicio de los bienes espirituales.

Por ejemplo, una jóven, sin ser una coqueta impúdica, fija toda su atencion, todos sus deseos en la adquisicion de un bello traje. Piensa en este traje ántes y despues de haberlo adquirido. Este traje forma una época en su existencia, sobre todo, si por él ha sido muy felicitada.

Un artista, un escritor, se considera feliz si consigue que el público le aplauda. El orgullo tendrá una parte en su gozo; quizás no estaria ni de mucho tan satisfecho si hubiese salvado la vida de un prójimo.

Un comerciante atiende al progreso de su fortuna con más atencion y gozo que al progreso espiritual de su hijo.

Una madre de familia se extasia ante las naderías de su hijo; y su gozo no se turba sinó por el temor de una muerte precoz reservada á esa inteligencia anormal. Si la pobre mujer, cuyas ridiculeces nos sentimos inclinados á perdonar, fijase su atencion más en el corazon que en la inteligencia de su hijo, esperaria á regocijarse cuando viera desarrollarse en su hijo los buenos sentimientos.

Pudiera yo multiplicar los ejemplos de un gozo que no tiene proporcion alguna con su causa. Me bastará, empero, hablaros, en general, de los que se creen felices solo porque gozan, sin turbacion de ningun género, de los bienes de este mundo. Nacieron ricos, viven en la opulencia, y morirán en ella; sus mujeres les son fieles, sus hijos están bien colocados. ¿Quién no se consideraria feliz en su lugar? Por cierto que semejantes hombres no tienen que quejarse de la Providencia; sin embargo, un dia se quejarán de sí mismos, por haberse dormido en brazos de su bienestar. Su gozo es falso porque no va acompañado de un saludable temor, y porque no piensan en pedir á Dios bienes más preciosos, sinó que paralizando en sí mismos el deseo de los goces espirituales, no se cuidan de buscarlos, por cuyo motivo es de temer que Dios les diga un dia: ¡Ay de vosotros, corazones tibios, que habeis hallado en la tierra vuestro gozo y vuestro soberano bien! *Væ vobis qui habetis consolationem vestram!*

El gozo del mundo, es, pues, falso; demostremos ahora, que es además tan frágil como su objeto.

¡Mundano! ¿cuál es la causa de tu gozo?

—Mi salud, contestas. En torno mio, todos se mueren, y yo, por el contrario, rejuvenezco.—Pero: ¿has reflexionado que basta un minuto, un segundo, para quitarte la vida? ¡Cuántas personas más robustas han muerto de un accidente! Teme que una caida, un perro rabioso, el cólera, un ataque de apoplegía, acabe con tu existencia; teme, en fin, á Dios, y no estarás tan contento.

—Soy rico.—Teme una quiebra, un naufragio, un pedrisco, el robo, el incendio, y ármate con este temor para que no seas un dia víctima de la desesperacion.

—He sido afortunado en mis empresas. Los que me graduaban de ambicioso, ahora me aclaman grande.—Teme á Dios: hombres mucho más elevados que tú, han caido.

—Gozo del favor público.—Los tricornios, los sombreros de copa alta, las pelucas, las colas, y las alas de palomo, gozaron tambien de él.—Además, tengo talento!—Supongamos que sea cierto que lo tengas; reflexiona que el público carece de él; puede pues tu génio, suscitarte envidiosos, y éstos formar una cábala que acabe con tu



triunfo, y te haga morir desconocido y hasta dudando de tí mismo. Hermanos mios, una sola cosa es la que el prójimo no puede quitarnos: la buena conciencia.

Amigo mio; ¿cuál es la causa de tu gozo?

—La caida de mis advesarios, la humillacion de aquellos que eran el objeto de mi envidia.—Tu detestable gozo es frágil, y quisiera extinguirle. Tú eres envidioso; pues yo te digo que sufrirás mucho, y que sufrirás siempre, á ménos que la caridad te cure. Cuando no envidies la dicha de unos, tendrás envidia de la felicidad y de la tranquilidad de otros. Llevas contigo un vicio groseramente gloton, que nunca se dá por satisfecho; y aún llegando á ser el más afortunado de los mortales, tu envidia hallaria siempre algun pretexto para lamentarse. El rico envidioso se queja de las tribulaciones del impuesto, de la paralizacion de los negocios; y á creerle, los cuidados de la propiedad no son ménos crueles que los de la indigencia. Todo sucesivamente será objeto de tu envidia, todo, hasta la santa resignacion del pobre y la calma del inocente oprimido. Dichoso aún, si llegado hasta este punto, en las evoluciones de tu deseo, comprendes por fin, en qué consiste tu verdadero y sólido interés.

—Yo estoy plenamente satisfecho; cultivo la literatura, las artes y la filosofía; poseo una vasta y escogida biblioteca; doy conciertos en mi casa, donde oigo la mejor música: es admirada mi selecta galeria, y, finalmente, Dios me ha concedido los medios de satisfacer mi exquisito gusto y todos mis antojos, que nada tienen de culpable.—No censuro yo el goce, hermano mio, cuando no es exagerado; pero permíteme te diga, que es tan frágil como su causa. Si perdieras la vista, ¿gozarías con la posesion de tus cuadros? Si ensordecieras, ¿te recrearias en tus conciertos? ¿y qué harias si te vieses reducido á la pobreza...?

De suerte, hermanos mios, que el gozo, aún el más lícito, es frágil cuando se funda únicamente en bienes terrenos. Lo es, en primer lugar, porque estos bienes son perecederos y pueden abandonarnos; y luego, porque un dia tendremos que dejarlos. Y puesto que al morir hemos de abandonarlos, ¿no seria insensato el que formara de ellos el principal objeto de su gozo?

El gozo de los mundanos es, por último, peligroso.

No puede dejar de serlo, porque siendo, como hemos visto, falso y frágil, ocupa en la vida un lugar que no permite al verdadero y santo gozo el acceso al corazon y al espíritu. El error excluye la verdad.

Falso en su objeto, excluye al verdadero gozo, al gozo cristiano, que dimana de la buena conciencia y de la esperanza en los méritos

de Jesucristo. En efecto, ¿cómo se puede pensar con fruicion en las promesas que Dios dirige á sus fieles, cuando se goza en lo que se opone á sus mandamientos? ¿Se puede servir á la vez á Dios y á Satanás? Si en medio de los gozos que produce el éxito en el mal, quisiera alguien gozarse por haber hecho un poco de bien, este último gozo seria al punto turbado por aquéllos, que triunfarán de toda dulce emocion producida por la obediencia á la voluntad de Dios.

El gozo mundano es, además, peligroso, porque es enemigo de la mortificacion cristiana, prescinde poco á poco de las restricciones que nos recuerdan la cristiana educacion, el ejemplo de deudos formales y dignos, y el sentimiento del deber, refugiado en los últimos pliegues de la conciencia.

Alentado por los cómplices de sus satisfacciones, el que ama los goces mundanos no halla ningun atractivo sinó en las riquezas, en la futilidades, en la intriga, en las cosas temporales, y, por último, cae en una completa indiferencia por todo lo que interesa á su alma.

*Mundus gaudebit.* Sí; el mundo se regocijará; pero, ¿cuál será el fin de su regocijo?

2. El gozo del cristiano, aquel gozo que se experimenta aún en el seno de la afliccion, no es ruidoso. Frecuentemente ni siquiera puede ser adivinado, porque es íntimo, discreto, y el cristiano, para conservarlo, ninguna necesidad tiene de ostentarlo, ó de proclamarlo con estrépito.

Este gozo secreto subsiste aún en medio de las pruebas, *plorabitis vos*, porque, al contrario del gozo mundano, es verdadero, sólido y saludable. No insistiré, hermanos mios, acerca de esos caractéres: basta trocar todas mis proposiciones sobre el gozo mundano. Así, pues, el gozo cristiano es verdadero, porque por grande que sea, siempre está en armonía con la naturaleza de su objeto, y no puede pecar por exceso como el gozo mundano, que, aún siendo lícito, es exagerado. La causa de nuestro gozo, de este gozo que no nos abandona ni aún en medio de las lágrimas y de las penas, es Dios, es Jesucristo, es la salvacion, la felicidad eterna: luego, es el soberano bien. Hé ahí porque los mártires cantaban en los suplicios; hé ahí porque la muerte cristiana es tranquila, serena y á veces estática. Nunca será excesivo el gozo dimanado de semejante objeto; es el gozo que nace de la fe, la esperanza y la caridad. Nosotros *creemos* que Dios quiere salvarnos, y que derramó su sangre para redimirnos; nosotros *esperamos* alcanzar la gloria con la ayuda de los méritos de Jesucristo; finalmente, nosotros *amamos* á Dios como el mejor de los



padres, á quien veremos un dia en su gloria, sonriendo y radioso: nuestro gozo es, pues, un gusto anticipado de la beatitud.

El gozo del cristiano es sólido, porque su objeto, su causa, es imperecedera é inmutable. Dios no es caprichoso, las promesas de Jesucristo no fallarán, y las recompensas que él nos reserva son eternas.

El gozo cristiano es saludable, porque es conforme á la voluntad de Dios, quien se ha dignado conceder á una buena vida esta recompensa, que excluye necesariamente el gozo funesto. Es saludable, porque él se dá testimonio á sí mismo, se acrecienta, y, á la par del gozo humano, es invasor; pero por una causa muy distinta. Es invasor, no porque el cristiano halle imitadores, á la manera que el mundano halla cómplices; no porque desee desconocer el mundo, como el mundano busca aturdirse sobre la verdad; ni, en fin, porque el bien, lo mismo que el mal, tienden por naturaleza á progresar; sinó porque la reflexion no puede ménos que confirmar este gozo cristiano, puesto que su objeto es verdadero é inmutable, y las mismas aflicciones no pueden dejar de acrecentarle en un corazon que en las pruebas reconoce un beneficio.

Por lo tanto, hermanos mios, preciso es dar gracias á Dios por haber puesto en el gozo de sus fieles servidores más principios de desenvolvimiento que en los gozos falsos, exagerados ó criminales.

Finalmente, hermanos mios, miéntras que el gozo criminal conduce á los abismos, *ad inferna descendunt;* miéntras que el gozo exagerado y fútil retarda la salvacion, cuando no la impide; el gozo cristiano no sólo queda justificado por un gozo mayor, sinó que las aflicciones que lo acompañan son coronadas por un gozo eterno. Vosotros llorais, amigos mios, y el mundo sonrie; pero tened paciencia; vuestro corazon se regocijará y nadie podrá arrebataros vuestro gozo, porque vereis al Salvador eternamente. Entónces no os acordareis de vuestros pasados dolores, que, con la asistencia de Dios, habrán engendrado en vosotros mismos un hombre nuevo, un ejemplar de Jesucristo; en una palabra, os habreis transformado en escogidos de Dios: *Tristitia vestra vertetur in gaudium.*

No envidiemos, pues, hermanos mios, los falsos gozos de los mundanos. Aquel que no conoce las lágrimas, es desgraciado, porque no piensa en purificarse, y recibe ya en este mundo la recompensa del poco bien que practica. El que por los males terrestres busca una compensacion en los placeres, ignora su destino, y no llegará al término que desea. El soberano bien no es de este mundo.

A pesar de las tentaciones, de los malos ejemplos y de las aparien-

cias de felicidad que nos presentan los mundanos, á pesar de nuestras aflicciones, ¡qué digo! á causa de nuestras mismas aflicciones, dirijamos constantemente nuestras miradas y elevemos nuestros corazones hácia el cielo, y obtendremos, en el seno de Dios, la paz y el gozo eterno, frutos dichosos que el Espíritu Santo habrá cultivado en nuestras almas. *Fructus spiritus gaudium, pax* (GAL. v).

---

# GRACIA

## (LA)

## Y SUS PRODIGIOS.

---

*Gratia Dei sum id quod sum.*
Por la gracia de Dios soy lo que soy.
(I COR. xv, 10.)

Fundar una religion nueva es obra tan superior á las fuerzas humanas, que donde quiera que se intenta tal empresa sériamente, es recibida con una sonrisa de compasion. No hay mortal capaz de representar un nuevo Moisés, un nuevo Cristo, sin que su nombre caiga herido del más soberano ridículo. ¿De dónde viene esta disposicion del espíritu en nuestros dias? ¿Será tal vez la dificultad de escoger dogmas y mandamientos, que sean del agrado de los que no aceptan los del Evangelio? ¿Será debido al sentimiento implícito de la inmortalidad del Cristianismo? No lo creo; el mayor obstáculo, la principal dificultad que se opone al éxito de todas las revelaciones de lo porvenir, no consiste en producir dogmas que engendren la certidumbre, sinó dogmas que tengan una eficacia práctica y que engendren la santidad. Sí; á mi parecer, una de las más bellas pruebas del Cristianismo es este poder de santificacion: todo símbolo que excluye á Nuestro Señor Jesucristo, autor de la gracia que santifica, es una simple especulacion. Solo el Cristianismo, pasa de las ideas de la humanidad á las costumbres; está probado por sus prodigios, y



aún más por sus virtudes; pues, y en esto apelo á las leyes ordinarias de la naturaleza, un santo es un milagro casi tan brillante como la resurreccion de un hombre. ¿Cuál es la causa de que el Evangelio no haya sido un sistema moralmente estéril como la república de Platon? ¿En qué consiste que nuestra religion, que tan sábiamente sabe disertar en una escuela, sabe aún mejor resistir y sufrir en los diferentes palenques que sus perseguidores le han abierto? ¿Por qué obtiene de nosotros, no una simple adhesion, como los sistemas filosóficos, sinó una adhesion sin límites, llena de sacrificios y que cuesta el bienestar, la gloria y la vida? Es que tiene una influencia misteriosa, influencia que da el movimiento al mundo moral que nos rodea, y que no puede ser contrahecha por la audacia de los innovadores, en cuyo Evangelio falta siempre, como al gran Arquímedes, el punto de apoyo para levantar el mundo; esta influencia no se prueba como una teoría, sinó como un hecho último y soberano; no se encuentra á fuerza de argumentos ni en la punta de los telescopios, es preciso sentirla; no reside en los cielos, sinó que obra en las profundidades de la conciencia, y se llama la gracia de Dios.

Hay en estas palabras: *la gracia de Dios*, un encanto infinito que prueba nuestra debilidad y nos inspira una dulce confianza, cuyo principio no reside en nosotros mismos, porque expresa la idea de una fuerza superior y agena á nuestra naturaleza. Pues bien; el linaje humano, que se complace en descansar, confiado en la gracia de Dios, como el inocente niño reclina la cabeza en el seno de su madre; el linaje humano, que nada proyecta, espera ni decide que no sea por la gracia de Dios; no la conoce. Voy, pues, á manifestárosla; y si encontrais el principio de este discurso algo árido, espero que el fin no lo será. Vosotros, los que quisierais sacudir el peso de vuestras cadenas, y que no lo intentais por temor á las dificultades; que no veis en la virtud otra cosa que un ideal quimérico expuesto á las miradas de algunos místicos alucinados, y que, habiéndola buscado vanamente en los principios filosóficos, no habeis creido que puede hallarse en el sacrificio religioso; vosotros, los que no habeis visto en ella más que el resultado del temperamento y de las mil pasiones que agitan cada existencia; vereis que la virtud es un efecto de la gracia oculta en el sacramento. Dividiremos el asunto en dos puntos:

Primero: cómo penetra la gracia hasta las profundidades de la moralidad humana.

Segundo: cuáles son los prodigios que opera.

Imploremos ántes las gracias del Espíritu Santo. A. M.

cias de felicidad que nos presentan los mundanos, á pesar de nuestras aflicciones, ¡qué digo! á causa de nuestras mismas aflicciones, dirijamos constantemente nuestras miradas y elevemos nuestros corazones hácia el cielo, y obtendremos, en el seno de Dios, la paz y el gozo eterno, frutos dichosos que el Espíritu Santo habrá cultivado en nuestras almas. *Fructus spiritus gaudium, pax* (GAL. v).

---

# GRACIA

## (LA)

## Y SUS PRODIGIOS.

---

*Gratia Dei sum id quod sum.*
Por la gracia de Dios soy lo que soy.
(I COR. xv, 10.)

Fundar una religion nueva es obra tan superior á las fuerzas humanas, que donde quiera que se intenta tal empresa sériamente, es recibida con una sonrisa de compasion. No hay mortal capaz de representar un nuevo Moisés, un nuevo Cristo, sin que su nombre caiga herido del más soberano ridículo. ¿De dónde viene esta disposicion del espíritu en nuestros dias? ¿Será tal vez la dificultad de escoger dogmas y mandamientos, que sean del agrado de los que no aceptan los del Evangelio? ¿Será debido al sentimiento implícito de la inmortalidad del Cristianismo? No lo creo; el mayor obstáculo, la principal dificultad que se opone al éxito de todas las revelaciones de lo porvenir, no consiste en producir dogmas que engendren la certidumbre, sinó dogmas que tengan una eficacia práctica y que engendren la santidad. Sí; á mi parecer, una de las más bellas pruebas del Cristianismo es este poder de santificacion: todo símbolo que excluye á Nuestro Señor Jesucristo, autor de la gracia que santifica, es una simple especulacion. Solo el Cristianismo, pasa de las ideas de la humanidad á las costumbres; está probado por sus prodigios, y



aún más por sus virtudes; pues, y en esto apelo á las leyes ordinarias de la naturaleza, un santo es un milagro casi tan brillante como la resurreccion de un hombre. ¿Cuál es la causa de que el Evangelio no haya sido un sistema moralmente estéril como la república de Platon? ¿En qué consiste que nuestra religion, que tan sábiamente sabe disertar en una escuela, sabe aún mejor resistir y sufrir en los diferentes palenques que sus perseguidores le han abierto? ¿Por qué obtiene de nosotros, no una simple adhesion, como los sistemas filosóficos, sinó una adhesion sin límites, llena de sacrificios y que cuesta el bienestar, la gloria y la vida? Es que tiene una influencia misteriosa, influencia que da el movimiento al mundo moral que nos rodea, y que no puede ser contrahecha por la audacia de los innovadores, en cuyo Evangelio falta siempre, como al gran Arquímedes, el punto de apoyo para levantar el mundo; esta influencia no se prueba como una teoría, sinó como un hecho último y soberano; no se encuentra á fuerza de argumentos ni en la punta de los telescopios, es preciso sentirla; no reside en los cielos, sinó que obra en las profundidades de la conciencia, y se llama la gracia de Dios.

Hay en estas palabras: *la gracia de Dios*, un encanto infinito que prueba nuestra debilidad y nos inspira una dulce confianza, cuyo principio no reside en nosotros mismos, porque expresa la idea de una fuerza superior y agena á nuestra naturaleza. Pues bien; el linaje humano, que se complace en descansar, confiado en la gracia de Dios, como el inocente niño reclina la cabeza en el seno de su madre; el linaje humano, que nada proyecta, espera ni decide que no sea por la gracia de Dios; no la conoce. Voy, pues, á manifestárosla; y si encontrais el principio de este discurso algo árido, espero que el fin no lo será. Vosotros, los que quisierais sacudir el peso de vuestras cadenas, y que no lo intentais por temor á las dificultades; que no veis en la virtud otra cosa que un ideal quimérico expuesto á las miradas de algunos místicos alucinados, y que, habiéndola buscado vanamente en los principios filosóficos, no habeis creido que puede hallarse en el sacrificio religioso; vosotros, los que no habeis visto en ella más que el resultado del temperamento y de las mil pasiones que agitan cada existencia; vereis que la virtud es un efecto de la gracia oculta en el sacramento. Dividiremos el asunto en dos puntos:

Primero: cómo penetra la gracia hasta las profundidades de la moralidad humana.

Segundo: cuáles son los prodigios que opera.

Imploremos ántes las gracias del Espíritu Santo. A. M.

1. La gracia, segun la teología, es un don gratuito y sobrenatural concedido por Dios á la criatura racional para que pueda alcanzar la vida eterna.

Por excelente que sea este don, más fácil es apreciarlo por sus resultados que por su naturaleza. La gracia, con relacion al corazon, es el placer que nos causan las buenas acciones; es esa dicha que produce la virtud, como la caida nos la producia en el pecado; es, como se ha dicho, la concupiscencia del bien, equilibrando en nosotros la concupiscencia del mal, y una especie de poder suspendido sobre la naturaleza caida y que tiene cierto atractivo para elevarla sobre sus playas, como la luna para levantar los mares.

La gracia, considerada con relacion á la conciencia, es esa voz de Dios, que nos recompensa ó nos castiga despues de cada una de nuestras acciones libres, y que no procede de nosotros mismos, porque resuena á nuestro pesar; es esa infusion de Jesucristo, que mezcla celestiales elementos á nuestra terrestre miseria, accion enérgica y suave á la vez, que perfecciona nuestra libertad en vez de violentarla.

La gracia, con relacion al espíritu, es la solucion de una dificultad espantosa. Sirve, en efecto, de contrapeso en las tendencias humanas á la corrupcion original, sostiene al hombre suspendido entre dos corrientes sublimes, que, balanceándole, forman un órden sublime, pero que trastornarian el mundo moral si la una absorviera á la otra. Por ejemplo, sin la gracia, el pecado original, esto es, la culpabilidad de todos por la falta de uno, seria una iniquidad incomprensible; pero, por la gracia, de la misma manera que todos pecaron en Adan, todos son purificados en Nuestro Señor Jesucristo. La imputacion de un pecado que no fué nuestro, se equilibra por la de un mérito que tampoco lo es. El beneficio de la solidaridad espiritual compensa la desgracia de la solidaridad carnal; y siéndonos para el bien, el segundo Adan, lo que para el mal el primero, una gran misericordia hace frente á un gran castigo en el plan divino; polos sublimes, que, se contrabalancean, como en Dios la justicia y el amor justifican perfectamente el pecado hereditario por una redencion, que no lo es ménos.

Pero ¿de qué manera esta gracia, es decir, esta virtud que diviniza los pobres gusanos de la tierra y abre á los hijos de Adan el camino de la eterna gloria, de qué manera, decimos, le será aplicada?

Desde luego, por el solo hecho de la muerte de Cristo, el hombre no puede ser restaurado, porque esta seria una redencion inmoral que le salvaria sin poner nada de su parte. Para que la gracia sirva



enérgicamente á las debilidades de este mundo, es preciso que nos sea aplicada por un acto de nuestra voluntad y en proporcion de nuestro concurso. A este fin, Dios ha establecido canales por donde llegue hasta nosotros: pero, la gran via por donde desciende la fecundidad celestial al alma de los mortales; el agua viva que hace florecer las virtudes en el fango de nuestra corrupcion, son los sacramentos. En efecto, en estas abluciones profundas, el Cristianismo ha sumergido al universo, llegado á ser su catecúmeno, para borrar de él las manchas de cuatro mil años. No ha sido por medio de ideas, sinó por el de prácticas fecundas, que ha dado al mundo ese trage de inocencia, en presencia del cual, si el paganismo resucitara, no reconoceria al linaje humano de su tiempo; no hay entre nosotros nadie tan fuerte que, en el momento que las exclusas de la gracia se cerraran sobre su cabeza, pudiera contar por sí mismo, con veinte y cuatro horas de virtud. Esos estériles contempladores del mundo que aspiran á la virtud cristiana, olvidando los medios de moralidad, no hacen otra cosa que comenzar de nuevo la famosa tela de Penélope. Este es, en efecto, un trabajo simple y sencillo, que consiste en la investigacion séria del problema de los efectos sin causa, lo que llamaba Voltaire en su mordaz lenguaje, perder su alma sirviendo al mismo tiempo de escarnio. Por medio de los sacramentos es como la gracia se inocula en la moralidad humana: para no fatigaros deduciré de los hechos la prueba, que tan cómodamente podria deducirse de la doctrina.

Sí; yo siento el axioma, que un hombre provisto de ese viático divino, que llamamos sacramentos, practica más virtudes que un indiferente, aún cuando sean iguales en ambos las pasiones. Siento tambien este otro, que con iguales pasiones, un pueblo que no admita la Penitencia y la Eucaristía, descenderá moralmente por bajo de otro pueblo que confiese y comulgue.

Tal vez se nos oponga la pretendida pureza de ciertas poblaciones rusas y anglicanas, y la relajacion de otras católicas; pero váyase con cuidado antes de pronunciar tal juicio, que tiende á hacer descender pueblos católicos y pátria de santos, por bajo del embrutecimiento moscovita y de la inmunda sentina del anglicanismo. Los que así hacen traicion á su país por ódio á Jesucristo, desertando como enemigos, son grandes criminales, y si fueran sorprendidos en la misma direccion sobre un campo de batalla, pagarian con su cabeza la infamia de su traicion.

Se cita á Inglaterra. Todo ha sido dicho y repetido hasta la saciedad; los pueblos que tienen ménos virtudes son los que afectan y

hacen alarde de más rígidas costumbres. El mundo puede ser engañado por estas hipócritas apariencias; pero el sacerdocio, que tiene la costumbre de leer en esas miserias, desprecia la falsedad de los que engañan y la frivolidad de los que se dejan engañar. Por otra parte, es que vosotros, los que hablais con tanto optimismo; ¿habeis estudiado las inmundicias de Lóndres y de ese archipiélago religioso, de mil matices y mil contornos que se llama América? ¡Ah! procedeis con los pueblos católicos de la misma manera que con los buenos cristianos, contais sus defectos, cerrando los ojos para no ver sus virtudes: se trata de pueblos que se os parecen, de pueblos anticatólicos; entónces echais un espeso velo sobre sus vicios, ponderando sus virtudes con enfática apoteósis, y con semejantes elementos pronunciais vuestros juicios sobre los pueblos y los individuos. ¿Hay algun justo aquí abajo, que no pueda llevarse al suplicio con una justicia que recuerda la de Caifás?

Anteriormente he sentado la igualdad en las pasiones. Pero ¿creeis vosotros que sus ímpetus sean lo mismo entre los hielos de la Siberia, bajo los frios vapores de la Alemania, que en la ardiente zona de España é Italia? ¿En qué vendria á parar la tan decantada rigidez de ciertas naciones heréticas, si recibieran sobre sus miembros los rayos de ese sol que abrasa nuestra sangre? Allí se echarian menos esos dos moderadores, tan poco apreciados por los que nos han legislado, y que se llaman la Penitencia y la Eucaristía. El error ha huido de los países difíciles de gobernar á causa de su temperamento, para refugiarse en climas en donde el sol no calienta vivamente las pasiones. Si se aboliera el confesionario más allá de los Alpes, ó de los Pirineos, se escaparian de nuestros templados climas los más fétidos miasmas, y los vientos del mediodía arrojarian su ponzoña sobre el resto de la Europa; entónces los sábios espantados dirian al sacerdocio: Abrid nuevamente las piscinas probáticas, á fin de que podamos sumergir las naciones gangrenadas en las olas del Siloé.

Me direis, quizás, que no podeis admitir que una accion tan milagrosa pueda salir de signos tan vulgares: pues precisamente porque la fuerza ha salido de tan modesta apariencia, el milagro es más digno de Dios y de mi fe. Os escandalizais de este signo; pero, como estais formados de carne y de espíritu, es preciso que la forma del sacramento sea sensible para que os sea anunciado y no seais juguete de una perpétua alucinacion. Todas las cosas, se ha dicho, tienen su signo bajo el sol; ¿por qué, pues, la gracia de los sacramentos no ha de tener tambien el suyo? Con un espaldarazo haceis un caballero; ¿y os sonreis porque con un poco de agua hacemos un



cristiano? Con vuestra firma, esto es, con vuestro nombre por escrito, creais y destruís infinitas cosas; ¿y moveis la cabeza con aire de duda cuando Dios, con una sola palabra, pronuncia sobre vuestra alma la muerte ó la vida? ¿Es que vuestros signos son más racionales que los nuestros? ¿Es que vuestras condecoraciones, vuestras cintas y vuestros bordados, expresan mejor las grandezas gerárquicas, que nuestras unciones y abluciones la virtud celeste que de ellas emana? Cuando Dios no se os manifiesta por un signo, decís: no le he visto: y cuando se os manifiesta por él, decís: no le he reconocido. Si el signo es profundo, encontrais que no es popular, y si, por el contrario, es popular, nos echais en cara su falta de profundidad. Confesad francamente que no le quereis, y dejaos de hacer esa guerra de sutilezas, que os rebaja más que el daño que con ella haceis; con tanta mayor razon, cuanto que el sacramento insultado en su verdadero signo, conserva siempre otro en la historia que desafía todas las negaciones; tal es, el renacimiento perpétuo del universo.

2. Al llegar aquí, desciendo de la esfera de la teoría á las más vivas realidades humanas, para examinar cuáles son los prodigios que la gracia opera en vuestra moralidad.

Considero la moralidad en el estado de inocencia, que necesita ser preservada; en el estado de degradacion, que necesita ser restaurada; en el estado de heroismo, que necesita ser sostenida y desenvuelta, y creo, que estos tres resultados no pueden obtenerse más que por la accion de los sacramentos.

Veámosla, desde luego, en el estado de inocencia, en el que necesita ser conservada. Sí; hé ahí un adolescente en el que vosotros os considerareis revivir un dia; sobre el candor de su frente habeis depositado mil esperanzas, y se vé la paz de muchas generaciones en la limpidez de sus miradas. ¿Como defendereis una inocencia que os es tan querida? No trataré largamente esta cuestion porque la experiencia la tiene ya resuelta. Lo que todos sabemos, y principalmente nosotros, hombres apostólicos, es, que donde quiera que hemos encontrado el famoso Emilio de Juan Jacobo Rousseau, ha sido en manos de aquellos á quienes no se les habia hablado de Dios hasta los veinte años. Ese prodigio tan ensalzado por la escuela filosófica, no era prodigio sinó por su depravacion. Sin sacramentos, no hay una flor que no se marchite; sin la influencia del sacerdote, de ese hombre al pié del cual se desprende el arte de gobernar su vida, no hay castidad que sea auténticamente conservada. ¿Cómo podria dudarse esto en presencia del espectáculo á que asistimos hace mil ochocientos años? Se cuenta que Mitrídates sembraba el oro en su camino para

detener á los romanos en su persecucion: el Catolicismo ha sembrado otra cosa muy superior al oro, la virtud á manos llenas en los diez y ocho siglos que ha recorrido; y si ella no detiene á sus enemigos, es porque estiman tan poco la virtud como la verdad.

Despues de esto, poco importa que ciertos visionarios de nuestra época hayan exclamado: solo la madre sabe educar; el sacerdote no hace más que absolver. Esto es un miserable juego de palabras que en vano tiene la pretension de decir alguna cosa; las visiones de semejantes profetas no prevalecerán contra la historia, pues el testimonio verídico de ella es este: sin la influencia del sacerdote, la pureza es un mar tempestuoso que nadie atraviesa sin sufrir deplorables naufragios; sin el sacerdote, lo repito, no hay inocencia bien conservada; y cuando la encontreis en cualquier parte que sea, examinadla bien, y hallareis que es un sacerdote el guardian de esta bella prerogativa. Se nos ha citado el testimonio de la mujer; pues bien, tambien yo invocaré el testimonio de la santa guardiana del hogar, y este testimonio será otra prueba de la virtud de los sacramentos; apelo al corazon de todas las madres.

Examinemos la moralidad en el estado de degradacion, cuando tiene necesidad de ser restaurada.

Es fácil degenerar, vosotros lo sabeis, pero muy difícil remontar los abismos despues que á ellos se ha descendido; y entónces, nada más triste que el espectáculo de una voluntad engañada por sus propias fuerzas, luchando por el bien, é implacablemente abatida por el mal. Hay, en efecto, hombres que han caido del lado á que se inclinaban, naturalezas falseadas por la costumbre, que por instinto sueñan en el ideal de la virtud, y por debilidad llegan á la degradacion: teatro de una lucha penosa como el seno de Rebeca, en que dos séres combaten sin cesar, pero donde el ángel es perpétuamente derribado por el hombre. Es que para caer basta ser hombre; pero, para levantarse, se necesita una fuerza superior. Despues de haber permanecido algun tiempo en el mal, tratad de poneros en pié sin auxilio sobrenatural, y en el instante una voz de lo alto viene á deciros con toda la autoridad del Evangelio: sin mí, vanos serán tus esfuerzos. *Sine me nihil potestis facere.* Dueños del mundo, podeis haceros obedecer de él á vuestro grado; pero no podreis haceros obedecer de vuestra carne por espacio de un solo dia. Del mismo modo, tratad de pasaros sin Dios, y aunque intenteis volver á él con nobles sentimientos, llevareis una vida miserable, fluctuareis entre el cielo y el infierno, empujados como verdaderos juguetes hasta el dia en que Dios cubra de cabellos blancos ese organismo que se abrasa, y os vuelva



á los senderos de la virtud, no por sacrificios, sinó por hastío.

Entretanto, predicad la moral á vuestros hijos; los hombres verán la enseña; pero yo, que conozco la realidad, voy á explicárosla: *Videte omnia quæ apparent.* ¿Cómo sacar de esta degradacion una moralidad? No pidamos nada á la naturaleza que, debilitada en la lucha, y tal vez perdida toda esperanza, ha proferido esta blasfemia histórica: «¡Oh virtud, tú no eres más que una mentira!» Ved tendido en su lecho, como el Ciego del Evangelio, á este infeliz con sus incurables pasiones, acusando ora á su temperamento, ora á las ocasiones, y hasta á la Providencia, reducido al más horrible de los excepticismos, que consiste en dudar de sí mismo, y, por consiguiente, de la virtud y del deber. Está reconocido que ningun recurso natural puede servirle. ¿Qué tratamiento emplearemos para su curacion? No hay otro que el sobrenatural. Haced que se confiese y comulgue con frecuencia si quereis que esa moralidad espirante, sobre la cual seis mil años de progreso han arrojado en vano su filosofía, vuelva prontamente á la vida. No os sonriais; venid, llegad y dejad que obre la gracia. Algunos disertan sobre vuestras ruinas; nosotros, con los sacramentos, nos encargamos de hacerlas palpitantes; hay quienes os explican el movimiento, y nosotros, con los sacramentos, nos encargamos de dárosle. ¿No habeis percibido que, del ministerio del sacerdote, como de la túnica de Nuestro Señor, emana cierta virtud secreta, y que donde quiera que vaya, la sombra del confesor, semejante á la de San Pedro, hace todavía milagros? No os desespereis porque vuestra iniquidad es inveterada; Naaman curó, lavándose siete veces, y nosotros os bañaremos en tantas abluciones, que despues de algun tiempo no os reconocereis vosotros mismos. De rodillas, pues, y dejad de lamentar vuestros pecados. San Pablo, poco despues del bautismo, exclamó: *Todo lo puedo en aquél que me conforta.* San Cipriano, tan pronto como hubo recibido el bautismo, sintió disiparse sus dudas, y pareciole fácil lo que tenia ántes por imposible. San Agustin, sacudiendo veinte años de sensualismo á que se habia entregado en su juventud, abraza la perfeccion, se lanza á prodigiosas alturas, siempre iluminado por el génio; pero, solicitado por las pasiones. Dios túvole, durante treinta años, suspendido entre el cielo y la tierra, como un milagro en favor de la gracia, y á una pródiga juventud sucedió una madurez de serafin.

Me complazco en citaros este ejemplo de Agustin, porque hay en ese tierno recuerdo un encanto piadoso que dice al pecador: «Misericordia y confianza.» No me respondais: ¡es imposible! Las pasiones, aún las más arraigadas, no rujen contínuamente; la resistencia que oponen no dura más que una hora, y dichoso el que sabe ser pru-

dente en ese momento supremo! Feliz, sobre todo, el que ha encontrado por la confesion un seno amigo sobre el cual reclina su cabeza, porque bien pronto el vértigo se habrá disipado. ¿Es imposible? ¡Ah! si así fuera, no arrastrariais tan dolorosamente ese amargo disgusto de vosotros mismos, porque la conciencia, que es como una aplicacion, y un eco de la verdad divina, no nos reprende nunca el mal que no hemos cometido. ¿Es imposible? Sí, lo es con vuestras propias fuerzas; pero pensad que van á ser duplicadas, centuplicadas por la fuerza de Dios! La Escritura nos dice, que con su fuerza hace marchar los siglos; que con una mirada destruye los imperios culpables; que poniendo su pié sobre el eje del mundo, hace que el Océano cubra las más altas montañas. Dijo al templo, como dice la Escritura: *Tú te levantarás, y fué obedecido.* Dijo á Jerusalen: Tú te mantendrás en pié, y su órden se ejecutó. ¡Dios mio! perdonad á esos cristianos de poca fe que, olvidando vuestros milagros, se desesperan en el fondo de su iniquidad inveterada, como si Vos no hubierais jamás curado los tullidos y resucitado los muertos. No digais pues, hermanos mios, esto me es imposible, ni aún con la práctica de los sacramentos; y mucho ménos: esto me es posible, sin prácticas sacramentales. Lo primero seria una debilidad, y lo segundo un farisaismo culpable. Cualquiera, en efecto, que pretenda adquirir la moralidad cristiana sin practicar sus medios, dá un mentís á Jesucristo. Tened cuidado; si fuera cierto que el hombre pudiera ser verdaderamente moral, esto es, producir actos al nivel de su conciencia, sin auxilio alguno sobrenatural, tendríamos que Jesucristo hubiera sobrecargado el culto público con un ceremonial inútil. Guardaos bien de atribuir un absurdo al Evangelio. El mérito del Cristianismo no consiste solamente en su verdad, sinó tambien en sus virtudes. Solo con dos medios se le podrá destruir; el primero, probando su falsedad; y el segundo, demostrando que sin él se puede llegar á una incontestable santidad. Por consiguiente, cuando en cierto modo canonizais vuestra vida, porque no habeis faltado en ella á la honradez, pronunciais, no solamente una ridícula apoteósis, sinó tambien una espantosa negacion.

En fin, voy á examinar la moralidad en el estado de heroismo.

Si no me engaño, los tres caractéres más notables de la moralidad pública, están representados por esos tipos de sacrificio que se llaman el sacerdote, la vírgen y el mártir. ¡Pues bien! Desafio á toda doctrina, á toda religion que no tenga en su socorro la influencia sacramental, á que produzca sacerdotes, vírgenes y mártires.

Primeramente, consideremos al sacerdote en su ideal; es una existencia destinada, por la uncion santa, á toda clase de sacrificios, semejante á las víctimas, cuya frente en la antigüedad se marcaba en el vestíbulo del templo para el sacrificio del siguiente dia. El sacerdote es un sér á quien dice la Iglesia al consagrarle: «quédate con tus méritos; pero tu vida es mia, y me serviré de tu sangre, si es necesario, para remediar la primera calamidad pública. Vé, y pasa como un bienhechor por entre las iniquidades de la tierra. Has hecho voto de castidad, propágala por todas partes; debes ser santo, que tu palabra pues, produzca otros santos. Aunque tengas que vivir y morir solo, guárdate de escoger una tumba en ningun lugar determinado; porque á la manera que el ángel elevó al profeta á su voluntad, quiero yo poder arrancarte de donde te halles y arrojarte en medio de las ciudades ó en las aldeas, en el seno de la antropofagia ó de la civilizacion, para hacerte espirar oscuro, ó célebre, cuando me convenga.»



Tal es el sacerdote en su ideal; como el Catolicismo nos lo ha revelado siempre, y tantas veces lo ha producido. ¿Con qué reglas se forman estos robustos temperamentos? ¡Ah! para semejantes heroismos es preciso el pan de vida, como nos dice la Escritura; ¿y de dónde se saca este pan? De los sacramentos. Examinad el sacerdocio en las religiones que carecen de sacramentos, y vereis que es una explotacion legal que esquila los rebaños, pero que no ama á sus ovejas; que recibe siempre, y casi nunca dá. Ved particularmente el protestantismo. Sus ministros son unos profesores como tantos otros, que dán sus lecciones cada ocho dias, mediante una gran retribucion; unos jefes de familia, que sostienen á sus mujeres y dotan á sus herederos con los despojos del templo; unos funcionarios, en fin, perfectamente dotados, que llevan la adhesion de su cargo, no hasta la muerte, sinó hasta la hora de comer, y que en tres siglos de propaganda, no han derramado una sola gota de su sangre.

Si, pues, suprimís los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, cesará al punto de brotar la fuente del sacrificio sacerdotal. Nosotros sentimos que es del altar de donde desciende la fuerza que nos sustenta, y un dia sin comunion, es para nosotros como una suspension de la sávia que nos sostiene, y esta privacion nos deja cierta incomodidad en el alma y cierto cansancio en los movimientos. Sin la sangre de Jesucristo no habria uno entre nosotros que afrontara la muerte por su prójimo con magnanimidad.

Pero en tanto que haya pan en el tabernáculo, pueden abrirse de nuevo los anfiteatros; no por eso nuestros corazones desfallecerán; en tanto que el Señor descienda sobre los altares, nos atreveremos á

decir sin presuncion alguna: ningun peligro nos asustará; ni los apestados, ni los verdugos nos esperarán en vano.

La virginidad es una especie de encarnacion del ángel en el hombre, es como una transfiguracion de la materia que parece crear gerarquías intermediarias entre los habitantes de la tierra y los del cielo. ¡Santa poesía de la virtud; que dá el amor y la fuerza con su ejemplo, y que preserva la moralidad del pueblo con sus gratas emanaciones, semejante á esos aromas esparcidos por la atmósfera, que bastan para expulsar el contagio? No blasfemeis de su grandeza, porque seria retroceder mas allá del paganismo. Los emperadores romanos, que habian hollado con sus piés todas las majestades de la tierra, se detenian ante las vestales para cederles el paso. ¿Sería retroceder hasta más allá de la razon? Id á un hospital, examinad, contad esas sublimes criaturas, á quienes la esperanza, la caridad y la misericordia han dado su nombre, y á las que los más grandes miserables de este mundo tienen el derecho de llamar *hermana mia*, y comprendereis que todo eso es sagrado, no solamente ante la fe, sinó ante la razon.

¿Y cuál es el grano que hace germinar, cuál el pan que dá vida á las vírgenes? Los sacramentos. El protestantismo, que no tiene la sangre de un Dios para extinguir el fuego de la concupiscencia, ni el cuerpo del Salvador para purificar la carne humana, ha llenado de millones las cajas bíblicas, pero no ha conseguido formar una Hermana de la caridad perfecta; si tiene vírgenes lo son por fuerza y no por amor; si tiene alguna vestal, es bajo cerrojo, guardada por el orgullo ó por la ley. Pero ángeles como los nuestros, que tienen sobre los del cielo la ventaja, no solamente de sufrir, sinó tambien de morir cuando es preciso; criaturas inefables, que abandonan sus padres para atender á un extraño cubierto de llagas; que pasan su vida sonriendo dulcemente á los desgraciados, para que su corazon lo mismo que su cuerpo reciba alivio; que han abandonado sus galas, para que al pobre no le cause pena carecer de ellas; que abrazan la pobreza, para persuadir que ésta es amable; esos ángeles de la vida cristiana, no se encuentran alrededor del orgullo que dogmatiza, ni de la cátedra que hace ruido, sinó solamente al pié del altar católico, donde encuentran la carne que les dá vida: *Ubi fuerit corpus, illic congregabuntur aquiæ.*

La impiedad, que niega tantas verdades, no se atreve á negarnos ésta; reconoce que la virginidad no puede crecer bajo la influencia filosófica, porque ésta dice á toda virtud sacerdotal que se presenta: «Eres una impostura.» A toda vírgen del Señor: «Eres un imposible.» Y á todas las existencias consagradas á Dios: «Tened cuidado, que haremos leyes contra vosotros.» No, no es impostura de nuestra parte, sinó impostura y perversidad de la vuestra. Lo que es imposible con principios enfáticos, es perfectamente posible con la confesion y la comunion. En fin, hablais de crear nuevas leyes contra nosotros; pues bien, aquel dia habrá ciertamente rebeldes; y aunque el despotismo domine sobre la tierra, hay una libertad que no puede ser quebrantada, cual es la de hacer el bien, no hasta donde se quiera permitir, sinó hasta donde Dios ordena.



Ahora, examinemos otro tipo, y decidme si el martirio no es tambien imposible sin la influencia sacramental. Nada más ordinario entre los hombres, que el valor de verter su sangre con cierto placer; morir con la espada en la mano, maldiciendo á su enemigo, es un valor vulgar. ¿Pero, habeis reflexionado sobre el valor sublime é inimitable del mártir religioso? Morir, en efecto, con una muerte buscada, como la fortuna, á la otra extremidad del universo; morir con la frente descubierta y el brazo desarmado; morir con el reconocimiento en el alma y la ternura en la mirada, es un ideal de un heroismo, que nunca error alguno ha tratado seriamente de imitar. Hay entre nosotros opiniones que se alaban de haber tenido sus mártires; pero éstos, caian sobre la arena con el furor pintado en el rostro y sangre en las manos. Ved por el contrario á uno de nuestros mártires; tiene un ramo de olivo en su mano en este momento supremo, y espira dulcemente, bendiciendo á sus ovejas y perdonando á sus verdugos. Tal es la diferencia. ¿Quién dá la fuerza á esos hombres que se arrojan á las panteras, á esas vírgenes que se dejan cortar la cabeza, á esos niños que, hasta en los dolores de la agonía, van repitiendo: soy cristiano, soy cristiano? ¿De dónde les viene este valor? De los sacramentos. Lo mismo que Bayardo solicitaba la bendicion del sacerdote, á la víspera de una batalla, así los mártires se agrupaban para recibir la bendicion de los ministros del Señor, la víspera de los dias de circo. Su último banquete era la comunion en el silencio de las catacumbas; y despues, al presentarse en la arena, los procónsules, asombrados, se preguntaban, de dónde habian salido aquellos hombres tan valerosos. Los gladiadores estudiaban el arte de caer con gracia; los mártires caian con la inadvertencia del éxtasis; y si el paganismo hubiera buscado en sus heróicos pechos el secreto de semejante valor, hubiera encontrado la santa Eucaristía todavía palpitante.

Por última vez, os pregunto: ¿dónde están los competidores, los que pretenden disputarnos el premio de la fuerza que sabe morir con

tanta tranquilidad y valor? La religion de los filósofos se presenta, pero esas gentes, bien lo sabeis, no son capaces de arrostrar el mal tiempo para propagar sus doctrinas: ambicionan palmas académicas, pero no una palma ensangrentada.

La religion de Mahoma enseña á morir matando: el musulman, es un soldado como los otros, con el fanatismo de más, pero no un mártir.

Dirigios, por fin, al protestantismo; y vereis que cuando se trata del testimonio de la sangre, permanece mudo. Fresco y bien conservado, como un gentleman inglés, si se le exige un sacrificio, llevará su mano á una caja bíblica. En vano registrareis su historia; no encontrareis en ella ni una memoria escrita con los instrumentos de suplicio; inútilmente removereis sus cenizas, imposible os será hallar un solo verdadero epitafio de mártir. Desde que han negado la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, Jesucristo les ha negado la gracia de derramar por él su propia sangre.

Por otra parte, si echamos una rápida ojeada sobre las cosas contemporáneas, encontramos esta confesion implícita, en la última palabra de las doctrinas filosóficas. Desesperada de su impotencia, la filosofía ha dicho: Neguemos la moral, y cesará de existir la inmoralidad; santifiquemos el placer, y desaparecerán los vicios, y así habremos formado, de la legitimidad de los goces, el primer artículo del Decálogo futuro; entónces, ninguna religion nos dominará, porque tendremos sobre ella la ventaja de la audacia y del sofisma, y ninguna poseerá la de la virtud. Es esto una confesion implícita de la virtud de los sacramentos. Dirijamos, de paso, una mirada de reprobacion á esa gran iniquidad del pensamiento humano, y miremos como un trofeo de la verdad esta vergonzosa capitulacion del error.

Los medios de regeneracion que os propongo están á vuestro alcance; ahí teneis la Iglesia, el confesonario y el sacerdote. ¡Oh ciegos Naaman! ¿desdeñariais mi teoría del bien porque ella no tiene nada de extraordinario? ¿Desdeñariais lavaros en el Jordan, porque es un rio de vuestro país? Hace muchos años que torturamos la naturaleza y el arte para proporcionarnos suaves emociones, y nada hay más suave que el júbilo de un alma en el dia de su resurreccion espiritual. Al hombre que se despierta de improviso con la inocencia perdida desde largo tiempo, el Señor le concede algo de la alegría de Adan al abrir por primera vez los ojos en el Eden. Contempla su carne, y la halla pura como la de un niño: mira detrás de él, y no ve más que la misericordia de Dios cubriendo todo su pasado: reconoce su sér, y siente una existencia nueva que circula por todas sus venas.



¡Dios mio, que vida tan suave, cuando se tiene el corazon puro! Vosotros habeis sufrido y luchado con virtuosas resoluciones, que hacen la fuerza del hombre; yo os aseguro, y podeis ensayarlo, que sufrireis ménos luchando con absoluciones y comuniones que son la fuerza de Dios. Además, hermanos mios, acordaos de la bella fiesta con que serán recompensados los que, venciéndose á sí mismos, tomen esta resolucion. Recordad el aspecto que ofrece una mañana de Pascuas, bajo las bóvedas de nuestros templos. Allí se verifica uno de los más bellos espectáculos de fraternidad que puede alumbrar el sol; millares de hombres de todas clases y condiciones, están sentados participando del mismo festin; el político al lado del artesano, el hombre de ciencia junto al humilde hijo del pueblo, el magnate al lado del soldado; los extremos de la vida social que no se tocan nunca, los antípodas del rango y de la fortuna que no se encuentran juntos en ninguna parte, están allí confundidos, comiendo el mismo pan, y murmurando la misma plegaria... Hé ahí el magnífico banquete á que estais invitados á la terminacion de estos ejercicios. Y vosotros, entusiastas de la concordia, que soñais tal vez en una fraternidad quimérica, acudid á la cita que os doy, la única en que podreis encontraros reunidos sin confundiros y sin desconoceros? Pensad que si así no lo haceis, cuando los reflejos de esta fiesta inunden tantos otros hogares, el vuestro permanecerá triste y sombrío. Cuando otras mujeres, casadas y doncellas, hablarán de su felicidad, las vuestras se verán reducidas á devorar sus lágrimas en silencio. Y cuando otros hombres tomarán de nuevo el fardo de la vida con sus fuerzas rejuvenecidas, vosotros cargareis con el peso de vuestra vergüenza, de vuestras cadenas y de vuestros recuerdos.

Encarecidamente os suplico, que no desoigais las advertencias de la conciencia, ni los consejos inspirados por el celo apostólico. ¡Ah! lo que me aflige es no poder triunfar de vuestra frialdad, á pesar de mis esfuerzos en perseguiros con amor hasta el camino criminal por donde intentais escaparos por la indiferencia. Puesto que otra cosa no puedo hacer, ruego al Señor que os trate, no segun vuestros méritos, sinó segun la tierna piedad que me inspirais, y que triunfando un dia de vuestra dureza, os haga dignos de la gloria que os deseo.

---

# IGLESIA CATÓLICA

## (LA)

## HA INSTITUIDO LA SOCIEDAD MODERNA EN SUS BASES DE LIBERTAD POLÍTICA.

*Vos in libertatem vocati estis, fratres: tantum ne libertatem in occasionem detis carnis.*

Vosotros hermanos mios, sois llamados á un estado de libertad: cuidad solamente que esta libertad no os sirva de ocasion para vivir segun la carne.

(GAL. V, 13.)

Me propongo, señores, hablaros de un asunto grave é importante, de un asunto que tan justamente llama la atencion de todo espíritu pensador y político, á saber: de las relaciones de la Religion con la libertad. ¡Religion! libertad! dos palabras que se corresponden y explican recíprocamente una por otra, como el cielo y la tierra. La religion, la libertad, tan amadas como venerandas á los corazones nobles y puros, tan bien hechas para entenderse, para abrazarse, para penetrarse; y con todo, por culpa de los hombres, ¡pareciendo rechazarse una á otra y combatirse! Y digo por culpa de los hombres, porque intentaré mostrar que la religion ha instituido la sociedad moderna en sus bases de libertad política. Esta libertad es una aplicacion, una transformacion de la libertad moral: debe, pues, reproducir su naturaleza y sus condiciones. Ahora bien; la libertad moral es el *poder obrar por sí mismo, motu proprio,* sin coaccion exterior, sin necesidad interna; por manera que la razon del acto libre esté únicamente en la razon del agente. El sér racional, solo, puede ser libre. Su razon, que es el principio de su acto, ve su fin y sus medios: y esta vista viene á constituirse en regla ó ley suya.

Luego no hay libertad sin ley, sin el conocimiento de la ley, sin la capacidad de este conocimiento, y, en fin, sin la potencia de ejecutar la ley reconocida, esto es, sin cierta fuerza de voluntad. Todo esto se



halla en la libertad política. Es, además, el *poder de obrar por sí* en la vida pública, sin violencia á lo exterior, sin opresion á lo interior. El acto político tiene su principio en la razon del ciudadano; y su regla ó ley, en la vista del fin del acto, en el interés de la sociedad y de los medios más propios para lograrlo. Luego, no hay libertad política sin la ley, y por consiguiente sin la capacidad de conocer la ley y el poder de aplicarla, esto es, sin cierto desarrollo moral.

Ahora pues, habiendo despejado el término principal de la cuestion, podemos ya ponerlo en comparacion con el segundo que nos es conocido; á saber, la Religion cristiana, la Religion católica. Y como la Religion católica se ha realizado en la tierra por la Iglesia, el órden mismo de la discusion nos prescribe consideremos hoy la institucion de la Iglesia y su espíritu. Trataremos por consiguiente de mostraros, que la institucion de la Iglesia católica es la institucion misma de la verdadera libertad en el mundo, y que el espíritu de la Iglesia es idéntico con el espíritu de la libertad.

Esto mismo nos dará por resultado otra proposicion íntimamente enlazada en la precedente, y que cuadra perfectamente con nuestro propósito, á saber, que: La iglesia católica ha instituido la sociedad moderna con sus bases de libertad política. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Una cosa me sorprende desde luego, señores, y es el modo como se ha establecido en el mundo el Cristianismo. Sus caminos son opuestos, contrarios á los de las demás religiones. Todas éstas están en manos de las potestades de la tierra: el poder espiritual está confundido en ellas con el poder temporal: son religiones *gubernamentales,* nacionales. No sucede así con la Religion cristiana: no es nacional, sinó universal; y cabalmente reconozco yo en este carácter su divinidad.

Porque ¿cómo pudiera ser algo de limitado, de circunscrito, de particularizado la verdadera Religion? Esta tiene que establecer y manifestar las relaciones del hombre con la divinidad. Ahora bien; Dios es *El que es,* el Sér universal, del cual deriva y tiene su razon de existencia todo sér particular; los hombres, criados por Dios, tienen todos la misma naturaleza, y todos, por su naturaleza, están en una misma relacion con Dios, su Autor. Luego la verdadera Religion, la que viene de Dios, la que ha de unir el hombre á Dios y aplicarse á la humanidad entera, ha de ser por todas parte la misma en el fondo, la misma en sus dogmas, en sus principios, en sus preceptos y moral.

Una religion nacional, por el mero hecho de serlo, es algo de condicional, de relativo, limitado por el tiempo y el espacio, por consiguiente propia á un pueblo y condenada á perecer con él. No es una institucion para todos los hombres, y el primer carácter de la verdad religiosa, que es la universalidad, le falta necesariamente. La humanidad ha de formar una grande unidad, porque todos los hombres tienen un mismo principio y un fin único; todos salidos del mismo tronco han de constituir una misma familia; y ¿en dónde quereis que se junte y se funde moralmente esta familia sinó en la Religion?

Todas las cosas del mundo, circunstancias, instituciones, gobiernos, nacionalidades, costumbres, intereses terrenales, todo esto separa á los hombres, los divide, y frecuentemente los pone en oposicion; porque todas estas cosas, temporales y limitadas por naturaleza suya, están y subsisten en razon de los lugares y tiempos. Pero en el humano linaje hay una cosa comun, que es *una;* tiene que haber en él un centro, un foco, un principio de una misma vida que se derrama por todos sus miembros y que los reune en cierta simpatía moral, en una solidaridad de existencia espiritual, superior á la existencia física, y que los eleva por más allá de las formas múltiples y pasajeras de la vida del mundo.

Menester es que haya en medio de los hombres, entre todos los hombres, una sociedad universal, en donde se junten, entiendan y estén de acuerdo todas las almas humanas, en donde se puedan unir, amar y confundirse todas las voluntades de hombre. Tal fué el último voto y voluntad de Jesucristo ántes de morir en cruz, y tal es el fin último del Cristianismo: *Sint unum!* ¡Sean *uno* entre sí, oh Padre mio, como tú y yo somos uno!

El carácter propio de la Religion es, pues, establecer una sociedad universal, y no pudiera ser universal sinó porque es espiritual. Así que se mezclen en ella las cosas de este mundo, los intereses temporales, tiende aquélla, bajo la influencia de éstos, á restringirse, á diversificarse, á particularizarse: no tiene entónces toda su libertad, toda la hermosura de su naturaleza; y por esta razon, la Religion cristiana, que es la sola verdadera, porque sola viene de Dios, considerada en sí misma, en su naturaleza, en sus dogmas, en sus preceptos, es esencialmente *universal*, esto es, *católica*: y tan halagüeño título solo le pertenece á ella.

Esta Religion católica, esta universal y espiritual sociedad de las almas, se ha realizado en el mundo por una institucion sin igual, sin semejante—¡la Iglesia! Antes del Evangelio no se habia visto en la tierra cosa parecida, y los hombres más inteligentes de la antigüedad ni aún habian tenido pensamiento de ella. La palabra de Jesucristo fundó en este mundo una potestad que no es de este mundo, que se declara superior á todas las potestades de la tierra porque es divina, y por este título universal, eterna.



Procede de Dios solo, que la estableció: recibió su mision de enseñar las cosas de la eternidad, las verdades del cielo; de curar, regenerar y salvar las almas; de unirlas entre sí y en Dios por medio de la caridad divina: en una palabra, de hacer descender á la tierra el reino de Dios.

Y en el cumplimiento de su alta mision, por más obstáculos que encuentre, por más asaltos que experimente, podrá, sí, quedar conmovida, mas jamás derrocada; y ni todas las fuerzas del mundo ni del infierno prevalecerán jamás contra ella.

Pero ¿cómo se ha establecido la potestad espiritual?—Por medios enteramente espirituales, conformes á su naturaleza. Tiene horror de la violencia; es muy superior á la fuerza material, tan incapaz de fundarla como de abatirla.

Ha tomado posesion del mundo por medio de la palabra. La Iglesia, que ha recibido la palabra de la vida eterna, la ha ido anunciando á los hombres con autoridad, con la autoridad del Hijo de Dios, del Verbo encarnado, de Jesucristo, que se la ha trasmitido. Se ha presentado ante los hombres en virtud de su misma institucion divina, como una potencia nueva que se habia de llamar desde entónces *la potestad espiritual* y que habia de ser plenamente independiente, en sus atribuciones propias, de todos los poderes del mundo, de los cuales no deriva en manera alguna, y que no tienen ninguna jurisdiccion sobre ella.

No dudo afirmar que en el orígen del Cristianismo era un fenómeno nuevo bajo el sol: y la historia es buen testigo. Recorred todos los anales de los pueblos ántes del Evangelio; en todos los tiempos y lugares no vereis aparecerse ningun poder espiritual separado, ninguna religion independiente del Estado. Por do quiera se ve mezclado lo espiritual con lo temporal; la religion está en el Estado, y los hombres se ven entregados á los gobiernos de la tierra en alma, cuerpo y bienes.

Pero hé aquí que á la voz de Jesucristo la potestad espiritual se levanta á la faz del poder temporal y le dice: «Yo vengo del cielo; mi mision me viene de lo Alto, y yo soy enviada acá bajo para anunciar la verdad eterna. Yo soy enviada por Dios mismo para establecer su reino en las almas, para enseñarlas y darles á conocer y hacer su santa voluntad. En nombre de Jesucristo, el Hijo de Dios, hecho hom-

bre, yo vengo á instruir, curar y salvar á los hombres. Vengo á combatir el mal, á protejer la inocencia, proclamar, hacer respetar la justicia, perseguir el crímen y enseñar la virtud. Tal es el poder que he de ejercer en este mundo; ese poder se extenderá á todos, pueblos y reyes; porque todos son hombres, y todos los hombres han sido criados por Dios y redimidos por Jesucristo, el cual me envia para ejercer su poder y consumar su obra. El que me oye, oye á Dios mismo; el que me menosprecia, le menosprecia.»

Ved, Señores, como ha sido fundada la Iglesia en la tierra, y añado, conforme á las explicaciones dadas de ordinario sobre las condiciones y naturaleza de la verdadera libertad, que esa institucion de una potestad enteramente espiritual, superior al poder temporal por su naturaleza, independiente de este poder por su autoridad, y en el resorte de su jurisdiccion, y no ejerciéndose sinó por medios espirituales, es lo que se puede considerar como más favorable á la libertad.

Digo, además, que esta institucion es la realizacion misma de la libertad en el mundo; que en él ha fundado ella y consolidado la verdadera libertad por la Iglesia y en la Iglesia de un modo positivo y durable: y que esta verdadera libertad es una propiedad esencial del espíritu, diametralmente opuesta á la inercia del cuerpo y á la fuerza ciega de la materia. Por ese medio se ha reconocido y proclamado que el alma de los hombres pende de solo Dios; que el deber más sagrado, el deber que ha de prevalecer sobre los demás deberes, es el deber para con Dios; y este deber, por lo mismo que domina á todos los demás, es tambien para el hombre, y en virtud de su obligacion supereminente, una garantía de independencia y dignidad ante las potestades del mundo.

Y en efecto, la Iglesia dice á los hombres: Vosotros teneis una alma; esta alma ha sido criada inmediatamente por Dios; Dios solo es su principio; luego no pertenece sinó á Dios; luego sois vosotros de tal modo grandes por vuestro orígen y naturaleza, que no debeis obedecer sinó á Dios, ó á sus representantes. Tal es vuestra dignidad y tanta, que vuestra voluntad no ha de abajarse sinó ante la ley, y aún esta ley que os impone por ser vuestro Criador y superior natural, no quiere Dios que la cumplais como esclavos: y respeta de tal modo vuestra libertad, que sólo pide una obediencia voluntaria.

Por esa razon, en sus relaciones con vosotros cuando promulga Dios su ley, ora en el Sinaí, delante de Israel, ora en la persona de Jesucristo, que viene á anunciar el mandamiento nuevo, al proponer lo que es menester creer y observar para agradarle, no impele ni fuerza



á nadie; sinó que reclama vuestro consentimiento, porque no puede ser contrario á sí mismo, porque os ha otorgado el don de la libertad para que useis de él, y, en fin, porque quiere ser amado libremente, por preferencia, por predileccion. Lo que encanta su corazon es el amor libre, y no le placen los homenajes forzados ó ciegos.

Dice además á los hombres la Iglesia: Y no solamente vuestra alma ha sido criada por Dios, sinó que ha sido rescatada con la sangre de un Dios; y así le perteneceis además con nuevo título, por título de rescate. Ha pagado él vuestro rescate y libertad, y eso á gran precio; con el de su sangre y de su vida como hombre. Luego, cristianos vuestra alma es de Dios, es vuestra y de ninguno otro. Toda otra dominacion es indigna de Dios y de vosotros: indigna de Dios, porque seria una usurpacion de sus derechos; indigna de vosotros, porque viniendo de Dios y rescatados por él, á solo él perteneceis. No teneis sinó un dueño y señor, el Señor del cielo y tierra; no teneis sinó un rey, el Rey de los reyes.

La Iglesia nos dice aún: Vuestra alma ha sido criada á imágen de Dios; es semejanza de Dios. Su perfeccion consiste pues en acercaros á él, en pareceros á él; porque la perfeccion de una imágen consiste en reproducir su modelo. Vuestro último fin es pues la perfeccion misma de Dios, y por esta razon os tiene dicho el Maestro divino: Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial. Ahora bien, Dios es la suprema inteligencia, la libertad soberana: hechos pues á su imágen, menester es que reluzca en vosotros la inteligencia, y se ejercite la libertad: y por lo mismo debeis esmeraros en vuestra franquicia y sacudir el yugo de la carne que abruma el espíritu y traba la voluntad.

Debeis romper la esclavitud de los sentidos y pasiones que os degradan, sometiéndoos á una influencia contraria á la ley de Dios. Porque Dios, que ha criado al hombre cuerpo y alma, substancia espiritual unida á una corporal, ó material, dos substancias juntadas en la unidad de una misma persona, ha querido tambien que la parte más noble dirija la existencia humana por la inteligencia y libertad.

Luego, para que os mantengais en vuestra dignidad, el alma ha de conducir al cuerpo, al modo que ella obedece á su vez á la ley divina, á fin de que toda vuestra persona esté enteramente en el órden de su creacion. El alma humana, pues, criada inmediatamente por Dios y rescatada por un Hombre-Dios, no depende sinó de Dios, porque solo de Dios viene; y así á él solo ha de obedecer.

Por lo expuesto,—y os ruego apliqueis las consecuencias,—no po-

deis negar que la Iglesia católica ha proclamado y enseñado la libertad verdadera del alma en todas las situaciones en que pueda hallarse el hombre, en todas las relaciones que pueda tener. El mundo ha comprendido por los principios y consecuencias del Evangelio, que una alma humana, donde quiera que se halle, en cualquier cuerpo que habite, por el hecho mismo de ser una alma criada por Dios, rescatada por la sangre de Dios, imágen de Dios, no pertenece en definitiva sinó á Dios.

Ahora bien; esta verdad tan sencilla ha obrado un inmenso cambio en el mundo; ha trastornado las sociedades paganas todas, y organizado la sociedad moderna cristiana bajo de nuevas bases. Y así, en la familia, ha establecido el cristianismo la verdadera libertad, y ésta la dignidad y seguridad de los miembros que la componen. El Evangelio proclamó la libertad de la mujer, la dignidad de la esposa; porque enseñó desde un principio, que la mujer, á la faz del hombre, que la esposa, á la faz del esposo, es una criatura libre, una alma criada y redimida por Dios; y por consiguiente en íntima y personal relacion con Dios.

Esta alma queda encargada, y responsable de sí misma, en cuanto concierne á su salvacion; tiene tambien su foro interno, en donde nadie tiene derecho de entrar sinó Dios; y cuando pasa al estado de matrimonio, se une al hombre temporalmente; no da su alma, que es propiedad de Dios, no entrega ni su conciencia ni su fe: concede derechos sobre su existencia de este mundo, al modo que tambien se le otorga recíprocamente; pero hay cosas que no entran en el contrato: las cosas del alma y de la eternidad.

Eso es cabalmente, señores, lo que constituye la dignidad y grandeza de la mujer cristiana. Se da libremente, mas nunca sin reserva: esta reserva mantiene el derecho de Dios sobre ella, garantiza el cumplimiento de su principal deber, y el cumplimiento de este deber es su fuerza en este mundo y su salvacion en el otro. No sucedia así entre los antiguos. Conoceis vosotros muy bien el estado de la mujer en la civilizacion pagana: era la primera esclava de la casa, tratada por su marido como una propiedad, como cosa de que se podia disponer á voluntad: y no era raro ver entre Griegos y Romanos vendidas las mujeres por sus esposos.

Otro tanto sucedia respecto de la libertad del hijo en el seno de la familia. Naturalmente hablando, los hombres se pueden imaginar que son los criadores y por ello los poseedores de sus hijos; y de ahí procede el exagerado poder que se arrogan sobre ellos, y que á nada ménos va que á la vida y á la muerte. El hijo es mirado como una



propiedad de que se puede disponer, usar y abusar; que se puede abandonar ó destruir así que llega á ser onerosa ó desagradable. Sabeis vosotros muy bien lo que respectivamente á esto se pasaba entre los antiguos. Estamos viendo nosotros mismos lo que sucede en nuestros dias por do quiera no reine la influencia del Evangelio, y aún entre los cristianos sin fe ó cuya fe no está viva: se vuelven naturalmente á la opinion pagana de que los hijos les pertenecen de una manera absoluta, y que pueden tratarlos como les parezca. El Evangelio reprueba estas máximas.

La doctrina cristiana enseña que Dios solo cria las almas; y que así, en el órden de la filiacion natural, las almas que vienen á animar los cuerpos, son independientes de los ascendientes. Luego, si Dios solo las hace, no pertenecen á hombre alguno, y por lo mismo los padres no son propietarios de sus hijos; tiene sus límites el poder paterno: el hijo tiene los derechos de su libertad, libertad innata á su alma, á su humanidad, y que entra en ejercicio á la edad de razon, cuando es capaz de discernir la verdad, de comprender la ley y ejecutarla.

El hijo tiene su conciencia, su dignidad, sus derechos de hombre y de cristiano; derechos que debe respetar la misma paternidad. Y así, en virtud de la independencia de su alma, es libre en medio de la obediencia. Sometido á la autoridad de los padres en cuanto concierne á su educacion, instruccion, desarrollo físico y moral, y eso hasta que la edad y la ley le hayan emancipado, queda sin embargo libre en el foro interno y en sus relaciones con Dios.

Tiene sus reservas tambien á la faz de la autoridad paternal en las cosas de la conciencia y de la fe, y siempre le queda expedito el camino de apelar á Dios. Y así, y en todo caso y circunstancias, haciendo intervenir el Evangelio á la soberanía de Dios, pone límites á la autoridad humana y da garantías á la libertad.

Lo mismo hay que decir del esclavo en sus relaciones con el amo. El Cristianismo ha tendido constantemente á dar libertad al esclavo; y ¿por qué?—Porque á sus ojos el esclavo es hombre como otro, porque tiene el mismo orígen que los demás hombres, la misma naturaleza, el mismo fin: porque este hombre tiene una alma, y esta alma, como toda alma humana creada por Dios, no pertenece ni depende sinó de Dios. Por esta razon, aún cuando el cuerpo está esclavizado, el alma en el fondo queda libre, porque es inajenable.

El hombre no se pertenece á sí mismo, y no puede darse á nadie todo entero: puede ceder, ó si se quiere, contratar por cierto tiempo ó toda su vida el uso ó servicio de su miserable cuerpo, sacado del pol-

vo y que es dominio de su alma; pero ceder, pero contratar su alma, propiedad de Dios, ni tiene derecho, ni lo puede. Por esta razon, aún en medio de la ignominia de la esclavitud voluntaria ó involuntaria, cuando el cuerpo está bajo el yugo, subsiste empero la libertad del alma y su dignidad, sobre todo si es cristiana. El esclavo tiene tambien sus reservas, su refugio interior en todo cuánto concierne á su fe, á sus convicciones, á su salvacion. Ningun poder humano puede entrar en su conciencia, y en este su santuario no reconoce otro señor que á su Dios.

La Iglesia no se ha valido nunca de la fuerza, ni aún de la autoridad para destruir la esclavitud: la ha respetado como un hecho adquirido, pero teniendo buen cuidado de enseñar á los hombres que todos tienen un mismo padre, que todos son hermanos, miembros de la misma familia; y que todos sin distincion han sido rescatados por Jesucristo: que teniendo todos un mismo Salvador, un mismo Señor, un mismo bautismo y fe, tienen tambien la misma esperanza, el mismo fin postrero.

Al anunciar el Evangelio estas verdades al mundo, al inspirar á los amos y á los esclavos una caridad recíproca, ha conseguido que los amos cedan de sus derechos, que traten á sus esclavos como hermanos, que respeten en ellos los derechos y dignidad del alma; ha conseguido tambien que los esclavos se sometan cristianamente, que obedezcan con resignacion, paciencia, conciencia; y así de uno y otro lado, por este camino de mansedumbre y de inteligencia, la esclavitud ha sido socavada en su base, y se ha ido preparando convenientemente la franquicia y abolicion de la esclavitud.

Finalmente, y esto se refiere más particularmente á nuestra cuestion,—la Iglesia, haciendo conocer al hombre su orígen, naturaleza, ley y destinacion, ha proclamado por ello mismo la independencia del alma respecto de los gobiernos humanos. Desde el establecimiento del Cristianismo, y en virtud de la fe cristiana, hay en el ciudadano dos hombres: el hombre del tiempo, del país, el español, francés, inglés, etc.; y el hombre de la eternidad, el hombre de Dios, el cristiano.

Por manera, que á pesar de pertenecer ó hacer parte de una asociacion terrestre, particular, que se llama pueblo ó nacion, cada cristiano es tambien miembro de otra asociacion mucho más extensa, de una sociedad universal que se llama *Iglesia*. Al propio tiempo que pertenece á un reino temporal que se llama *España* ú otra cosa, pertenece tambien á un reino espiritual que es el reino de Dios. Luego la soberanía temporal se halla circunscrita por la soberanía



espiritual. Como cristianos, no estamos totalmente entregados á la sociedad política en que vivimos, no somos ya, como los gentiles, víctimas nacidas y como esclávos de la cosa pública.

No somos para la sociedad, sinó la sociedad es para nosotros. No es ella el último fin de nuestra existencia terrenal, ésta es el medio de un fin superior, de una vida más elevada. Yo entro y vivo en sociedad con condicion de encontrar en ella mi interés verdadero, mi verdadero bien: mas para mí, cristiano, mi interés es doble. El interés de la tierra ó del momento, es el bien del ciudadano; mi interés eterno, mi salvacion, es el interés de mi conciencia, el bien de mi alma para la eternidad. Yo tengo que satisfacer estos dos grandes intereses, y es menester que la sociedad política me ayude y me suministre los medios para ello: yo debo de encontrar en ella recursos para uno y otro, medios de llegar á estos dos fines, ó al ménos no debe de ponerme obstáculos ni en un camino ni en otro.

Si cumple la sociedad esta condicion, yo podré obrar mi salvacion como cristiano, al propio tiempo que llenaré cumplidamente mis deberes de ciudadano. Pero si encuentro obstáculos á mis convicciones cristianas, si se pasan en la mancomunidad social cosas que rechaza mi conciencia de católico, si se me quiere imponer, por interés pretenso del Estado, lo que repugne á mi fe, entónces encuentro en el santuario de mi alma toda la libertad: y tiene que ponerse de manifiesto en mí toda la independencia del cristiano: y nosotros podemos y debemos decir á nuestra vez como los apóstoles: *Non possumus*; no podemos.

Ahora bien; es un hecho histórico que los ciudadanos de las antiguas repúblicas nunca extendieron la libertad hasta este justo extremo; que jamás osaron decir á la sociedad: No quiero, no puedo. Y es porque no conocian esa libertad del alma que ha enseñado á los hombres el Evangelio: y es porque no estaban como nosotros en comunicacion con el reino del cielo; y es porque idólatras de la pátria terrestre, que amaban con fanatismo, y aún hasta la adoracion, no conocian la pátria celestial con su luz, con su gloria, con felicidad interminable.

Es porque separados de Dios, y asentados en las tinieblas y á la sombra de la muerte, no podian participar de esta fuerza sobrenatural que nos eleva por más allá de los mundanales intereses, á mayor altura que nosotros mismos, y que nos hace capaces de decir á las más formidables potencias de la tierra, y á la faz misma de las hogueras, del cuchillo sacrificador, de los patíbulos: *Non possumus;* no lo podemos; no lo haremos así. Podreis tomar nuestras vidas, mas

nuestras conciencias, nó; tendreis nuestra sangre, mas no nuestra fe.

Hay en todo esto, señores, una gran libertad, una libertad nueva á la faz de las potencias del mundo, aún las más legítimas por otra parte, cuando intentan exceder sus derechos, y quieren mandar en la esfera de la conciencia y de la fe, en donde no son competentes. Y si esto se verifica así, es: porque en esta esfera espiritual reina una potencia superior á los poderes temporales. Allí domina una ley que sobrepuja á todas las leyes humanas. Es la misma ley de Dios promulgada en el Sinaí, enseñada por Jesucristo, proclamada é interpretada por la Iglesia, que es su depositaria; y en nombre de esta ley divina y en virtud suya, podemos decir en conciencia á todas las potestades de la tierra, reyes ó pueblos: No LO PODEMOS, *non possumus*; porque ántes es obedecer á Dios que á los hombres.

El Evangelio ha prestado pues un inmenso servicio á la causa de la libertad al fundar una potestad espiritual en presencia de la temporal para mantenerla en sus justos límites, detenerla en sus descarríos, alumbrarla en sus dudas, ó instruirla acerca de sus deberes, amonestarla, y, en caso de necesidad, reprenderla. Despues de esta época, la verdad, el derecho, la justicia han tenido siempre un órgano, un representante en el mundo, en medio del desórden y violencias de las pasiones humanas. Así es que las potestades de la tierra, aún en los pueblos más cristianos, han manifestado una tendencia marcada,—cuando la potestad espiritual les ha contradecido ó incomodado en algun caso,—á combatir, á disminuir, á embarazar su influencia: y las que están separadas de la Iglesia por la herejía ó el cisma, apoderándose de esta influencia, han reunido ambos poderes en una sola mano.

Entónces, por la absorcion del poder espiritual en la potestad temporal, ha venido á ser la tiranía más enorme, el despotismo más completo que se pueda concebir. El hombre se ve entregado totalmente á un poder único, que tiene dos fases, que habla ya por una boca ya por otra; mas para decir lo mismo en el fondo con las dos lenguas, su voluntad; y cuando algo se le escapa de un lado, lo vuelve á tomar por el otro, por manera que ya no le queda asilo á la libertad, ni más refugio á la dignidad humana.

Aún hasta la misma conciencia deja de ser en ese caso un santuario impenetrable; el poder temporal entra en ella bajo la forma, ó mejor, velo de la potestad espiritual; y prosigue la libertad en su más escondido retiro, haciéndole, ó violencia, ó ilusion.

Ved sin embargo, señores,—y dejo este pensamiento á vuestra ulterior meditacion,—ved lo que el protestantismo ha hecho en el seno



del Cristianismo rechazando la autoridad legítima de la Cabeza de la Iglesia, por someter las cosas de la conciencia y de la fe al exámen y decision de los reyes, ó de los pueblos.

Echaba en cara á los soberanos Pontífices de hacer reyes de la tierra; y la herejía hace de los reyes soberanos Pontífices. Se ha apoyado el protestantismo en un vano pretexto, en una falsa acusacion, para cometer los más monstruosos atentados contra la libertad, armando del poder espiritual á la fuerza material del mundo; y con ese atentado, ha hecho retrogradar quince siglos la civilizacion. La ha vuelto al paganismo, en donde cabalmente reinaba igual confusion de poderes; por manera que, desde esa época, en donde manda como señora la herejía, están entregados los pueblos á un poder monstruoso que tiene dos naturalezas, dos fases; que habla en nombre de la tierra, y en nombre del cielo: especie de minotauro que en medio del laberinto de todos los errores, extravía la conciencia, mata la dignidad humana y se apacienta de la esclavitud de las almas, libres por naturaleza.

Ved, sinó, lo que pasa en el seno de la herejía ó en el cisma, allí en donde el poder temporal se ha constituido tambien en potestad espiritual.

En verdad, señores, cuesta mucho comprender en nuestros dias una demencia tal. Y en efecto, pregunto yo; ¿por qué, ni en qué, ni con qué motivo pueden las cosas de conciencia, las cosas de fe, las cosas del cielo estar sometidas á las potestades de la tierra? ¿Es que no tiene dicho Jesucristo en términos claros, concluyentes: Mi reino no es de este mundo? ¿Cómo, pues, se quieren explicar las cosas del reino divino sinó por el mismo espíritu que las ha revelado? por el espíritu divino que ha inspirado á los apóstoles y que asiste á sus sucesores?

En verdad, se ve que los hombres se encuentran castigados por donde han pecado. Han reclamado la libertad religiosa; para lograrla á su modo de entender, han rehusado obedecer á la Iglesia, autoridad indefectible, totalmente espiritual, establecida por el mismo Dios. Y ¿qué han ganado?—La esclavitud, ó la indiferencia, esto es, la muerte de las almas por ambos lados. Pretendiendo sustraerse de las manos de Dios y de su Iglesia, han caido en manos de los hombres. A la autoridad universal, infalible, puramente moral, esencialmente maternal de la Iglesia, porque no podian pasar sin una autoridad cualquiera, han sustituido la voluntad ó el capricho, la razon ó la locura de un hombre, y aún de una mujer, de un niño sentado en un trono, la ciencia especulativa de algunos consejeros, la delibera-

cion de una asamblea lega y aún las agitaciones de un pueblo: porque se ha llegado, como no se podia ménos, hasta constituir al pueblo juez de la fe, y el dogma se fabrica á mayoría de votos.

Aquí es donde la locura lleva todos sus frutos. El pueblo, la masa de los fieles, que tiene que ser enseñada, dirigida por la palabra de Dios, conservada, explicada, interpretada por la Iglesia; ese pueblo, decimos, es á quien se ha hecho ministro de esta palabra, apóstol, y aún más que apóstol: ¡juez, en último grado, de la palabra de Dios!

Tal vez hayais oido, señores, hablar de lo que aconteció, muy pocos años atrás, en un país vecino, al que se le llama enfáticamente la tierra clásica de la libertad. En dos palabras vereis como se entiende allí en ciertas cosas la libertad de conciencia.

Queda vacante un obispado. La ley da al Capítulo *sede vacante* el derecho de nombrar; mas para elegir, es necesario un permiso del príncipe. La reina de Inglaterra da este permiso, pero á condicion que se escogerá el candidato del gobierno; y á mayor abundamiento, existe una ley que declara rebelde y amenaza con destitucion y confiscacion á todo canónigo que no obedezca.

Pero aún hay más. El candidato al episcopado, que tiene á su favor el gobierno, tiene contra sí á los obispos, los cuales protestan contra su nombramiento. Tiene además contra sí la censura de la primera universidad del reino, firmada por los más célebres teólogos, declarando que despues de maduro exámen de sus propios libros, no cree en Jesucristo ni aún es cristiano. Pero ¿qué importa? La reina lo quiere; el gobierno persiste, y el doctor rechazado por los obispos, censurado por la facultad de teología y declarado por *no cristiano* á la faz del mundo, será obispo de la Iglesia anglicana por la gracia de la reina y de su gobierno! Y de hecho, ¿por qué nó? ¿Es que, en resumidas cuentas, la reina no es la Cabeza suprema de la Iglesia?

Señores, si semejante cosa aconteciera en un país católico, ¿sabeis lo que sucederia? Si el gobierno viniera á decir á un Capítulo que tenga derecho de elegir su obispo: Nombrareis á fulano ó zutano so pena de ser depuestos y de confiscaros vuestros bienes, ¿sabeis lo que haria un Capítulo católico?—Se abstendria de votar; protestara al ménos con su silencio; luego recurriria á su Cabeza espiritual, y apelaria al soberano Pontífice.

El Papa hablaria á la autoridad correspondiente, se protestaria á la faz del mundo en una de esas alocuciones dirigidas al universo católico, y yo os respondo de que se volveria atrás el poder temporal. Ved como se pasarian estas cosas en un país católico.



Pudiera citaros otros ejemplos contemporáneos de hechos acontecidos en países tenidos por muy liberales, pero en donde reina la religion reformada, como ellos dicen; contentémonos con citar uno.

El canton de Vaud era como el paraíso terrestre del protestantismo; en parte alguna florecia con más lozanía la piedad cristiana; y la libertad, bajo sus aspectos y formas, se abria como flor hermosa al sol de la gracia de esta tierra de bendicion. Pero todo ha cambiado en un momento; y para eso ha bastado un trastorno de gobierno cantonal, una pequeña revolucioncita: porque como la máxima de los protestantes es, que el príncipe ó gobierno, cualquiera que sea, es Cabeza de la iglesia nacional, el nuevo gobierno ha hecho una nueva iglesia, que declara ser la iglesia ortodoxa. Ha hecho sus dogmas, una liturgia, una disciplina eclesiástica á su modo; y todo lo impone en virtud de su derecho divino y como Cabeza de la iglesia á sus subordinados.

Quiere que se vaya á hacer oracion en tal lugar, no en otro; de esta manera, no de otra; con tales fórmulas, y por tanto tiempo: y declara rebeldes á cuantos no quieran obedecer á sus ordenanzas y unirse á la iglesia nacional. Los destituye, los multa, destierra, persigue de todas maneras, porque no quiere pensar y rogar como él.

¡Hé aquí los hombres que más han vociferado contra la Inquisicion, contra la intolerancia de la Iglesia católica! ¡Hé aquí á esos mismos hombres que más han reclamado, con Calvino y Lutero, la libertad de la razon individual en las cosas religiosas!

En fin, señores, despues de la heregía, mirad al cisma; y ved si la libertad de conciencia y la dignidad de la naturaleza humana han salido muy gananciosas con la reunion de los dos poderes. Echad una ojeada por la Iglesia griega, tan magnífica en los primeros siglos, tan fecunda en santos y en doctores cuando gozaba de la libertad del Evangelio, cuando vivia de la sávia espiritual de la Iglesia madre y señora de las demás. Ved, considerad lo que ha llegado á ser despues de su separacion. Un instrumento de gobierno del cual usa ó abusa segun las necesidades de su política el poder temporal; una criada de la Potestad del siglo, que la degrada por un pedazo de pan: una esclava, que aguarda temblando que el amo le intime sus órdenes por un soldado suyo.

Ved, señores, como entienden y practican la libertad, la herejía y el cisma. Recordad ahora lo que en todos tiempos ha hecho por ella la Iglesia católica; comparad y juzgad. ¡Qué espectáculo tan admi-

rable nos presenta su actitud á la faz de los poderes del siglo! En su puesto está siempre para proclamar el derecho, para oponerse á la injusticia, para detener, en cuanto le es permitido, el fuego de las pasiones y la violencia natural de las potestades de este mundo. No busca por cierto como embarazarlas, ni las combate sinó con repugnancia, cuando se descarrian de los caminos de Dios; y cuando se ve obligada á amonestarlos, ó á protestar contra sus disposiciones, lo hace siempre con tal deferencia y humildad, que asombran cuando se las ve acompañadas de un valor y dignidad incomparables.

Y en verdad, si algo hay en el mundo que favorezca la libertad de espíritu y garantice la dignidad humana, es seguramente la soberanía espiritual de la Iglesia y su Cabeza; es ese poder espiritual que no conoce igual en la tierra; poder enteramente moral, eminentemente ilustrado, y que va disponiendo todas las cosas como la sabiduría divina, cuyo representante es en esta tierra, con fuerza y dulzura: *omnia fortiter et suaviter*.

2. Réstame, señores, haceros ver que el espíritu de la Iglesia católica es idéntico al espíritu de libertad. Y como la sociedad moderna se jacta con este título, haciéndose de él su mayor gloria, y como, por otra parte, queda ampliamente probado que la Iglesia católica es la que ha enseñado, traido la libertad al mundo, se deducirá como consecuencia natural y forzosa, que la Iglesia católica es quien ha establecido la sociedad moderna en sus bases de libertad política é individual. Asunto vastísimo, pero que circunscribiré á muy cortas reflexiones.

Comparo yo estos dos espíritus,—el de la Iglesia católica y el de la libertad,—en su misma esencia, sin detenerme en las formas ni en las aplicaciones; y discerniendo lo que hay de más íntimo en uno y otro, veo que en el fondo constituyen un mismo espíritu.

Y en efecto, ¿qué es el espíritu de la Iglesia?—El espíritu de Jesucristo, su fundador, que lo ha trasmitido á sus apóstoles y sucesores. ¿Qué es lo que ha venido á hacer en el mundo, y cómo ha llenado su mision divina?—Ha venido á salvar lo que estaba perdido, ha venido á conquistar y redimir las almas que yacian en la muerte y esclavitud del pecado. Y ¿cómo se ganan las almas?—Instruyendo, alumbrándolas, persuadiéndolas. ¿Por qué medios se puede enseñar y persuadir?—Con la palabra, y especialmente con la palabra apoyada con el ejemplo.

Jesucristo ha venido, pues, á la tierra para enseñar á los hombres con la palabra del cielo, darles ejemplo de las virtudes que les anunciaba, y confirmar su doctrina con su vida y con su muerte. Ha venido á enseñar, curar y salvar. Ha enseñado con obras y discursos; ha curado por la virtud divina que salia de Él; ha salvado con la efusion de su sangre.



El espíritu de Jesucristo es, pues, un espíritu de mansedumbre, dulzura y paciencia, que triunfa por medio de la persuasion y de los padecimientos, y de aquí viene la virtud de su doctrina, de su pasion, de su cruz.

Ahora bien; Jesucristo ha enviado á sus apóstoles como Él mismo ha sido enviado por su Padre: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* Los apóstoles han debido y tenido que portarse como su Maestro que les ha legado su espíritu: han debido y tenido que ser como Él, mansos, dulces y humildes de corazon, llenos de amor y de celo por sus hermanos, prontos á aceptarlo todo, á padecerlo todo por salvar las almas. Han debido y tenido que emplear los mismos medios para convertirlos y ganarlos, á saber: la palabra y la paciencia. Luego, en todo caso y circunstancia por la conviccion, por la persuasion, por el ascendiente, ha debido y tenido que obrar en el mundo el Cristianismo.

Habia dicho el Maestro á sus apóstoles: Os envio como ovejas en medio de lobos, llenos de mansedumbre y dulzura en medio de las violencias y furores del mundo; y sin embargo, le vencereis, triunfareis de él, lo convertireis; porque yo he vencido al mundo: *Ego vici mundum*; y yo os envio para acabar la conquista. Hareis resonar mi palabra hasta las extremidades de la tierra, y de todas ellas se juntarán los hombres, se reunirán en una sociedad universal, en la grande unidad de un solo cuerpo espiritual, que será mi Iglesia.

Hé aquí el espíritu del Cristianismo y de la Iglesia. La Iglesia se ha conservado, desarrollado y fortalecido con el mismo espíritu que la fundó. En todos los siglos ha sido fuerte, y ha salido triunfante por la palabra: ha sido poderosa por la autoridad que le viene del cielo; siempre y en todo lugar ha enseñado y padecido; y nunca ni en ninguna parte ha recurrido á las violencias, á pesar de que no hay una que no haya tenido que experimentar.

Su mision divina es convencer, padecer y persuadir, porque tiene palabras de vida eterna, porque su vocacion es de establecer en la tierra la verdad y la vida con la paciencia, con el sacrificio, con la persuasion.

Ahora bien, señores; la vida del alma, la verdad no se impone por la fuerza, ni se ganan con la violencia los corazones, ni se toman por asalto las inteligencias. La verdad se introduce en nosotros por la luz, por el amor, por la conviccion, por la persuasion. Todos estos

medios son puramente espirituales, y se reasumen todos en la eficacia de la palabra, que es el gran instrumento del espíritu, la espada espiritual: *gladius spiritus*.

La palabra obra de dos maneras; ó sobre la inteligencia por los medios de la razon y el pensamiento, ó sobre el corazon por el sentimiento y emocion: ilumina ó conmueve; ó á veces obra ambas cosas á un tiempo mismo. En todo caso es una influencia enteramente espiritual, como la verdad misma que tiene la mision de comunicar. Es la accion de espíritu sobre espíritu, del alma sobre el alma, y los espíritus no se abren sinó bajo la impresion de la luz: las almas se ablandan al contacto del calor del alma; semejantes á esas flores que, buscando instintivamente el sol, se abren á sus rayos desde que llegan á ellos, beben con ansia su luz, se nutren de ella, y vuelven á cerrar su cáliz así que deja de iluminarlas.

Así es como se abren y se nutren las almas con la luz y calor del Sol de los espíritus. Así es como ha procedido siempre la Iglesia, que es la representante de Dios, su órgano en la tierra, y cuya mision es derramar por toda ella la luz y el calor del cielo, distribuir las gracias y bendiciones de lo Alto, echar en el mundo, que es el gran campo de Dios, las semillas eternas de la verdad.

Ahora bien,—y esto servirá de conclusion á nuestro discurso,—yo digo que el espíritu de la Iglesia es el espíritu mismo de la libertad. Traed á vuestra memoria lo que tan frecuentemente se os ha dicho, á saber: que el espíritu de libertad es un espíritu de dulzura que no debe de emplear sinó medios espirituales, inteligenciales, morales. Porque no hay libertad sinó cuando el hombre se decide por sí mismo, cuando obra *por sí;* MOTU PROPRIO; sin coaccion exterior, sin necesidad interna: luego solo por su propia razon.

El principio del acto libre está en la determinacion propia; y para que ésta sea tal, es necesario venga de aquél, del juicio de su razon, del movimiento de su libertad. Para esto es necesario que su razon sea iluminada, alumbrada; que su voluntad sea movida, y quede persuadida su alma al propio tiempo que convencido su espíritu. Así es como se cumple un acto libre.

Ahora bien; vosotros estais viendo que estos efectos tan admirables son producidos por la palabra, por la fuerza y dulzura de la palabra, y no pueden ser producidos sinó de este modo. Y así, lo que la Iglesia hace en el órden sobrenatural para salvar á los hombres, esto es, para libertarlos de los lazos del pecado y reconciliarlos con Dios, lo hace por su lado la libertad política, aunque á su manera y por medios naturales para salvar á los ciudadanos de las esclavitudes de



la tierra, y garantizar su dignidad contra las pasiones y violencias de las potencias del mundo.

Luego la Iglesia y la libertad tienen la misma tendencia, á saber: de traer á los hombres á estado y posibilidad de gobernarse á sí mismos racionalmente, con inteligencia, con conciencia; de hacerlos capaces,—alumbrando su espíritu y formando su voluntad,—de tomar la direccion de su propia existencia, la libertad para las cosas de este mundo, y la Iglesia para las de la eternidad.

Y no solo esto, sinó que ambas cosas, la libertad y la Iglesia, usan del mismo procedimiento; porque emplean ambas los mismos medios, medios totalmente espirituales; y el mismo instrumento: la palabra. En la Iglesia nada se hace sin la palabra, hasta las cosas más sagradas. En el reinado de la verdadera libertad todo se ha de hacer por la palabra, esto es, por la deliberacion, cuyo órgano es la palabra. Cualquiera otra influencia es contraria á la libertad y la degrada: porque tiende á sustituir al acto propio del espíritu, á la determinacion inteligente, la fuerza ciega de la materia ó necesidad. En fin, la Iglesia y la libertad tienen el mismo objeto: ganar las almas, y ganarlas como deben ganarse, por la conviccion, la persuasion, el amor: y cuando se gana le alma del hombre, se tiene todo lo demás.

Segun cuanto acabamos de exponeros, no quedareis sorprendidos de nuestra afirmacion positiva, de que el espíritu de la Iglesia es el espíritu mismo de la libertad. Conoceis ahora como estos dos espíritus son idénticos, ó más bien uno solo, un mismo espíritu; y por esta razon hemos proclamado que la institucion de la Iglesia católica en el mundo ha sido la institucion de la verdadera libertad; y que la Iglesia católica es la que verdadera é indudablemente ha establecido la sociedad moderna en sus bases de libertad política é individual.

Pero yo debo decir, al concluir este discurso,—para que este saludable pensamiento quede vivo en vuestros espíritus, y sirva para vuestras sérias meditaciones,—que si existe en el mundo la verdadera libertad, y si de ella tenemos una idea clara y exacta, desconocida á toda la antigüedad pagana; que si gozamos de las ventajas y gloria de la libertad política, de una libertad verdadera, generosa, que no excluye á nadie, y que no supone ni la esclavitud ni el ilotismo, se lo debemos al Evangelio. Y así solo puede ella desarrollarse y robustecerse por el espíritu del Cristianismo, y la Iglesia sola tiene el derecho de decir que la ha fundado y que la mantendrá.

Sí, señores; la Iglesia católica sola, y ella sola, ha hecho esta grande obra, y la continuará como la ha conservado, con dulzura, perseverancia y firmeza. Pone siglos en esta inmensa empresa, porque es

eterna; toma su tiempo para sacar de la esclavitud á los pueblos, porque las cosas de la Providencia no acontecen, no llegan á su sazon sinó á su tiempo marcado. Los frutos de la libertad, como los demás frutos de la tierra, no son buenos y útiles sinó á su punto de madurez. Sabe muy bien que la violencia, que todo lo destruye en un momento, nada, nada es capaz de formar: ó si establece repentinamente con todos los esfuerzos de los hombres y como por mágica, el instante que sigue al de la fundacion verá caer desplomado el edificio sin bases añejas.

La Iglesia no derroca nunca lo que una vez edificó: por esa razon es muy lenta en construir, pero haciéndolo sobre cimientos incontrastables. Avanza pausadamente, pero jamás retrograda; y esa es la condicion del verdadero progreso. Y cuando nosotros afirmamos, señores, que ha introducido en el mundo la verdadera libertad, no queremos dar á entender que ha dado á las naciones cartas, constituciones, ó leyes políticas. No es esta su mision; no ha sido divinamente instituida para gobernar la tierra, ni para reformar los gobiernos humanos, como ni tampoco establece sistemas de filosofía, ó teorías científicas, á pesar de poseer la eterna Verdad, manantial de todas las verdades. Está hecha para enseñar á la tierra las cosas del cielo.

Ella va echando en el trascurso de los tiempos las palabras de la eternidad como semillas inmortales y fecundas: con los siglos, estas semillas brotan, pujan, se levantan, crecen, se desarrollan y fructifican. Derrama sobre los hombres el Espíritu de Dios que le ha enviado su divino Maestro fundador; y este Espíritu de Dios es el que en toda la haz de la tierra por do quiera es recibido por corazones de buena voluntad.

Espíritu de sabiduría, espíritu de inteligencia, de ciencia y luz, penetra, alumbra, ilumina y vivifica todas las doctrinas y enseñanzas humanas, sin dejarse empero encadenar por sus formas. Espíritu de fuerza y de libertad, se mezcla, se introduce en las instituciones de la tierra, pero sin fijarse, sin enclavarse en ellas: las empuja hácia adelante, las alienta, y excita; las perfecciona por un progreso contínuo y seguro: da á los gobiernos la autoridad verdadera, é inspira á los pueblos el sentimiento y deseo de la verdadera libertad.

Por medio de este Espíritu, y con solo este Espíritu, los reyes y los pueblos podrán comprenderse y se alargarán la mano; y así es como se irá operando por grados, mansa y suavemente, pero con firmeza, —si los hombres no desconciertan los planes de Dios, ni embarazan sus caminos,—la verdadera, la segura, la noble manumision del linaje humano.

# INMORTALIDAD DEL ALMA.

*Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.*

Mirad, hermanos, no haya en alguno de vosotros corazon maleado de incredulidad. (Heb. iii, 12.)

Escribiendo en San Márcos de Leon un célebre español un tratado sobre la inmortalidad del alma, más há de ciento y sesenta años, dió principio con estas notables palabras: en ninguna cosa se echa de ver, con tanta infamia del entendimiento humano, la torpeza bestial y la noche que derrama é introduce en el hombre el pecado y el vicio, como en haber necesitado de que se escriba y defienda que hay Dios, que su providencia gobierna el mundo y que las almas son inmortales. Solo el perdimiento más rematado pudo persuadir que las cosas todas sin Criador se criaron; y sin Hacedor se hicieron; y que no habiendo choza sin dueño en el mundo, el mundo no tiene dueño. Tú das crédito á Tácito, á Plutarco, y á los cuentos y fábulas de Esopo, en lo que no has visto ni oido, ni ellos tampoco; y no lo das á tí mismo en lo que ves, en lo que tocas, en lo que oyes, en lo que sientes, piensas y raciocinas. Tú das crédito á los platónicos, peripatéticos, estóicos y pitagóricos, en muchas cosas en que no hablaron ni como filósofos ni como historiadores; y se la niegas, cuando en la cosa más importante del mundo te dicen á una voz: *Morte carent animæ*. Tú das crédito á Epicuro, á Lucrecio, á Luciano, á Diágoras, Milesio y á otros cuantos hombres inmorales, que tienen á su vientre por su fin, su término y su Dios; y no crees á la Europa entera, á toda el Asia, África y América, cuyos habitadores te gritan, que tu alma es inmortal. Tú das crédito á unos hombres atrevidos, temerarios y locos, que en nuestros dias te dicen, que nuestra alma es un soplo que se acaba con la vida; que no nos diferenciamos de las bestias más que en una organizacion material más delicada; y se la niegas á los muertos, cuyas almas vivas é inmortales se han aparecido y hablado á los hombres; se la niegas á los Santos que han resucitado; á las divinas Escrituras, que en uno y otro Testamento te lo enseñan; á los venerables Concilios que condenan tus errores; á la Igle-

eterna; toma su tiempo para sacar de la esclavitud á los pueblos, porque las cosas de la Providencia no acontecen, no llegan á su sazon sinó á su tiempo marcado. Los frutos de la libertad, como los demás frutos de la tierra, no son buenos y útiles sinó á su punto de madurez. Sabe muy bien que la violencia, que todo lo destruye en un momento, nada, nada es capaz de formar: ó si establece repentinamente con todos los esfuerzos de los hombres y como por mágica, el instante que sigue al de la fundacion verá caer desplomado el edificio sin bases añejas.

La Iglesia no derroca nunca lo que una vez edificó: por esa razon es muy lenta en construir, pero haciéndolo sobre cimientos incontrastables. Avanza pausadamente, pero jamás retrograda; y esa es la condicion del verdadero progreso. Y cuando nosotros afirmamos, señores, que ha introducido en el mundo la verdadera libertad, no queremos dar á entender que ha dado á las naciones cartas, constituciones, ó leyes políticas. No es esta su mision; no ha sido divinamente instituida para gobernar la tierra, ni para reformar los gobiernos humanos, como ni tampoco establece sistemas de filosofía, ó teorías científicas, á pesar de poseer la eterna Verdad, manantial de todas las verdades. Está hecha para enseñar á la tierra las cosas del cielo.

Ella va echando en el trascurso de los tiempos las palabras de la eternidad como semillas inmortales y fecundas: con los siglos, estas semillas brotan, pujan, se levantan, crecen, se desarrollan y fructifican. Derrama sobre los hombres el Espíritu de Dios que le ha enviado su divino Maestro fundador; y este Espíritu de Dios es el que en toda la haz de la tierra por do quiera es recibido por corazones de buena voluntad.

Espíritu de sabiduría, espíritu de inteligencia, de ciencia y luz, penetra, alumbra, ilumina y vivifica todas las doctrinas y enseñanzas humanas, sin dejarse empero encadenar por sus formas. Espíritu de fuerza y de libertad, se mezcla, se introduce en las instituciones de la tierra, pero sin fijarse, sin enclavarse en ellas: las empuja hácia adelante, las alienta, y excita; las perfecciona por un progreso contínuo y seguro: da á los gobiernos la autoridad verdadera, é inspira á los pueblos el sentimiento y deseo de la verdadera libertad.

Por medio de este Espíritu, y con solo este Espíritu, los reyes y los pueblos podrán comprenderse y se alargarán la mano; y así es como se irá operando por grados, mansa y suavemente, pero con firmeza, —si los hombres no desconciertan los planes de Dios, ni embarazan sus caminos,—la verdadera, la segura, la noble manumision del linaje humano.

# INMORTALIDAD DEL ALMA.

*Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.*

Mirad, hermanos, no haya en alguno de vosotros corazon maleado de incredulidad. (Heb. iii, 12.)

Escribiendo en San Márcos de Leon un célebre español un tratado sobre la inmortalidad del alma, más há de ciento y sesenta años, dió principio con estas notables palabras: en ninguna cosa se echa de ver, con tanta infamia del entendimiento humano, la torpeza bestial y la noche que derrama é introduce en el hombre el pecado y el vicio, como en haber necesitado de que se escriba y defienda que hay Dios, que su providencia gobierna el mundo y que las almas son inmortales. Solo el perdimiento más rematado pudo persuadir que las cosas todas sin Criador se criaron; y sin Hacedor se hicieron; y que no habiendo choza sin dueño en el mundo, el mundo no tiene dueño. Tú das crédito á Tácito, á Plutarco, y á los cuentos y fábulas de Esopo, en lo que no has visto ni oido, ni ellos tampoco; y no lo das á tí mismo en lo que ves, en lo que tocas, en lo que oyes, en lo que sientes, piensas y raciocinas. Tú das crédito á los platónicos, peripatéticos, estóicos y pitagóricos, en muchas cosas en que no hablaron ni como filósofos ni como historiadores; y se la niegas, cuando en la cosa más importante del mundo te dicen á una voz: *Morte carent animæ*. Tú das crédito á Epicuro, á Lucrecio, á Luciano, á Diágoras, Milesio y á otros cuantos hombres inmorales, que tienen á su vientre por su fin, su término y su Dios; y no crees á la Europa entera, á toda el Asia, África y América, cuyos habitadores te gritan, que tu alma es inmortal. Tú das crédito á unos hombres atrevidos, temerarios y locos, que en nuestros dias te dicen, que nuestra alma es un soplo que se acaba con la vida; que no nos diferenciamos de las bestias más que en una organizacion material más delicada; y se la niegas á los muertos, cuyas almas vivas é inmortales se han aparecido y hablado á los hombres; se la niegas á los Santos que han resucitado; á las divinas Escrituras, que en uno y otro Testamento te lo enseñan; á los venerables Concilios que condenan tus errores; á la Igle-

sia santa que te predica sus verdades, y al mismo Dios eterno, sábio y santo que te lo dicta. Dios dice: *hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza* (Gén. I, 26). ¿Dónde hallaremos en el hombre la semejanza de Dios inmortal, si el alma del hombre es materia y muere con su cuerpo? Dios dice, que *crió al hombre inmortal* (Sap. II, 23). Si todo el hombre muere, ¿cómo puede verificarse esta divina verdad? Dios dice: *no querais temer á los que matan el cuerpo, y nada más pueden hacer, porque el alma no la pueden matar; temed solamente al que puede precipitar el cuerpo y el alma en el abismo por los pecados* (Matth. X, 28). Si los hombres pueden matar el cuerpo, mas no el alma, ésta no muere con el cuerpo; ésta sobrevive á la destruccion de su cuerpo; ésta es inmortal, ó Dios miente y torpemente nos engaña. Dios dice, que *él es la verdad y la vida* (Joan. XIV, 6); luego no nos engaña ni miente, cuando nos ofrece la vida eterna en premio de la observancia de sus preceptos. Si hay vida eterna para el virtuoso, ¿cómo ó cuándo podrá conseguirla, si todo el hombre muere? Dios dice: *id, malditos al fuego eterno, porque no habeis hecho buenas obras* (Matth. XXV, 41). Si el alma es mortal como el cuerpo, si la comen los gusanos como al cuerpo, si se reduce á polvo como el cuerpo, si es pura materia como el cuerpo; ¿cómo puede estar en los tormentos eternamente, siendo nada? Dios dice: *bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios* (Matth. V, 8). Pregunto, no siendo el alma espiritual é inmortal, ¿cómo podrá ver á Dios, por más justa que sea en esta vida? Dios dice: *bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (Ibid. 10). ¿Cuándo puede el justo injustamente perseguido conseguir el cielo, si su alma es un soplo que con el cuerpo muere? Dios dice: *Revertatur pulvis in terram suam... et spiritus redeat ad Deum, qui dedit illum* (Eccl. XII, 7). En suma, ó Dios miente, ó dice la verdad. Dios es un sér eterno, infinitamente perfecto y santo, á quien infinitamente le repugna la falsedad y la mentira: si Dios mintiera, no seria Dios, y seria mentira, falsedad y engaño que habia cielo, infierno, encarnacion del divino Verbo, vida, muerte y resurreccion de Jesucristo; fundacion de su Iglesia, establecimiento del Cristianismo, destruccion del gentilismo, dispersion de la Sinagoga, milagros, profecías y sacramentos; con otros millares de cosas, que vemos con nuestros mismos ojos y tocamos con todos los sentidos. Luego no miente; luego si Dios existe y habla la verdad, es menester creer la inmortalidad del alma. En efecto, me parecen íntimamente unidas estas dos verdades: la existencia de Dios, y la inmortalidad de nuestras almas. Si la primera se



demuestra, la segunda queda probada; y si ésta se niega, no puede sostenerse aquélla. De la existencia de Dios se sigue necesariamente, que ha de amar lo bueno y aborrecer lo malo; que ha de amar la virtud y castigar el pecado. Esto no se ve innumerables veces en esta vida; luego precisamente ha de haber otra. Si el alma del virtuoso muere con su cuerpo, ¿cuándo experimentará el premio de su virtud, no habiendo experimentado en esta vida más que trabajos, dolores, enfermedades, calumnias y persecuciones? ¿Dónde está la bondad de Dios? la justicia de Dios? la santidad de Dios? Si el alma del malvado no sobrevive á la destruccion de su cuerpo, ¿cuándo experimentará el castigo de sus hurtos, sus detracciones, sus torpezas, sus ingratitudes, sus traiciones, sus calumnias, sus opresiones y crueldades, no habiendo experimentado en su vida sinó las delicias, los placeres, los contentamientos de los sentidos, gozando la salud más robusta, poseyendo las riquezas más cuantiosas, obteniendo los empleos más brillantes, y rodeándole los aduladores más contínuos? Estas verdades, amados cristianos mios, son tan claras y luminosas, que persuaden y convencen con solo presentarse. Sin embargo, conviene deciros con S. Pablo, que vivais cuidadosos para no abandonar su creencia; no dejeis corromper vuestro corazon con los desórdenes de los vicios, porque entónces el corazon corrompido exhalaria vapores fétidos, que llegarian tarde ó temprano á oscurecer las luces de vuestro espíritu con las negras nubes de la incredulidad: *Videte fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.*

Si yo hablara en este discurso con solos vosotros, amados hijos mios, no necesitaba para confirmaros en la fe cristiana que dichosamente profesais, mas que haber tocado ligeramente los divinos oráculos que invenciblemente demuestran la inmortalidad de nuestras almas, como lo habeis oido. Al deciros: Dios ha hablado, Dios lo enseña, Dios lo predica con obras y palabras; todos, humillando vuestro entendimiento en obsequio de la fe, escuchariais á Dios con el más profundo respeto, creeriais cuanto os dijese, y obedeceriais en cuanto os mandase. Pero, ¡ay! vivimos en unos dias malos, y el orgullo de la razon humana no quiere doblar su dura cerviz sinó á la vista de las demostraciones. Procuremos dárselas en el presente asunto: hagámonos un todo para todos, para ganar á todos para Dios. Ello es, que no hay cosa más íntima, ni que más nos interese que nuestra alma, y nada nos es más importante que conocerla bien. Debemos estudiar su naturaleza, debemos observar sus operaciones, para adquirir por este medio una ciencia experimental de este sér interior que anima nuestro cuerpo. Usemos pues de la razon con toda

la rectitud que podamos, y por ahora no insistamos en presentar más divinos oráculos de las santas Escrituras, definiciones terminantes de los Concilios Vienense y Lateranense, ni sentencias claras y expresas de los santos Padres. Hable la razon sola; y pues tanto pretenden los incrédulos tenerla de su parte, demostrémosles su error, y hagámosles ver con los propios ojos de su entendimiento, la libertad de su alma racional, la inmaterialidad, la espiritualidad y la inmortalidad.

Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Para probar demostrativamente á los incrédulos que nuestra alma es libre, que obra por eleccion y no por necesidad, que no se halla determinada por una fuerza secreta, pero irresistible á sus determinaciones, sinó que es dueña de elegir entre los partidos que se le ofrezcan, el que quiera; yo los tomo á ellos mismos por testigos de esta verdad. Se les ha evidenciado la existencia de Dios, y la han creido: se les ha demostrado la necesidad de un culto y la verdad de una religion, y la han admitido: se les dice ahora, que este Dios y esta religion enseñan que el alma goza de libertad, porque es inmortal, como resultará despues, y lo niegan, y no lo admiten ni lo creen. Ved ahí una evidente contradiccion entre sus obras y sus palabras, entre su sistema y su razon. Ellos admiten lo primero, porque quieren; ellos no admiten lo segundo, porque no quieren; ellos son dueños de sus acciones para querer ó no querer como les pareciere: luego ellos son libres. No encuentro como la razon humana pueda negar una consecuencia tan legítima. Si por galantería, si por vanidad de parecer superiores á las que llaman preocupaciones vulgares; si por un extravío el más doloroso del entendimiento humano, tratasen de negarlo, ni podrian persuadirlo á pueblo alguno, ni ellos mismos quedarian persuadidos de que hablaban con sinceridad. El mundo entero, convencido de esta verdad, los confundiria; todo el género humano, que jamás ha variado de opinion en este punto en la carrera dilatada de los siglos, se les opondria y daria en rostro con su absurda necedad. De lo contrario, no serian los hombres responsables de sus acciones; ni al cielo ni á la tierra deberian dar cuenta de sus vicios ni de sus virtudes; los hombres entónces siempre harian lo que deberian hacer, porque no podrian jamás dejar de hacer lo que hacian; y no habria entre ellos, ni buenos ni malos, ni culpados ni inocentes, ni viciosos ni virtuosos, ni premios ni castigos.

Todas las leyes del cielo y de la tierra suponen, reconocen y confiesan la libertad del hombre, y sin ésta, jamás se habria discurrido cosa más ridícula, más injusta ni más cruel, que las leyes que impusiesen penas á los malhechores. Suponed que se congregan con mucho aparato y majestad en el teatro de su tribunal una porcion de jueces, para reprender y castigar á un hombre por una accion que ni es buena ni mala; por una accion que él debió hacer, porque no podia dejar de hacerla; por una accion á que se vió impelido por una fuerza extraña é irresistible: comparece el que llaman reo; le hablan los jueces, le afean su hurto, su homicidio, su traicion; le imponen pena capital; y él á todo responde: no tenia ni tengo libertad; no pude dejar de hacerlo; hice lo que debia. ¿Qué tal? ¿creerian aquellos jueces á aquel hombre? ¿Se darian por satisfechos los legisladores de Grecia, de Lacedemonia, de Roma... ¿Qué digo? ¿para qué nombro aquellos Numas, Licurgos y Solones? ¿acaso los hotentotes, los patagones, los pampas, los iroqueses y otras naciones, tan poco civilizadas como aquéllas, cayeron jamás en el delirio de una opinion tan loca, tan monstruosa y tan absurda? ¿Qué hombre buscó jamás testigos para probar, que teniendo vista despejada veía el sol al medio dia, estando el tiempo claro y sereno? ¿Quién buscó testigos para probar á los que estaban presentes, que vivia, que pensaba, que andaba? Solo un demente el más rematado podria pensar, hablar y obrar tan desatinadamente. Solo el que negase la libertad del hombre, excedèria á aquel degraciado demente en sus despropósitos. En efecto, si la conviccion, la más íntima y más fuerte en que todos los mortales estamos de nuestra libertad; si la aprobacion que nos damos á nosotros mismos cuando obramos el bien no existe; si la desaprobacion que pronunciamos contra nosotros, cuando hacemos el mal, es una ilusion; Dios nos engaña y engaña torpemente á todo el género humano, y esto seria un error *pejor priore*. Porque ¿qué cosa más indigna de la santidad de Dios, de la justicia de Dios, de la majestad y bondad de Dios, que burlarse y engañar á los hombres, por quienes se hace hombre, vive, padece, muere y resucita? Si el hombre no es dueño de sus acciones, ¿para qué Dios le ha dado la ley natural? ¿para qué aquella luz de la razon, aquel grito de la conciencia que nos muestran invenciblemente lo que es conforme al órden y lo que no lo es? ¿Esta ley no es tan antigua como el mundo? ¿no está grabada con caractéres indelebles en nuestras almas? ¿Han conseguido jamás los hombres que nos precedieron, ó podremos conseguir nosotros borrar de nuestro corazon todos sus preceptos? Si las ideas del vicio y de la virtud son fantásticas, porque el hombre no es dueño de practicar lo uno, ni huir lo otro, ¿cómo el Omnipotente le impone

leyes positivas, leyes divinas, mandándole practicar la virtud, y ofreciéndole por ello premios eternos? ¿Cómo es tan injusto que amenaza con castigos al vicioso, y se los aplica efectivamente en pena de su pecado? Pienso que no hay necesidad de detenernos más en demostrar una verdad confesada por todo el género humano, sabida en todos los siglos y probada hasta la misma evidencia por los mismos, que por capricho la impugnan. Usad, hijos mios, de esta libertad que el Criador dió á vuestra alma para apartaros del mal y obrar el bien, para huir el vicio y practicar con mérito la virtud. Estos son los designios de Dios para haceros felices; estos son los nuestros, y tales deben ser vuestros designios.

Ya vosotros sabreis, amados cristianos mios, que los materialistas modernos no hacen otra cosa que seguir ciegamente los errores y extravíos de la razon de sus antiguos maestros los Hóbbes, los Espinosas y los Epicuros. Que no habia diferencia esencial entre el espíritu y la materia, decian los primeros. Que no habia más que una sustancia con dos modificaciones, decian los segundos; esto es, que la sustancia podia considerarse como extendida, y entónces se llamaba materia; y se podia considerar como cosa que piensa, y en tal caso se llamaba espíritu. Y por último, los terceros decian, que el alma del hombre era un compuesto de átomos materiales muy sutiles y delicados, cuyos movimientos, diversificados por varias combinaciones, hacian la diferencia de las almas. Tales son los sistemas del materialismo, reproducido en nuestros dias, sin exámen de su antigua falsedad. Triunfemos de un golpe de este fantasma, demostrando hasta la evidencia la inmaterialidad de nuestras almas, de cuyo exámen resultará claramente su espiritualidad é inmortalidad.

Yo pienso; todos los hombres racionales piensan: esta es una verdad evidentísima, una verdad que confesamos nosotros, que confiesan los incrédulos y confiesan todas las naciones del universo. Si mi alma es materia, esta materia precisamente ha de pensar, ó por su misma naturaleza, ó por sus configuraciones, ó por sus movimientos: no hay efugio. Fórmese la idea recta de la materia, cotéjese ó compárese con la experiencia, y se verá que ella es una sustancia extendida ó cuantitativa, susceptible de muchas configuraciones ó modificaciones, y capaz de diferentes y varios movimientos. Resulta pues con evidencia, que si ella piensa, ha de ser precisamente, ó en virtud de su misma naturaleza, ó por sus configuraciones, ó por su movimiento. Nada de esto sucede, ni puede suceder; luego debemos resolver que nuestra alma es inmaterial.

Que la materia no piense en virtud de su naturaleza, ó precisamente como materia, es tan claro, que yo presento por jueces á los mismos incrédulos, aunque busquen por adjuntos á todos los hijos de Adan. Díganme, ellos ó alguno de ellos; ¿si piensan los mármoles, los bronces, los jaspes, las piedras preciosas, el barro, la madera? ¿Habrá algun racional que asegure que estas materias piensan, han pensado, ó pueden pensar, precisamente en virtud de su naturaleza ó en cuanto son materia? Un absurdo, tan contrario á la razon y á la experiencia, ¿se ha creido jamás, ó ha sido pensado por algun hombre sensato? ¿Hay algun autor que haya escrito de los pensamientos de los peñascos, del hierro ó del acero, del plomo, la plata, el oro y otros metales? Si la materia piensa en virtud de su naturaleza, hallándose en todos esos séres y en otros innumerables la materia en cuanto materia, ó segun la virtud de su naturaleza, en todos debe tener actuales pensamientos.



Y si no los tiene en virtud de su naturaleza, y, sin embargo, la materia piensa, esto será en virtud de sus configuraciones. Comprendamos bien la idea de la figura y la del pensamiento. La figura pues, ó la modificacion de la materia, no dice más que una extension mayor ó menor, terminada de esta ó de aquella manera; quiero decir, que toda y cualquiera parte de materia se puede considerar como ella es, ó rotunda, ó cuadrada, ó triangular, ó polígona, ó plana, ó convexa, ó cóncava, ó con otras figuras y modificaciones semejantes ó diferentes. Yo pregunto ahora: ¿ha habido algun hombre, si no estaba demente, que asegurase sériamente, que las agujas de las torres del famoso templo del Escorial pensaban, porque son piramidales? ¿Que las bolas del puente de Toledo pensaban, porque eran ovaladas ó rotundas? ¿Que las colunas del nuevo Museo de Madrid pensaban, porque eran del órden toscano? Seria menester entónces considerar el pensamiento como piramidal, como redondo, cuadrado, cóncavo ó convexo. ¿Esta evidente verdad no arranca lágrimas, ó mueve la risa? Si no lloramos los extravíos del entendimiento humano, ¿no es menester reirnos de los despropósitos, extravagancias y absurdos, en que necesariamente caen los que dicen que es material el alma del hombre? ¿Quién jamás comprendió el pensamiento como plano, cuadrado ó triangular? ¿El pensamiento no excluye esencialmente todas estas configuraciones? No queda ya otro arbitrio que apelar al movimiento. ¿Pero éste podrá dar pensamientos á la materia movible? Examinémoslo.

El movimiento de la materia no es otra cosa que el trasporte de un cuerpo de un lugar á otro, con mayor ó menor velocidad, con esta ó aquella direccion, con aquellas ó las otras combinaciones. Es eviden-

te que nada de esto puede dar pensamientos á la materia. ¿Piensan los ladrillos, las tejas ó las frutas, porque las lleven de un lugar á otro? ¿Piensa una bala de fusil, porque se dispara de un cañon con tanto ímpetu, ó piensa un monton de paja, conducido lentamente por un carro de bueyes? Aquí hay diferentes movimientos, más ó ménos veloces, más ó ménos lentos, pesados ó perezosos. ¿Con cuál de ellos se piensa? ¿Será la causa del pensar que el uno toma su direccion al Norte y el otro al Mediodía? ¿este al Oriente y aquel al Ocaso? ¿ó será por las combinaciones del movimiento? Pero esto no quiere decir otra cosa, sinó que los movimientos unas veces son opuestos, y otras uniformes y conspirantes á un mismo término; unas veces son iguales y otras desiguales. Si son opuestos, chocan los unos contra los otros, y retardan, disminuyen ó destruyen su movimiento con aquel encuentro, segun que es más ó ménos violento en los cuerpos movibles. Si son conspirantes, se favorecen unos á otros, y el movimiento resulta más veloz. Pero sean encontrados ó uniformes, lo que en todo esto únicamente puede concebirse, es; que la fuerza motriz les dió mayor ó menor impulso, esta ó aquella direccion; pero deducir de aquí que la materia piensa por esta direccion ó aquella, por aquella velocidad ó tardanza, ó por esta igualdad ó desigualdad de movimientos, es un absurdo el más extravagante y la ignorancia más estúpida de la física que puede concebirse. Pero si la materia no piensa por el movimiento, ¿pensará por el reposo? Es cierto, hijos mios, que la materia es susceptible de uno y otro estado. De su propia naturaleza es inerte é inmoble: una fuerza extraña puede imprimirle un impulso y ponerla en movimiento, el que ella no tomaria por sí misma jamás, si se la dejara en su natural reposo. Ahora pues yo os pregunto: si la materia por su propia naturaleza es inerte é incapaz de moverse por sí misma, ¿cómo será capaz de pensar? ¿Formará grandes pensamientos por sí misma, la que por sí misma no puede formar el más pequeño movimiento? Reflexionadlo cuidadosamente, y no olvideis el inconveniente absurdísimo y horribilísimo, que de aquí se seguiría: advertidlo bien, porque es de suma importancia. Si nuestra alma es materia, todo el mundo sabe que en tal hipótesis el hombre seria una máquina sujeta á las leyes necesarias de la mecánica; careceria el hombre de libertad y los vicios y virtudes no serian más que voces sin algun significado. ¡Qué horror! ¿Es posible que el alma valerosa y magnánima de los Corteses, los Ruidiaz de Vivar y los Gonzalos Fernández de Córdoba; el alma política y virtuosa de los Cisneros y los Saavedras; el alma sábia de los Arias Montanos y Antonios Agustin; el alma hermosa y discreta de



los Lopes, los Calderones, los Argensolas, los Ercillas, Rebolledos y Cervantes; y sobre todo las almas santas de los Isidoros, Fulgencios, Ildefonsos, Braulios, Valeros, Alcántaras, Rójas y tantos millares de otros ilustres españoles, que unos por la virtud, otros por las letras, otros por las armas han sido la admiracion del mundo; es posible, digo, que las almas de todos estos no eran otra cosa, que un poco de materia, más fina y delicada que la de los peñascos y jumentos? ¿Es posible que unos hombres tan beneméritos de su pátria y de todo el género humano, no han merecido más para con Dios que los ladrones, los falsarios, los homicidas, los traidores, los ingratos y todos los demás bribones, que han sido el oprobio de la razon y el escándalo del mundo? Tan opuesto y tan diametralmente contrario es este abominable sistema de los materialistas á las luces de la razon y á los bellos sentimientos de la naturaleza. Resulta pues, como una verdad demostrada hasta la msma evidencia, que la materia no puede pensar ni por su naturaleza, ni en virtud de sus configuraciones, ni en razon de sus movimientos, ni por causa de su quietud y reposo. Luego es imposible que la materia piense: luego nuestros pensamientos tienen por principio una sustancia espiritual.

Sí, amados cristianos mios: hay en el hombre, además del cuerpo organizado, una alma espiritual; una alma que piensa, que raciocina, que reflexiona, que elige con libertad los medios que le parecen más oportunos para el fin que pretende, despues de haberlos examinado y combinado en sí mismos y con relacion al fin. Para demostrar esta verdad con la solidez que hemos evidenciado, que la materia nada de esto puede hacer, preguntemos á los materialistas, ¿si hay en el mundo hombres tan estúpidos, salvajes y bárbaros, en quienes no se hallen ideas bien perceptibles, de la teoría de la mecánica, de la política, de la justicia y de la virtud? Supongamos dos indios iroqueses, patagones ú hotentotes, que traten de mover una gran piedra, que excede por su pesantez ó gravedad las naturales fuerzas de sus brazos. ¿Qué hacen? buscan inmediatamente un leño que les sirva de palanca, y con su mayor ó menor longitud duplican ó triplican su actividad y sus fuerzas, y mueven fácilmente con ella aquel enorme peso. Supongamos que quieren arrancar las raíces de un árbol, ó tronchar algunas de sus ramas; ¿cómo lo ejecutan? Disponen en tal proporcion sus piés, sus manos y su cuerpo, que apartando éste cuanto pueden del punto de apoyo de sus piés y en direccion opuesta, logran con más prontitud y ménos trabajo la ejecucion del pensamiento concebido. De la misma suerte, dando un dia con una espada sobre una piedra, ven que han saltado chispas: admiran el

efecto; repiten los golpes, ya no casualmente, sinó á propósito; y advirtiendo el mismo efecto, le arriman algunas materias inflamables, y prendiendo en ellas el fuego, lo conservan para sus menesteres mucho tiempo. Prosigamos con otras demostraciones de esta verdad. Júntanse otros indios comarcanos contra ellos: conocen los iroqueses su inferioridad, y que no pueden por sí solos resistir al mayor poder de sus enemigos. ¿Qué hacen entónces al ver amenazada su vida, su libertad, sus mujeres y sus hijos? Buscan amigos que sostengan con ellos tan preciosos intereses; unen sus fuerzas á las suyas, y con el auxilio de sus aliados resisten á las fuerzas de sus enemigos. ¿Y qué diré de las ideas que ellos tienen de lo justo y de lo injusto, de lo honesto y de lo impuro, del vicio y de la virtud? Decidles que un hijo se entregó libremente por esclavo para sacar de cautiverio á su padre anciano y enfermo, que gemia en un calabozo, y que una madre se abalanzó valerosamente contra un lobo ó un leopardo, que le habia arrebatado de su lado á un hermoso hijo pequeño que tenia; que ella tiraba de su niño, y el lobo la mordia; que ella gritaba y el leopardo apretaba los dientes en la criatura; pero que al fin la madre libró á su niño, aunque maltratado, ensangrentado y herido; habladles de estas cosas, y vereis correr las lágrimas de sus ojos por sus mejillas, mostrando un rostro enternecido y una alma llena de sensibilidad. Preguntadles, ¿si es permitido ser infiel á las promesas y contratos, hacer traiciones á los amigos y bienhechores, invadir sin causa las posesiones de los prójimos, hurtarles sus frutos, negar el socorro á los que nos han dado la vida y se hallan necesitados? Preguntadles estas y otras cosas á este tenor, y vereis sobre su semblante la indignacion y el enojo, que con una elocuencia natural detesta todas aquellas malas acciones. Luego es evidente y sensible que hay en los hombres, aún cuando se les suponga bárbaros y groseros, una alma inteligente que preside á sus movimientos, que refiere los medios á sus fines; que valúa la suma de las fuerzas y de las resistencias; que por lo presente mira lo porvenir; que se aprovecha de los descubrimientos y los perfecciona; que conoce más objetos que los materiales y sensibles; que tiene nociones bastante claras del vicio y de la virtud, y que vela con mayor ó menor cuidado en la conservacion de su cuerpo. ¿Habrá hombre tan ciego de entendimiento, que en todas estas operaciones no perciba un alma inteligente, una sustancia espiritual, que conoce, que calcula, que combina, que aborrece el vicio y ama la virtud? Una alma, no compuesta de partes mensurables y extendidas como la materia, y terminadas por sus fases ó sus ángulos, sinó intelectiva, que excluye necesariamente la circunscripcion y mensurabilidad; una inteligencia, que para sus actos no necesita, como el cuerpo, pasar de un espacio á otro con el local movimiento, sinó con sus potencias gira maravillosamente, sin apartarse de un sitio, por todos los del cielo, de la tierra y los abismos; una alma que escala el firmamento, y examina el número y grandeza de sus estrellas, calcula la velocidad de sus movimientos, determina el tiempo necesario para sus diurnas, mensuales y anuales revoluciones ó círculos; que fija con toda certidumbre los momentos en que deben verificarse los eclipses del sol y la luna y mide sus asombrosas distancias; una inteligencia, que penetrando sin fatiga por las duras entrañas de la tierra, mide su diámetro, describe su circunferencia, examina sus producciones y se aprovecha de sus riquezas y sus frutos; una alma, en fin, llena de grandes y magníficas ideas, superiores á todo el alcance de los sentidos; ¿no será una alma espiritual? Sí, hijos mios, espiritual es nuestra alma, esencialmente distinta de la materia, á la que no es posible formar ideas de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, de la virtud y el vicio, ni sacar consecuencias de lo pasado para lo presente y de éste para lo futuro. Sí, carísimos, espiritual es nuestra alma, incapaz de partes, de extension, de modificaciones ó configuraciones cuantitativas, que solo corresponden á la materia, no al espíritu ni á las sustancias inteligentes. Dad gloria á Dios, porque ha criado espirituales vuestras almas; dadle honor, culto y reverencia, porque las ha criado para un fin dichoso que durará por toda la eternidad. No lo dudeis, cristianos mios, porque ellas son inmortales, son indestructibles y durarán á la par del Sér eterno. ¡Qué consuelo para el virtuoso! ¡qué causa para llenar de horror á los pecadores! ¡Un alma eternamente feliz, ó eternamente desdichada! Nosotros así lo creemos; pero no lo creen los materialistas, y es menester probárselo irresistiblemente.



2. He dicho, cristianos oyentes, y lo vuelvo á repetir, que nosotros creemos la inmortalidad de nuestras almas, y que no dudamos ni podemos dudar de esta verdad, que nos enseña nuestra santa Religion como un artículo fundamental é infalible. Pero aunque creamos esta verdad con una fe divina, se nos obliga á probarla como filósofos por la razon humana. Esto es tanto más necesario en nuestros tristes dias, cuanto los materialistas se empeñan en impugnarla. Debemos pues decirles, para evitar toda equivocacion, que distinguimos dos suertes de inmortalidad. Una esencial, y natural la otra: la primera, es una necesidad absoluta de existir, nacida de la esencia misma del sugeto en quien se halla, y á quien le repugna esencialmente la no

existencia. Esta inmortalidad se halla en Dios, y solo en Dios, que es el que es, el que existe por sí mismo, y á quien le repugna esencialmente no existir. La inmortalidad natural es una exigencia de conservacion perpétua nacida del sugeto en que se halla, que aunque absolutamente sea de una naturaleza destructible para el poder del Omnipotente que la sacó de la nada, no hay causa fuera de Dios, ni intrínseca ni extrínseca, que pueda destruirla; y esta es la inmortalidad de nuestras almas. Tambien les debemos decir, que todas las cosas han sido criadas para algun fin: ellas han sido sacadas de la nada por una causa infinitamente sábia, omnipotente y santa, que todo lo colocó en el órden, disponiéndolo todo en número, peso y medida, no por acaso, por capricho ó entretenimiento, sinó para el cumplimiento de su adorable providencia; y siendo el hombre la criatura más perfecta, y á quien dió el dominio de las aves del cielo, de los peces del mar, de los animales del campo y de los frutos de la tierra, no era posible que le criase sin algun fin, cuando lo tenian todos los otros séres tan inferiores al hombre. Es imposible que el entendimiento pueda concebir, que el hombre no está destinado para alguna cosa grande, razonable y justa, cuando le considera criado á la imágen y semejanza de Dios. En efecto; el destino y fin del alma del hombre es conocer lo verdadero, amar lo bueno, animar y gobernar su cuerpo. En la muerte pierde su último fin ó destino, porque deja y desampara su cuerpo con quien vivia; pero conserva los otros dos, que son esenciales é inherentes á su naturaleza, y por lo mismo son los dos fines principales. Dios es la verdad; debe el hombre conocerla: Dios es la bondad por esencia, la bondad eterna é infinita; debe el hombre amarla. Ved cómo nos reducimos á los primeros elementos de la doctrina cristiana enseñada en nuestros catecismos, cuando en ellos se nos pregunta: ¿para qué fin fué criado el hombre? Y respondemos: para conocer y amar á Dios en la tierra, y verle y gozarle en el cielo.

No omitamos el recordar á los materialistas otras verdades, que ellos no ignoran y confiesan; conviene á saber, que una cosa puede perecer, ó por descomposicion, ó por anonadamiento ó aniquilacion. Todo cuerpo animal, todo cuerpo vegetal y todo cuerpo mineral perecen por descomposicion; separándose y disolviéndose las partes que componian el todo estando unidas, y desde que se disolvieron y separaron, ya se acabó, ya no existe aquel todo que ántes habia. Por el exceso de las lluvias rompe un caudaloso rio las márgenes que lo ciñen, y corriendo impetuoso por los campos, derriba todos los edificios que encuentra. Buscan los moradores sus casas, despues que las aguas volvieron á su cauce, mas no las encuentran. Pues qué, ¿se aniquilaron? Nada ménos: allí encuentran los techos en el suelo, las tejas quebradas, las maderas hechas pedazos, las paredes caídas y todas las demás partes de que se componia la casa; pero separadas, pero desunidas, pero dislocadas de su sitio: por esta separacion no existe ya la casa. ¿No veis aquí cómo perecen las cosas compuestas de partes, por la separacion y descomposicion de las partes que las componian? Evidentemente. Pues pasemos adelante, y digamos que por aniquilacion perecen las almas de los brutos, sumergiéndolas el Criador en la nada de que las habia sacado, luego que faltó el fin para que las habia criado, que era vivificar y mantener su cuerpo por cierto y limitado tiempo. Dios es un sér sábio, justo y santo; un sér que nada hace acaso, nada hace en vano, nada inútil. En vano seria conservar el alma de los brutos, inútil seria mantenerla, no teniendo ya fin alguno que llenar. Su fin era mantener y vivificar el cuerpo de los brutos; perecieron éstos, y aniquilóse aquélla; y ved cómo la razon humana va descubriendo por principios innegables la inmortalidad de nuestras almas, porque teniendo éstas, despues de la muerte de su cuerpo, un fin grande é importantísimo que llenar, como es el conocer á Dios y amarle por todos los siglos, deben existir eternamente; sin que podamos hallar razon que exija su destruccion, ni de parte del cuerpo, ni de parte de la misma alma, ni de parte de Dios. En efecto; para que el alma del hombre pereciera por parte del cuerpo, era menester que cuando el cuerpo perece por la corrupcion y separacion de sus partes, corrompiera y separara tambien las partes del alma; mas como ésta, por ser espiritual, carece de partes, y es una sustancia simplicísima é indivisible, le repugna esencialmente la corrupcion y separacion de las partes que no tiene. Luego, por parte del cuerpo, es imposible destruir la inmortalidad del alma. ¿Y habrá alguna razon por parte del alma? Veámoslo. Para que una cosa se corrompa ó perezca por sí misma, ha de tener en su misma naturaleza algunos principios ó constitutivos opuestos, que se combatan y choquen por sus contrarias cualidades, las cuales con el uso se van debilitando y disminuyendo sus fuerzas, y al fin llegan á faltar; y como el alma racional es intrínsecamente incapaz de estas cualidades contrarias, repugna á su naturaleza indivisible y simplicísima contener principios opuestos ó constitutivos, que mútuamente se combatan y destruyan. Ella se acuerda de lo pasado, ella reflexiona sobre lo presente y futuro, ella quiere ó no quiere, ella elige libremente estos medios ó los contrarios, segun que le acomodan. ¿Dónde hallaremos en la naturaleza ó sustancia del alma espiritual é intelec-

tiva principios de corrupcion? Y si no los encontramos de parte del cuerpo, ni de parte del alma, ¿los hallaremos de parte de Dios? De ninguna suerte: Dios no destruye sus obras, sinó despues que han llegado al término y fin para que las crió; y como el fin y término para que crió nuestras almas, es para no tenerlo, sinó para que conociendo á Dios, obedeciéndole, sirviéndole y amándole, miéntras vivian en la union con su cuerpo, le viesen, conociesen, amasen y gozasen eternamente despues de la separacion de su cuerpo; repugna á la justicia y santidad de Dios, que destruya y aniquile la mayor obra de sus manos ántes de llegar al fin para que la crió. ¿Qué cosa más inútil, más falsa, ni más absurda que la venida de Dios al mundo para salvar las almas de los hombres, si éstas perecen con su cuerpo? La vida de Jesucristo, su pasion, su muerte y resurreccion, todo es una fábula, si nuestras almas no son inmortales. Sus milagros son fingidos, sus apóstoles unos impostores como él y su religion es un fantasma: los mártires son unos frenéticos, los sacramentos de la Iglesia un embuste; y en suma, si mi alma perece para siempre en la muerte de mi cuerpo, toda verdadera Religion se destruye, y hasta el mismo Dios no existe. Sí, cristianos mios muy amados, hasta este delirio frenético es forzoso llegar con el pensamiento, si se destruye la inmortalidad de nuestra alma. Dios no sería Dios, si Dios no fuese justo. El entendimiento más estúpido no puede concebir á Dios, sinó como un sér en todo perfecto. ¿Pues dónde está este Dios justo, que llena de amarguras, de pobreza y trabajos á los virtuosos en esta vida, si no hay otra despues en que se recompensen las buenas obras? La maldad triunfa, el vicioso nada en la opulencia y las delicias: ¿dónde está la justicia y santidad de Dios, si no hay otra vida en que aplicarle el merecido castigo? ¡Dios sin providencia! ¡Dios sin justicia! ¡Dios sin santidad! ¡Oh razon humana! avergüénzate, horrorízate á la vista de los espantosos extravíos á que te conduce la corrupcion del corazon! Santidad de Dios, justicia de Dios, providencia de Dios, yo os confieso, yo os alabo, yo os publico desde el Oriente al Occidente, y desde el Septentrion al Mediodía, porque Dios ha criado mi alma libre, inmaterial, espiritual é inmortal, para que obre con mérito la virtud, ayudada de su gracia; para que elija el bien y me aparte del mal con la esperanza del premio; para que conozca lo verdadero y ame lo bueno; para que entienda mi nobleza, mi preciosidad y mi destino; para que tema el castigo del vicio y espere el premio de la virtud, aún más allá de los horrores del sepulcro. Vos, Dios mio, habeis impreso en mi alma estos deseos, estos temores y estas esperanzas: si mi alma fuera mortal



como mi cuerpo, ¿no serian todos ellos una vana quimera, y vos un engañador injusto? Sí, Dios mio, Dios bueno, Dios omnipotente y santo; solamente siendo vos un injusto impostor, podrian haber creido los romanos, los griegos, los egipcios, que habia un lugar destinado á suplicios para los malos, y unos campos Elíseos llenos de delicias para los buenos, más allá de la muerte de los cuerpos. Unicamente siendo vos un engañador torpe, podrian haberse persuadido los indios, los chinos, los mahometanos, los judíos, los cristianos y todas las demás naciones, que las almas eran inmortales. Este grito, este sentimiento, este idioma de la naturaleza humana, constante y uniforme, que ni los años debilitan, ni la diversidad de religiones destruye, ni la diferencia de naciones y pueblos aniquila, ¿no es la voz de la verdad? Si ésta no lo es, ¿qué otra podrá presentar pruebas más irresistibles?

Confesémosla nosotros, cristianos mios, postrados delante de la majestad del Dios de los dioses, del Rey de los reyes, del Señor de los señores, y del principio y fin de todas las cosas: confesémosla, y adoremos á Dios, uniendo nuestra adoracion á la de todos los espíritus y bienaventurados del cielo y á la de los justos de la tierra: confesemos que hemos recibido del Señor una alma libre, espiritual, indestructible é inmortal; adorémosle por tan gran beneficio, y convidemos al cielo y á la tierra, á los ángeles y á los hombres á bendecir su santo nombre.

Venid, y alegrémonos delante del Señor, y cantemos á Dios nuestro Salvador: presentémonos delante de su divino rostro confesando su gloria, y alabémosle con himnos y salmos. Dios es gran señor; Dios es rey grande sobre todos los dioses; Dios no desechará el pueblo que le adora, le sirve y obedece, á quien redimió obrando su salud en medio de la tierra. Temámosle, porque es justo; amémosle, porque es bueno; humillémonos en su presencia, porque es omnipotente; veneremos su rectitud y sus juicios, porque es sábio; y conformemos nuestra voluntad á la suya, porque es santo y bendito en los siglos de los siglos. Amen.

---

# INTELIGENCIA HUMANA

## (LA)

## COMPARADA CON LA VERDAD SOBRENATURAL.

*Ecce, Deus magnus vincens scientiam nostram.*

¡Oh, y cuán grande es Dios, y cuánto sobrepuja á nuestra ciencia!

(Job. xxxvi, 26.)

Entre las innumerables diferencias que distinguen la inteligencia de la facultad de sentir, hay una tan patente, que basta la más ligera atencion para reconocerla. Es esta diferencia la que se halla entre el objeto de los sentidos y el del pensamiento. En efecto; á cada sentido corresponde su objeto particular, el cual es muy reducido y no tiene nada de comun con los demás sentidos. Es muy reducido, porque ni la vista se extiende á lo que no es luz, ni el oido á lo que no es sonido; el olfato se limita á juzgar del olor, el gusto del sabor, el tacto de los cuerpos extensos y resistentes. Y este objeto no puede al mismo tiempo ser comun á los demás sentidos, porque es una ley constante y universal de la naturaleza, que no se distinguen los colores por los oidos, ni los sonidos por el paladar, ni los olores por la vista.

Diversa es la condicion de la inteligencia, muy diferente su poder. Porque no solamente la inteligencia percibe y comprende todos los objetos que perciben los sentidos, sinó que se lanza á una altura infinita sobre las cosas sensibles, penetra hasta lo invisible y no conoce más límites que los del sér y de la verdad. Solo á la nada no alcanza su vuelo. Todo lo que existe, el mundo, el hombre, Dios, forman el objeto de su vision y dan materia á su actividad. De aquí ha nacido la infinita variedad de las ciencias, patrimonio y al mismo tiempo conquistas de la inteligencia: de aquí la enciclopedia del saber humano; de aquí en esta misma enciclopedia, la multitud de órdenes diversos y de clases distintas.

En este número, y en primera línea, debemos tener presente la que conocemos por los diferentes nombres de religion, de teología, ó de



ciencia de las relaciones del hombre, imágen y criatura de Dios, con Dios que lo ha creado á su imágen; ciencia tan superior á todas las demás, que con razon se llama reina de todas ellas. Es reina por razon de su necesidad; porque quítese al hombre el conocimiento de Dios, quítesele el conocimiento de sus relaciones con Dios, y quedando reducido á los límites del mundo sensible, descenderá del puesto elevado de sér inteligente á las ínfimas regiones que habitan los brutos. Es reina por su utilidad: pues sin Dios, sin lo Infinito, sin lo Eterno, ya no hay para el hombre más que infortunio y miserias.

Vamos á tratar ahora de esta reina de las ciencias, y examinar si el espíritu humano en sus relaciones con ella, puede considerarse sujeto á las reglas de la fe y á las leyes de la creencia. Pidamos los auxilios necesarios para el acierto: A. M.

1. Antes de entrar en materia debo advertir, que el deseo de explicarme con la posible concision no me ha permitido presentar la cuestion con la debida claridad y en términos propios para hacer evidente y palpable á todos mi pensamiento. Vuelvo, pues, atrás para expresarme con más precision. La cuestion, repito, consiste en saber si las leyes de la fe y de la creencia, cuya aplicacion es tan extensa, pueden aún subsistir, cuando se trata de religion; si puede suceder que el espíritu humano esté obligado á dejarse gobernar por las reglas de la fe y apoyarse en las leyes de la creencia, aún cuando se trata de la religion, para conocer lo que él debe saber sobre Dios y sobre los deberes que le ligan estrechamente con Dios; ó bien sí, en todo lo que concierne á la religion, á Dios y á los deberes para con Dios, se le debe considerar exento de las leyes de la creencia y abandonado únicamente á sí mismo, á su evidencia y á las deducciones de su razon. Esta cuestion tan importante por sí misma, adquiere más gravedad por la oposicion radical y contradictoria de las soluciones que se ha intentado y se intenta darle todavía. Siguiendo atentamente las razones que vamos á desenvolver, no podrá haber duda sobre el sentido en que debe resolverse.

Ante todas cosas hay un punto evidente. Cuando se habla de la religion considerada en las dos partes que la constituyen, la creencia y los deberes, lo que debemos pensar de Dios y lo que debemos dar á Dios, no puede ser esto cuestion de fe puramente humana, de fe que nazca solamente del hombre y que se apoye, en último análisis, en el testimonio del hombre. El testimonio humano y por consiguiente la fe puramente humana, deben circunscribirse dentro de los límites de

las cosas sensibles, y, rigurosamente hablando, no tienen ningun valor si llegan á salir fuera de la esfera de los hechos sujetos á los sentidos. Pero, ¿quién no ve que es imposible colocar á la Divinidad entre las cosas sensibles, y contar en el número de los hechos sensibles, lo que debemos creer de Dios y las obligaciones que nos impone el culto debido á su majestad soberana? Siendo todo esto superior á lo que está al alcance de los sentidos y á los hechos sensibles, se halla, por consiguiente, en regiones más encumbradas y en una esfera de órden más elevado que la del testimonio humano y de la fe humana.

Una vez bien comprendida la cuestion propuesta, ella puede y debe trasformarse en esta otra: ¿Puede la inteligencia humana, en lo que concierne á la Divinidad y á los deberes religiosos, estar sometida á leyes que obliguen á la creencia, cuyo orígen y razon última deban buscarse en un testimonio superior al testimonio humano, es decir, cuyo orígen y razon última deban buscarse en el testimonio de Dios? Lo que equivale á preguntar si Dios, por medio de un testimonio diferente del que presenta la naturaleza y el órden del mundo, del que resuena en lo íntimo de nuestras conciencias y del que brilla en las luces de la razon, puede prescribir al hombre la profesion de ciertas verdades y la práctica de ciertos deberes; si puede, en ciertas ocasiones, exigir la adhesion de la inteligencia, el respeto y la obediencia de la voluntad. ¿Quién puede dudarlo? ¿Qué razones podrán buscarse para negarlo?

Consideremos, primeramente, la autoridad de Dios, teniendo presente el orígen de donde emana y las propiedades de que está revestida. No puede imaginarse derecho más incontestable, de orígen más cierto y de más eminentes cualidades. ¿Tiene el padre un derecho, y un derecho legítimo y evidente sobre su hijo? La naturaleza toda levanta su voz para afirmarlo. Pero ¿de dónde procede este derecho? De que el padre es la causa de la vida de su hijo: este es el orígen verdadero, natural é indudable de la autoridad paterna.

Y Dios, ¿no es la causa, y la causa más elevada y universal de nuestra vida? ¿No debemos á Dios, sobre todo, el sér y la vida, nuestra inteligencia y nuestra voluntad? Luego tiene sobre nosotros una autoridad semejante á la autoridad paterna, con sola la diferencia de ser aquélla más aventajada. Sigamos este pensamiento.

¿Será injusto que el señor mande á su servidor y que con sabiduría y prudencia le imponga su voluntad, le gobierne y le prescriba obligaciones? De ningun modo; porque este derecho procede de que el señor ha adquirido la propiedad del trabajo de su servidor, en cambio de su salario, ó de los alimentos con que le mantiene, de los vestidos con que le cubre, del techo bajo el que le alberga. Y los hombres ¿de manos de quién recibimos la luz que nos alumbra, el aire que respiramos, el alimento que nos sustenta y esa abundancia de bienes de que rebosa la tierra, contribuyendo todos al contento y felicidad de la vida?



La mano que derrama sobre nosotros estos beneficios con tanta profusion no es otra más que la mano de Dios, que nos los dispensa con condicion de que nuestras obras sean perpetuamente encaminadas á su gloria. Luego estamos ligados para con Dios por las relaciones de servidor á señor, y tiene sobre nosotros el derecho legítimo del señor sobre el servidor.

Os preguntaré tambien, si es permitido á los príncipes y á todos los gobiernos legítimos, exigir de los súbditos por motivos de órden público, que se conduzcan de tal manera y no de otra, y que observen no solamente las leyes rigurosamente necesarias, sinó tambien las que han sido establecidas por razones de simple utilidad y conveniencia? No creo que se halle jamás un hombre sensato que lo niegue. ¿Por qué? Porque de los príncipes y de los gobiernos esperamos la tranquilidad, el órden y la seguridad pública; la proteccion de las leyes, la equidad en los juicios, en una palabra, todo lo que reclaman los intereses generales de la sociedad humana.

Ahora decidme: ¿no debemos nosotros nada á la Providencia que dirige al mundo? ¿No debemos nada al gobierno de Dios? Os confieso que con solo hacer esta pregunta, aguardando que se me responda, siento que mi rostro se cubre de vergüenza y confusion.

Reasumamos, pues, en estos términos nuestro argumento: el padre, porque ha dado la vida; el señor porque dá el salario; el príncipe porque procura la paz pública, todos tienen un derecho incontestable para usar de su autoridad sobre sus hijos, sobre sus servidores, sobre los ciudadanos, pudiendo, dentro de los límites de la prudencia y de la discrecion, imponerles las cargas necesarias, ó solamente útiles para el fin particular de su gobierno. Pero Dios es el Padre de los padres, el Señor de los señores, el Monarca de los monarcas, y ante él todos somos hijos, todos servidores, todos súbditos. ¿Qué debemos concluir de esto? ¿Qué él solo por ser el Padre de los padres no tiene el poder que está permitido á todo padre? que solo él porque es el Señor de los señores está privado del derecho que se concede á todo señor? que á él solo porque es el Monarca de los monarcas se niega la autoridad que no se ha rehusado jamás á ningun príncipe? Semejante conclusion, reprobada por la naturaleza humana, seria la negacion de la razon, y la destruccion del buen sentido.

Es forzoso, pues, reconocer en Dios y con un derecho infinitamente superior, el poder que nos sentimos obligados á conceder al padre sobre su hijo, al señor sobre su servidor, al príncipe sobre sus súbditos; es preciso reconocer en Dios el poder de imponernos su voluntad, si lo juzgare conveniente, y de emplear su testimonio en todo lo que pertenece á la religion, así en el órden especulativo como en el órden práctico.

2. Pero oigo objetar que se reconoceria desde luego en Dios este poder, si pudiese conciliarse con su sabiduría infinita. ¡Cómo! ¿Seria acaso opuesto y contrario á ella? Sin duda alguna, se me responderá; porque si, á los deberes religiosos que prescribe la razon, que impone la naturaleza misma de las cosas y que componen la religion natural, pudiese Dios, por una libre disposicion de su voluntad divina, añadir otros nuevos, seria preciso reconocer, ó que Dios puede ser autor de deberes inútiles, ó que la naturaleza, en esta importante materia de la religion, nos deja destituidos de lo que nos es necesario, ó á lo ménos útil. Lo uno y lo otro es igualmente indigno de la sabiduría de Dios: en efecto; su sabiduría repudia el poder de imponernos deberes inútiles, porque es opuesto á ella todo lo que no es ni conveniente ni oportuno: no le es ménos contraria la suposicion de que Dios, Criador soberanamente sábio de la naturaleza, no hubiese dotado esta naturaleza de todas las luces que ha menester para descubrir y conocer los deberes necesarios y útiles á la religion. Esta es la cuchilla con que se arman los racionalistas y el casco que los defiende; pero éste es frágil y el acero de aquélla está débilmente templado.

Probémoslo.

Concedo sin dificultad, que Dios no puede ser autor de deberes inútiles; concedo que es propio de la sabiduría divina procurar al hombre los medios necesarios y útiles para el cumplimiento de sus obligaciones religiosas; pero niego que los deberes añadidos libremente por Dios á estos medios necesarios, y manifestados por su testimonio sobrenatural, puedan ó deban considerarse como inútiles; y por consiguiente, niego que sea lo mismo para Dios suministrar al hombre estos medios necesarios y privarse él mismo del derecho de gobernar al hombre en las cosas religiosas, al arbitrio de su voluntad libre en su soberana sabiduría.

Empezemos por la primera de estas aserciones. ¿Es inútil,—¿quién se atreveria á pensarlo, ni á decirlo?—es inútil preparar á actos virtuosos un objeto, una materia, facilitarnos ocasion de ejercerlos con más frecuencia, excitar el sentimiento religioso y hacernos así comprender mejor nuestra sumision á Dios? Me remito á la razon, apelo á la experiencia.



Me refiero á la razon, que no puede ménos de aconsejar á un padre, á un príncipe, á un legislador, que traten de proporcionar á los hombres confiados á su cuidado, ocasiones frecuentes de ejercitarse en la virtud; de reanimar en ellos mismos los sentimientos del deber y del reconocimiento, y de habituarse á respetar la autoridad que los gobierna. Apelo á la experiencia, que nos enseñará la inmensa utilidad que produce la repeticion frecuente de acciones virtuosas, y la solicitud con que se procura avivar en sí los sentimientos de la justicia y de la santidad.

Pero, ¿qué sucederá si Dios, en su soberana voluntad, nos manda creer y nos impone el cumplimiento de lo que no nos está ni mandado ni impuesto por la razon ó la naturaleza? Resultará sin duda alguna que sentiremos mejor nuestra dependencia hácia él, que con más frecuencia le honraremos como á verdad suprema y lo respetaremos como á nuestro Señor soberano; resultará que nos unirán á Dios vínculos más estrechos; que nuestra inteligencia adquirirá nuevas perfecciones, seremos enriquecidos con nuevos méritos, y, en una palabra, será para nosotros un manantial de innumerables beneficios.

Nada, pues, hay más distante de la verdad, nada hay más falso, que el pretextar ese temor de los deberes inútiles, para arrebatar á Dios el derecho de gobernarnos libremente á su arbitrio en el más importante de nuestros deberes: el deber de la religion.

No nos será más difícil demostrar la falsedad de la otra asercion. En efecto; ¿qué se quiere decir cuando se afirma que Dios, al darnos nuestra naturaleza, nos ha dado todo lo que nos es necesario y todo lo que nos basta para satisfacer las obligaciones de la religion y del culto? Ciertamente esto no significa que Dios no podria añadir nada, si quisiese; no significa que este conjunto de socorros no tenga necesidad para servirnos, del concurso múltiplo y repetido de Dios.

Dios ha creado el mundo, pero esto no le dispensa de tener aún que gobernarlo por medio de su Providencia; porque haya dado el gérmen, y la semilla, no le privareis de la facultad de concurrir al crecimiento y desarrollo de la planta; porque nos haya hecho don de lo necesario, no le impedireis que á él añada bienes superabundantes.

Todo concurre pues á establecer esta verdad; Dios es libre, si lo juzga conveniente, de añadir otros deberes á los deberes y á las obligaciones de la religion natural. Puede manifestarlos por medio de su testimonio, y sobre lo que exige la naturaleza, reclamar además una fe más extensa, é imponer deberes más numerosos. Esta verdad se fun-

da en sus títulos más incontestables de Padre, de Señor, de Rey, y está apoyada en sus atributos divinos, en su sabiduría y en su bondad.

Permítasenos ahora examinar una asercion comun á todos los racionalistas, base de sus sistemas, motivo de sus cantos de victoria.

Segun ellos, profesar una religion revelada y sobrenatural no es otra cosa más que desconocer igualmente á Dios y la naturaleza humana.

Es desconocer la naturaleza humana, porque ella se basta á sí misma; y es desconocer á Dios, porque en su sabiduría ha debido proveer á todo por el don de la razon.

¡Cómo, pues! ¿Es esto discurrir? ¿No es más bien prejuzgar la cuestion? ¿Es esto conducirse como filósofo? ¿No es más bien cegarse á sí mismo? La causa de lo sobrenatural no tiene nada que temer si estas son las armas más fuertes para combatirla. No; ni la perfeccion de la naturaleza ni la sabiduría de su autor se oponen á que á sus facultades esenciales y necesarias se añadan dones útiles y provechosos; ni impiden unir á la luz de la razon, la luz aún más resplandeciente del testimonio divino. Pensar de otra manera, es forjar imposibilidades y no demostrarlas: es una audacia que llega á lo increible.

¿Por qué, pues, no seria así? Por una parte confesamos todos, que Dios es omnipotente, y lo reverenciamos como tal; y por otra, nos atrevemos á decir, que él no podria aumentar en un ápice la religion natural. ¿En dónde vemos esta imposibilidad? ¿Aparece clara y sin nubes á la vista de nuestro entendimiento? ¿Tenemos evidencia de ella? Léjos de eso: cuanto más nos detenemos á discutirla, ménos la percibimos; y cuanto más trabajamos para estudiarla y penetrarla, ménos evidente se hace. Aún más; no solamente nos aparece ménos evidente, y lo es ménos en efecto, sinó que se desvanece y se disipa enteramente.

¿De dónde viene, pues, esta asercion tan decisiva: Dios no lo puede? Yo no puedo atribuirlo sinó á la irreflexion, esa grave dolencia del género humano; no puedo atribuirlo sinó á las ideas superficiales y confusas, causa tan fecunda de errores, y al orgullo del espíritu, enemigo de toda sumision y primer orígen de todos los males de la naturaleza humana.

---

# MAL MORAL

## (PRESENCIA DEL)

## EN EL SENO DEL LINAJE HUMANO.

*Initium omnis peccati est superbia.*
El primer orígen de todo pecado es la soberbia.
(ECCLES. X, 15.)

El mal existe; él cubre la tierra. Cánticos de alegría y gritos de dolor atestiguan su presencia, porque él ofrece á los unos el triunfo de los placeres, á los otros amargas aflicciones. Este mal, que produce el crímen y la falsa dicha, es un terrible problema para la razon humana. Él fatigó constantemente á la filosofía antigua, y la impelió hasta las sombrías y desesperantes concepciones del fatalismo.

Por otra parte, una filosofía grave debe pensar en este problema. Almas creyentes y fieles se ocupan de él con frecuencia; pero tambien se vé muy á menudo á espíritus, que no han sido penetrados completamente por la viva y poderosa luz de la fe, agitarse al borde de un abismo abierto por un pensamiento febril é inquieto.

Así, señores, se presentan á veces ante nosotros, con condiciones y bajo impresiones diversas, entre otras, estas graves cuestiones: ¿por qué el mal moral, por qué el pecado inunda la tierra? ¿Quién lo crea, quién lo deja crecer y prosperar? Dios ha previsto el acto que debia ofenderlo; él lo ha previsto, él podia evitarlo, impedirlo, y no lo ha hecho; él lo ha previsto; cierto, cierto, no podia ménos de ser cometido por el hombre. ¿Cómo seria entónces el acto libre y voluntario, el pecado, imputable al hombre? ¡El hombre es libre! se dice. Pero cuando ménos, Dios habia previsto que el miserable pecador abusaria de su libertad, que abusaria para convertirse por siempre en réprobo; Dios lo habia previsto, y sin embargo le ha dado esa funesta libertad! ¡Cómo pues! ¿armará un padre el brazo de su hijo para un suicidio seguro? No, ciertamente. ¿Qué es pues lo que ha hecho Dios respecto del hombre? ¡Dios habia previsto el pecado, y Dios lo deja reinar y dominar en el corazon del hombre! ¿Dios, pues, ha previsto

da en sus títulos más incontestables de Padre, de Señor, de Rey, y está apoyada en sus atributos divinos, en su sabiduría y en su bondad.

Permítasenos ahora examinar una asercion comun á todos los racionalistas, base de sus sistemas, motivo de sus cantos de victoria.

Segun ellos, profesar una religion revelada y sobrenatural no es otra cosa más que desconocer igualmente á Dios y la naturaleza humana.

Es desconocer la naturaleza humana, porque ella se basta á sí misma; y es desconocer á Dios, porque en su sabiduría ha debido proveer á todo por el don de la razon.

¡Cómo, pues! ¿Es esto discurrir? ¿No es más bien prejuzgar la cuestion? ¿Es esto conducirse como filósofo? ¿No es más bien cegarse á sí mismo? La causa de lo sobrenatural no tiene nada que temer si estas son las armas más fuertes para combatirla. No; ni la perfeccion de la naturaleza ni la sabiduría de su autor se oponen á que á sus facultades esenciales y necesarias se añadan dones útiles y provechosos; ni impiden unir á la luz de la razon, la luz aún más resplandeciente del testimonio divino. Pensar de otra manera, es forjar imposibilidades y no demostrarlas: es una audacia que llega á lo increible.

¿Por qué, pues, no seria así? Por una parte confesamos todos, que Dios es omnipotente, y lo reverenciamos como tal; y por otra, nos atrevemos á decir, que él no podria aumentar en un ápice la religion natural. ¿En dónde vemos esta imposibilidad? ¿Aparece clara y sin nubes á la vista de nuestro entendimiento? ¿Tenemos evidencia de ella? Léjos de eso: cuanto más nos detenemos á discutirla, ménos la percibimos; y cuanto más trabajamos para estudiarla y penetrarla, ménos evidente se hace. Aún más; no solamente nos aparece ménos evidente, y lo es ménos en efecto, sinó que se desvanece y se disipa enteramente.

¿De dónde viene, pues, esta asercion tan decisiva: Dios no lo puede? Yo no puedo atribuirlo sinó á la irreflexion, esa grave dolencia del género humano; no puedo atribuirlo sinó á las ideas superficiales y confusas, causa tan fecunda de errores, y al orgullo del espíritu, enemigo de toda sumision y primer orígen de todos los males de la naturaleza humana.

---

# MAL MORAL

## (PRESENCIA DEL)

## EN EL SENO DEL LINAJE HUMANO.

*Initium omnis peccati est superbia.*
El primer orígen de todo pecado es la soberbia.
(ECCLES. X, 15.)

El mal existe; él cubre la tierra. Cánticos de alegría y gritos de dolor atestiguan su presencia, porque él ofrece á los unos el triunfo de los placeres, á los otros amargas aflicciones. Este mal, que produce el crímen y la falsa dicha, es un terrible problema para la razon humana. Él fatigó constantemente á la filosofía antigua, y la impelió hasta las sombrías y desesperantes concepciones del fatalismo.

Por otra parte, una filosofía grave debe pensar en este problema. Almas creyentes y fieles se ocupan de él con frecuencia; pero tambien se vé muy á menudo á espíritus, que no han sido penetrados completamente por la viva y poderosa luz de la fe, agitarse al borde de un abismo abierto por un pensamiento febril é inquieto.

Así, señores, se presentan á veces ante nosotros, con condiciones y bajo impresiones diversas, entre otras, estas graves cuestiones: ¿por qué el mal moral, por qué el pecado inunda la tierra? ¿Quién lo crea, quién lo deja crecer y prosperar? Dios ha previsto el acto que debia ofenderlo; él lo ha previsto, él podia evitarlo, impedirlo, y no lo ha hecho; él lo ha previsto; cierto, cierto, no podia ménos de ser cometido por el hombre. ¿Cómo seria entónces el acto libre y voluntario, el pecado, imputable al hombre? ¡El hombre es libre! se dice. Pero cuando ménos, Dios habia previsto que el miserable pecador abusaria de su libertad, que abusaria para convertirse por siempre en réprobo; Dios lo habia previsto, y sin embargo le ha dado esa funesta libertad! ¡Cómo pues! ¿armará un padre el brazo de su hijo para un suicidio seguro? No, ciertamente. ¿Qué es pues lo que ha hecho Dios respecto del hombre? ¡Dios habia previsto el pecado, y Dios lo deja reinar y dominar en el corazon del hombre! ¿Dios, pues, ha previsto

y decretado anticipadamente la reprobacion de su criatura? ¿Es este un acto digno de un Dios justo, bueno y misericordioso?

Señores, aquí hay preocupaciones injustas y falsas, vosotros lo concebís; aquí hay cosas misteriosas, y cosas muy claras. Sin pretender sondar todos los abismos, encontramos en la sana razon, en la fe verdadera, principios que vengan á la Providencia eternamente de toda imputacion de injusticia y de crueldad, y que al mismo tiempo emancipan para siempre al hombre del yugo de una ciega fatalidad y una desesperacion necesaria.

Expondré sencilla y claramente estos principios despues de pedir los auxilios de la gracia: **A. M.**

1. Señores, la presencia del mal moral, del pecado en el mundo y en el hombre, se nos presenta con condiciones que, tranquilamente consideradas, reciben por parte del razonamiento cristiano y el sentido verdadero de los dogmas católicos, explicaciones plenamente satisfactorias.

Así, la presciencia divina, cualquiera que sea, no hace á Dios responsable del pecado del hombre, primer principio; lo que se llama la permision del pecado no hace á Dios autor de él, segundo principio; un órden general de la Providencia explica suficientemente la presencia del mal moral, del pecado en la tierra, tercer principio; en fin, la libertad humana es sola capaz de producir el mal, cuarto principio.

Procuraré, señores, discutir brevemente estas cuatro proposiciones. Me parece que ellas encierran instrucciones y esclarecimientos necesarios para un gran número, y capaces de disipar las nubes que se levantan á menudo en imaginaciones inquietas, relativamente á las verdades de la fe en esta grave materia.

No, señores; la presciencia divina, por infalible, por cierta y eterna que sea, no hace á Dios responsable del pecado del hombre. Hoy, tal vez ahora, se está cometiendo un crimen. Aunque Dios sin duda alguna lo hubiere previsto *ab eterno*, ¿qué se sigue de eso directamente? Que Dios posee una ciencia infinita, que nada se oculta á su eterna mirada. Esto es todo, ni más ni ménos.

Con efecto, ¿qué es la presciencia divina? Porque es preciso concebir nociones exactas; porque es necesario formar ideas justas de ella para conservarlas en medio de las dificultades que se levantan y crecen como las nubes; y en verdad, señores, que me admiro de haber encontrado con frecuencia, de haber visto sin cesar en mi carrera inteligencias que abrigaban siempre en esta materia dudas penosas, y



que se hallaban así cercadas de preocupaciones molestas; es preciso, repito, apreciar las cosas con toda la sencillez de las ideas y del lenguaje.

Pues bien; ver no es obrar. Seguramente no hacemos lo que vemos hacer á otro. Saber no es tampoco forzar y violentar. Cuando Dios prevé, no hace más que usar de una ciencia que le es propia, la de ver todo y saber todo. De ahí no se sigue ninguna necesidad antecedente y fatal. Dios vé todo, Dios hace todo, Dios conoce todo, Dios prevé todo desde el seno de su inconmensurable eternidad; todo lo que es susceptible de ser objeto de un conocimiento, Dios lo conoce; pero de hecho, un conocimiento, aún divino, no imprime por sí á las cosas conocidas ó previstas el sello de una necesidad fatal. Porque, observadlo bien; en efecto, señores, una verdad afirmada (y la presciencia de Dios no es otra cosa que una afirmacion de verdades futuras), es necesariamente, en tanto que es verdad, anterior á su afirmacion; de otro modo, ¿qué es lo que se afirmaria? Lo que no es; se afirmaria nada, se afirmaria la nada. Lo que se ve es ántes de ser visto; por la misma razon, lo que Dios prevé existe para él ántes de ser previsto.

Tened cuidado aquí, no hay, para la ciencia infinita y eterna, no hay, para el ser infinito y divino esa diferencia del tiempo que nos limita, que nos mide á nosotros. Presente, pasado, porvenir es algo para nosotros, por lo ménos es un lenguaje necesario; para Dios no significa nada. En la eternidad que Dios habita con su ciencia y vista divinas, no hay esta variedad de tiempos. La denominacion de las cosas futuras es solo buena relativamente á nosotros, pero es absolutamente falsa para Dios.

Así, segun la antigua respuesta de los Padres, tan trivial ya en las escuelas, pero que por eso no ha dejado de ser cierta, las cosas que nosotros llamamos porvenir, que son libres, que dependen únicamente de la libre determinacion del hombre, cuando ellas se realizan, no se realizan aquí abajo porque Dios las ha previsto. Por el contrario, Dios no las ha previsto sinó porque ellas debian realizarse de esa suerte libremente; él no las miraba como tales, sinó porque su inteligencia divina está presente en todos los tiempos, en todos los lugares, como lo está en todos los actos libres de los hombres. Así, tal acto previsto existia para Dios, en un órden lógico y verdadero, ántes de haber sido conocido por Dios mismo. No puede, pues, resultar de este órden esa necesidad fatal, anterior, que se objeta tan fuera de propósito y con tanta frecuencia.

Pero se dice: la presciencia de Dios es infalible: lo que Dios ha

previsto no puede ménos de suceder, y no se puede obrar de otro modo que como Dios ha previsto.

La presciencia de Dios es infalible. Sí, en virtud de estas dos cosas: primera, á causa de la infalibilidad misma de la luz y de la certeza divinas; segunda, á causa de la verdad cierta en sí de la proposicion ó de la verdad prevista.

Hé aquí una verdad que era cierta de toda eternidad: Judas venderá á su Señor. Esta verdad, conocida de Dios durante muchos siglos de anticipacion, era cierta á los ojos de Dios, no en su condicion aislada de existencia solamente, sinó tambien en su naturaleza esencialmente libre. La vista de Dios, su ciencia, su conocimiento no atacaba, no alteraba, no venia á herir la libertad del apóstol pérfido é infiel. La realizacion de la traicion de Judas solo era cierta porque él mismo debia ejecutarla libremente, pudiendo obrar de distinta manera. Esta realizacion y este conocimiento no eran ciertos para Dios con su poder, con su prevision infinita, para su ojo eterno, sinó porque el ojo de Dios, la inteligencia divina, se aplica, se extiende necesariamente á todo, á toda verdad apreciable, y porque un crímen, fatal para todos, es una verdad profundamente apreciable, real y cierta para una ciencia infinita y eterna.

Así, esta verdad (y lo mismo debe decirse de todos los crímenes y pecados de la tierra): Judas venderá á su Señor, en la inmensa distancia de los tiempos, era una verdad cierta, objeto de una proposicion cierta, que podia ser enunciada como tal por una ciencia, una vista que la poseia en la inmensidad de los siglos, en la esfera misma de la eternidad.

Esto es todo, y fuera de aquí se raciocina tan mal como lo hizo Calvino, como lo hizo la reforma, que se atrevió á acusar á Dios mismo de autor de la traicion de Judas y de la negacion de San Pedro. A la memoria os viene que el concilio de Trento se vió obligado á combatir ese error explicando, exponiendo el principio de la libertad del hombre.

Andad con tiento, señores; nosotros somos pequeños, reducidos, miserables, injustos; somos mezquinos y pretendemos juzgar los atributos de Dios y su prevision infinita. ¡Pobres pigmeos!.,. Era menester necesariamente que redujésemos á nuestra medida la ciencia, el conocimiento, la sabiduría de Dios. Vos no ireis más arriba ni más léjos, le decimos... ¡De veras! Vosotros concebís que esa no es una regla para el Señor; y porque nosotros, inteligencias pobres y finitas, no concebimos bien esa inteligencia divina, eterna é infinita, que se extiende y aplica á todo, que atraviesa todos los espacios, que aproxima todas las distancias, colma todos los vacíos, llama á su presencia á todas las edades, á todos los siglos, á todos los acontecimientos libres de la tierra; porque nosotros no concebimos, digo, esas cosas, porque quizá no concebimos tampoco bien la libertad del hombre, siempre plena, siempre intacta, siempre viva bajo el ojo eterno de Dios, que es enteramente inteligente, y que ha conocido todo ántes de los siglos, luchamos con nuestras dudas y nuestras perplejidades; nosotros destruimos la libertad humana, ó bien negamos la ciencia de Dios, ó lo hacemos actor, autor, causa del mal del hombre.



Nada de eso es cierto, señores; solo una cosa es absolutamente cierta; Dios conoce todo, prevé todo, todos los actos futuros, todos los acontecimientos libres del hombre. El hombre es libre; el mal que él comete, puede no cometerlo. Estas dos cosas no son verdaderamente irreconciliables. Y ¿por qué la una se opondria á la otra? ¿Dónde se vé la imposibilidad de la alianza? No, señores; la presciencia divina no hace á Dios responsable de los pecados del hombre; ella deja expedita la accion del hombre; ella lo deja á su libertad, con su naturaleza verdadera y real. Por más, que se repita que la presciencia divina es infalible, no dejará de ser cierto, señores, que ella deja, que ella debe dejar las cosas tales como son.

¿Quereis ahora, señores, que por medio de una comparacion sacada de las cosas humanas, en tanto que podemos acercarlas á las divinas, quereis comprender y concebir mejor lo que es la presciencia divina, infinita y eterna?... Pues bien; dignaos escucharme.

Nosotros poseemos, hasta cierto punto, una ciencia conjetural. Ayudados por la reflexion y la experiencia, podemos prever, combinar, á veces con fundados motivos, acontecimientos futuros, que deben sin embargo realizarse por el libre ejercicio de la voluntad humana. Cuanta más capacidad tenga una inteligencia, cuanto más cultivada se halle, más seguridad hallará en sus conjeturas y previsiones.

Suponed ahora, para una inteligencia muy vasta como se encuentran algunas; suponed una suma siempre creciente de grados de probabilidad relativamente á un acontecimiento futuro y libre, que permitan á esta inteligencia el lograr un conocimiento poco ménos que seguro de ese acontecimiento futuro; suponed tambien que el suceso conjeturado, previsto, previsto con certeza, si se quiere, se realiza. Y bien; decidme: cuando se realiza, ¿ha dejado por casualidad de ser libre, porque haya sido previsto? De ningun modo. Entre estas dos cosas no hay la más pequeña oposicion; no hay más que un hecho consumado en presencia de la fuerza, de la extension, del esfuerzo

de un gran cálculo intelectual y de una ciencia que nos ha anticipado el porvenir.

Señores, la ciencia de Dios, su prevision, porque sea indudablemente una certeza absoluta é infinita, no deja de conservar el carácter propio de la inteligencia. La inteligencia supone siempre un objeto anterior; ella no lo crea para conocerlo; ella lo ve, pero no lo impone; ella no lo necesita, ella no lo desnaturaliza, ella lo acepta únicamente tal como es, dejándolo enteramente libre.

Hé aquí cómo se puede simplemente, sin oscuridad, sin torturas concebir la presciencia divina. Nada se oculta, es verdad, á la accion de ese foco de luz y de amor; pero en el seno de su inmensa esfera de inteligencia divina, el alma del hombre se mueve siempre, señora de sí misma, dispensadora absoluta de las facultades que Dios le dió para seguir libremente su camino, para dirigirse, si quiere, sin naufragar al puerto de salvacion.

La presciencia divina no hace pues á Dios responsable del pecado del hombre: esta era mi primera proposicion.

Yo creo, señores, que la he expuesto y desarrollado suficientemente para vosotros, para inteligencias ilustradas y corazones rectos. Yo añado que lo que ha sido llamado, tal vez erradamente, la permision divina del pecado, no hace á Dios autor de él.

Dios ha previsto, se dice, el mal perseverante del pecador impenitente; él podia prevenirlo, evitarlo, impedirlo; no lo ha hecho, luego él es, por decirlo así, la causa del pecado. Dios ha previsto ese réprobo que debia de nacer; él ha previsto su suerte, si le concedia la existencia; él se la ha dado, y lo ha dejado consumar su prevista reprobacion.

Hé aquí, señores, á mi parecer expuesta la dificultad con toda su fuerza.

Nosotros vamos á buscar los mismos motivos divinos de lo que se llama la permision del pecado, ó por mejor decir, de la libertad dejada al hombre en la tierra. Vamos á recordar breve, pero enérgicamente, la verdadera naturaleza de la libertad humana.

Y en primer lugar, para responder á una objecion que se os ha presentado quizá á vosotros mismos, me basta preguntar: ¿con qué título se impondria á Dios la obligacion de impedir el mal moral, el pecado del hombre? Querer imponer á Dios esta obligacion, procurar crearla, es evidentemente alejarse de la verdad y de toda nocion lógica y precisa en esta materia.

Qué; porque Dios prevé el mal, porque se realiza bajo la inspeccion de su mirada, porque se verifica la reprobacion por parte del



hombre, ¿Dios habria de ser el autor del crímen y del pecado? Si el hombre no fuera libre, yo lo concebiria; si el hombre no poseyera los medios de hacer mal, ó bien segun su eleccion, yo concebiria esa injuria insolentemente inferida al Sér divino, tal como lo presenta el dogma católico: pero cuando Dios ve, cuando Dios deja obrar libremente al hombre, y realizarse por medio del pecado libre la reprobacion que el hombre acepta en su conciencia, yo no concibo que se pueda pretender que sea Dios el autor del mal.

Señores, léjos de eso, Dios aborrece el mal, Dios lo persigue; él amenaza al hombre que lo comete con las penas más severas; él no amenaza acaso al hombre con castigos eternos más que para evitárselos; él prodiga verdaderamente á la libertad humana todos los medios de no caer en el mal. No, no. Dios no puede ser autor del mal cometido por los hombres; y cuando se confunden en esta materia todas las nociones, cuando se derriban todas las tradiciones, no puede ménos de hacerse uno violencia á sí mismo. Se siente muy bien dentro de sí mismo que uno es libre; porque al cabo, el remordimiento no es otra cosa que esa voz, ese testimonio interior de la conciencia, que nos dice que nosotros hubiéramos podido evitar el mal que hemos causado.

Además, ¿quereis, señores, comprender por medio de una razon íntima y profunda, que el mal moral, el pecado, es necesariamente ajeno á la accion de Dios, y es obra exclusiva de la libertad humana? Y bien; concebid esto:

El mal no es un sér, no es un efecto, un producto de la creacion de Dios; y esta es ya la razon por la que sólo el hombre puede cometerlo. ¿Qué es, señores, el mal, el triste mal del pecado? Es una flaqueza de la criatura finita y libre; es una negacion del bien, del bien que Dios no puede negar; es una infraccion de las leyes, de la voluntad de Dios, que Dios no puede infringir. Solo el hombre posee este poder que es una voluntaria y culpable impotencia; solo el hombre posee este poder de arrancar la virtud de su corazon, el bien de sus acciones, el bien que es la imágen y semejanza divina. El hombre posee este poder que Dios no tiene, porque Dios no puede por su accion producir la nada ó algo que se parezca á la nada, como el mal que participa de las cualidades del *no ser*.

El mal es cierta cosa negativa, y en el mundo negativo del pecado Dios está siempre ausente, Dios no es jamás autor ni actor. Solo el hombre es capaz de esta debilidad. El Sér divino es el esplendor del dia más hermoso; el pecado es la noche más tenebrosa. Entre la luz y las tinieblas no cabe alianza alguna; y cuando Dios rechaza tan

enérgicamente, con todas las condiciones esenciales de su sér, con la ley religiosa tantas veces promulgada por él, toda participacion en el mal, en los pecados, en los crímenes cometidos por los hombres, es imposible, señores, atribuírsela sin impiedad, sin blasfemia.

De esta suerte, la permision divina del pecado no viene de Dios seguramente, y la voz es aquí impropia, señores. Dios no permite el pecado; lo que hace es, dejarlo libre en las manos y el corazon del hombre.

Pues bien; ¿acaso se blasfemará ahora de esa libertad que tanto se ensalza otras veces? ¿Dejará ya de ser un don precioso de la divinidad? ¿La apreciará tan poco el hombre que la convierta en injuria y blasfemia contra su divino Autor?

2. Pero una cuestion importuna pasa quizá por vuestra mente; muchas veces se me ha dirigido esta pregunta en comunicaciones de confianza: ¿por qué el mal, por qué el pecado, por qué esa especie de fatalidad que deben sufrir ciertas almas, á lo que parece?

Señores, voy tambien á responder á esta pregunta.

Sin necesidad de considerar atentamente el órden general de la Providencia, la economía y la distribucion de los dones de Dios, naturales ó sobrenaturales, es preciso convenir necesariamente, en que la existencia del mal moral, del pecado cometido en el corazon del hombre, no podria de ningun modo, segun lo hemos demostrado, ser atribuido á Dios. Porque en fin, ¿qué se querría? ¿Se querría, pues, aparentemente un órden de cosas, un estado providencial, un mundo, unos hombres, en quienes el pecado, la reprobacion y la terrible condenacion fuesen imposibles? Pero en este caso, señores, permitidme que lo diga, se raciocina en una hipótesis absolutamente quimérica: en definitiva, el mundo existe; este es un hecho. Existe un órden presente y actual; y pretender que Dios debe excluir de él el mal y el pecado, es pedir otro mundo, es querer otra tierra y otros cielos; es querer otra humanidad, otro género de redencion y de salvacion. De consecuencia en consecuencia seria preciso decir y concluir necesariamente, que Dios no ha podido crear el mundo en el estado actual y presente, en este estado, admirable disposicion, economía divina de la Providencia. Es decir, que Dios no hubiera podido producir para el hombre y el mundo un estado de cosas en que el pecado fuese libre en que la condenacion, á causa de la perseverancia libre en el pecado, fuese siquiera posible. Pero entónces es necesario excluir tambien hasta el poder divino; porque un solo mundo es imposible para Dios; un solo órden y una sola economía relativamente al corazon del hombre; un mundo, un órden en que el pecado, en que la condenacion fueran fatales; en que el crímen, en que el pecado, en que su castigo fuese para el hombre una necesidad inevitable; y esto repugna igualmente. Esta es una contradiccion formal y positiva en los términos; á eso va á parar el error lógicamente, porque, por último, lo que resultaria de semejante órden, seria el yugo real del fatalismo.



¡Dios, contra toda libertad humana, imponiendo á cada uno sus actos, y en cada uno todos los actos de los hombres!... ¡Pero eso es el fatalismo! Bajo el imperio de esa ciega necesidad, que no se me hable de pecado ni de crímen, ni de virtud ni de heroismo; con tal órden, no hay más castigo para el mal, más recompensa para el bien, que el que hay para la piedra que cae, para el agua que corre.

Señores, hay un órden de la Providencia que existe, y del cual es imposible demostrar la injusticia; y á aquellos que preguntan por qué deja Dios que el crímen se cometa libremente en la tierra, San Pablo y los profetas han respondido con harta severidad: «El vaso de arcilla no debe murmurar contra el alfarero que lo ha formado á su gusto.»

Pero si no es lícito dirigir una mirada indiscreta al fondo de las disposiciones divinas, es lícito á la fe sumisa y respetuosa el meditar en los misterios más augustos. Y bien; cuando yo considero profundamente la presencia del mal moral aquí abajo, la existencia del pecado y del crímen en el mundo, me pasma la grandeza de los designios de Dios, y la magnificencia de sus miras. La santidad divina me aparece resplandeciente de luz y de gloria, cuando en medio de los desórdenes y de los crímenes de la tierra, veo á Dios, á causa de su aborrecimiento infinito del mal, expresar y manifestar su amor infinito á la virtud. La justicia divina me penetra de respeto, de admiracion y terror religioso, cuando veo la mano de Dios, que del mal, de los excesos del mal, saca los mayores bienes, una admirable y solemne reparacion, el brillo de una gloria más grande y más pura. La misericordia divina se ofrece á mis miradas y mi corazon bajo las más seductoras formas, y me trasporta y agita cuando veo á Dios prodigar todos los tesoros de la gracia á los que se mostraron criminalmente indignos de ellos; cuando yo veo las infinitas bondades del Padre, que está en los cielos, derramadas sobre el sér que se revuelca en el fango y el paroxismo de los furores impíos. Juntamente se presenta á mis ojos la grandeza, el poder, la majestad, la santidad de Dios, cuando en medio de los penosos combates del justo, veo á éste prodigando con la práctica de la virtud las más elevadas muestras de adhesion y de heroismo.

Pues bien; oidlo, y no temais comprenderlo: sí; la presencia del mal, la existencia, la permision del pecado en este suelo, es precisamente lo que debe llenaros de consuelo, de amor, de esperanza, y suscitar en vuestra mente los más augustos pensamientos.

Sí, señores, es cierto, ¡el mundo delira! En la frente de este espacioso teatro que se llama la tierra, veo escritas con caractéres indelebles las amenazas y las venganzas divinas. Yo me estremezco todavía al oir en mis oidos la voz de los profetas de la antigua y de la nueva Ley, cuando hacen resonar sobre la cabeza de los pecadores el trueno vengador de la palabra divina, y digo: ¡Dios persigue el mal; él se vengará; él restablecerá su gloria ultrajada!...

Pero ¡oh santidad de Dios, cómo me tranquilizas! ¡Cuán grande y generosa me pareces en medio de tantos desórdenes, de tantos males, de los cuales haces tú salir tantos bienes! ¡Oh justicia divina, con qué magnífico esplendor brillas en el Calvario, en la cruz!... Esas torturas, esas ignominias, ese suplicio, esa muerte, me dicen más en honor de Dios, para celebrar su gloria, para satisfacer su nombre ultrajado, que el diluvio que cubrió la tierra, que la destruccion de la naturaleza entera, que el exterminio de tantos pecadores; porque en ese sacrificio del hombre-Dios, que encierra en sí mismo una grandeza y una dignidad divina é infinita, Dios se tributa á sí mismo y á su justicia ultrajada un inmenso, un manifiesto homenaje. Este sacrificio, la expiacion de una víctima divina, la inmolacion del hombre-Dios, ha restablecido el órden aquí abajo; él aparece en el seno de la creacion como el sello reparador del amor divino. Este sacrificio revela la misericordia de Dios, la bondad de Dios á los ojos de los hombres, porque en el Calvario no hay sólo una expiacion, no hay sólo dolor, no hay sólo el prolongado gemido que es el eco del crímen y del mal expiados; hay, además, vosotros lo sabeis y lo habeis sentido un dia, en que brotando una lágrima de vuestro corazon, encontró en una hora bendita el camino de vuestra pupila, y vino á lavar el recuerdo de muchas iniquidades; hay además la expresion de la misericordia y de la más afectuosa bondad. Esta redencion gratuita del hombre ha vuelto á abrir las vias del cielo á la humanidad; desde aquel momento los cielos y la tierra están reconciliados, y los ángeles habitan este suelo. De la sublime historia del Evangelio, del sacrificio voluntario de Dios, que se dá por la humanidad, que se entrega él mismo, sale esta expresion revelada: «¡Dios ha amado el mundo hasta el punto de darle su Hijo único!» Así en la ley nueva, en la ley de gracia y de amor, ese torrente de sangre que corrió en el Calvario, fué vertido por el miserable infiel. Para él ha sido reservado todo el amor; él es preferido al que permaneció fiel, como el niño, como la oveja, como el tesoro perdidos y encontrados son preferidos á los que se han poseido siempre.



Así, señores, no os admireis de que en presencia del mal moral que produjo la redencion, la Iglesia exclame: *Felix culpa!* «¡Dichosa falta!» ¡Oh, sí, dichosa falta, dichoso pecado, dichoso crímen de los hombres, que han merecido tan grande Redentor!... *Felix culpa qui meruit tantum redemptorem!*

---

# MILAGROS Ó PROFECÍAS,

Ó SEA:

## VALOR CRÍTICO

### DE LOS MILAGROS Y DE LAS PROFECÍAS.

### I.

*Opera quæ ego facio testimonium perhibent de me.. Scrutamini Scripturas... illæ sunt, quæ testimonium perhibent de me.*

Las obras que yo hago, dan testimonio en mi favor... Registrad las Escrituras, ellas son las que están dando testimonio de mí.

(JOANN. v, 36-39.)

Si alguno llega á comparar los libros del Evangelio y los escritos de los apóstoles con las obras de los autores eclesiásticos, le será fácil advertir una diferencia muy notable en la manera de establecer y demostrar el orígen sobrenatural y divino del cristianismo. En los Evangelios y en las Epístolas de los apóstoles todas las pruebas se reducen á dos puntos: á los milagros, invocados como la via de Dios mismo, argumento invencible para persuadir á los hombres que deben reconocerle por el autor soberano del Cristianismo, y á las predicciones, á las profecías, prueba de una fuerza irrefragable para demostrar que es preciso, de toda necesidad, mirar como celestial una doctrina anun-

Pues bien; oidlo, y no temais comprenderlo: sí; la presencia del mal, la existencia, la permision del pecado en este suelo, es precisamente lo que debe llenaros de consuelo, de amor, de esperanza, y suscitar en vuestra mente los más augustos pensamientos.

Sí, señores, es cierto, ¡el mundo delira! En la frente de este espacioso teatro que se llama la tierra, veo escritas con caractéres indelebles las amenazas y las venganzas divinas. Yo me estremezco todavía al oir en mis oidos la voz de los profetas de la antigua y de la nueva Ley, cuando hacen resonar sobre la cabeza de los pecadores el trueno vengador de la palabra divina, y digo: ¡Dios persigue el mal; él se vengará; él restablecerá su gloria ultrajada!...

Pero ¡oh santidad de Dios, cómo me tranquilizas! ¡Cuán grande y generosa me pareces en medio de tantos desórdenes, de tantos males, de los cuales haces tú salir tantos bienes! ¡Oh justicia divina, con qué magnífico esplendor brillas en el Calvario, en la cruz!... Esas torturas, esas ignominias, ese suplicio, esa muerte, me dicen más en honor de Dios, para celebrar su gloria, para satisfacer su nombre ultrajado, que el diluvio que cubrió la tierra, que la destruccion de la naturaleza entera, que el exterminio de tantos pecadores; porque en ese sacrificio del hombre-Dios, que encierra en sí mismo una grandeza y una dignidad divina é infinita, Dios se tributa á sí mismo y á su justicia ultrajada un inmenso, un manifiesto homenaje. Este sacrificio, la expiacion de una víctima divina, la inmolacion del hombre-Dios, ha restablecido el órden aquí abajo; él aparece en el seno de la creacion como el sello reparador del amor divino. Este sacrificio revela la misericordia de Dios, la bondad de Dios á los ojos de los hombres, porque en el Calvario no hay sólo una expiacion, no hay sólo dolor, no hay sólo el prolongado gemido que es el eco del crímen y del mal expiados; hay, además, vosotros lo sabeis y lo habeis sentido un dia, en que brotando una lágrima de vuestro corazon, encontró en una hora bendita el camino de vuestra pupila, y vino á lavar el recuerdo de muchas iniquidades; hay además la expresion de la misericordia y de la más afectuosa bondad. Esta redencion gratuita del hombre ha vuelto á abrir las vias del cielo á la humanidad; desde aquel momento los cielos y la tierra están reconciliados, y los ángeles habitan este suelo. De la sublime historia del Evangelio, del sacrificio voluntario de Dios, que se dá por la humanidad, que se entrega él mismo, sale esta expresion revelada: «¡Dios ha amado el mundo hasta el punto de darle su Hijo único!» Así en la ley nueva, en la ley de gracia y de amor, ese torrente de sangre que corrió en el Calvario, fué vertido por el miserable infiel. Para él ha sido reservado todo el amor; él es preferido al que permaneció fiel, como el niño, como la oveja, como el tesoro perdidos y encontrados son preferidos á los que se han poseido siempre.



Así, señores, no os admireis de que en presencia del mal moral que produjo la redencion, la Iglesia exclame: *Felix culpa!* «¡Dichosa falta!» ¡Oh, sí, dichosa falta, dichoso pecado, dichoso crímen de los hombres, que han merecido tan grande Redentor!... *Felix culpa qui meruit tantum redemptorem!*

---

# MILAGROS Ó PROFECÍAS,

Ó SEA:

## VALOR CRÍTICO

### DE LOS MILAGROS Y DE LAS PROFECÍAS.

### I.

*Opera quæ ego facio testimonium perhibent de me.. Scrutamini Scripturas... illæ sunt, quæ testimonium perhibent de me.*

Las obras que yo hago, dan testimonio en mi favor... Registrad las Escrituras, ellas son las que están dando testimonio de mí.

(JOANN. v, 36-39.)

Si alguno llega á comparar los libros del Evangelio y los escritos de los apóstoles con las obras de los autores eclesiásticos, le será fácil advertir una diferencia muy notable en la manera de establecer y demostrar el orígen sobrenatural y divino del cristianismo. En los Evangelios y en las Epístolas de los apóstoles todas las pruebas se reducen á dos puntos: á los milagros, invocados como la via de Dios mismo, argumento invencible para persuadir á los hombres que deben reconocerle por el autor soberano del Cristianismo, y á las predicciones, á las profecías, prueba de una fuerza irrefragable para demostrar que es preciso, de toda necesidad, mirar como celestial una doctrina anun-

ciada por una infinita variedad de figuras durante el curso de tantos siglos y predicha por tan gran conjunto de testimonios.

El fundador del Cristianismo, Jesús, recurrió constantemente á los milagros que obraba y á las profecías que anunciaban su doctrina; se apoyó constantemente en los milagros y profecías, ya para exigir la fe, ya para reprender ó condenar á todos los que se negaban á creer en él.

Los apóstoles y los primeros predicadores del Evangelio siguieron fielmente esta senda trazada por Jesús. De los milagros y las profecías sacaron los medios de que se valieron para confundir á los judíos, convencer á los gentiles y reducir todo el género humano á abrazar la doctrina de Jesucristo, á reverenciarla, y á aceptarla como la regla necesaria de su fe y de sus acciones.

Pero, los monumentos eclesiásticos, las cartas de Clemente, de Ignacio y de Policarpo; los libros de Hermas; las apologías de Justino, de Taciano, de Atenágoras, de Teofilo; los escritos célebres de Clemente de Alejandría, de Orígenes, de Tertuliano, de Arnobio, de Lactancio, de Eusebio y de Atanasio, nos descubren un rico depósito de pruebas nuevas, de inducciones y de argumentos.

Es cierto que los autores eclesiásticos emplean tambien á su vez las pruebas sacadas de los milagros y de las profecías, defendiéndolas y desenvolviéndolas de la manera más conveniente; pero tambien es verdad que añaden otras muchas que buscaríais en vano en los Evangelios y en los escritos de los apóstoles.

En efecto, no ha sucedido jamás que Jesús y sus discípulos, para demostrar la divinidad del Cristianismo, hayan tratado de hacer ver su conformidad y armonía con las luces de la razon, con los principios de la moral y del derecho, y con algunos dogmas legítimos de la filosofía. Tampoco les ha sucedido jamás para establecer su celestial orígen, emplear como argumentos los arroyos de sangre vertidos para sostenerlo, las persecuciones sufridas por no abandonarlo, ó la extension y rapidez de sus conquistas, ó la trasformacion del género humano y de la sociedad humana. Pues bien, estos argumentos y estas pruebas, que omitieron Jesús y los apóstoles, son los que emplean con más frecuencia los escritores eclesiásticos. A ellos recurren, con ellos combaten y por su medio triunfan.

No hay ninguno de ellos que para persuadir á los judíos, para convencer á los gentiles no haya formado este raciocinio; no se puede mirar como humana y sí tener por divina una obra que lleva todas las señales de la omnipotencia y de la intervencion del cielo; porque, es una señal de la omnipotencia y de la intervencion del cielo el heroismo de tantos atletas, que, derramando su sangre y sacrificando su vida durante tres siglos en todas partes del mundo, han sostenido la divinidad del Cristianismo.



Es una señal de la omnipotencia y de la intervencion del cielo, que una semilla tan débil, como era al principio el Cristianismo, se haya desarrollado de una manera tan rápida y extensa que al cabo de corto tiempo se hubiese hallado en estado de cubrir toda la superficie del globo.

Es una señal de la omnipotencia y de la intervencion del cielo, que toda esta debilidad humana, que se nos presenta en un Crucificado y en un puñado de judíos, haya triunfado de todo el poder humano, haya triunfado de las hachas de Roma, de las hogueras de la Persia, de los artificios de la filosofía, de los sarcasmos de la sátira y de las cóleras de la supersticion.

Es una señal de la omnipotencia y de la intervencion del cielo, que el mundo civil, moral y religioso sea, ya no solamente diferente de lo que ántes era, sinó que haya efectuado en él una trasformacion completa y profunda.

Ahora bien; ¿cuál puede ser la verdadera razon de esta diferencia de las pruebas empleadas de una parte por Jesucristo y los apóstoles, y de otra por los maestros y los doctores eclesiásticos? Esta razon la hallareis en la diferencia de los tiempos, como es fácil hacerlo ver por una comparacion bien clara. Suponed que se trate de la naturaleza y de las propiedades de una planta débil todavía, y que hasta aquí no se haya dado á conocer ni por sus flores ni por sus frutos; ¿en dónde se deberán buscar los elementos del juicio que formareis de ella? No los hallareis sinó en la semilla que ya habeis conocido y estudiado. Sus flores y sus frutos solo podrán ayudaros más adelante, cuando, despues de habar trascurrido meses y años, la débil planta se haya hecho robusta y haya adquirido con la fuerza su fecundidad.

Lo mismo diremos precisamente de las pruebas del Cristianismo. En su infancia, no podia éste demostrar su divinidad sinó con los milagros y las profecías; pero en las edades siguientes, en la juventud y en la edad madura, se ven además concurrir á esta demostracion, como otras tantas flores y frutos, todas esas señales de que se han servido con tanta justicia y habilidad los apologistas cristianos.

Resulta claramente de aquí, que si los milagros y las profecías no son las únicas pruebas del orígen sobrenatural y celeste del Cristianismo, son, á lo ménos, las únicas universales y constantes. De ellas voy á hablaros en el presente discurso, en cuanto sea necesario á mi propósito. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Hé aquí un consejo lleno de prudencia que nos dan los filósofos y los jurisconsultos: cuando se trata de pruebas, dos puntos reclaman una atencion muy especial. Desde luego y ántes de todo; ¿lo que se alega merece ser tenido por prueba? Despues, ¿se alega con verdad? ¿No es más bien una suposicion sagaz ó una culpable ficcion? Si uno de estos dos puntos, llega á faltar, la prueba no es más que aparente, es falaz, se reduce á un grosero y vergonzoso sofisma. Ella se reduce á un vergonzoso sofisma, si lo que se alega no tiene el valor y carácter propios de una prueba; y así seria un sofisma y no una prueba aducir en una cuestion de hecho posibilidades metafísicas, é invocar en una cuestion de geometría experiencias de física. Y no dejaria de ser un vergonzoso sofisma, si las alegaciones no son leales y sinceras sinó fingidas y supuestas; así seria un sofisma y no una prueba acudir en una cuestion de botánica á observaciones que jamás han sido hechas, y en una cuestion de química á experiencias que nunca han tenido lugar.

Para aplicar todo esto á nuestro asunto, al Cristianismo, á los milagros y á las profecías alegados como pruebas incontestables de su orígen sobrenatural y celeste, dos cosas deben investigarse y resolverse con el mayor cuidado; si los milagros y las profecías tienen verdaderamente el valor y el carácter de pruebas; si con razon se alegan los milagros y las profecías en favor del Cristianismo y en apoyo de su divinidad. La primera de estas dos cuestiones es una cuestion de ontología y de derecho; la segunda de crítica histórica y de hecho. ¿En qué sentido deben decidirse? Empiezo por la primera.

El carácter íntimo de toda prueba consiste en el lazo que la une á lo que se quiere demostrar. Las pruebas pertenecen á la clase de los signos, y deben en consecuencia estar en relacion con las cosas significadas por ellas; las pruebas son sendas y trazas que conducen al objeto propuesto á los que las siguen fielmente; es preciso, pues, que ellas partan de este objeto como de su centro, y que se unan á él como á su término.

Mas ¿con qué fin se alegan los milagros y las profecías? ¿Qué se quiere demostrar con aquéllos y éstas? Se quiere probar que el Cristianismo no viene del hombre sinó de Dios; que no es de la tierra sinó del cielo. Los milagros y las profecías tendrán, pues, el carácter necesario á la vez y suficiente de toda prueba, si ellos se separan y se desprenden de todo lo que es humano y terrestre para unirse y ligarse á lo que es celestial y divino; si los milagros y las profecías son la voz de Dios y no la voz del hombre, la voz del cielo y no la voz de la tierra. Pues, en efecto, si es así, rendirse á los milagros será



someterse á Dios que habla; venerar las profecías, será hacer un acto de obediencia al cielo. Todo pues, se reduce á saber, si los milagros son la voz de Dios, y si las profecías son el lenguaje del cielo.

Pero si ese es el solo punto que hay que establecer, nosotros tenemos ganada la causa, y es imposible negar á los milagros y á las profecías la naturaleza y el carácter de pruebas capaces de demostrar con evidencia la divinidad del Cristianismo.

Yo apelo al consentimiento del género humano, á ese consentimiento universal en todos los tiempos y en todos los lugares; apelo á la naturaleza de las cosas, á las luces de la razon y á lo que enseña la filosofía: ¿qué ha pensado en todas épocas el género humano de los milagros y de las profecías? Se puede dividir el género humano en dos grandes épocas: ántes de Jesucristo, y despues de Jesucristo, y para la primera época comprenderle enteramente en la grande division de gentiles y judíos; para la segunda reducirlo á cuatro clases tan diferentes entre sí de gentiles, judíos, cristianos y musulmanes. Pues bien; en esas dos épocas y en todas esas clases de gentiles, de judíos, de cristianos y de musulmanes, jamás ha habido más que un sólo pensamiento, y una misma voz; los milagros y las profecías son del cielo y no de la tierra, la obra de Dios, señor soberano de la naturaleza, y no la obra del hombre, que no es sinó una parte de esa creacion; de Dios, cuya sabiduría es infinita, y no del hombre, cuya vista es tan limitada aún en lo presente.

Ese acuerdo unánime de pensamiento y de lenguaje nos es ámpliamente atestiguado por las historias latinas, griegas y bárbaras; por las inscripciones, por los ritos, por los poemas, por los proverbios, por innumerables monumentos de toda especie; de suerte, que ponerlos en duda seria tomar el partido del excepticismo y declararse por los pirrónicos.

Pero ¿cuál es la causa de semejante acuerdo en tan largo trascurso de siglos? ¿De dónde viene un consentimiento tan perfecto entre hombres no solamente de caractéres, de condiciones, de filosofías, de fe, de religiones diferentes, sinó tambien opuestos en todos esos puntos, rivales, y enemigos, siempre en lucha, siempre con las armas en la mano? No puede responderse nada que sea simplemente verosímil si no se confiesa que es claro, evidente á la razon humana; yo iba á añadir al instinto y al sentimiento de nuestra naturaleza, que los milagros y las profecías son las manifestaciones particulares de un Dios infinitamente sábio, y señor soberano de todo lo criado.

En efecto, ¿qué es un milagro considerado en sí mismo y en su esencia? Es un fenómeno, un hecho sensible que no tiene su causa y

su principio en las leyes universales, constantes y bien conocidas por las cuales se dirige la naturaleza, sinó que se eleva sobre ellas y les es opuesto.

¿Qué es un milagro? Es un cuerpo que, á pesar de tener una pesantez específica superior, sobrenada por sí mismo; es una ceguera de nacimiento que desaparece á una señal; es un muerto enterrado durante cuatro dias, empezando á corromperse y resucitado por una sola palabra; es un rio caudaloso que arrastrando sus aguas á la mar, apénas las toca el pié de un sacerdote, se detienen, retroceden, se reunen y se elevan como una montaña. ¿Qué nos dice sobre esto la razon? ¿qué nos descubre el raciocinio? ¿Qué nos dicta la filosofía? La razon, el raciocinio y la filosofía exigen que no se atribuyan estos hechos sinó á aquel solo que dictó sus leyes á la naturaleza, que es su Señor, y que la dirige y gobierna á su arbitrio. Y así como en toda sociedad solo el legislador y el soberano puede dispensar del cumplimiento de las leyes, así tambien en este vasto conjunto del universo y del mundo, es imposible pensar que ningun otro tenga el poder de suspender sus leyes, sinó el Altísimo que lo ha creado y cuya providencia vela en su conservacion. No se puede, pues, definir mejor el milagro sinó diciendo: que es «la voz extraordinaria de Dios, que, como Señor soberano y rey de la naturaleza, habla al hombre, lo dirige y lo instruye.»

No es ménos claro ni ménos evidente, que la profecía no es el lenguaje de la tierra sinó el lenguaje del cielo; porque, os pregunto, ¿qué entendemos nosotros, qué ha entendido en todas las épocas el género humano por estas palabras: prediccion, profecía? ¿Es acaso una expresion oscura ó equívoca? ¿Un presentimiento que está comprendido en el desarrollo necesario de las causas naturales? ¿ó bien, conjeturas probables sobre lo que serán en circunstancias dadas, los consejos, los proyectos, y los actos de un pueblo, de un reino, de una ciudad? No, no hay que pensar en nada de esto, cuando hablamos de predicciones, de profecías.

¿Cuál es, pues, la verdadera significacion de estas palabras? Ellas indican el conocimiento cierto, la revelacion clara y precisa de lo que entónces no existe y no está determinado en sus causas, ni en la série de los efectos naturales, sinó que depende enteramente de la libre eleccion que hará en lo futuro la voluntad del hombre.

Es verdadera profecía anunciar, que despues de setenta semanas de años, Jerusalen será destruida y la posteridad de Jacob cesará de ser un pueblo independiente y señor de sí mismo. Es verdadera profecía anunciar veintisiete siglos ántes, que al fin de éstos se levantará



un hijo de Abraham que llamará todas las naciones á la verdadera adoracion de un solo Dios, abandonando el culto profano de los ídolos. Es verdadera profecía, anunciar que el nombre de María-Magdalena, de una mujer judía nacida en un humilde pueblo, oscura y desconocida, seria celebrado en todas las lenguas y reverenciado en todos los pueblos.

Mas ¿qué se necesita para esto? Se necesita una inteligencia para la que no haya acontecimientos futuros, que todos sean presentes para ella. Es preciso, por consiguiente, que no tenga conocimientos sucesivos, sinó que en el acto de adquirirlos, esté libre y exenta de las leyes y de las relaciones del tiempo. Pero una inteligencia de esta naturaleza reclama y exige una existencia y una operacion que no sean sucesivas, sinó simultáneas; que no sea del tiempo, sinó de la eternidad.

Luego, la prediccion, la profecía no puede ser sinó el lenguaje del que está sobre el tiempo, y que posee por su naturaleza la eternidad de la existencia, la eternidad de la accion. Pero existir sobre el tiempo, poseer por su naturaleza la eternidad, es propio solamente de lo infinito, del sér sin límites, del Altísimo, de Dios. Luego, la prediccion, la profecía es el lenguaje del cielo que no corresponde sinó á Dios; y, por consiguiente, es una prueba rigurosa, así como el milagro, de que el Cristianismo, si tiene en su favor los milagros y las profecías, no es obra de la tierra sinó del cielo; no es obra del hombre sinó de Dios.

2. No nos resta ya más que examinar el otro punto, y demostraros con razones claras y evidentes, que con razon se alegan los milagros y las profecías en favor del Cristianismo. Conseguiremos fácilmente este objeto observando que para eso no es menester más que una sola cosa: una reunion de hechos y de circunstancias que hagan enteramente increibles el error y la mentira, y que hagan enteramente dignas de fe la ciencia y la veracidad.

Si se encuentra este conjunto de hechos y de circunstancias, si la ciencia y la veracidad obligan absolutamente á la creencia, si la ignorancia y la mentira son absolutamente imposibles; ni la prudencia, ni la razon, ni la filosofía pueden reclamar ni exigir más.

Pues bien; este conjunto de hechos y de circunstancias, léjos de faltarnos, se nos presenta con una superabundancia infinita. En efecto, dirijamos un momento nuestra atencion á los testigos primeramente, despues á los que han creido en su testimonio, y últimamente á los adversarios, á los enemigos.

Consideremos los testigos; detengamos un instante nuestro pensa-

miento en Jesús y en los apóstoles, que fueron los primeros que recurrieron á los milagros y se apoyaron en las profecías. ¿Cómo nos los pinta la historia? ¿Eran hombres llenos de astucia, de malicia ó demasiado crédulos? Léjos de eso, la historia nos presenta en Jesús un inimitable modelo de inocencia, de prudencia y del más sincero amor á los hombres; nos presenta los apóstoles como unos hombres sencillos, es verdad, pero al mismo tiempo justos, y, muy frecuentemente, tardos en creer aún lo que era cierto y evidente. Y ¿contra quiénes Jesús y sus apóstoles emplearon la fuerza de los milagros y el arma de las profecías? Contra los judíos, enemigos encarnizados del Cristianismo, y contra los gentiles, que altamente lo desdeñaban.

Jesús y los apóstoles debian, pues, estar bien seguros de que no se les acusaria de ignorancia ni de engaño. Y esto era tanto más necesario, cuanto que Jesús y los apóstoles, por defender la verdad con su testimonio, tuvieron que sufrir toda especie de persecuciones é injurias, y una muerte violenta y cruel. Luego hallamos en los testigos un conjunto de cualidades humanas y morales que los hacen evidentemente superiores á toda excepcion, y completamente dignos de ser oidos y creidos en cualquiera tribunal.

Su autoridad es aún mayor si se reflexiona sobre las innumerables multitudes cuya fe y creencia se han granjeado.

Apénas habian trascurrido treinta años desde la muerte ignominiosa del Nazareno, y ya el nombre cristiano resonaba en todos los ángulos del mundo; la semilla del Cristianismo penetra y extiende á lo léjos sus raíces, se dilata y se propaga. ¿Y cómo? Una muchedumbre sin cuento, tanto de judíos como de gentiles, así de Oriente como de Occidente, reconocieron la divinidad del Cristianismo, y la reconocieron porque tuvieron fe en los milagros y en las profecías alegadas en prueba de esta divinidad. Pero ¿lo habrán hecho á ojos cerrados, por sentimiento y afectos, ó por la esperanza de conveniencias humanas que acaso se prometian? Ellos no tenian que esperar sinó las persecuciones y la muerte; no podian naturalmente tener otro sentimiento que la aversion y el desdén; aversion á una ley que anunciaba el fin de las instituciones mosaicas; desdén por una religion que acusaba de impiedad el culto de Atenas y de Roma. ¿Por qué, pues, se han visto obligados á creer los milagros, á recibir las profecías? No podreis hallar otro motivo ni otra causa natural que el conocimiento cierto de la veracidad de los testigos y de la evidencia invencible del hecho.

Evidencia realmente invencible, pues que ella condenó al silencio á sus más encarnizados adversarios, ó los forzó á dar respuestas que



son un oprobio para la humanidad. Ella cerró la boca á los Escribas y á los Fariseos, que como leemos en libros publicados á su vista y jamás desmentidos, no sabian qué oponer á los milagros obrados, y á las profecías alegadas por el Salvador; y, por más que lo deseasen, no podian negar estos milagros ni dar á estas profecías otra significacion. Ella cerró la boca á los judíos errantes y dispersos. Obligados á confesar en su Talmud los milagros del Salvador, hé aquí la fábula que inventaron para enervar su fuerza; Jesús, dicen, se habia apoderado de la lámina del gran Sacerdote, en la que estaba grabado el nombre inefable de Dios, y de ella se servia como de un instrumento para obrar sus milagros y sus prodigios. Ella cerró la boca á los musulmanes, y por eso se lee en muchos *sura* de su Alcoran, la narracion detallada de los milagros de Jesucristo ensalzados hasta el cielo, y de las profecías que anunciaban sus obras.

Ella cerró la boca á Celso, á Porfirio, á Herodes y á Juliano; y por eso, como nos lo enseñan Orígenes, Eusebio y Cirilo, en lugar de negar los milagros alegados en prueba del Cristianismo, se vieron forzados á admitirlos, á pesar suyo, y no les quedó otro medio de eludir su eficacia que el de atribuirlos á fuerzas mágicas, á séres superiores, pero malos y enemigos del hombre.

Si todo esto no es delirio, no sé lo que pueda merecer este nombre. Contraigamos, ahora, nuestro raciocinio y reduzcámoslo á estas palabras: Los milagros y las profecías son por su naturaleza pruebas tales, que, si con razon se pueden alegar en favor del Cristianismo, demuestran con certidumbre y evidencia su orígen divino, y prueban que es la obra del cielo y una religion fundada por el Altísimo. Pero una cantidad innumerable de hechos, un conjunto increible de circunstancias nos lo aseguran. Cuando se alegan los milagros y las profecías como prueba y demostracion del Cristianismo, la mentira y la ignorancia son absolutamente inadmisibles; la ciencia, al contrario, y la veracidad nos obligan absolutamente á la creencia: luego es absolutamente increible que el Cristianismo sea una obra humana, y es menester absolutamente creer que es una obra divina bajada del cielo.

¿De qué proviene que en nuestros dias un gran número de hombres piensan de otra manera, son enemigos del Cristianismo, cuentan los milagros en el número de las imposturas y ponen las profecías entre las ilusiones? No ignoro que pueden ser muchas y variadas las causas de este hecho: los dos Gregorios, Agustin, y ántes de ellos Arnobio, Lactancio y Minucio Félix, han señalado y explicado elocuentemente muchas de estas causas; pero, por el momento, he

resuelto no mencionar más que una sola, muy digna entre todas las demás de ser conocida y, si no me engaño, enteramente particular á nuestros tiempos.

Esta causa es un naturalismo que se introduce por todas partes, una preocupacion, una persuasion confusa de que todo en este mundo se verifica segun las leyes de la naturaleza, y sin que Dios intervenga en ello por su accion directa. Se quiere creer que la naturaleza y la humanidad están entregadas á sí mismas, y que recurrir á Dios, como al Señor que gobierna la familia humana, no puede convenir á un espíritu penetrante y á una inteligencia filosófica.

En realidad, discutir con hombres que tienen esta opinion de los milagros y de las profecías, é intentar, por medio de los milagros y de las profecías, persuadirles del orígen divino del Cristianismo, deben parecer un trabajo inútil y enteramente perdido. Convengo en ello; pero al mismo tiempo pregunto: ¿si pensar de esta manera es seguir la razon, y si el naturalismo es conforme á la experiencia y á la historia? No ciertamente, pues que la razon, la experiencia y la historia, con una voz unánime nos aseguran, que así como es imposible excluir á Dios del gobierno del órden natural, así tambien es imposible desterrarlo del gobierno del órden religioso. Y así como Dios quiere ser atendido cuando nos habla por medio de las leyes constantes y universales de la naturaleza, así tambien exige nuestra sumision cuando nos instruye suspendiéndolas y enseñándonos por los milagros y las profecías.

Amando, pues, y venerando esa Providencia que dirige el órden de la religion, se reconocerán sin duda los milagros, se admitirán las profecías, y se abrazará el Cristianismo, cuya divinidad y orígen celestial demuestran aquéllos.

---

# MILAGROS Y PROFECÍAS,

Ó SEA:

## CERTIDUMBRE DE LOS MILAGROS

### Y PROFECÍAS DE NUESTRA RELIGION.

---

II.

*Opera quæ ego facio testimonium perhibent de me.. Scrutamini Scripturas... illæ sunt, quæ testimonium perhibent de me.*

Las obras que yo hago, dan testimonio en mi favor... Registrad las Escrituras: ellas son las que están dando testimonio de mí.

(JOANN. v, 36-39.)

Es una regla de prudencia muy conocida, pero muy poco aplicada, que nuestros estudios y nuestra atencion deben corresponder á su objeto y ser proporcionados á las materias y á las cosas.

No hay nadie que deje de comprender que es una falta igual, tratar ligeramente lo que es grave y de alta importancia, ó dedicarse sériamente á lo que es ligero y enteramente indigno de nuestra atencion. La medida de nuestra solicitud, de nuestra diligencia, de nuestro trabajo debe ser la dignidad y la importancia del objeto y el grado de amor que merece. Si la dignidad y la importancia son supremas, tambien el amor deberá ser supremo y suprema la diligencia; si son medianas, mediano tambien será el amor y mediana la diligencia; si son casi nulas, como el objeto no puede tener más que un lugar muy reducido en nuestros afectos, es muy justo que hagamos muy poco caso de él.

Ahora bien; ¿qué objeto podeis imaginar que sea superior en dignidad á la religion y á los deberes que tenemos que cumplir para con Dios? ¿Qué asunto puede haber más importante que el de conocer con certidumbre si el Cristianismo es divino, y si encierra la forma de culto y de religion que Dios nos manda, y por cuyo medio quiere salvarnos y hacernos eternamente felices? No; no se puede

imaginar materia más digna, objeto más importante, y por consiguiente no se puede imaginar materia y objeto que reclame de nuestra parte un amor más ardiente, una diligencia, una solicitud más esmeradas.

Por este motivo, léjos de temer que se nos vitupere como una falta, creemos tener derecho á algunos elogios, si dirigiéndonos con el pensamiento al orígen del Cristianismo, nos esforzamos en demostrar que es divino, y nos dedicamos á presentar en toda su evidencia la certidumbre completa é indudable de los milagros y de las profecías, que hacen resaltar su esplendor sobre el Cristianismo, y lo arrebatan á la tierra para unirlo al cielo, de donde nos ha venido este don, entre todos precioso, de un Dios que se complace en oir que se le llame por la fe con el nombre de Padre de los hombres. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Ante todas cosas, os ruego fijeis vuestra atencion sobre dos maneras que hay de demostrar un hecho: una como tésis y otra como hipótesis. No os asusteis por la concision de esta fórmula: voy á explicarla inmediatamente; no os aturdais por la novedad de los términos; voy á aclararlos sin tardanza.

Se demuestra que un hecho es cierto como tésis, cuando por una série bien enlazada y bien dirigida de raciocinios se presenta en toda su evidencia, haciéndolo creible á la razon. Así, para demostrar la victoria de César contra Pompeyo, se recurre á los historiadores, se aducen sus testimonios, corroborándolos con las monedas, las inscripciones, la voz pública.

Pero, un hecho se demuestra como hipótesis, cuando á él se unen y se enlazan ciertos acontecimientos que seria necesario mirar como efectos sin causa, si no se admitiese el hecho que se estudia. Así, se demuestra como hipótesis la ida de San Pedro á Roma, porque tenemos una série de hechos, de memorias, de peregrinaciones, de votos, de usos, que no solamente no se podrian explicar, sinó que seria absolutamente preciso declarar imposibles y contrarios al gran principio de la razon suficiente, si se concediese que Pedro no ha ido á Roma ó se desechase su viage como un error y una mentira.

Ahora, si no me equivoco, cada uno de vosotros ve claramente lo que se quiere decir, cuando se habla de un hecho demostrado, sea como tésis, sea como hipótesis. Y bien; estad atentos: ¿qué son los milagros y las profecías? Son hechos, hechos públicos, ruidosos, solemnes. Luego, los milagros y las profecías pueden demostrarse, ya



como tésis, ya como hipótesis; ya por los testimonios que manifiestan directamente su verdad, ya por un conjunto de hechos que dependen de los milagros y de las profecías, como el arroyuelo depende de su manantial, del sol su rayo, de la planta la flor, ésta de su raiz y del suelo.

Demostremos en los milagros y en las profecías una hipótesis, que es preciso necesariamente admitir: y despues, por un solo hecho, colocaremos su certeza fuera de toda controversia.

Digo, pues, que es menester ver en los milagros y en las profecías una hipótesis necesaria é imposible de negar, si se encuentra una série y un conjunto de hechos que los reclame como su razon suficiente, y que se enlace con ellos como una larga cadena al primer anillo que la sostiene. Pero ¿existe ese vasto conjunto de hechos? Sí; existe ciertamente, y para reconocerlo no hay más que echar una rápida mirada sobre la historia del Cristianismo. Hé aquí algunos de los innumerables acontecimientos que contiene.

Ella nos presenta la conversion de un gran número de judíos, de Ancianos, de Escribas y de Sacerdotes.

Ella nos muestra la trasformacion del imperio romano, trasformacion infinita de las ideas, de los afectos, de las costumbres, de los ritos, de toda la vida pública y privada, civil y religiosa.

Ella nos muestra, más allá de las fronteras del imperio romano, numerosas provincias que renunciando á las ceremonias de sus padres y á la religion de sus antepasados, se someten á adorar un Judío crucificado.

Ella nos muestra innumerables batallones de vírgenes, que por seguir los consejos del Nazareno, desdeñaron los esplendores de la cámara nupcial, los placeres de los sentidos, los goces de la tierra, y se han consagrado enteramente á refrenar sus deseos, á arreglar sus afectos, á sujetar la carne por leyes austeras, una severa disciplina y ayunos rigurosos.

Ella nos muestra el sacerdocio pagano vencido; los sofismas de la filosofía refutados; el aguijon de la sátira embotado; las calumnias sofocadas por el brillo de la inocencia y el esplendor de la virtud.

Ella nos muestra los Augustos de Roma y los monarcas de Persia conjurados para el exterminio del Cristianismo, y, sin embargo, vencidos y confundidos.

Ella nos muestra todas las especies de suplicios y de tormentos empleados durante muchos siglos, á fin de arrancar de la boca de los fieles esta sola palabra: «yo reniego á Jesucristo,» la inutilidad de estos esfuerzos, y la vanidad de los resultados obtenidos.

Ella nos muestra naciones indómitas, bárbaras, feroces, que inundando como un rio asolador los dos imperios de Oriente y Occidente, por la virtud del Cristianismo se despojan de su barbarie, de su crueldad, de su ferocidad, reciben un corazon nuevo, se civilizan, se suavizan y renuncian á su vida errante.

Ahora, os pregunto: ¿cuál es la causa, cuál es el principio de tantos hechos de tan alta importancia? Quiero que se me indique una hipótesis capaz, sinó de explicar, á lo ménos de mostrar que no son imposibles. No puede haber pregunta más razonable ni más modesta; no puede negárseme una respuesta. ¿Y qué se me responderá? ¿qué hipótesis se presentará? ¿Será la impostura y la ignorancia? Pero, ¿cómo es posible que la ignorancia haya producido tanta luz y tanto esplendor? ¿que la impostura haya destruido, disipado tantos errores, inspirado tanto amor á la verdad? ¿Será el error y la ilusion? Pero ¿cómo se atribuirá al error, cómo se hará á la ilusion el honor de haber disipado tantas y tan densas tinieblas, de haber despojado los espíritus de preocupaciones tan universales como profundas, de haber iluminado las almas con una luz enteramente nueva y pura? ¡Qué! ¿La razon puede tolerar y la experiencia permitir que se admitan causas contrarias á sus efectos? ¿qué se reconozca en lo amargo el orígen de lo dulce, en el tumulto y el ruido el principio de la armonía y los acordes? No nos queda, pues, sinó la verdad y una verdad cierta é inatacable, que se pueda considerar como una hipótesis suficiente, ya para explicar la série de los hechos que hemos recordado, y ya para demostrar que no contiene nada de absurdo.

Pero, si la verdad es la única hipótesis suficiente, tenemos ganada nuestra causa; el pleito está juzgado, la sentencia pronunciada, y los milagros y las profecías son una hipótesis necesariamente enlazada con los acontecimientos de que se compone la historia del Cristianismo. ¿Cómo es eso? Escuchad. Los predicadores del Cristianismo no han tenido jamás mejor argumento para probar su divinidad que los milagros y las profecías; ni el número infinito de los que lo han abrazado, que han vivido segun sus leyes, que han tomado su defensa, han tenido jamás más firme apoyo que los milagros y las profecías. Eran la fuerza de su fe, el sostén de su esperanza, las armas que les daban la victoria. Luego, si el Cristianismo no es una impostura, si para explicar los hechos históricos, ni la mentira, ni la ignorancia, ni el error son hipótesis suficientes; si la verdad sola puede dar la razon de ellos y hacer ver que no son imposibles, no se puede ménos de concluir, que los milagros y las profecías son una hipótesis que está ligada con vínculos necesarios á la historia del Cristianismo;



no puede negarse esta conclusion: es ménos difícil explicar la historia de los movimientos celestes sin la ley de la atraccion; explicar los hechos de la botánica sin tener en cuenta los órganos sexuales de las plantas; explicar los hechos de la Cristalografía sin la ley de las formas primitivas; explicar los hechos de la Ethnografía sin la ley de un orígen comun, que dar una explicacion cualquiera de la historia del Cristianismo, sin admitir los milagros y sin aceptar las profecías.

2. Voy á demostrar por un solo hecho la evidente certidumbre de los milagros y profecías.

Juliano, seducido por los artificios de Máximo, filósofo pagano, y por las lecciones que de él habia recibido en Nicomedia, concibió un vivo ódio al Cristianismo, y una grande aficion á las supersticiones de Roma y de Atenas. Segun el testimonio de Eunapio y de Libanio, no ambicionaba la púrpura, no codiciaba el imperio sinó para satisfacer sobre todo el violento deseo que le animaba de hacer la guerra á Jesús, destruir su religion, y restituir á su antiguo lustre los templos desiertos, los altares menospreciados y las víctimas maldecidas.

Consiguió lo que deseaba el año de 360 de nuestra éra, correspondiendo con la rebelion á la benevolencia y liberalidad de Constancio. Apénas fué aclamado augusto por el ejército de las Galias; apénas se vió solo sobre el trono de los césares, cuando manifestó sus disposiciones respecto á los cristianos, y lo que habia deliberado y decidido consigo mismo sobre la suerte de éstos y del Cristianismo.

Desde luego, para alimentar y acrecentar las divisiones ya muy numerosas entre los cristianos; para destruir, si le fuese posible, esta secta odiosa por medio de la guerra civil, llamó á los desterrados por Constancio y Constante, devolvió sus sillas á los obispos y jefes de los arrianos, de los eunomianos, de los novacianos, de los donatistas; mandó en las leyes, que se ven aún en el *Código Teodosiano*, que se devolviesen las basílicas á los novacianos, á los donatistas, á los fotinianos; prohibió que los jóvenes adquiriesen, en las escuelas cristianas, el gusto de lo bello, y que se formasen á la elocuencia por la interpretacion de las obras de Homero, de Hesiodo, de Demóstenes, de Herodoto, de Tucídides, de Isócrates, de Lisias y de todos los poetas, historiadores, oradores y filósofos célebres de los paganos. Poseemos todavía el edicto tan amargamente criticado y tan altamente condenado por Gregorio Nazianceno, Rufino, Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Agustin, Próspero y por el mismo Amiano Marcelino, aunque pagano. Hé aquí en qué términos estaba concebido: «El emperador halla absurdo que los cristianos estudien lo que ellos tienen por malo; si, al contrario, creen que hay mucho que apren-

der en los escritores paganos, y desean en consecuencia interpretarlos en sus escuelas, que imiten, ante todas cosas, su piedad para con los dioses. Si siguen una conducta opuesta, que vayan á las iglesias de los galileos, y que se contenten con explicar en ellas á Lucas y Mateo.»

Mandó que se concediese solamente el cinturon militar á los que hubiesen sacrificado á los dioses del imperio; y quiso que ninguno participase de las gratificaciones imperiales sin haber quemado el incienso sobre los altares profanos. Por órden suya desapareció el lábaro, bandera militar de Constantino, y con el lábaro abolió la cruz. Quiso excluir á los cristianos de toda magistratura y de todo gobierno; y, lo que es más aún, quiso despojarlos de su propio nombre dando una ley que ordenaba que no se llamasen cristianos sinó galileos. Derogó los privilegios del clero, sujetando las causas eclesiásticas á los tribunales ordinarios; robó los ornamentos de las iglesias y de los monasterios, negó á las vírgenes y viudas los socorros que les habia concedido Constantino por un decreto; distribuyó á los soldados los bienes de la Iglesia, derribó la célebre estátua de Jesucristo en Panéades, mandando erigir la suya en su lugar: por último, se sirvió igualmente de la pluma y de la cuchilla para acabar con el Cristianismo.

Dedicó á ese objeto su pluma, y en siete libros intentó demostrar que el Cristianismo no es más que una impostura humana inventada por la malicia y difundida por la astucia y el ardid. Empleó la espada y recurrió á los destierros, á las confiscaciones, á los calabozos, á los castigos corporales, á la sangre, á las hogueras y á la muerte. Y, á su salida para la guerra de Persia, hizo voto y juramento de que, si volvia vencedor, reduciria al culto de los dioses á todo el pueblo cristiano, ó lo inmolaria á estos mismos dioses.

¿Es posible imaginar una persecucion más atroz, una conmocion más espantosa para derribar y destruir el edificio cristiano? Y sin embargo, Juliano no se contentó con eso. Dirigió contra él un nuevo ataque, y un ataque tal, que si le hubiera salido bien, la ruina del Cristianismo era inevitable y necesaria. Pero ¿cómo? Vedlo aquí. Arruinar el Cristianismo, ó convencer á Jesucristo de mentira y engaño, era una misma cosa. Pues bien; Juliano se propone demostrar esta acusacion de mentira y engaño. ¿De qué manera y por qué medios? Por el medio ménos sujeto á controversia, el más claro y más eficaz, por medio de un hecho.

Jesús, hablando á los judíos del modo más solemne, les habia predicho que el templo de Jerusalen, la gloria de Israel y de Judá, el monumento más espléndido del culto de Aaron, estaria un dia desierto, derribado por el suelo, arruinado hasta sus cimientos, y que de él no quedaria piedra sobre piedra. San Mateo, san Marcos y san Lucas refieren la profecía del Señor; san Pablo la repitió en su epístola á los Tesalonicenses, y los cristianos la trasmitieron de edad en edad; de manera que entre las profecías de Jesús, ninguna hizo más impresion ni fué objeto de una fe más profunda. Estos títulos á la fe y á la confianza de los fieles, fueron luego singularmente confirmados por las armas de Tito, por las leyes de Adriano y por la justa severidad de Constantino.



Ellos fueron confirmados por las armas de Tito; porque ellas fueron las que, despues de la toma de Jerusalen, cuando el templo, único baluarte de sus defensores desesperados, sostenian un postrer asalto, hicieron salir las llamas destructoras, que envolviéndolo por todas partes en sus torbellinos, lo redujeron á polvo y cenizas.

Están confirmados por las leyes de Adriano, que no solamente prohibian á los judíos intentar la reedificacion de su templo, sinó tambien acercarse á Jerusalen é ir á derramar lágrimas amargas sobre la pátria que ya no existia.

Están confirmados por el justo rigor de Constantino, que no contento con renovar las leyes de Adriano, castigó con la infamia, mandándoles cortar la extremidad de las orejas á los judíos rebeldes, obstinados en querer reedificar su antiguo templo.

¿Qué pensó, pues, Juliano? Creyó que un augusto coronado podia destruir la obra de sus predecesores, volver á construir lo que ellos habian derribado é impedido reedificar con tanta solicitud. No se contentó con pensarlo, sinó que lo puso por obra, empezando por eximir á los judíos de las cargas comunes y de los tributos especiales. Pensó despues que era llegado el momento, y que era menester sin tardanza levantar el templo y dar á la religion mosáica su esplendor y su gloria. A fin de prevenir toda perplejidad de parte de aquéllos, confió su proyecto y el objeto de la empresa á Alipio de Antioquía, conde del Imperio, y mandó que el tesoro público pagase todos los gastos que se juzgasen necesarios.

Es indecible el celo con que los judíos concurrieron á Jerusalen de todos los puntos del Imperio, el número infinito de trabajadores, los tesoros de plata y oro, y los instrumentos y materiales de toda especie inmediatamente reunidos y preparados. El conde dirigia el trabajo y animaba á los obreros; los judíos todos, sin distincion de edad, sexo ni condicion, no escaseaban diligencia ni fatiga para ayudar á terminar su grande obra. No tenian más que un solo pensa-

miento, una sola voz, un solo objeto; volver á alzar el templo inmenso, lavar la mancha más que secular del culto levítico, convencer de mentira y de impostura la profecía del Nazareno, y destruir por un golpe mortal la religion cristiana.

Y los fieles ¿qué pensaron de esta conspiracion tan audaz y tan resuelta de los gentiles y los judíos, de la Sinagoga y del paganismo? ¿Se dejaron llevar de la inquietud, del temor ó de la duda? ¿O siendo tan numerosos en el campo, en las ciudades, en el ejército, recurrieron á las armas y levantaron el estandarte de la rebelion? Nada de eso; poseyendo el sentimiento de sus deberes y la fuerza de su fe, permanecieron tranquilos, persuadidos de que Dios y su Cristo, como decia el santo obispo de Jerusalen, Cirilo, sabrian disipar los consejos de los impíos y hacer vanos sus esfuerzos.

Entre tanto los judíos y los gentiles están siempre en movimiento y trabajan sin descanso; se dan prisa en remover las antiguas ruinas y buscar los cimientos, para lo cual abren anchas y profundas zanjas. Pero fué en vano: lo que habian ganado con tanto esfuerzo durante el dia, lo perdian en la noche; las zanjas se cegaban y era preciso empezar de nuevo.

Estas alternativas de zanjas abiertas y cegadas se renovaron muchas veces; tambien sucedió que un torbellino violento é inesperado dispersó inmensos montes de cal y de yeso preparados para el edificio. No por eso los judíos abandonaron la empresa, ni los gentiles se desanimaron: sinó que, insistiendo en su designio, llegaron á descubrir los antiguos cimientos. Ya triunfaban, y en las manifestaciones de alborozo, mezclaban á los insultos contra el Nazareno, amenazas contra los galileos.

Pero, hé aquí que cuando llegan á examinar la roca y á buscar el medio de unir las nuevas construcciones á las antiguas, salen con violencia de los cimientos globos de fuego, levántase un humo horrible, salen del suelo llamas que despues no se volvieron á ver, consumen á los obreros, y extendiéndose por todos lados, oponen un obstáculo insuperable á todo el que intente acercarse al lugar fatal. Fué muy grande el número de muertos, otros tomaron la fuga, pero aquellos espíritus, dominados por un odio frenético, no retrocedieron á la vista de estos obstáculos, y no abandonaron su desgraciado proyecto.

Así que el terror y el espanto hubieron, sinó cesado, á lo ménos disminuido, el furor recobra su imperio, y se ponen de nuevo á su trabajo de reedificacion. Pero el fuego se lanza con más fuerza y se extiende por mayor espacio, sintiéndose al mismo tiempo un horrible



temblor de tierra. Y este fuego y este temblor de tierra destruyen los hombres y los instrumentos, las máquinas, los materiales y todo lo que habian reunido y preparado. Y, como si eso no bastase, se vieron en los vestidos de los judíos y de los gentiles cruces de color de sangre, tan vivo y permanente, que de ninguna manera podia hacerse desaparecer.

Tantos muertos, tanto espanto, tantos prodigios humillaron la audacia de los trabajadores. El emperador, cuando recibió tan fatal noticia, quedó aterrorizado, y no pudo ménos de mandar órdenes prohibiendo la continuacion de la empresa.

Y bien: ¿Qué os parece y qué pensais de esto? ¡Ah! Fácilmente percibo que es este un objeto que absorbe vuestra atencion y os confunde. Acaso os decís á vosotros mismos; ¿es esto un hecho histórico, ó una fábula? Y si el hecho es histórico, ¿qué juicio se ha de formar de su naturaleza, y cuáles son las consecuencias legítimas que nos obliga á admitir?

Voy á responder por órden á estas cuestiones; pero ántes quisiera examinar con vosotros, qué cosa es necesaria y suficiente para discernir con certidumbre un hecho histórico de una relacion fabulosa. Es necesario que el hecho sea público, notorio y apoyado en testimonios que no puedan ser tachados de error ó de mentira. ¿No es esto lo que todo el mundo admite?

Pero, ¿qué hecho más público y más solemne que esta empresa, mandada por un emperador, dirigida por un conde del Imperio, apoyada por el comun acuerdo de los judíos y de los gentiles, y considerada por todos como un reto decisivo dirigido á Jesucristo y al Cristianismo? En vano, pues, buscareis publicidad más completa ni mayor solemnidad.

Así es, que no podeis sinó exigir, y teneis derecho de hacerlo, testigos tan numerosos y tan importantes que ante su autoridad, sea una necesidad creer, y una inexcusable locura negar. Pues bien; si se exigen testigos, tengo en gran número y ya preparados. Tengo á mano testigos paganos, los tengo cristianos y los tengo judíos.

Entre los paganos, tenemos uno del mayor precio en Amiano Marcelino, que refiere y describe largamente el hecho, en el libro XXIII de su historia. Nuestros testigos, entre los cristianos, son Gregorio Nazianceno, Crisóstomo, Rufino, Ambrosio, Teodoreto, Sócrates, Sozomeno, Epifanio, diácono, Zonaro, Nicéforo, Calisto, Glicas y el arriano Filostorgo. No nos faltan tampoco entre judíos como, se puede ver en Daniel Gansi, y el rabino Gedeliah.

Luego, todas las religiones que se dividen el Imperio, están unáni-

mes en asegurar el hecho, en certificarlo, en referirlo como indudable. Lo refieren como indudable, no solamente en la época en que sucedió, sinó tambien en los tiempos que se sucedieron hasta nuestros dias. Lo refieren como indudable, no solamente aquellos para quienes el hecho ha sido glorioso, sinó tambien aquellos para quienes ha servido de condenacion é ignominia. Es forzoso, pues, negar toda certidumbre histórica, ó confesar que el hecho de que hablamos no puede ser más cierto ni estar mejor apoyado.

Pero ¿qué juicio se ha de formar de su naturaleza y de sus caractéres? ¿Lo miraremos como un hecho natural, ó más bien sobrenatural, milagroso y divino? Vuestra decision debe estar conforme con lo que nos hacen conocer la naturaleza del hecho, la reunion de sus circunstancias y de sus relaciones, y el juicio que siempre y en todas partes han formado los hombres sensatos y prudentes.

Repasemos en nuestro pensamiento la relacion del hecho, consideremos sus circunstancias, examinemos sus relaciones diversas, y pongamos á la vista el conjunto de lo acontecido.

¿Qué hallais en él que no sea prodigioso, extraordinario, divino? Es un prodigio: las zanjas cegadas tantas veces sin el trabajo del hombre; las llamas que no se habian visto ántes ni se vieron despues, y que aparecieron solamente cuando se trabajaba en esta obra; los globos de fuego que perseguian á los trabajadores en su fuga; el concurso simultáneo del fuego, del torbellino y del terremoto: es un prodigio y una obra divina, las cruces impresas en los vestidos que ningun esfuerzo pudo hacer desaparecer. De aquí nació la unanimidad de los cristianos en proclamarle milagro, oponiéndolo á los gentiles y á los judíos; el silencio de los paganos; la vergüenza y el furor de la Sinagoga: de aquí aquel hecho atestiguado por Gregorio Nazianceno en sus invectivas contra Juliano; «casi todos elevaron hácia el Dios de los cristianos una voz suplicante y trataron de aplacarlo con alabanzas y oraciones.» Además, un gran número de ellos, iluminados por tanta luz, admirados por tantas señales, vencidos por una evidencia tan manifiesta, dijeron un eterno adios al paganismo y á la Sinagoga, se convirtieron al Cristianismo, adoraron su cruz, y abrazaron su doctrina.

Siendo esto así, siendo el hecho indudable; ¿qué se debe concluir? ¿Cuáles son sus consecuencias inevitables é inmediatas?

Es una consecuencia de este hecho, que en el duelo entre el Cristianismo de una parte, el paganismo y el judaismo de otra, la voz de Dios ha intervenido milagrosamente, y ha declarado vencedor al Cristianismo.



Es una consecuencia de este hecho, que la conducta de Dios, con los conjurados para la reedificacion del templo, no es absolutamente diferente de su conducta con los que intentaron construir la torre gigantesca de las llanuras de Sennaar.

Es una consecuencia de este hecho, que Dios, de una manera enteramente divina, confirmando las señales antiguas, proclamó solemnemente á Jesús profeta verídico y divino.

Es una consecuencia de este hecho, que la obra de Jesús es la obra del cielo, y no de la tierra; es la obra de Dios, y no la del hombre.

Es una consecuencia de este hecho, que no hay ménos impiedad en atacar la obra de Jesús, que en rebelarse contra la omnipotencia; y que si se encuentra un hombre tan imprudente y tan temerario, no puede ni debe prometerse sinó un fuego eterno, representado y figurado en aquellas llamas que envolvieron y redujeron á cenizas á los audaces que, por la voz del hecho, querian decir á Jesucristo: «Has mentido.»

---

# PAZ.

## (LA)

*Pacem reliquo vobis, pacem meam do vobis.*
La paz os dejo, la paz mia os doy.
(JOANN. XIV, 27.)

Lo que el sumo sacerdote Onías, con las manos extendidas hácia la asamblea de los hijos de Israel, pedia y exhortaba á pedir con él á Dios omnipotente, debemos todos cuantos estamos aquí reunidos implorarlo de la bondad divina. «Rogad al Dios, señor de todo lo criado, decia ese pontífice de la antigua Ley, para que reine la paz en Israel en nuestros dias y para siempre, con lo cual crea Israel que la misericordia de Dios está con nosotros para librarnos de todo mal.» (ECCLI. L. 24, 26).

La paz, hermanos mios, es, en este momento, el voto de todos, la necesidad de todos, el grito de todos. En este punto se observa un

mes en asegurar el hecho, en certificarlo, en referirlo como indudable. Lo refieren como indudable, no solamente en la época en que sucedió, sinó tambien en los tiempos que se sucedieron hasta nuestros dias. Lo refieren como indudable, no solamente aquellos para quienes el hecho ha sido glorioso, sinó tambien aquellos para quienes ha servido de condenacion é ignominia. Es forzoso, pues, negar toda certidumbre histórica, ó confesar que el hecho de que hablamos no puede ser más cierto ni estar mejor apoyado.

Pero ¿qué juicio se ha de formar de su naturaleza y de sus caractéres? ¿Lo miraremos como un hecho natural, ó más bien sobrenatural, milagroso y divino? Vuestra decision debe estar conforme con lo que nos hacen conocer la naturaleza del hecho, la reunion de sus circunstancias y de sus relaciones, y el juicio que siempre y en todas partes han formado los hombres sensatos y prudentes.

Repasemos en nuestro pensamiento la relacion del hecho, consideremos sus circunstancias, examinemos sus relaciones diversas, y pongamos á la vista el conjunto de lo acontecido.

¿Qué hallais en él que no sea prodigioso, extraordinario, divino? Es un prodigio: las zanjas cegadas tantas veces sin el trabajo del hombre; las llamas que no se habian visto ántes ni se vieron despues, y que aparecieron solamente cuando se trabajaba en esta obra; los globos de fuego que perseguian á los trabajadores en su fuga; el concurso simultáneo del fuego, del torbellino y del terremoto: es un prodigio y una obra divina, las cruces impresas en los vestidos que ningun esfuerzo pudo hacer desaparecer. De aquí nació la unanimidad de los cristianos en proclamarle milagro, oponiéndolo á los gentiles y á los judíos; el silencio de los paganos; la vergüenza y el furor de la Sinagoga: de aquí aquel hecho atestiguado por Gregorio Nazianceno en sus invectivas contra Juliano; «casi todos elevaron hácia el Dios de los cristianos una voz suplicante y trataron de aplacarlo con alabanzas y oraciones.» Además, un gran número de ellos, iluminados por tanta luz, admirados por tantas señales, vencidos por una evidencia tan manifiesta, dijeron un eterno adios al paganismo y á la Sinagoga, se convirtieron al Cristianismo, adoraron su cruz, y abrazaron su doctrina.

Siendo esto así, siendo el hecho indudable; ¿qué se debe concluir? ¿Cuáles son sus consecuencias inevitables é inmediatas?

Es una consecuencia de este hecho, que en el duelo entre el Cristianismo de una parte, el paganismo y el judaismo de otra, la voz de Dios ha intervenido milagrosamente, y ha declarado vencedor al Cristianismo.



Es una consecuencia de este hecho, que la conducta de Dios, con los conjurados para la reedificacion del templo, no es absolutamente diferente de su conducta con los que intentaron construir la torre gigantesca de las llanuras de Sennaar.

Es una consecuencia de este hecho, que Dios, de una manera enteramente divina, confirmando las señales antiguas, proclamó solemnemente á Jesús profeta verídico y divino.

Es una consecuencia de este hecho, que la obra de Jesús es la obra del cielo, y no de la tierra; es la obra de Dios, y no la del hombre.

Es una consecuencia de este hecho, que no hay ménos impiedad en atacar la obra de Jesús, que en rebelarse contra la omnipotencia; y que si se encuentra un hombre tan imprudente y tan temerario, no puede ni debe prometerse sinó un fuego eterno, representado y figurado en aquellas llamas que envolvieron y redujeron á cenizas á los audaces que, por la voz del hecho, querian decir á Jesucristo: «Has mentido.»

---

# PAZ.

## (LA)

*Pacem reliquo vobis, pacem meam do vobis.*
La paz os dejo, la paz mia os doy.
(JOANN. XIV, 27.)

Lo que el sumo sacerdote Onías, con las manos extendidas hácia la asamblea de los hijos de Israel, pedia y exhortaba á pedir con él á Dios omnipotente, debemos todos cuantos estamos aquí reunidos implorarlo de la bondad divina. «Rogad al Dios, señor de todo lo criado, decia ese pontífice de la antigua Ley, para que reine la paz en Israel en nuestros dias y para siempre, con lo cual crea Israel que la misericordia de Dios está con nosotros para librarnos de todo mal.» (ECCLI. L. 24, 26).

La paz, hermanos mios, es, en este momento, el voto de todos, la necesidad de todos, el grito de todos. En este punto se observa un

concierto afectuoso, una inteligencia admirable, una rara y preciosa unanimidad. Todas las divergencias de opinion se borran, y cesan todas las divisiones tratándose de proclamar que se aspira á la paz, que se quiere la paz, que el país tiene hambre y sed de paz, que todos sus intereses piden y reclaman la paz.

No serán los cristianos, por cierto, los que dejen de tomar parte en este concierto general. Nosotros somos los hijos de la paz, los abogados de la paz, los ministros y mensajeros de la paz, los guardianes y los tutores de la paz. Se nos manda que, en cuanto esté de nuestra parte, vivamos en paz con todos los hombres. (Rom. xii, 18). Nunca la causa de la interrupcion ó pérdida de la paz ha de proceder de nosotros: *Dummodo non ex nobis causa aut interruptæ aut non conservatæ pacis existat.* (Hilar. in Ps. cxxxii, 8).

Lo que pedimos al pié de los santos altares es la paz: la paz tal como la entienden y desean los hijos de Dios; y en defecto de ésta, la que piden los hijos del siglo. Por esto os diré con el Salmista: «Pedid á Dios los bienes de la paz para Jerusalen,» ó sea para la ciudad, cuyo nombre significa paz: *Jerusalem, hoc est, visio pacis*; porque en ella se hallan todos sus elementos y garantías: *Rogate quæ ad pacem sunt Jerusalem.* (Ps. cxxi, 6). Y añade con el profeta Jeremías, al dirigirse á los judíos que habitaban en Babilonia: «Procurad la paz de la ciudad temporal á donde os trasladé;» y bien que su nombre exprese la confusion: *Babel, hoc est confusio.* (Gen. xi, 9), no omitais el rogar por ella al Señor, porque en la paz de ella tendreis vosotros paz.» *Et quærite pacem civitatis (Babylonis) et orate pro ea ad Dominum, quia in pace illius erit pax vestra.* (Jerem. xxix, 7).

San Agustin dió de la paz una definicion célebre: «La paz en todas las cosas, dijo, es la tranquilidad del órden:» *Pax omnium rerum, tranquilitas ordinis.* Y continúa diciendo: «El órden es la disposicion que, segun la paridad y la disparidad de las cosas, señala á cada una de ellas el lugar que debe ocupar. (De Civit. Dei, l. xix, c. 3). La paz del hogar doméstico, consiste, pues, en la distribucion regular del mando y de la obediencia en la casa; la paz de la ciudad terrestre, consiste en el concierto ordenado de la autoridad y la sumision; la de la ciudad celestial, en el órden perfecto de la union suprema de los escogidos en la fruicion de Dios y el gozo mútuo de todos en Dios. Finalmente, la paz entre el hombre mortal y Dios, entre la ciudad de acá abajo y la ciudad de arriba, consiste en la obediencia arreglada y ordenada por la fe bajo la ley eterna: *Ordinata infide sub æterna lege obedientia.* (Ibid).

Consecuente á este principio, la paz verdadera, tanto para el cuerpo como para el alma, lo mismo para el individuo que para la familia y para la nacion, es la paz en el servicio de Dios, la paz en la profesion de la fe, la paz en la observancia de la ley divina. Esto es lo que me propongo demostraros, dspues de implorar los auxilios de la gracia. A. M.



1. La verdadera y sólida paz, la paz digna de este nombre, en la Escritura va casi siempre acompañada de la verdad (IV. Reg. xx, 19.—Is. xxxix, 8), ó de la justicia (Is. xxxii, 17.—Eccli. v, 12), de la caridad (Ephes. vi, 23.—II. Timoth. ii, 22) y de la gracia (Rom. i, 17 et in omnibus epistolis). Raras veces marcha enteramente sola y sin su cortejo natural y necesario. La verdadera paz es el fruto de la verdad; y cuando no se ama á ésta, no se obtiene aquélla: *Veritatem tantum et pacem diligite* (Zach. viii, 19).

La posesion de la paz, depende, pues, de Dios. El solo la tiene en su mano, y por boca de sus profetas nos dice: Yo el Señor, y no hay otro: yo que formo la luz y que hago la paz:» *Ego Domini.... faciens pacem.* (Is. xlv, 7). En vano agotariais todos los recursos de un talento fecundo en negociaciones hábiles; inútilmente negociariais, potestades de la tierra, si no concluyerais vuestro tratado de paz con Dios. *Pacem habeamus ad Deum.* (Rom. v, 1). Y por el contrario, cuando Él la otorga, ¿quién tendrá fuerza para turbarla? (Job. xxx, 29.)

Ahora bien: entre Él y los hombres hay un mediador. El tratado de paz con el cielo, supone siempre la mediacion de Jesucristo, por el cual tenemos cabida cerca del trono del Padre: *Pacem habeamus ad Deum per Dominum nostrum Jesum Christum, per quem et habemus accessum* (Rom. v, 1-2). Jesús es llamado Príncipe de la paz (Is. ix, 6), y la paz del mundo entero fué la señal de su venida (Mich. v, 5) y su primer beneficio. Donde quiera que reine Jesucristo, reina tambien la paz; «porque él es la paz nuestra, él, que de dos pueblos hizo uno, rompiendo por medio de su carne el muro de separacion, para formar en sí mismo de dos un solo hombre, haciendo la paz y reconciliando á ambos pueblos en uno solo.» (Ephes. ii, 14-15.) Por esto acostumbraba Jesús saludar á sus apóstoles con estas palabras: La paz sea con vosotros, *pax vobis* (Luc. xxiv, 26); y al despedirse de ellos, les dijo: «La paz os dejo, la paz mia os doy: no os la doy yo, como la dá el mundo.» (Joann. xiv, 27). Ya lo oís, hermanos mios, hay una paz que es propiamente la paz de Jesús, una paz que Jesús llama *suya*, y quiere que estemos en paz con él: *ut in me pacem habeatis* (Joann. xvi, 33).

Y esta paz, que es la paz de Cristo, esta paz que sobrepuja á todo

entendimiento, y que guarda los corazones y los sentimientos en Jesucristo (Philip. iv, 7); esta paz, que el grande Apóstol desea triunfe en nuestra alma, y á la cual fuimos todos llamados para formar un solo cuerpo (Coloss. iii, 15), considerada en sus relaciones con las sociedades, no es otra cosa que la paz de la Iglesia, el tranquilo cumplimiento de la ley cristiana, el desenvolvimiento pacífico de las obras de la fe y de la caridad, el reconocimiento público de las verdades y de los preceptos del Evangelio, la conformidad de las legislaciones é instituciones humanas, con la doctrina y la moral de Jesucristo.

Esos reinados pacíficos y regulares han sido raros en la tierra, porque ésta es el teatro temporal de la prueba; y bajo el imperio necesario de la libertad de opcion, y la inspiracion funesta de las pasiones, el bien anda siempre mezclado con el mal. El órden perfecto no es de este mundo, y la Iglesia militante no puede gustar la paz de la Iglesia triunfante. Sin embargo, la historia nos habla de largos intervalos y dichosos períodos de tranquilidad y de prosperidad debidos á la observancia de la ley divina. El respeto universal á la religion, era el principio de una felicidad excepcional, no turbada por guerra alguna, recompensando así el Señor á su pueblo con el beneficio de la paz (II. Paralip. xiv, 2, 7). Entre las naciones occidentales, no hay una sola que, desde el establecimiento del Cristianismo, no registre en sus anales alguno de esos benditos reinados. «La ciudad santa gozaba de una plena paz, y las leyes se observaban muy exactamente por la piedad del sumo pontífice Onías, y el ódio que todos tenian á la maldad: nacia de esto que los reyes y los príncipes honraban sumamente aquel lugar sagrado, y enriquecieron el templo con grandes dones.» (II. Machab. iii, 1, 2.) Lo mismo sucedió en varias épocas cristianas, por haber obrado de comun acuerdo grandes pontífices y grandes monarcas, y por el celo ferviente de la tribu eclesiástica y la fidelidad de los pueblos á la doctrina y á la ley de la Iglesia. La paz exterior fomentaba el bien espiritual; y al mismo tiempo que el reinado de Dios se extendia, la prosperidad temporal iba en aumento. La paz aprovechaba á la casa de Dios (Ps. cxxi, 9), y la prosperidad de ésta fomentaba los intereses temporales (Ibid. 8).

Trabaja, pues, en beneficio de todos, quien con sus oraciones y sus obras se esfuerza en asegurar la paz de la Iglesia. Pedid, por tanto á Dios, á aquel que es el dueño de todos los acontecimientos y de todas las voluntades, á aquel que dirige soberanamente á los hombres y las cosas, pedidle que en nuestros dias reine y florezca la paz en Israel por largo tiempo: la paz en la verdad, la paz por la justicia, la paz acompañada de la caridad, la paz fecundizada por la gracia; la paz de Jesucristo y por Jesucristo; esta paz perfecta, que es el fruto del exacto cumplimiento de las leyes, de la elevada piedad del sacerdocio, de la disposicion favorable de los espíritus, de la proteccion equitativa de los príncipes; en una palabra, esta paz que imita y prepara la paz de la ciudad celestial y eterna: *Et nunc orate Deum omnium...., fieri pacem in diebus nostri in Israel per dies sempiternos.* (Eccli. l, 24, 25.)



Direis tal vez: lo que pedís es imposible. Las discordias religiosas que fermentan en Europa, las divisiones y preocupaciones que reinan en los ánimos, aún en el seno mismo de las naciones llamadas católicas, no nos permiten esperar que se organicen cristianamente las sociedades. Por satisfecha puede darse la Iglesia si obtiene la conservacion de la paz exterior, de una paz cualquiera, que la deje cumplir con una parte de su mision en la tierra.

La paz material, hermanos mios, es demasiado vulgar y precaria para satisfacernos; sin embargo, no deja ella de ser un bien sumamente apreciable. Y sin admitir que en nuestros dias no se pueda desear y obtener otra mejor, recordamos las palabras de Jeremías que ántes hemos citado: «Procurad la paz, decia á los judíos que habitaban en Babilonia, procurad la paz de la ciudad á donde os trasladé y rogad al Señor por ella, porque en su paz tendreis vosotros paz.» San Agustin, en su «Ciudad de Dios,» comenta esas palabras del modo siguiente:

«La ciudad de la tierra tiene elementos de bien y de paz, á cuya posesion debe el gozo que semejantes elementos pueden proporcionarle. Este bien, empero, va mezclado con muchas angustias para aquellos que á él se adhieren excesivamente, puesto que es frágil, y, por lo mismo, dá lugar á mil divisiones.... (De civit. Dei, l. xv, c. iv). En el fondo, el pueblo desviado de Dios es un pueblo desdichado. No obstante, ama él cierta paz que no se le debe reprobar, una paz que es su paz, y á nosotros nos interesa que disfrute de ella, porque miéntras que las dos ciudades estén mezcladas, nosotros nos aprovechemos para nuestra paz de la paz de Babilonia. Por eso el Apóstol dice á la Iglesia, que ore por los reyes y poderosos, «á fin de que nuestra vida discurra pacífica y tranquila en toda piedad y caridad.» Por eso el profeta Jeremías, anunciando al antiguo pueblo de Israel su cautividad en Babilonia, le recomendaba permaneciese en esta ciudad con resignacion, sirviese á Dios con paciencia, y orase por ella. «Porque en su paz tendria paz,» es á saber: la paz temporal que provisionalmente es comun á los buenos y á los malos (Ibid, l. xix, c. xxvi).

El santo doctor, además, desenvuelve el mismo pensamiento en estos términos: « El uso de las cosas necesarias á esta vida mortal, es comun á los fieles y á los infieles; pero en la manera de usarlas, cada uno lleva un fin propio y diferente. La ciudad terrenal, que no vive de la fe, aspira únicamente al bienestar humano, y el órden que asigna á todos el órden público, hace que se establezca cierto concierto de voluntades humanas por lo que mira á las ventajas de acá abajo. La ciudad celestial, por el contrario, ó más bien aquella parte de ella, que, durante la peregrinacion de esta vida mortal, se alimenta de la fe, se sirve tambien de esta paz, y mantiene entre ella y su compañera la buena inteligencia en lo que concierne á sus mortales destinos (De civit. Dei, l. xix, c. 17).

Esta doctrina del obispo de Hipona, es la que arregla las relaciones entre el hombre espiritual que vive de fe y de esperanza, y el hombre animal, que no encuentra sabor sinó en las cosas sensibles. Deseosos de obtener una paz más elevada y más fecunda, una paz más verdadera y por consiguiente más sólida, los hijos de Dios aceptan una paz, aún mediana y momentánea, porque es un bien; y la Iglesia sabe utilizarla para la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

Bajo este punto de vista, se puede decir que los verdaderos cristianos, léjos de oponer obstáculos á la paz del mundo, son los artífices y los conservadores de ella. Porque si la paz no produjera más que esta prosperidad temporal, que casi siempre es una especie de ofensa contra Dios, ni su misericordia ni su justicia le permitirian hacer á la humanidad un presente tan peligroso. Es pues soberanamente conforme á la equidad, que la familia espiritual de Cristo participe de los beneficios de la paz humana, puesto que, tanto por las obras de expiacion y de penitencia que aplacan la cólera del Señor, como por los actos de piedad y de caridad que favorecen la dilatacion de su reino, hace que la tierra halle gracia en los ojos del Omnipotente, y que las sociedades disfruten dias de calma y de sosiego cuantas veces el exceso de sus errores ó de sus vicios no paraliza el poder de su intercesion.

Porque no basta desear la paz, quererla, y declarar que se tiene necesidad de ella; pues la tierra no puede dársela á sí misma; porque, como hemos dicho, la paz procede de Dios, y Dios es siempre el dueño de este don, que lo dispensa cuando bien le parece, conforme á las leyes de su sabiduría y de su equidad supremas.

Cuando Jesús, el Príncipe de la paz, apareció en la tierra, los ángeles cantaron: « Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» La primera de estas



afirmaciones es absoluta. Con la venida de Cristo, la gloria de Dios es completa é independiente de todas las hipótesis y de todos los accidentes; suceda lo que quiera, Dios, en lo más alto de su morada, es glorificado segun la plenitud de sus derechos; nada se ha dejado al capricho de las voluntades libres. No puede decirse lo mismo de la tierra. Solo disfrutan de ella aquellos que la quieren de buena voluntad: *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* La voluntad humana ha podido prevalecer en varias ocasiones contra la misericordiosa voluntad del Salvador. Vosotros conoceis esta página del Evangelio, que no puede leerse sin espanto.

« Al llegar Jesús cerca de Jerusalen, poniéndose á mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Ah! si conocieses tambien tú, por lo ménos en este dia que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está todo ello oculto á tus ojos. La lástima es que vendrán unos dias sobre tí, en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán de contramuro, y te estrecharán por todas partes; y te arrasarán, con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado (Lúc. xix, 41-44).» «¡ Jerusalen! ¡ Jerusalen! ¿cuántas veces quise recoger á tus hijos, como la gallina recoge á sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido? (Matth. xxiii, 37.)»

Ya lo veis, carísimos hermanos, Jesús no abrigaba sinó sentimientos de amor y miras de misericordia sobre aquella ciudad; fácil le era obtener la paz con las condiciones á las cuales está vinculada: *Si cognovisces et tu quæ ad pacem tibi!* Mas, por una ceguedad criminal y voluntaria, Jerusalen perdió la paz para siempre.

El Espíritu Santo ha dicho: « Quién jamás le resistió, que quedase en paz? » *Quis restitit ei, et pacem habuit?* (Job. ix, 4.) ¡ Oh increible fuerza de resistencia de la libertad humana! ¡ Oh misterioso poder de la voluntad de un individuo, de la voluntad de una familia, de una ciudad, de una nacion que se opone á la voluntad de Dios! « Cuántas veces, dice Jesús, he querido... y tú no has querido! » ¿ Cuán asombroso es ese duelo, ese conflicto, esa lucha entre el querer divino y el querer humano? Y lo singular es, que en esta lucha, el querer divino sucumbe ante la deplorable obstinacion del querer humano. *Quoties volui..., et noluisti.*

El discípulo no es superior al maestro. El apostolado cristiano, que recibió del Hijo de Dios la mision de evangelizar la paz, tiene tambien que participar de esta derrota. Los términos mismos con los cuales recibió su mision lo expresan claramente: « En cualquiera ciudad ó

aldea en que entráreis, dice el Salvador, informaos quien hay en ella hombre de bien, ó que sea digno de alojaros; al entrar en la casa, la salutacion ha de ser: La paz sea en esta casa; que si la casa la merece, vendrá vuestra paz á ella, mas si no la merece, vuestra paz se volverá con vosotros (MATTH. x, 11, 12, 13.—LUC. x, 5, 6).» San Hilario, comentando á San Mateo, pregunta: Puesto que el apóstol, al entrar en una ciudad, ó en la casa, debe anunciar la paz, ¿puede la palabra apostólica dejar de ser eficaz, y una palabra sacramental, que opere irrevocablemente lo que ella expresa? (COMM. IN MATTH. x, 8.) Y el mismo santo doctor se responde: Los apóstoles ofrecen la paz á todos, pero no tienen la facultad de hacerla aceptar de todos. La desean aún para los indignos; pero no se les otorga: *Pax indignis optata, non data.* Preciso es que ella encuentre disposiciones favorables en las almas donde se siembra, de lo contrario, la semilla no germina, y en vez de paz cosechan turbulencias, divisiones y guerra.

2. En efecto, amados hermanos, dos grandes obstáculos se oponen á la paz y la hacen absolutamente imposible, á saber: el mal uso que de ella se hace, y el menosprecio, ó solamente la ausencia de los principios en que se apoya. Dios no se ha comprometido á otorgar para siempre sus dones á los indignos, á los que abusan de ellos, y los vuelven contra la mano de quien los han recibido.

«Señor, exclamaba el Salmista, no permitas que yo haga causa comun con los que hablan de paz con su prójimo, miéntras que están maquinando la maldad en sus corazones (Ps. XXVII, 4).» Para esos tales, el ideal de la paz, es la tranquilidad del desórden, la pacífica posesion de las pasiones, la satisfaccion interrumpida de todo cuanto lisonjea el orgullo y los sentidos. Muchos de ellos se asemejan á los antiguos Romanos, que, llenos de pavor á la vista de un conflicto, buscaban en el Cristianismo un antemural contra los peligros del momento; pero al verse libres de los Bárbaros, volvian á sus preocupaciones y á su primitiva insolencia contra él, no pensando ya sinó en disfrutar sin freno ni reserva de los bienes y de los placeres que les hubieran sido arrebatados sin el signo de la cruz.

Tambien algunos literatos de nuestros dias, muestran su admiracion por el paganismo, suspiran por él, y saludan su reaparicion como el tipo perfecto de la civilizacion y de la felicidad humana. ¿Tenemos necesidad de refutar la apología que de él hacen? Subsisten todavía en mayor ó menor estado de conservacion sus libros y sus monumentos. Dos mil años de Cristianismo no han podido borrar todas las huellas de aquella civilizacion tan ponderada, mezcla diforme de obscenidad y de barbarie. Para recordarnos el exceso del mal en que hubiéramos caido, una sábia disposicion de la Providencia divina ha salvado estos restos de los estragos del tiempo, como la naturaleza, al curar los cuerpos heridos, deja cicatrices que atestiguan lo ancho de las llagas. Han reaparecido á la luz del sol, casas paganas, ciudades paganas, que los volcanes habian cubierto con sus cenizas. El cristiano, y hasta una persona tan solo honrada, tiene que cerrar los ojos al examinar esos vestigios del viejo mundo idólatra, cuyas torpezas sociales y domésticas nos dejó trazadas el Sábio (SAP. XIV, 23-26); concluyendo su pintura con este último rasgo: «Ni se contentaron con errar en órden al conocimiento de Dios y sumirse en abismos de errores y vicios, sinó que viviendo sumamente combatidos de su ignorancia, á un sin número de grandes males les dan el gran nombre de paz: *Sed et in magno viventes inscientiæ bello, tot et tam magna mala pacem apellant* (IBID. 22).» ¡Paz nefasta, paz horrible, que Dios no concede á los pueblos sinó en su cólera! Y ¡ay de los pueblos que se contentan con ella! O más bien, tal paz, no es paz, porque, como observa S. Pablo, «cuando los impíos estarán diciendo que hay paz y seguridad, entónces les sobrecogerá de repente la ruina, sin que puedan evitarla (I. THESSAL. V, 3).»



Los profetas del Señor dirigian sangrientas reprensiones, consignadas en muchas páginas de los santos Libros, á los que predicaban la paz en medio de las iniquidades. «Estos han sido confundidos, dice Jeremías, porque han hecho cosas abominables; ó más bien, la misma confusion no ha podido confundirlos, pues ni siquiera sabian lo que es ruborizarse. Emprendian curar las llagas de la hija de mi pueblo con burlarse de ella: *Curabant contritionem filiæ populi mei cum ignominia;* diciendo: Paz, paz; y tal paz no existe (JEREM. VI, 14-15).» Mi pueblo perecia de materialismo, y ellos no le hablaban sinó de materia. El sensualismo corria desbordado, y ellos solo pensaban en aplicarle sus sentidos para absorverlo. Su sistema de curacion consistia en aplicar sobre la llaga la supuracion por ella producida: tratamiento ignominioso, que entretenia y agravaba el mal en vez de curarlo, y de que, si capaces fuesen de ello, deberian avergonzarse todos esos empíricos: *Et sanabant contritionem filiæ populi mei ad ignominiam, dicentes: Pax, pax, cum non esset pax* (IBID. VIII, 11).»

Ezequiel reproduce las mismas palabras, sirviéndose de otra figura: «Han engañado á mi pueblo, diciéndole: Paz, paz; siendo así que no habia tal paz.» Ahora bien; «si no habia tal paz, continúa diciendo, voy á deciros el por qué. Cuando el pueblo construia un edificio no empleaban sinó barro, con mal mortero. Luego, con arte admira-

ble, lo revocaban con légamo suelto, dándole así una brillante perspectiva; pero aún en esta última operacion, descuidaban mezclar con el material empleado alguna cosa que pudiera dar á los muros del edificio alguna consistencia.» «Hijos del hombre, dice el Señor Dios, decid á esos que revocan con mal mortero, que la pared levantada [illegible] *Dic ad eos qui liniunt absque temperatura quod paries casurus sit.* En medio de mi indignacion haré estallar de repente un viento tempestuoso, y enviaré aguaceros que todo lo inundarán, y el muro caerá. Y así que el edificio haya caido, ¿acaso no se os dirá por mofa: Dónde está la encostradura que vosotros hicisteis? *¿Ubi est litura quam linistis?...* Aún más: el edificio arrastrará en su ruina á aquellos que lo encostraron sin mezcla: y desfogaré á la vez mi indignacion en la caida del muro y en la de los desventurados encostradores. Y despues, con mi justa ironía, os diré: El muro ya no existe, ni existen aquellos que lo encostraron, es á saber, los profetas embaucadores, que aletargaban el país y veian para él visiones de paz, siendo así que no hay tal paz, dice el Señor.» (Jerem., xiii, 10—16.)

Esas exhortaciones y esas amenazas de los profetas á las sociedades antiguas ¿no van tambien dirigidas á las sociedades modernas? Hemos visto por do quiera, desde hace un siglo, «conturbadas las naciones y bamboleando los reinos (Ps. xlv, 6);» sucederse las revoluciones á las revoluciones, las catástrofes á las catástrofes. ¡Cuántas veces «hemos esperado la salvacion, y la salvacion no parece!» (Is. lix, 11.) «Aguardando estamos la paz, y este bien no viene; que llegue el tiempo del remedio, y se apodera de nosotros el terror y espanto!» (Jerem. viii, 15.) ¿Es por ventura imposible la paz porque los hombres de nuestros tiempos han olvidado los principios en que se funda y las condiciones que la garantizan? En este caso, los habria pintado Isaías, cuando dijo: «No conocen la senda de la paz, y sus pasos no van enderezados hácia la justicia: torcidos son sus senderos, y cualquiera que anda por ellos no sabe qué cosa es paz.» (Is. lix, 8.)

¡Oh, vosotros todos, carísimos hermanos, que deseais el beneficio de la paz, «aceptad las doctrinas y practicad las obras que producen



el mérito oratorio, pero sin que la energía de lo verdadero se halle en parte alguna. Condenada á no probar nada, la elocuencia no pasa de ser un entretenimiento ó un artificio. Cualquiera que sea el brillo con que se envuelva la palabra humana, carece de fuerza no siendo el eco del Verbo de Dios. De ningun se quiera cambiar la esencia de las cosas; Jesucristo es y será siempre la piedra angular de todo edificio social. Sin él, sin su espíritu, todo bambolea, todo se divide, todo se derrumba; y esto es lo que os sucede, porque os complaceis en seguir el camino de los impíos, el camino que han abierto los grandes criminales de la generacion presente, esos hombres que fueron arrebatados ántes de concluir su obra, y que decian á Dios: Apártate de nosotros juzgando que el Todopoderoso nada podia. ¡Ah! léjos de nosotros, las máximas de tales impíos! ¿Por ventura no fué derribado por tierra su erguimiento, y no devoró el fuego de Dios todos sus restos? Instruidos en esta escuela, someteos á Dios con plena aquiescencia, y tendreis la paz, y así recogereis los mejores frutos (Job. xxii, 15-21).

Y siendo ya un principio de gracia el saber pedir la gracia, tambien es un principio de paz el saber pedir la paz. El Señor nos ha dicho por su profeta: «que él cicatrizará las llagas de las naciones, y remediará sus males, y les hará gozar de la paz y de la verdad de sus promesas conforme ellas se lo hayan pedido (Jerem. xxxiii, 6). Elevemos, pues, nuestras oraciones y nuestros votos hácia el Dios de paz. Digámosle con la Iglesia: «¡Oh Dios Todopoderoso y eterno, que dirigís á la vez las cosas del cielo y las de la tierra! mostraos propicio á las súplicas de vuestro pueblo, y otorgad vuestra paz á nuestros tiempos: por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con Vos en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. (*Orat. Domin. II, post Epist. Epiphas.*) Así sea.

# PROBIDAD

## (LA)

## Y LA RELIGION.

*Noli esse incredulus, sed fidelis.*
No seas incrédulo, sino fiel.
(JOANN. XX, 27.)

Sobre las ruinas del Evangelio de Jesucristo se va levantando la fábrica de un Evangelio de probidad mundana, á que reducen los hombres todas las leyes de la Razon y de la Religion; intentan convertir al pueblo cristiano en un pueblo filosófico; reducen la suma de todas las virtudes al bien público, á las obligaciones de la vida civil, á la paz de la sociedad; no conocen, ni quieren conocer otras leyes, ni otros principios, ni otra norma de costumbres y acciones; tienen por glorioso timbre despojarse, y degradarse del nombre de cristianos, preciándose de que los tengan por dignos del nombre y carácter de hombres de bien. De aquí procede aquel gloriarse, aquel gallardearse de tantos impíos, que se mofan de la Religion como de una cosa que de nada sirve al mundo, porque no entienden que la verdadera y sana probidad no tiene otros fundamentos más sólidos que la Religión: de aquí aquella flojedad y tibieza de tantos malos cristianos, tan descuidados en el cumplimiento de lo que la Religion les manda, porque están persuadidos de que las obligaciones de cristiano se encierran en las de la probidad. Creer que la probidad no necesita de los auxilios y apoyo de la Religion; creer que las obligaciones que la Religion impone, se limitan á las leyes de la probidad, son dos errores, á los cuales contrapongo dos proposiciones, en que dividiré la materia de este discurso. Para ser perfecto hombre de bien, segun el mundo, es indispensable la Religion: punto primero. Para ser verdaderamente cristiano, no basta ser hombre de bien segun el mundo: punto segundo. Imploremos la gracia por la intercesion de María. A. M.

1. Sí, amados hermanos mios, no temais decir de todo hombre sin Religion, que no tiene verdadera probidad; que su probidad es una



probidad vana y sin solidez, probidad frágil y vacilante, probidad aparente y exterior por lo comun; que por más cordura, por más equidad, y por más desinterés que aparente en su conducta, jamás será otra cosa todo ese aparato que un bosquejo del verdadero hombre de bien. Porque ¿qué cosa, pensais, constituye al hombre de bien, entendido este término con todo rigor? Constitúyele una vehemente é íntima persuasion de las obligaciones que debe al mundo; una disposicion inalterable en cumplirlas; una rectitud de entendimiento y de razon, y una rectitud de corazon y de sentimientos. Y yo os digo resueltamente, que estos dos caractéres de la verdadera y perfecta probidad no se hallan sinó en la probidad que la religion manda, y que se conserva con sus auxilios. ¿Por qué así? Porque solo la religion puede engendrar en el entendimiento una probidad fundada en sólidos é incontrastables principios; y solo ella puede engendrar en el corazon una probidad, que se conserve á impulsos de unos motivos y atractivos eficaces y poderosos.

La razon nos dicta las ideas de órden, de justicia, de fidelidad, de bien público; pero cuando intenta levantar estas mismas ideas á la esfera de obligaciones, de preceptos, de leyes que obligan al hombre, si al mismo tiempo no nos pone delante ni al legislador que tiene derecho á nuestra sumision, ni los premios con que sea recompensada una virtud antepuesta á la felicidad, ni las penas con que sea castigada una felicidad adquirida con detrimento de la virtud, entónces la razon se subleva contra la razon misma, ayudando á derribar el edificio que ella intenta levantar; y muchas veces el que en tales circunstancias hace guerra á la razon, parece que va tan fundado como el que la defiende.

¿Qué es lo que hace la Religion? Levantando el velo que nos oculta los misterios de nuestro sér y de nuestra dependencia, nos manifiesta el orígen de donde se derivan los vínculos y leyes de la sociedad, haciendo que entendamos y oigamos en el mismo lenguaje de la razon la voz de aquel Supremo Dios, que en caractéres eternos ha grabado su voluntad en lo más íntimo de nuestra alma. Con que no es ésta ya aquella razon que, segun el delirio de alguno, no es otra cosa que el hombre mismo; sinó una razon marcada con el sello de aquel Dios, cuyo intérprete es ella misma, revestida de autoridad tan suprema que reduce á su dominio sus deseos y apetitos. Con que no es ésta ya aquella sociedad de hombres, empezada por casualidad, fomentada por el instinto y propension, arraigada por el interés, conservada por la política; sinó una numerosísima familia, cuya cabeza y padre, cuyo señor y protector es Dios: de modo que aquí desaparece y

se hunde enteramente el hombre, y solo se registra un Dios autor y vengador de las leyes de la naturaleza. Este grande y sublime espectáculo representaba San Pablo con viveza á los antiguos fieles. Hermanos mios, les decia, sabed que las obligaciones del hombre no son otra cosa que las obligaciones del cristiano. Es verdad, que estas obligaciones del cristiano son duras y dificultosas, y que muchas veces requieren una virtud robusta, que rara vez inspira la gracia en un corazon afeminado con tanta multitud de vicios. La ciencia hinchada de los filósofos de Atenas, intentó vanamente hallar un cimiento firme é incontrastable de la felicidad y paz mundana; pero ello es que en el hombre no vemos sinó al hombre, ni observamos sinó que las pasiones se desmandan cada dia más contra la razon, que la razon cada dia se muestra más flaca contra las pasiones. ¿Quereis vosotros ver fundada la felicidad pública sobre cimientos sólidos é inalterables? Levantad los ojos á ese Dios, principio y orígen de todas las cosas, contemplad como imprime en todas sus obras la estampa de su divinidad, como llena con su inmensidad la distancia y diferencia de todos los estados y condiciones, y como no se ve ni registra otro superior, tanto sobre los que obedecen, como sobre todos los que mandan en el mundo, sinó él solo.

¡Oh tú, pueblo, que te hallas reducido á la sumision y á la dependencia! no llegues á degradar la humanidad tanto, que hagas al hombre esclavo del hombre; advierte que Dios es el que reina en los reyes, el que sentencia en los jueces, el que manda en los superiores, el que gobierna en los padres: á él solo deben dirigirse todos los obsequios, y el hombre solo debe recibirlos para ofrecérselos. ¡Grandes del mundo, depositarios del poder y de la autoridad! entended que esa multitud de hombres que os reconocen por sus señores, os debe tambien experimentar padres; porque aquel Dios que recibe por vuestras manos los obsequios del pueblo, recibe por las del pueblo los dones de vuestro agradecimiento. Así que la mansedumbre y afabilidad deben tener su asiento en el trono, porque Dios oye los suspiros y venga las lágrimas del pueblo; la equidad en los tribunales, porque nada ménos se pesa en la balanza de la justicia que los derechos y los intereses del mismo Dios: la paz y la concordia deben reinar en el esposo y esposa, porque quien ha formado el vínculo de su union, es Dios: los padres deben experimentar el humilde agradecimiento, la veneracion rendida; y los hijos la vigilancia próvida y el amor benéfico, porque quien habla por la voz de la sangre y de la naturaleza, es Dios: y todos los hombres deben ser verdaderos en sus palabras, porque andan en la presencia del Dios de la verdad; fieles en sus promesas, porque quien las admite, recibe y sale fiador de ellas, es Dios; compasivos y liberales, porque Dios ha depositado el remedio del pobre en el corazon y manos del rico.



De aquí resulta una elevacion de sentimientos que levanta á un alma generosa sobre las bajezas del interés, y que del bien que hace, no pretende otro premio que el gusto de hacerle en Dios y por Dios; un celo inflexible y vigoroso, que ni repara ni teme conciliarse el desagrado y la indignacion de los hombres, con tal que sea fructuosa; una fidelidad, que ni flaquea con la esperanza, ni se acobarda con el temor; un agradecimiento á los beneficios, que no se acaba con el valimiento y la fortuna del bienhechor; un amor á la verdad y á la probidad, que mira como una desgracia más ignominiosa la felicidad y el triunfo del que se engrandece por medios inícuos y viles, que la caida del que se ve derribado por los tiros de la pérfida envidia; y que entiende que nada importa cuanto se padece, cuando nada remuerde la conciencia.

Pero, en el sistema del que no reconoce otro superior, otro legislador, otro fin, ni otro premio que á sí mismo, no hallareis sinó vocablos vacíos, máximas pomposas, virtudes llenas de orgullo y vanidad, sostenidas con la esperanza de la gloria vana contra los incentivos del amor sensual; virtudes que apénas se atreveria á dictar la razon á quien se sintiese sin el aguijon de las pasiones; vereis á lo sumo unas obligaciones dudosas, inciertas, llenas de oscuridad: en lugar que estas mismas obligaciones, consideradas segun los principios de la Religion, son estrechas y urgentes, porque tienen por fundamento la autoridad de todo un Dios. De este modo desvanece la Religion las dudas; confunde y destruye los pretextos; ilustra y fortalece la razon; infunde en el entendimiento una luz y convencimiento interior de sus obligaciones; comunica al hombre una probidad de entendimiento y de razon: y además de esto, le comunica una probidad de corazon y de afectos, que es el segundo carácter del hombre de bien, que solo puede ser obra de la Religion; carácter tan necesario, que sin él, no hay verdadera probidad.

Pondérese cuanto se quiera la perspicacia y poderío de la razon, siempre será verdad que solo ignoran su flaqueza los que no han hecho experiencia de sus fuerzas, y que solo la reputan por capaz de dar mucho los que nunca la han pedido nada. Ella enseña la virtud; pero no la persuade: reprueba las pasiones; mas no las enflaquece.

Esta es la causa porque los legisladores no se atrevieron á fiar la duracion de los imperios sobre un fundamento tan caduco; y así armaron sus leyes con la fuerza de los premios y castigos. Conocian más

íntimamente al hombre que esos filósofos que blasonan de haber hecho un estudio tan profundo en su conocimiento; sabian que en vano instruye la razon, si no propone alguna cosa que se deba esperar ó temer; y una virtud acendrada y libre de todo interés, es una especie de milagro que nunca puede obrar nuestra razon: y no hay, por consiguiente, otro medio para mantener ilesas las leyes y derechos de la sociedad contra los ímpetus de la concupiscencia que las combaten, sinó enlazar nuestro interés particular con el interés público.

Y es esto tan cierto, que aunque la doctrina de los apóstoles no tuviese sinó esta excelencia sola, seria preferible á la doctrina de los sábios de la antigüedad; porque éstos establecieron sus dogmas sobre el principio de la fuerza y de la razon; aquéllos fundaron la suya sobre el principio de la flaqueza y perversidad del corazon humano: éstos intimaron preceptos, excitaron ideas, comunicaron luces: aquéllos predicaron un Dios legislador, vengador, remunerador: de suerte, que los sábios solamente hablaban al entendimiento: los apóstoles cultivaban y obraban en el corazon, sembrando en el alma unas inclinaciones á la virtud, contrarias á los incentivos del vicio; despertando pasiones, para explicarme así, de órden y de justicia, que combatiesen contra las pasiones de desórden y de prevaricacion, haciendo que el interés y el amor propio que perturban la sociedad, fuesen contrarestados por otro amor propio, y por otro interés superior y prepotente.

El cristiano, decia San Pablo, no tiene necesidad para ser bueno, justo, veraz y fiel, de los escasos auxilios que suministran á la virtud las esperanzas humanas. Obedeced á vuestros superiores, aunque sean soberbios, extravagantes é ingratos, pues Dios os remunerará los servicios que ellos no os premien: no alteren vuestra paciencia los más juntos sentimientos, pues aquel Dios, cuyo ejemplo seguís, os reconocerá por imágenes suyas, y en pago de las fervorosas oficiosidades de vuestra caridad, experimentareis en vuestras almas los más dulces cariños de su amor; no dudeis de anteponer la probidad á la fortuna, y estad seguros que llegareis á una fortuna todavía más elevada, pues el cielo os concederá con ventaja lo que el mundo os haya negado; y porque el miedo influye con mayor fuerza en el corazon humano que la esperanza, la Religion manifiesta á los hombres, que las pasiones que perturban la tranquilidad pública, se convierten tarde ó temprano en su propio verdugo.

En circunstancias críticas, en coyunturas peligrosas, ¿quién se mantiene firme? ¿quién no cae? El varon recto, que se alimenta del espíritu de las verdades de la Religion; el que vive plenamente



persuadido de que todos los bienes temporales no resarcen la pérdida de los eternos. Este, éste no cae; pero ¿qué digo? este mismo hombre, sin embargo de su fe viva y firme religion, flaquea, y se rinde muchas veces: ¿qué hará pues el que no la conoce? ¿qué fortaleza podrá suministrar á su virtud la razon?

Esas máximas de una razon recta y sana, esas ideas de órden, de justicia; esa aficion á la virtud y á la probidad, que solo llegan á entender y sentir con lo más delicado, con lo más perspicaz del entendimiento humano; esas impresiones tan suaves, tan gratas, tan delicadas y casi tan imperceptibles, que solo llegará á sentir quien esté dotado de un tacto intelectual finísimo; ¿causarán en una alma comun tal conmocion, que baste á debilitar y amortiguar la vehemencia de las pasiones?

Sigamos el hilo de nuestras historias, y hallaremos que la probidad se ha perdido al paso que la fe; el hombre de bien al paso que el cristiano; que los tiempos que en nuestros fastos se notan como más sueltos y libres en punto de creer, fueron siempre los tiempos de mayor depravacion de costumbres: y sin retroceder á los siglos pasados, si ahora se observa tan poca modestia en los jóvenes, tan poca vergüenza en las mujeres, tan poca equidad en los tribunales, tan poca fidelidad en el comercio, tan poca honra y desinterés en los nobles; si la virtud amedrentada y fugitiva apénas halla un asilo seguro en el santuario, ¿no es porque en el Cristianismo han quedado ya pocos cristianos? ¿Dónde encontrareis más vicios que en los que hacen más ostentacion y pomposo alarde del nombre de sábios y filósofos? Considerad á esos hombres de discursos tan profundos, de literatura tan vasta, tan exquisita, tan amena; ¿no puede decirse de muchos de ellos, que para abatir su divina Majestad su soberbia, ha permitido que como los otros filósofos, de quienes habla San Pablo, caigan en las fragilidades más ignominiosas, miserables emulaciones, maledicencias, calumnias; sátiras, sin guardar ningun decoro; fraudes, imposturas, partidos, conjuraciones, amistades falsas, ódios crueles, sórdido y bajo interés, gustos singulares y antojadizos? toda su decantada razon se ha trasladado y sumido en su ingenio: no hay ni vestigios de ella en su corazon, ni en su conducta: pretenden ser más que cristianos, y quedan reducidos á ménos que hombres. Insulten ya, pues, la Religion, desprécienla, vilipendíenla; pero tengan entendido, que la dejan vengada con la soltura escandalosa de sus costumbres; y que el cristiano ménos digno de serlo, no puede desenfrenarse tanto, que llegue á ser tan idiota como esos sábios y filósofos libertinos.

Os he manifestado que solo el cristiano es hombre de bien: veamos ahora como para ser verdadero cristiano no basta ser hombre de bien segun el mundo.

2. Las virtudes que aconseja é intima el Evangelio son más elevadas en su perfeccion que las virtudes de la probidad. Sé muy bien, hermanos mios, que de la Religion le proviene al hombre todo el mérito y todas las calidades de la probidad humana; pero procedamos con cautela, y siguiendo el precepto del Apóstol, consideremos con atencion la excelencia de la gracia por cuyo medio somos llamados á Jesucristo; *videte enim vocationem vestram* (I. AD COR. I. 26). Un buen padre, un buen amo, un buen amigo, un buen magistrado, un buen ciudadano, todo esto lo es un cristiano; pero si no pasa de aquí, todavía no posee las virtudes del Cristianismo; porque á estas prendas que pide el mundo, añade el Evangelio otras virtudes que ni el mundo pide ni conoce: virtudes en fin mucho más elevadas en su perfeccion, ora se considere el cristiano de parte de la razon, ora se considere de parte del corazon y de las costumbres. De parte de la razon, porque toda la sabiduría y circunspeccion del hombre de bien se reduce á no gobernar sus juicios por la regla de sus preocupaciones y pasiones; á no decidir sinó despues de un maduro exámen, de una averiguacion diligente; á no creer sinó lo que ve; pero la circunspeccion y sabiduría del cristiano le dicta y le enseña á reconocer una razon superior á la razon humana, á contentarse con los motivos de credibilidad, sin solicitar ver lo que cree: averiguaciones, estudio, luces, noticias, á esto se reduce el sábio del mundo: ingenuidad, sencillez, obediencia, sumision, humildad, ved lo que constituye al sábio del Evangelio: el sábio del mundo es un hombre sobre quien la razon ejerce su imperio: el sábio del Evangelio es un hombre en quien la fe domina á la razon. No tiene la ley de Dios carácter más expreso, ni más cierto para distinguir el Evangelio de todo lo que no es Evangelio, que la obediencia y sujecion del entendimiento. Las demás leyes tienen por fin sujetar la razon á la fe: de donde se sigue, que luego que un hombre sacude el yugo de la autoridad y de la sumision, deja ya de ser cristiano, y solo queda en él lo filósofo; de modo que la doctrina del Evangelio como más estrecha y más rigurosa quita al entendimiento la libertad que le dejaba la doctrina de la probidad: y ¿pensareis ahora que será más benigna y tratará con más blandura las inclinaciones, los afectos y deseos del corazon humano?

¡Ay, amados oyentes mios! esas virtudes de la probidad natural, no son, ni lo parecerán nunca, virtudes verdaderas comparadas con las virtudes Evangélicas. El hombre de bien es un hombre cuya ambicion no se presta ni á las vergonzosas adulaciones, ni á las viles envidias, ni á las horribles calumnias, ni á la falsa política; pero el cristiano es un hombre que no aspira por sí á las honras y dignidades, ni las pretende y consigue sinó en cuanto se las facilita su nacimiento, en cuanto se las proporcionan sus talentos, se las ofrecen las coyunturas y circunstancias, y en cuanto le obliga á admitirlas la autoridad ajena: un hombre que tiene más temor á los peligros que corre en ellas la virtud, que amor á la pompa y lucimiento que las acompaña. El hombre de bien desprecia el fausto, la altanería, los desdenes, el egoismo y la dureza de la grandeza y de la opulencia; pero el cristiano no lo es verdadero sinó en cuanto es humilde entre las dignidades más altas, y pobre y desprendido en medio de las riquezas. El hombre de bien sabe refrenar la pasion del ódio, reprimir sus afectos; pero el cristiano no conoce enemigos, y con la llave de oro de la caridad tiene cerradas las puertas de su corazon para no dar entrada en él al ódio, amando todo lo que ama Jesucristo. ¿Qué os diré, finalmente, y para qué llevaré adelante este paralelo? Humildad, penitencia, abnegacion de sí mismo, amor al silencio y á la oracion, leccion espiritual, frecuencia de sacramentos, y otras muchas virtudes que no conoce el mundo; si vosotros no las deseais, si no las poseeis todas ellas, ¿qué sois ni qué pensais ser delante de Dios? Entended que no sois más que sábios de la tierra, y justos segun el mundo; pero justos del cielo, ni destinados para el cielo, no lo sois, ni lo sereis jamás: es verdad que llevais el nombre de cristianos, y profesais su ley; pero careceis de su espíritu: y como no conoceis á Jesucristo, tampoco él os querrá conocer á vosotros; y pues vuestra virtud es conforme la pide el mundo, que él os la remunere: porque el Evangelio pide virtudes más sublimes en su perfeccion, y virtudes más sólidas y más interiores en su principio.

No hay cosa que tenga ménos conformidad con las virtudes verdaderamente cristianas, que las falsas virtudes del mundo: esas virtudes, digo, vanas y superficiales, de ostentacion y de perspectiva; esas virtudes afectadas y dictadas por el respeto humano; esas virtudes propias de unas acciones y de una conducta limitada á lo exterior, y que constituyen por lo comun todo el mérito del hombre de bien: virtudes con que el mundo se contenta, porque él no vé el corazon, y con que debe contentarse, porque á él le basta nuestro modo de proceder por no necesitar de nuestros afectos para su felicidad. Ello es innegable, segun el Evangelio, que la virtud debe pasar desde lo interior á lo exterior: y así, si una alma de las que con tanta frecuencia

se hallan, dotada por otra parte de suficiente luz para conocer el pecado, de suficiente temor para detestarle y consternarse, de suficiente rectitud para reprobarle, de suficiente sinceridad para reprenderle en sí; si esta alma careciese, por otra parte, de la debida vigilancia para apartarse de él, y de la fortaleza conveniente para resistirse á sus halagos; sus temores, sus deseos, sus remordimientos, no solo no la justificarian, sinó que agravarian su malicia por la resistencia á tantas luces y á tantas gracias. Con que se ve aquí la necesidad de que la virtud y piedad cristiana se trasluzca y derrame exteriormente, que salga del corazon, que habite en el corazon: principio fundamental de nuestra Religion, principio sentado é inculcado tan repetidamente en las sagradas Escrituras, que es imposible que nadie le ignore. Lo que se ignora ciertamente, lo que muchas veces no quieren saber los hombres, es: que no hay cosa más rara que esta virtud interior; y que en la muchedumbre de tantos hombres que parecen cristianos en las costumbres, apénas se hallan algunos que sean cristianos.

¿Es con efecto virtud de corazon esa virtud, que ni muda, ni reforma, ni destruye nada en el corazon; que deja al génio todos sus ímpetus, á la vanidad todos sus desahogos, á la ociosidad toda su indolencia, á la soberbia todas sus altiveces, al amor propio todos sus resentimientos y delicadezas; virtud, en fin, que deja al hombre en contínua ociosidad para con Dios? Una alma verdaderamente herida del amor divino siempre anda desasosegada y con temor de desagradarle; siempre solícita y ansiosa, léjos de excusar las ocasiones de obrar y de sufrir por Jesucristo, solo se queja de que no se le ofrezcan más: dócil siempre y fiel á los menores influjos de la gracia, las faltas más leves la consternan y provocan á lágrimas. Pregunto ahora; ¿es virtud de corazon esa virtud que se acobarda con tanta facilidad, que se fastidia tan apresuradamente del servicio de Dios?

¿Llamaremos virtud de corazon esa virtud, que tanto estudio pone en distinguir aquello que es de consejo de lo que es de precepto, aquello que solo llega á entibiar el amor de Dios, y no á provocar indignacion? de modo que el hombre no tanto se propone amar á Dios, como no condenarse. Pues esa es ya virtud, me direis. Es verdad: pero ¿qué virtud? ¿quereis que os la explique? Una virtud adquirida á fuerza de reflexion, de arte, de estudio: una virtud de razon, que tiene osadía para guardar un como medio entre Dios y el mundo, entre Jesucristo y las pasiones, entre la naturaleza y la gracia: que coarta los derechos de la Religion, que le pone y señala términos y limita su jurisdiccion: una virtud en fuerza de la cual sacrificará el hombre los afectos groseros, y aún las inclinaciones más delicadas y propensiones más lisonjeras; perdonará y exceptuará del sacrificio las más idolatradas aficiones: y con tal que conserve lo que se llama el tronco y lo sustancial de la Religion, con tal que no incurra en ciertos pecados cuya enormidad no alcanza á disimular ni á cohonestar ninguna sutileza, nada teme ni cree que hay nada que temer. Una virtud, en fin, hija del amor propio, que lleva toda el agua á su molino, por explicarme así, que en todo se busca á sí misma, que nada le duele la causa de Dios cuando no está conexa con su conveniencia propia. Virtud, si quereis, y no me opongo, que tendrá su asiento en el corazon; pero yo os digo que solo está allí como una esclava, que sufre la servidumbre de todas las inclinaciones y apetitos del corazon; de modo que el corazon gobierne y dé leyes á la virtud, y no la virtud al corazon: de donde se seguirá, que siendo el hombre riguroso y observante en ciertos artículos, será libre y relajado en otros puntos acaso más sustanciales: que culpará en sí lo que podria ser digno de perdon, y se disimulará lo que no debiera tener por lícito: seguiráse tambien de aquí, que los vicios que más provocan al cielo, y más escandalizan la tierra, serán calificados de virtudes y aún tenidos por virtudes verdaderas luego que el corazon los apruebe y apadrine. Así, una alma indómita y vanagloriosa vivirá muy contenta y satisfecha con sus dictámenes errados y pertinaces; una alma bulliciosa é iracunda, con sus prontitudes y arrebatos; y una alma maliciosa, con sus sospechas, con sus chismes, con sus maledicencias; y de aquí se seguirá finalmente, que aunque un hombre tuviese todas las virtudes á juicio del mundo, ¿qué le aprovechará delante de Dios, para quien no hay verdadera virtud sinó la que domina, sujeta y prevalece en el corazon? Luego, la virtud Evangélica es una virtud más verdadera y más interior que la probidad mundana: y es además de esto una virtud más universal, más llena, más entera, y más extensiva.



Y hemos llegado á un punto sobre que debe el hombre explorar con suma diligencia los caminos de su corazon, y examinar su conducta; porque ya se entrega á Dios, ya se aparta de él; ya es cristiano, ya no lo acaba de ser; ya ejemplar y modesto, pero vano y soberbio: tal vez cumple con muchas obligaciones, pero no cumple sin embargo con todas, y como omite algunas, nada vale muchas veces cuanto ejecuta. En el cristiano deben hallarse todas las virtudes: celo templado con afabilidad; humildad animada por el esfuerzo; intrepidez, cuyos brios modere y abata la humildad; temor alentado por el amor: fervor avivado y enardecido por el temor; oracion á

la que suceda el trabajo; trabajo interrumpido por la oracion; modestia que no solicite la aprobacion de los hombres; generosidad que desprecie sus aplausos y juicios; caridad que se entregue toda á las necesidades del prójimo y á conservar la paz en el mundo, fortaleza para resistirse á los halagos de los deleites.

¿Pues qué? me direis; ¿es preciso que todo cristiano haya de ser perfecto? No por cierto: pero está obligado á aspirar á la perfeccion de su estado, segun su vocacion, y segun la abundancia de gracias que ha recibido. Y pregunto: ¿qué es aspirar el hombre á la perfeccion, sinó andar solícito por evitar las ocasiones de pecar, por hacer guerra á los apetitos, por desarraigar las malas inclinaciones que malogran en nosotros los influjos de la gracia? La verdadera virtud no sufre defectos, aunque es verdad que los tiene. Tiene defectos que la humillan, que la avergüenzan, que la contristan, que la afligen: defectos, en fin, que ella procura continuamente moderar, corregir, destruir: y así, el hombre todavía no es perfecto en sus costumbres, y ya lo es en los deseos; practica todas las virtudes; pero podemos decir que ya las posee por el estudio continuado y especial esmero que pone para adquirirlas: de modo que á este celo y hambre de la perfeccion no resta más que añadir la pureza y desinterés en los fines y motivos.

Y no entiendo aquí un desinterés semejante al de la virtud y probidad mundana: desinterés falso é hipócrita, que solo hace ostentacion de sí para que le juzguen por más digno y acreedor de todas las cosas, afectando con una engañosa generosidad que no pretende nada: desinterés dictado por la vanidad y soberbia, que si desprecia la fortuna, es para solicitar la vanagloria; desinterés de amor propio más ingenioso y fino, que no solicita el concepto y aplausos de los hombres, porque se saborea con el aplauso interior y fruicion propia, con que por su mano se cobra y recibe el premio de sus virtudes. Entiendo pues un desinterés verdadero y sincero, un desinterés general y universal, un desinterés tan libre de amor propio como de ambicion.

Cuando obra el hombre por el mundo, ó para sí mismo, no busca á Dios verdaderamente; y así no le halla: ¿cuántas virtudes no naufragan todos los dias en este escollo? Introdúcese imperceptiblemente en las obras más santas el activo veneno de la vanagloria y del amor propio, y lo que el alma habia empezado por Dios, lo continúa y acaba para sí mismo! La verdadera virtud consiste en olvidar á los hombres, y en desear ser olvidado de ellos. Si deseamos que el mundo piense en nosotros, es indicio de que nosotros pensamos mucho



en el mundo; y quien desea ser estimado de él, manifiesta que todavía le estima y le ama.

¡Dichoso, oh Dios mio, el hombre humilde, que camina por sendas apartadas del bullicio del mundo, donde solo os ve á Vos, ni es visto de otro que de Vos! No hay enemigo más cruel que un mundo adulador y halagüeño, que con sus caricias mata, y con su ódio y ultrajes vivifica. El mayor favor, Señor, que podeis hacer á un hombre generalmente aplaudido de virtuoso, es permitir que sea humillado, para que, desengañado del mundo, solo aspire á ser vuestro en este mundo, para serlo eternamente en el cielo! Así sea.

---

# REVELACION.

## (LA)

*Pater... verba quæ dedisti mihi, dedi eis; et ipsi acceperum et crediderunt quia tu me misisti.*

Padre, las palabras que me habeis dado, yo las he transmitido; ellos las han recibido y han creido que vos me habeis enviado.

(JOANN. XVII, 8.)

La religion es el vínculo necesario, indispensable á la vida de toda sociedad, ora se considere á ésta en su infancia, ora se la estudie en el transcurso secular de su existencia. Todos admiten y convienen en que no ha habido, no hay, ni habrá jamás pueblo, tribu, ni familia, sin altar y sin Dios.

Lo esencial para la constitucion de un pueblo, una tribu, una familia, es el conjunto de los vínculos que la unen estrechamente á los individuos que la componen en el órden del espíritu y en el de la materia: los vínculos morales y los vínculos físicos son indispensables á la vida, á la grandeza y á la prosperidad de las sociedades.

De todos los vínculos morales, el que ocupa el primer lugar preferente, el que domina, crea y vivifica á los otros, es incontestablemente el vínculo sagrado de la Religion: su nombre venerable brilla al fren-

la que suceda el trabajo; trabajo interrumpido por la oracion; modestia que no solicite la aprobacion de los hombres; generosidad que desprecie sus aplausos y juicios; caridad que se entregue toda á las necesidades del prójimo y á conservar la paz en el mundo, fortaleza para resistirse á los halagos de los deleites.

¿Pues qué? me direis; ¿es preciso que todo cristiano haya de ser perfecto? No por cierto: pero está obligado á aspirar á la perfeccion de su estado, segun su vocacion, y segun la abundancia de gracias que ha recibido. Y pregunto: ¿qué es aspirar el hombre á la perfeccion, sinó andar solícito por evitar las ocasiones de pecar, por hacer guerra á los apetitos, por desarraigar las malas inclinaciones que malogran en nosotros los influjos de la gracia? La verdadera virtud no sufre defectos, aunque es verdad que los tiene. Tiene defectos que la humillan, que la avergüenzan, que la contristan, que la afligen: defectos, en fin, que ella procura continuamente moderar, corregir, destruir: y así, el hombre todavía no es perfecto en sus costumbres, y ya lo es en los deseos; practica todas las virtudes; pero podemos decir que ya las posee por el estudio continuado y especial esmero que pone para adquirirlas: de modo que á este celo y hambre de la perfeccion no resta más que añadir la pureza y desinterés en los fines y motivos.

Y no entiendo aquí un desinterés semejante al de la virtud y probidad mundana: desinterés falso é hipócrita, que solo hace ostentacion de sí para que le juzguen por más digno y acreedor de todas las cosas, afectando con una engañosa generosidad que no pretende nada: desinterés dictado por la vanidad y soberbia, que si desprecia la fortuna, es para solicitar la vanagloria; desinterés de amor propio más ingenioso y fino, que no solicita el concepto y aplausos de los hombres, porque se saborea con el aplauso interior y fruicion propia, con que por su mano se cobra y recibe el premio de sus virtudes. Entiendo pues un desinterés verdadero y sincero, un desinterés general y universal, un desinterés tan libre de amor propio como de ambicion.

Cuando obra el hombre por el mundo, ó para sí mismo, no busca á Dios verdaderamente; y así no le halla: ¿cuántas virtudes no naufragan todos los dias en este escollo? Introdúcese imperceptiblemente en las obras más santas el activo veneno de la vanagloria y del amor propio, y lo que el alma habia empezado por Dios, lo continúa y acaba para sí mismo! La verdadera virtud consiste en olvidar á los hombres, y en desear ser olvidado de ellos. Si deseamos que el mundo piense en nosotros, es indicio de que nosotros pensamos mucho



en el mundo; y quien desea ser estimado de él, manifiesta que todavía le estima y le ama.

¡Dichoso, oh Dios mio, el hombre humilde, que camina por sendas apartadas del bullicio del mundo, donde solo os ve á Vos, ni es visto de otro que de Vos! No hay enemigo más cruel que un mundo adulador y halagüeño, que con sus caricias mata, y con su ódio y ultrajes vivifica. El mayor favor, Señor, que podeis hacer á un hombre generalmente aplaudido de virtuoso, es permitir que sea humillado, para que, desengañado del mundo, solo aspire á ser vuestro en este mundo, para serlo eternamente en el cielo! Así sea.

---

# REVELACION.

## (LA)

*Pater... verba quæ dedisti mihi, dedi eis; et ipsi acceperum et crediderunt quia tu me misisti.*

Padre, las palabras que me habeis dado, yo las he transmitido; ellos las han recibido y han creido que vos me habeis enviado.

(JOANN. XVII, 8.)

La religion es el vínculo necesario, indispensable á la vida de toda sociedad, ora se considere á ésta en su infancia, ora se la estudie en el transcurso secular de su existencia. Todos admiten y convienen en que no ha habido, no hay, ni habrá jamás pueblo, tribu, ni familia, sin altar y sin Dios.

Lo esencial para la constitucion de un pueblo, una tribu, una familia, es el conjunto de los vínculos que la unen estrechamente á los individuos que la componen en el órden del espíritu y en el de la materia: los vínculos morales y los vínculos físicos son indispensables á la vida, á la grandeza y á la prosperidad de las sociedades.

De todos los vínculos morales, el que ocupa el primer lugar preferente, el que domina, crea y vivifica á los otros, es incontestablemente el vínculo sagrado de la Religion: su nombre venerable brilla al fren-

te del magnífico edificio social, y ninguno osaria penetrar en él sin reconocerle y saludarle.

Pero ¡cuántas religiones diversas se disputan el imperio de los corazones! ¡Cuántos siglos han sido testigos del nacimiento de nuevas creencias! ¡Cuántos pueblos han levantado altares y templos rivales sobre la instable superficie de la tierra! Y la conciencia, espantada, se pregunta: ¿dónde está la verdadera religion, dónde el culto verdaderamente divino, dónde, en fin, el altar que el mismo Dios ha designado para los sacrificios? ¿Cual será el hilo conductor que la guíe en el inextricable laberinto de símbolos y creencias de la humanidad? ¿Por qué medio podrá decir con certidumbre, al encontrar la verdadera religion: *esta es*?

Ese medio, hermanos mios, vosotros lo conoceis, es la revelacion: y para fortalecer vuestras conciencias en la posesion de tan precioso tesoro, voy á desenvolver ante vosotros estas dos grandes verdades: 1.ª la revelacion es necesaria; 2.ª la revelacion es un hecho probado. *Ave María.*

1. Al comenzar este discurso, mi tarea no es difícil. Si pregunto por la necesidad de la revelacion, todos los pueblos, del uno al otro polo, y á través de las edades, me prestan su testimonio imponente, y unánimes protestan contra la religion llamada *natural*, esto es, no revelada.

Esta religion natural de que hablan algunos pensadores, no ha mostrado jamás sus templos, ni sus sacerdotes, ni sus altares. Ninguna epoca, ningun pueblo ha practicado, reconocido ni proclamado esta religion innominada. Al contrario, todas las religiones se apoyan en el hecho sobrenatural de la revelacion; todas se presentan á la adhesion, al fervor y al amor de los creyentes, con el carácter de religion revelada. Por otra parte, los pensadores, que patrocinan esta religion natural, no han podido, hasta el presente, ponerse de acuerdo respecto á su esencia: al tratar de definirla, todos difieren, tanto en la forma, como en el fondo, sin que haya de comun entre ellos otra cosa que la audacia y el encarnizamiento con que mútuamente se desmienten y combaten.

Se ha citado, á veces, esta invocacion tan conocida de Rousseau: «*¡Conciencia! ¡Instinto divino! ¡Voz celeste é inmortal...! á ti se debe la excelencia de la naturaleza, y la moralidad de las acciones del hombre; sin ti, no conozco nada que me eleve sobre los demás animales, sinó es el triste privilegio de extraviarme de error en error, con el auxilio de un entendimiento sin regla y de una razon sin principios...*» Bellas palabras,



no lo niego; pero la conciencia necesitá una antorcha que ilumine sus pasos, una voz de lo alto que la dicte los oráculos eternos. ¡Ah! lo decimos con toda seguridad; afirmar que la conciencia es la base exclusiva de la verdad, de lo bello y del bien, y que la religion debe reposar únicamente sobre ella, sin luz que la dirija, sin revelacion que la instruya, es abrir ancho camino á todos los desórdenes, á todos los errores.

Es preciso buscar otro carácter más verdadero, más decisivo, más incontestable; y como que fuera de la naturaleza y de la conciencia, no hay más que la revelacion transmitida, la autoridad divina descendiendo de lo alto, bien puedo y debo concluir, que la revelacion es un hecho necesario. Esto mismo habia entrevisto, y felizmente expresado un sábio de la antigüedad pagana: *La verdad*, dice Zoroastro, *no es planta de la tierra*. Efectivamente, entre las fuerzas repartidas y prodigadas por el Criador, no hay una sola que posea en sí misma la sublime energía de buscar, de descubrir la verdad. Así, en el noble y sério estudio de la generacion de ella en nuestras almas, cuanto más excudriñamos este hecho misterioso, tanto más le vemos desprenderse de los elementos humanos para reposar exclusivamente sobre el consentimiento, sobre la tradicion; en otros términos, sobre la revelacion.

Yo apelo á vuestra experiencia, á la experiencia personal de cada uno de vosotros. ¿No es cierto que desde vuestros primeros pasos en la vida, habeis comprendido que no existia en vosotros el génio de la verdad, sinó solamente la facultad de asimilárosla? ¿No es cierto que este es un hecho universal admitido y reconocido por todos? La verdad, ¿y quién osaría sostener lo contrario? la encontramos diseminada en el mundo: nos llega de todas partes, por mil conductos que la Providencia pone á nuestra disposicion, pero que ella se reserva fuera de nuestro alcance.

El primer trabajo del hombre, el que precede á todos, y que se le impone aún ántes de tomar posesion de la vida inteligente y moral, es el de asimilarse la verdad. Es una ley primordial, delante de la cual se inclinan todos los espíritus, todas las almas, todos los corazones; la suprema inteligencia de un Agustin, como el más modesto espíritu de un labriego: este fenómeno es un hecho probado.

Convenimos, se me dirá, en la evidencia irresistible de este principio, que el hombre no posee en sí mismo el orígen, la fuente de la verdad; pero la humanidad, ese sér colectivo, que no tiene edad y que nunca muere, del que es imposible indicar la infancia, la pubertad ni la vejez, la humanidad está, desde su cuna, en posesion de la verdad, de ese precioso tesoro que guardan sus manos eternamente

jóvenes. Sí, ciertamente, responderé á mis adversarios; sí, la humanidad posee el precioso tesoro de la verdad, y esta secular posesion es la causa de su fuerza y vitalidad, pues, si en algunos países, á través de los siglos, las pasiones humanas han logrado á veces envolver esta arca santa, en una nube de polvo que la ocultara á la vista, el tiempo ha dado un paso, y pronto la verdad triunfante ha aparecido resplandeciente de luz, entre las aclamaciones vengadoras de los pueblos. Pero este tesoro, este depósito, yo os pregunto, ¿á qué título lo conserva la humanidad en sus manos? ¡Ah! la humanidad misma ha contestado; es al mismo título, á la misma condicion que el individuo: nada más fácil de demostrar.

¿Qué es la humanidad? Es el conjunto de esos mismos hombres, la agregacion colectiva de esos mismos individuos cuya impotencia para la creacion de la verdad, acabamos de reconocer. Pues, la humanidad, compuesta exclusivamente de individuos de la raza humana, no puede producir nada fuera de ella, segun el principio absoluto, que *todo se produce aquí abajo, por el concurso de los elementos dados por el Criador*. Esto admitido, la fuerza generatriz de la humanidad es limitada, restringida; porque, no teniendo á su disposicion, en las individualidades que la componen, más que la facultad de conocer, de asimilarse, de difundir la verdad, esta humanidad así constituida, podrá, si quereis, multiplicar sus fuerzas, pero nunca llegará á crear la verdad. Puede y debe aprenderla, apropiársela; puede tambien desenvolverla, ora con magnificencia, ora con amor, ora revistiéndola de formas luminosas y espléndidas por el órgano de sus profetas, por la voz de sus génios, por la inspiracion de sus vates. Sócrates y Bossuet, Platon y Agustin, la harán brillar con maravillosa auréola; extenderán sobre sus hombros un manto de resplandeciente belleza; sus voces predestinadas para esta sublime mision, cantarán la verdad; mas, Dios solo habrá sido el divino revelador.

Además, los hechos justifican, y sin réplica, la evidencia de esta afirmacion. ¿Qué hay más sorprendente, por ejemplo, que el embrutecimiento de las razas que pueblan el interior de África y de América? Estos pueblos, privados de relaciones internacionales con las otras comarcas del globo, han dejado desaparecer las tradiciones, la enseñanza revelada á sus ascendientes: privados del génio sagrado de la civilizacion, extraños á los nobles trabajos del pensamiento, rebeldes á las laboriosas investigaciones de la ciencia, á las santas luchas de la emulacion universal, se hallan sumidos hoy en la más profunda ignorancia, y entregados á los más monstruosos desórdenes. Al contrario; los hijos de Europa y Asia, vigilantes guardianes del



depósito de la tradicion y de las luces de la verdad, no han cesado, á través de mil vicisitudes, de perfeccionarse. La civilizacion estableció su primer foco en la alta Asia; de allí desciende al Asia menor; cubre con sus maravillas, agita con sus generosas inspiraciones el suelo afortunado de la Grecia, las playas encantadoras de sus brillantes colonias: vedla despues en Roma; allí reina y manda: señora del mundo conocido, orgullosa de su dominacion universal, envía sus águilas victoriosas hasta las heladas regiones del Norte.

Tal fué, hermanos mios, ántes del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, tal es todavía, despues de la encarnacion del Verbo, la marcha constante de la verdad: viajera infatigable, cruza incesantemente los espacios; brillante cual una antorcha, como ésta pasa de unos á otros. Pero nunca el hombre la ha inventado, nunca la ha creado, no; nunca ni en ninguna parte. Si así no hubiera sido, el génio del hombre no hubiera esperado el hecho divino de la revelacion, y más de una vez los séres privilegiados hubieran hecho oir estas palabras: *Venid a mí, los que buscais la verdad! ¡ Vedla aquí! ¡Yo la he encontrado!* La sinceridad humana no ha tenido jamás este lenguaje, y la buena fe secular de las generaciones jamás lo ha oido.

Aún voy más léjos, y por dichoso me tendré si consigo, con mis reflexiones, difundir y fortalecer la luz en vuestras almas.

Admitamos, por un momento, que la humanidad, en un dia, en una hora determinada, hubiera encontrado la verdad: para verificar el hecho, remontemos el curso de los tiempos, pues la verdad nos aparece desde el orígen de las sociedades, al umbral de los patriarcas, bajo las tiendas de las tribus nómadas. Es preciso que sin desalentarnos, penetremos muy léjos en las profundidades de los siglos. Por fin, hemos llegado á la generacion madre, á la generacion privilegiada, á aquella que, por una intuicion sublime, ha visto, ha proclamado la verdad. Pero no; ni la historia, ni la crítica, ni la ciencia autorizan esta suposicion gratuita. Ellas no admiten, y vuestra razon no admitirá tampoco, que una generacion humana, desde el orígen del mundo, haya podido estar armada de otro poder que el poder de las generaciones que la han precedido ó seguido. No; esta generacion, poco importa su siglo, su duracion, su fuerza y su gloria, no habrá sido compuesta sinó de hombres como nosotros, dotados de esta facultad admirable que el Criador nos otorga, de comprender, de asimilarse, de difundir á lo léjos la verdad. ¡Oh! como los hombres de hoy, los de ayer y los de todos los tiempos, han sufrido esta ley ineludible de nuestra naturaleza, esta ley que nos hiere de una im-

potencia radical y absoluta para crear la verdad, para hacerla brotar llena de vida del cerebro del hombre.

De lo expuesto se deduce, que un Sér superior, é independiente de la humanidad, ha debido revelar el problema y la solucion de la verdad religiosa. Este Sér, á quien el universo ha conocido, oido y adorado; este Sér, cuyo nombre pronunciamos llenos de fe y de amor, es Dios! Anatema pues, á las doctrinas materialistas, ó hipócritas, que se esfuerzan en deificar la debilidad humana, prestándola una fuerza y un poder que nunca ha tenido, que nunca tendrá, y digamos con la Iglesia: Dios *ha revelado la verdad al hombre.*

La razon, no ménos victoriosamente que la historia, va á confirmarnos en el hecho de la revelacion divina.

Hemos dicho, que la verdad le habia sido revelada al hombre desde la cuna del mundo, y esta revelacion recibió su más perfecto cumplimiento cuando Dios hizo descender el Verbo sobre la tierra: el hecho misterioso del Verbo divino, comunicándose á la naturaleza humana, arrojará nuevas luces sobre el dogma de la revelacion.

La palabra es la expresion sensible del pensamiento: para hablar, es indispensable saber pensar: el sordo-mudo, que carece de pensamientos y solo percibe las imágenes, se halla, por este hecho, privado de la palabra, y sus lábios no sabrán articularla hasta el dia en que el pensamiento vibre en su espíritu. Pero bien examinado, el pensamiento no es, en realidad, otra cosa que una *palabra interior*, íntima, que resuena en el fondo de nuestras almas. El espíritu que piensa es un espíritu que se habla á sí mismo, que reproduce dentro de él las imágenes que el mundo exterior le presenta. Esta verdad, puramente racional, ha sido notada por las más grandes inteligencias: un contemporáneo la expresa admirablemente con este conciso axioma: *el hombre debe pensar sus palabras ántes de pronunciar su pensamiento.* Mucho ántes que él, Platon, el divino Platon, como le llama Sto. Tomás de Aquino, habia dicho: *el pensamiento es el discurso que el espíritu se dirige á sí mismo.* La lengua de los pueblos ha consagrado con su imponente autoridad este principio de los sábios: *el hombre*, han dicho los hebreos, *es un alma que habla:* los griegos, para expresar la palabra, ó el pensamiento, se servian indistintamente del mismo término *logos:* los latinos reunieron dos palabras significativas para expresar la inteligencia, *intris legere*, es decir, *leer en el interior*: y, en fin, el Evangelio, el libro por excelencia, dá el nombre de palabra al pensamiento divino, llamándole *Verbo.* Ahora bien; este Verbo, este pensamiento interior, esta palabra íntima del



alma, no es, no puede ser invencion humana. Las pretensiones de los adversarios de la revelacion no han ido tan léjos, no han llevado su audacia hasta la insensatez de revindicar como obra terrestre la invencion del pensamiento. *Sí*; han exclamado ante la evidencia; *sin revelador divino, el alma permanece sumida en profundo letargo; sus facultades quedan estériles, sin vida. El alma está pronta, esperando el soplo vivificador, como la tierra para recibir en sus abiertos surcos, la semilla arrojada por la mano del labrador.*

Dios ha debido, pues, revelar su eterna verdad: su palabra victoriosa ha iluminado las profundidades del alma, para hacerla admirar los esplendores de su ciencia, y su Verbo ha dado la palabra á los lábios para que puedan expresarlos. Dios, en su comunicacion con el alma, le ha revelado su nombre, su esencia, su amor, su justicia, su santidad, su verdad, en una palabra, la religion.

No sé, hermanos mios, si he expuesto con suficiente claridad, la fuerza de esos argumentos; por mi parte, confieso ingénuamente que me parecen sin réplica. En efecto, si Dios no hubiera hablado al alma de Adan, esta alma no se hubiera reconocido por sí misma, y aún esperaria la palabra divina para salir de su letargo. Además, esta primera revelacion del Paraíso, nos aparece como el complemento de la creacion, como el soplo inspirador que debia difundir en esta bella estancia del mundo, la vida moral y sus glorias, la vida intelectual y sus grandezas. ¿Será preciso añadir, que el Criador no necesitaba renovar en cada alma, en cada hijo de Adan, esta sublime revelacion hecha al primer padre? En su persona, Dios la confiaba, como un depósito sagrado, á la humanidad entera, y las generaciones tuvieron el deber de trasmitírsela fielmente las unas á las otras, como se trasmiten con la vida del alma, la vida del cuerpo y de los sentidos.

Si de la palabra que expresa, canta y difunde la verdad, pasamos á examinar la naturaleza de ésta, encontraremos una última y nueva prueba, una fuerza más viva que aplicar á nuestras demostraciones sobre la necesidad de la revelacion.

Está fuera de toda duda, que la verdad religiosa descansa sobre creencias esencialmente sobrenaturales: así, los principales puntos de su enseñanza son: el conocimiento de un solo Dios y tres personas distintas, la inmaterialidad del alma y su destino inmortal; las relaciones precisas y reales que el Criador ha establecido entre él y el hombre, su criatura; y, en fin, los misterios tan conmovedores y profundos de la Encarnacion y de la Redencion. A estos dogmas fundamentales, podríamos muy justamente añadir otros; pero éstos nos

bastarán para explicar el carácter, la naturaleza y la esencia de la verdad religiosa.

Lo que sorprende desde luego en ella, es: una elevacion, una sublimidad que la razon humana, reducida á sus propias fuerzas, no puede nunca alcanzar. Es evidente; estas creencias no son, no pueden ser un producto, una creacion de la tierra. El mundo y la naturaleza guardan profundo silencio respecto á ellas, y la razon no posee la clave de sus misterios; los instrumentos necesarios para sondear tales profundidades, ó elevarse á sus alturas infinitas, le faltan en absoluto. Abandonada á sí misma para profundizarlas, para explicarlas, la razon humana se turba, titubea, y concluye por sufrir su humillante derrota, en un silencio que encubre apénas esta confesion: NADA SÉ. Vencida en este ímprobo trabajo, la razon se ve obligada á reconocer que las verdades le llegan de un mundo superior, de una fuerza que no es la nuestra, de un imperio que domina el imperio de los hombres. Es de allí, de esa altura misteriosa, de donde la revelacion y el conocimiento de los sagrados misterios le han llegado: es de la viva eternidad, de donde Dios ha hecho brotar la luz, que no ha cesado, desde entónces, de alumbrar la razon y la conciencia. Y notad esto, que el hecho de la revelacion primitiva, no altera en nada las prerogativas de la razon, ni las incomparables facultades de la inteligencia, no: Dios no ha olvidado en el hombre los dones que su mano creadora habia tan liberalmente depositado en él; pero la razon, ese rayo del alma, necesitaba para distinguir los objetos, que, le llegara una luz fecunda de los esplendores del Sol de justicia y de verdad. Entónces, hermanos mios, la razon, presa de un santo éxtasis á la vista de las magnificencias de la verdad divina, empezó por un conmovedor preludio que embelleció la deliciosa morada del Eden, ese concierto de fe y de amor, que ha continuado á través de los tiempos. Ella unió la revelacion á las facultades del espíritu humano con misteriosos vínculos, sintiendo una ventura extraordinaria al ver que la posesion de la verdad, fortificaba sus propios principios, aumentaba las armonías de la bella y generosa naturaleza. Esta alianza de la revelacion con la razon, esta union sagrada de la verdad divina con el hombre, es la que ha producido en el curso de las edades la noble marcha de los pueblos hácia el bien, la poderosa aspiracion de los corazones hácia la belleza infinita, el valor sobrenatural de los mártires en frente de la hoguera, sobre la arena ensangrentada de los circos, en el momento, mil veces bendecido, de derramar su sangre, de dar su vida, con el triple carácter de sacerdotes, apóstoles y hostias radiantes de la fe en la revelacion.



Al contrario, la separacion de Dios revelador y el hombre sublevado contra él, la lucha impía, parricida, entre los poderes divino y humano, ha producido en el seno de las sociedades las aberraciones más vergonzosas de la razon humana; ha sido el orígen funesto de desórdenes, de pasiones, de guerras fratricidas que han manchado y profanado el mundo, teniendo, durante largos siglos, agitada sobre su cabeza la tea ardiente de las revoluciones. Por esto decia Malebranche, á la vista de las desgracias con que la razon separada de la fe, amenazaba constantemente la seguridad de los pueblos: *Si para guiarme, no tengo delante de mi la antorcha de la revelacion, no me atrevo á avanzar en mi camino por el temor de precipitarme en los abismos.*

Los hechos y los acontecimientos de la historia, vienen á confirmar estas deducciones. Hé aquí lo que nos enseñan los anales de la humanidad. Cuando los pueblos se hallaban en su cuna, en el orígen del mundo, en los tiempos próximos á la creacion, la religion se deja ver con su órden supremo, su noble sencillez y su incomparable pureza. Solo más tarde, con lentitud y de una manera visiblemente graduada, fué cuando las pasiones del hombre, la debilidad de su espíritu y los desfallecimientos de su corazon, alteraron desde luego y despues reemplazaron sacrílegamente las verdades y creencias primitivas, por las obscenas doctrinas de la idolatría, y las ceremonias vergonzosas de la supersticion. Todas las artes estaban todavía en su infancia, el progreso se anunciaba apénas en la via de la civilizacion, los pueblos parecian hallarse aún en su punto de partida, y ya el espíritu humano se mostraba acostumbrado á seguir con sublime vuelo la ley divina, que, sobre sus alas, arrastraba las almas hácia las alturas celestiales. Como el águila fija su poderosa pupila sobre el disco ardiente del sol sin ser ofuscada, así el espíritu humano contemplaba sin fatiga, en una inmutable serenidad, las radiantes verdades de un Dios revelador. Los lábios del hombre, no acostumbrados aún á las delicadezas ni á los recursos de la oratoria, encontraban para expresar su fe y su adoracion, frases que respondian á los grandes pensamientos de su alma, y creaban palabras dignas de ser repetidas por los ángeles en los cielos. Si se rechaza el hecho de la revelacion, si no se admite la intervencion divina en el conocimiento de la religion, ésta, la más elevada de todas las ciencias, cuyo estudio exige todas las facultades reunidas de la inteligencia, que excede en perfeccion y grandeza á cuánto las otras han producido de más imponente y magnífico; esta religion, repito, no debiera haberse mostrado la primera; y en lugar de preceder al progreso, hubiera

debido seguirle. Vosotros mismos hubierais podido reconocer su infancia, su desenvolvimiento, su perfeccion. Tal hubiera sido su marcha lógica, fatal. Pues bien, no! Ella abre la espaciosa carrera del progreso en las letras, en las artes y en las ciencias. Este no se produce todavía, y ella brilla ya con resplandeciente luz; ella, por su divina influencia, dirige los inseguros pasos de la humanidad por el desconocido camino de la gloria y del poderío. En una palabra, el mundo se halla todavía embarazado con sus lenguas, y ya la revelacion proyecta sobre él sus vivos fulgores, y dibuja sobre su frente una auréola luminosa, que aclama y publica su celestial orígen.

En fin, para concluir con la demostracion de la necesidad de la revelacion, me creo afortunado al invocar el testimonio respetable de los más sublimes génios, de las más grandes almas de la antigüedad; Sócrates, Platon, Pitágoras, Aristóteles, y más tarde su elocuente sucesor, el inmortal Ciceron. Todos ellos, no ménos que nuestros Ambrosios, Agustines y Jerónimos, han invocado la tradicion, han emprendido con ardor la ruda tarea de reanudar los hilos interrumpidos, y han cifrado su gloria en renovar la enseñanza primitiva de las creencias religiosas.

Tales son, hermanos mios, los motivos sérios, las razones poderosas que me permiten afirmar, sin temor de engañarme, que la revelacion sobrenatural de las verdades religiosas ha sido necesaria. Añado, que esta revelacion se ha verificado.

2. Nada más fácil, hermanos mios, que probar el hecho y el cumplimiento público, universal, de la revelacion. Desde luego, entre los libros históricos y sagrados, tomo el más antiguo, el más auténtico, el más reconocido por la ciencia: tomo el libro de Moisés, la santa Biblia, y hé aquí lo que nos dice, respecto á la revelacion.

Dios, en el Paraíso, reveló por la primera vez á la razon humana, en la persona de Adan, su criatura y nuestro primer padre, el conocimiento de los misterios divinos. Más tarde, en el momento doloroso de la caida, su bondad paternal suavizó la severidad de la justicia; y la revelacion de los misterios reparadores de la Encarnacion y de la Redencion templó en la familia culpable la grandeza del castigo.

El precioso depósito de la revelacion y de la fe se trasmitió escrupulosamente de mano en mano por las primeras familias salidas de Adan y Eva; y esta tradicion daba, á los tristes desterrados del Paraíso terrenal, una fuerza y un valor dignos de la victoria y del premio, para soportar las pruebas amargas y sangrientas de la expiacion.



Pero, bien pronto, ¡ay! las pasiones oscurecieron estas relaciones puras y santas de la verdadera fe. *Toda carne corrompió sus caminos*; y para salvar la revelacion amenazada en su primitiva integridad, Dios sepultó bajo las aguas del diluvio aquellas razas culpables y perversas. Solo Noé y su familia fueron exceptuados del azote vengador. Para recompensarle de haber conservado intacto y respetado el depósito de la tradicion religiosa, el Señor le reservó el sublime honor de reanudar sobre la tierra la cadena de las generaciones humanas y dirigirlas en su marcha, alumbrándolas con la viva antorcha de la revelacion y de la verdad.

Todos conoceis, hermanos mios, el orgullo y la audacia impía que elevaron la torre de Babel; todos sabeis igualmente, el castigo que siguió á esta presuncion herida de una fatal impotencia. Al dispersarse, se debilitaron en las familias los vínculos religiosos y morales que hasta allí las habian preservado de funestas relajaciones. La idolatría y el politeismo no tardaron en señalar esta pronta y lamentable decadencia de la fe y de las costumbres. Bien pronto el mundo pareció precipitarse sin freno hácia los crímenes y desórdenes que ya, con el diluvio, habian provocado los efectos terribles de la cólera y de la justicia divinas.

En esta segunda y tan dolorosa época de nuestra historia, Dios, compadecido sin duda de la debilidad de los hombres, contuvo su brazo extendido para el castigo: queriendo hacer brillar las maravillas de su Providencia, aún en medio de los errores que se esforzaban por desconocerla; confió á un pueblo creado, adoptado por él, la mision santa de guardar el depósito de la revelacion. *Este pueblo escogido* le conocerá, le adorará, bajo el nombre significativo de Dios de Abraan, de Isaac y de Jacob. Los hombres *de su diestra*: Moisés, Samuel, David, Elías, Isaías, Jeremías, Daniel, Ezequiel y tantos otros profetas, no cesarán de repetir los sagrados oráculos, de hacer vibrar en los aires los divinos acentos de la revelacion, y de confiar los dogmas, la moral y el culto, al alma, á la memoria, y al corazon del pueblo entero.

Esta mision sobrenatural del pueblo judío, vino á ser la causa, la razon de los grandes acontecimientos que agitaron y trasformaron el mundo. Sí; para salvar la tradicion, el mismo Dios condujo á los reyes y á los pueblos, los coronó de gloria, ó los hirió de humillacion, segun su fidelidad ó su negligencia en guardar el sagrado depósito. A este depósito santísimo de la revelacion es preciso referir la gloria y la decadencia de los imperios, la fuerza y la muerte de los conquistadores; porque Dios, al crear al hombre, quiso que éste

pudiera siempre conocerle, adorarle, servirle, y hacerse digno de entrar en el reino eterno. Oid á Daniel, á ese confidente de los pensamientos divinos, cuando asigna á las cuatro grandes monarquías el papel que la Providencia les ha preparado de antemano sobre la escena del mundo, para salvar, guiar y hacer triunfar el reinado de la revelacion.

Israel fué ingrato; olvidó los beneficios recibidos de Dios; y tránsfuga de su fe, prostituyó ante los altares de los ídolos el incienso y las oraciones que solo Dios debia de recibir y escuchar. Entónces el Señor le castigó, entregándole en las manos victoriosas de los reyes de Asiria. Este imperio asirio fué verdaderamente el azote, el látigo de su cólera. Durante su larga cautividad, Dios hace llegar al alma y al corazon de Israel arrepentido, los remordimientos y el deseo del perdon. Cuando los asirios, excediendo los designios misteriosos de la Providencia, para ellos desconocidos, se preparaban á exterminar la raza de Israel y ahogar en su sangre la familia real de Judá, entónces Ciro, á quien Dios habia nombrado en los oráculos de Isaías, doscientos años ántes de su nacimiento. se presenta al frente de los Medos y los Persas, se apodera de Babilonia, liberta al pueblo elegido, mostrándole el abierto camino de Jerusalen, y comienza para él una nueva éra, que sus sucesores se encargaron de embellecer aún más.

El templo es levantado sobre sus ruinas, y los cánticos de la tradicion resuenan bajo sus bóvedas. Pero esta lengua, que repite con trasporte los misterios revelados por Dios, no tiene de su parte el imperio del mundo: es la lengua de un pueblo desconocido, encerrado en estrechos límites, sin brillo, sin prestigio sobre la tierra. Para la predicacion de la verdad eterna, se necesitaba una voz sin igual entre los hombres: Alejandro va á preparar ese gran designio de Dios. Al frente de sus falanges macedonias, en pocos años, sujetó á su carro victorioso los pueblos y las naciones vencidas; el mundo no tiene voces para celebrar tantas y tan sorprendentes victorias. Bien pronto Alejandro fué á descansar en la tumba de sus padres, y uno de sus sucesores, Ptolomeo-Filadelfo, hizo traducir en la armoniosa lengua de la Grecia los Libros santos, sirviendo así de instrumento á la Providencia, diseminando en el mundo civilizado la version de los Setenta.

Entre tanto, bajo el reinado de Antioco, cuando ya no resonaba la poderosa voz de los profetas, Dios hizo brillar grandes virtudes y heróicos caractéres, como Eleazar, mártir de la ley de Dios; la madre de los Macabeos y sus ilustres hijos, dignos precursores de los generosos atletas del Evangelio; Matatias, secundado por Judas y sus hermanos, últimos héroes de la fuerte raza de los Hebreos; tales son los últimos vengadores de la revelacion, cuya gloriosa muerte parece llamar, en fin, á Aquél que solo en adelante, puede salvar las naciones.



En efecto, el momento se aproxima. La lengua griega, cuya armoniosa abundancia ha vulgarizado las verdades divinas, no es ya hablada por un pueblo fuerte. La primera, siempre la primera en las letras y en las artes, la Grecia siente el poder del mundo escapar de sus débiles manos, y trasportarse la dominacion á Roma.

Pero ¿qué pasa en Judea? Pompeyo, despues de su victoria sobre Mitridates, rey del Ponto, y sobre Tigran, rey de Armenia, se dirige á Jerusalen. Antonio, que viene despues de él, apoya cerca de Augusto el reinado extranjero de Herodes; y en el momento que el cetro sale de la casa de Judá para pasar á las manos tan largo tiempo predichas, en Belen, el Verbo eterno se hace carne, y va á confiar al pueblo rey sus doctrinas, su fé y sus misterios.

Hé aquí por qué medios maravillosos la divina Providencia llevó el imperio romano, tan vasto como el mundo, á trasformarse en misionero de la revelacion.

Nuestro Señor Jesucristo, despues de haber confirmado la divinidad de la doctrina de la revelacion, con la prueba irrecusable del milagro, escogió doce pescadores que encontró en las playas del lago de Genezaret, y les encargó que predicaran por el mundo la feliz nueva de su Evangelio. Como instrumentos para ello, les dió su palabra y su voz; como modelo, su vida y su muerte.

Id, ¡santos apóstoles de Cristo, repartíos la tierra, ella os pertenece; el mundo será en adelante la conquista, no de la fuerza y de la victoria, sinó del amor y la verdad. A este doble título se puede ya ver y saludar á los pacíficos dominadores de las almas y de los corazones.

No espereis, hermanos mios, una larga relacion de esta historia maravillosa de diez y ocho siglos de gloria, de ciencias y de virtudes del cristianismo; nó, el tiempo no me lo permite; me limitaré á trazaros á grandes rasgos la admirable aparicion de la verdad revelada, en los tres grandes períodos de que consta la vida y la duracion de la Iglesia.

Todos los apóstoles derramaron con generosidad, al mismo tiempo que su sangre, la vida y la gracia de la verdad; pero, sobre todo, Pablo y Juan, lucharon contra las sectas, encarnizadas en ahogar en su cuna la Iglesia naciente. Pablo, prodigio de elocuencia, de valor, de

heroismo; grande en las cárceles, sublime en frente de la muerte, merece el sobrenombre de *gran Apóstol*. En todas las capitales se oyen los ecos formidables de su voz; todos los caminos conservan la huella profunda, indeleble de sus pasos. Roma, que por mano del verdugo ha vertido su sangre, inscribirá su nombre en la lista inmortal de sus más ilustres hijos. Juan, el discípulo vírgen, el predicador de la gracia y del amor, el fiel protector de la ancianidad de María, alumbra las almas, seduce los corazones por la dulzura de su voz, la uncion de su palabra y la ternura ardiente de su caridad.

Luego, en tanto que sobre la arena de los circos, las fieras, con aplauso de los espectadores, rugen al rededor de los mártires; en tanto que las llamas de la pira se aprestan; en tanto que en los jardines de Neron, los cristianos, sirviendo de antorchas, vivientes, saludan con el *Credo* las últimas horas del politeismo espirante, los apologistas preludian con sus escritos esta muerte tan envidiada del mártir, y sus hojas son diseminadas en el imperio por el soplo de Dios mismo. Justino hace reflexionar á Antonio el Piadoso y á Marco Aurelio: contra Celso, el Espíritu divino inspira á Clemente de Alejandría y á Orígenes; y en Occidente, San Cipriano de Cartago se eleva al mismo nivel glorioso por su ciencia y su virtud.

Apareced, sucesores del gran Constantino; acudid, génios omnipotentes de las nuevas herejías, Juliano, Jamblico, Proclo, Libanio, venid, y atacad al Cristo! El Cristo os espera; Él tiene sus reservas, y hace sucesivamente escribir y hablar á Lactancio, el Ciceron cristiano; á Atanasio, luz de Nicea, vencedor de Arrio; á Agustin en Hipona, cuyo génio aniquila á Pelagio; á Ambrosio en Milán; á Jerónimo en las grutas de Belen; á S. Juan Crisóstomo en Constantinopla; en Roma, á S. Leon el Grande, cuyo brazo, como un fuerte dique, contuvo las hordas de los bárbaros; á S. Cirilo de Alejandría, que arrancó la máscara á Nestorio; y, por fin, en el momento en que Mahoma vá á parecer, Dios suscita, como para recoger el fruto de esta herencia de gloria, de génio, de ciencia, de sangre y de lágrimas, al sumo Pontífice S. Gregorio el Grande, que parece reasumir en su magestuosa figura todos los grandes hombres que le precedieron.

Entretanto, la luz de la revelacion, que en los primeros siglos ha iluminado el mundo antiguo, vá, en el segundo período, á difundirse en las regiones ocupadas por pueblos desconocidos.

Bonifacio será el Pablo de las naciones germánicas. El grande imperio de Carlomagno favorece y secunda esta fuerza creciente de la revelacion cristiana: muerto el emperador, la Iglesia griega, arrastrada por Focio, consuma su separacion lamentable del centro de unidad. Pero Dios, que vela sobre su Iglesia, repara esta pérdida dolorosa por la conquista de nuevos pueblos. Cuando Alfredo el Grande hace brillar con vivos fulgores la cruz en Inglaterra, S. Silvestre, de gloriosa memoria, lanza el primer grito que ha de reunir á los cruzados. Entónces, la revelacion es llevada á Dinamarca por Canuto el Grande; á Noruega, por Olaw el Gordo, y á Rusia, por el ilustre Wladimiro. Los sínodos episcopales responden con un lenguaje de paz, felizmente escuchado, á los sangrientos usos del régimen feudal. Gregorio VII domina con su génio y su gran carácter esta bestia indomable. Despues, durante dos siglos de gloria, de luz y de heroismo, la revelacion cristiana es llevada en triunfo, cantada con amor sobre la tierra, del uno al otro polo. Miéntras que Felipe Augusto, Ricardo Corazon de Leon, Godofredo, Tancredo y S. Luis, arrastran el Occidente y van á hacer resonar los campos del Asia con sus sagrados cánticos; yo admiro ¡oh Dios mio! vuestra santa verdad defendida y predicada por S. Anselmo y Tomás Becket en Inglaterra, y por el ilustre abad de Clairvaux, S. Bernardo, en Francia. Despues, al pié del trono pontificio en que se sienta el inmortal Inocente III, aplaudo á los peregrinos que Dios le envia; un S. Francisco de Asis, que contará entre sus hijos á S. Buenaventura; y un santo Domingo, que unirá á las glorias de su Órden, la de poseer uno de los más grandes génios del Cristianismo, santo Tomás de Aquino.



¡Ay! dias de triste duelo han seguido á estos brillantes siglos de fe en Europa. La religion llorará amargamente las discordias de Bonifacio VIII y de Felipe el Hermoso. Roma, viuda de sus pontífices, envidiará á las murallas de Aviñon el honor de protejer al vicario de Jesucristo. Constantinopla, en fin, para expiar sus felonías y sus cobardías, será presa de los hijos de Mahoma.

¿No parece, hermanos mios, que en adelante, la civilizacion no tendrá ya el privilegio de alumbrar, de dar calor al mundo? ¿No parece que el tercer período que se abre, despues de tantos desastres, será la época de una fatal decadencia? ¿No parece, en fin, para siempre extinguida y muda en su tumba la grande y fuerte raza de los mártires, de los doctores y de los confesores de la fe? Tal es, al ménos, el aspecto bajo que se nos presenta esta edad del mundo; el siglo XVII aparece como ahogado entre la cólera de Lutero y los sarcasmos de Voltaire; y el hombre, inquieto bajo la influencia del primero, presa de la duda bajo la del segundo, se pregunta angustiado: ¿dónde están los amigos de Dios, los discípulos de Cristo, los heraldos de la verdad?

Pues bien, contra Lutero, Calvino, Enrique VIII y sus sucesores, Dios suscita grandes y verdaderos reformadores: S. Francisco Javier y S. Francisco Solano en las Indias; Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz en España; S. Francisco de Sales en Ginebra, y S. Pio V en Roma; hé ahí los auxiliares, los ministros de la verdad. Despues, el santo concilio de Trento anuncia al mundo cristiano las nuevas leyes de la verdadera, de la santa reforma.

Pero, ¡ Dios mio ! al tratar de la trasmision de la revelacion en el mundo, he olvidado los pacíficos pueblos de la Tebaida; la Europa, cubriéndose de magníficas catedrales; Rafael y Miguel Angel, empleando sus inmortales pinceles en las obras maestras de arte, que nunca serán sobrepujadas. ¡ La revelacion ! ¡ Oh ! Vedla en el campo de batalla, desde el mártir de la heróica legion tebana, hasta nuestras guarniciones de Africa, fieles á la fe de sus madres y de sus sacerdotes. ¡La revelacion! Más de una vez ella ha dictado á la justicia sus decretos, aconsejado á los príncipes la clemencia, y repartido sus gracias invisibles sobre todos los sentimientos de amor y caridad. ¡La revelacion ! Ella es aún en nuestros dias el alma del mundo, la vida de los pueblos, la esperanza de los débiles, el freno de los fuertes y la garantía séria del porvenir.

¡ Y preguntais si el hecho de la revelacion se ha verificado ! Ciegos, el sol os ofusca y mendigais la luz. ¿ Es que no veis lo que buscais? Ella os rodea como el aire que respirais: os acompaña sobre el regazo de vuestras madres, os sonrie en los lábios de vuestra hermana, os acaricia con el casto amor de vuestra esposa, y se os aparece inefable de gracia y de belleza bajo los encantos de vuestra hija. Jamás os ha abandonado; ella es vuestra inseparable compañera; ha estado fiel á vuestro lado en los bancos de la escuela, en el santuario de la ciencia, en el foro, en el ejército, en los negocios. En verdad, que desde la cuna y el bautismo de la infancia, hasta la muerte y la tumba en la senectud, ni un solo dia habreis dejado de oir un acento, un eco de la revelacion, y, sin embargo, preguntais: ¿cuándo vendrá su cumplimiento? ¡ Su cumplimiento ! Pero vosotros mismos, sin saberlo, quizás, sois sus maravillosos instrumentos, y preparais laboriosamente su camino. En alas del vapor, franqueais los mares desconocidos á los antiguos, viendo á vuestro lado, sobre el puente del navío, la revelacion personificada bajo la figura de un religioso, de un misionero. Marchando en línea recta, perforais las montañas, aplanais las colinas y colmais los valles para extender por todas partes vuestras líneas férreas, y bien pronto, por los esfuerzos gigantescos de la industria, abarcareis en un solo é inmenso abrazo, el mundo



entero. Pues bien; la revelacion os seguirá en vuestra audáz carrera, se entregará como vosotros á la fuerza ciega de esos corceles inflamados, y aún más léjos que vosotros, llevará el tesoro de sus gracias, de sus misterios y de sus virtudes.

¡ Y qué ! esta obra maravillosa y secular de la revelacion ¿ podria todavía inquietaros, y ser causa de espanto para vosotros, hijos del siglo XIX? ¿Importunará vuestras pasiones, humillará vuestro orgullo? ¡ Ah ! cristianos, nobles hijos de Jesucristo, oid la voz de vuestro Salvador ! De esas pasiones, y de ese orgullo, Dios os pide hoy el generoso sacrificio: sabed inmolarlas á su gloria y á su amor. En adelante, en lugar de huir de las luces victoriosas de la revelacion, ambicionad la gloria de ser para vuestros hijos y vuestros hermanos, sus sacerdotes y sus pontífices sobre la tierra, puesto que debeis ser un dia sus gloriosos herederos en el cielo. Amen.

---

# VERDAD.

## (PÉRDIDA DE LA)

*Superbus est, nihil sciens, sed languen.*
Es un soberbio orgulloso, que nada sabe, ántes bien enloquece.
(1.ª TIMOTH. VI, 4.)

Hermanos mios: hay tres heraldos que están encargados de anunciarnos de hora en hora la realidad de nuestra nada: el primero es la enfermedad; el segundo la muerte; el tercero la locura. Coloco la locura detrás de los otros dos, porque los primeros atacan solamente nuestra naturaleza inferior, nuestra materia, miéntras la tercera ataca nuestro sér superior, ó cuanto hace realmente de nosotros unos séres dignos de envidia y de gloria.

El hombre, lanzado en medio de esa naturaleza sin límites, sujeto á una ley fatal de su propio espíritu, sabe leerla y comprenderla: él vió en el cielo moverse algunos globos y cumplir ciertos movimientos; entónces, aunque estuviesen colocados á incalculables profundi-

Pues bien, contra Lutero, Calvino, Enrique VIII y sus sucesores, Dios suscita grandes y verdaderos reformadores: S. Francisco Javier y S. Francisco Solano en las Indias; Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz en España; S. Francisco de Sales en Ginebra, y S. Pio V en Roma; hé ahí los auxiliares, los ministros de la verdad. Despues, el santo concilio de Trento anuncia al mundo cristiano las nuevas leyes de la verdadera, de la santa reforma.

Pero, ¡ Dios mio ! al tratar de la trasmision de la revelacion en el mundo, he olvidado los pacíficos pueblos de la Tebaida; la Europa, cubriéndose de magníficas catedrales; Rafael y Miguel Angel, empleando sus inmortales pinceles en las obras maestras de arte, que nunca serán sobrepujadas. ¡ La revelacion ! ¡ Oh ! Vedla en el campo de batalla, desde el mártir de la heróica legion tebana, hasta nuestras guarniciones de Africa, fieles á la fe de sus madres y de sus sacerdotes. ¡La revelacion! Más de una vez ella ha dictado á la justicia sus decretos, aconsejado á los príncipes la clemencia, y repartido sus gracias invisibles sobre todos los sentimientos de amor y caridad. ¡La revelacion ! Ella es aún en nuestros dias el alma del mundo, la vida de los pueblos, la esperanza de los débiles, el freno de los fuertes y la garantía séria del porvenir.

¡ Y preguntais si el hecho de la revelacion se ha verificado ! Ciegos, el sol os ofusca y mendigais la luz. ¿ Es que no veis lo que buscais? Ella os rodea como el aire que respirais: os acompaña sobre el regazo de vuestras madres, os sonrie en los lábios de vuestra hermana, os acaricia con el casto amor de vuestra esposa, y se os aparece inefable de gracia y de belleza bajo los encantos de vuestra hija. Jamás os ha abandonado; ella es vuestra inseparable compañera; ha estado fiel á vuestro lado en los bancos de la escuela, en el santuario de la ciencia, en el foro, en el ejército, en los negocios. En verdad, que desde la cuna y el bautismo de la infancia, hasta la muerte y la tumba en la senectud, ni un solo dia habreis dejado de oir un acento, un eco de la revelacion, y, sin embargo, preguntais: ¿cuándo vendrá su cumplimiento? ¡ Su cumplimiento ! Pero vosotros mismos, sin saberlo, quizás, sois sus maravillosos instrumentos, y preparais laboriosamente su camino. En alas del vapor, franqueais los mares desconocidos á los antiguos, viendo á vuestro lado, sobre el puente del navío, la revelacion personificada bajo la figura de un religioso, de un misionero. Marchando en línea recta, perforais las montañas, aplanais las colinas y colmais los valles para extender por todas partes vuestras líneas férreas, y bien pronto, por los esfuerzos gigantescos de la industria, abarcareis en un solo é inmenso abrazo, el mundo



entero. Pues bien; la revelacion os seguirá en vuestra audáz carrera, se entregará como vosotros á la fuerza ciega de esos corceles inflamados, y aún más léjos que vosotros, llevará el tesoro de sus gracias, de sus misterios y de sus virtudes.

¡ Y qué ! esta obra maravillosa y secular de la revelacion ¿ podria todavía inquietaros, y ser causa de espanto para vosotros, hijos del siglo XIX? ¿Importunará vuestras pasiones, humillará vuestro orgullo? ¡ Ah ! cristianos, nobles hijos de Jesucristo, oid la voz de vuestro Salvador ! De esas pasiones, y de ese orgullo, Dios os pide hoy el generoso sacrificio: sabed inmolarlas á su gloria y á su amor. En adelante, en lugar de huir de las luces victoriosas de la revelacion, ambicionad la gloria de ser para vuestros hijos y vuestros hermanos, sus sacerdotes y sus pontífices sobre la tierra, puesto que debeis ser un dia sus gloriosos herederos en el cielo. Amen.

---

# VERDAD.

## (PÉRDIDA DE LA)

*Superbus est, nihil sciens, sed languen.*
Es un soberbio orgulloso, que nada sabe, ántes bien enloquece.
(1.ª TIMOTH. VI, 4.)

Hermanos mios: hay tres heraldos que están encargados de anunciarnos de hora en hora la realidad de nuestra nada: el primero es la enfermedad; el segundo la muerte; el tercero la locura. Coloco la locura detrás de los otros dos, porque los primeros atacan solamente nuestra naturaleza inferior, nuestra materia, miéntras la tercera ataca nuestro sér superior, ó cuanto hace realmente de nosotros unos séres dignos de envidia y de gloria.

El hombre, lanzado en medio de esa naturaleza sin límites, sujeto á una ley fatal de su propio espíritu, sabe leerla y comprenderla: él vió en el cielo moverse algunos globos y cumplir ciertos movimientos; entónces, aunque estuviesen colocados á incalculables profundi-

dades, les hizo signo con la mano, y se bajaron para ser calculados y pesados en las balanzas de sus academias. Él vió al Océano abrir ante él su inmensidad, y supo por medio de la fuerza de su ingenio atravesar esos mares profundos sobre un leño débil, y estrechar así las extremidades de la tierra con pueblos que no conocia, relaciones de comercio y fraternidad. El rayo, surcando de tiempo en tiempo el firmamento, le inquietaba; él estudió, y, por último, despues de algunos siglos, por medio de un ligero hilo suspendido en los tejados de sus palacios, supo mandar esta fuerza á la vez tan caprichosa y tan fuerte: hoy la ve rodar ante su vista como un niño veria desplomarse un mundo sin espantarse.

Pues bien: hermanos mios, todas esas fuerzas del espíritu, del ingenio humano, todo eso perece, todo eso se desvanece con el efecto de una simple catástrofe, cuyo vencimiento de plazo nosotros no podemos conocer ni prever.

¿Qué es pues nuestro cuerpo? ¿Qué es pues nuestro espíritu? ¿Qué son pues nuestros órganos? ¿Qué es pues todo el hombre entero? Dios toca con su dedo este sér de una tan grande potencia intelectual, y le hace inmediatamente bajar ménos que un animal dotado de instinto. Dios le toca con su dedo, y su fuerza de inteligencia le es retirada, y pasa sobre la tierra como un sér condenado y marchito.

Hé aquí porque de todas las revelaciones de nuestra miseria y de la cólera de Dios contra nuestro orgullo, la demencia es ciertamente la más sorprendente de todas.

¿Y qué es pues la demencia, hermanos mios? ¿Qué es pues la locura? La locura es una alteracion de la razon, llegada á tal grado, que no es ya pasajera ni local, pero que se la puede llamar una nube de la razon. ¿Y la razon, qué es? Un cierto número de verdades primeras con sus consecuencias, que extienden nuestra inteligencia. La pérdida de la razon no es pues otra cosa más que la pérdida de la verdad en su más alto grado.

En esta pérdida de la verdad, nuestro espíritu sustancialmente no se halla tocado, porque no se comprende la alteracion de una sustancia intelectual, al ménos en el estado en que estamos; nuestra inteligencia, que es para nosotros la facultad de conocer, no se halla tampoco atacada; pero lo que es atacado bien ciertamente es la accion de nuestro espíritu sobre ciertas verdades primordiales, que constituyen como el fondo de nuestra inteligencia.

Por eso, hermanos mios, la pérdida de la verdad, que se reasume en la demencia, no es inmediata; antes de llegar á esta catástrofe



total de la locura, hay muchas locuras precedentes; hay en la escala de la verdad muchos escalones que bajar, para llegar á ella. Por consecuencia, hermanos mios, esta pérdida sucesiva de la verdad, empezando por el catolicismo, es la más alta posesion de lo verdadero hasta la locura, que es su más alta pérdida; es esta escala descreida de la verdad, de la que quiero tratar ante vosotros, porque espero hallaremos en ella algunas máximas para la direccion de nuestra vida, ora para nosotros, ora para los demás.

Examinaremos pues, la pérdida sucesiva de la verdad entre el catolicismo y la locura, que son los dos polos, uno el polo afirmativo, otro el polo negativo. A. M.

1. Nuestro espíritu no es la verdad; él posee la verdad en cierto grado, pero no es la verdad. Nosotros nacemos inteligentes, es decir, capaces de conocer; pero no razonables, esto es, no estamos entónces en posesion de la verdad. Solamente á cierta edad comienza la razon á apuntar: llamamos vulgarmente á esta edad la edad de la razon. Partiendo de esta edad á medida que el hombre descubre, caminando hácia la madurez, posee un mayor número de ideas verdaderas: en este grado su razon se forma y se completa.

El hombre, su espíritu, no es pues la verdad. La verdad y él son dos cosas. Hay entre él y la verdad desproporcion. La verdad es lo que es: la verdad son todas las sustancias, todos los fenómenos, todas las relaciones de los fenómenos entre sí mismos y de ellos con las sustancias; por eso es evidente que el hombre, el más dotado en punto al espíritu é ingenio, despues de muchos años consagrados al estudio de las sustancias, de los fenómenos y sus relaciones entre sí mismos, no conoce más que una infinitamente pequeña porcion de ellas. Jamás ha existido la ciencia universal. El hombre ha podido bien conocer casi todo lo que el espíritu humano conocia en su tiempo; pero ¿qué era todo lo que el espíritu humano conocia? ¿Qué Babel de cuestiones no se han propuesto los sábios como término de los esfuerzos futuros de la ciencia, que no ha sido aún alcanzada ni adelantada?

Así, hermanos mios, sin entrar en una mayor demostracion, el hecho más simple, el más vulgar, nos prueba haber desproporcion entre nosotros y la verdad. Hay contradiccion en cuanto á la extension; nuestro espíritu es estrecho y la verdad no tiene límites; la verdad es enteramente luz, y nuestro espíritu es enteramente tinieblas. Nosotros decimos algunas veces: tal verdad es oscura; no: es nuestro entendimiento el que es oscuro.

Yo veo grabada sobre un cuadro una figura matemática, y digo inmediatamente que es oscura; pero que yo tenga su llave, y luego ella me parece clara como el dia. No era pues la fórmula, era mi entendimiento el que era oscuro. ¡Cuán más extendida es la verdad que nuestro espíritu! ¡Ella tan luminosa, nosotros tan oscuros y tan movibles; ella resiste tan fuertemente á todas esas masas de ataques, que se dirigen contra ella; nosotros estamos inquietos, parados á la menor dificultad que suscita ante nosotros un hombre de ingenio!

Siendo esto así, hermanos mios, y no siendo la verdad nosotros, y no estando en nosotros sinó en el estado de gérmen, está fuera de nosotros en el estado de principio oscuro, de principio que puede bien desarrollarse con el contacto de la palabra; pero sea lo que quiera, aunque nuestra inteligencia sea constituida por algun gérmen de verdades primeras, siempre es cierto que la expresion completa de la verdad no es nosotros.

Toda vez que la verdad no es nosotros, es necesario la busquemos fuera de nosotros; pero como además entre la verdad y nosotros hay proporciones, es preciso que en alguna parte la verdad se halle enteramente hecha, que en alguna parte la verdad sea perfectamente luminosa, que en alguna parte esté armada para atacar y defenderse, de suerte que nosotros solamente tengamos el trabajo de entrar en ese establecimiento de la verdad para estar ciertos de hallarla entera. Debe haber necesariamente un establecimiento de la verdad sobre la tierra, como hay un establecimiento de la vida, que es la naturaleza; debe haber necesariamente un establecimiento de la verdad, que pueda comunicarnos, segun nuestras necesidades, cuanto nos es necesario; sin este establecimiento ciertamente no hay que pensar en la verdad: ella es para nosotros solamente un imperio colocado léjos de nuestros alcances, y al que hay que renunciar y decir un eterno adios. Sí, hermanos mios, existe un establecimiento de la verdad do ella está enteramente luminosa, enteramente armada de punta en blanco para atacar y defenderse, y ese establecimiento de la verdad es la Iglesia católica, de la que sois miembros; la Iglesia católica, en la que siendo niños habeis sido bautizados; la Iglesia católica, que es vuestra vida y vuestra gloria. La Iglesia es este establecimiento; es la Iglesia la que defiende la verdad miéntras los gigantes de la ciencia sublevan contra ella y contra vosotros, que sois sus hijos, dificultades superiores á vuestras fuerzas, pero que ella sabe rechazar; porque Dios suscita entónces á sus obispos, sus doctores, que escuchan, que miran con sangre fria el error, que le disecan, que demuestran lo que hay de verdadero y lo que hay de falso; que pronuncian una sentencia que fija todo, y que no dejan ya pasar el error ante los ojos de los hombres, sinó como un torrente, cuyos vestigios destruyen del todo inmediatamente, para que los pastores puedan decir al pasar al dia siguiente: ¿dó está pues el torrente?



Pero este establecimiento de la verdad tan brillante, tan superior á todo, objeto de todos los insultos, porque lo que es fuerte es siempre amenazado por los que aspiran á la fuerza y que no llegan á ella jamás; este establecimiento de la verdad, digo, este imperio, hay por tanto que aceptarle, hay por tanto que obedecerle bien por un acto de humildad. ¿Por qué? Porque él manda á nuestro espíritu, siendo más fuerte que él, y porque él resiste á nuestro espíritu cuando queremos insultarle ó atacarle.

Pues bien; hermanos mios, establecido este mando, establecida invenciblemente esta resistencia de la verdad ante algunas coaliciones de espíritus que se presentan, este mando nos pesa, y esta resistencia no nos acomoda. Nuestro orgullo no quiere aceptar la verdad sinó como una forma; él no quiere, cuando pretende explorarla, encontrar un dique que le impida pasar más allá. Este es, hermanos mios, el primer orgullo, de donde viene la primera pérdida de la verdad, la primera degradacion de la verdad en la inteligencia: es la herejía.

El hereje, que es el primer loco, el hereje concibe y admite la necesidad de un establecimiento de la verdad sobre la tierra; él le quiere; pero él le quiere sin mando y sin resistencia. Entónces busca en el mundo alguna cosa que pueda ser otra cosa diferente que él, más grande que él, más fuerte que él, alguna cosa que sea como un gaje de verdad en medio del mundo, y, sin embargo, que carezca de cierta fuerza de estabilidad para resistir á la voluntad de su espíritu. Bajo este punto de vista, el hereje toma á Jesús expresado en la Biblia; ese Jesús es verdadero, y la Biblia es verdadera, y bajo este respecto él ha elegido bien. Pero Jesús no manda, Jesús no resiste; Jesús para nuestro estado presente es invisible y como muerto; yo digo muerto; y vosotros sabeis bien que él está vivo en el cielo; pero de lo que habia sido sobre la tierra todo ha desaparecido en su personalidad viviente, y él ha dejado en la Iglesia un representante asistido por el Espíritu Santo. Además, Jesucristo permite que se haga con él lo que se quiera; él está en su sepulcro; él ha resucitado, pero ha resucitado para los ojos de la fe, no ha resucitado para el hereje, que va á buscarle allá do él no ha querido quedar, allá de donde se lanzó al cielo. Para el hereje él queda con los brazos extendidos como allá en un dia en que se colocó en su féretro; allá se puede, en lugar de

incienso, llevarle el insulto, bajo el nombre que se quiera, porque definitivamente él despliega sus lábios; su palabra está en la Biblia, pero es la palabra escrita; es la palabra fija; es, como dijo Platon, una palabra que no tiene ya padre para defenderla, y que se la puede trasformar.

Así el orgullo del hereje queda satisfecho, al mismo tiempo que cierta necesidad de establecimiento de la verdad. ¿Pero es ésta la verdad entera? ¿Pero la Biblia, pero Jesucristo son verdaderos, cuando les atormenta así, cuando les sazona segun su apetito de la mañana ó de la tarde? No, hermanos mios, allí no hay posesion entera de la verdad, porque los herejes violan esta verdad, excudriñando la Biblia; no, no hay ya la posesion plena de la verdad, porque desde el momento que se puede añadir á ella ó quitarla alguna cosa, no hay ya seguridad, no hay ya certitud para el espíritu. Cuando se ha establecido un dogma ayer fuera de la verdad absoluta, ¿por qué no se le destruiria hoy? ¿Cómo un hombre, que puede ver en el Evangelio una cosa hoy, que no veia en él ayer, cómo este hombre no negaria al dia siguiente lo que afirmaba la víspera como un dogma?

Así, hermanos mios, la duda, para no hablaros de lo demás; despues del primer orgullo, la primera duda; esa duda, que no destruye todo, porque el primer orgullo no ha destruido todos los fundamentos, ¿qué es? Es el mayor enemigo de la verdad. Con la duda no hay ya establecimiento seguro de la verdad, no hay más que una verdad que se juzga, y es trasformada bien pronto en error, una verdad que es como los fuegos que se levantan en los cementerios, que alumbran por un instante á los viajeros, pero que no son fuegos durables destinados á iluminar nuestro camino en este mundo.

Sin embargo, hermanos mios, por más fácil que sea la representacion de este papel para el espíritu, esta herejía, nosotros no nos contentamos aún con ella.

Jesús, en la Biblia, tiene una cierta autoridad, que subsiste; hay que destruirla. Entónces en vez de tomar para establecimiento alguna cosa como la Biblia y Jesucristo aún visibles, se declara ser *Dios* el establecimiento de la verdad, que en Dios solo subsiste la verdad, que la verdad está entre Dios y nosotros, y que somos capaces para consultarla sin intermediarios vivientes. Esto es el teismo, y el teismo es la segunda pérdida de la verdad.

He aquí el drama entre Dios y el espíritu. Dios es todavía mucho; es un nombre sagrado; es un nombre invocado por toda la tierra; es un nombre bendito; es un nombre que protege el género humano; es un nombre que asiste al desgraciado; en el nombre de Dios



sucede aquí abajo todo bien, toda buena accion; es en fin alguna cosa grande.

Sí, sin duda; pero observad, hermanos mios, cuán más á sus anchas se halla el orgullo con Dios.

Considerado de una manera abstracta, ¿es bien Dios la verdad? Dios no tiene palabra aquí abajo, no tiene accion sensible, no tiene representante; hay que buscarle dentro de sí mismo, en una cierta luz que llamamos razon. Allí la duda se aumenta; ella era ya grande poco hace en la herejía; pero ¡cuánto mayor en el teismo! En efecto; ¿qué es Dios? ¿Qué es su naturaleza? ¿Qué es su voluntad? ¿Qué es su providencia? ¿Qué es su accion? ¿Qué es su sustancia? ¿Dó está Dios? ¿Qué hace? ¿Por qué nos ha enviado al mundo? ¡Y tantas otras cuestiones!... Por eso, hermanos mios, para juzgar todas esas cuestiones, para sentarlas, ¿qué tenemos nosotros? Tenemos únicamente lo que advertimos dentro de nosotros mismos, es decir, ciertas ideas, ciertas maneras de sentir. Así todos los dias decimos: Dios es demasiado bueno para condenar á los malos á penas eternas; y hé aquí que nosotros decidimos de Dios segun un cierto sentimiento de piedad que á nosotros mismos nos hemos formado. Así, todos los dias nos decimos aún: Dios es demasiado bueno para haber hecho el mundo, hace seis mil años; el mundo ha debido existir siempre. Pero Dios tambien ha debido existir siempre, y ha sido bueno tan luego como lo ha podido, es decir siempre.

Cualesquiera que sean pues las cuestiones, que tratemos, tomad uno á uno á los teistas, y no hallareis jamás en ellos un símbolo comun. En el teismo, segun el hombre tiene ciertos sentimientos, ciertos conocimientos, hace á Dios á su imágen, le mide, le corta, le redondea á su sentido, en una palabra, Dios no es ya otra cosa más que el mismo hombre, un poco más grande, pero son siempre sus ideas, su voluntad: Dios hace tal ó tal cosa, de tal ó tal manera, porque el hombre hubiera hecho lo mismo. ¡Qué certitud!!!! Y despues, cuando se ha llegado al fondo de este excepticismo, se ve al lado de Dios la naturaleza, esa materia natural tan inferior á la idea que nos hacemos de Dios.

Entónces se presenta la cuestion de saber lo que es la naturaleza, si es Dios quien la ha hecho, ó si ha existido siempre. Si es Dios, es un gran misterio la creacion, ningun filósofo no ha podido comprenderla. Sin embargo, si no admitís la creacion, suponeis que el mundo es eterno; hay pues otra cosa, que es tan infinita como Dios, al ménos por la eternidad. Me dirán aquí, que siendo eterna la naturaleza, pues que la imaginacion no se la representa creada, tenemos

por eso mismo bajo los ojos á Dios viviendo en el mundo; de suerte que todos los astros, por ejemplo, son la manifestacion de su propio poder. ¡Ah, tened cuidado! Entónces uno se halla inclinado á poner la naturaleza en lugar de Dios, y este es el tercer grado de la pérdida de la verdad; es el materialismo, es decir, que no hallando jamás á Dios para hablar, para obrar y para resistir, el hombre le niega. Esta negacion práctica, hermanos mios, es muy comun. Cualquiera que no admite un representante de Dios sobre la tierra, una palabra viva de Dios sobre la tierra, más pronto ó más tarde, y más ó ménos, terminará por negar á Dios, que él habrá reemplazado por la naturaleza á fuerza de generalizar la divinidad.

Hé aquí que nos hallamos en el materialismo. Es decir, que el establecimiento de la verdad, en lugar de estar en Jesucristo, en Dios, y en la Iglesia, no estará más que en la naturaleza viviente.

Parece que habiendo llegado á este punto, teniendo en la mano alguna cosa palpable, no reconociendo ya como cierto sinó lo que se mueve, lo que es materia palpable y accesible, parece que cualquiera se parará ahí, y que el espíritu humano quedará en ese estado de una manera fija y permanente. Pues bien, todo ménos que eso; despues de haber descendido en tres escalones de la pérdida de la verdad, abandonando sucesivamente á la Iglesia, á Jesús y á Dios, vamos á ver que el espíritu humano va hasta á abandonar la naturaleza misma, y llega, en fin, á aquella pérdida total de la verdad, que llamamos locura.

Hé aquí el hombre enteramente aislado con la naturaleza; no admite nada más que lo que ve, lo que oye, lo que pesa y calcula segun las matemáticas, la física, la química, y cuanto se sigue de sus leyes, de sus principios y de sus relaciones naturales. Pero, hermanos mios, aquí hay todavía mando y resistencia: las matemáticas mandan. Si haceis una casa fuera de las leyes matemáticas, vendrá á tierra. Si haceis una operacion fuera de las leyes de la física ó de la ciencia, que concierne al cuerpo humano, quitareis la vida al paciente. En una palabra, hay allí una cosa aún más fuerte que el hombre: son las relaciones de las ciencias con la naturaleza.

Y bien; el hombre no acepta ni aún ese yugo de la naturaleza y de la ciencia. Una vez que ha llegado á negar la Iglesia, á negar á Dios, ¿cómo quereis que la naturaleza le pare, y que no halle medios en su espíritu para desafiarla, para aniquilarla, al ménos en su inteligencia? Y esto es precisamente lo que él hace.

¡La naturaleza! Pero ¿qué es la naturaleza? Un monton de materia nada es delante de mi espíritu; es solamente algo para mis



sentidos. Veo bien que tenemos dos agujeros en la cabeza; y que con el auxilio de esos dos agujeros percibo alguna cosa; pero ¿quién me responde de la realidad de esas cosas que están fuera de mí? Porque en el fondo soy yo quien obra, y yo tengo la experiencia de que, en cierto estado de mi cuerpo, veo algunas cosas que, segun la opinion general, no existen de la manera con que yo las veo; por consiguiente, la naturaleza, tal cual yo la veo, puede bien no ser más que una ilusion de mis sentidos, porque en fin, soy yo quien afirma que ella es así; pero fuera de esta afirmacion, ¿cómo se afirma ella á sí misma? ¿Qué lenguaje tiene ella contra mí? ¿Cómo puede ser asida? ¿Cómo se puede formar el más mínimo juicio de su existencia? Los fenómenos que se hallan en ella no son nada más que alguna cosa vacía, alguna cosa inerte, alguna cosa que se pasea ante mis ojos, pero que no tiene realidad; es una sombra, es todo lo que querais; pero, definitivamente, es una cosa que carece de realidad la que mi inteligencia se suscita á sí misma, conforme á ciertas leyes que la constituyen y dominan.

¡Dios mio! si han podido negar el fenómeno de la Iglesia; si han podido decir ser esta Iglesia desde el principio del mundo, y principalmente desde Jesucristo, un fenómeno sin realidad; si han podido decir, que sus dogmas, la conversion del mundo, los mártires no son nada más que una sombra; ¿qué no se puede decir de la naturaleza? Si han podido condenar así la realidad católica; si han podido pensar que el Papa, sentado hace mil ochocientos años sobre su trono, no es nada; si se ha podido creer que ese anciano, sin armas, frente á tantos potentados armados, no ha tenido para defenderse hasta este dia más que una fuerza residente solo en la imaginacion de los que le obedecen y tienen la sencillez de creerle; ¿cómo quereis que la naturaleza sola sea bastante poderosa para hablar á hombres, que hacen profesion de iguales principios?

Varios hombres, ménos acostumbrados á ese espectáculo de la degradacion del espíritu humano, me acusan acaso de que en lugar de desarrollaros verdades evangélicas y haceros apiadar de la locura, os espongo los desórdenes del espíritu, que solamente se hallan en mi imaginacion. No, hermanos mios, os hago una enumeracion verdadera de las catástrofes sucesivas del espíritu humano.

Vosotros vivís en medio de gentes, que niegan á la Iglesia y afirman á Dios, ó que niegan á Dios, y afirman á la naturaleza. Al lado de esas gentes de un temple semejante, por una conclusion lógica, estais más ó ménos en un establecimiento completo de la verdad, porque no habeis recorrido todas las vicisitudes del espíritu; pero estas vicisitu-

des no dejan de existir ménos por eso: ellos son una parte del movimiento general del espíritu humano, una parte grande y solemne. Me pertenece pues, cuando la ocasion se presenta, de hablaros de ellas, de referíroslas.

Hermanos mios, os he dicho como despues de haber negado las verdades religiosas, las realidades intelectuales, se llega de negacion en negacion á negar la última de las realidades, la realidad muerta, que llamamos el mundo físico. Si la inteligencia, si la religion no son nada, ¿qué quereis sea una estrella, que rueda en el cielo? ¡Qué importa! es una nube, es ménos que una nube, es una apariencia; yo la veo como veo á Jesucristo, como veo la Iglesia y lo demás.

Se ha negado pues, hermanos mios, la naturaleza, como habíanse negado las otras realidades, porque ella manda aún al espíritu, porque hay que obedecerla. Este es lo que se llama en lengua filosófica el ateismo... Es decir, soy yo quien es la verdad; soy yo quien crea todo; soy yo quien hace todo; y soy yo, en una palabra, quien es absoluto, y quien tiene la ciencia de lo que es absoluto; cuanto se hace en el mundo, no es más que una creacion de mi inteligencia!!!

Hermanos mios, este ateismo existe, tiene sus libros, sus cátedras, sus doctores; y, sin embargo, es producido por la ley de degradacion de la verdad, de la que acabo de haceros recorrer algunos escalones.

¿Cuando el hombre ha llegado á ese punto, se parará al ménos? No, no, hermanos mios. ¿Y por qué quereis se detenga destruyendo? Habia duda en la herejía, duda en el teismo, duda en el naturalismo; ¿por qué no la habria en el ateismo? Si se han hallado razones para dudar, para negar en todos los dogmas anteriores, ¿por qué no se hallarian en este último dogma, en que el hombre está sólo frente á frente con él mismo, y en que puede decirse á sí propio: yo soy estas potencias, y yo quiero negarlas; yo quiero negarlas; yo quiero negar á Dios, yo quiero negar á Cristo, yo quiero negar á la Iglesia... Si el hombre ha dudado de todas las demás cosas, por qué no dudaria de sí mismo? Y en efecto; ¿no ha habido un tiempo en que uno no existia; no ha habido un tiempo en que uno no tenia ni pensamiento, ni vida, ni movimiento? ¿No llegará un tiempo en que uno vuelva á esa nada? Entónces, ¿qué vendrá á ser de la afirmacion de la fe, ese absoluto, que se ha colocado á sí mismo como si fuese el fondo de todo?

Así es, hermanos mios, como se llega en fin al excepticismo, es decir, á dudar de todo, hasta de sí mismo. Esta duda existe y es la



mayor de todas, porque el ateismo es el mayor de todos los orgullos. Dios ha asociado una duda á cada orgullo; y á medida que las negaciones crecen, la duda crece, hasta que llega al excepticismo total.

Ved aquí la ley de la pérdida de la gravedad, negacion sucesiva de todos los establecimientos de lo verdadero hasta llegar á sí mismo, hasta llegar á ser Dios, y á decir como Dios: *Ego sum veritas.* Por una parte, aumento de orgullo; por otra, disminucion de la fuerza de afirmacion; en seguida duda, detrás negacion entera, y despues, por último, excepticismo.

2. En este punto, hermanos mios, vosotros concebís lo que Dios tenia que hacer. Le fué necesario en todo el gobierno de nuestro sér, le fué necesario castigar nuestra insolencia y darla lecciones. Por eso nos ha impuesto la enfermedad y la muerte; la muerte para que no pudiésemos decir: «yo soy la vida:» *Ego sum vita;* la enfermedad, es decir, la locura, para que no pudiésemos decir: «Yo soy la verdad:» *Ego sum veritas.*

A medida que una época se llena de orgullo, ella se llena de locos; á medida que un orgullo crece en el mundo, los establecimientos de locos se multiplican para admitir á todos esos soberbios, que han tenido bastante espíritu para negar á la Iglesia, á Jesucristo, y á Dios, y en fin para negar la naturaleza á sí mismos.

No se llega á la locura por un acto espontáneo, no; es un castigo, un castigo que permanece largo tiempo suspendido sobre la cabeza del culpable, porque Dios le ofrece largo tiempo tambien los medios de conversion hácia la verdad; pero hay en fin un momento, en que Dios coge el hombre por la cabeza, se la sacude y le roba la razon en presencia de todos, cumpliendo así de antemano lo que debia cumplir en el dia del juicio. «Yo reiré y yo me burlaré.»

¡La locura! ¡Qué! ese grande ingenio para quien la Iglesia era demasiado poco, para quien Jesucristo era demasiado poco, para quien Dios mismo era demasiado poco, que se burlaba de la naturaleza misma, y se colocaba como el gigante de la ciencia; ni aún ve lo que está ante sus ojos, no reconoce ya á sus amigos, ni se reconoce á él mismo; está secuestrado á toda sociedad, y le es imposible en adelante tener ningun pensamiento. ¡Ha tenido el poder de destruccion en su más alto grado, y la prueba de su locura es su impotencia radical!

¡Qué! esos séres cuyas fuerzas físicas están enteramente exageradas; esos séres que harian bambolear las paredes de su cárcel, cuyas facultades todas están existentes hasta un punto que no po-

demos decir; ¡se hallan en la impotencia de dar un paso, de mandar á quien quiera que sea, de ser obedecidos en nada, son inferiores á los niños, porque se obedece á los niños y no se obedece á los locos!

Aquí, hermanos mios, es conveniente establecer la diferencia que hay entre la locura de la fe, que es tambien una abdicacion del sentido natural, y la locura propiamente dicha: se ha querido algunas veces confundirlas. Al leer la vida de Sta. Teresa, ó de otro cualquiera personage de la Iglesia, hay médicos que han dicho que Sta. Teresa estaba loca, y que estaban locos los demás santos. Sí; pero habia esta diferencia, que los hombres más impotentes son los locos; de suerte que el colmo del poder es la abdicacion de la razon por el castigo de la locura. El santo y el loco son las dos extremidades; porque el santo es la fuerza afirmativa, es el catolicismo en su más alto grado; como el loco es la fuerza negativa, el ateismo en su grado más elevado. Como todos los extremos se tocan, entre esas dos locuras debe haber algun punto de contacto; pero la diferencia es que al loco no queda nada en la locura, miéntras el santo no es jamás más poderoso que cuando es más santo, y la santidad es el elemento de toda edificacion, de toda certitud, de todo amor, de todo cuanto los hombres respetan, veneran y aman. Hé aquí, hermanos mios, la diferencia.

Dejemos la fisiología medical argüir contra nuestros santos.

Hemos visto santos, hemos visto locos, y hemos hecho fácilmente la diferencia entre ellos. Que pongan un santo y un loco en presencia del mundo, y la cuestion será bien pronto juzgada por el sentido comun, si no lo es por la ciencia. Ante la locura de los santos vienen á perderse los decretos de la ciencia; ella no puede curar esta locura, porque la ciencia no conoce sus leyes.

Ahora, hermanos mios, de este grande castigo de la locura debemos sacar provecho, y comenzar por penetrarnos bien, que cuando hay en nosotros un pensamiento contrario al pensamiento de la Iglesia y á la verdad establecida, hay al mismo tiempo en nosotros un principio de orgullo, un principio de sinrazon, un principio de locura. Todo hombre que afirma alguna cosa contra la Iglesia, está loco de orgullo.

Pues bien; hermanos mios, os lo diré muy sencillamente: hay todavía una multitud de católicos que tienen este orgullo y este principio de locura; hay católicos, que colocan su razon propia contra el juicio de la Iglesia, y que no temen afirmar contra ciertas verdades establecidas, contra algunas que no juzgan capitales. Esto es ya un principio de locura. Si esos católicos prosiguiesen bajo esta inclinacion, llegarian de negacion en negacion á todas aquellas que he dicho. Es necesario no negar de ninguna manera, ó negar verdaderamente: pararse en la negacion, ¿sabeis lo que es? Es pobreza de espíritu.



Yo sé bien, que cuando uno no tiene un espíritu capaz de afirmar todo, se mantiene en un cierto medio entre la verdad y el error, y llaman á esto tener una religion ilustrada. Pues bien; esto no es más que una religion que trunca la religion católica en un cierto punto y que nada vale. Así cuando en nuestros dias se habla de milagros, se cree que es propio de una religion ilustrada negar estos milagros. Obrando de este modo, cualquiera se reune á los hombres de la negacion sobre esta materia. Se consuelan, diciendo: que se respetan los antiguos milagros. Es decir, que se tiene un principio de locura, que conduciria, si no se tuviese precaucion, á negar los milagros del Evangelio, luego á negar á Jesús, y despues á negar á Dios.

No os aprobamos en eso, primeramente porque nosotros somos pequeños; porque no habiendo nada tan limitado como nuestro espíritu, queremos sin embargo encuadrar la verdad en nuestro orgullo, en lugar de encuadrar nuestro espíritu en la verdad.

El fondo de lo que he dicho es el siguiente.

No se quiere admitir una razon superior á la propia; por eso se rechaza la razon de la Iglesia, porque es superior á la razon humana; se rechaza la razon de Cristo, porque es superior á la razon humana; por último, se rechaza la razon de Dios y la razon de la naturaleza, porque tienen alguna cosa superior á la razon humana, y se obra así hasta que se queda solo amo absoluto. Luego que tenemos una tentacion de orgullo contra la verdad, sepamos bien, pues, que es una tentacion contra la superioridad de la inteligencia divina establecida en el mundo.

Quisiera, hermanos mios, haceros conocer bien estas verdades, y no sé si lo conseguiré. Un pobre capuchino habla en la cátedra de Dios. Se dice: este buen padre capuchino cree eso. Sí, hermanos mios, él lo cree; y porque lo cree, somete su espíritu al espíritu de la Iglesia, encuadra su espíritu en el espiritu de la Iglesia, y todos sus esfuerzos tienden á exhortaros á hacer lo mismo. Si el tiempo me lo permitiese, sacaria de este punto algunas consecuencias prácticas, porque diariamente caemos en la desconfianza de la Iglesia, diariamente rebajamos alguna cosa de la verdad; y esto es un gérmen de negacion, de locura por consiguiente.

He querido mostraros, hermanos mios, por qué séries de educacion lógica se llega á minar los propios fundamentos del espíritu, cómo se hace tambien desplomarse sobre sí mismo el edificio de su propia razon, como en otro tiempo Sanson hizo desplomar sobre él mismo, bamboleándole, el templo filisteo.

Aunque débil por mi voz, he venido ante vosotros como embajador de la verdad, para fortaleceros contra el torrente de nuestra época. Muchos de entre vosotros quizá no me hayan entendido; mas si ha habido aquí una sola inteligencia que haya permanecido bien advertida de la catástrofe final del orgullo, estaré contento.

FIN.

# AÑO CATEQUÍSTICO;

Ó SEA:

# ÍNDICE

DE LOS DISCURSOS COMPRENDIDOS EN ESTA OBRA, SOBRE LOS PRINCIPALES PUNTOS DE LA **DOCTRINA CRISTIANA**, DISTRIBUIDOS SEGUN EL ÓRDEN DEL CATECISMO.

## INTRODUCCION.

Tomos.

*Obligacion que tiene todo católico de saber la* DOCTRINA CRISTIANA:

1 Ignorancia en religion. . . . . 8
2 Ignorancia de nuestros deberes. . . . . 8
*Remedio contra esta ignorancia:*
3 Catecismo. . . . . 3
*Del fin por el cual fué criado el hombre:*
4 Hombre (Fin del). . . . . 6
*De la señal del cristiano:*
5 Cruz (Señal de la). . . . . 4
6 Agua bendita. . . . . 1

## PARTE PRIMERA.

### DOCTRINA DE FE.

*Sobre la virtud de la* FE:
7 Fe (Necesidad de la). . . . . 6
8 Fe (Medios de adquirir la). . . . . 6

SÍMBOLO.

9 Símbolo en general. . . . . 11
*Creo en Dios:*
10 Dios. (Existencia de Dios). . . . . 5
*Padre todopoderoso:*
11 Dios (Vida interior de). . . . . 5
*Criador del cielo y de la tierra:*
12 Creacion. . . . . 4
13 Pecado original. . . . . 9
*Y en Jesucristo, su único Hijo nuestro Señor:*
14 Jesucristo (Divinidad de). . . . . 7
*Que fué concebido por el Espíritu Santo:*

He querido mostraros, hermanos mios, por qué séries de educacion lógica se llega á minar los propios fundamentos del espíritu, cómo se hace tambien desplomarse sobre sí mismo el edificio de su propia razon, como en otro tiempo Sanson hizo desplomar sobre él mismo, bamboleándole, el templo filisteo.

Aunque débil por mi voz, he venido ante vosotros como embajador de la verdad, para fortaleceros contra el torrente de nuestra época. Muchos de entre vosotros quizá no me hayan entendido; mas si ha habido aquí una sola inteligencia que haya permanecido bien advertida de la catástrofe final del orgullo, estaré contento.

FIN.

# AÑO CATEQUÍSTICO;

Ó SEA:

# ÍNDICE

DE LOS DISCURSOS COMPRENDIDOS EN ESTA OBRA, SOBRE LOS PRINCIPALES PUNTOS DE LA **DOCTRINA CRISTIANA**, DISTRIBUIDOS SEGUN EL ÓRDEN DEL CATECISMO.

## INTRODUCCION.

Tomos.

*Obligacion que tiene todo católico de saber la* DOCTRINA CRISTIANA:

1 Ignorancia en religion. . . . . 8
2 Ignorancia de nuestros deberes. . . . . 8
*Remedio contra esta ignorancia:*
3 Catecismo. . . . . 3
*Del fin por el cual fué criado el hombre:*
4 Hombre (Fin del). . . . . 6
*De la señal del cristiano:*
5 Cruz (Señal de la). . . . . 4
6 Agua bendita. . . . . 1

## PARTE PRIMERA.

### DOCTRINA DE FE.

*Sobre la virtud de la* FE:
7 Fe (Necesidad de la). . . . . 6
8 Fe (Medios de adquirir la). . . . . 6

SÍMBOLO.

9 Símbolo en general. . . . . 11
*Creo en Dios:*
10 Dios. (Existencia de Dios). . . . . 5
*Padre todopoderoso:*
11 Dios (Vida interior de). . . . . 5
*Criador del cielo y de la tierra:*
12 Creacion. . . . . 4
13 Pecado original. . . . . 9
*Y en Jesucristo, su único Hijo nuestro Señor:*
14 Jesucristo (Divinidad de). . . . . 7
*Que fué concebido por el Espíritu Santo:*

15 Símbolo. . . . . 11
*Y nació de Santa María Virgen:*
16 Símbolo. . . . . 11
*Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado:*
17 Símbolo. . . . . 11
*Descendió á los infiernos:*
» Símbolo. . . . . 11
*Y al tercero dia resucitó entre los muertos:*
» Símbolo. . . . . 11
*Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso:*
» Símbolo. . . . . 11
*Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos:*
17 Juicio final. . . . . 7
*Creo en el Espíritu Santo:*
18 Símbolo. . . . . 11
*La Santa Iglesia Católica:*
19 Iglesia: sus caractéres. . . . . 7
*La comunion de los santos:*
20 Comunion de los Santos. . . . . 3
*El perdon de los pecados:*
21 Confesion, *primer discurso*. . . . . 3
22 Confesion: excelencia y virtud de la. . . . . 3
*Véanse* además los discursos designados para el sacramento de la Penitencia.
*La resurreccion de la carne:*
23 Resurreccion de los cuerpos. . . . . 10
*La vida perdurable:*
24 Alma (Inmortalidad del). . . . . 1
25 Inmortalidad del alma. . . . . 12
26 Verdad de la otra vida. . . . . 12
27 Cielo. . . . . 3
28 Infierno: dogma de la eternidad de las penas. . . . . 7

## PARTE SEGUNDA.

### DOCTRINA DE ESPERANZA.

*Sobre la virtud de la* ESPERANZA:
29 Esperanza cristiana. . . . . 5
*Sobre la* ORACION:
30 Oracion: necesidad de orar; *tercer discurso*. . . . . 9
31 Oracion (Condiciones de la). . . . . 9
32 PADRE NUESTRO Ú ORACION DOMINICAL. . . . . 9
33 AVE MARIA. . . . . 2
34 SALVE REGINA. . . . . 11
35 Oracion hecha en comun en las familias. . . . . 9

## PARTE TERCERA.

### DOCTRINA DE CARIDAD Ó DE OBRAS.

*Sobre la virtud de la* CARIDAD:
36 Caridad ó Amor de Dios, *primer discurso*. . . . . 1
37 Caridad (Caractéres de la). . . . . 1
38 Obras buenas: su necesidad. . . . . 9
39 Obras buenas: su poder. . . . . 9



### MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS.

40 Decálogo. . . . . 4
*Sobre el primer mandamiento:*
41 Amor de Dios. . . . . 1
42 Adoracion de Dios. . . . . 1
43 Culto verdadero. . . . . 4
44 Culto de los santos. . . . . 4
45 Oracion á los ángeles y á los santos. . . . . 9
46 Apostasía. . . . . 2
47 Supersticion. . . . . 11
48 Sueños. . . . . 11
*Sobre el segundo mandamiento:*
49 Juramentos. . . . . 7
50 Maldiciones y juramentos. . . . . 8
51 Imprecaciones y maldiciones. . . . . 7
52 Blasfemia. . . . . 2
53 Blasfemia, juramento y maldicion. . . . . 2
54 Voto (Naturaleza y obligaciones del). . . . . 12
*Sobre el tercer mandamiento:*
55 Domingos y fiestas, *segundo discurso*. . . . . 5
56 Misa: obligacion de oir misa. . . . . 8
*Sobre el cuarto mandamiento:*
57 Mandamientos de la Iglesia en general. . . . . 8
58 Padres: deberes de los padres para con sus hijos. . . . . 9
59 Hijos: deberes de los hijos para con sus padres. . . . . 6
60 Educacion doméstica. . . . . 5
61 Escuelas (Inauguracion de curso). . . . . 5
62 Amos y criados (Deberes de los). . . . . 1
63 Autoridad: su origen y uso. . . . . 2
64 Autoridad: deberes de los súbditos, *segundo discurso*. . . . . 2
*Sobre el quinto mandamiento:*
65 Homicidio. . . . . 6
66 Desafío. . . . . 4
67 Amor á los enemigos y perdon de las injurias, *segundo discurso*. 1
68 Escándalo. . . . . 5
*Sobre el sexto y noveno mandamiento:*
69 Lujuria. . . . . 8
70 Impureza. . . . . 7
71 Adulterio. . . . . 1
72 Sensualismo. . . . . 11
73 Sentido depravado. . . . . 11
74 Palabras deshonestas. . . . . 9
75 Canciones deshonestas. . . . . 2
76 Pensamientos malos. . . . . 10
*Sobre el séptimo y nono mandamiento:*
77 Hurto. . . . . 6
78 Usura. . . . . 11
79 Injusticias. . . . . 7
80 Deudas. . . . . 4
81 Restitucion. . . . . 10
*Sobre el octavo mandamiento:*
82 Murmuracion. . . . . 9
83 Testimonio falso. . . . . 11
84 Juicios temerarios. . . . . 7

85 Mentira. . . . . 8
86 Calumnia. . . . . 2

MANDAMIENTOS DE LA SANTA IGLESIA.

87 Mandamientos de la Iglesia en general.. . . . . 8
88 Iglesia. . . . . 7
*Sobre el primer mandamiento:*
89 Misa (obligacion de oir).. . . . . 8
90 Misa (santo sacrificio de la). . . . . 8
91 Misa (disposiciones que debe llevar el cristiano al santo sacrificio de la). . . . . 8
*Sobre el segundo mandamiento:*
92 Confesion. . . . . 3
*Véanse* además los discursos designados para el sacramento de la *Penitencia*.
*Sobre el tercer mandamiento:*
93 Comunion. . . . . 3
*Sobre el cuarto mandamiento:*
94 Ayuno, *segundo discurso*. . . . . 2
95 Abstinencia. . . . . 1
*Sobre el quinto mandamiento:*
96 Culto y clero. . . . . 4

## DE LAS VIRTUDES Y PECADOS.

DE LA VIRTUD EN GENERAL.

97 Vicio y virtud. . . . . 12
98 Devocion, ó verdadera y falsa piedad. . . . . 4

DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES.

*Véanse* los discursos designados para la FE, la ESPERANZA y la CARIDAD.

VIRTUDES CARDINALES.

99 Prudencia. . . . . 10
100 Justicia. . . . . 7
101 Fortaleza.. . . . . 6
102 Templanza. . . . . 11
103 BIENAVENTURANZAS.. . . . . 2
104 DONES DEL ESPÍRITU SANTO.. . . . . 5
105 OBRAS DE MISERICORDIA.. . . . . 9
106 PECADO ORIGINAL. . . . . 9
107 PECADO MORTAL.. . . . . 9
108 PECADO VENIAL. . . . . 9

## PECADOS CAPITALES.

*Sobre la Soberbia:*
109 Orgullo. . . . . 9
110 Soberbia. . . . . 11
*Sobre la Avaricia:*
111 Avaricia. . . . . 2
*Sobre la Lujuria:*
*Véanse* los discursos designados para el sexto mandamiento del Decálogo.
*Sobre la Ira:*
112 Cólera.. . . . . 3



*Sobre la Gula:*
113 Embriaguez. . . . . 5
114 Gula. . . . . 6
115 Intemperancia. . . . . 7
*Sobre la Envidia:*
116 Envidia. . . . . 5
*Sobre la Pereza:*
117 Ociosidad. . . . . 9
118 Pereza.. . . . . 10

## DE LAS VIRTUDES OPUESTAS Á LOS PECADOS CAPITALES.

*Sobre la Humildad* (opuesta á la Soberbia):
119 Humildad. . . . . 6
*Sobre la Largueza* (opuesta á la avaricia):
120 Caridad para con los pobres. . . . . 2
121 Limosna. . . . . 8
*Sobre la Castidad* (opuesta á la Lujuria):
122 Castidad. . . . . 3
*Sobre la Paciencia* (opuesta á la Ira):
123 Conformidad con la voluntad de Dios. . . . . 4
*Sobre la Templanza* (opuesta á la Gula):
124 Abstinencia. . . . . 1
125 Sobriedad. . . . . 11
126 Templanza. . . . . 11
*Sobre la Caridad* (opuesta á la Envidia):
127 Caridad para con los pobres. . . . . 2
*Sobre la Diligencia* (opuesta á la Pereza):
128 Diligencia. . . . . 4
129 Trabajo. . . . . 11
130 Fervor. . . . . 6

## DE LOS SACRAMENTOS.

Sacramentos en general. . . . . 11

BAUTISMO.

131 Bautismo en general. . . . . 2
132 Bautismo (su naturaleza y sus efectos). . . . . 2
133 Bautismo (su necesidad religiosa y social).. . . . . 2
134 Bautismo (sus elementos, ministro y sugeto). . . . . 2
135 Bautismo (sus ceremonias). . . . . 2
136 Bautismo (sus obligaciones ó promesas). . . . . 2
137 Bautismo (destino de los niños que mueren sin). . . . . 2
138 Bautismo (ratificacion de las promesas hechas en el). . . . . 2

CONFIRMACION.

139 Confirmacion en general. . . . . 4
140 Confirmacion (su naturaleza y sus elementos).. . . . . 4
141 Confirmacion (disposiciones, efectos y ceremonias).. . . . . 4
142 Confirmacion (exhortacion para disponer los niños que han de recibir el sacramento de la).. . . . . 4

PENITENCIA.

143 Confesion en general.. . . . . 4
144 Confesion : institucion divina de este sacramento. . . . . 3
145 Confesion : exámen de conciencia. . . . . 3
146 Confesion : de la contricion. . . . . 3
147 Confesion : del buen propósito. . . . . 3
148 Confesion : calidades de la confesion. . . . . 3

149 Vergüenza: sobre callar los pecados en la confesion. . . . . 6
150 Absolucion dada y rehusada. . . . . 1
151 Absolucion nula. . . . . 1
152 Confesion: satisfaccion. . . . . 3
153 Confesion: (excelencia y virtud de la). . . . . 3
154 Confesion: modo de hacerla. . . . . 4

COMUNION.

155 Comunion (sobre las disposiciones para la). . . . . 3
156 Comunion frecuente. . . . . 3
157 Comunion: excusas para no comulgar. . . . . 3
158 Comunion indigna ó sacrílega.. . . . . 3
159 Comunion (exhortacion para antes de la primera). . . . . 3
160 Eucaristia (como sacramento).. . . . . 5
161 Eucaristia: revelacion y promesa. . . . . 5
162 Eucaristia (institucion de la). . . . . 5
163 Extremauncion. . . . . 5
164 Orden. . . . . 9
165 Matrimonio. . . . . 8

DE LOS ENEMIGOS DEL ALMA.

166 Mundo, *discursos tercero y cuarto*. . . . . 9

DEMONIO.

167 Demonio. . . . . 4

CARNE.

168 Impureza.. . . . . 7
169 Lujuria. . . . . 8
170 Sensualismo. . . . . 11
171 Sentido depravado. . . . . 11
172 Mortificacion interior y exterior. . . . . 8

DE LOS NOVÍSIMOS Ó POSTRIMERÍAS.

MUERTE.

173 Muerte, *discurso primero*. . . . . 8
174 Muerte del justo y del pecador. . . . . 8
175 Muerte (preparacion de la).. . . . . 8

JUICIO.

176 Juicio final. . . . . 7
177 Juicio particular. . . . . 7

INFIERNO.

178 Infierno, discursos I y II. . . . . 7
179 Eternidad. . . . . 5

GLORIA.

180 Bienaventuranza. . . . . 2
181 Cielo. . . . . 3
182 Gloria.. . . . . 6

PURGATORIO.

183 Difuntos. . . . . 4
184 Purgatorio. . . . . 10
185 Indulgencias. . . . . 7
186 Jubileo. . . . . 7

# AÑO EVANGÉLICO;

Ó SEA:

## TABLA DE INSTRUCCIONES FAMILIARES

SOBRE LOS EVANGELIOS CORRESPONDIENTES Á LAS DOMÍNICAS DE TODO EL AÑO.

---

**Domingo 1.° de Adviento.** Tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate magna, et majestate (Luc. xxi, 27). Asunto: *Juicio final*. Tomo VII.

**Domingo 2.° de Adviento.** Beatus qui non fuerit scandalizatus in me (Matth. xi, 6). Asunto: *Complacencia mundana*. III.

**Domingo 3.° de Adviento.** Ego vox clamantis in deserto: dirigite viam Domini (Joann. i, 23). Asunto: *Conciencia falsa*. III.

**Domingo 4.° de Adviento.** Factum est verbum Domini super Joannem, Zachariæ filium, in deserto (Luc. iii, 2). Asunto: *Ocasiones (fuga de las)*. IX.

**Domingo de la octava de Navidad.** Ecce positus est hic in ruinam. (Luc. ii, 34). Asunto: *Persecuciones*. Persecucion de la fuerza, persecucion de la ciencia, persecucion de desprecio. X.

**Domingo 1.° despues de la Epifania.** Erat subditus illis (Luc. ii, 51). Asunto: *Deberes de los hijos para con sus padres*. VI.

**Domingo 2.° despues de la Epifania.** Vocatus est Jesus, et discipuli ejus ad nuptias (Joann. ii, 2). Asunto: *Matrimonio*. Bienes que resultan del matrimonio, sus deberes y sus peligros. VIII.

**Domingo 3.° despues de la Epifania.** Vade, ostende te sacerdoti (Matth. viii, 4). Asunto: *Sobre la confesion*. III.

**Domingo 4.° despues de la Epifania.** Domine, salva nos, perimus (Matth. viii, 25). Asunto: *Mortificacion de las pasiones*. VIII.

**Domingo 5.° despues de la Epifania.** Simile factum est regnum cœlorum homini, qui seminavit bonum semen in agro suo (Matth. xiii, 24). Asunto: *Vigilancia*. XII.

**Domingo 6.° despues de la Epifania.** Simile est regnum cœlorum grano sinapis (Matth. xiii, 31). Asunto: *Fe*. Cual debe ser la fe de un cristiano, y cual es la fe de la mayor parte de los cristianos. VI.

**Domingo de Septuagésima.** Quid hic statis tota die otiosi?... Ite et vos in veneam meam (Matth. xx, 6). Asunto: *Trabajo*. Obligacion de trabajar; y medios de que nos debemos valer para santificar nuestro trabajo. XI.

**Domingo de Sexagésima.** Est autem hæc parabola: Semen est verbum Dei (Luc. viii, 11). Asunto: *Palabra de Dios*, ó efectos que produce. Enseña á los ignorantes, corrige á los pecadores, perfecciona á los justos. IX.

**Domingo de Quincuagésima.** Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia, quæ scripta sunt per prophetas de Filio hominis (Luc.

XVIII, 31). Asunto: *Carnaval*. Devocion á la pasion de Jesucristo para huir de los desórdenes del carnaval. III.

**Domingo 1.º de Cuaresma.** Non in solo pane vivit homo (MATTH IV, 4). Asunto: *Palabra de Dios*. Disposiciones y espíritu con que debe oirse la palabra de Dios. IX.

**Domingo 2.º de Cuaresma.** Petrus dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse (MATTH. XVII, 4). Asunto: *Bienaventuranza*: ceguedad de tantos cristianos indiferentes que no la desean; flojedad ó pereza de otros que no procuran hacerse dignos de ella. II.

**Domingo 3.º de Cuaresma.** Erat Jesus ejiciens dæmonium, et illud erat mutum (LUC. XI, 14). Asunto: *Confesion*. Callar los pecados por vergüenza. IV.

**Domingo 4.º de Cuaresma.** Accepit Jesus panes; et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus. (JOANN. VI, 11). Asunto: *Eucaristía*, es un misterio de fe, y un misterio de amor. V.

**Domingo de Pasion.** Quis ex vobis arguet me de peccato? (JOANN. VIII, 46). Asunto: *Pecado venial*. IX.

**Domingo de Ramos.** Dicite filiæ Sion: ecce Rex tuus venit tibi mansuetus (MATTH. XXI, 5). Asunto: *Comunion*. Disposiciones para la Comunion. III.

**Domingo de Resurreccion.** Surrexit Dominus vere (LUC. XXIV, 34). Asunto: *Resurreccion espiritual* X.

**Domingo 1.º despues de Pascua.** Pax vobis (JOANN. XX, 21). Asunto: *Paz cristiana*. IX.

**Domingo 2.º despues de Pascua.** Ego sum Pastor bonus (JOANN. X, 14). Asunto: *Pastor* (El buen). Cualidades de Jesucristo que le hacen Buen Pastor: y cualidades que nosotros debemos tener para ser buenas ovejas. IX.

**Domingo 3.º despues de Pascua.** Amen, amen dico vobis, quia plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit; vos autem contristabimini; sed tristitia vestra vertetur in gaudium (JOANN. XVI, 20). Asunto: *Diversiones*. Su naturaleza, su estension y sus efectos. V.

**Domingo 4.º despues de Pascua.** Tristitia implevit cor vestrum (JOANN. XVI, 6). Asunto: *Tristeza cristiana*. XI.

**Domingo 5.º despues de Pascua.** Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, davit vobis. Usque modo non petistis quidquam in nomine meo: Petiti, et accipietis, ut gaudium vestrum sid plenum (JOANN. XVI, 23). Asunto: *Oracion*: obligacion de orar y como debemos cumplir con esta obligacion. IX.

**Domingo de la octava de la Ascension.** Ab initio mecum estis (JOANN. XV, 27). Asunto: *Perseverancia*. Ventajas de la perseverancia. X.

**Domingo de Pentecostés.** Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud cum faciemus (JOANN. XIV, 23). Asunto: *Dones del Espíritu Santo*. V.

**Domingo de la Sma. Trinidad.** Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti (MATTH. XXVIII, 19). Asunto: *Bautismo*. Gracia del Bautismo. II.

**Domingo de la octava del Smo. Sacramento.** Homo quidam fecit cœnam magnam (LUC. XIV, 16). Asunto: *Comunion frecuente*. III.

**Domingo 3.º despues de Pentecostés.** Erant autem appropinquantes ei publicani, et peccatores, ut audirent illum (LUC. XV, 1). Asunto: *Misericordia* de Dios. Lo que ella hace por los pecadores; y lo que los pecadores deben hacer para mostrarse agradecidos. VIII.

**Domingo 4.º despues de Pentecostés.** Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus (LUC. V, 5). Asunto: *Obras hechas en pecado mortal*. IX.



**Domingo 5.º despues de Pentecostés.** Ego autem dico vobis: quia omnis, qui irascitur fratri suo, reus erit judicio. Qui autem dixerit fratri suo raca: reus erit concilio. Qui autem dixerit, fatue: reus erit gehennæ ignis (MATTH. V, 22) Asunto: *Maldiciones y juramentos*. VIII.

**Domingo 6.º despues de Pentecostés.** Et manducaverunt, et saturati sunt (MARC. VIII, 8). Asunto: *Templanza cristiana*. XI.

**Domingo 7.º despues de Pentecostés.** Attendite à falsis prophetis. (MATTH. VII, 15) Asunto: *Profetas falsos*. VI.

**Domingo 8.º despues de Pentecostés.** Redde rationem villicationis tuæ (LUC. XVI, 2). Asunto: *Juicio particular*, y medios para prevenir su rigor. VII.

**Domingo 9.º despues de Pentecostés.** Videns civitatem flevit super illam (LUC. XIX, 41) Asunto: *Escogidos*. Todos podemos ser del número de los escogidos; si no lo somos es por nuestra culpa. V.

**Domingo 10 despues de Pentecostés.** Omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur (LUC. XVIII, 14). Asunto: *Orgullo*: el orgulloso resiste á Dios, y Dios resiste al orgulloso. IX.

**Domingo 11 despues de Pentecostés.** Solutum est vinculum linguæ ejus, et loquebatur recte (MARC VII, 35). Asunto: *Palabras deshonestas*. IX.

**Domingo 12 despues de Pentecostés.** Vade, et tu fac similiter (LUC. X, 37). Asunto: *Amor al prójimo*. I

**Domingo 13 despues de Pentecostés.** Cum ingrederetur quoddam castellum, occurrerunt ei decem viri leprosi, qui steterunt à longe (LUC. XVII, 12). Asunto: *Leprosos*. Circunstancia milagrosa en la curacion de los diez leprosos. VIII.

**Domingo 14 despues de Pentecostés,** Nemo potest duobus dominis servire (MATTH. VI, 24). Asunto: *Avaricia:* lo que es un avaro y cuán difícil es su conversion. II.

**Domingo 15 despues de Pentecostés.** Cum appropinquaret portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ (LUC. VII, 12). Asunto: *Hijo de la viuda de Naim (resurreccion del)*. VI.

**Domingo 16 despues de Pentecostés.** Hydropicus erat ante illum (LUC. XIV, 2). Asunto: Hidrópico del Evangelio. IV.

**Domingo 17 despues de Pentecostés.** Diliges Dominum Deum tuum (MATTH. XXII, 37). Asunto: *Dios*. Derechos que Dios tiene á nuestro amor. V.

**Domingo 18 despues de Pentecostés.** Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris? (MATTH. IX, 4.) Asunto: *Envidia*: 1.º no hay pecado más odioso ni más comun; 2.º no hay pecado más peligroso ni ménos temido. V.

**Domingo 19 despues de Pentecostés.** Tunc dixit rex ministris: Ligatis manibus et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores: ibi erit fletus, et stridor dentium (MATTH. XXII, 13). Asunto: *Infierno*. VII.

**Domingo 20 despues de Pentecostés.** Credidit ipse, et domus ejus tota (JOANN. IV, 53). Asunto: *Padres*. Deberes de los padres para con sus hijos: deben educarlos, colocarlos é inspirarles la virtud. IX.

**Domingo 21 despues de Pentecostés.** Redde quod debes (MATTH. XVIII, 28). Asunto: *Deudas*. IV.

**Domingo 22 despues de Pentecostés.** Reddite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari; et quæ sunt Dei, Deo (MATTH. XXII, 21). Asunto: *Restitucion*. Es necesaria; es rara. X.

**Domingo 23 despues de Pentecostés.** Mulier, quæ sanguinis fluxum patiebatur (MATTH. IX, 20). Asunto: *Hemorroisa*. VI

**Domingo 24 y último despues de Pentecostés.** Cum videritis abominationem desolationis, quæ dicta est à Daniele propheta, stantem in loco sancto: qui legit, intelligat (MATTH. XXIV, 15). Asunto: *Pecado mortal*: daño que hace al hombre é injuria que hace á Jesucristo. IX.

# AÑO APOSTÓLICO;

Ó SEA:

## TABLA METÓDICA

DE LOS 706 DISCURSOS QUE CONTIENE ESTA PRIMERA PARTE DEL **TESORO DE ORATORIA**, DISTRIBUIDOS SEGUN LA APLICACION QUE SE PUEDE HACER DE ELLOS EN LOS DIFERENTES TIEMPOS DEL AÑO.

---

### Primer domingo de Adviento.

1. In terris pressura gentium.—Terror de los pecadores en el dia del juicio. *Juicio final.* 1, VII.
2. Arescentibus hominibus præ timore.—Los pecadores temblarán de espanto porque van á ser juzgados y condenados por Jesucristo y por sí mismos. *Juicio final.* 2, VII.
3. Arescentibus hominibus, etc.—Los pecadores se espantarán al manifestarse los pecados conforme ellos son. *Malicia del pecado.* IX.
4. Arescentibus hominibus, etc.—Los pecadores temerán porque les remorderá la conciencia. *Remordimientos de la conciencia.* III.
5. Videbunt Filium hominis venientem, etc.—Debemos aprovecharnos de las gracias de la primera venida del Hijo de Dios para no temer los rigores de su venida última. *Adviento.* I.
6. Videbunt Filium hominis, etc.—Para no temer cuando venga con gran poder y majestad el Hijo del hombre, debemos hacer penitencia. *En qué consiste esta virtud.* X.
7. Levate capita vestra.—*Esperanza cristiana.* V.
8. Levate capita vestra.—Los justos nada temen por más que se trastorne el mundo. *Felicidad de los justos en la tierra.* VI.
9. Levate capita vestra.—El fruto de una buena conciencia es la verdadera alegria. *Rectitud de conciencia.* III.
10. Appropinquat redemptio vestra.—Designios de la Iglesia en la *Institucion del Adviento.* I.
11. Appropinquat redemptio vestra.—*Resurreccion de los cuerpos.* X.
12. Appropinquat redemptio vestra.—No opongamos obstáculo alguno á nuestra redencion, que está cerca, dilatando nuestra conversion. *Conversion diferida.* IV.

### Domingo segundo de Adviento.

1. Joannes cum audisset in vinculis.—*Injusticia del mundo con las personas virtuosas.* VII.
2. Joannes cum audisset in vinculis.—*Aflicciones.* I.
3. Mittens duos de discipulis suis, ait illi: Tu es, qui venturus es?—San



Juan envia sus discípulos al Redentor para que le conozcan. Nosotros debemos procurar conocer nuestros deberes. *Catecismo.* III.
4. Mittens duos de discipulis suis, etc.—Celo de S. Juan por la salvacion de sus discípulos. *Celo por la salvacion del prójimo.* III.
5. Renuntiate Joanni quæ audistis, et vidistis. Cæci vident, claudi ambulant etc.—*Milagros.* VIII.
6. Renuntiate Joanni, etc.—Jesucristo prueba su mision con obras, y nosotros con las obras debemos demostrar que somos sus discípulos. *Obras buenas.* IX.
7. Pauperes evangelizantur.—*Pobres.* Dignidad de los pobres en la Iglesia. X.
8. Beatus qui non fuerit scandalizatus.—*Complacencia mundana.* III.
9. Quid existis videre? Arundinem vento agitatam?—*Alma.* Grandeza de carácter. I.
10. Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam?—Juan no se dobla como una caña; no es inconstante. *Inconstancia.* VII.
11. Quid existis videre? hominem mollibus vestitum?—*Trajes.* XI.
12. Ecce qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt.—*Prosperidades temporales.* Sus peligros. X.

### Domingo tercero de Adviento.

1. Miserunt judæi ad eum, ut interrogarent eum: Tu quis es?—*Cristiano,* su dignidad y sus deberes. IV.
2. Miserunt ut interrogarent: Tu quis es?—*Cristiano.* Cuán gran beneficio es el ser cristiano. IV.
3. Et confessus est, et non negavit.—*Mentira.* VIII.
4. Et confessus est, et non negavit.—*Sinceridad.* XI.
5. Elias es tu? Propheta es tu? *Curiosidad.* IV.
6. Vox clamantis in deserto.—*Ocasiones.* Huir de las ocasiones. IX.
7. Dirigite viam Domini.—*Conciencia.* Rectitud de conciencia. III.
8. Dirigite viam Domini.—*Conciencia falsa.* III.
9. Dirigite viam Domini.—*Palabra de Dios.* V, 419.
10. Medius vestrum stetit, quem vos nescitis.—*Ignorancia en religion.* VII.
11. Quid dicis de te ipso?—*Ignorancia de nuestros deberes.* VII.
12. Cujus ego non sum dignus etc.—*Humildad.* VII.

### Domingo cuarto de Adviento.

1. Anno quintodecimo imperii Tiberii Cæsaris, procurante Pontio Pilato Judæam.—La república de los judíos estaba llena de vicios, porque tenia tan malos presidentes y cabezas *Ejemplo de los grandes.* V.
2. Factum est verbum Domini super Joannem.—*Palabra de Dios.* Juan obedece al punto cuando Dios le habla. Disposiciones con que debe oirse la palabra de Dios. IX.
3. Factum est verbum... et venit.—Juan obedece á las divinas inspiraciones; nosotros las despreciamos. *Inspiracianes ó abuso de las gracias.* VII.
4. Factum est verbum Domini.—*Conformidad con la voluntad de Dios.* IV.
5. Venit prædicans.—Juan, lleno de celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas, abandona el desierto. *Celo.* III.
6. Venit prædicans.—Juan con su predicacion procura la salvacion de las almas; á nosotros tambien nos intima Dios que procuremos salvar á nuestros hermanos. *Apostolado de los fieles.* II.
7. Prædicans baptismum pœnitentiæ.—*Penitencia:* en qué consiste. X.
8. Parate viam Domini.—*Comunion.* Disposiciones para la comunion III.
9. Parate viam Domini.—*Ley.* Perfecta observancia de la ley. VIII.

10. Rectas facite semitas ejus.—*Conciencia falsa*. III.
11. Omnis vallis implebitur.—Preparacion especial para recibir al Salvador. *Adviento*. I.
12. Et videbit omnis caro salutare Dei.—El Salvador del mundo ha venido ya; nosotros debemos mostrarnos agradecidos á tan singular beneficio. *Agradecimiento*. I.

### Dominica infraoctava de Navidad.

1. Et erat pater ejus et mater mirantes.—José y María llevan á Jesus al templo. Los padres deben inspirar sentimientos religiosos á sus hijos. *Educacion doméstica*.. V.
2. Ecce positus est hic in ruinam etc.—*Doctrina católica* (*oposicion á la*). V.
3. Ecce positus est hic in ruinam.—*Persecuciones*. X.
4. Vixerat cum viro suo... et hæc vidua. . non discedebat de templo.—*Castidad*. III.
5. Vixerat cum viro suo annis septem... et hæc vidua... non discedebat de templo.—*Estado de vida y cuidado de perfeccionarse en él*. V.
6. Vixerat cum viro suo... et hæc vidua... non discedebat de templo.—*Ejemplo* (*buen*). V.
7. Non discedebat de templo, jejuniis serviens.—Excelencia del ayuno. *Ayuno*. II.
8. Obsecrationibus serviens.—Oracion IX.
9. Serviens die ac nocte.—Perseverancia en el servicio de Dios. X.
10. Loquebatur de illo omnibus, qui espectabant.—Esperanza cristiana. V.
11. Et ut perfecerunt omnia secundum legem.—*Perfecta observancia de la ley*. VIII.
12. Puer crescebat... et gratia Dei erat in illo.—Nada debemos omitir para conservar la gracia. *Gracia*. VI.

### Dominica infraoctava de la Epifanía.

1. Ascendentibus illis Jerosolymam secundum consuetudinem diei festi.—Jesus nos enseña á santificar las fiestas. *Domingos y fiestas*. V.
2. Remansit puer Jesus in Jerusalem.—Dios envia tribulaciones á los que ama para probarlos; pues vemos que Jesus se retiró de María y José á quienes tanto amaba. *Adversidades*. I.
3. Existimantes illum esse in comitatu —*Compañías*. III.
4. Requirebant eum... et non invenientes, regressi sunt... requirentes.—*Educacion doméstica*. V.
5. Invenerunt illum in templo sedentem in medio doctorum, audientem illos.—*Sacerdocio*. XI.
6. Invenerunt illum in templo... interrogantem eos.—*Dudas en materia de religion*. V.
7. Pater tuus et ego dolentes quærebamus te.—María y José buscan á Jesus; ¿por qué no le buscan los que le han perdido por el pecado? Porque no conocen la malicia del pecado. *Pecado mortal*. IX.
8. Nesciebatis quia in his, quæ Patris mei sunt, oportet me esse?—*Celo en defensa de los intereses de Dios*. III.
9. In his quæ Patris mei sunt oportet me esse.—*Salvacion*. XI.
10. Et erat subditus illis.—*Hijos*. Deberes de los hijos. VI.
11. Jesus proficiebat sapientia, et ætate.—*Progreso espiritual* X.
12. Jesus proficiebat, etc.—*Gracia*. Abuso de la gracia. VI.

### Dominica segunda despues de la Epifanía.

1. Nuptiæ factæ sunt in Cana Galileæ.—*Bodas de Caná*. II.
2. Vocatus est autem et Jesus.—Se debe llamar á Jesus en los casamientos. *Matrimonio*. Disposiciones para contraerlo. VIII.



3. Vocatus est autem et Jesus.—El Señor acepta este convite, y lleva á él á su madre y á sus discípulos para mostrar la santidad del estado del matrimonio. *Matrimonio*. VIII.
4. Vocatus est Jesus.—Dios asiste á las bodas, y á él principalmente dan los casados la palabra de fidelidad; por eso se dá por tan ofendido del adulterio. *Adulterio*. I.
5. Dicit mater Jesu ad eum.—*Mujer considerada como madre*. IX.
6. Dicit mater ejus ministris: Quodcumque dixerit vobis, facite.—La Vírgen santísima espera con confianza el milagro. *Confianza en Dios*. IV.
7. Dicit eis Jesus: Implete hydrias aqua. Et impleberunt eas usque ad summum.—*Ley divina*, su grandeza y su excelencia. VIII.
8. Dicit eis Jesus: Ferte architriclino. Et tulerunt.—*Obediencia*. IX.
9. Cum inebriati fuerint.—*Embriaguez*. V.
10. Cum inebriati fuerint.—*Templanza cristiana*. XI.
11. Hoc fecit initium signorum Jesus.—*Milagros*. VIII.
12. Crediderunt in eum discipuli ejus.—*Fe*. Necesidad de la fe. VI.

### Dominica tercera despues de la Epifanía.

1. Domine, si vis, potes me mundare.—*Leproso*. VIII.
2. Domine, si vis, potes me mundare.—La oracion de este leproso es breve; pero eficaz. *Oracion*. IX.
3. Vade, ostende te sacerdoti.—*Confesion*. Excelencia y virtud de la confesion. III.
4. Domine, puer meus jacet paralyticus.—*Centurion*. III.
5. Puer meus jacet in domo paralyticus.—*Enfermedades*. Utilidad de las enfermedades. V.
6. Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum.—*Humildad*. VI.
7. Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum.—*Comunion*. *Excusas para no comulgar*. III.
8. Nam, et ego homo sum sub potestate constitutus.—*Autoridad*. Respetos y consideraciones que deben á la autoridad sus subordinados. II.
9. Et dico... servo meo: Fac hoc, et facit.—*Criados*. Deberes de los criados. IV.
10. Non inveni tantam fidem in Israel.—*Religion*. X.
11. Filii regni ejicientur in tenebras exteriores.—*Judíos*. Causa de la reprobacion de los judíos. VII.
12. Ibi erit fletus et stridor dentium.—*Infierno*. VII.

### Dominica cuarta despues de la Epifanía.

1. Ecce motus magnus factus est in mari.—*Iglesia*. VII.
2. Motus magnus factus est in mari.—Las pasiones suscitan tambien tempestades.—*Pasiones*. IX.
3. Motus magnus factus est in mari.—Armas para vencer las tentaciones. *Tentaciones*. XI.
4. Ipse vero dormiebat —*Sueños*. XI.
5. Domine, salva nos, perimus.—*Calamidades públicas*. II.
6. Domine, salva nos, perimus.—Este es un modelo de las palabras con que debemos orar. *Oracion*. IX.
7. Quid timidi estis, modicæ fidei?—Reprende Jesus á sus apóstoles porque no tienen en él la confianza que tendríamos en un amigo. *Confianza en Dios*. IV.
8. Quid timidi estis, modicæ fidei?—Quiso el Señor hacer prueba de la fe de sus apóstoles. *Fe*. VI.
9. Imperabit ventis... et facta est tranquilitas magna —Los vientos y la mar obedecen á Jesus con sumision y puntualidad; ¿cuánto más debiéramos nosotros obedecer á él y á sus representantes? *Obediencia*. IX.

10. Facta est tranquilitas magna.—*Felicidad de los justos en este mundo.* VI.
11. Facta est tranquilitas magna.—El justo se ve á veces en grandes peligros, y esto le causa mucha tristeza; pero esta tristeza se convierte en gozo. *Tristeza cristiana.* XI.
12. Qualis est hic?—Jesucristo. (Su divinidad). VII.

**Dominica quinta despues de la Epifania.**

1. Simile factum est regnum cœlorum homini, qui seminavit bonum semen.—Esta semilla es la divina palabra. Frutos que produce: disposiciones con que debe oirse. *Palabra de Dios.* IX.
2. Simile factum est regnum cœlorum homini, etc. *Hábito malo.* VI.
3. Cum dormirent homines.—Los superiores deben velar y acudir por sí mismos á cuanto sea de su obligacion; por eso las dignidades eclesiásticas son una cruz muy pesada. *Dignidades.* IV.
4. Cum dormirent homines.—El que se echa á dormir, deja campo franco á su enemigo; por eso debemos estar despiertos en continua vela. *Vigilancia.* XII.
5. Venit inimicus ejus, et superseminavit zizania.—Este enemigo es el demonio, que hace los mayores esfuerzos para perdernos. Cómo debemos inutilizar estos esfuerzos. *Demonio.* IV.
6. Superseminavit zizania.—Lo que hace el demonio, lo hacen tambien los murmuradores; ellos siembran la cizaña. *Murmuracion.* IX.
7. Vis, imus, et colligimus ea?—*Celo por el honor de la religion.* III.
8. Vis, imus, et colligimus ea?... Non.—*Confusion de los buenos con los malos.* IV.
9. Sinite utraque crescere usque ad messem.—*Paciencia de Dios en tolerar el pecador.* IX.
10. Sinite utraque crescere.—Gran misericordia del Señor! Da al pecador tiempo y auxilios para convertirse; no dilate pues su conversion. *Conversion.* IV.
11. Colligite zizania, alligate ea et in fasciculos ad comburendum.—Este fin ha de tener la cizaña, el fuego eterno del infierno *Infierno.* VII.
12. Triticum autem congregate in horreum meum.—El trigo limpio se pondrá en el granero del Padre celestial; los justos irán al cielo. *Bienaventuranza.* II.

**Dominica sexta despues de la Epifania.**

1. Simile est regnum cœlorum grano sinapis.—El grano de mostaza por su pequeñez figura la Iglesia, árbol frondoso, fruto de una pequeña simiente. *Iglesia.* VII.
2. Simile est regnum cœlorum grano sinapis.—Tambien figura el grano de mostaza los medios insignificantes de que se valió Jesucristo para convertir el mundo. *Jesucristo.* Divinidad de Jesucristo probada por sus medios. VII.
3. Simile est regnum cœlorum grano sinapis.—Los justos son el reino de los cielos, porque desde esta vida participan de un ensayo de la gloria en el testimonio de su buena conciencia. *Felicidad de los justos en este mundo.* VI.
4. Simile est regnum cœlorum grano sinapis.—Jesucristo en el capítulo 17, v. 6 de S. Lucas, nos declara con la comparacion del grano de mostaza cuál debe ser nuestra confianza en Dios. *Confianza en Dios.* IV.
5. Simile est regnum cœlorum grano sinapis.—*Fe*: sus cualidades. VI.
6. Simile est regnum cœlorum grano sinapis.—Ley antigua y ley nueva. *Antigua y nueva alianza.* I.
7. Minimum est omnibus seminibus,—El pecado venial parece una cosa insignificante; pero sus consecuencias son funestísimas. *Fidelidad.* VI.



8. Cum autem creverit majus est omnibus oleribus.—Los malos ejemplos parecen á veces una cosa insignificante; sin embargo, sus resultados son funestísimos. *Escándalo.* V.
9. Quod acceptum mulier abscondit in farinæ satis tribus, donec fermentatum est totum.—Los fieles unidos con Jesucristo por el bautismo y la fe forman un solo cuerpo, y su union puede compararse por sus efectos á la levadura, que hace fermentar la harina para que con ella pueda hacerse un pan excelente, pues nos hace participantes de los méritos de los santos. *Comunion de los Santos.* III.
10. Quod acceptum mulier, etc.—La bienaventuranza es semejante á la levadura. Por ésta se entiende la gracia, que nos hace adquirir méritos para la vida eterna. Pero ésta se consigue cuando todo está fermentado; esto es, cuando el alma está junto al término de la vida presente. La muerte pues, al justo no debe inspirarle temor. *Muerte del justo.* VIII.
11. Quod abscondit mulier, etc.—La levadura es tambien un admirable símbolo de la palabra de Dios, que deja sazonada toda la masa del hombre. *Palabra de Dios.* IX.
12. Eructabo abscóndita à constitutione mundi.—Jesucristo ha publicado cosas misteriosas que estaban ocultas desde la creacion del mundo; y como estas cosas están compendiadas en el catecismo, todos deben saberlo. *Catecismo.* III.

**Dominica de Septuagésima.**

1. Exiit primo mane.—Dios es el primero que acude á todo lo que sea útil al bien espiritual de nuestra alma; por mucho que madruguemos, se anticipan siempre sus misericordias. *Misericordia de Dios.* VIII.
2. Conducere operarios.—Dando el nombre de *obreros* á los superiores, les hace responsables de las faltas á que dé lugar su descuido en velar sobre sus inferiores; por eso los santos huian tanto de las dignidades. *Dignidades.* IV.
3. Quid hic statis tota die otiosi?—Indiferencia. VII.
4. Quid hic statis tota die otiosi?—Trabajo. VI.
5. Quid hic statis tota die otiosi?—*Ociosidad.* IX.
6. Voca operarios, et redde illis mercedem.—*Bienaventuranza.* II.
7. Voca operarios.—Juicio particular. IV.
8. Murmurabant adversus patrem familias.—*Envidia.* V.
9. Nonne ex denario convenisti mecum?—Dios nos promete la gloria por nuestros trabajos; pero estos trabajos deben ser hechos en gracia. *Estado en la culpa y en gracia.* V.
10. Non facio tibi injuriam.—Aunque el Señor predestine por su libre voluntad, nunca premia sinó las buenas obras, ni castiga sinó las malas. *Predestinacion.* X.
11. Multi sunt vocati, pauci veró electi.—*Escogidos.* V.
12. Multi sunt vocati, pauci vero electi.—*Camino estrecho de la salvacion.* II.

**Dominica de Sexagésima.**

1. Exiit qui seminat, seminari semen suum.—La palabra de Dios es la semilla propiamente suya, y debemos recibirla con las debidas disposiciones. *Palabra de Dios.* IX.
2. Aliud cecidit secus viam.—La semilla caida á lo largo del camino significa la palabra de Dios sembrada en los corazones disipados á causa de la ociosidad. *Ociosidad.* IX.
3. Aliud cecidit super petram.—La preciosa semilla cae sobre un pedre-

gal, cuando cae sobre un corazon duro á causa de alguna mala costumbre. *Hábito malo.* VI.

4. Aliud cecidit inter spinas.—Las espinas significan el apego que tienen los hombres á los bienes terrenos. *Bienes temporales y eternos.* II.
5. Hæc dicens, clamabat.—El Señor nos dá grandes voces porque, á pesar de la eficacia de la divina palabra, andamos muy léjos de él, y cada vez nos alejamos más en nuestro daño. *Abandono de Dios.* I.
6. Venit diabolus, et tollit verbum de ore eorum.—El diablo nos arrebata la divina palabra; y los hombres se apoderan de los bienes ajenos. *Hurto.* VI.
7. Tempore tentationis recedunt.—Muchos reciben con gusto la palabra de Dios, pero no cuidan de que eche raices en su corazon, y por eso no resisten á las tentaciones. Modo de vencerlas. *Tentaciones.* XI.
8. Tempora tentationis recedunt.—*Reincidencia.* X.
9. Tempore tentationis recedunt.—Debemos permanecer firmes en la observancia de la ley del Señor, á pesar de los trabajos y contradicciones. *Ley divina: su observancia.* VIII.
10. A divitiis.... suffocantur.—*Prosperidades temporales.* X.
11. A voluptatibus vitæ... suffocantur.—*Placeres.* X.
12. Fructum afferunt in patientia.—Los buenos sufren con resignacion las adversidades.—*Adversidad,* I.

### Dominica de Quincuagésima.

1. Ecce ascendimus Jerosolymam.—La memoria de la pasion del Señor debe obligarnos á no tomar parte en las diversiones pecaminosas del carnaval. *Carnaval.* III.
2. Ecce ascendimus Jerosolymam.—Nos propone la Iglesia en estos dias, en que se dá soltura á todos los apetitos, la pasion dolorosa de Jesucristo, á fin de echar en nuestros placeres este saludable acibar. Pero si esto no basta para que los temais, voy á ocuparme de ellos. *Placeres.* XI.
3. Ecce ascendimus Jerosolymam.—La Iglesia nos habla de la pasion de Jesucristo, y el mundo nos convida á toda clase de diversiones. Voy á hablaros de los bailes, tan frecuentes en estos dias. *Bailes.* II.
4. Et non intelligebant quæ dicebantur.—Por poco que se reflexione sobre las circunstancias del Evangelio que la Iglesia nos propone, se vendrá en conocimiento de cuán contrario es el espíritu del mundo del espíritu de Jesucristo. *Caractéres del espíritu de Jesucristo y del espíritu del mundo.* II.
5. Et non intelligebant quæ dicebantur.—Jesucristo nos invita á seguirle al Calvario; pero muchos no entienden la significacion de sus palabras. Satanás tambien nos invita á seguirle, y desgraciadamente son muchos los que le siguen. Vosotros, ¿á quién de los dos elegís? *Carnaval,* primer discurso. III.
6. Cæcus... clamavit dicens: Jesu fili David, miserere mei.—*Oracion.* IX.
7. Qui præibant increpabant eum, ut taceret.—A todos los que pasaban enfadaban sus clamores en vez de excitar su compasion; así trata el mundo á los pobres, no dignándose de poner en ellos los ojos siquiera, debiendo considerar á Dios en sus personas. *Pobres, su dignidad en la Iglesia.* X.
8. Jussit illum adduci ad se.—Nada hay más agradable al Señor que los clamores de los afligidos. *Adversidad.* I.
9. Domine, ut videam.—*Engaños del pecador.* V.
10. Domine, ut videam.—El pedir la vista corporal es bueno é importante; pero lo es mucho más pedir la de nuestra alma. *Ceguedad espiritual.* III.



11. Respice, fides tua te salvum fecit.—*Compasion.* III.
12. Vidit, et sequebatur illum.—*Agradecimiento.* I.

## CUARESMA.

### Miércoles de ceniza.

1. Memento homo etc.—*Muerte.* Pensamiento de la muerte. VIII.
2. Pulvis es, et in pulverem reverteris.—*Muerte.* Memoria de la muerte. VIII.
3. Pulvis es, et in pulverem reverteris.—*Muerte.* Humillaciones de la muerte. VIII.
4. Pulvis es, et in pulverem reverteris.—*Muerte.* Preparacion para la muerte. VIII.
5. Cum jejunatis.—Artificios y sutilezas á que se apela para eludir la ley del ayuno. *Ayuno.* II.
6. Cum jejunatis, etc.—La institucion del ayuno es santa; su práctica debe tambien ser santa. *Ayuno.* II.
7. Cum jejunatis.—Obligacion y extension de la ley del ayuno. *Ayuno.* II.
8. Thesaurizate vobis thesauros in cœlo.—*Limosna.* VIII.
9. Thesaurizate vobis thesauros in cœlo.—*Caridad para con los pobres.* II.
10. Thesaurizate vobis thesauros in cœlo.—*Bienes temporales y eternos.* II.
11. Thesaurizate vobis thesauros in cœlo.—*Cuaresma.* Conducta del alma cristiana en tiempo de cuaresma. IV.
12. Thesaurizate vobis thesauros in cœlo.—El tiempo de cuaresma es tiempo de atesorar méritos, tiempo de gracia y de salvacion; por consiguiente, la impenitencia, que es en todo tiempo culpable, seria en éste duplicada iniquidad. *Cuaresma.* IV.

### Jueves de ceniza.

1. Accesit ad eum Centurio.—Este piadoso soldado nos convence que aún en el estado militar y en el de casado, se puede servir á Dios, y perfeccionarse; por consiguiente lo podemos tambien nosotros en cualquier estado en que nos haya colocado la Providencia. *Estado de vida.* Cuidado de perfeccionarse en nuestro estado de vida. V.
2. Accesit ad eum Centurio.—*Consuelos.* IV.
3. Accesit ad eum rogans.—*Oracion.* IX.

En la dominica tercera despues de la Epifania se señalan otros nueve asuntos que pueden aplicarse al mismo Evangelio.

### Viernes despues de ceniza.

1. Diliges proximum tuum.—*Amor al prójimo.* I.
2. Diliges proximum tuum.—Importancia social del amor cristiano á nuestros semejantes. I.
3. Diligite inimicos vestros.—*Amor á los enemigos.* I.
4. Diligite inimicos vestros.—*Reconciliacion.* X.
5. Diligite inimicos.—*Desafío.* IV.
6. Estote perfecti.—*Acciones.* Modo de santificarlas. I.
7. Estote perfecti, sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.—*Progreso espiritual.* X.
8. Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus.—*Honor.* VI.
9. Cum facis eleemosinam.—*Limosna.* VIII.
10. Noli tuba canere.—*Vanagloria.* XII.
11. Sicut hipocritæ faciunt.—*Hipocresía.* VI.
12. Ut honorificentur ab hominibus.—*Respeto humano.* X.

### Sábado primero de Cuaresma.

1. Erat navis in medio maris.—*Iglesia.* Luchas y triunfos de la Iglesia. VII.
2. Erat navis in medio maris.—Los justos experimentan tambien contratiempos. *Providencia.* X.
3. Erant laborantes in remigando.—*Aflicciones.* I.
4. Erant laborantes in remigando —Tambien las pasiones levantan tempestades, y debemos hacer poderosos esfuerzos para dominarlas. *Pasiones.* IX.
5. Venit ad eos.—Ningun atribulado deje de prometerse socorro del cielo. *Consuelos.* IV.
6. Volebat præterire eos.—Estrago que el demonio hace en nuestras almas cuando Dios nos abandona. *Abandono.* I.
7. Conturbati sunt.—*Pusilanimidad.* VI.
8. Confidite, ego sum.—*Confianza en Dios.* IV.
9. Non intellexerunt de panibus.—*Ceguedad espiritual.* III.
10. Cessavit ventus.—Todo obedece á Dios: solo el corazon del hombre le hace resistencia. *Inspiraciones.* VII.
11. Ponebant infirmos.—*Enfermedades.* V.
12. Deprecabantur eum.—*Oracion.* IX.

### Primera dominica de Cuaresma.

1. Ductus est Jesus in desertum.—*Tentaciones de Jesucristo.* XI.
2. Ut tentaretur à diabolo.—*Tentaciones: armas para vencerlas.* XI.
3. Ut tentaretur à diabolo.—*Combate espiritual.* III.
4. Cum jejunasset.—*Ayuno.* II.
5. Non in solo pane vivit homo.—*Palabra de Dios.* IX.
6. Non in solo pane vivit homo.—En qué consiste y cómo se conserva la vida espiritual. *Combate espiritual.* III.
7. Scriptum est enim.—*Escritura sagrada.* V.
8. Ostendit ei omnia regna mundi, et gloriam eorum.—*Espectáculos.* V.
9. Dominum Deum tuum adorabis.—*Hombre.* Fin del hombre. VI.
10. Deum tuum adorabis.—*Adoracion.* I.
11. Dominum Deum tuum adorabis.—*Dios.* Grandeza de Dios. V.
12. Dominum Deum tuum adorabis.—*Deberes para con Dios.* IV.

### Lunes despues de la primera dominica de Cuaresma.

1. Cum venerit Filius hominis.—*Juicio final* VII.
2. Separavit eos ab invicem.—*Confusion de los buenos con los malos.* IV.
3. Separavit eos ab invicem.—*Compañías.* III.
4. Venite, benedicti Patris mei.—*Gloria.* VI.
5. Esurivi, et dedisti mihi manducare.—*Caridad para con los pobres.* II.
6. Infirmus, et visitastis me.—*Enfermos.* Visita á los enfermos. V.
7. In carcere eram, et venistis ad me.—*Caridad para con los presos.* II.
8. Dedisti mihi manducare... dedistis mihi bibere.—*Beneficencia.* II.
9. Quandiu fecistis uni ex his... mihi fecistis.—*Pobres.* Jesucristo se identifica con los pobres. Dignidad de los pobres. X.
10. Discedite à me, maledicte.—Males de un condenado. *Infierno.* VII.
11. Discedite... in ignem æternum.—Dogma de la eternidad de las penas del infierno. VII.
12. Ibunt in supplicium æternum.—*Tormentos del infierno.* VII.

### Martes despues de la primera dominica de Cuaresma.

1. Quis est hic?—*Envidia.* V.
2. Quis est hic?—*Jesucristo; su divinidad.* VII.
3. Ejiciebat vendentes.—*Avaricia.* II.



4. Domus mea, domus orationis vocabitur.—*Templo.* Respeto en los templos. XI.
5. Domus mea etc.—Celo por los templos del Señor. III.
6. Populi dicebant: hic est Jesus.—*Fé.* Sin ella es imposible agradar á Dios. VI.
7. Mensas nummulariorum evertit.—Para desarraigar el pecado es preciso dar por tierra con todo lo que le sirve, huyendo las ocasiones. *Ocasiones.* IX.
8. Videntes mirabilia, indignati sunt.—*Endurecimiento.* V.
9. Indignati sunt.—*Cólera.* Causa y efectos de la cólera. III.
10. Ex ore infantium perfecisti laudem.—Virtudes de la infancia. *Niños.* IX.
11. Ex ore infantium, etc.—*Infancia.* VII.
12. Relictis illis, abiit foras.—*Abandono de Dios.* Desgracia de una alma cuando Dios la abandona. I.

### Miércoles despues de la primera dominica de Cuaresma.

1. Magister, volumus à te signum videre.—*Soberbia.* XI.
2. Volumus à te signum videre.—Ni saben lo que se piden, ni lo saben pedir. Nuestras oraciones son muchas veces defectuosas, porque no pedimos lo que Dios quiere que pidamos, ó no lo pedimos del modo que quiere. *Oracion.* IX.
3. Generatio mala et adultera.—Con razon los llama generacion adúltera, por su incredulidad. *Incredulidad.* VII.
4. Viri ninivitæ surgent.—¡Qué vergüenza para un cristiano que no haga en él la palabra de Dios el efecto que hizo en unos gentiles corrompidos! *Palabra de Dios.* IX.
5. Quia pœnitentiam egerunt.—*Penitencia verdadera.* X.
6. Viri ninivitæ surgent... Regina austri surgent.—Con las obras buenas de estos convencerá Dios en el juicio á los pecadores; y podrá tambien llenarlos de vergüenza con las obras de los primeros cristianos. *Cristianos primitivos.* IV.
7. Ecce pluscuam Salomon hic.—*Jesucristo: su divinidad.* VII.
8. Cum immundus spiritus.—*Impureza.* VII.
9. Cum immundus spiritus.—*Sensualismo.* XI.
10. Fiunt novissima hominis illius pejora.—*Reincidencia.* X.
11. Quæ est mater mea, et fratres mei? —Para Jesucristo no hay otro parentesco que alegar, sinó la observancia de sus mandamientos. *Ley divina: su observancia.* VIII.
12. Quicumque fecerit voluntatem Patris mei.—*Conformidad con la voluntad de Dios.* IV.

### Jueves despues de la primera dominica de Cuaresma.

1. Egressus Jesus, secessit.—Jesus no abandona á los judíos de su voluntad, sinó provocado de sus hipocresías. *Hipocresía.* VI.
2. Secessit in partes Tiri et Sidonis.—Por todas partes busca el Señor á los pecadores. *Misericordia de Dios.* VIII.
3. Mulier Chananea.—*Cananea.* II.
4. A finibus illis egressa.—Socorre el Señor á la Cananea, porque para pedirle se salió de entre los idólatras. *Ocasiones.* Huida de ellas. IX.
5. Clamavit dicens.—*Oracion.* IX.
6. Miserere mei, fili David.—*Hábito malo ó malas costumbres.* VI.
7. Male à dæmonio vexatur.—Así trata el demonio á los que le sirven, y, sin embargo, los hombres se alistan bajo sus banderas. *Demonología.* IV.
8. Accedentes discipuli rogabant eum.—Como intercedian los apóstoles

por esta mujer, ruegan por nosotros los ángeles y santos. *Oracion á los ángeles y santos.* IX.
9. Etiam Domine.—*Confianza en Dios.* II.
10. Etiam Domine.—*Humildad.* VI.
11. O mulier.—*Mujer.* Deberes de una mujer cristiana. IX.
12. Magnatest fides tua.—*Fé: sus cualidades.* VI.

**Viernes despues de la primera dominica de Cuaresma.**

1. Erat dies festus, et ascendit Jesus Jerosolymam.—*Paralítico de la Piscina.* IX.
2. Est Jsrosolymis probatica piscina.—Representa esta piscina la penitencia. *Confesion.* III.
3. Multitude magna languentium.—*Confesion.* Defectos que hacen inútiles las confesiones. III.
4. Qui prior descendisset post motionem aquæ.—Si no aprovechamos la ocasion cuando el ángel de las inspiraciones mueve nuestro corazon, no sabemos si volverá el Señor á enviarle. *Inspiraciones.* VII.
5. Homo triginta et octo annos habens in infirmitati.—*Pecado habitual.* IX.
6. Vis sanus fieri?—*Generosidad cristiana.* IV.
7. Hominem non habeo.—Este enfermo no atribuye su mal al pecado, sinó á no tener hombre. *Engaños del pecador.* V.
8. Tolle grabatum tuum.—Es justo que el pecador tome sobre si la carga de la penitencia. *Penitencia.* X.
9. Sustulit grabatum suum.—Este hombre obedece á Jesús: obedezcámosle tambien nosotros observando su ley. *Ley.* Su observancia. VIII.
10. Jesus declinavit à turba.—Jesús se separa de la multitud que habia visto el milagro enseñándonos con esto la humildad. *Humildad.* VI.
11. Ne deterius tibi aliquid contingat.—*Reincidencia.* X.
12. Nuntiavit judæis quia Jesus esset.—*Agradecimiento.* I.

**Sábado despues de la primera dominica de Cuaresma.**

1. Duxit illos in montem excelsum seorsum.—Jesucristo, que nos sirve de guia, nos lleva por la subida áspera y fragosa del monte, figura del camino que nos ha de llevar á la gloria. *Aflicciones.* I.
2. Transfiguratus est ante eos.—*Bienaventuranza.* II.
3. Resplenduit facies ejus sicut sol.—Asi brillarán los cuerpos de los justos despues de la resurreccion. *Resurreccion de los cuerpos.* X.
4. Apparuerunt Moises et Elias.—Moisés y Elias representaban la ley y los profetas. En todos tiempos y en todos los estados pueden salvarse los hombres, perfeccionándose en su estado. *Estado de vida.* V.
5. Domine, bonum est nos hic esse.—*Cielo: vision de Dios en el cielo.* III.
6. Domine, bonum est non hic esse.—*Cielo: semejanza con Dios en el cielo.* III.
7. Domine, bonum est non hic esse.—*Felicidad de los justos en este mundo.* VI.
8. Faciamus hic tria tabernacula.—Pedro quiere permanecer en el monte; y uno de los evangelistas nos dice, que Pedro no sabia lo que se decia. No debemos tener apego á la tierra. *Desapego.* IV.
9. Hic est filius meus dilectus.—*Jesucristo: su divinidad.* VII.
10. Ipsum audite.—*Ley: su observancia.* VIII.
11. Ipsum audite.—*Iglesia.* Obediencia á la Iglesia. VII.
12. Ipsum audite.—Debemos tambien obedecer á los prelados; pero no olviden éstos que las prelacías son una pesada cruz. *Dignidades.* IV.

**Dominica segunda de Cuaresma.**

El Evangelio es el mismo que el del sábado precedente; por consiguiente pueden servir los mismos asuntos.



**Lunes despues de la segunda Dominica de Cuaresma.**

1. Quæretis me, in peccato vestro moriemini.—*Impenitencia final.* VII.
2. Ego vado, et quæretis me.—*Abandono.* I.
3. Ego vado, quæretis me.—Abandona á los judios porque oponen diques á su misericordia con su mucha ingratitud. *Ingratitud.* VII.
4. Ego vado, quæretis me.—Siendo Dios el sumo y único bien, es la mayor de las desgracias el perderle pecando. *Pecado mortal.* IX.
5. Quæretis me, et non invenietis.—*Pecador moroso.* Fatalisimo riesgo á que se expone el pecador moroso. IX.
6. Quæretis me, et non invenietis.—*Conversion diferida.* IV.
7. Quæretis me, et in peccato moriemini.—*Muerte del pecador.* VIII.
8. In peccato vestro moriemini.—*Judíos.* Reprobacion de los judios. VII.
9. Nisi credideritis, moriemini in peccatis vestris.—Parece que Dios retracta la amenaza que habia hecho, ofreciendo misericordia si creen en él. *Misericordia.* VIII.
10. Quæ audivi ab eo, hæc loquor in mundo.—El mundo enseña todo lo contrario de lo que dice Jesucristo. *Mundo.* IX.
11. Quæ placita sunt ei, facio semper.—*Conformidad con la voluntad de Dios.* IV,
12. Quæ placita sunt ei, facio semper.—*Ley: su observancia.* VIII.

**Martes despues de la segunda dominica de Cuaresma.**

1. Quæcumque dixerint vobis, servate.—*Sacerdocio.* XI.
2. Servate et facite.—*Iglesia.* Obediencia á la Iglesia. VII.
3. Dicunt et non facium.—*Obras buenas.* Necesidad de las obras buenas. IX.
4. Ut videantur ab hominibus.—*Vanagloria.* XII.
5. Ut videantur ab hominibus.—*Moda.* VIII.
6. Amant primos recubitus.—Algunos buscan las dignidades eclesiásticas para descansar; los santos no vieron en ellas más que cargos, trabajos y desvelos. *Dignidades.* IV.
7. Unus est pater vester.—*Igualdad evangélica.* VII.
8. Unus est pater vester.—El honroso título de hijos de Dios nos obliga á defender sus intereses. *Celo en defensa de los intereses de Dios.* III.
9. Omnes vos fratres estis.—*Fraternidad.* VI.
10. Omnes vos fratres estis.—*Caridad: sus caractéres.* II.
11. Qui se exaltaverit, humiliabitur.—*Orgullo.* IX.
12. Qui se humiliaverit, exaltabitur.—*Humildad.* VI.

**Miércoles despues de la segunda dominica de Cuaresma.**

1. Tradetur gentibus.—No se dice quién le entregará á la muerte, porque en realidad fuimos nosotros y nuestros pecados. *Pecado mortal.* IX.
2. Tertia die resurget.—Consuela á los buenos en esta vida, que con la muerte han de acabar sus trabajos, y empezar su felicidad; y debe atemorizar á los malos, que con la muerte se acaban sus placeres, y empiezan tormentos que durarán siempre. *Muerte del justo y del pecador.* VIII.
3. Tertia die resurget.—Consuela Jesús á sus discípulos en el desamparo que iban á padecer, hablándoles de su resurreccion. Nada más oportuno para consolarnos que la resurreccion gloriosa que nos espera. *Resurreccion de los cuerpos.* X.
4. Accessit mater.—El principal cuidado de los padres no debe consistir en procurar á sus hijos bienes temporales, sinó en darles buena educacion. *Educacion.* V.
5. Dic ut sedeant unus ad dexteram, etc.—*Dignidades.* IV.

6. Nescitis quid petatis.—*Oracion.* IX.
7. Possumus.—La ambicion nos hace creer que lo podemos todo. *Ambicion.* I.
8. Possumus —No conocian su fragilidad, que hacia temer á los mayores santos. *Fragilidad.* VI.
9. Possumus —Se les hace fácil beber el cáliz oyendo que Jesús le habia tambien de beber. *Ejemplo.* V.
10. Non est meum dare vobis, sed quibus paratum est.—*Egoismo.* V.
11. Et audientes decem, indignati sunt.—*Envidia* V.
12. Qui voluerit inter vos major fieri, sit vester minister.—*Humildad.* VI.

### Jueves despues de la segunda dominica de Cuaresma.

1. Homo quidam erat dives.—*Rico avariento.* X.
2. Induebatur purpura et bysso.—*Lujo.* VIII.
3. Induebatur purpura et bysso.—*Trages.* XI.
4. Epulabatur quotidie splendide.—*Sobriedad.* XI.
5. Epulabatur quotidie splendide.—*Gula.* VI.
6. Epulabatur quotidie splendide.—*Intemperancia.* VII.
7. Erat quidam mendicus.—*Pobreza y riqueza.* X.
8. Portaretur ab angelis in sinu Abrahæ.—Vean los ricos el aprecio que Dios hace de los pobres, que les envia sus ángeles. *Pobres: su dignidad.* X.
9. Sepultus est inferno.—*Riquezas.* X.
10. Crucior in hac flamma.—*Infierno.* VII.
11. Recepisti bona in vita tua.—*Prosperidades temporales*: sus peligros. X.
12. Neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent.—*Incredulidad.* VII.

### Viernes despues de la segunda dominica de Cuaresma.

1. Homo erat pater familias, qui plantavit vineam.—Esta viña es la Iglesia fundada por Jesucristo. *Iglesia.* VII.
2. Plantavit vineam.—Nosotros estamos en esta viña. *Cristiano.* Cuán gran beneficio es el ser cristiano. IV.
3. Ædificavit turrim in ea.—Esta torre es la cátedra de la verdad: debemos escuchar lo que desde ella se nos dice. *Palabra de Dios.* IX.
4. Misit servos, ut acciperent fructus ejus.—*Obras buenas.* IX.
5. Misit servos ut acciperent, etc.—Estos criados son los ministros del Altísimo á quienes debemos venerar. *Sacerdocio.* XI.
6. Iterum misit alios servos.—Aunque á la primera diligencia del padre de familias no quisieron acudir con los frutos, no por eso se cansa su misericordia.—*Misericordia de Dios.* VIII.
7. Fecerunt illis similiter.—*Persecuciones.* X.
8. Habebimus hæreditatem ejus.—*Avaricia.* II.
9. Qui reddant ei fructum temporibus suis.—*Fe* (práctica de la). VI.
10. Auferetur à vobis regnum Dei.—*Judíos: su reprobacion.* VII.
11. Auferetur à vobis regnum Dei.—Vuestra perdicion vendrá de vuestros pecados, y no de los decretos de Dios, que predestina ó reprueba segun las obras. *Predestinacion.* X.
12. Quærentes eum tenere.—Les advierte el peligro de perderse para que se conviertan, y ellos, ingratos, tratan de prenderle. *Ingratitud.* VII.

### Sábado despues de la segunda dominica de Cuaresma.

1. Homo quidam.—*Hijo pródigo.* VI.
2. Habuit duos filios.—*Placeres.* X.
3. Adolescentior ex illis.—*Juventud.* VII.
4. Dissipavit substantiam suam, vivendo luxuriose.—*Impureza.* VII.



5. Facta est fames valida.—El mundo promete satisfacer nuestra sed de felicidad; pero nos engaña. *Mundo: su falsedad.* IX.
6. Misit in villam pascere porcos.—*Mundo: su tiranía.* IX.
7. Ut pasceret porcos.—*Sentido depravado.* XI.
8. Nemo illi dabat.—*Felicidad de los justos en la tierra.* VI.
9. Quanti mercenari in domo patris mei abundant panibus.—*Felicidad de los justos en este mundo.* VI.
10. Surgam, et ibo ad patrem.—Cuanto anduvo desacertado en salirse de la casa de su padre, anduvo prudente en volverse á ella en el instante que se abren sus ojos á la luz, sin dilatarlo.—*Conversion diferida.* IV.
11. Misericordia motus est.—*Misericordia de Dios.* VIII.
12. Ecce tot annis servio tibi.—*Envidia.* V.

### Dominica tercera de Cuaresma.

1. Ejiciens dæmonium et illud erat mutum.—Sumision de corazon. *Obediencia.* IX.
2. Illud erat mutum.—Callar los pecados por vergüenza. *Confesion.* III.
3. In Beelzebub ejicit dæmonia.—*Envidia.* V.
4. Ipse autem dixit.—Mansedumbre de Jesucristo al oir tan gran blasfemia. *Mansedumbre.* VIII.
5. Omne regnum in seipsum divisum desolabitur.—*Pensamientos malos.* X.
6. Omne regnum in seipsum etc.—*Familia.* Males que la discordia produce en la familia. VI.
7. Cum immundus spiritus.—*Sentido depravado.* XI.
8. Novissima illius hominis pejora prioribus.—*Reincidencia.* X.
9. Extollens vocem quædam mulier.—*Mujer.* Deberes de una mujer cristiana. IX.
10. Beatus venter qui te portavit.—*Mujer.* Deberes de la mujer considerada como madre. IX.
11. Beati qui audiunt verbum Dei.—*Palabra de Dios.* IX.
12. Et custodiunt illud.—*Fe.* Obras de la fe. VI.

### Lunes despues de la tercera dominica de Cuaresma.

1. Medice cura teipsum.—*Celo por la salvacion del prójimo.* III.
2. Quanta audivimus facta in Cafarnaum, fac et hic in patria tua.—*Deberes para con la sociedad.* IV.
3. Multi leprosi erant in Israel.—*Escogidos.* Corto número de los escogidos. V.
4. Multæ viduæ etc.—*Pecador moroso.* IX.
5. Clausum est cœlum... cum facta esset fames.—*Calamidades públicas.* II.
6. Nemo mundatus est, etc.—La confesion nos limpia de la lepra del pecado; pero pocos quedan limpios por los defectos que hacen inútiles las confesiones. *Confesion: sus requisitos.* III.
7. Repleti sunt ira.—*Cólera.* III.
8. Et ejecerunt, etc.—*Apostasía.* II.
9. Et ejecerunt, etc.—*Injusticia del mundo con las personas virtuosas.* VII.
10. Et ejecerunt, etc.—Odio á la verdad. *Verdad,* XII.
11. Et ejecerunt,—Nosotros arrojamos al Señor fuera de nosotros cuando resistimos á sus inspiraciones. *Inspiraciones.* VII.
12. Ipse transiens per medium illorum, ibat.—*Abandono.* I.

### Martes despues de la tercera dominica de Cuaresma.

1. Si peccaverit in te frater tuus.—*Correccion fraterna.* IV.

2. Si peccaverit in te frater tuus.—*Correccion fraterna.* Modo con que se ha de hacer la correccion. IV.
3. Si peccaverit in te, etc.—*Perdon de las injurias.* X.
4. Si peccaverit in te, etc.—*Caridad para con el prójimo.* II.
5. Corripe eum inter te.—Algunos en vez de corregirle á solas, murmuran de ellos. *Murmuracion.* IX.
6. Dic Ecclesiæ.—*Obediencia que los fieles deben á la Iglesia.* IX.
7. Si Ecclesiam non audierit; sit tibi sicut ethnicus.—*Iglesia: sus caractéres.* VII.
8. Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus.—*Excomunion.* V.
9. Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus.—*Mandamientos de la Iglesia.* VIII.
10. Si duo ex vobis consenserint.—*Oracion hecha en comun.* IX.
11. Quoties in me peccabit frater meus.—*Misericordia de Dios.* VIII.
12. Usque septuagies septies.—*Generosidad de la Iglesia.* VI.

**Miércoles despues de la tercera dominica de Cuaresma.**

1. Quare discipuli tui transgrediuntur traditionem?.—*Moda.* VIII.
2. Quare discipuli tui etc.—*Envidia.* V.
3. Hipocritæ.—*Hipocresía.* VI.
4. Populis hic labiis me honorat; cor autem etc.—*Culto verdadero.* IV.
5. Sine causa colunt me.—*Mundo.* Sus máximas. IX.
6. Cæci sunt, et duces cæcorum.—*Ceguedad espiritual.* III.
7. Cojitationes malæ.—*Pensamientos malos.* X.
8. Homicidia.—*Homicidio.* VI.
9. Adulteria.—*Adulterio.* I.
10. Furta.—*Hurto.* VI.
11. Falsa testimonia.—*Testimonio falso.* XI.
12. Blasphemiæ.—*Blasfemia.* II.

**Jueves despues de la tercera dominica de Cuaresma.**

1. Tenebatur magnis febribus.—*Enfermedades.* V.
2. Tenebatur magnis febribus.—*Pasiones.* IX.
3. Rogaverunt illum pro ea.—*Oracion hecha en comun.* IX.
4. Rogaverunt illum.—Si pudo tanto la peticion de los discipulos, ¿cuánto no valdrá la de los santos? *Oracion á los ángeles y santos.* IX.
5. Imperavit febri, et dimisit illam.—*Consuelos.* IV.
6. Surgens ministrabat illis.—*Agradecimiento.* I.
7. Exibant dæmonia.—*Demonio.* Sus esfuerzos para perdernos. IV.
8. Exibant dæmonia dicentia.—El Señor impone silencio al demonio que le proclama Hijo de Dios, ¿cuánto más querrá que se imponga silencio al demonio de la murmuracion? *Murmuracion.* IX.
9 Turbæ requirebant eum.—Las turbas le buscan, y nosotros le rechazamos cuando nos inspira santas resoluciones. *Inspiraciones.* VII.
10. Detinebant eum.—Las turbas quieren detenerle; el pecador le arroja de su corazon pecando mortalmente. *Pecado mortal.* IX.
11. Oportet evangelizare.—*Palabra de Dios.* Disposiciones para oir la palabra de Dios. IX.
12. Quia ideo missus sum.—Jesús recorre las ciudades predicando, porque para eso ha sido enviado; ¿obramos nosotros de una manera conforme al fin por que hemos sido criados? *Hombre.* Fin del hombre. VI.

**Viernes despues de la tercera dominica de Cuaresma.**

1. Venit mulier de Samaria.—*Samaritana.* XI.
2. Venit mulier de Samaria.—*Conversaciones.* IV.
3. Non coutuntur judæ samaritanis.—*Discordia.* V.



4. Si scires donum Dei.—*Gracia.* VI.
5. Puteus altus est; unde ergo?—*Dudas en materia de religion.* V.
6. Voca virum tuum.—*Mujer considerada como esposa.* IX.
7. Quem habes non es tuus vir.—*Impureza.* VII.
8. Vos adoratis quod nescitis.—*Culto verdadero.* IV.
9. Spiritus est Deus: et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare.—*Tolerancia religiosa.* XI.
10. Ut faciam voluntatem ejus. qui misit me.—*Conformidad con la voluntad de Dios.* IV.
11. Multi crediderunt.—*Fe: sus cualidades.* VI.
12. Multo plures crediderunt propter sermonem ejus.—*Concordia de la razon y de la fe.* III.

**Sábado despues de la tercera dominica de Cuaresma.**

1. Perrexit in montem Oliveti.—Pasa en oracion toda la noche en el monte. *Oracion.* IX.
2. Adducunt mulierem in adulterio deprehensam.—*Adulterio.* I.
3. Adducunt mulierem in adulterio deprehensam.—*Mujer adúltera.* IX.
4. Hoc autem dicebant tentantes eum.—*Hipocresía.* VI.
5. Jesus digito scribebat in terra.—Les señala la tierra de que fueron formados para que, considerando su fragilidad, no condenen con demasiado rigor. *Fragilidad.* VI.
6. Exibant incipientes à senioribus.—Jesús les descubre sus pecados para que se conviertan, y ellos se marchan resistiendo á las divinas inspiraciones. *Inspiraciones.* VII.
7. Mulier, ubi sunt qui te accusabant?—*Dulzura cristiana.* V.
8. Mulier, ubi sunt qui te accusabant?—*Mansedumbre.* VIII.
9. Nemo te condemnavit?—*Juicios humanos.* VII.
10. Nec ego te condemnabo.—*Misericordia.* VIII.
11. Jam amplius noli peccare.—*Reincidencia* X.
12. Jam amplius noli peccare.—*Confesion. Buen propósito.* III.

**Dominica cuarta de Cuaresma.**

1. Sequebatur eum multitudo magna.—*Iglesia.* VII.
2. Cum sublevasset oculos Jesus.—Jesús se ocupa de una muchedumbre de pobres hambrientos; pero los mundanos solo atienden á su propio interés. *Egoismo.* V.
3. Dixit ad Philipum.—*Consejo.* IV.
4. Unde ememus panes, ut manducent hi?—*Compasion.* III.
5. Hoc autem dicebat tentans eum.—Dios nos tienta á veces para que nos conozcamos, y desconfiemos de nuestras fuerzas. *Fragilidad.* VI.
6 Facite homines discumbere.—*Limosna.* VIII.
7. Distribuit discumbentibus.—*Pobres, su dignidad.* X.
8. Ut autem impleti sunt.—*Multiplicacion de los panes.* IX.
9. Ut autem impleti sunt.—*Sobriedad.* XI.
10. Colligite quæ superaverunt fragmenta.—*Templanza.* XI.
11. Fugit in montem.—*Dignidades.* IV.
12. Fugit in montem.—*Vanagloria.* XII.

**Lunes despues de la cuarta dominica de Cuaresma.**

1. Prope erat Pascha judæorum.—*Fiestas: su santificacion.* VI.
2. Et invenit nummularios sedentes.—*Avaricia.* II.
3. Et cum fecisset quasi flagellum.—*Cólera.* III.
4. Et cum fecisset quasi flagellum.—*Celo por el honor de la religion.* III.
5. Nummulariorum effudit æs.—Para desarraigar el pecado es preciso dar por tierra con todo lo que le sirve, huyendo las ocasiones. *Ocasiones.* IX.

6. Nolite facere domum Patris mei.—Respeto debido á los templos. *Templos*. XI.
7. Zelus domus tuæ comedit me.—*Celo por los templos del Señor*. III.
8. Quod signum ostendis nobis quia hæc facis?—*Fe*: medios de adquirirla. VI.
9. Cum resurrexisset à mortuis.—*Resurreccion de los cuerpos*. X.
10. Crediderunt Scripturæ.—*Escritura sagrada*. V.
11. Videntes signa quæ faciebat.—*Milagros*. V.
12. Jesus non credebat semetipsum eis.—No fia en palabras porque conoce su fragilidad. *Fragilidad*. VI.

**Martes despues de la cuarta dominica de Cuaresma.**

1. Ascendit in templum, et docebat.—*Palabra de Dios*. IX.
2. Quomodo hic litteras scit?—*Envidia*. V.
3. Mea doctrina non est mea.—*Ley*. Observancia de la ley. VIII.
4. Sed ejus qui misit me.—No mira sinó por la honra de su Padre. *Celo por el honor de la religion*. III.
5. Gloriam propiam quærit.—*Gloria humana*. VI.
6. Dæmonium habes.—*Blasfemia*. II.
7. Nolite judicare secundum faciem.—*Juicios temerarios*. VII.
8. Justum judicium judicate.—*Justicia*. VII.
9. Est verus qui misit me, quem vos nescitis.—*Ignorancia religiosa*. VII.
10. Ego scio eum, quia ab ipso sum.—*Jesucristo: su divinidad*. VII.
11. Multi crediderunt in eum.—*Fe: medios de adquirirla*. VI.
12. Multi crediderunt in eum.—*Fe: sus cualidades*. VI.

**Miércoles despues de la cuarta dominica de Cuaresma.**

1. Vidit hominem cæcum.—*Ciego de nacimiento*. III.
2. Vidit hominem cæcum.—*Ceguedad espiritual*. III.
3. Vidit hominem cæcum.—El pecado habitual es una ceguedad inveterada. *Pecado habitual*. IX.
4. Quis peccavit hic aut parentes ejus?—Muchas veces castiga Dios en los hijos los pecados de los padres, particularmente, cuando no los instruyen. *Educacion doméstica*. V.
5. Quamdiu sum in mundo, lux sum mundi. -Las máximas de Jesucristo contrarias á las del mundo. *Mundo*. IX.
6. Venit videns.—Este hombre ciego, y luego iluminado, nos representa el estado en culpa y en gracia. *Estado en la culpa y estado en gracia*. V.
7. Schisma erat inter eos.—*Discordia*. V.
8. Hic est filius vester? Quomodo videt?—*Curiosidad*. IV.
9. Quomodo nunc videt, nescimus.—*Respeto humano*. X.
10. Nisi esset hic à Deo, non poterat facere quidquam.—*Milagros*. VIII.
11. Ejecerunt eum foras.—*Excomunion*. V.
12. Procidens adoravit eum.—*Agradecimiento*. I.

**Jueves despues de la cuarta dominica de Cuaresma.**

1. Ibat Jesus in civitatem, quæ vocatur Naim.—*Hijo de la viuda de Naim*. VI.
2. Defunctus efferebatur.—*Muerte*. Pensamiento de la muerte. VIII.
3. Defunctus efferebatur.—*Muerte*. Preparacion para la muerte. VIII.
4. Filius unicus matris suæ.—*Madres*. VIII.
5. Misericordia motus.—*Compasion*. III.
6. Noli flere.—No lloremos en las tribulaciones; porque Dios nos consolará. *Aflicciones*. I.
7. Noli flere.—*Deber*. Deberes que nos incumben en nuestros trabajos y en las horas de expansion. IV.



8. Noli flere.—*Consuelos* de la religion en la muerte de las personas que amamos. IV.
9. Noli flere.—No llores, porque ha muerto para resucitar. *Resurreccion de los cuerpos*. X.
10 Adolescens, tibi dico, surge.—*Juventud*. VII.
11. Adolescens, tibi dico, surge.—*Juventud*. Virtudes de la juventud. VII.
12. Accepit omnes timor.—*Temor de Dios*. XI.

**Viernes despues de la cuarta dominica de Cuaresma.**

1. Erat quidam langues Lazarus.—*Lázaro*. VIII.
2. Domine, ecce quem amas, infirmatur.—*Consuelos*. IV.
3. Invenit eum quatuor dies jam in monumento habentem.—*Cementerios*. III.
4. Quæcumque poposceris à Deo, dabit tibi Deus.—*Confianza en Dios*. IV.
5. Resurget in resurrectione in novissimo die.—*Resurreccion de los cuerpos*. X.
6. Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet.—*Alma: su inmortalidad*. I.
7. Ut audivit, surgit cito, et venit ad eum.—Apenas oye María que está allí su divino Maestro, lo deja todo y corre á él.—*Inspiraciones*. VII.
8. Lacrimatus est Jesus.—*Lágrimas de Jesucristo*. VIII.
9. Domine, jam fœtet.—*Muerte: sus humillaciones*. VIII.
10. Domine, jam fœtet.—*Pecado mortal: su malicia*. IX.
11. Lazare, veni foras.—*Muertos resucitados*. VIII.
12. Crediderunt in eum.—*Necesidad de la fe*. III.

**Sábado despues de la cuarta dominica de Cuaresma.**

1. Ego sum lux mundi.—Las máximas de Jesucristo son contrarias á las del mundo.—*Mundo*. IX.
2. Ego sum lux mundi.—*Iglesia: su infalibilidad*. VII.
3. Ego sum lux mundi.—*Concordia de la religion con las ciencias*. III.
4. Ego sum lux mundi.—La doctrina de Jesucristo no hizo provecho alguno en los escribas y fariseos porque no la recibieron con las debidas disposiciones. *Palabra de Dios*: disposiciones con que debe oirse. IX.
5. Ego sum lux mundi.—*Concordia de las ciencias divinas y humanas*. III.
6. Qui sequitur me.—En cualquier estado se puede seguir á Jesucristo. Cuidado de perfeccionarse en su estado. *Estado de vida*. V.
7. Tu de te ipso testimonium perhibes.—*Envidia*. V.
8. Vos nescitis unde venio.—*Ignorancia en religion*. VII.
9. Vos secundum carnem judicatis.—*Juicios humanos*. VII.
10. Neque me scitis, neque Patrem meum.—*Ignorancia de nuestros deberes*. VII.
11. Neque me scitis, neque Patrem meum.—*Catecismo*. III.
12. Nemo apprehendit eum, quia necdum venerat hora ejus.—*Incredulidad*. VII.

**Dominica de Pasion.**

1. Quis ex vobis arguet me de peccato?—*Pecado mortal*. IX.
2. Quis ex vobis arguet me de peccato?—*Pecado venial*. IX.
3. Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?—*Incredulidad*. VII.
4. Qui ex Deo est, verba Dei audit.—*Palabra de Dios*. IX.
5. Samaritanus es tu, et dæmonium habes.—*Blasfemia*. II.
6. Dæmonium habes.—*Calumnia*. II.
7. Ego dæmonium non habeo.—*Mansedumbre*. VIII.
8. Honorifico Patrem meum.—*Celo por la religion*. III.
9. Ero similis vobis mendax.—*Mentira*. VIII.

10. Antequam Abraham fieret, ego sum.—*Jesucristo: su divinidad.* VII.
11. Tulerunt lapides ut jacerent in eum.—*Ingratitud.* VII.
12. Abscondit se, et exivit de templo.—Se retira como hombre para enseñarnos á huir los peligros.—*Ocasiones.* IX.

**Lunes despues de la dominica de Pasion.**

1. Miserunt ministros ut apprehenderent Jesum.—*Egoismo.* V.
2. Adhuc modicum tempus vobiscum sum.—*Paciencia de Dios en tolerar al pecador.* IX.
3. Modicum tempus vobiscum sum.—*Tiempo.* XI.
4. Modicum tempus vobiscum sum.—*Diligencia.* IV.
5. Modicum tempus vobiscum sum.—No debemos diferir la conversion. *Conversion diferida.* IV.
6. Quæretis me, et non invenietis.—*Impenitencia final.* VII.
7. Quæretis me, et non invenietis.—*Abandono.* I.
8. Die magno festivitatis stabat Jesus,—El dia en que más declaradamente le persiguen, convida Jesús con sus dones. *Misericordia de Dios.* VIII.
9. Si quis sitit, veniat ad me.—*Felicidad de los justos en este mundo.* VI.
10. Qui credit in me.—*Fe: práctica de la fe.* VI.
11. Flumina de ventre ejus fluent aquæ vivæ.—*Gracia.* VI.
12. Flumina de ventre ejus fluent aquæ vivæ.—*Dones del Espíritu Santo.* V.

**Martes despues de la dominica de Pasion.**

1. Ambulabat Jesús in Galilæam.—Jesús se retira para enseñarnos á huir de las ocasiones y peligros temiendo nuestra flaqueza. *Ocasiones.* IX.
2. Ambulabat Jesus in Galilæam.—*Fragilidad.* VI.
3. Erat in proximo dies festus judæorum.—*Domingos y fiestas.* V.
4. Vade in Judæm.—Como mundanos deseaban que se viesen las maravillas que obraba, para tener parte en su gloria. *Gloria humana.* VI.
5. Ut discipuli videant opera tua.—*Vanagloria.* XII.
6. Neque enim fratres ejus credebant in eum.—*Incredulidad.* VII.
7. Tempus vestrum semper est paratum.—*Salvacion.* XI.
8. Non potest mundus odisse vos: me autem odit.—*Mundo: su tiranía.* IX.
9. Quod opera ejus mala sunt.—*Mundo.* Máximas del mundo opuestas á las de Jesucristo. IX.
10. Quod opera ejus mala sunt.—*Mundo: su falsedad.* IX.
11. Sed seducit turbas.—*Envidia.* V.
12. Nemo palam loquebatur de illo propter metum.—*Respeto humano.* X.

**Miércoles despues de la dominica de Pasion.**

1. Facta sunt Encænia.—Era una fiesta en accion de gracias por la restauracion y purificacion del Templo.—*Dedicacion de un Templo.* IV.
2. Si tu est Christus, dic nobis palam.—*Hipocresía.* VI.
3. Loquor vobis, et non creditis.—*Incredulidad.* VII.
4. Opera, quæ ego facio, testimonium perhibent de me.—*Catolicismo: sus beneficios.* III.
5. Opera... testimonium perhibent de me.—*Milagros.* VIII.
6. Oves meæ vocem meam audiunt.—*Predestinacion.* X.
7. Vitam æternam do eis.—*Alma: su inmortalidad.* I.
8. Sustulerunt lapides judæi.—*Injusticia del mundo con las personas virtuosas.* VII.
9. Multa opera bona ostendi vobis.—*Mansedumbre.* VIII.
10. Quem Pater sanctificavit.—*Jesucristo*: su divinidad probada por sus medios. VII.



11. De bono opere non lapidamus te.—*Excusas de no vivir cristianamente.* (Apéndice). XII.
12. Operibus credite.—*Fe*: práctica de la fe. VI.

**Jueves despues de la dominica de Pasion.**

1. Rogabat Jesum quidam de pharisæis.—*Magdalena*: su conversion. VIII.
2. Mulier, quæ erat in civitate peccatrix.—*Impureza.* VII.
3. Ut cognovit.—*Conversion diferida.* IV.
4. Ut cognovit.—*Pereza.* X.
5. Stans retro.—*Pudor.* X.
6. Lacrimis cœpit rigare pepes ejus.—*Lágrimas cristianas.* VIII.
7. Sciret utique, quæ et qualis est mulier.—*Juicios temerarios.* VII.
8. Quis eum plus diligit?—*Amor á Dios.* I.
9. Vides hanc mulierem?—*Confianza en Dios.* IV.
10. Remittuntur ei peccata.—*Confesion.* III.
11. Fides tua te salvam fecit: vade in pace.—*Misericordia de Dios.* VIII.
12. Vade in pace.—*Paz cristiana.* IX.

**Viernes despues de la dominica de Pasion.**

1. Collegerunt concilium adversus Jesum.—*Compañías malas.* III.
2. Collegerunt concilium adversus Jesum.—*Endurecimiento.* V.
3. Quid facimus?—*Envidia.* V.
4. Quid facimus?—*Política.* X.
5. Hic homo multa signa facit.—*Milagros evangélicos.* VIII.
6. Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum.—*Egoismo.* V.
7. Venient romani, et tollent nostrum locum.—*Avaricia.* II.
8. Tollent nostrum locum, et gentem.—*Ambicion.* I.
9. Cogitaverunt ut interficerent eum.—*Pensamientos malos.* X.
10. Cogitaverunt ut interficerent eum.—*Odio.* IX.
11. Cogitaverunt ut interficerent eum.—*Cólera.* III.
12. Jesus jam non in palam ambulabat.—*Ocasiones.* Huir de las ocasiones. IX.

**Sábado despues de la dominica de Pasion.**

1. Cogitaverunt.... ut Lazarum interficerent.—*Envidia.* V.
2. Cum audisset quia venit Jesus, acceperunt ramos.—*Agradecimiento.* I.
3. Cum audisset quia venit, etc.—*Beneficios de Dios.* II.
4. Acceperunt ramos palmarum.—*Obras buenas.* (Poder de las). IX.
5. Hossanna, benedictus qui venit in nomine Domini.—*Adoracion.* I.
6. Invenit Jesus assellum, et sedit super eum.—*Humildad.* VI.
7. Qui odit animam suam in hoc mundo.—*Amor propio.* I.
8. Qui odit animam suam.—*Sacrificio.* XI.
9. Si quis mihi ministrat.—*Grandeza y excelencia de la Ley divina.* VIII.
10. Illic et minister meus erit.—*Bienaventuranza.* II.
11. Adhuc modicum lumen in vobis est.—*Ignorancia en religion.* VII.
12. Ambulate dum lucem habetis.—*Ley divina.* VIII.

**Domingo de Ramos.**

1. Cum appropinquasset Jesus Jerosolymis.—Se habia retirado de Jerusalen que le perseguia, y vuelve á ella movido por su misericordia.—*Misericordia.* VIII.
2. Dicite quia Dominus his opus habet, et confestim dimittet eos.—*Limosna.* VIII.
3. Ut adimpleretur quod dictum est per prophetam.—*Profecías.* X.
4. Dicite filiæ Sion: Ecce rex tuus venit.—*Iglesia independiente como poder dogmático.* VII.

5. Dicite filiæ Sion: Ecce rex tuus venit.—*Comunion.—Disposiciones para la comunion.* III.
6. Ecce rex tuus venit tibi.—*Sacramentos útiles.* XII.
7. Venit tibi mansuetus.—*Mansedumbre.* VIII.
8. Sedens super asinam.—*Humildad.* VI.
9. Fecerunt sicut præcepit illis Jesus.—*Obediencia.* IX.
10. Turbæ quæ præcedebant, et quæ sequebantur.—*Procesiones.* X.
11. Clamabant, dicentes: Hosanna Filio David. *Obras nuevas.* (*Poder de las*) IX.
12. Benedictus qui venit in nomine Domini.—*Adoracion.* I.

### Lunes Santo.

1. Fecerunt ei cœnam.—*Agradecimiento.* I.
2. Maria accepit libram unguenti.—*Bienes temporales y eternos.* II.
3. Domus impleta est ex odore unguenti. *Ejemplo* (*Buen*). V.
4. Quare unguentum non veniit trecentis denariis.—*Avaricia.* II.
5. Et datum est egenis.—*Hipocresía.* VI.
6. Quia fur erat.—*Hurto.* VI.
7. Quia fur erat.—*Injusticias.* VII.
8. Ea quæ mittebantur portabat.—*Desapego.* IV.
9. Ut in diem sepulturæ meæ servet illud.—*Muerte.* (*Preparacion para la*) VIII.
10. Pauperes semper habetis vobiscum.—*Pobreza y riqueza.* X.
11. Pauperes semper habetis.—*Limosna.* VIII.
12. Pauperes semper habetis.—*Caridad para con los pobres.* II.

### Dominica primera despues de Pascua.

1. Cum sero esset die illo.—Aunque tarde Dios, nunca debemos desconfiar.—*Confianza en Dios.* IV.
2. Pax vobis.—*Paz cristiana.* IX.
3. Pax vobis.—*Escrúpulos.* V.
4. Pax vobis.—*Familia. Males que la discordia causa en la familia.* VI.
5. Ostendit eis manus et latus.—*Obras buenas.* IX.
6. Gavissi sunt discipuli.—*Alegría cristiana.* I.
7. Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.—*Sacerdocio.* XI.
8. Quorum remiseritis peccata.—*Confesion: su excelencia y virtud.* III.
9. Quorum retinueritis, retenta sunt.—*Confesion: su institucion divina.* III.
10. Nisi videro.... non credam.—*Fé: su necesidad.* VI.
11. Noli esse incredulus.—*Incredulidad.* VII.
12. Et alia signa fecit Jesus.—*Milagros evangélicos.* VIII.

### Dominica segunda despues de Pascua.

1. Ego sum pastor bonus.—*Pastor.* (*El buen*) IX.
2. Ego sum pastor bonus.—*Padres.* Deberes de los padres y de las madres. IX.
3. Bonus pastor.—Necesidad de buscar un director espiritual.—*Director espiritual.* V.
4. Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis.—Graves obligaciones que traen consigo las dignidades.—*Dignidades.* IV.
5. Lupus rapit, et dispergit oves.—*Demonio.* IV.
6. Lupus rapit, et dispergit oves.—*Libros malos.* VIII.
7. Lupus rapit, et dispergit oves.—*Profetas falsos.* X.
8. Cognoscunt me meæ.—*Amor á Dios.* I.
9. Vocem meam audient.—*Inspiraciones.* VII.



10. Vocem meam audient.—*Ley divina: su observancia.* VIII.
11. Fiet unum ovile, et unus pastor.—*Obediencia que los fieles deben á la Iglesia.* IX.
12. Unus pastor.—*Pontificado supremo de la Iglesia.* X.

### Dominica tercera despues de Pascua.

1. Modicum et non videbitis me.—*Tiempo: su brevedad.* XI.
2. Modicum et non videbitis me.—*Conversion diferida.* IV.
3. Nescimus quid loquitur.—*Escritura sagrada.* La interpretacion de las Santas Escrituras debe buscarse en la Iglesia. V.
4. Volebant eum interrogare.—Necesidad de conocer lo que enseña la Iglesia. *Catecismo.* III.
5. Volebant eum interrogare. *Ignorancia religiosa.* VII.
6. Volebant eum interrogare.—*Ignorancia de nuestros deberes.* VII.
7. Plorabitis et flebitis vos.—*Tristeza cristiana.* XI.
8. Mundus autem gaudebit.—*Diversiones del mundo.* V.
9. Tristitia vestra vertetur in gaudium.—*Alegría cristiana.* I.
10. Iterum videbo vos, et gaudebit cor vestrum.—*Felicidad de los justos en esta vida.* VI.
11. Gaudebit cor vestrum.—*Consuelos.* IV.
12. Gaudium vestrum nemo tollet á vobis.—*Bienaventuranza.* II.

### Dominica cuarta despues de Pascua.

1. Quo vadis?—Esta pregunta podria hacerse al pecador que, sin advertirlo, camina á su perdicion. *Pecado mortal.* IX.
2. Tristitia implevit cor vestrum.—*Tristeza cristiana.* XI.
3. Sed ego veritatem dico vobis.—*Verdad.* XII.
4. Sed ego veritatem dico vobis.—*Mentira.* VIII.
5. Si enim non abiero. Paraclitus non veniet.—*Dones del Espíritu Santo.* V.
6. Cum venerit ille, arguet mundum.—*Mundo: su falsedad.* IX.
7. Quia non crediderunt in me.—*Incredulidad.* VII.
8. Quia non crediderunt in me.—*Fé: su necesidad.* VI.
9. Quia non crediderunt in me.—*Fé: su práctica.* VI.
10. Docebit vos omnem veritatem.—*Conciencia falsa.* III.
11. Quæ ventura sunt annuntiabit vobis.—*Profecías.* X.
12. De meo accipiet.—*Jesucristo: su divinidad.* VII.

### Dominica quinta despues de Pascua.

1. Si quid petieritis Patrem, etc.—*Oracion hecha en comun.* IX.
2. In nomine meo.—*Oracion.* Obligacion de pedir en nombre de Jesucristo. IX.
3. Dabit vobis.—No recibimos, porque no pedimos á Dios lo que Dios quiere que pidamos, ni le pedimos del modo que quiere que le pidamos.—*Oracion.* IX.
4. Si quid petieritis Patrem.—El ser nuestro Padre debe inspirarnos confianza.—*Confianza en Dios.* IV.
5. Usque modo non petistis quidquam.—*Pereza.* X.
6. Ut gaudium vestrum sit plenum.—*Felicidad del justo en este mundo.* VI.
7. Ut gaudium vestrum sit plenum.—*Bienaventuranza.* II.
8. Quia vos me amastis: *Amor á Dios.* I.
9. Et credidistis.—*Necesidad de la fé.* VI.
10. Quia á Deo exivi.—*Jesucristo: su divinidad.* VII.
11. Exivi á Patre, et veni in mundum.—Vino para salvarnos; ocupémonos, pues de nuestra salvacion.—*Salvacion.* XI.

12. Vado ad Patrem.—En todo hace la voluntad de su Padre.—*Conformidad con la voluntad de Dios.* IV.

**Dominica despues de la Ascension.**

1. Spiritum veritatis.—El Espíritu Santo es espíritu de verdad.—*Verdad.* XII.
2. Et vos testimonium perhibebitis.—*Ejemplo.* V.
3. Et vos testimonium perhibebitis.—*Testimonio que debe dar el cristiano con su conducta.* XI.
4. Et vos testimonium perhibebitis.—*Confesion de la fé.* IV.
5. Ab initio mecum estis.—*Perseverancia.* X.
6. Absque sinagogis facient vos.—*Excomunion.* V.
7. Qui interficit vos, arbitretur obsequium se præstare Deo.—*Injusticia del mundo con las personas virtuosas.* VII.
8. Qui interficit vos, etc.—*Persecuciones.* X.
9. Qui interficit vos, etc.—*Conciencia falsa.* III.
10. Qui interficit vos, etc.—*Ignorancia en religion.* VII.
11. Qui interficit vos, etc.—*Ciencia.* El orgullo es contrario á la ciencia. III.
12. Qui interficit vos, etc.—*Presuncion de salvarse sin méritos.* X.

**Dominica primera despues de Pentecostés.**

1. Estote misericordes.—*Obras de misericordia.* IX.
2. Estote misericordes.—*Compasion que debe excitarnos la desgracia.* III.
3. Sicut et Pater vester misericors est.—*Lágrimas de Jesucristo.* Compasion que tiene Jesucristo de los pecadores. VIII.
4. Sicut et Pater vester misericors est.—*Misericordia de Dios.* VIII.
5. Nolite judicare.—*Juicios temerarios* VII..
6. Nolite condemnare.—*Juicios humanos.* VII.
7. Dimittite, et dimittemini.—*Perdon de las injurias.* X.
8. Dimittite, et dimittemini.—*Odio.* IX.
9. Data, et dabitur vobis.—*Limosna.* VIII.
10. Numquid potest cæcus cæcum ducere?—*Director espiritual.* V.
11. Numquid potest cæcus cæcum ducere?—*Libros malos.* VIII.
12. Hipocrita, ejice primum etc.—*Hipocresía.* VI.

**Dominica segunda despues de Pentecostés.**

1. Homo quidam fecit cœnam magnam.—*Comunion frecuente.* III.
2. Homo quidam fecit cœnam magnam.—*Bienaventuranza.* II.
3. Cœperunt simul omnes excusare.—*Comunion. Excusas para no comulgar.* III.
4. Villam emi.—*Ambicion.* I.
5. Juga boum emi.—*Avaricia.* II.
6. Juga boum emi.—*Riquezas.* X.
7. Juga boum emi.—*Desapego de las riquezas.* IV.
8. Juga boum emi.—*Prosperidades temporales* (*Peligros de las*). X.
9. Uxorem duxi, non possum venire.—*Impureza.* VII.
10. Uxorem duxi, non possum venire.—*Sentido depravado.* XI.
11. Pauperes ac debiles introduc huc.—*Pobres: su dignidad en la Iglesia.* X.
12. Nemo illorum gustabit cœnam meam.—Si no somos escogidos es por nuestra culpa. *Escogidos: todos podemos serlo.* V.

**Dominica tercera despues de Pentecostés.**

1. Erant appropinquantes ad Jesum publicani.—*Severidad cristiana.* XI.
2. Erant appropinquantes ad Jesum publicani.-*Misericordia de Dios.* VIII.



3. Murmurabant pharisæi et scribæ.—*Pastor y dragma perdida.* IX.
4. Murmurabant pharisæi.—*Murmuracion.* IX.
5. Murmurabant pharisæi.—*Murmuracion: pretextos para justificarla.* IX.
6. Murmurabant pharisæi.—*Defectos del prójimo.* IV.
7. Hic peccatores recipit.—*Conversion á Dios.* IV.
8. Gaudium erit in cœlo, etc.—*Oracion á los ángeles y santos.* IX.
9. Gaudium erit in cœlo.—*Pusilanimidad.* X.
10. Super uno peccatore pœnitentiam agente.—*Penitencia.* X.
11. Super uno peccatore pœnitentiam agente.—*Penitencia verdadera.* X.
12. Super uno peccatore pœnitentiam agente.—*Penitencia falsa.* X.

**Dominica cuarta despues de Pentecostés.**

1. Ut audirem verbum Dei.—*Palabra de Dios.* IX.
2. Ascendens in unam navim, quæ erat Simonis.—*Iglesia: su necesidad.* VII.
3. In unam navim, quæ erat Simonis.—*Iglesia: su infalibilidad.* VII.
4. In unam navim, quæ erat Simonis.—*Iglesia: su catolicidad.* VII.
5. Duc in altum.—*Pontificado supremo de la Iglesia.* X.
6. Duc in altum.—*Religion (La) verdadera debe ser revelada.* X.
7. Duc in altum.—*Desapego.* IV.
8. Per totam noctem laborantes, nihil cepimus.—*Obras hechas en pecado.* IX.
9. Exi à me, quia homo peccator sum.—*Humildad.* VI.
10. Noli timeri.—*Confianza en Dios.* IV.
11. Relictis omnibus secuti sunt eum.—*Gracia y sus prodigios.* (Apéndice). XII.
12. Relictis omnibus secuti sunt eum.—*Inspiraciones.* VII.

**Dominica quinta despues de Pentecostés.**

1. Nisi abundaverit justitia vestra.—*Justicia cristiana.* VII.
2. Nisi abundaverit justitia vestra.—*Devocion: verdadera y falsa piedad.* IV.
3. Non occides.—*Homicidio.* VI.
4. Non occides.—*Venganza.* XII.
5. Non occides.—*Odio.* IX.
6. Omnis qui irascitur fratri suo.—*Maldiciones y juramentos.* VIII.
7. Omnis qui irascitur fratri suo.—*Cólera.* III.
8. Omnis qui irascitur fratri suo.—*Perdon de las injurias.* X.
9. Qui dixerit fratri suo raca.—*Maledicencia. detraccion ó calumnia.* VIII.
10. Si offers munus tuum, etc.—*Amor al prójimo.* I.
11. Si offers munus tuum, etc.—*Caridad: sus caractéres.* II.
12. Vade prius reconciliari.—*Reconciliacion.* X.

**Dominica sexta despues de Pentecostés.**

1. Cum turba multa esset cum Jesu.—*Iglesia: es un poder dogmático.* VII.
2. Misereor super turbam.—Jesús se ocupa de los pobres hambrientos; pero los mundanos solo atienden á su propio interes. *Egoismo.* V.
3. Misereor super turbam.—*Compasion.* III.
4. Misereor super turbam.—*Misericordia.* VIII.
5. Nec habent quod manducent.—*Miseria.* VIII.
6. Præcepit turbæ discumbere.—*Limosna.* VIII.
7. Gratias agens, fregit.—*Providencia.* X.
8. Dabat discipulis suis—*Providencia: su accion.* Discurso tercero. X.
9. Dabat discipulis ut apponerent.—*Pobres: su dignidad en la Iglesia.* X.

10. Et habebat pisciculos paucos.—*Sobriedad.* XI.
11. Manducaverunt et saturati sunt.—*Multiplicacion de los panes.* IX.
12. Saturati sunt.—*Templanza.* XI.

**Dominica séptima despues de Pentecostés.**

1. Attendite à falsis prophetis.—*Profetas falsos.* X.
2. Attendite à falsis prophetis.—*Libros malos.* VIII.
3. Veniunt ad vos in vestimentis ovium.—*Hipocresía.* VI.
4. A fructibus eorum cognoscetis eos.—*Devocion: verdadera y falsa piedad.* IV.
5. Arbor bona fructus bonos facit.—*Obras buenas.* IX.
6. Non potest arbor mala bonos fructus facere.—*Obras hechas en pecado.* IX.
7. In ignem mittetur.—*Infierno*: primer discurso. VII.
8. Non omnis qui dicit mihi: Domine, Domine.—*Fe: sus cualidades.* VI.
9. Non omnis qui dicit mihi: Domine, Domine.—*Fe: (Práctica de la).* VI.
10. Qui facit voluntatem Patris mei.—*Ley divina: su observancia.* VIII.
11. Qui facit voluntatem Patris mei.—*Estado*: cuidado de perfeccionarse en él. V.
12. Qui facit voluntatem Patris mei.—*Conformidad con la voluntad de Dios.* IV.

**Dominica octava despues de Pentecostés.**

1. Habebat villicum.—*Mayordomo infiel.* VIII.
2. Et ait illi: Quid hoc audio de te?—*Amos.* I.
3. Redde rationem.—*Inspiraciones ó abuso de las gracias.* VII.
4. Redde rationem.—*Juicio particular.* VII.
5. Redde rationem.—*Juicio particular.* Medios para prevenir el rigor del juicio. Discurso segundo. VII.
6. Redde rationem.—*Dignidades.* IV.
7. Sede cito, scribe quincuaginta.—*Hurto.* VI.
8. Sede cito, scribe quincuaginta.—*Injusticias.* VII.
9. Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis.—*Prudencia de los hijos del siglo.* X.
10. Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis.—*Prudencia de la salvacion.* X.
11. Facite vobis amicos de mammona iniquitatis.—*Limosna.* VIII.
12. Facite vobis amicos de mammona iniquitatis.—*Caridad para con los pobres.* II.

**Dominica nona despues de Pentecostés.**

1. Videns civitatem, flevit super illam.—*Lágrimas de Jesucristo.* VIII.
2. Flevit super illam.—*Escogidos: todos podemos serlo.* V.
3. Flevit super illam.—*Misericordia de Dios.* VII.
4. Si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua.—*Inspiraciones.* VII.
5. Abscondita sunt ab oculis tuis.—*Ceguedad espiritual.* III.
6. Non relinquent in te lapidem super lapidem.—*Judíos: reprobacion de los judíos.* VII.
7. Eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ. *Abandono de Dios.* I.
8. Eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.—*Endurecimiento.* V.
9. Eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.—*Impenitencia final.* VII.
10. Eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.—*Conversion diferida.* IV.

En el Evangelio del martes de la primera dominica de Cuaresma se hallarán otros asuntos aplicados á los versículos que aquí omitimos.



**Dominica décima despues de Pentecostés.**

1. Qui in se confidebant tamquam justi.—*Confianza falsa.* IV.
2. Ascenderunt in templum ut orarent.—*Oracion*: su necesidad. IX.
3. Ut orarent.—*Oracion.* Como debemos pedir á Dios las gracias y beneficios; discurso segundo. IX.
4. Non sum sicut cæteri hominum.—*Devocion: verdadera y falsa piedad.* IV.
5. Non sum sicut cæteri hominum.—*Defectos del prójimo.* IV.
6. Velut etiam hic publicanus.—*Juicio temerario.* VII.
7. Jejuno bis in sabbato.—*Ayunos.* II.
8. Decimas do omnium.—*Culto y clero.* IV.
9. Percutiebat pectus suum.—*Penitencia.* X.
10. Percutiebat pectus suum.—*Penitencia.* En qué consiste la verdadera penitencia. X.
11. Qui se humiliat, exaltabitur.—*Humildad.* VI.
12. Qui se humiliat, exaltabitur.—*Grandeza.* Verdadera grandeza. VI.

**Dominica undécima despues de Pentecostés.**

1. Adducunt ei surdum et mutum.—*Compasion.* III.
2. Adducunt ei surdum et mutum.—*Endurecimiento.* V.
3. Deprecabantur eum.—*Oracion hecha en comun.* IX.
4. Adducunt ei surdum... et deprecabantur.—*Palabra de Dios: necesidad de oirla.* IX.
5. Adducunt ei mutum... et deprecabantur.—*Confesion: calidades de la confesion.* III.
6. Apprehendens eum de turba.—*Ocasiones.* Debemos huir de las ocasiones. IX.
7. Tetigit linguam ejus.—*Palabras deshonestas.* IX.
8. Tetigit linguam ejus.—*Canciones deshonestas.* II.
9. Ait illi ephpheta.—*Bautismo*; sus ceremonias. II.
10. Loquebatur recte.—*Conversaciones.* IV.
11. Præcepit eis ne cui dicerent—*Humildad.* VI.
12. Bene omnia fecit.—*Evangelio.* V.

**Dominica duodécima despues de Pentecostés.**

1. Beati oculi qui vident quæ vos videtis.—*Cristiano.* Cuán gran beneficio es el ser cristiano. IV.
2. Beati oculi qui vident quæ vos videtis.—*Alianza: la antigua y la nueva.* I.
3. Quid faciendo vitam æternam possidebo?—*Salvacion.* XI.
4. In lege quid scriptum est?—*Decálogo* IV.
5. In lege quid scriptum est?—*Mandamientos de la ley de Dios.* VIII.
6. Diliges proximum tuum.—*Amor de Dios.* I.
7. Diliges proximum tuum.—*Compasion.* III.
8. Despoliaverunt eum.—*Pecado original.* IX.
9. Eo viso, præteriit.—*Filantropía.* VI.
10. Viso eo, præteriit.—*Fraternidad.* VI.
11. Misericordia motus est.—*Amor al prójimo.* I.
12. Alligavit vulnera ejus.—*Obras de misericordia.* IX.

**Dominica décimatercia despues de Pentecostés.**

1. Ocurrerunt ei decem viri leprosi.—*Leprosos.* (*Los diez*). VIII.
2. Ocurrerunt ei decem viri leprosi.—*Leproso del Evangelio.* Caridad de Jesucristo en la curacion de la lepra del pecado. VIII.
3. Qui steterunt à longe.—*Humildad.* VI.

4. Et levaverunt vocem.—*Oracion.* IX.
5. Jesu præceptor, miserere nostri.—*Confianza en Dios.* IV.
6. Ostendite vos sacerdotibus.—*Confesion: su excelencia y virtud.* III.
7. Ostendite vos sacerdotibus.—*Confesion: calidades de la confesion.* III.
8. Ostendite vos sacerdotibus.—*Sacerdocio: su necesidad.* XI.
9. Ostendite vos sacerdotibus.—*Sacerdocio: su utilidad.* XI.
10. Ostendite vos sacerdotibus.—*Orden: Sacramento del órden.* IX
11. Unus ex illis regressus est.—*Agradecimiento.* I.
12. Nonne decem mundati sunt?—*Beneficios de Dios.* II.

**Dominica décimacuarta despues de Pentecostés.**

1. Nemo potest duobus dominis servire.—*Caractéres del Espíritu de Jesucristo y del espíritu del mundo.* II.
2. Nemo potest duobus dominis servire.—Caractéres del servicio de Dios. *Servicio de Dios.* XI.
3. Nemo potest duobus dominis servire.—*Servicio de Dios.* IX.
4. Non potestis Deo servire, et mammonæ.—*Avaricia.* II.
5. Non potestis Deo servire, et mammonæ.-*Desapego de las riquezas.* IV.
6. Ne solliciti sitis corpori vestro quid induamini.—*Lujo.* VIII.
7. Pater vester cœlestis pascit illa.—*Providencia.* X.
8. Quanto magis vos modicæ fidei?—*Confianza en Dios.* IV.
9. Quærite primum regnum Dei.—*Gracia.* VI.
10. Quærite primum regnum Dei.—*Salvacion.* XI.
11. Quærite primum regnum Dei.—*Deberes del cristiano para con la sociedad.* IV.
12. Quærite primum regnum Dei, et justitiam ejus.—*Justicia cristiana.* VII.

**Dominica décimaquinta despues de Pentecostés.**

Véase el jueves de la cuarta dominica de Cuaresma.

**Dominica décimasexta despues de Pentecostés.**

1. Cum intraret Jesus in domum.—*Envidia.* V.
2. Homo quidam hydropicus.—*Hidrópico del Evangelio.* VI.
3. Hydropicus erat ante illum.—*Avaricia.* II.
4. Hydropicus erat ante illum —*Ambicion.* I.
5. Hydropicus erat ante illum.—En vuestras aflicciones poneos delante del Señor.—*Aflicciones.* I.
6. Si licet sabbato curare?—*Escrúpulos.* V.
7. Si licet sabbato curare?—Con esta pregunta les demostraba su ignorancia.—*Ignorancia en religion.* VII.
8. Non discumbas in primo loco.—*Gloria humana: su falsedad.* VI.
9. Da huic locum.—*Gloria humana: su inconstancia.* VI.
10. Amice, ascende superius —*Amistad.* I.
11. Qui se exaltat, humiliabitur.—*Orgullo.* IX.
12. Qui se humiliat, exaltabitur.—*Humildad.* VI.

**Dominica décimaséptima despues de Pentecostés.**

1. Diliges Dominum Deum tuum.—*Amor de Dios*: como debemos amarle. I.
2. Diliges Dominum Deum tuum.—*Amor de Dios*: derechos que tiene Dios á nuestro amor. I.
3. Diliges Dominum Deum tuum.—*Celo* en defensa de los intereses de Dios. III.
4. Diliges Dominum Deum tuum.—*Culto.* IV.
5. Diliges proximum tuum sicut teipsum.—*Amor al prójimo.* I.



6. Diliges proximum tuum.—*Amor al prójimo*: Importancia social del amor cristiano. Discurso segundo. I.
7. Diliges proximum tuum.—*Caridad*: Caractéres de la Caridad. II.
8. Diliges proximum tuum.—*Egoismo*: frutos amargos de este vicio. V.
9. Diliges proximum tuum.—*Deberes para con el prójimo.* IV.
10. Diliges proximum tuum.—*Celo por la salvacion del prójimo.* III.
11. Diliges proximum tuum sicut teipsum.—*Deberes del hombre para consigo mismo.* IV.
12. Quid vobis videtur de Christo?—*Carácter del cristiano.* II.

**Dominica décimaoctava despues de Pentecostés.**

1. Offerebant ei paralyticum jacentem in lecto.—*Pecado habitual.* IX.
2. Confide, fili. *Confianza en Dios.* IV.
3. Confide, fili, remittuntur tibi peccata.—*Compasion* que tiene Jesucristo de los pecadores. III.
4. Hic blasphemat.—*Blasfemia, Juramento y Maldicion.* II y VII, y VIII.
5. Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris?—*Envidia.* V.
6. Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris?—*Pensamientos malos.* X.
7. Filius hominis habet potestatem dimittendi peccata.—*Confesion.* III.
8. Surge.... et surrexit.—*Milagros evangélicos.* VIII.
9. Abiit in domum suam.—*Ocasiones*: huir de ellas. IX.
10. Turbæ timuerunt. - *Temor de Dios.* XI.
11. Glorificaverunt Deum.—*Agradecimiento.* I.
12. Deum, qui dedit potestatem talem.—*Jesucristo: su divinidad.* VII.

**Dominica décimanona despues de Pentecostés.**

1. Simile est regnum cœlorum homini regi.—*Comunion frecuente.* III.
2. Qui fecit nuptias filio suo.—*Bienaventuranza.* II
3. Nolebant venire.—*Comunion. Excusas para no comulgar.* III.
4. Iterum misit alios servos.—*Paciencia de Dios en tolerar al pecador.* IX.
5. Illi autem neglexerunt.—*Escogidos: todos podemos serlo.* V.
6. Illi autem neglexerunt.—*Pereza.* X.
7. Abierunt alius in villam, alius ad negotiationem.—*Desapego* de las riquezas. IV.
8. Contumeliis affectos occiderunt.—*Injusticia del mundo para con las personas virtuosas.* VII.
9. Qui invitati erant, non fuerunt digni.—*Comunion.* Disposiciones para comulgar. III.
10. Congregaverunt malos et bonos.—*Compañía* de los justos con los pecadores. III.
11. Vidit ibi hominem non vestitum veste nuptiali.—*Comunion indigna.* III.
12. Mittite eum in tenebras exteriores.—*Infierno.* VII.

**Dominica vigésima despues de Pentecostés.**

1. Erat quidam regulus, cujus filius infirmabatur.—*Padres*: deberes de los padres y de las madres. IX.
2. Cujus filius infirmabatur.—*Educacion religiosa: su necesidad.* V.
3. Cujus filius infirmabatur.—*Enfermedades.* V.
4. Rogabat eum ut descenderet. *Oracion.* IX.
5. Nisi signa et prodigia videritis, nos creditis.—*Incredulidad.* VII.
6. Nisi signa et prodigia videritis, non creditis.—*Ceguedad espiritual.* III.
7. Descende priusquam moriatur.—*Consuelos.* IV.

8. Servi occurrerunt ei.—*Criados.* IV.
9. In qua dixit ei Jesus: Filius tuus vivit. *Jesucristo: su divinidad.* VII.
10. Credidit ipse. *Fé: necesidad de la fé.* VI.
11. Credidit ipse.—*Fé: medios de adquirirla.* VI.
12. Credidit ipse, et domus ejus tota.—*Educacion doméstica.* V.

**Dominica vigésimaprimera despues de Pentecostés.**

1. Debebat ei decem millia talenta.—*Deudas.* IV.
2. Procidens servus ille, orabat eum.—*Oracion.* IX.
3. Patientiam habe in me.—*Paciencia de Dios en tolerar al pecador.* IX.
4. Misertus autem dominus.—*Compasion.* III.
5. Dimisit eum.—*Indulgencias.* VII.
6. Suffocabat eum.—*Venganza.* XII.
7. Redde quod debes.—*Juicio particular.* VII.
8. Redde quod debes.—*Restitucion.* X.
9. Nonne oportuit et te misereri conservi tui? *Perdon de las injurias.* X.
10. Nonne oportuit et te misereri conservi tui? - *Reconciliacion.* X.
11. Tradidit eum tortoribus.—*Infierno.* VII.
12. Si non remiseritis fratri.—*Amor á los enemigos.* I.

**Dominica vigésimasegunda despues de Pentecostés.**

1. Consilium inierunt ut caperent Jesum in sermone.—*Injusticia del mundo con las personas virtuosas.* VII.
2. Consilium inierunt ut caperent Jesum.—*Política.* X.
3. Consilium inierunt ut caperent Jesum.—*Ceguedad espiritual.* III.
4. Verax est, et viam Dei in veritate doces.—*Verdad.* XII.
5. Quid me tentatis, hypocritæ?—*Hipocresía.* VI.
6. Reddite quæ sunt Cæsaris, Cæsari.—*Autoridad: consideraciones debidas á la autoridad.* Discurso segundo. I.
7. Reddite quæ sunt Cæsaris, Cæsari.—*Restitucion.* X.
8. Reddite quæ sunt Dei, Deo.—*Deberes para con Dios.* IV.
9. Reddite quæ sunt Dei, Deo.—*Culto.* IV.
10. Reddite quæ sunt Dei, Deo.—*Culto y clero.* IV.
11. Reddite quæ sunt Dei, Deo.—*Obediencia que los fieles deben á la Iglesia.* IX.
12. Reddite quæ sunt Cæsaris, Cæsari, et quæ sunt Dei, Deo.—*Deberes para con la sociedad.* IV.

**Dominica vigésimatercia despues de Pentecostés.**

1. Domine, filia mea modo defuncta est.—*Hija de Jairo: su resurreccion.* VI.
2. Impone manum super eam, et vivet.—*Confianza en Dios.* IV.
3. Mulier quæ sanguinis fluxum patiebatur. *Hemorroisa.* VI.
4. Tetigit fimbriam vestimenti ejus.—*Reliquias.* X.
5. Mulier.., dicebat intra se.—*Mujer cristiana.* IX.
6. Filia, fides tua te salvam fecit.—*Fé: necesidad de la fé.* VI.
7. Cum Jesus vidisset tibicines.—Los hebreos ricos hacian venir tocadores de flauta para cantar al son de sus instrumentos composiciones lúgubres y propias de los funerales: nosotros hacemos tocar las campanas.—*Campanas.* II.
8. Non est mortua puella, sed dormit.—*Resurreccion.* X.
9. Surrexit puella.—*Consuelos de la religion en la muerte de las personas que amamos.* IV.
10. Surrexit puella.—*Milagros evangélicos.* VIII.
11. Surrexit puella.—*Mujer considerada como doncella.*—IX.
12. Exiit fama hæc in universam terram illam.—*Gloria humana: su inconstancia y sus peligros.* VI.



**Dominica vigésimacuarta despues de Pentecostés.**

1. Cum videritis abominationem desolationis.—*Abominacion desoladora, respecto de un pueblo.* I.
2. Cum videritis abominationem desolationis.—*Abominacion desoladora, respecto del alma.* I.
3. Cum videritis abominationem desolationis.—*Escándalo.* V.
4. Cum videritis abominationem desolationis.—*Pecado mortal.* IX.
5. Ecce hic est Christus, nolite credere.—*Novedad.* IX.
6. Surgent pseudoprophetæ.—*Profetas falsos.* X.
7. Ecce prædixi vobis.—*Profecías.* X.
8. Parebit signum Filii hominis.—*Cruz. Señal de la cruz.* IV.
9. Tunc plangent omnes tribus terræ.—Para no tener entónces que llorar inútilmente, lloremos ahora nuestras culpas. *Lágrimas cristianas.* VIII.
10. Tunc plangent omnes tribu sterræ.—Si hacemos penitencia no tendremos que llorar cuando Jesucristo venga con gran poder y majestad. *Penitencia verdadera.* X.
11. Videbunt Filium hominis venientem.—*Juicio final.* VII.
12. Congregabunt electos ejus.—*Resurreccion de los cuerpos.* X.

---

# MISIONES.

Muchos son los planes de misiones que pueden formarse con los discursos que se contienen en esta segunda parte del TESORO DE ORATORIA; para muestra de ello damos los siguientes.

## PRIMER PLAN PARA UNA MISION.

### MOTIVOS DE CONVERSION.


1. Fin del hombre. . . . . VI
2. Remordimientos de la conciencia. . . . . III
3. Muerte del justo. . . . . VIII
4. Muerte del pecador. . . . . VIII
5. Juicio final. . . . . VII
6. Juicio particular. . . . . VII
7. Infierno. . . . . VII
8. Bienaventuranza. . . . . II
9. Inspiraciones ó abuso de las gracias, causa de nuestra ruina. VII
10. Pecador moroso. . . . . IX
11. Misericordia de Dios. . . . . VIII
12. Impenitencia final. . . . . VII


## SEGUNDO PLAN.

### OBSTÁCULOS QUE SE OPONEN Á LA CONVERSION.


1. Pecado mortal: su malicia. . . . . IX
2. Mundo: sus máximas opuestas á las de Jesucristo. . . . . IX
3. Diversiones del mundo. . . . . V
4. Hábito malo. . . . . VI
5. Respeto humano. . . . . X
6. Escándalo. . . . . V
7. Compañías malas. . . . . III
8. Conciencia falsa. . . . . III
9. Confianza falsa. . . . . III
10. Impureza. . . . . VII
11. Confesion: callar pecados por vergüenza. . . . . IV
12. Paz. (Apéndice.) . . . . . XII


## TERCER PLAN.

### MEDIOS DE CONVERSION.


1. Oracion. . . . . IX
2. Confesion frecuente. . . . . IV





3. Misa: asistencia al santo sacrificio. . . . . VIII
4. Eucaristía. Visitar á Jesús sacramentado. . . . . V
5. Palabra de Dios: escuchar la palabra divina con las debidas disposiciones. . . . . IX
6. Rectitud de conciencia. . . . . III
7. Confianza en Dios. . . . . IV
8. Mortificacion exterior. . . . . VIII
9. Combatir las tres concupiscencias. . . . . III
10. Pensar en la eternidad. . . . . V
11. Felicidad de los justos en este mundo. . . . . VI
12. Perseverancia. . . . . X


## CUARTO PLAN.


1. Palabra de Dios. Disposiciones con que debe oirse. . . . . IX
2. Cuán gran beneficio es el ser cristiano. . . . . IV
3. Carácter del cristiano. . . . . II
4. Culto verdadero. . . . . IV
5. Apostolado de los fieles. . . . . II
6. Conformidad con la voluntad de Dios. . . . . IV
7. Necesidad de dar buen ejemplo. . . . . V
8. Conversaciones. . . . . IV
9. Complacencia mundana. . . . . III
10. Engaños del pecador. . . . . V
11. Estado de vida. Necesidad de perfeccionarse en su estado. . V
12. Reincidencia en el pecado. . . . . X


## QUINTO PLAN.


1. Pecado mortal: su malicia. . . . . IX
2. Soberbia. . . . . XI
3. Avaricia. . . . . II
4. Impureza. . . . . VII
5. Cólera. . . . . III
6. Gula . . . . . VI
7. Envidia. . . . . V
8. Blasfemia. . . . . II
9. Maldiciones y juramentos. . . . . VII
10. Escándalo. . . . . V
11. Vicio y virtud. . . . . XII
12. Paciencia de Dios en tolerar al pecador. . . . . IX


## SEXTO PLAN.


1. Ignorancia en religion. . . . . VII
2. Escritura sagrada. . . . . V
3. Obediencia á la Iglesia. . . . . IX
4. Indiferencia religiosa. . . . . VII
5. Tolerancia. . . . . XI
6. Novedad. . . . . IX
7. Carácter. Grandeza del carácter cristiano. . . . . II
8. Religion. (Apéndice.) . . . . . XII
9. Libertad. . . . . VIII
10. Moda. . . . . VIII
11. Fe triunfante (La). Apéndice. . . . . XII
12. Recompensas. . . . . X

SÉPTIMO PLAN.

1. Ignorancia de nuestros deberes. . . . . VII
2. Culto. Deberes del hombre para con Dios. . . . . IV
3. Deberes para con la sociedad. . . . . IV
4. Deberes del cristiano. . . . . IV
5. Deberes del propio estado. . . . . IV
6. Deberes de los jóvenes. (Juventud.) . . . . . VII
7. Deberes de la mujer cristiana. (Mujer.) . . . . . IX
8. Deberes de los padres. (Padres.) . . . . . IX
9. Deberes de los hijos. (Hijos.) . . . . . VI
10. Deberes de los amos. (Amos.) . . . . . I
11. Deberes de los criados. (Criados.) . . . . . IV
12. Obligacion de progresar en la virtud. (Virtud.) . . . . . XII

Bendicion para terminar el último discurso de la Mision. . . . . .

---

# ÍNDICE GENERAL

DE LOS

## DISCURSOS QUE CONTIENE ESTE DICCIONARIO APÓSTÓLICO:

PRIMERA PARTE

DEL

## TESORO DE ORATORIA SAGRADA;

DISTRIBUIDOS EN LOS DOCE TOMOS QUE LA COMPRENDEN.

---

### TOMO I.

PÁG.

1. Abandono de Dios. . . . . 33
2. Abjuracion.. . . . . 48
3. Abnegacion. . . . . 55
4. Abominacion desoladora. I. . . . . 65
5. Abominacion desoladora. II. . . . . 69
6. Absolucion. . . . . 74
7. Abstinencia de precepto.. . . . . 80
8. Abstinencia de consejo. . . . . 86
9. Acciones. . . . . 96
10. Accion de gracias. . . . . 106
11. Adoracion. . . . . 118
12. Aduladores. I. . . . . 129
13. Aduladores. II. . . . . 135
14. Adulterio. I. . . . . 146
15. Adulterio. II. . . . . 155
16. Adversidad.. . . . . 166
17. Adviento. . . . . 184
18. Aflicciones. I. . . . . 194
19. Aflicciones. II. . . . . 204
20. Agradecimiento. I. . . . . 212
21. Agradecimiento. II. . . . . 219

SÉPTIMO PLAN.

1. Ignorancia de nuestros deberes. . . . . VII
2. Culto. Deberes del hombre para con Dios. . . . . IV
3. Deberes para con la sociedad. . . . . IV
4. Deberes del cristiano. . . . . IV
5. Deberes del propio estado. . . . . IV
6. Deberes de los jóvenes. (Juventud.) . . . . . VII
7. Deberes de la mujer cristiana. (Mujer.) . . . . . IX
8. Deberes de los padres. (Padres.) . . . . . IX
9. Deberes de los hijos. (Hijos.) . . . . . VI
10. Deberes de los amos. (Amos.) . . . . . I
11. Deberes de los criados. (Criados.) . . . . . IV
12. Obligacion de progresar en la virtud. (Virtud.) . . . . . XII

Bendicion para terminar el último discurso de la Mision. . . . . .

---

# ÍNDICE GENERAL

DE LOS

## DISCURSOS QUE CONTIENE ESTE DICCIONARIO APÓSTÓLICO:

PRIMERA PARTE

DEL

## TESORO DE ORATORIA SAGRADA;

DISTRIBUIDOS EN LOS DOCE TOMOS QUE LA COMPRENDEN.

---

### TOMO I.

PÁG.

1. Abandono de Dios. . . . . 33
2. Abjuracion.. . . . . 48
3. Abnegacion. . . . . 55
4. Abominacion desoladora. I. . . . . 65
5. Abominacion desoladora. II. . . . . 69
6. Absolucion. . . . . 74
7. Abstinencia de precepto.. . . . . 80
8. Abstinencia de consejo. . . . . 86
9. Acciones. . . . . 96
10. Accion de gracias. . . . . 106
11. Adoracion. . . . . 118
12. Aduladores. I. . . . . 129
13. Aduladores. II. . . . . 135
14. Adulterio. I. . . . . 146
15. Adulterio. II. . . . . 155
16. Adversidad.. . . . . 166
17. Adviento. . . . . 184
18. Aflicciones. I. . . . . 194
19. Aflicciones. II. . . . . 204
20. Agradecimiento. I. . . . . 212
21. Agradecimiento. II. . . . . 219

22. Agua bendita. I. . . . . 229
23. Agua bendita. II. . . . . 234
24. Alegría cristiana. . . . . 241
25. Antigua y nueva alianza. . . . . 247
26. Alma (*su espiritualidad*). . . . . 254
27. Alma (*su libertad*). . . . . 268
28. Alma (*su inmortalidad*). . . . . 279
29. Alma (*su grandeza y excelencia*. . . . . 287
30. Ambicion. I. . . . . 306
31. Ambicion. II. . . . . 314
32. Amistad. I. . . . . 331
33. Amistad. II. . . . . 339
34. Amor á Dios. I. . . . . 357
35. Amor á Dios. II. . . . . 369
36. Amor al prójimo. I. . . . . 381
37. Amor al prójimo. II. . . . . 392
38. Amor á los enemigos. I. . . . . 402
39. Amor á los enemigos. II. . . . . 411
40. Amor propio. I. . . . . 426
41. Amor propio. II. . . . . 434
42. Amos. I. . . . . 450
43. Amos. II. . . . . 459
44. Ancianidad. . . . . 472
45. Angeles. . . . . 479
46. Año (*Ultimo dia del*). . . . . 489
47. Año (*Primer dia del*). . . . . 497
48 Año. . . . . 501

## TOMO II.

49. Apostasía. . . . . 7
50. Apostolado de los fieles. . . . . 16
51. Apostolado de la mujer católica. . . . . 23
52. Apostolado seglar. . . . . 33
53. Artesanos. . . . . 42
54. Autoridad. I. . . . . 47
55. Autoridad. II. . . . . 55
56. Avaricia. I. . . . . 61
57. Avaricia. II. . . . . 70
58. Ave María. . . . . 80
59. Avisos de Dios. . . . . 94



60. Ayuno. I. . . . . 101
61. Ayuno. II. . . . . 109
62. Bailes. I. . . . . 120
63. Bailes. II. . . . . 129
64. Bautismo. . . . . 140
65. Bautismo (*Su naturaleza y sus efectos*). . . . . 145
66. Bautismo (*Su necesidad religiosa y social*). . . . . 149
67. Bautismo (*Sus elementos, ministro, sujeto*). . . . . 152
68. Bautismo (*Sus ceremonias*). . . . . 156
69. Bautismo (*Sus obligaciones ó promesas*). . . . . 161
70. Bautismo (*Destino de los niños que mueren sin bautizar*). . 166
71. Bautismo (*Ratificacion de las promesas hechas en él*). I. . 170
72. Bautismo (*Ratificacion de las promesas hechas en él*). II. . 175
73. Bendicion de banderas. . . . . 182
74. Bendicion de una bandera de la milicia urbana. . . . . 190
75. Bendicion de un buque. . . . . 192
76. Bendicion de un buque. II. . . . . 194
77. Bendicion de campana. . . . . 197
78. Bendicion de un canal. . . . . 203
79. Bendicion de una capilla de cárcel. . . . . 204
80. Bendicion de una casa parroquial. . . . . 207
81. Bendicion de un cementerio. . . . . 211
82. Bendicion de una cruz erigida en el término de un pueblo. 215
83. Bendicion de un estandarte de la Santísima Vírgen. . . . 218
84. Bendicion de un establecimiento industrial. . . . . 220
85. Bendicion de un ferro-carril. I. . . . . 223
86. Bendicion de un ferro-carril. II. . . . . 224
87. Bendicion de una fuente. . . . . 227
88. Bendicion de la primera piedra de fábrica de una iglesia. 229
89. Bendicion de una iglesia. . . . . 233
90. Bendicion de una imágen de la Santísima Vírgen. . . . . 240
91. Bendicion nupcial. . . . . 242
92. Bendicion de un puente. . . . . 245
93. Bendicion para el término de una Mision, de una Cuaresma, de un Novenario, etc. . . . . 246
94. Beneficencia. . . . . 251
95. Beneficios de Dios. . . . . 255
96. Beneficios eclesiásticos. . . . . 262
97. Bienaventuranza. I. . . . . 270
98. Bienaventuranza. II. . . . . 280
99. Bienaventuranzas. . . . . 285

100. Bienes. . . . . 296
101. Bienes temporales y eternos. I. . . . . 299
102. Bienes temporales y eternos. II. . . . . 307
103. Blasfemia. I. . . . . 315
104. Blasfemia. II. . . . . 322
105. Bodas de Caná.. . . . . 332
106. Bula de la santa Cruzada. . . . . 342
107. Calamidades públicas. I. . . . . 351
108. Calamidades públicas. II. . . . . 356
109. Calamidades públicas. III. . . . . 359
110. Calamidades públicas. IV. . . . . 363
111. Calumnia. . . . . 371
112. Camino estrecho de la salvacion. . . . . 376
113. Camino de la Cruz, ó *Via-Crucis*. . . . . 383
114. Campanas. . . . . 395
115. Cananea.. . . . . 404
116. Canciones deshonestas. . . . . 415
117. Carácter (*Grandiosidad del carácter cristiano*). . . . . 421
118. Carácter del Cristiano. I. . . . . 432
119. Carácter del Cristiano. II. . . . . 441
120. Caractéres del espíritu de Dios y del mundo. . . . . 450
121. Caridad (*Caractéres de la*). . . . . 458
122. Caridad para con los pobres. . . . . 467
123. Caridad para con los presos. . . . . 474
124. Caridad para con los huérfanos. . . . . 481
125. Caridad por asociacion. . . . . 486
126. Caridad para la fábrica de una iglesia. . . . . 496

## TOMO III.

127. Carnaval. I. . . . . 8
128. Carnaval. II. . . . . 13
129. Carnaval. III. . . . . 18
130. Castidad. I. . . . . 25
131. Castidad. II.. . . . . 34
132. Catecismo. . . . . 43
133. Catolicismo. I. . . . . 60
134. Catolicismo. II.. . . . . 75
135. Catolicismo. III. . . . . 81
136. Catolicismo. IV. . . . . 94
137. Caudal ó capital. . . . . 106



138. Ceguedad espiritual. I. . . . . 115
139. Ceguedad espiritual. II. . . . . 124
140. Celo. I. . . . . 134
141. Celo por la salvacion del prójimo. II.. . . . . 144
142. Celo por el honor de la religion. III. . . . . 153
143. Celo por los templos del Señor. IV. . . . . 160
144. Cementerios. . . . . 172
145. Ceniza. I. . . . . 181
146. Ceniza. II. . . . . 190
147. Centurion. . . . . 199
148. Ciego de nacimiento. . . . . 208
149. Ciegos voluntarios. . . . . 218
150. Cielo (*Union de Dios*). . . . . 227
151. Cielo (*Semejanza con Dios en él*). . . . . 236
152. Ciencia. I. . . . . 249
153. Ciencia de la Religion. II. . . . . 255
154. Cismas. . . . . 269
155. Ciudadano. . . . . 279
156. Cofradías. . . . . 285
157. Cólera. I. . . . . 291
158. Cólera. II. . . . . 299
159. Combate espiritual. . . . . 309
160. Compañías. . . . . 319
161. Compasion. . . . . 327
162. Complacencia mundana. . . . . 334
163. Comunion (*Disposiciones para la*). I. . . . . 343
164. Comunion (*Frecuencia de la*). II. . . . . 351
165. Comunion (*Excusas para no comulgar*). III. . . . . 360
166. Comunion indigna. IV. . . . . 367
167. Comunion (*Exhortacion para la primera*). V. . . . . 374
168. Comunion (*Exhortacion para despues de la*). . . . . 380
169. Comunion de los Santos.. . . . . 388
170. Conciencia (*Rectitud de*). I. . . . . 399
171. Conciencia falsa. II. . . . . 406
172. Conciencia *Remordimiento de la*). III. . . . . 413
173. Concordia de la religion con las ciencias y artes. I. . . . 425
174. Concordia de las ciencias divinas y humanas. II. . . . . 433
175. Concordia de la Razon y de la Fé. III. . . . . 437
176. Concupiscencias (*Las tres*). . . . . 445
177. Condiciones (*Desigualdad de las*). . . . . 456
178. Conferencias de San Vicente de Paul. I. . . . . 465

179. Conferencias de San Vicente de Paul. II. . . . . 471
180. Confesion (*Institucion divina de la*). I. . . . . 477
181. Confesion (*Excelencia y virtud de la*). II. . . . . 495
182. Confesion (*Exámen de conciencia*). III. . . . . 502
183. Confesion (*De la contricion*). IV. . . . . 507
184. Confesion (*Del propósito*). V. . . . . 512
185. Confesion (*Cualidades de la*). VI. . . . . 515
186. Confesion. (*Satisfaccion*). VII. . . . . 519

## TOMO IV.

187. Confesion general. VIII.. . . . . 7
188. Confesion general. IX. . . . . 15
189. Confesion (*Callar pecados por vergüenza*). X. . . . . 23
190. Confesion (*Frecuencia de la*). XI. . . . . 32
191. Confesion de la Fé. . . . . 44
192. Confianza en Dios. . . . . 49
193. Confianza falsa.. . . . . 55
194. Confirmacion. . . . . 68
195. Confirmacion (*Su naturaleza y sus elementos*). . . . . 75
196. Confirmacion (*Disposiciones, efectos, ceremonias, sus ventajas sociales*). . . . . 79
197. Confirmacion (*Exhortacion*).. . . . . 83
198. Conformidad con la voluntad de Dios. . . . . 92
199. Confusion de los buenos con los malos. . . . . 105
200. Conocimiento de sí mismo. . . . . 114
201. Consejo.. . . . . 120
202. Consuelos. . . . . 129
203. Consuelos de la religion en las personas que amamos. . 135
204. Conversaciones. . . . . 144
205. Conversion á Dios. . . . . 155
206. Conversion diferida. . . . . 159
207. Correccion fraterna. I. . . . . 172
208. Correccion fraterna (*Como debe practicarse la*). II. . . . 178
209. Creacion. . . . . 189
210. Criados. . . . . 197
211. Cristiano. I.. . . . . 208
212. Cristiano (*Dignidad y deberes del*). II. . . . . 214
213. Cristianos primitivos.. . . . . 220
214. Cruz (*Señal de la*).. . . . . 234
215. Cuaresma. . . . . 241



216. Culto. I. . . . . 248
217. Culto externo. II. . . . . 254
218. Culto doméstico. III. . . . . 259
219. Culto público. IV. . . . . 269
220. Culto interno y externo. V. . . . . 276
221. Culto de los Santos. . . . . 286
222. Culto y clero. . . . . 290
223. Curiosidad. . . . . 296
224. Deberes para con Dios. . . . . 312
225. Deberes del hombre para consigo mismo. . . . . 316
226. Deberes para con el prójimo. . . . . 319
227. Deberes para con la sociedad. . . . . 323
228. Decálogo. . . . . 330
229. Dedicacion de un templo. . . . . 336
230. Defectos. . . . . 345
231. Defectos del prójimo. . . . . 352
232. Demonio. I.. . . . . 357
233. Demonio. II.. . . . . 363
234. Demonología. . . . . 368
235. Desafio. . . . . 384
236. Desapego. . . . . 390
237. Desconfianza. . . . . 400
238. Deseos (*Malos*). . . . . 408
239. Deshonestidad.. . . . . 412
240. Desigualdad. . . . . 422
241. Deudas. . . . . 431
242. Devocion (*La verdadera y falsa*). I. . . . . 436
243. Devocion (*La verdadera y falsa*). II. . . . . 448
244. Dignidades.. . . . . 457
245. Difuntos. (*Commemoracion de los*). I. . . . . 464
246. Difuntos (*Conmemoracion de los*). II. . . . . 471
247. Diligencia. . . . . 478

## TOMO V.

248. Dios (*Su existencia probada por la fé del género humano*. I. 7
249. Dios (*Su existencia probada por la sana razon filosófica*. II. 15
250. Dios (*Su vida interior*). III. . . . . 21
251. Dios (*Grandezas de*). IV. . . . . 28
252. Dios (*Presencia de*). V. . . . . 36
253. Director espiritual (*Sus cualidades*). I.. . . . . 48

254. Director espiritual (*obligacion de buscarle*). II. . . . . 55
255. Discordia. . . . . 60
256. Disculpas. . . . . 68
257. Diversiones. I. . . . . 74
258. Diversiones. II. . . . . 82
259. Doctrina católica. . . . . 90
260. Dolor (*Mision del*). . . . . 94
261. Domingos. I. . . . . 101
262. Domingos. II. . . . . 119
263. Doncellas. . . . . 129
264. Dones del Espíritu Santo. . . . . 135
265. Dudas en materia de religion. . . . . 141
266. Dulzura cristiana. I. . . . . 150
267. Dulzura cristiana. II . . . . . 158
268. Educacion doméstica.. . . . . 165
269. Educacion religiosa. . . . . 173
270. Egoismo. . . . . 184
271. Ejemplo.. . . . . 190
272. Ejemplo de los grandes. . . . . 195
273. Ejercicios espirituales. I.. . . . . 203
274. Ejercicios espirituales. II. . . . . 206
275. Embriaguez. I. . . . . 210
276. Embriaguez. II. . . . . 218
277. Emulacion. . . . . 223
278. Endurecimiento. . . . . 228
279. Enfermedades. . . . . 233
280. Engaños del pecador. . . . . 249
281. Envidia. . . . . 253
282. Errores. . . . . 266
283. Escándalo. I. . . . . 274
284. Escándalo. II. . . . . 282
285. Escogidos. . . . . 294
286. Escogidos (*Corto número de los*). I.. . . . . 295
287. Escogidos (*Todos podemos serlo*). II. . . . . 302
288. Escritura sagrada. I. . . . . 309
289. Escritura sagrada. II.. . . . . 322
290. Escrúpulos. . . . . 326
291. Escuelas. I. . . . . 333
292. Escuelas II. . . . . 336
293. Escuelas. III. . . . . 340
294. Escuelas. IV. . . . . 343



295. Espectáculos. . . . . 346
296. Esperanza Cristiana. I. . . . . 355
297. Esperanza Cristiana. II. . . . . 363
298. Espíritu de Jesucristo. . . . . 368
299. Estado (*Eleccion de*). . . . . 373
300. Estado de vida.. . . . . 387
301. Estado en culpa y estado en gracia. . . . . 395
302. Excomunion. . . . . 401
303. Extremauncion. I.. . . . . 407
304. Extremauncion. II. . . . . 412
305. Eternidad. I. . . . . 419
306. Eternidad. II. . . . . 427
307. Eucaristía (*Revelacion y promesa*). I. . . . . 437
308. Eucaristía. (*Institucion de la*). II. . . . . 446
309. Eucaristía (*Sacramento*). III.. . . . . 453
310. Eucaristía (*Sacrificio*). IV. . . . . 462
311. Evangelio. . . . . 477

## TOMO VI.

312. Familia. I. . . . . 8
313. Familia. II. . . . . 15
314. Fé (*Necesidad de la*). I. . . . . 20
315. Fé (*Sin ella nos es imposible agradar á Dios*). II. . . . . 25
316. Fé (*Medios de adquirirla*). III. . . . . 31
317. Fé (*Sus cualidades*). IV. . . . . 38
318. Fé (*Práctica de la*). V. . . . . 45
319. Fé (*Propagacion de la*). VI. . . . . 51
320. Fé (*Asociacion para propagarla*). VII. . . . . 55
321. Felicidad. I.. . . . . 63
322. Felicidad de los justos en este mundo. II. . . . . 70
323. Fervor. . . . . 77
324. Fidelidad. . . . . 88
325. Fiestas. . . . . 100
326. Filantropía. . . . . 108
327. Filiacion divina del cristiano. . . . . 115
328. Fortaleza. . . . . 125
329. Fragilidad. . . . . 133
330. Fraternidad. . . . . 139
331. Generosidad de la Iglesia. . . . . 148
332. Génio. . . . . 154

333. Gloria. . . . . 162
334. Gloria humana I. . . . . 168
335. Gloria humana. II. . . . . 172
336. Gracia. I. . . . . 179
337. Gracia. II. . . . . 194
338. Grandeza (*La verdadera*). . . . . 205
339. Gula. I. . . . . 214
340. Gula. II. . . . . 219
341. Hábito malo. I. . . . . 233
342. Hábito malo. II. . . . . 241
343. Hemorroisa (*La*). . . . . 250
344. Hermosura. . . . . 257
345. Hidrópico del Evangelio (*El*). . . . . 264
346. Hija de Jairo (*La*). . . . . 272
347. Hijo pródigo (*El*). . . . . 277
348. Hijo de la Viuda de Naim (El). . . . . 294
349. Hijos (*Deberes de los*). I. . . . . 302
350. Hijos (*Deberes de los*). II. . . . . 311
351. Hipocresía. I. . . . . 322
252. Hipocresía. II. . . . . 330
353. Hombre (*El*). I. . . . . 341
354. Hombre (*El*). II. . . . . 346
355. Hombre (*El*). III. . . . . 357
356. Hombre (*El*). IV. . . . . 367
357. Hombre (*Buena voluntad del*). V. . . . . 380
358. Homicidio. . . . . 387
359. Honor. . . . . 393
360. Honradez. . . . . 400
361. Humildad. . . . . 407
362. Hurto. . . . . 421

## TOMO VII.

363. Iglesia (*Su necesidad*). I. . . . . 7
364. Iglesia (*Su unidad*). II. . . . . 18
365. Iglesia (*Su santidad*). III. . . . . 25
366. Iglesia (*Su catolicidad*). IV. . . . . 33
367. Iglesia (*Su inmutabilidad*). V. . . . . 40
368. Iglesia (*Es un poder dogmático*). VI. . . . . 46
369. Iglesia (*Fuera de ella no hay salvacion*). VII. . . . . 58
370. Iglesia (*es independiente como poder dogmático del poder temporal*). VIII. . . . . 69
371. Iglesia (*Su infalibilidad*). IX. . . . . 78
372. Ignorancia en religion. . . . . 93
373. Ignorancia de nuestros deberes. . . . . 100
374. Igualdad Evangélica. . . . . 111
375. Imitacion de Cristo. . . . . 117
376. Impenitencia final. I. . . . . 124
377. Impenitencia final. II. . . . . 131
378. Imprecaciones y maldiciones. . . . . 137
379. Impunidad del pecador. . . . . 143
380. Impureza. . . . . 148
381. Inconstancia. . . . . 160
382. Incredulidad. I. . . . . 167
383. Incredulidad. II. . . . . 174
384. Indiferencia religiosa. I. . . . . 183
385. Indiferencia religiosa. II. . . . . 190
386. Indulgencias. I. . . . . 200
387. Indulgencias. II. . . . . 206
388. Indulgencia de la Porciúncula. . . . . 211
389. Infancia (*Los amigos de la*). . . . . 219
390. Infierno. I. . . . . 227
391. Infierno. II. . . . . 235
392. Ingratitud. . . . . 246
393. Injusticia del mundo *para con las personas virtuosas*. . . . 256
394. Injusticias. . . . . 264
395. Inmortalidad del alma. . . . . 268
396. Inquisicion española (*La*). . . . . 268
397. Inspiraciones *ó abuso de las gracias*. . . . . 276
398. Intemperancia. . . . . 284
399. Intencion (*La buena*). . . . . 291
400. Intolerancia (*La*). . . . . 297
401. Jesucristo (*Su divinidad*). I. . . . . 306
402. Jesucristo (*Divinidad de Jesucristo probada por sus medios*). II. . . . . 315
403. Jóven endemoniado. . . . . 327
404. Jubileo. . . . . 334
405. Judíos (*Reprobacion de los*). . . . . 343
406. Jueces (Apertura de tribunal). . . . . 349
407. Juego. . . . . 354
408. Juicio final. I. . . . . 362
409. Juicio final. II. . . . . 373

410. Juicio particular. I. . . . . 382
411. Juicio particular. II. . . . . 389
412. Juicios humanos. . . . . 400
413. Juicios temerarios. I. . . . . 408
414. Juicios temerarios. II. . . . . 415
415. Juramento. I. . . . . 421
416. Juramento. II. . . . . 431
417. Justicia. I. . . . . 440
418. Justicia. II. . . . . 448
419. Justicia cristiana. . . . . 454
420. Juventud. I. . . . . 460
421. Juventud. II. . . . . 467

## TOMO VIII.

422. Lágrimas de Jesucristo. . . . . 7
423. Lágrimas cristianas. . . . . 14
424. Lámparas. . . . . 21
425. Langosta (*Plaga de la*). . . . . 26
426. Lázaro (*Sobre el Evangelio de*). . . . . 35
427. Lectura.. . . . . 44
428. Lengua.. . . . . 54
429. Leproso (*El*) del Evangelio.. . . . . 62
430. Leprosos (*Los diez del evangelio*). . . . . 70
431. Ley divina. I. . . . . 81
432. Ley divina. II. . . . . 88
433. Libertad cristiana. . . . . 96
434. Libros. I. . . . . 107
435. Libros. II. . . . . 115
436. Libros. III. . . . . 119
437. Limosna. . . . . 127
438. Literatura inmoral. . . . . 137
439. Lujo. . . . . 148
440. Lujuria.. . . . . 157
441. Madres (*Deber de las*).. . . . . 165
442. Magdalena (*Conversion de la*). . . . . 172
443. Maldiciones. . . . . 180
444. Maledicencia, detraccion ó calumnia.. . . . . 185
445. Mandamientos de la Ley de Dios. . . . . 189
446. Mandamientos de la Iglesia. . . . . 193
447. Mansedumbre.. . . . . 202



448. Maridos. . . . . 213
449. Mártires. . . . . 221
450. Martirio por la Fé. . . . . 229
451. Maternidad. . . . . 239
452. Matrimonio. I. . . . . 250
453. Matrimonio II. . . . . 258
454. Mayordomo infiel.. . . . . 272
455. Mentira. I. . . . . 277
456. Mentira. II. . . . . 283
457. Milagros. . . . . 292
458. Milagros evangélicos. . . . . 302
459. Misa. I. . . . . 307
460. Misa. II.. . . . . 313
461. Misa. III. . . . . 319
462. Misa. IV. . . . . 321
463. Misa nueva. V.. . . . . 332
464. Misa nueva. VI. . . . . 344
465. Miseria. . . . . 349
466. Misericordia de Dios. I. . . . . 358
467. Misericordia de Dios. II.. . . . . 366
468. Misterios. . . . . 376
469. Moda. . . . . 385
470. Modestia. . . . . 395
471. Moral. I. . . . . 405
472. Moral. II. . . . . 414
473. Mortificacion interior. . . . . 418
474. Mortificacion exterior. . . . . 426
475. Muerte (*Pensamiento de la*). I. . . . . 436
476. Muerte (*Preparacion para la*). II. . . . . 443
477. Muerte (*Humillaciones de la*). III. . . . . 449
478. Muerte (*La del Justo*). IV. . . . . 454
479. Muerte (*La del Pecador*). V. . . . . 465
480. Muertos resucitados (*Los tres*). . . . . 483

## TOMO IX.

481. Mujer (*Sus obligaciones para con su marido*). I. . . . . 7
482. Mujer (*Su influencia considerada como doncella*). II. . . . 16
483. Mujer (*Su influencia considerada como esposa*). III.. . . . 21
484. Mujer (*Su influencia considerada como madre*). IV. . . . 27
485. Mujer (Sus escándalos). V. . . . . 34

486. Mujer adúltera. VI. . . . . 42
487. Multiplicacion de los panes. . . . . 50
488. Mundo. I. . . . . 56
489. Mundo (*Su vanidad*). II. . . . . 63
490. Mundo (*Su falsedad*). III. . . . . 70
491. Mundo (*Su tiranía*). IV. . . . . 76
492. Mundo (Su inconstancia). V. . . . . 81
493. Murmuracion. I. . . . . 91
494. Murmuracion. II. . . . . 100
495. Necesitados y necesidades. . . . . 111
496. Niños (*Seamos como*).. . . . . 117
497. Novedad. . . . . 122
498. Obediencia. I. . . . . 129
499. Obediencia que los fieles deben á la Iglesia. II. . . . . 135
500. Obispado. . . . . 146
501. Obras buenas (*Poder de las*). I.. . . . . 160
502. Obras buenas. II. . . . . 167
503. Obras hechas en pecado mortal. . . . . 171
504. Obras de misericordia. . . . . 176
505. Ocasiones (Huir de las). I. . . . . 188
506. Ocasiones propincuas. II. . . . . 194
507. Ociosidad. I. . . . . 206
508. Ociosidad. II. . . . . 212
509. Odio.. . . . . 224
510. Omision. . . . . 234
511. Oracion. I. . . . . 239
512. Oracion. II. . . . . 247
513. Oracion hecha en comun en las familias. III. . . . . 253
514. Oracion dominical. IV. . . . . 260
515. Oracion á los Angeles y á los Santos. V. . . . . 275
516. Orden (*Sacramento del*)). . . . . 285
517. Orgullo. I. . . . . 290
518. Orgullo. II.. . . . . 299
519. Paciencia. . . . . 308
520. Paciencia de Dios en tolerar al pecador. . . . . 318
521. Padres. I. . . . . 325
522. Padres. II. . . . . 335
523. Palabra de Dios. I. . . . . 343
524. Palabra de Dios. II. . . . . 350
525. Palabra de Dios. III. . . . . 359
526. Palabra de Dios. IV. . . . . 368



527. Palabras deshonestas. . . . . 378
528. Paraíso en la tierra. . . . . 383
529. Paralítico de la Piscina. . . . . 395
530. Párroco (*Discurso de entrada*). I. . . . . 405
531. Párroco (*Idem*). II. . . . . 410
532. Párroco (*Despedida de un*). III. . . . . 414
533. Pasiones (*Mortificacion de las*). . . . . 418
534. Pastor (*El buen*). . . . . 424
535. Pastor y dracma perdida. . . . . 433
536. Paz cristiana. I. . . . . 440
537. Paz cristiana. II. . . . . 448
538. Pecado *en general*.. . . . . 458
539. Pecado original. I. . . . . 462
540. Pecado original. II. . . . . 473
541. Pecado original. III. . . . . 481
542. Pecado mortal. I. . . . . 488
543. Pecado mortal. II. . . . . 496
544. Pecado habitual. . . . . 503
545. Pecado venial.. . . . . 506
546. Pecador moroso. . . . . 520

## TOMO X.

547. Penalidades. . . . . 7
548. Penitencia. I. . . . . 11
549. Penitencia verdadera. II . . . . . 17
550. Penitencia falsa. III. . . . . 25
551. Pensamientos malos. . . . . 35
552. Perdon de las injurias. . . . . 41
553. Pereza. . . . . 49
554. Persecuciones. . . . . 56
555. Perseverancia. I. . . . . 61
556. Perseverancia. II. . . . . 68
557. Perseverancia. III. . . . . 72
558. Piedad. . . . . 79
559. Placeres (*Amor á los*). . . . . 89
560. Pobres (*Su dignidad en la Iglesia*). . . . . 98
561. Pobres de la parroquia. . . . . 105
562. Pobreza y riqueza. . . . . 109
563. Política.. . . . . 121
564. Pontificado supremo de la Iglesia. . . . . 127

565. Predestinacion. I. . . . . 141
566. Predestinacion. II. . . . . 147
567. Predicador (*Sus obras no pueden perjudicar á su doctrina*). 155
568. Prensa. . . . . 163
569. Presuncion de salvarse sin méritos. . . . . 172
570. Procesiones. . . . . 177
571. Profecías. . . . . 183
572. Profetas falsos. . . . . 187
573. Progreso espiritual. . . . . 193
574. Propiedad (*Derecho de*). I. . . . . 205
575. Propiedad (*Derecho de*). II. . . . . 215
576. Prosperidades temporales. . . . . 219
577. Providencia. I. . . . . 228
578. Providencia. II. . . . . 237
579. Providencia. III. . . . . 248
580. Prudencia. . . . . 255
581. Prudencia de los hijos del siglo. . . . . 262
582. Prudencia de la salvacion. . . . . 268
583. Pudor. . . . . 280
584. Purgatorio. . . . . 286
585. Pusilanimidad. . . . . 291
586. Recompensas. . . . . 297
587. Reconciliacion. . . . . 307
588. Reincidencia en el pecado. I. . . . . 315
589. Reincidencia en el pecado. II. . . . . 325
590. Relaciones sociales. . . . . 336
591. Religion. I. . . . . 343
592. Religion. II. . . . . 350
593. Religion. III. . . . . 356
594. Religion. IV. . . . . 370
595. Religiosa (*Toma de hábito*). . . . . 381
596. Religiosa (*Toma de velo*). . . . . 388
597. Religiosa (*Profesion de una*). I. . . . . 392
598. Religiosa (*Idem*). II. . . . . 399
599. Reliquias (*Culto de las*). . . . . 404
600. Reputacion. . . . . 411
601. Respeto humano. I. . . . . 419
602. Respeto humano. II. . . . . 427
603. Restitucion. I. . . . . 440
604. Restitucion. II. . . . . 446
605. Resurreccion de los cuerpos. I. . . . . 450



606. Resurreccion de los cuerpos. II. . . . . 460
607. Resurreccion espiritual. . . . . 474
608. Revelacion. . . . . 481
609. Rico avariento. . . . . 493
610. Rigor. . . . . 502
611. Riqueza. I. . . . . 508
612. Riqueza. II. . . . . 517
613. Rogativas. . . . . 526

## TOMO XI.

614. Sacerdocio. I. . . . . 7
615. Sacerdocio. II. . . . . 18
616. Sacerdocio. III. . . . . 29
617. Sacramentos en general. . . . . 41
618. Sacramentos (*Ultimos*). . . . . 47
619. Sacrificio. . . . . 52
620. Salvacion. I. . . . . 58
621. Salvacion. II. . . . . 66
622. Salve Regina. . . . . 74
623. Samaritana. . . . . 85
624. Santidad. . . . . 92
625. Santificacion. . . . . 96
626. Santos. I. . . . . 104
627. Santos. II. . . . . 117
628. Sensualidad ó sensualismo. . . . . 136
629. Sentido depravado. . . . . 146
630. Servicio de Dios. . . . . 150
631. Severidad cristiana. . . . . 154
632. Símbolo. I. . . . . 162
633. Símbolo. II. . . . . 169
634. Sinceridad. . . . . 181
635. Soberbia. . . . . 189
636. Sobriedad. . . . . 198
637. Socorros mútuos. I. . . . . 205
638. Socorros mútuos. II. . . . . 210
639. Soldado cristiano. . . . . 216
640. Sordo-mudos. . . . . 224
641. Sueños. . . . . 230
642. Supersticion. . . . . 235
643. Temor de Dios. I. . . . . 241

644. Temor de Dios. II. . . . . 247
645. Templanza cristiana. . . . . 255
646. Templo material y templo espiritual. . . . . 263
647. Templos. I. . . . . 275
648. Templos. II. . . . . 281
649. Témporas. I. . . . . 290
650. Témporas. II. . . . . 294
651. Témporas (Ordenacion de sacerdotes). III. . . . . 297
652. Tentaciones. I.. . . . . 301
653. Tentaciones. II. . . . . 307
654. Tentaciones (*Las de Jesucristo*). III. . . . . 314
655. Testimonio que debe el cristiano con su conducta. . . . 326
656. Testimonio falso. . . . . 330
657. Tibieza. . . . . 337
658. Tiempo. I. . . . . 347
659. Tiempo. II.: . . . . . 356
660. Tolerancia religiosa. . . . . 365
661. Trabajo. I. . . . . 370
662. Trabajo (*Ley del*). II. . . . . 378
663. Tradicion. . . . . 389
664. Trajes. . . . . 398
665. Tristeza cristiana.. . . . . 406
666. Usura. . . . . 414

## TOMO XII.

667. Vanagloria. . . . . 7
668. Venganza. . . . . 19
669. Verdad.. . . . . 26
670. Verdad divina.. . . . . 35
671. Verdad de la otra vida. . . . . 44
672. Verdad (*Amor y temor de la*). . . . . 57
673. Vicio y Virtud. . . . . 65
674. Vida (*Inconstancia y brevedad de la*).. . . . . 77
675. Vida civil. . . . . 88
676. Vida cristiana en el mundo. . . . . 93
677. Vida cristiana (*Práctica de una*). . . . . 100
678. Vigilancia.. . . . . 104
679. Virginidad.. . . . . 112
680. Virtud: *sus ventajas temporales y espirituales*. . . . . 122
681. Visitas al Smo. Sacramento. . . . . 131



682. Vocacion. . . . . 137
683. Voluptuosidad. . . . . 150
684. Votos. . . . . 160
685. Zaqueo. . . . . 168

## APÉNDICE.

686. Catolicismo. *Su necesidad para la perfecta felicidad pública*. . . . . 179
687. Conciencia (*Educacion de la*). . . . . 192
688. Costumbres (*La corrupcion de las*).. . . . . 203
689. Educacion cristiana. . . . . 211
690. Espíritu cristiano en la enseñanza de la literatura.. . . 220
691. Excusas de no vivir santamente. . . . . 235
692. Fé triunfante (La) en lo pasado y en la actualidad.. . . 243
693. Fidelidad en las cosas pequeñas. . . . . 252
694. Gozos funestos.. . . . . 260
695. Gracia (La) y sus prodigios.. . . . . 266
696. Iglesia católica (La) ha instituido la sociedad moderna en sus bases de libertad política. . . . . 280
697. Inmortalidad del alma. . . . . 299
698. Inteligencia humana (*La*) comparada con la verdad sobrenatural. . . . . 314
699. Mal moral (*Presencia del*) en el seno del linaje humano. . 321
700. Milagros y profecías, ó sea: Valor crítico de los milagros y de las profecías. I. . . . . 331
701. Milagros y profecías, ó sea: Certidumbre de los milagros y profecías. II. . . . . 341
702. Paz. . . . . 351
703. Probidad (La) y la religion. . . . . 362
704. Revelacion (La). . . . . 373
705. Verdad (*Pérdida de la*). . . . . 389

FIN.

# ÍNDICE

DE LOS

## SERMONES CONTINUADOS EN ESTE TOMO,

Y DE LAS PRINCIPALES MATERIAS DE CADA UNO (*).


Pág.

**Vanagloria**. . . . . 7
1. La vanagloria es un vicio deformísimo en sí mismo. . . 8
2. La vanagloria es un vicio impurísimo á Dios. . . . . 10
3. La vanagloria es un vicio perniciosísimo á nosotros mismos . . . . . 13
*Pasajes de la Sagrada Escritura*. . . . . 15
*Figuras de la Sagrada Escritura*. . . . . 16
*Sentencias de los Santos Padres*. . . . . 17
**Valor**; véase: **Fortaleza**.
**Vanidad** *de las cosas del mundo*; véase: **Mundo**.
**Vanidad** *de las grandezas*: véase **Grandeza verdadera**, y **Honor**.
**Vejez**; véase: **Ancianidad**.
**Venganza**. . . . . 19
1. La venganza excluye irremisiblemente del reino de los cielos. . . . . 20
2. Heroismo de los que perdonan los agravios. . . . . 22
*Divisiones*. . . . . 25
**Verdad**. . . . . 26
1. Uso que debemos hacer de la verdad respecto de nosotros mismos. . . . . 27
2. Uso que debemos hacer de la verdad respecto á los otros. 30


(*) Cada epígrafe es un extracto de la materia que contienen los párrafos de cada uno de los Sermones, señalados con el número que lleva dicho epígrafe.

Pág.

3. Obligacion de defenderla. . . . . 32
*Divisiones*. . . . . 35
**Verdad divina**. . . . . 35
1. Hay una verdad absoluta é inmutable, superior á todas. 36
2. Dios nos ha dado la inteligencia para conocer la verdad. 37
3. La Iglesia es la depositaria de la verdad. . . . . 39
4. La Iglesia ha hecho siempre toda clase de sacrificios para conservar sin alteracion alguna la verdad. . 41
**Verdad de la otra vida**. . . . . 44
1. No hay cosa más opuesta á la recta razon que la duda que forma el impío de la eternidad. . . . . 45
2. No hay cosa más opuesta á la idea de un Dios sábio y al dictámen de la conciencia. . . . . 50
*Pasajes de la Sagrada Escritura*. . . . . 54
*Sentencias de los Santos Padres*. . . . . 55
**Verdad** (*Amor y temor de la*). . . . . 57
1. Debemos amar la verdad que nos reprende. . . . . 58
2. Debemos desconfiar de la verdad que nos lisonjea. . . 61
**Venganza**; véase: **Confesion y Pudor.**
**Vestidos**; véase: **Trages.**
**Via-Crucis**; véase: **Camino de la cruz.**
**Viático**; véase: **Sacramentos** (*últimos*).
**Vicio y virtud**. . . . . 65
1. Dios no puede permitir que el hombre vicioso obtenga buenos frutos de sus vicios. . . . . 66
2. Ni que el hombre virtuoso sea víctima de sus propias virtudes. . . . . 71
**Vida** (*Inconstancia y brevedad de la*). . . . . 77
1. Brevedad de la vida. . . . . 79
2. Su fragilidad é inconstancia. . . . . 81
**Vida civil** (*Deberes de la*). . . . . 88
1. Los deberes de Estado son el fundamento de la sociedad. 89
2. Los deberes de justicia aseguran la vida civil. . . . . 91
3. Los deberes de caridad forman sus vínculos y sus dulzuras. . . . . 92
**Vida cristiana en el mundo**. . . . . 93
1. Todos somos llamados á la perfeccion. . . . . 94
2. Todos podemos alcanzarla en el estado en que nos ha colocado la Providencia. . . . . 98
**Vida cristiana** (*Prácticas de una*). . . . . 100
1. Una de las principales obligaciones del cristiano es la oracion, la asistencia al oficio divino y al santo sacrificio de la Misa. . . . . 101
2. Debe tambien frecuentar los sacramentos y practicar



Pág.

buenas obras. . . . . 102
**Vida inútil**; véase: **Ociosidad.**
**Vida mundana**; véase: **Rico avariento.**
**Viejos**; véase: **Ancianidad.**
**Vigilancia**. . . . . 104
1. Necesidad de la vigilancia cristiana. . . . . 104
2. Un solo instante de descuido basta al enemigo para perdernos. . . . . 107
**Vigilia**; véase: **Abstinencia y Ayuno.**
**Virgen**; véase: **Virginidad**; **Mujer** *considerada como doncella y* **Doncellas.**
**Virginidad**. . . . . 112
1. Naturaleza y dignidad de la virginidad. . . . . 112
2. Sus ventajas. . . . . 115
*Pasages de la Sagrada Escritura*. . . . . 118
*Figuras de la Sagrada Escritura*. . . . . 119
*Sentencias de los Santos Padres*. . . . . 120
**Virtud** (*Sus ventajas espirituales y temporales*). . . . . 122
1. A quien sirve á Dios no le falta asistencia en las necesidades del cuerpo. . . . . 124
2. Mucho ménos le faltan dulzuras y regalos en el alma. . 129
**Visitas al Santísimo Sacramento**. . . . . 131
1. Debemos hacer á Jesucristo sacramentado frecuentes visitas de las que se llaman de amistad. . . . . 131
2. Con estas visitas triunfamos de todos los enemigos de nuestra salvacion. . . . . 135
**Visitas**; véase: **Conversaciones.**
**Vocacion**. . . . . 137
1. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida en la que con más frecuencia nos engañamos. . . . . 138
2. Y en la que el engaño es más de temer. . . . . 142
*Divisiones*. . . . . 146
*Pasages de la Sagrada Escritura*. . . . . 146
*Figuras de la Sagrada Escritura*. . . . . 147
*Sentencias de los Santos Padres*. . . . . 148
**Voluntad** (*Buena*): véase: **Hombre.**
**Voluptuosidad**. . . . . 150
1. Raiz de que procede la voluptuosidad. . . . . 151
2. Sus efectos. . . . . 154
3. Triste fin á que conduce. . . . . 156
*Divisiones*. . . . . 159
**Votos**. . . . . 160
1. Naturaleza del voto y condiciones para que sea válido. 160

Pág.

2. Prudentes precauciones en hacer votos. . . . . 164
**Votos religiosos**; véase: **Religiosa.**
**Zaqueo** (*Su conversion*). . . . . 168
1. La conversion de Zaqueo debe inspirar confianza á los pecadores. . . . . 169
2. La conversion del pecador debe ser como la de Zaqueo, verdadera y sincera. . . . . 175

# APÉNDICE.

**Catolicismo** (*Su necesidad para la perfecta felicidad pública*). 179
1. Sin la verdadera religion no puede haber órden público. 180
2. Sin la religion es imposible fundar la libertad de un pueblo. . . . . 184
**Conciencia** (*Educacion de la*). . . . . 192
1. La primera obligacion de los que tienen á su cargo la direccion de la juventud es educar su conciencia. . 193
2. Solo los hombres concienzudos quieren y pueden ocuparse de la educacion de las conciencias. . . . . 198
**Costumbres** (*Corrupcion de*). . . . . 203
1. Nuestras costumbres son muy diferentes de las de los primeros cristianos.. . . . . 204
2. Nuestro corrompido siglo es por su carácter incorregible. 207
**Educacion cristiana.** . . . . . 211
1. La casa paterna contiene el régimen saludable ó funesto de la familia. . . . . 212
2. Como el padre y la madre concurren cada uno á la educacion de los hijos. . . . . 214
**Espíritu cristiano** *en la enseñanza de la literatura.* . . . . . 220
1. El espíritu cristiano revela su importancia y su dignidad á la enseñanza literaria. . . . . 221
2. Le muestra el fin supremo de todos sus esfuerzos. . . 228
3. Abre á la inspiracion los horizontes más vastos y más despejados.. . . . . 231
**Excusas** *de no vivir santamente.* . . . . . 235
1. Falsos pretextos que oponen los cristianos para no vivir santamente. . . . . 236
2. Si no viven en la santidad á que han sido llamados es por su poca voluntad. . . . . 240
**Fe triunfante** (*La*) *en lo pasado y en la actualidad.* . . . . . 243
1. La fe triunfante en lo pasado. . . . . 244



Pág.

2. La fe triunfante en la actualidad. . . . . 247
**Fidelidad** *en las cosas pequeñas.* . . . . . 252
1. Debemos hacer metódicamente todas las cosas hasta las más pequeñas. . . . . 253
2. Importancia de las cosas pequeñas. . . . . 254
**Gozos funestos.** . . . . . 260
1. El gozo del mundo es falso, frágil y peligroso. . . . . 260
2. El gozo cristiano es verdadero, sólido y saludable. . . 264
**Gracia** (*La*) *y sus prodigios.* . . . . . 266
1. Como penetra la gracia hasta las profundidades de la moralidad humana.. . . . . 268
2. Prodigios que obra la gracia. . . . . 271
**Iglesia católica** (*La*) *ha instituido la sociedad moderna en sus bases de libertad política.* . . . . . 280
1. La institucion de la Iglesia católica es la realizacion misma de la verdadera libertad en el mundo. . . . 281
2. El espíritu de la Iglesia católica es idéntico al espíritu de libertad.. . . . . 294
**Inmortalidad del alma** (*La*). . . . . 299
1. Nuestra alma es libre y espiritual. . . . . 302
2. Nuestra alma es inmortal. . . . . 309
**Inteligencia humana** (*La*) *comparada con la verdad sobrenatural.* 314
1. Dios puede imponernos su voluntad en todo lo que pertenece á la religion. . . . . 315
2. Este poder de Dios se concilia perfectamente con su sabiduría infinita. . . . . 318
**Mal moral** (*Presencia del*) *en el seno del linaje humano.* . . . 321
1. Ni la presencia divina, ni lo que se llama permision del pecado hacen de él responsable á Dios.. . . . . 322
2. Un órden general de la Providencia explica la presencia del pecado que sobre la libertad es capaz de producir. . . . . 328
**Milagros y profecias**; *ó sea: Valor crítico de los milagros y de las profecías.* I. . . . . 331
1. Los milagros y las profecías son una prueba del orígen sobrenatural y celeste del cristianismo. . . . . 334
2. Con razon se alegan los milagros y las profecías á favor del cristianismo.. . . . . 337
**Milagros y profecias**; *ó sea: Certidumbre de los milagros y de las profecías de nuestra religion.* II. . . . . 341
1. Los milagros y las profecías son una hipótesis necesariamente enlazadas con los acontecimientos de que se compone la historia del cristianismo. . . . . 342
2. Un solo hecho basta para demostrar la evidente certi-

Pág.

dumbre de los milagros y de las profecías. . . . . 345
**Paz** (*La*). . . . . 351
1. La paz depende de Dios. . . . . 353
2. Obstáculos que hacen imposible la paz. . . . . 358
**Probidad** (*La*) *y la* **Religion**. . . . . 362
1. Para ser perfecto hombre de bien segun el mundo, es indispensable la religion. . . . . 362
2. Para ser verdaderamente cristiano no basta ser hombre de bien, segun el mundo. . . . . 368
**Revelacion** (*La*). . . . . 373
1. La revelacion es necesaria. . . . . 374
2. La revelacion es un hecho probado. . . . . 382
**Verdad** (*Pérdida de la*). . . . . 389
1. La pérdida de la verdad proviene del orgullo. . . . . 391
2. Cuando el orgullo del hombre llega á cierto punto, Dios le quita la fuerza de su inteligencia. . . . . 399

# ÍNDICES.

**Año Catequístico**; ó sea: Índice de los discursos comprendidos en la obra, sobre los principales puntos de la **Doctrina cristiana**, distribuidos segun el órden del **Catecismo**. . . . . 403
**Año Evangélico**; ó sea: Tabla de instrucciones familiares sobre los Evangelios correspondientes á las Dominicas de todo el año. . . . . 409
**Año Apostólico**; ó sea: Tabla metódica de los 705 discursos que contiene esta *Primera parte del* **Tesoro de Oratoria**, distribuidos segun la aplicacion que se puede hacer de ellos en los diferentes tiempos del año. . . . . 412
**Misiones**. . . . . 443

**Indice general** de los discursos que contiene este **Diccionario Apostólico**, *primera parte del* **Tesoro de Oratoria Sagrada**, distribuidos en los doce tomos que la comprenden. . . . . 445
**Indice** *particular* de este tomo. . . . . 466

FIN.